EL MINISTERIO DEL FUTURO

KIM STANLEY ROBINSON

El Ministerio del Futuro una obra maestra de la imaginación. Narra a través de testimonios ficticios cómo nos afectará a todos el cambio climático. Su visión no es la de un mundo desolado y apocalíptico, sino la de un futuro que ya se nos echa encima… y cuyos desafíos tal vez consigamos superar por los pelos.

Es una novela actual e impactante, descorazonadora y esperanzadora a partes iguales, y es uno de los libros más poderosos y originales que jamás se hayan escrito sobre el cambio climático.

Creado en el año 2025, el objetivo del nuevo organismo era sencillo: Defender a las futuras generaciones de la humanidad y proteger a todos los seres vivos, del presente y del futuro. Enseguida empezó a ser conocido como el Ministerio del Futuro, y esta es su historia.

Narrada enteramente a través de los testimonios de testigos directos ficticios, *El Ministerio del Futuro* es una obra maestra de la imaginación, el relato de cómo el cambio climático nos afectará a todos a lo largo de las próximas décadas.

Uno de los libros favoritos de Barack Obama.

Kim Stanley Robinson

El ministerio del futuro

ePub r1.0
Titivillus 26.11.2022

Título original: *he Ministry for the Future*
Kim Stanley Robinson, 2020
Traducción: Simon Saito Navarro
Diseño/Retoque de cubierta: Lauren Panepinto

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para Fredric Jameson

1

Cada vez hacía más calor.

Frank May se levantó del colchón y anduvo con cuidado de no hacer ruido hasta la ventana para echar un vistazo. Muros de estuco y azulejos de color ocre, el color de la arcilla local. Bloques de viviendas cuadrados como en el que estaba, azoteas ocupadas por residentes que habían subido durante la noche porque dentro hacía demasiado calor para dormir. Ahora unos pocos miraban al este detrás de los antepechos de las azoteas. El cielo era del color de los edificios, mezclado con el blanco allí por donde el sol no tardaría en salir. Frank respiró hondo y el aire le evocó la imagen de una sauna. Este era el momento más fresco del día. En toda su vida no había pasado más de cinco minutos en una sauna; no le gustaba la sensación. El agua caliente, quizá; el aire húmedo y caliente, no. No entendía cómo podía haber gente que disfrutara sudando y experimentando esa sensación de agobio.

Aquí no había manera de escapar de ella. Si lo hubiera pensado un poco no habría aceptado venir. Era la ciudad hermana de la suya, pero había otras ciudades hermanas, otras organizaciones humanitarias. Podría haber trabajado en Alaska. Y sin embargo el sudor se le metía en los ojos y se los irritaba. Estaba empapado; solo llevaba puestas unas bermudas que también estaban mojadas; en el colchón en el que había intentado dormir había manchas de humedad. Estaba sediento y el termo que tenía al lado del colchón

estaba vacío. Por toda la ciudad se oía el zumbido acentuado, como si fueran un enjambre de mosquitos gigantes, de los aparatos de aire acondicionado instalados en las ventanas de los edificios.

Y entonces el sol escindió el horizonte. Brillaba como si fuera una bomba atómica, pero es que lo era. Los campos y los edificios que había debajo de aquella grieta de luz se oscurecieron; y se oscurecieron un poco más a medida que la grieta se extendía por los costados de la línea llameante, que en un momento dado se expandió hasta adquirir una forma semicircular que Frank ya no pudo mirar. El calor que desprendía era tangible, una bofetada en la cara. Las radiaciones solares le calentaron el rostro y Frank parpadeó. Apenas veía con los ojos irritados y cubiertos de sudor. Todo era de color canela y beis y brillaba con un intolerable fulgor blanco. Una ciudad cualquiera en Uttar Pradesh, seis de la mañana. Miró el móvil. Temperatura: 38ºC. Humedad: alrededor del 35 por ciento. El problema era la combinación de ambas. Solo unos años antes habría sido una de las temperaturas de bulbo húmedo más altas jamás registradas. Ahora no era más que un miércoles por la mañana.

Unos alaridos de consternación desgarraron el aire. Procedían de una azotea del otro lado de la calle. Gritos de angustia. Dos mujeres jóvenes inclinadas sobre el antepecho gritaban a la calle que se extendía abajo. En la azotea había alguien que no despertaba. Frank llamó a la policía con su teléfono. No le contestaron. No sabía si la llamada se había realizado o no. Ahora las sirenas tronaban, lejanas, como si estuvieran sumergidas. Con la llegada del nuevo día la gente estaba descubriendo a los moribundos, encontrando a los que ya nunca despertarían tras la larga y tórrida noche, llamando para pedir auxilio. Las sirenas parecían indicar que algunas de las llamadas habían

recibido respuesta. Frank volvió a mirar el móvil. Cargado; tenía cobertura. Pero no le contestaban en la comisaría a la que había llamado varias veces en los cuatro meses que llevaba allí. Solo le quedaban dos meses para irse, cincuenta y ocho días; parecía una eternidad. El 12 de julio, antes de la llegada del monzón. Concéntrate en pasar el día de hoy. Ve día a día. Luego pensó en su ciudad, Jacksonville, en la que irónicamente habían bajado las temperaturas debido precisamente a lo que estaba pasando aquí. Tendría un montón de historias para contar. Pero la pobre gente de la azotea del otro lado de la calle…

Entonces cesó el ruido de los aparatos de aire acondicionado. Más gritos de angustia. En su móvil ya no aparecían las barritas de cobertura. Se había ido la luz. Un apagón. Las sirenas seguían sonando como los gemidos de dioses y diosas; el panteón hindú al completo estaba afligido.

Comenzaron a encenderse los generadores, motores de dos tiempos de gasolina, gasóleo o queroseno, todos ellos combustibles ilegales, salvo para situaciones como aquella, cuando la necesidad se imponía a la ley que obligaba a utilizar gas natural licuado. El aire, ya bastante contaminado, pronto sería un manto de gases. Sería como respirar el humo del tubo de escape de un autobús antiguo.

Frank tosió al pensarlo. De nuevo probó a beber del termo que tenía junto al colchón. Estaba vacío. Bajó con él y lo llenó del depósito de agua filtrada que había en la nevera, dentro de un armario. Seguía fría a pesar del apagón. Dentro del termo se mantendría fresca unas horas. Dejó caer una pastilla de yodo en el interior del recipiente como precaución y lo cerró herméticamente. Notar su peso en la mano lo tranquilizaba.

La fundación había instalado un par de generadores en el armario. También había unos bidones de gasolina, suficiente

para mantener los generadores en marcha durante dos o tres días. Debía tenerlo presente.

Sus compañeros se apelotonaron en la puerta. Hans, Azalee, Heather, todos ellos con los ojos rojos y una expresión de confusión en el rostro.

—Vamos —dijeron—. Tenemos que irnos.

—¿Qué queréis decir? —les preguntó desconcertado Frank.

—Tenemos que ir a buscar ayuda. Se ha ido la luz en todo el vecindario. Hay que avisar en Lucknow. Tenemos que traer médicos.

—¿Qué médicos? —quiso saber Frank.

—¡Hay que intentarlo!

—Yo no voy —dijo con rotundidad Frank.

Los demás se lo quedaron mirando y luego se miraron unos a otros.

—Dejad el teléfono por vía satélite —sugirió Frank—. Vosotros id a buscar ayuda, yo me quedaré aquí y le diré a la gente que volveréis con ayuda.

Los otros asintieron con nerviosismo y se marcharon sin perder un segundo.

Frank se puso una camisa blanca que enseguida se empapó de sudor y salió a la calle. Lo recibió el ruido de generadores que arrojaban gases al aire tórrido; para mantener en funcionamiento los aparatos de aire acondicionado, supuso Frank. Reprimió las ganas de toser. Hacía demasiado calor para toser; meterse ese aire en el cuerpo era como respirar en una fundición, pero esta vez tosió. Nada daba más calor que inspirar el aire abrasador al mismo tiempo que se hacía el esfuerzo de toser. La gente se acercaba a él para pedirle ayuda. Él decía que la ayuda llegaría pronto. «A las dos —les aseguraba—. Id a la clínica y meted a los ancianos y a los niños en habitaciones con aire acondicionado.» En los colegios había aire acondicionado, y

en los edificios gubernamentales. «Id a esos lugares. Seguid el sonido de los generadores.»

En la entrada de todos los edificios había un grupo de dolientes desesperados esperando una ambulancia o un coche fúnebre. Como para toser, también hacía demasiado calor para llorar todo lo que se quería. Uno incluso tenía la impresión de que se recalentaría si hablaba. De todos modos, ¿qué había que decir? Hacía demasiado calor para pensar. Aun así, la gente seguía abordándolo.

—Por favor, señor, ayúdenos.

—Id a mi clínica a las dos —les decía Frank—. Mientras tanto, meteos en el colegio. Entrad en algún lugar, buscad un sitio con aire acondicionado. Llevaos de aquí a los ancianos y a los niños.

—¡Pero no hay ningún lugar adonde ir!

Entonces se le ocurrió una idea.

—¡Id al lago! ¡Meteos en el agua! —Dio la impresión de que no lo entendían—. Como en el Kumbh Mela —les explicó como buenamente pudo—, cuando la gente va a Benarés y se baña en el Ganges. Os mantendrá frescos. El agua os refrescará.

Un hombre negó con la cabeza.

—El agua está en el sol. Está caliente como el caldo. Es peor que el aire.

Llevado por la curiosidad y respirando con dificultad, Frank recorrió las calles en dirección al lago. La gente había salido de los edificios y se apiñaba delante de las puertas. Algunas personas lo miraban, pero la mayoría estaban abstraídas en sus propios asuntos. Todos tenían las ojeras de la angustia y del miedo, los ojos rojos por el calor, el humo y el polvo. Las superficies metálicas expuestas al sol quemaban al tacto, y Frank veía las fluctuaciones del aire caliente encima de ellas, como en una barbacoa. Sus músculos tenían la consistencia de la gelatina; un alambre

de pavor que le recorría la espalda de arriba abajo era lo único que lo mantenía erguido. Habría querido correr, pero era imposible hacerlo. Caminaba por la sombra siempre que podía. A esa hora temprana de la mañana solía haber un lado de la calle en sombra. Ponerse al sol era como si te empujaran hacia una hoguera. Uno iba dando tumbos hasta la siguiente sombra impelido por la ráfaga de calor.

Llegó al lago y no le sorprendió ver gente allí ya, metida hasta las rodillas en el agua, con los rostros de tez oscura enrojecidos por el calor. La luz del sol se posaba en el agua como una densa capa de talco. Frank fue hasta la sinuosa cornisa de hormigón que bordeaba el lago en esa orilla, se agachó y hundió un brazo hasta el codo en el agua. El agua era un caldo, o casi. Continuó con el brazo dentro del agua, intentando discernir si estaba más fría o más caliente que su cuerpo. Con el calor que hacía era difícil saberlo, y llegó a la conclusión de que el agua en la superficie estaba más o menos a la misma temperatura que su sangre. Eso significaba que tenía una temperatura bastante más baja que la del aire. Pero si era un poco más alta que la temperatura corporal… Bueno, seguiría estando más fría que el aire. ¡Qué difícil era determinarlo! Miró a la gente que había en el lago. Solo una estrecha porción de la masa de agua seguía resguardada por la sombra de los edificios y de los árboles, pero a medida que avanzara la mañana esa protección desaparecería. Entonces todo el lago quedaría expuesto al sol, hasta que a última hora de la tarde lo cubrieran las sombras del otro lado. Era una mala noticia. Paraguas, pensó; todo el mundo tenía un paraguas. La pregunta era cuánta gente cabía en el lago. Menos de las que había en la ciudad, cuya población rondaba los doscientos mil habitantes. Estaba rodeada por campos de cultivo, colinas bajas y poblaciones más pequeñas, algunas a unos pocos kilómetros y otras más lejanas, en todas

direcciones. Se conservaba la antigua distribución de las poblaciones.

Frank regresó al recinto y entró en la clínica que estaba en la planta baja. Subió a su cuarto, en el primer piso, jadeando y resoplando. Sería más fácil tumbarse a esperar. Escribió la contraseña de su cerradura de seguridad y empujó la puerta. Sacó el teléfono por vía satélite y lo encendió. La batería estaba cargada al máximo.

Llamó al cuartel general en Delhi.

—Necesitamos ayuda —le dijo a la mujer que le contestó —. Se ha ido la luz.

—Aquí también se ha ido —dijo Preeti—. El apagón es general.

—¿Qué quieres decir con «general»?

—Afecta a casi toda Delhi, Uttar Pradesh, Jharkhand, Bengala. También a algunos estados del oeste del país como Guyarat y Rajastán…

—¿Y qué hacemos?

—Esperar ayuda.

—¿Cuál es la previsión meteorológica?

—Se espera que la ola de calor aún dure unos días. Es posible que entre aire más fresco del océano cuando ascienda el aire caliente de la ciudad.

—¿Cuándo?

—Nadie lo sabe. El núcleo de altas presiones está atrapado en el Himalaya.

—¿Es mejor quedarse dentro del lago que fuera?

—Seguro. Si el agua está a una temperatura inferior a la temperatura corporal.

Frank apagó el teléfono y volvió a guardarlo en la caja fuerte. Echó un vistazo al medidor de partículas en suspensión de la pared: 1300 ppm. Eso para partículas muy finas, de 25 nanómetros o menos. Volvió a salir a la calle y se mantuvo en la sombra de los edificios. Todo el mundo

hacía lo mismo; ya nadie permanecía al sol. El aire flotaba sobre la ciudad como si fuera una nube de humo gris. Hacía demasiado calor para distinguir olores; solo se percibía un aroma a quemado, un olor que parecía del propio calor, el olor de la llama.

Frank volvió dentro. Bajó y abrió de nuevo la caja fuerte, sacó las llaves del armario y luego abrió la puerta de este y sacó uno de los generadores y un bidón de gasolina. Cuando fue a rellenar el depósito del generador se dio cuenta de que no era necesario, así que volvió a guardar el bidón en el armario y fue con el generador hasta el rincón de la habitación donde estaba la ventana con el aparato de aire acondicionado. De este salía un cable corto que estaba conectado al enchufe que había en la pared, debajo de la ventana. Pero no era buena idea poner en marcha un generador dentro de una habitación debido a los gases que expulsaba. Tampoco era buena idea colocar el generador en la calle, debajo de la ventana, porque seguramente lo robarían. La gente estaba desesperada. Por lo tanto… Frank regresó al armario, rebuscó un poco y encontró un alargador. Volvió a subir a la azotea del edificio de cuatro plantas cercada por un antepecho. El alargador solo llegaba hasta el piso inmediatamente inferior. Frank bajó de nuevo, retiró el aparato de aire acondicionado de la ventana del segundo piso y lo subió por la escalera resollando y sudando. Le dio un breve vahído y le escocieron los ojos por el sudor, pero sacó fuerzas de flaqueza. Abrió la ventana de las oficinas de la cuarta planta, colocó el aparato sobre el alféizar y cerró la ventana encima de él; luego arrancó los paneles laterales de plástico que bloqueaban las partes de la ventana todavía abiertas. Volvió a subir a la azotea, encendió el generador y escuchó los estertores y el rumor de su motor de dos tiempos. Los gases que expulsó tras la fumarada inicial no se veían. Sin embargo, el generador era

demasiado ruidoso y la gente lo oiría de la misma manera que él oía los que había por toda la ciudad. Enchufó el alargador, volvió a bajar a la planta de oficinas, conectó el cable del aparato de aire acondicionado y lo encendió. La máquina se puso en marcha con un zumbido áspero. Una ráfaga de aire. ¡Ah, Dios mío, no funcionaba! Sí, sí funcionaba. Enfriaba el aire exterior entre cinco y diez grados… Eso dejaba la temperatura en unos 30ºC, quizá algunos más. A la sombra se estaba bien, podía soportarse el calor a pesar de la humedad. Solo había que estar quieto y tomárselo con calma. Y el aire frío bajaría por la escalera y refrescaría todo el edificio.

Frank volvió a bajar y trató de cerrar la ventana en la que había estado instalado el aparato, pero estaba atascada. Probó a darle puñetazos hacia abajo y estuvo a punto de romper los cristales, hasta que finalmente la ventana cedió con una sacudida y bajó. Salió a la calle y cerró la puerta. Se dirigió al colegio. Cerca del centro escolar había una tiendecita donde vendían comida y bebida a los estudiantes y sus padres. Había gente allí a pesar de que el colegio estaba cerrado, también la tienda. Frank reconoció algunas caras.

—En la clínica hay aire acondicionado —les dijo—. Id allí.

Un grupo de gente lo siguió en silencio. Siete u ocho familias, incluidos los propietarios de la tiendecita, que cerraron la puerta del local antes de marcharse. Intentaban mantenerse en la sombra, pero apenas había zonas a resguardo del sol. Los hombres marchaban delante de sus mujeres, que se encargaban de mantener agrupados a los niños y trataban de no romper la fila india para no salirse de la sombra. Las familias conversaban en awadhi o en bhojpuri, pensó Frank; él solo hablaba un poco de hindi. Ellos lo sabían y le hablaban en esa lengua cuando querían decirle algo, o buscaban a alguien que hablara con él en

inglés. Frank nunca se había acostumbrado a intentar ayudar a personas con las que no podía hablar. Con vergüenza y timidez superaba sus reticencias a revelar su pésimo hindi y les preguntaba cómo se sentían, dónde estaban sus familias, si tenían algún lugar adonde ir… Si de verdad les había preguntado eso. La gente lo miraba con curiosidad.

Al llegar a la clínica abrió la puerta y la gente entró ordenadamente, subió al piso donde estaba el aire acondicionado sin esperar a que se lo dijeran y se sentó en el suelo. El espacio se llenó rápidamente. Frank volvió a bajar a la puerta de la calle e invitaba a entrar a todo aquel que mostrara interés. El edificio no tardó en llenarse hasta el máximo de su capacidad y Frank cerró entonces la puerta con llave.

La gente sofocada de calor permanecía sentada en las habitaciones relativamente frescas. Frank echó un vistazo al ordenador del escritorio y vio que la temperatura en la planta baja era de 38ºC. En el piso donde estaba instalado el aire acondicionado seguramente sería un poco más baja. La humedad era del 60 por ciento. No era habitual que la temperatura y la humedad fueran tan altas a la vez; tampoco era una buena noticia. Durante la estación seca en la llanura gangética, que iba de enero a marzo, el tiempo era más fresco y seco. Luego subía la temperatura, pero la humedad continuaba baja. Después, con la llegada del monzón las temperaturas bajaban y las nubes omnipresentes protegían de los rayos directos del sol. Esta ola de calor era diferente, y la humedad se mantenía alta a pesar del cielo despejado. Una combinación letal.

En la clínica había dos cuartos de baño. En un momento dado los inodoros dejaron de funcionar. Seguramente las tuberías transportaban las aguas negras hasta una planta de tratamiento de residuos en alguna parte donde también

se había ido la luz, claro, y no debía contar con un generador capaz de mantenerla en funcionamiento, aunque costaba creerlo. En cualquier caso había pasado. Ahora Frank dejaba salir a la gente a medida que lo necesitaba para que fuera a algún callejón, como en las aldeas de Nepal, donde los inodoros no existían.

A veces alguien, un anciano o un niño angustiado, se ponía a llorar y una pequeña multitud lo rodeaba. Se produjeron algunas excreciones accidentales. Frank colocó unos cubos en los cuartos de baño y cuando se llenaban los sacaba a la calle y los vaciaba en las alcantarillas. Un anciano murió. Frank ayudó a un grupo de hombres jóvenes a subir el cuerpo a la azotea, donde lo envolvieron con una fina sábana, un sari tal vez. Lo peor llegó por la noche, cuando hicieron lo mismo con el cadáver de un niño pequeño. Todas las personas que estaban en la habitación lloraban mientras transportaban el cuerpo a la azotea. Frank se dio cuenta de que estaba acabándose el combustible del generador y bajó al armario a buscar otro bidón y rellenó el depósito de gasolina.

El termo estaba vacío. De los grifos no salía agua. En el frigorífico había dos grandes garrafas de agua, pero Frank no se lo dijo a nadie. Rellenó el termo con una de ellas, a oscuras. El agua aún estaba un poco fresca. Volvió al trabajo.

Esa noche murieron otras cuatro personas. Por la mañana el sol volvió a salir como el llameante horno que era y abrasó la azotea y su deprimente cargamento de cuerpos amortajados. Todas las azoteas, y, si se bajaba la mirada a las calles, todas las aceras, se habían convertido en morgues. La ciudad entera era una morgue, y hacía tanto calor como siempre, quizá más. El termómetro marcaba 42ºC, una humedad del 62 por ciento. Frank miró las persianas con desgana. Había dormido unas tres horas,

a ratos. El generador continuaba emitiendo los gruñidos irregulares de su motor de dos tiempos, el aparato de aire acondicionado seguía vibrando como el ventilador barato que era. El ruido de otros generadores y aparatos de aire acondicionado aún colmaba el aire. Pero no serviría de nada.

Frank bajó, abrió la caja fuerte y volvió a llamar a Preeti con el teléfono por vía satélite. Preeti contestó después de veinte o cuarenta intentos.

—¿Qué pasa?

—Escucha, aquí necesitamos ayuda —dijo Frank—. ¡La gente está muriéndose!

—¿Te piensas que sois los únicos? —espetó de malas maneras Preeti.

—No, pero necesitamos ayuda.

—¡Todos necesitamos ayuda!

Frank hizo una pausa para reflexionar sobre esas palabras. Era difícil pensar. Preeti estaba en Delhi.

—¿Estáis bien ahí? —preguntó al fin.

No hubo respuesta. Preeti había colgado.

Volvían a escocerle los ojos. Se secó el sudor y bajó a buscar los cubos de los cuartos de baño para vaciarlos. Ya no se llenaban tan rápidamente. La gente no tenía nada en el cuerpo. Sin agua, pronto tendrían que marcharse de allí como fuera.

Cuando volvió de la calle y abrió la puerta se abalanzaron sobre él y lo golpearon. Tres hombres jóvenes lo inmovilizaron en el suelo; uno de ellos empuñaba una pistola negra y de líneas rectas tan grande como su cabeza. Frank vio la circunferencia de la boca del cañón, la única parte redondeada del arma, apuntándolo directamente. El mundo entero confluyó en aquella minúscula circunferencia. Frank sintió que su cuerpo se ponía rígido y las venas le

palpitaban. Le corría el sudor por la cara y las palmas de las manos.

—Quieto —dijo otro de los asaltantes—. Si te mueves eres hombre muerto.

La incursión de los intrusos por las plantas superiores iba dejando un rastro de gritos. Dejó de oírse el sonido amortiguado del generador y por la puerta abierta entró el murmullo general de la ciudad. La gente que pasaba por delante se asomaba con curiosidad y seguía su camino. No fue mucha. Frank intentó mantener una respiración superficial. El ojo derecho le picaba a rabiar, pero lo cerró y continuó mirando con el otro. Se sentía obligado a rebelarse, pero quería vivir. Le parecía estar viendo la escena desde la escalera, fuera de su cuerpo y ajeno a todo lo que podría estar sintiendo. Todo salvo la picazón en el ojo.

La banda bajó cargada con el generador y el aparato de aire acondicionado y salió de la clínica. Los hombres que retenían a Frank lo soltaron.

—Nosotros lo necesitamos más que vosotros —explicó uno de ellos.

El hombre que empuñaba la pistola frunció el ceño al oír a su compañero y apuntó una última vez a Frank con el arma.

—Es culpa vuestra —le dijo, y luego se marcharon y cerraron con un portazo.

Frank se levantó del suelo y se frotó las zonas de los brazos por donde lo habían agarrado los hombres. El corazón todavía le aporreaba el pecho. Tuvo náuseas. Bajaron algunas personas de los pisos superiores y le preguntaron cómo se encontraba. Estaban preocupados por él, temían que estuviera herido. Ese interés en él le tocó la fibra y de repente se sintió desbordado por sus emociones. Se sentó en el primer escalón de la escalera y sepultó la cara en las manos, atormentado por la súbita avalancha de

sentimientos. Las lágrimas aliviaron un poco el picor de los ojos.

Por fin consiguió ponerse en pie.

—Tenemos que ir al lago. Allí hay agua y estaremos un poco más frescos. Dentro del agua y alrededor del lago no hará tanto calor.

A algunas mujeres no les gustó la idea y una de ellas dijo:

—Es posible, pero el sol está muy alto. Deberíamos esperar hasta que oscurezca.

Frank asintió.

—Es sensato.

Regresó a la tiendecita acompañado por el propietario, todavía alterado, un poco mareado y débil. La sensación de estar dentro de una sauna era permanente y se hacía duro el trayecto de vuelta a la clínica acarreando un saco lleno de comida y de latas y botellas de bebida. Aun así ayudó a transportar seis sacos de provisiones. A pesar de lo mal que se encontraba parecía tener más fuerzas que el resto de los miembros del pequeño grupo y a veces se preguntaba si los demás aguantarían así el resto del día. Nadie hablaba mientras caminaba, ni siquiera se miraban a los ojos.

—Podemos venir a por más después —dijo el propietario de la tienda.

Pasaba el día. Los lamentos de dolor eran sustituidos por débiles gemidos. La gente tenía demasiado calor y demasiada sed para armar alboroto, incluso cuando moría algún niño. Ojos rojos en rostros oscuros miraban a Frank mientras se paseaba a trompicones entre ellos y ayudaba a subir los cadáveres a la azotea, donde el sol los cocía. Los cuerpos se pudrirían, pero hacía tanto calor que quizá se templarían y se secarían antes. Ningún olor podía sobrevivir con aquel calor, solo el del propio aire quemado y húmedo. O quizá no; tal vez también el repentino hedor de la carne

putrefacta. Nadie se quedaba en la azotea más tiempo del imprescindible. Frank contó doce cuerpos amortajados, tanto de adultos como de niños. Echó un vistazo a las azoteas de toda la ciudad y divisó a otras personas ocupadas en la misma tarea, sin hablar, encerradas en sí mismas, con la mirada clavada en el suelo, afanadas en acabar cuanto antes. No vio a nadie mirando a su alrededor como lo hacía él.

Abajo ya se habían terminado la comida y la bebida. Frank hizo con dificultad el recuento de gente que había en la clínica: cincuenta y cinco personas. Se sentó un rato en la escalera. Luego abrió el armario y miró lo que había. Rellenó el termo de agua, bebió hasta que se sació y volvió a rellenarlo. Ya no estaba fresca, pero tampoco caliente. Había un bidón de gasolina; si era necesario podrían quemar los cadáveres. Había otro generador, pero no había nada que mantener en funcionamiento. El teléfono por vía satélite aún tenía batería, pero no había a quién llamar. A Frank se le pasó por la cabeza la idea de llamar a su madre. «Hola, mamá. Estoy muriéndome.» No.

El día transcurría lentamente, segundo a segundo, hacia la noche. Frank consultó al propietario de la tienda y sus amigos. Conversaron en murmullos y acordaron que había llegado el momento de ir al lago. Despertaron al resto de la gente y les explicaron el plan; ayudaron a levantarse y a bajar por la escalera a los que no podían hacerlo por su propio pie. Unas cuantas personas no podían moverse y eso les planteó un dilema. Algunos ancianos dijeron que se quedarían mientras los necesitaran y que luego irían al lago. Se despidieron del resto de la gente con absoluta normalidad, pero sus ojos delataban la realidad. Mucha gente salió de la clínica llorando.

Fueron hasta el lago cobijándose en las sombras vespertinas. Hacía más calor que nunca. No se veía un alma

en las calles. Tampoco se oían lamentos procedentes de los edificios. Aún había algunos generadores en funcionamiento y ventiladores girando. El cielo descolorido parecía ahogar los sonidos.

En el lago se toparon con una escena desgarradora. Había tanta gente dentro del agua que la superficie del lago estaba moteada de cabezas en las orillas; incluso más adentro, donde la profundidad debía ser mayor, se divisaban cabezas, gente sobre balsas improvisadas con medio cuerpo sumergido. Pero no todas esas personas estaban vivas. La superficie del lago parecía desprender una miasma que flotaba a ras de agua, y ahora el hedor a muerte, a carne putrefacta, era inconfundible en las abrasadas fosas nasales.

Se pusieron de acuerdo en que lo mejor sería sentarse en el paseo o cornisa baja que bordeaba el lago y poner en remojo las piernas. Al final de la cornisa aún quedaba sitio libre, así que avanzaron todos juntos y se sentaron en grupo, uno a continuación del otro. El hormigón en el que se sentaron todavía desprendía el calor del día. Todos sudaban salvo unos pocos que estaban más rojos que los demás y parecían ascuas candentes en las sombras de la última hora de la tarde. Los otros los mantenían erguidos y los ayudaban a morir mientras caía la noche. El agua del lago parecía una sopa; a primera vista ya era evidente que tenía una temperatura superior a la del cuerpo, pensó Frank, que había leído que si los mares absorbieran toda la energía que el Sol enviaba a la Tierra, las temperaturas de los océanos subirían hasta el punto de que el agua herviría. No le costaba nada imaginárselo. El agua del lago parecía estar solo unos pocos grados por debajo del punto de ebullición.

Aun así, poco después de la puesta del sol, y mientras el crepúsculo rápidamente daba paso a la noche, todos se metieron en el agua. Juzgaron que era una buena idea. El

cuerpo les pedía que lo hicieran. Podían sentarse en la parte menos profunda del fondo del lago, con la cabeza fuera del agua, e intentar resistir.

Sentado a su lado había un hombre joven a quien Frank había visto interpretar a Karna en una obra durante el *mela* local. Frank volvió a sentirse abrumado, como cuando la gente le había mostrado su preocupación por él, al recordar al joven en el momento en el que Aryuna dejaba indefenso a Karna con una maldición silenciosa y estaba a punto de asesinarlo; en ese momento el joven gritaba triunfalmente: «¡Solo es el destino!», y conseguía lanzar un último golpe antes de morir por la inclemente espada de Aryuna. Ahora el joven estaba bebiendo a sorbos el agua del lago, con los ojos hundidos por el terror y la pena. Frank tuvo que apartar la mirada.

El calor comenzaba a afectar a su cabeza. Su cuerpo ansiaba salir de aquel baño ardiente y correr como lo haría alguien al salir de una sauna para darse el chapuzón en un lago helado que debería acompañar todas las sesiones de sauna, sentir esa bendita impresión del frío cortándole la respiración como había experimentado una vez en Finlandia. Allí se hablaba de maximizar la diferencia de temperatura, de dar un salto de varias decenas de grados centígrados en un segundo y experimentar la sensación que provocaba.

Pero ese pensamiento era como rascarte cuando te pica, y por lo tanto solo hacía que se sintiera peor. Probó el agua caliente del lago, su espantoso sabor; debía estar llena de microorganismos y quién sabe qué más. Aún así tenía una sed insaciable. Meterse agua caliente en el estómago significaba haber agotado todas las opciones de encontrar refugio; el mundo, por dentro y por fuera, estaba a una temperatura bastante más alta de la que era conveniente para el cuerpo humano. Estaban cociéndose. Abrió disimuladamente el termo de agua y bebió; estaba tibia,

pero no caliente y sí limpia. Su cuerpo ansiaba engullirla con avidez y él no fue capaz de resistirse y bebió hasta la última gota.

Cada vez moría más gente. El calor no daba tregua. Todos los niños y los ancianos habían muerto. Se oían murmullos que debían haber sido gritos de dolor; aquellos que todavía podían moverse sacaban los cadáveres del agua o los empujaban lago adentro, donde flotaban como troncos o se hundían.

Frank cerró los ojos e intentó no escuchar las voces que resonaban a su alrededor. Estaba con todo el cuerpo sumergido en la orilla del lago y apoyaba la cabeza en el borde de la plataforma de hormigón y en el barro que había justo debajo. Se metió por completo y se acomodó en el lodo, dejando solo la cara expuesta al aire tórrido.

Transcurría la noche. Solo las estrellas más brillantes se vislumbraban borrosas en el cielo. Una noche sin luna. Los satélites cruzaban el cielo de este a oeste, de oeste a este, una vez incluso de norte a sur. La gente sabía lo que estaba pasando y observaba a su alrededor, pero no actuaba. No podía; no hacía ni decía nada. Muchos años pasaron para Frank esa noche. El cielo clareó y al principio se tiñó de un color grisáceo que recordaba las nubes, pero luego se reveló como un cielo despejado y radiante y Frank se revolvió. Tenía las yemas de los dedos arrugadas como ciruelas pasas. Se había cocido a fuego lento. Apenas podía levantar un centímetro la cabeza. Seguramente moriría ahogado allí. Ese pensamiento hizo que redoblara su esfuerzo. Hundió los codos en el barro y se impulsó. Sus extremidades eran como unos espaguetis recocidos que le recubrían los huesos, pero estos se movían con voluntad propia. Se incorporó. El aire estaba más caliente que el agua. Observó cómo los rayos del sol impactaban en las copas de los árboles de la otra orilla del lago. Parecían envueltos en llamas. Luego

balanceó con mucho cuidado la cabeza sobre el cuello y examinó la escena. Habían muerto todos.

2

Soy y no soy un dios. En cualquier caso, vosotros sois mis criaturas. Yo os mantengo vivos.

A pesar de que por dentro ardo, por fuera es mayor mi calor. Os quemo si os toco, si bien me paseo por el cielo. Mi respiración lenta y profunda os congela y os quema un día tras otro.

Algún día os devoraré, pero de momento os alimento. Guardaos de mi mirada. Nunca me miréis directamente.

3

El Artículo 14 del Acuerdo de París, encuadrado en la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, establecía que todas las naciones firmantes realizarían un balance periódico de las emisiones de dióxido de carbono, lo que en la práctica significaba la cuantificación del dióxido de carbono emitido globalmente durante el periodo en cuestión. El primer «balance global» estaba previsto para el año 2023, y a partir de entonces se realizaría cada cinco años.

Ese primer balance no fue positivo. Los informes eran contradictorios e incompletos, si bien dejaban meridianamente claro que las emisiones de dióxido de carbono eran muchísimo más elevadas de lo que las partes del acuerdo habían prometido, a pesar del descenso drástico del año 2020. Muy pocas naciones habían cumplido los objetivos que se habían autoimpuesto, a pesar de que eran muy poco ambiciosos. Conscientes de que la disminución era insuficiente incluso antes del balance de 2023, ciento ocho países reafirmaron su compromiso; pero eran los países más pequeños, cuyas emisiones en conjunto rondaban el 15 por ciento del global.

Por lo tanto, en la Conferencia de las Partes (COP) del año siguiente algunas delegaciones señalaron que el artículo 16, cláusula 4 del acuerdo especificaba que «[el Acuerdo de París] tomará las decisiones necesarias para promover su aplicación eficaz […] Establecerá los órganos

subsidiarios que considere necesarios para la aplicación del presente acuerdo». También apelaron al artículo 18, cláusula 1, que permitía a la COP crear nuevos «Órganos Subsidiarios de Ejecución del presente acuerdo». Estos órganos subsidiarios se habían entendido previamente como comités que solo se reunían durante las asambleas anuales de la COP, pero algunos delegados alegaron que, en vista del incumplimiento general del acuerdo hasta el momento, era evidente que se necesitaba un nuevo órgano subsidiario con funciones permanentes y los recursos para llevarlas a cabo con el fin de impulsar el proceso.

Así pues, en la COP29, celebrada en Bogotá, Colombia, las partes del acuerdo crearon un Órgano Subsidiario de Ejecución del Acuerdo, tal como autorizaban los artículos 16 y 18, que se financiaría de acuerdo con los protocolos de financiación descritos en el artículo 8, según el cual, todas las partes aceptaban los métodos estipulados en el Mecanismo Internacional de Varsovia para las Pérdidas y los Daños. Por lo tanto se hizo el siguiente anuncio:

«Se acuerda, con la autorización de esta vigesimonovena Conferencia de las Partes en la que se han reunido las partes firmantes del Acuerdo de París, la creación de un Órgano Subsidiario que colaborará con el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático, con los organismos de las Naciones Unidas y con todos los gobiernos firmantes del Acuerdo de París para defender a las futuras generaciones de ciudadanos del mundo, cuyos derechos, tal como se definen en la Declaración Universal de los Derechos Humanos, son tan válidos como los nuestros. Este nuevo órgano subsidiario tiene además la responsabilidad de amparar a todos los seres vivos presentes y futuros que no puedan defenderse por sí mismos promoviendo su capacidad jurídica y la protección de su integridad».

Un periodista bautizó a este nuevo organismo como el Ministerio del Futuro, y ese nombre se asentó y se popularizó, y a menudo era el que se utilizaba para referirse a él. Se fijó su sede en Zúrich, Suiza, en enero de 2025.

No mucho tiempo después la ola de calor golpeó la India.

4

Más allá del campus del Instituto Federal Suizo de Tecnología (ETH, por sus siglas en alemán), Zúrich se eleva hacia el parque forestal que ocupa la cima de Zürichberg, la colina que marca el límite oriental de la ciudad. Buena parte de la ciudad se extiende en las riberas del río Limmat, que desemboca en el lago Zúrich y discurre desde el norte entre dos colinas, Zürichberg al este y Uetliberg al oeste. Entre esas dos elevaciones el terreno es bastante llano para tratarse de Suiza, y casi un cuarto de la población suiza se ha reunido allí para crear una ciudad compacta y coqueta. Los afortunados que residen en Zürichberg suelen pensar que viven en un lugar privilegiado, con vistas a los tejados del casco antiguo y al lago al sur; a veces incluso alcanzan a ver los Alpes. A la luz del sol crepuscular, ese paisaje, que es una combinación de construcciones humanas y de naturaleza, puede llegar a irradiar una sensación de serena tranquilidad. Es un buen lugar. Los visitantes suelen encontrarlo aburrido, pero la gente que vive allí no tiene ninguna queja.

En la parada de Kirche Fluntern, a mitad de camino de la cima de la colina, es posible bajarse del tranvía azul y caminar hacia el norte por la Hochstrasse. Pasada una vieja iglesia con una torre con un gran reloj y una campana que marca las horas se encuentra la sede del Ministerio del Futuro del Acuerdo de París. Se puede llegar a ella dando un breve paseo desde el ETH, con todos sus conocimientos

sobre geotecnología, y no está muy lejos de las sedes de los grandes bancos suizos, con sus ingentes cantidades de capital, completamente desproporcionadas en relación con el tamaño del pequeño país alpino. Esa proximidad no era casual; desde hacía siglos Suiza había promovido una política nacional que consistía en contribuir a la paz y la prosperidad mundiales con el fin de aumentar la seguridad del país. «Nadie está a salvo hasta que todos lo estamos» parecía ser el principio por el que se regía Suiza, y para conseguir ese objetivo, la geotecnología y el dinero son unas herramientas tremendamente útiles.

Siendo ese el caso, y puesto que en Ginebra ya estaban las sedes de la Organización Mundial de la Salud y de otros organismos de la ONU, cuando el Acuerdo de París creó este nuevo órgano subsidiario, Zúrich argumentó enérgicamente que en Ginebra ya había demasiados organismos, y en consecuencia la ciudad era muy cara. Tras una encarnizada guerra entre cantones, ganó la puja para albergar la sede del organismo recién creado. Sin duda, uno de los motivos de su victoria fue que el ayuntamiento cedió gratuitamente el complejo de Hochstrasse y varios edificios próximos que pertenecían al ETH.

La titular del ministerio, Mary Murphy —una irlandesa de unos cuarenta y cinco años, ex ministra de Asuntos Exteriores de la República de Irlanda, y antes de eso, abogada sindicalista—, entró en su despacho y se topó con una crisis que no la cogía por sorpresa. El mundo entero se había horrorizado al enterarse de la mortífera ola de calor que asolaba la India; nadie dudaba que tendría consecuencias inmediatas. Y la primera de ellas acababa de llegar.

Su jefe de gabinete, un hombre menudo llamado Badim Bahadur, entró detrás de Murphy en el despacho diciendo:

—Ya te habrás enterado de que el gobierno indio ha tomado medidas para el control de las radiaciones solares.

—Sí, lo he visto esta mañana —dijo Mary Murphy—. ¿Nos han enviado los detalles de su plan?

—Han llegado hace media hora. Nuestros geoingenieros dicen que si cumplen su plan será equiparable a la erupción volcánica de Pinatubo de 1991. Entonces la temperatura global descendió más de 0,5ºC durante un par de años debido al dióxido de azufre de la nube de ceniza que el volcán lanzó a la estratosfera. Nuestros expertos afirman que el gobierno indio tardará meses en inyectar esa cantidad de dióxido de azufre.

—¿Puede hacerlo?

—Es probable que sus fuerzas aéreas estén en condiciones de hacerlo, sí. Lo que es seguro es que pueden intentarlo. Cuentan con los aviones y el equipo necesarios. La mayoría de los aviones solo necesitan una modificación en la tecnología de repostaje en vuelo. Y no es raro que los aviones viertan combustible, así que esa parte será sencilla. El principal problema será ascender a la altitud necesaria. A partir de ahí solo es una cuestión de cantidad, de cuántas misiones serán necesarias. Seguro que tendrán que hacer miles de vuelos.

Mary Murphy sacó el teléfono móvil del bolsillo y buscó a Chandra en la agenda. Era la jefa de la delegación india en el Acuerdo de París y una vieja conocida suya. En Delhi ya sería tarde, pero solían hablar a esa hora.

—Chandra, soy Mary —dijo cuando Chandra contestó la llamada—. ¿Puedes hablar un momento?

—Sí, tengo cinco minutos. Estamos un poco liados por aquí.

—No lo dudo. ¿Qué es eso de que vuestras fuerzas aéreas van a hacer un Pinatubo?

—O un doble Pinatubo, sí. Es lo que nos recomienda nuestra academia de la ciencia, y el primer ministro ha dado la orden.

—Pero el acuerdo… —Murphy se sentó en su sillón y se concentró en la voz de su colega—. Ya sabes lo que dice. No se puede realizar ninguna intervención en la atmósfera sin una consulta previa y un acuerdo.

—Estamos rompiendo el acuerdo —dijo Chandra sin inmutarse.

—¡Pero nadie sabe qué efecto tendrá!

—Será el mismo que lo de Pinatubo, o el doble si tenemos suerte. Que es precisamente lo que necesitamos.

—No podéis estar seguros de que no vaya a tener otros efectos…

—¡Mary! —exclamó Chandra—. Para. Sé lo que vas a decir antes de que lo digas. Yo te diré de qué estamos seguros en la India: han muerto millones de personas. Tantas que nunca sabremos el número exacto. Podrían ser veinte millones. ¿Entiendes lo que eso significa?

—Sí.

—No. No lo entiendes. Te invito a que vengas a verlo con tus propios ojos. De verdad, deberías venir, así te darías cuenta.

Mary se dio cuenta de que le costaba respirar. Tragó saliva.

—Iré si quieres que vaya.

Un largo silencio. Chandra finalmente lo rompió diciendo con la voz tensa y entrecortada:

—Gracias, pero tenemos tantos problemas aquí que no creo que pudiéramos organizar una visita como la tuya. Puedes verlo en los informes. Te enviaré los que estamos preparando. Lo que sí debes saber es que estamos muy

asustados, y furiosos. Esta ola de calor es culpa de Europa, de Estados Unidos y de China, no nuestra. Sé que hemos quemado un montón de carbón en las últimas décadas, pero eso no es nada comparado con lo que ha hecho Occidente. Y aun así firmamos el acuerdo con la intención de cumplir nuestra parte. Y la hemos cumplido. Pero nadie más está respetando sus compromisos, nadie está financiando a las naciones en vías de desarrollo, y ahora hemos tenido esta ola de calor. ¡Y la semana que viene podría haber otra! ¡Las condiciones son idénticas!

—Lo sé.

—Sí, lo sabes. Todo el mundo lo sabe, pero nadie mueve un dedo. Por lo tanto vamos a tomar las riendas del asunto. Bajaremos la temperatura del planeta durante un par de años, todo el mundo se beneficiará. Y quizá así evitaremos otra masacre como esta.

—Está bien.

—¡No necesitamos tu permiso! —espetó Chandra.

—No quería decir eso —respondió Murphy, pero Chandra ya había colgado.

5

Entramos con varios camiones cisterna cargados de combustible, agua y eso. Fue como llegar a un desierto. Sin electricidad, las bombas no funcionaban, nada funcionaba. Nos pusimos a trabajar en los grupos electrógenos antes de tocar a los muertos. De todos modos no podíamos hacer nada con ellos; los cadáveres yacían donde habían caído. No solo habían muerto personas, también animales. Al ver los cuerpos sin vida de vacas, seres humanos, perros… alguien comentó algo sobre la manera en que los tibetanos enterraban a los muertos, entierro celestial, lo llamaban; se dejaba que los buitres se comieran los cadáveres. Y ya había buitres dando buena cuenta de los muertos. Grupos de buitres y de cuervos. Debían haber llegado después. A veces el hedor era espantoso, pero entonces nos movíamos o el viento cambiaba de dirección y el olor desaparecía. Era como si hiciera demasiado calor incluso para los olores. Predominaba el olor a quemado. Porque había cosas quemándose, en efecto. Al este de Lucknow había varios cables del tendido eléctrico caídos que provocaron varios incendios forestales cuando regresó la luz. Al día siguiente el viento propagó el fuego hasta las ciudades y tuvimos que luchar contra él antes que nada. Los medidores de partículas en suspensión registraban 1500 ppm.

Había un lago del que podíamos bombear agua junto a una ciudad próxima a Lucknow. El lago estaba lleno de cadáveres. Era horrible. Pero bombeamos el agua de todas

maneras porque la necesitábamos. El viento empujaba hacia nosotros un incendio forestal que avanzaba rápidamente, así que cuando la bomba comenzó a llenar los depósitos de los camiones cisterna sentimos alivio.

Entonces oí un ruido. Al principio pensé que se había metido algo en el conducto de la bomba, porque sonaba como una especie de chirrido. Pero entonces me di cuenta de que venía de la orilla, donde había una cornisa que bordeaba el lago. Así que fui a echar un vistazo. No sé. Supongo que sonaba a algo vivo.

El hombre estaba tendido junto a un edificio sobre la plataforma. Llevaba una camisa enrollada a la cabeza. Vi que se movía, di la voz de alarma a los demás y corrí hacia él. Era un *firangi*, con el pelo castaño y la piel morena. Tenía zonas peladas, como si se hubiera quemado, o cocido, no lo sé… Parecía muerto, pero se movía. Tenía los ojos tan hinchados que parecían cerrados, pero me di cuenta de que me miraban. No dijo ni una palabra mientras le ayudábamos, no emitió ni un ruido. Tenía los labios agrietados y ensangrentados. Pensé que quizá había perdido la voz, que estaba demasiado caliente para hablar. Le dimos agua con una cuchara. Nos daba miedo que bebiera demasiada de golpe. Cuando avisamos al jefe del grupo, enseguida llegaron los sanitarios. Ellos se ocuparon de él y le dieron infusiones. Él los observaba. Nos miraba y luego miraba el lago, pero no decía nada. Sus ojos eran como dos grietas, y estaban rojísimos. El hombre parecía haber perdido la cabeza. No parecía un ser humano.

6

Después de la gran ola de calor en la India, la reunión de urgencia de los países firmantes del Acuerdo de París fue bastante tensa. La delegación india llegó en tromba y su líder, Chandra Mukajee, censuró con dureza a la comunidad internacional y le reprochó sus infracciones casi totales de las condiciones del acuerdo firmado por las naciones de la Tierra: incumplimiento de la reducción de emisiones y del compromiso de aportaciones a fondos de inversión destinados a la descarbonización... El acuerdo se había incumplido y abrogado en todos los sentidos. Era una pantomima, una broma, una patraña. Y ahora la India había pagado las consecuencias. La ola de calor había matado más gente que la que había muerto en la primera guerra mundial, y en una sola semana y en una sola región del mundo. La mancha de ese crimen nunca desaparecería, se quedaría para siempre.

Nadie tuvo el valor de señalar que la India tampoco había cumplido sus objetivos de reducción de emisiones. Y, por supuesto, todo el mundo sabía que, si se contabilizaba el total de las emisiones a lo largo de su historia, la India quedaría en muy mal lugar respecto a las naciones desarrolladas de Occidente. Para resolver el problema de la pobreza que también asolaba a buena parte de la población india, el gobierno del país había tenido que generar energía a marchas forzadas y, puesto que los mercados regían el mundo, también de la manera más barata. De lo contrario,

los inversores extranjeros no habrían invertido en la India porque la tasa de beneficios sería demasiado baja. Así que habían quemado carbón, sí. Como había hecho todo el mundo hasta hacía unos pocos años. Ahora estaban diciéndole a la India que parara, cuando ya todos los demás habían quemado el carbón suficiente para reunir el capital necesario para cambiar a fuentes de energía más limpias. A la India le habían dicho que hiciera lo mismo sin ninguna ayuda económica en absoluto. Le habían pedido que se apretara el cinturón e instaurara la austeridad, y que fuera la clase obrera para la burguesía del mundo desarrollado, y que sufriera en silencio hasta que llegaran tiempos mejores..., pero era posible que esos tiempos mejores nunca llegaran; ese plan era como jugar a la lotería. Y el sorteo estaba amañado; ya se había celebrado y habían muerto veinte millones de indios.

La gente reunida en la gran sala del Kongresshaus, en el centro de Zúrich, permanecía en silencio. No era el mismo silencio que se había guardado poco antes en memoria de los fallecidos y que se había extendido varios minutos; ahora era el silencio de la vergüenza, la confusión, la consternación y la culpa. La delegación india ya había dicho todo lo que tenía que decir. Era el momento de la réplica, pero no la hubo. No había nada que decir. Las cosas eran así; la historia, la pesadilla de la que no podían despertar.

Finalmente, la presidenta de turno del organismo del Acuerdo de París, una mujer de Zimbabue, se levantó y se dirigió a la tribuna de oradores. Dio un breve abrazo a Chandra, saludó con la cabeza al resto de los miembros de la delegación india y se situó detrás del micrófono.

—Es evidente que tenemos que mejorar muchas cosas —declaró—. El Acuerdo de París fue creado para evitar tragedias como esta. Todos vivimos en una única aldea global, respiramos el mismo aire y bebemos de la misma

agua, así que todos somos víctimas de este desastre. No podemos volver atrás en el tiempo para evitar lo sucedido, así que tenemos que aprender de ello para el futuro. De lo contrario ocurrirán dos cosas: jamás expiaremos todas estas muertes y este desastre se repetirá. Por lo tanto, debemos actuar. Ha llegado el momento de que nos tomemos realmente en serio la situación del clima y de aceptar que supera en importancia todo lo demás. Debemos actuar de acuerdo con lo que sabemos.

Todos asintieron al oír aquellas palabras. No era momento para aplausos, pero podían asentir con la cabeza, podían levantar las manos, algunos con el puño apretado, y comprometerse a actuar.

Todo eso estaba muy bien. Era un momento importante, quizá uno de esos momentos que pasarían a la historia. Pero enseguida volverían al mercadeo habitual de intereses y obligaciones nacionales. El desastre había ocurrido en la India, en una región que los extranjeros apenas visitaban, un lugar donde siempre hacía mucho calor, sobrepoblado, mísero. Probablemente esa clase de episodios se repetiría en países situados entre los trópicos o limítrofes con ellos, entre los treinta grados de latitud norte y los treinta de latitud sur; es decir, en las naciones más pobres del planeta. Al norte y al sur de esas latitudes podrían producirse olas de calor intenso muy de vez en cuando, pero no serían frecuentes, ni tan graves. Por lo tanto, en algunos aspectos se trataba de un problema regional. Y todos los lugares tenían sus propios problemas regionales. De manera que cuando las honras fúnebres y los gestos de solidaridad terminaron, una gran parte de la población mundial, y sus gobiernos, retomaron sus asuntos como siempre. Y las emisiones de dióxido de carbono continuaron en todo el mundo.

Así pues, durante un tiempo dio la impresión de que la gran ola de calor sería como los tiroteos que acababan en matanza en los Estados Unidos: al principio todo el mundo se horrorizaba y los condenaba, y luego caían en el olvido o eran desbancados por el siguiente; hasta que pasaron a ser algo cotidiano y se convirtieron en la nueva normalidad. Parecía muy posible que ocurriera lo mismo con la semana más trágica en la historia de la humanidad. ¿Hasta cuando mantendría ese dudoso honor? ¿Y qué podía hacerse al respecto? Era más fácil imaginar el final del mundo que el final del capitalismo; al viejo dicho le habían salido los dientes y estaba demostrando ser una verdad absoluta y brutal.

Pero no en la India. Se celebraron elecciones y el BPJ, el partido nacionalista, fue expulsado del poder acusado de no estar a la altura del desafío, de ser parcialmente responsable del desastre, de haber vendido el país a los intereses extranjeros, de haber quemado carbón y arrasado el paisaje en su afán de un crecimiento que aumentaba las desigualdades. Con la RSS finalmente caída en desgracia, desacreditada y considerada una fuerza perniciosa para la vida india, ganó las elecciones un nuevo partido formado por indios de todas las condiciones, religiones y castas, por pobres de las ciudades y del campo y por personas con estudios, unidas por la catástrofe y decididas a hacer un cambio. La élite gobernante perdió la legitimidad y la hegemonía, y la resistencia fracturada de víctimas sin voz se fundió en un partido llamado Avasthana, «supervivencia» en sánscrito. La mayor democracia del mundo tomaba un nuevo rumbo. Se nacionalizaron todas aquellas empresas energéticas indias que aún estaban en manos privadas y se concentraron todos los esfuerzos en cerrar las centrales

eléctricas de carbón y construir parques eólicos, centrales solares e hidroeléctricas y sistemas de almacenamiento de la energía sin baterías para complementar el almacenamiento en baterías. Cambiaron muchas cosas. Se renovaron los esfuerzos para desmantelar lo peor del sistema de castas, unos esfuerzos que se habían hecho antes, pero que ahora se convertían en una prioridad nacional, la nueva realidad, y había suficientes ciudadanos indios preparados para trabajar con ese objetivo. Por toda la India los gobiernos regionales comenzaron a aplicar estos cambios.

Finalmente, aunque muchos lo lamentaron, una facción algo más radical de esta nueva política india mandó un mensaje al resto del mundo: cambiad con nosotros, cambiad ahora, o sufriréis la ira de Kali. Se acabaron la mano de obra barata india y los acuerdos comerciales injustos; ni siquiera habría más acuerdos comerciales a menos que se realizaran profundos cambios. Y si los países que habían firmado el Acuerdo de París —es, decir, todos los países del mundo— no llevaban a cabo esos cambios, esa porción de la India sería su enemiga, rompería las relaciones diplomáticas y haría cualquier cosa contra ellos salvo declarar una guerra militar. Porque la guerra económica sí entraba en sus planes. El mundo vería de lo que era capaz esa sexta parte de su población total, la antigua clase obrera del planeta. La eterna sumisión poscolonial había llegado a su fin. Era el momento de que la India saliera al escenario mundial, como lo había hecho en el comienzo de la historia, y exigiera un mundo mejor. Y luego contribuyera a conseguirlo.

Aún estaba por verse si esa actitud agresiva era una postura nacional real o la amenaza de una facción radical. Había quien pensaba que eso dependía de lo lejos que el nuevo gobierno nacional indio estuviera dispuesto a llegar

en su respaldo a esos desafíos de los grupos de Kali. Las guerras en la era de internet, de la aldea global, de los drones, de la biología sintética y de las pandemias producidas en un laboratorio no eran lo mismo que las guerras del pasado. Si iban en serio, las cosas podrían ponerse muy feas. De hecho, aunque solo fuera en serio la facción de Kali de la política india, las cosas se pondrían muy feas.

Pero el enemigo podía pagar con la misma moneda. En realidad cualquiera podía participar en la partida, no solo las ciento noventa y cinco naciones que habían firmado el Acuerdo de París; también podían hacerlo toda clase de actores ajenos a los gobiernos nacionales, incluso los individuos.

Y así dio comienzo una era convulsa.

7

La sensación de calor siempre le provocaba ataques de pánico, y estos lo acaloraban aún más. Entraba en un bucle de retroalimentación. Cuando lo estabilizamos lo suficiente para trasladarlo lo llevamos en avión a Glasgow. Nos había dicho que había pasado un año allí, así que nos pareció que podría ayudarle encontrarse en un lugar conocido, porque no quería volver a Estados Unidos. Así que lo trasladamos a Glasgow y nos preocupamos de que siempre estuviera en un lugar fresco, y por la noche paseábamos con él por el vecindario. Estábamos en octubre, así que llovía y soplaba la habitual brisa marina. Parecía que ese clima le sentaba bien.

Una noche salimos a pasear por las calles y dejé que él me llevara donde quisiera. Apenas hablaba y yo nunca lo forzaba, pero esa noche estaba un poco más hablador y me contó en qué colegio había estudiado y los teatros a los que solía ir. Al parecer tenía un interés especial en el teatro y había trabajado entre bambalinas, con las luces, los decorados, el vestuario… Entonces llegamos a Clyde Street y él quiso pasar a la orilla sur del río por el puente peatonal.

Desde allí la ciudad parecía inmensa e impenetrable en la oscuridad. Es una ciudad sin edificios altos y su aspecto no debe haber cambiado mucho en los últimos dos siglos. Tiene un aire misterioso, como si fuera la ciudad de un cuento siniestro. Él se quedó mirando el agua con los codos apoyados en el pasamanos del puente.

Hablamos de muchas cosas. En un momento dado le pregunté otra vez si le apetecía volver a casa.

Me contestó con aspereza que no, que jamás volvería allí. Nunca lo había visto tan sombrío.

—Jamás —me dijo.

Yo no le insistí. No quise preguntarle más. Nos quedamos apoyados en la barandilla. La ciudad parecía deslizarse lentamente por el agua hacia las colinas.

—¿Por qué he sobrevivido? —me preguntó de repente—. De toda la gente que había allí, ¿por qué precisamente yo?

No supe qué decir.

—Sobreviviste, eso es todo —respondí al fin—. Seguramente eras la persona con mejor salud allí. A lo mejor por tu cuerpo, no sé. No eres excesivamente corpulento, pero sí más que la mayoría de los indios.

Él se encogió de hombros.

—No mucho.

—Solo una pizca más de masa corporal puede ser determinante. Hay que mantener la temperatura de los órganos vitales por debajo de los 40ºC. Unos kilos más de cuerpo ayudan. También toda una vida con una buena alimentación y cuidados médicos. Y tú corres, ¿verdad?

—Antes nadaba.

—Seguro que eso ayudó. Un corazón más fuerte y una sangre menos espesa. Todas esas cosas cuentan. En última instancia pienso que simplemente eras la persona más fuerte que había allí, y solo los fuertes sobreviven.

—Yo no creo que fuera la persona más fuerte.

—Bueno, a lo mejor fuiste el que se hidrató mejor. O te quedaste más tiempo en el agua. Dicen que te encontraron junto al lago.

—Sí —repuso él. Algo de lo que le había dicho lo había perturbado—. Me quedé sumergido en el agua todo el

tiempo que pude, solo con la cara fuera para respirar. Así toda la noche. Pero mucha otra gente hizo lo mismo.

—Un factor más para que sobrevivieras. Lo conseguiste. Fuiste un afortunado.

—No digas eso.

—Me refiero a que siempre hay un elemento de suerte.

Contempló la ciudad baja y oscura salpicada por las luces nocturnas.

—Fue el destino —dijo. Apoyó la frente en el pasamanos.

Le puse una mano en el hombro.

—Sí, el destino —asentí.

8

El ser humano emite alrededor de 40 gigatoneladas (una gigatonelada son mil millones de toneladas) de dióxido de carbono por combustibles fósiles cada año. Los científicos han calculado que si emitimos 500 gigatoneladas más la temperatura del planeta subirá 2ºC con respecto a la que tenía al comienzo de la revolución industrial; calculan que es la subida máxima que podemos permitirnos antes de que la mayoría de las biorregiones de la Tierra sufran peligrosos efectos, que también afectarían a la producción de alimentos para las personas.

Hay quien se pregunta hasta qué punto serán peligrosos esos efectos. Pero ya es mayor la cantidad de energía solar que se queda en el sistema de la Tierra que la que sale, alrededor de 0,7 vatios por metro cuadrado de la superficie terrestre. Esto significa un ascenso inexorable de las temperaturas medias. Y una temperatura húmeda de 35ºC matará personas, aunque se quiten la ropa y se pongan a la sombra; la combinación de calor y humedad impide que el sudor disipe el calor, y la muerte por hipertermia es el resultado esperable. Y se han registrado temperaturas de bulbo húmedo de 34ºC desde el año 1990, una vez en Chicago. Así que el peligro parece bastante evidente.

Por lo tanto, 500 gigatoneladas. Pero mientras tanto la industria de los combustibles fósiles ya ha localizado lo que representarían 3000 gigatoneladas de dióxido de carbono en reservas de combustibles fósiles en el subsuelo. Esas

concentraciones de combustibles fósiles son vistas como activos por parte de las empresas que las han encontrado, y los estados en los que se encuentran las consideran recursos nacionales. Solo una cuarta parte de esas reservas pertenece a empresas privadas; el resto es de los estados. El valor hipotético de las 2500 gigatoneladas que deberían quedarse enterradas en el suelo, calculado utilizando el precio actual del petróleo, es del orden de mil quinientos billones de dólares.

Parece bastante posible que esas 2500 gigatoneladas de dióxido de carbono acaben considerándose una especie de activos abandonados, pero mientras tanto habrá gente que intente vender o consumir la parte que posee o controla mientras pueda hacerlo. Solo lo imprescindible para ganar un par de billones de dólares, se dirán, no la parte importante, la que nos empuja hacia el borde del abismo, solo un poquito. El pueblo lo necesita.

Las diecinueve organizaciones más grandes que harán eso serán, en orden de tamaño, de mayor a menor: Saudi Aramco, Chevron, Gazprom, ExxonMobil, National Iranian Oil Company, BP, Royal Dutch Shell, Pemex, Petróleos de Venezuela, PetroChina, Peabody Energy, ConocoPhillips, Abu Dhabi National Oil Company, Kuwait Petroleum Corporation, Iraq National Oil Company, Total SA, Sonatrach, BHP Billiton, y Petrobras.

Unas cuatrocientas o quinientas personas tomarán las decisiones ejecutivas de esas organizaciones. Serán buenas personas, políticos patrióticos preocupados por el destino de sus queridos conciudadanos, directivos concienzudos y trabajadores que cumplirán las obligaciones que han adquirido con sus juntas y accionistas. Hombres en su mayor parte; padres de familia casi todos, con estudios y buenas intenciones; pilares de su comunidad; generosos donantes para obras de caridad. Cuando entran en una sala

de conciertos se estremecen con la sombría majestuosidad de la Cuarta Sinfonía de Brahms. Querrán lo mejor para sus hijos.

9

En Niederdorf, el barrio medieval de Zúrich situado en la orilla oriental del Limmat, dominado por la torre de Grossmünster, la catedral de Zwingli que por su austeridad semeja un almacén, todavía quedaban unos cuantos bares aquí y allá, demasiado anodinos para atraer en masa a los turistas. Aunque Zúrich tampoco recibía demasiados turistas en noviembre. La lluvia se transformaba en aguanieve y los viejos adoquines negros que dibujaban abanicos superpuestos en el suelo empezaban a resbalar. Mary Murphy volvió la mirada hacia una calle ancha que llevaba al río, al final de la cual se alzaba una grúa de construcción que no lo era realmente; se trataba de una obra de arte, la broma de un escultor ante la omnipresencia de grúas en Zúrich. La ciudad estaba en constante reconstrucción.

Mary Murphy estaba sentada en uno de los bares más pequeños con Badim Bahadur, su jefe de gabinete, que miraba absorto su teléfono móvil con un whisky al lado. Bahadur sacudió la cabeza con aire malhumorado hacia ella y removió el hielo en el vaso.

—¿Qué noticias hay de Delhi? —preguntó Murphy desde el otro lado de la mesa.

—Empezarán mañana.

—¿Qué tal las reacciones? —Murphy hizo un gesto al camarero y señaló el vaso de Bahadur. Otro whisky.

—Malas. —Bahadur se encogió de hombros—. Pakistán podría bombardearnos, nosotros responderíamos y provocaríamos un invierno nuclear. ¡Eso sí que enfriaría el planeta!

—Estoy segura de que a Pakistán le gustaría más que a nadie que pasara eso. Otra ola de calor como la que acabamos de pasar mataría a toda la población de la región.

—Lo saben. Solo están sobreactuando. China está haciendo lo mismo. Ahora somos los parias del mundo, y todo por hacer lo necesario. Vamos a hacer que nos maten por matarnos.

—Siempre es así.

—¿Eso piensas? —Bahadur echó un vistazo por la ventana—. Yo no veo que Europa esté pasándolo muy mal.

—Estamos en Suiza, no en Europa. Los suizos se mantienen al margen de estas cosas, siempre lo han hecho. Eso es lo que estás viendo.

—¿Te parece que en el resto de Europa es muy diferente?

—Se cargaron Grecia por dejarse matar, ¿recuerdas? Y en el resto del sur de Europa no les va mucho mejor. Tampoco a Irlanda, por cierto. Los británicos nos machacaron durante siglos. Alrededor de un cuarto de la población irlandesa murió durante la hambruna, y otro cuarto emigró. No fue una tontería.

—Poscolonialismo —dijo Bahadur.

—Sí, y del mismo imperio. Es curioso que Inglaterra nunca pague por sus crímenes.

—Nadie lo hace. Pagas por ser la víctima, no el criminal.

El camarero le trajo el whisky y Murphy se tomó la mitad de un trago.

—Tendremos que encontrar la manera de cambiar eso.

—Si es que existe.

—¿La justicia?

Bahadur hizo un gesto de escepticismo.

—¿Justicia? ¿Qué es eso?

—¡Venga, no seas tan cínico!

—No, hablo en serio. Piensa en la diosa griega de la justicia. Una mujer de bronce vestida con una túnica y con los ojos tapados con una venda para que mantenga la imparcialidad, sosteniendo la balanza para que haya un equilibrio entre el crimen y el castigo sin tomar en consideración la influencia individual. Pero la realidad es que esa balanza nunca está equilibrada. En un ojo por ojo quizá, ahí el crimen y el castigo se compensarían. Pero en el caso de un asesinato no. El asesino tiene que pagar una indemnización, o pasar el resto de su vida en la cárcel. ¿Te parece eso un verdadero equilibrio? A mí no.

—Está la pena de muerte.

—Que todo el mundo considera una barbaridad. Porque, si matar está mal, dos malas acciones no hacen una buena. Y la violencia engendra violencia. Así que intentamos encontrar algo equivalente, pero no existe. Por lo tanto, la balanza nunca está en equilibrio. Sobre todo cuando una nación masacra a otra durante tres siglos, le roba todo lo que tiene de valor y luego dice: «Ah, lo siento… Fue una mala idea. Si eso lo dejamos y aquí no ha pasado nada». Pero sí ha pasado.

—A lo mejor la India consigue hacer pagar a Inglaterra todo ese polvo que va a arrojar.

Bahadur se encogió de hombros.

—Cuesta como diez euros. No entiendo por qué no lo apoyan todos. El efecto solo durará tres o cuatro años como mucho, así que podemos observar cómo va y decidir si seguimos haciéndolo o no.

—Mucha gente piensa que tendrá efectos colaterales.

—¿Cómo cuáles?

—Los conoces tan bien como yo. Si esto detiene el monzón, el problema será dos veces peor.

—¡Hemos decidido correr ese riesgo! Ya no es asunto de nadie más.

—Pero el mundo entero sufrirá los efectos.

—Todos quieren que la temperatura baje.

—Rusia no —apuntó Murphy.

—Yo no estaría tan seguro. La banquisa está fundiéndose y el permafrost se descongela. Eso supone la mitad de su territorio. Si los ríos no se hielan, Siberia se queda sin carreteras durante nueve meses al año. Allí están hechos para vivir en el frío, y lo saben.

—Hay fríos y fríos —observó Murphy.

—¡Pero allí a veces hace más frío que nunca! Lo sabes. No, solo están exagerando, como todo el mundo. Alguien coge el toro por los cuernos, agarra al lobo por las orejas, y todo el mundo aprovecha la oportunidad para apuñalarlo por la espalda. Ya estoy harto.

Murphy dio otro sorbo a su whisky.

—Bienvenido al mundo.

—Bueno, pues no me gusta el mundo. —Bahadur tomó otro trago—. ¿Qué vamos a hacer? Somos el Ministerio del Futuro. Tenemos que tomar partido.

—Lo sé. Primero hay que preguntar a nuestros científicos qué opinan.

Bahadur miró a su jefa.

—Nos responderán con evasivas.

—Bueno, les falta información para hacer una evaluación rigurosa, así que dirán que les parece un buen experimento, que deberíamos llevarlo a cabo y esperar diez años a ver qué pasa.

—¡Como siempre!

—Bueno, así es la ciencia, ¿no?

—¡Pero no podemos hacer lo de siempre!

—Diremos eso. Y estoy segura de que acabaremos apoyando a la India.

—¿Con dinero?

—¡Si son diez euros, seguro! ¡Al contado!

Bahadur no pudo evitar reír. Pero su expresión en ensombreció rápidamente.

—Lo que hacemos es este ministerio no es suficiente. Te digo yo que no es suficiente.

Murphy se lo quedó mirando fijamente. Era un reproche. Y él evitaba mirarla a los ojos.

—Demos un paseo —sugirió ella—. Llevo todo el día sentada.

Bahadur no puso objeciones. Apuraron sus copas, pagaron y salieron a la noche. Se dirigieron hacia la estatua de la grúa y continuaron río arriba, siguiendo el Limmat, que discurría entre los muros de piedra que lo canalizaban. El reflejo de las luces de la otra orilla agrietaba la superficie negra del agua. Al pasar por delante del histórico cubo de piedra del Rathaus, Mary se maravilló, como siempre, de que todo el gobierno municipal de la ciudad cupiera en aquel pequeño edificio. Luego dejaron atrás el Odeon, cruzaron el gran puente que daba paso al lago y entraron en el diminuto parque de la otra orilla, donde estaba la estatua de Ganímedes, que en su mano levantada parecía sostener la luna, que en ese momento estaba baja sobre el lago de Zúrich. Era un lugar al que Mary solía ir; la estatua, el lago, los Alpes que se vislumbraban a lo lejos, al sur, se combinaban de una manera que la conmovían, aunque no sabía por qué. Zúrich…, la vida… No lo sabía. El mundo le parecía un lugar inabarcable cuando estaba allí.

—Escucha —le dijo a Bahadur—. A lo mejor tienes razón. Quizá no exista la justicia en el sentido de una especie de reparación real de un mal, de ese ojo por ojo. En especial la justicia histórica o la justicia climática. Pero ese, o algo lo más parecido a él, debe ser nuestro objetivo a largo plazo. Esa es la razón de ser de nuestro ministerio. Estamos

intentando poner los cimientos para que en el futuro, en un futuro lejano, se cree algo parecido a la justicia, para que a largo plazo lo bueno supere lo malo. Tenemos que desviar la curva y todo eso. Da igual lo que haya pasado antes, lo importante es lo que podemos hacer ahora.

Mary señaló a Ganímedes, con su mano levantada. La luna estaba posada justo en ella, como si la escultura fuera a arrojarla al cielo.

Bahadur suspiró.

—Lo sé —dijo—. Estoy aquí para intentarlo.

Mary supo por la expresión de su mirada —distante, intensa, calculadora, fría— que su jefe de gabinete estaba siendo sincero, y eso le provocó un estremecimiento.

Para Mary Murphy eran más relajantes, e incluso entretenidas, sus reuniones con Tatiana Voznesenskaya, la directora del departamento legal del ministerio. Tenían la costumbre de quedar algunas mañanas en el Utoquai, un complejo de baño a orillas del lago, y, si el día acompañaba, se ponían el bañador en los vestuarios y se adentraban en el lago nadando al estilo libre, y luego charlaban mientras nadaban al estilo braza un rato, en círculo, contemplando la ciudad desde aquella inusual perspectiva. Luego regresaban, se duchaban y se sentaban en la cafetería a tomar algo caliente. Tatiana era alta y morena, y tenía esos pálidos ojos azules rusos tan impresionantes y unos pómulos de modelo de pasarela, el gesto siempre serio y un humor muy negro. Había ascendido muy alto en el gobierno ruso antes de chocar con su estructura de poder y decidió que estaría mejor en un organismo internacional. Su especialidad en Rusia había sido la legislación de los tratados internacionales, y ahora ponía sus conocimientos al servicio de la búsqueda de aliados y medios legales para

avanzar en la causa de la defensa de las generaciones venideras. Voznesenskaya consideraba que su labor consistía en gran medida en crear las condiciones para que esas generaciones venideras tuvieran una capacidad jurídica en el presente, como que los abogados que defendían su causa pudieran entablar pleitos en su nombre y fueran escuchados en los tribunales. No era fácil, dadas las reticencias de cualquier tribunal a dar capacidad jurídica a alguien o algo que quedaba fuera del círculo mágico de la ley escrita. Pero Voznesenskaya tenía experiencia con la mayoría de los tribunales internacionales existentes, y ahora estaba colaborando con las organizaciones Network of Institutions for Future Generations y Children's Trust entre otras muchas, aprovechando todo el poder otorgado al ministerio cuando fue creado por el Acuerdo de París. Mary a menudo tenía la sensación de que Tatiana era la persona que debería haber sido elegida para dirigir el ministerio, que su experiencia en Irlanda y en las Naciones Unidas no eran nada en comparación con la carrera llena de obstáculos de la rusa.

Tatiana no quiso ni oír hablar de eso cuando Mary se lo comentó una vez mientras tomaban algo.

—¡No, tú eres perfecta para el cargo! ¡Eres una simpática irlandesita, todo el mundo te adora! Yo lo estropearía todo a las primeras de cambio, como si fuera una matona del KGB. Porque eso es lo que soy —añadió entornando los ojos con aire amenazante.

—No me lo creo —dijo Mary.

—No, no es verdad. Pero lo estropearía todo. Te necesitamos a ti arriba para que nos abras las puertas. En el fondo se parece mucho a la capacidad jurídica, en serio. Menos formal pero igual de importante. Tienes que conseguir que la gente esté dispuesta a escucharte antes de presentar tus alegaciones. Es lo que tú haces… La gente

te escucha. Luego nosotros podemos ponernos manos a la obra.

—Eso espero. ¿Crees que podemos conseguir una capacidad jurídica importante para personas que ni siquiera existen aún?

—No estoy segura. Por un lado, el círculo de la inclusión no ha dejado de expandirse a lo largo de la historia, lo cual supone una especie de precedente. Cada vez más colectivos han conseguido la capacidad jurídica, incluso la ecología, como en Ecuador. Eso establece un patrón, y es firme. Pero, aun en el caso de que tuviéramos éxito en esa parte, nos encontraríamos con otro problema, mayor quizá, que es la debilidad de los tribunales internacionales en general.

—¿Crees que son débiles?

Tatiana lanzó una mirada severa a Mary, como queriendo decir: «Por favor, tómatelo en serio».

—Los estados solo los aceptan si les gustan sus sentencias. Pero las sentencias siempre fallan a favor de una parte y en contra de la otra, así que los que pierden nunca están contentos. Y no hay un alguacil del mundo. Así que Estados Unidos hace lo que le da la gana, y el resto también. Los tribunales solo funcionan cuando se atrapa a un insignificante criminal de guerra y todo el mundo se pone de acuerdo para dar una imagen de probidad.

Mary asintió desencantada. El incumplimiento del Acuerdo de París que la India se proponía llevar a cabo con su acción de geoingeniería, no muy diferente desde el punto de vista legal de la indiferencia general hacia los objetivos de reducción de emisiones, solo era el último ejemplo de ese comportamiento.

—¿Y qué crees que podemos hacer para mejorar la situación?

Tatiana se encogió de hombros.

—El imperio de la ley es lo único que tenemos —dijo con resignación—. Primero diremos eso a la gente y luego intentaremos que lo crea.

—¿Cómo vamos a hacerlo?

—Si el mundo explota lo creerá. No en vano así llegamos al orden internacional que tenemos desde el final de la segunda guerra mundial.

—No me parece una solución —dijo Mary.

—A mí tampoco, pero no existe la solución perfecta. Hay que conformarse. ¡Crearemos una nueva religión! —exclamó exaltada Tatiana, aunque Mary vio la picardía en sus ojos y supo que estaba bromeando—. Una religión de la Tierra en la que todos seamos familia, hermanos universales.

—Hermanas universales —la corrigió Mary—. Una religión de la madre Tierra.

—¡Exacto! —dijo Tatiana, y se echó a reír—. Como debería ser, ¿no?

Brindaron por la idea.

—Redacta las leyes para esa religión —dijo Mary—. Tenlas listas para cuando llegue el momento.

—Por supuesto —repuso Tatiana—. Ya tengo una constitución entera aquí dentro —añadió dándose unos golpecitos en la frente.

10

Despegamos de Bihta, de Darbhanga, de la INS Garuda y de Gandhinagar, sobre todo en aviones Ilyushin IL-78 que se habían comprado a la Unión Soviética hacía mucho tiempo. También teníamos algunos aviones cisterna Boeing y Airbus. Eran aparatos viejos y dentro de ellos hacía un frío que pelaba. Nuestros trajes también eran muy viejos y limitaban mucho el movimiento, y del aislamiento ya ni te cuento. Pasamos mucho frío, pero los vuelos eran relativamente cortos.

Volábamos hasta una altitud de dieciocho mil metros, que era la altura máxima que alcanzaban los aviones. Habría sido mejor subir más, pero no podíamos hacerlo. Tardábamos un par de horas el alcanzar esa altura porque siempre íbamos cargados hasta los topes. Dos aviones quedaron atrapados en lo que se llama «la esquina del ataúd» y una de las tripulaciones no logró salir.

Una vez arriba desplegamos las vainas de repostaje y bombeábamos los aerosoles al aire. Al principio parecía que estábamos vertiendo combustible, pero en realidad eran partículas de aerosol. Nos dijeron que sobre todo era dióxido de azufre, pero también había otros compuestos químicos, como lo que sale de los volcanes. Pero no había ceniza, como en las erupciones volcánicas. Era una mezcla diseñada para permanecer en el aire y reflejar la luz del sol. La fabricaron en Bhopal y en algún otro lugar de la India.

Realizábamos la mayoría de los vuelos sobre el mar Arábigo para que los vientos del final del verano arrastraran los aerosoles hacia el cielo de la India antes que a cualquier otra parte. Ese era nuestro objetivo, porque lo hacíamos para nosotros, y también había quien pensaba que así nos ahorraríamos algunas críticas. Pero los vientos no tardarían en propagar lo que liberábamos por toda la estratosfera, sobre todo en el hemisferio norte, y terminaría llegando a todas partes. Una parte de los rayos del sol se desviarían.

Incluso en la India era difícil apreciar alguna diferencia en el cielo. Toda nuestra vida habíamos vivido debajo de lo que se llamaba la ABC, las siglas en inglés de Nube Marrón Asiática, así que estábamos acostumbrados a los cielos polvorientos. Nuestra operación solo hizo que durante el día el cielo pareciera un poco más claro, y a veces, cuando se ponía el sol, tenía un color ligeramente más rojizo. Había días en que era bastante bonito. Pero en general apenas se notaba la diferencia. Decían que la radiación solar desviada hacia el espacio era alrededor del 5 por ciento del total. Es una cantidad importante y crucial, pero no es posible apreciar la diferencia a simple vista.

Decían que el efecto en el planeta sería como el que tuvo la erupción de Pinatubo en 1991, alguien incluso afirmó que sería el doble. Todo lo que se liberó en la estratosfera se transportó en varios miles de misiones individuales. Nuestra flota solo contaba con doscientos aviones, así que cada uno hizo decenas de vuelos a lo largo de los siete meses que duró la operación. Mucho trabajo. Aunque el esfuerzo era poco para tratarse de una cosa así. Y si encima ayudábamos a evitar otra ola de calor, valía la pena.

Sabíamos que a China no le hacía nada de gracia la idea. Tampoco a Pakistán, claro. Y aunque solo volábamos cuando el viento soplaba del este o del noreste, a veces esos países se encontraban en la trayectoria de la sustancia liberada. Y

por todo el mundo había gente que protestaba porque decía que dañaríamos la capa de ozono, lo cual nos afectaría negativamente a todos. Una vez un misil termodirigido pasó rozando nuestro avión. Vikram lo esquivó en el último momento. El avión chirrió de una manera que me recordó el maullido de un gato. Nadie averiguó nunca quién nos había atacado. Pero nos dio igual. Hicimos lo que nos mandaron y lo hicimos contentos. Todos habíamos perdido a algún conocido en la ola de calor. Y aunque no fuera así, era la India. Podría volver a pasar en cualquier región del país, en realidad en cualquier parte del mundo. Eso era lo que no paraban de repetir al pueblo los gobernantes. Incluso mucho más al norte podría producirse una ola de calor. Europa había sufrido una que mató a setenta mil personas, y eso que Europa está en el norte. Más de la mitad de la Tierra está en riesgo. Así que lo hicimos.

Un día tras otro durante siete meses. Día y noche. Había que hacer el mantenimiento de los aviones, repostar y llenar los depósitos. Era una rutina en la que trabajaban juntas miles de personas. Era cansado, agotador, pero al final cogimos el ritmo. Había suficientes tripulaciones para que cada una se encargara de un tercio de las misiones de cada avión. Durante muchas semanas, sobre todo a mitad de la operación, teníamos la impresión de que aquello no terminaría nunca, que ya no haríamos otra cosa en la vida. Teníamos la sensación de que estábamos salvando la India, y quizá el mundo. Pero lo que nos preocupaba era la India. Se acabarían las olas de calor mortíferas. Esa era nuestra esperanza. Teníamos los sentimientos a flor de piel.

Ahora, si voy a cualquier parte del mundo y me encuentro con alguien que critica lo que hicimos, yo no me quedo callado. «Tú no sabes nada —le digo—. No eran tus compatriotas, así que te daba igual lo que les pasara. Pero nosotros sabíamos lo que era aquello y nos preocupaba.» Y

desde entonces no ha vuelto a haber una ola de calor. Habrá otra, seguro, pero nosotros hicimos lo que pudimos. Hicimos lo correcto. Reconozco que a veces grito a la gente que me lleva la contraria en eso. La mando al infierno, que es un lugar que en la India ya hemos visto con nuestros propios ojos. Es que pierdo la paciencia con los que critican lo que hicimos. No saben de lo que hablan. Ellos no lo han vivido. Nosotros sí.

11

Ideología, *f.* Una relación imaginaria con una situación real.

En el uso común es lo que tiene la otra persona, sobre todo cuando distorsiona los hechos de una manera sistemática.

Pero, en nuestra opinión, la ideología es un elemento necesario de la cognición, y si alguien careciera de una, lo cual nos parece bastante improbable que ocurra, esa persona tendría una grave discapacidad. Existe una situación real, irrebatible, pero es demasiado vasta como para que un solo individuo la conozca en su totalidad, así que debemos crear nuestra comprensión de ella por medio de la imaginación. Por lo tanto, todos tenemos una ideología, y eso es una buena noticia. Llega tanta información al cerebro, desde experiencias sensoriales hasta mensajes discursivos y meditados, que es necesaria alguna clase de sistema de organización para darle un sentido, a partir del cual tomaremos nuestras decisiones y actuaremos. La visión del mundo, la filosofía, la religión…, todas esas cosas son sinónimos de la ideología tal como la hemos definido antes. También la ciencia, aunque esta es la diferente, la especial, ya que continuamente está verificándose con toda clase de pruebas a las que la somete la realidad y afinando el objeto de su atención. Sin duda, esta característica convierte la ciencia en el núcleo de un proyecto interesantísimo, que es la concepción, el perfeccionamiento y el aprovechamiento de una ideología

que explique de manera coherente y práctica el exuberante y vibrante mundo. Lo que cabe esperar de una ideología es que sea clara, global en sus explicaciones y poderosa. Se invita al lector a que demuestre la veracidad de estas palabras.

12

Dejando de lado por un momento la parte de la relación imaginaria, ¿qué pasa con la situación real? Es incognoscible, por supuesto, como ya se ha dicho.

Estas son algunas de las especies extinguidas recientemente: la gacela saudí, el león marino japonés, la foca monje del Caribe, el murciélago de la Isla de Navidad, el roedor Melomy rubicola, la vaquita marina, el ticotico de Alagoas, el ticotico críptico, el guacamayo de Spix, el po'o-uli, el rinoceronte blanco del norte, el tapir andino, el almiquí de La Española, el urogallo grande de Attwater, el lince ibérico, el gamo persa, el ibis crestado japonés, el órice de Arabia, el mono de nariz chata, el elefante de Sri Lanka, el indri, el colobo rojo de Zanzíbar, el gorila de montaña, el ualabi de Parma, el íbice de Etiopía, el aye-aye, la vicuña, el oso panda gigante, el águila monera. Se calcula que además se han extinguido unas doscientas especies de mamíferos, setecientas de aves, cuatrocientas de reptiles, seiscientas de anfibios y cuatro mil de plantas.

El ritmo de extinciones actual en comparación con la norma geológica es varios miles de veces más rápido, lo que convierte este periodo en la sexta extinción masiva en la historia de la Tierra, y, por lo tanto, marca claramente el inicio del Antropoceno, lo cual es lo mismo que decir que nos encontramos en un momento de catástrofe en la biosfera que será evidente en los restos fósiles mientras el planeta exista. La extinción en masa también es el ejemplo

más evidente de algo que ha hecho la humanidad y no tiene vuelta atrás, a pesar de todos los esfuerzos invertidos en los experimentos de des-extinción y la robustez general de la vida en la Tierra. La acidificación y la desoxigenación de los océanos son otro ejemplo de una acción humana que no tiene solución, y la relación entre esa acidificación/desoxigenación de los océanos y el suceso de la extinción podría volverse muy estrecha pronto, ya que lo primero podría acelerar extraordinariamente lo segundo.

Naturalmente, la evolución acabará llenando esos huecos ecológicos con nuevas especies. La plenitud preexistente se restaurará mediante el proceso de especiación en menos de veinte millones de años.

13

Cada vez que le brotaba el sudor se le aceleraba el corazón y enseguida se encontraba inmerso en un ataque de pánico. Ciento cincuenta o más pulsaciones por minuto. Daba igual que supiera que no corría peligro y que la reacción de pánico se debía a un suceso ocurrido hacía mucho tiempo. No importaba que ahora viviera en las afueras de Glasgow y que tuviera un trabajo en una planta de procesamiento cárnico que le permitía acceder a espacios refrigerados, donde la temperatura se mantenía solo unos grados por encima de la temperatura de congelación. Cuando se producía el brote ya era tarde; su cuerpo y su cerebro recibían la embestida de un terrible tornado de sustancias bioquímicas que corrían por sus venas como si fueran metanfetaminas y le provocaban unos espantosos episodios de paranoia.

Era lo que se llamaba trastorno de estrés postraumático. Lo sabía, se lo habían dicho millones de veces. El TEPT, la gran afección de nuestra era. Como le había explicado una vez uno de los psicólogos que lo trató, uno de los rasgos definitorios del trastorno era la incapacidad del paciente para detenerlo a pesar de que sabía lo que le estaba pasando. En este sentido, reconocían los psicólogos, el diagnóstico no suponía ningún cambio. Por supuesto que era necesario diagnosticarlo, pero eso no era suficiente; y no estaba claro qué podría serlo. Existían distintas opiniones y maneras de afrontarlo. Ningún tratamiento había

demostrado ser completamente eficaz, y la mayoría todavía se encontraba en una larga fase experimental.

Exposición a episodios como el episodio: no.

Lo había probado con una visita a Kenia, donde todos los días había soportado temperaturas cada vez más cercanas a lo insoportable. El resultado había sido ataques de pánico diarios, así que había acortado su estancia allí y regresado a Glasgow.

Entornos virtuales en los que explorar los aspectos del episodio: no. Había jugado a videojuegos que le hacían revivir ciertas partes de su experiencia de una manera que no podía controlar, pero los juegos eran feísimas parodias para mayores de edad. Los ataques de pánico eran frecuentes, estuviera jugando o no.

Terapia de ensayo: había contado por escrito el episodio después de haber tomado betabloqueantes un montón de veces. Casi siempre medio grogui por los betabloqueantes, así que era un ejercicio de escritura automática de su memoria: «Intenté convencer a la gente para que entrara. Tenía un depósito de agua en el armario. Lo mantuve en secreto. La boca del cañón de la pistola era una pequeña circunferencia negra. Todo el mundo estaba muerto».

En vano. Solo había obtenido a cambio más ataques de pánico en los que se le nublaba la visión y le costaba respirar.

Más o menos la mitad de las veces se quedaba dormido y sufría unas pesadillas que lo despertaban empapado en sudor. A veces las imágenes que lo acosaban eran sádicamente crueles. Después de despertar de uno de esos sueños tenía que hacer unos ejercicios de calentamiento para desentumecer los dedos de los pies helados, tenía que esforzarse para olvidar la pesadilla y volver a dormirse; pero tardaba horas en conseguirlo, y a veces ni siquiera eso. Al día siguiente parecía un muerto viviente sin energía, y

pasaba el día trabajando con la mente en blanco, o jugando a los videojuegos, la mayoría de ellos juegos en los que rebotaba de un lado a otro en un entorno sin apenas gravedad. Como un asteroide dando tumbos.

Los psicólogos le hablaban de sucesos disparadores. Tenía que evitarlos. Lo que querían decirle con esa metáfora tan práctica era que la vida era una larga cadena de sucesos disparadores; que la consciencia era un disparador. Se despertaba, recordaba quién era y sufría un ataque de pánico. Lo superaba y seguía con su vida como podía. La premisa de no pensar en ciertas cosas era precisamente una excusa para pensar en ellas. Represión, olvido; tenía que aprender a olvidar. La distracción perpetua era imposible. Quería estar mejor, pero no podía.

La terapia cognitiva-conductual, TCC, estaba considera por la mayoría de los expertos como el mejor tratamiento para el TEPT. Pero la TCC era dura. Se entregó a ella como si fuera una llamada divina, como si caminara por el borde de un precipicio. Un psicólogo le dijo, cuando le oyó utilizar esa expresión, que todo el mundo caminaba por el borde de un precipicio, que eso era la vida. «Yo camino sobre una cuerda floja», había respondido él. Era necesario concentrarse en el equilibrio en todo momento. En ese sentido, las distracciones en realidad estaban contraindicadas. Si te distraías, un solo paso en falso podía lanzarte de cabeza por el precipicio. La vigilancia constante, aunque también esto era contraproducente, solo era una manera de pensar en el problema, de prestarle atención. No. La hipervigilancia formaba parte del trastorno. Por lo tanto, no había nada que hacer. La única solución era dormir sin soñar. O morir.

O determinados medicamentos. Los ansiolíticos no eran antidepresivos. Se utilizaban para inhibir la reacción de lucha o huida del cerebro con el fin de ganar un poco de tiempo para que el sistema se tranquilizara y se diera

cuenta de que determinada cosa no era un peligro real. Estos medicamentos tenían efectos secundarios no deseados, claro. La apatía era uno. Pero no eran del todo indeseados, ya que si se suprimían todas las emociones, las malas estaban en el mismo saco y por lo tanto descendían las probabilidades de que aparecieran, a pesar de que serían las primeras en la cola para presentarse a las primeras de cambio. Pero si se suprimían todas las emociones, ¿qué quedaba? Pues transitar por la vida como un autómata. Comer se convertía en algo muy parecido a llenar el depósito de gasolina de un coche antiguo. Y se hacía ejercicio físico con la única esperanza de que el cansancio le permitiera a uno dormir como un lirón toda la noche. Para no pensar. Para no sentir.

Por lo tanto, después de muchos meses así, de unos cuantos años, volvió a la India.

Necesitaba comprobar si regresar allí le ayudaba y no lo sabría hasta que lo probara. Sería algo así como una terapia de aversión o, mejor dicho, de inmersión. Volver al escenario del crimen. Además le rondaba una idea que había comenzado a convertirse en una obsesión. Tenía un plan.

Aterrizó en Delhi y tomó un tren hasta Lucknow, se bajó en la estación y se subió a un autobús atestado de gente con dirección a su ciudad. Las imágenes y los olores, el calor y la humedad eran disparadores, sí. Pero, dado que la conciencia era el verdadero disparador, se armó de valor y miró por la ventana polvorienta del autobús. Sentía el sudor que brotaba de su piel, el aire bombeado por sus pulmones y el corazón que le aporreaba el pecho como si fuera un niño que intenta escapar. ¡Aguanta! ¡Sigue viviendo!

Se apeó del autobús en la parada de la plaza central de la ciudad y miró a su alrededor. Había gente en todas partes, de todas las edades, hinduistas y musulmanes, como antes; las diferencias eran muy sutiles o inexistentes, pero sus ojos avezados advertían los signos, un tikka, un característico gorro redondeado… La mezcla habitual que siempre había existido en esa ciudad, desde antes de los tiempos de Akbar. Todo seguía igual que hacía cuatro años. No había ningún signo de que hubiera pasado lo que había pasado.

Seguramente habría algún elemento conmemorativo. Enfiló hacia el lago con el corazón a punto de salirse de su pecho y una sensación abrasadora en la piel. Tenía la ropa empapada en sudor. Bebió de la botella de agua que llevaba en la mochila. Solo había dado pequeños sorbos muy de vez en cuando, pero ya estaba vacía. Todo el cuerpo le palpitaba y le escocían los ojos por el sudor; detrás de las gafas de sol con protección lateral lloraba incontrolablemente. La polarización de las gafas no era suficiente para impedir que el sol le derritiera las retinas. Las imágenes se clavaban como agujas en sus globos oculares mirara donde mirara.

El lago estaba igual. ¿Cómo era posible que siguiera allí, que no lo hubieran drenado para erigir un mausoleo o un templo, o simplemente un edificio de viviendas o un bazar?

Pero ¿quién quedaba para recordar lo que había sucedido o cómo había sido aquella semana? No había supervivientes a quienes angustiara ese lugar. En cuanto a las personas que acudieron después para limpiar la ciudad y recoger los cadáveres, bueno, solo había sido una más, como muchas otras con escenas similares. No había razón para obsesionarse con esta. No… Él era el único superviviente. Nadie más había visto lo mismo que él y había sobrevivido para recordarlo. Para toda la gente que caminaba por esa cornisa, por esa patética parodia de paseo, el lago solo era

lo que veían ahora. No había ni rastro de una placa, así que mucho menos de un monumento conmemorativo al viejo estilo marcial.

Regresó a la parada del autobús. Después de darle varias vueltas a la idea y de una escapada a una tienda para comprar agua embotellada se dirigió a su antigua clínica. El edificio seguía en pie, ahora ocupado por abogados, gestores fiscales y un dentista. Al lado había un restaurante nepalí nuevo. Solo era un edificio, pero lo que había pasado en su interior…

Se sentó en el bordillo porque de repente se sentía demasiado débil para mantenerse en pie. Estaba temblando. Se sujetó la cabeza con las manos. Todo estaba dentro de su cabeza: cada hora, cada minuto, aquel depósito de agua en el armario.

Se levantó, regresó a la parada y cogió el primer autobús de regreso a Lucknow. Allí llamó a un teléfono que le habían dado. Un hombre le respondió en hindi. Él le preguntó con su rudimentario hindi si hablaba su idioma.

—Sí, ¿qué quieres? —le preguntó el otro hombre ya en su lengua.

—Estuve aquí —dijo Frank—. Durante la ola de calor. Soy estadounidense. Formaba parte de una organización humanitaria que trabajaba aquí, en el desarrollo de la zona. Vi lo que pasó. Ahora he vuelto.

—¿Por qué?

—Un amigo me ha hablado de vuestro grupo.

—¿Qué grupo?

—Me dijo que se llamaba Nunca Más y que hacíais acciones directas.

Silencio al otro lado de la línea.

—Quiero ayudar —añadió Frank—. Necesito hacer algo.

Más silencio.

—Dime dónde estás —dijo finalmente el otro hombre.

Esperó una hora sentado en la estación del tren, pasando un calor horrible. Cuando ya sentía que se había quedado sin fuerzas y que iba a desmayarse, un coche se detuvo junto al bordillo y dos hombres jóvenes saltaron del vehículo y se plantaron delante de él.

—¿Eres tú el *firangi* que ha llamado?

—Sí.

Uno de los hombres pasó un detector de metales alrededor de su cuerpo mientras el que le había hablado lo cacheaba.

—Venga, sube.

Frank se sentó junto al conductor y el coche arrancó con un chirrido de neumáticos. Los hombres sentados detrás de él le taparon los ojos con una venda.

—No queremos que sepas a dónde te llevamos. No te haremos daño si eres quien dices ser.

—Lo soy —dijo Frank sin oponerse a que le vendaran los ojos—. Ojalá no lo fuera, pero lo soy.

Ningún comentario. El coche giró varias veces, con la velocidad suficiente para lanzar a Frank contra la puerta o contra el tenso cinturón de seguridad. Era un coche eléctrico pequeño que emitía un leve zumbido y aceleraba y frenaba bruscamente.

El coche se detuvo y lo sacaron de él, luego le hicieron subir unos escalones para entrar en un edificio. Le quitaron la venda de los ojos y Frank se encontró en una habitación llena de veinteañeros. Solo había una mujer en medio de la docena de hombres que lo miraban con curiosidad.

Frank les contó su historia. Los hombres asentían gravemente de vez en cuando, sin despegar sus ojos brillantes de él. Nunca lo habían mirado con tanta intensidad.

Cuando terminó, los hombres se miraron.

—¿Qué quieres hacer ahora? —le preguntó finalmente la mujer.

—Quiero unirme a vosotros. Quiero hacer algo.

Hablaron en hindi entre ellos, demasiado rápido para que Frank pudiera seguir la conversación. Es posible que incluso fuera otra lengua, como el bengalí o el marathi, porque no reconoció ni una palabra.

—No puedes unirte a nosotros —dijo la mujer cuando la conversación llegó a su fin—. No te queremos. Y si supieras todo lo que hemos hecho, seguramente tú tampoco querrías unirte a nosotros. Somos los Hijos de Kali, y tú no puedes ser uno de nosotros, aunque estuvieras aquí cuando ocurrió la catástrofe. Sin embargo, hay algo que podrías hacer. Puedes llevar un mensaje de nuestra parte al mundo. Tal vez nos ayude, quién sabe. Al menos inténtalo. Dile al mundo que tiene que cambiar su manera de actuar. Si no lo hacen, los mataremos. Deben saberlo. Busca la manera de hacerles llegar nuestro mensaje.

—Lo haré —dijo Frank—. Pero me gustaría hacer algo más.

—Haz lo que quieras, pero tendrá que ser sin nosotros.

Frank asintió y se quedó mirando el suelo. Nunca sería capaz de explicarlo. Ni a esa gente ni a nadie.

—De acuerdo. Haré lo que pueda.

14

Teníamos que marcharnos. Era demasiado peligroso quedarse.

Yo era médico. Tenía una pequeña clínica en la que trabajaban un ayudante, tres enfermeras y un par de administrativas. Mi mujer era profesora de piano y mis hijos iban al colegio. Un día los rebeldes de nuestra zona comenzaron a enfrentarse con el gobierno y los soldados entraron en la ciudad. Murió gente en las calles. Incluso algunos niños del colegio de mis hijos perdieron la vida. Y un día mi clínica saltó por los aires. Cuando acudí allí y vi el desastre, desde la calle podía ver el interior de mi consulta, supe que teníamos que marcharnos. Por alguna razón estábamos en el bando equivocado.

Fui a ver a un amigo que había sido periodista antes de la guerra y le pregunté si podría ponerme en contacto con alguien, un contrabandista, que pudiera llevarnos a un lugar seguro. Yo no tenía ningún lugar concreto en la cabeza. Cualquier sitio sería más seguro que donde estábamos. Cuando mi amigo comprendió lo que estaba pidiéndole, rodeó la mesa y me abrazó. «Siento que hayamos llegado a esto —me dijo—. Te echaré de menos.» Sus palabras se me clavaron como un puñal en el corazón. Él sabía lo que significaba esa huida. Yo no, pero cuando lo vi en su rostro me senté en la silla como si me hubieran disparado. Me flojearon las piernas. La gente usa esa expresión de manera figurada, pero es literalmente lo que ocurre cuando te

sacude una gran conmoción. Al cuerpo le pasa algo, es una cosa psicológica, aunque no soy capaz de explicar el mecanismo que lo provoca.

El contrabandista era caro, tanto que solo la gente con unos ahorros considerables podía huir a través de él. La mayoría de mis vecinos estaban atrapados. Pero nosotros podíamos permitírnoslo. Así que me reuní con mi amigo una noche en la cafetería donde solíamos vernos. El hombre lo acompañaba. Era educado, pero mantenía las distancias. Profesional. Me dijo que quería ver el dinero y me preguntó sobre mi familia, cuándo estaríamos listos para marcharnos y esa clase de cosas. Me dijo que podía llevarnos a Turquía y de allí a Bulgaria, desde donde pasaríamos a Suiza o a Alemania. Fui al banco y saqué el dinero, luego volví a casa y les dije a mi mujer y a mis hijos que cada uno de ellos hiciera una maleta, que nos íbamos de viaje. Esa misma noche, a medianoche, un coche se detuvo delante de nuestro edificio y bajamos. Metimos el equipaje en el maletero y nos apretamos en el asiento trasero. Cuando el coche se puso en marcha, miré el edificio donde teníamos nuestro piso a través de la ventanilla y supe que nunca más volvería a verlo. Esa vida había terminado. Había tenido mis rutinas; me gustaba pasarme por la cafetería después de trabajar o cuando ya era entrada la noche y había refrescado, tomar un café, jugar al *backgammon* y charlar con los amigos. Mi mujer y yo quedábamos con otras parejas, preparábamos comidas y cuidábamos de sus hijos. Conocíamos a la gente que regentaba la tienda de ultramarinos y los negocios del barrio. Disfrutábamos de todo eso, como cualquier persona. Todavía recuerdo cómo me sentía entonces. Aunque ya casi lo he olvidado.

15

Tomo notas para Badim de la reunión ordinaria de los lunes del grupo ejecutivo del ministerio. Luego las pasaré a limpio para dárselas.

Mary Murphy ha convocado a los jefes de departamento de su equipo en una sala de reuniones contigua a su despacho en Hochstrasse. Ahora me arrepiento de no haber ido al baño antes.

Badim está sentado a la izquierda de Murphy. Alrededor de la mesa están sentados los trece directores de departamento. Los demás estamos de pie, apoyados en las paredes. George está a punto de quedarse dormido.

Tatiana V., departamento legal. Esta mañana se ha enterado de que el Tribunal Internacional ha rechazado investigar el caso indio. Está disgustada.

Imbeni Halle, infraestructuras. Robado a Namcor.

Jürgen Atzgen, zuriqués. Viene todos los días desde su casa junto al lago. Seguros y reaseguros. Fichado de Swiss Re.

Bob Wharton, catástrofes naturales. Ecologista. EE. UU. Mitigación y adaptación.

Adele Elia, directora de clima. Francesa. Coordina la ciencia climática. Empezó como glacióloga. Odia estas reuniones. Una vez lo dijo en voz alta durante una reunión. Ha vivido ocho años en los glaciares. Quiere volver a ellos. En cuanto a la criosfera, continúa derritiéndose.

Huo Kaming, ecologista, Hong Kong. Estudios de la biosfera, recuperación de hábitats, creación de refugios, protección animal, resilvestración, métodos basados en la biología para reducir las emisiones de dióxido de carbono, planificación de cuencas hidrográficas, recarga de acuíferos, bienes comunes, la campaña La Mitad de la Tierra. No se le resiste nada.

Estevan Escobar. Chileno. Océanos. Proclive a la desesperación.

Elena Quintero, agricultura. Buenos Aires. Ella y Escobar bromean sobre la rivalidad entre Argentina y Chile. Tiene facilidad para levantar el ánimo de Escobar.

Indra Dalit, Yakarta. Geoingeniería. Trabaja con Wharton y con Atzgen.

Dick Bosworth, australiano, economista. Un tipo gracioso. Impuestos y economía política. Es el que siempre vierte el jarro de agua fría de la realidad.

Janus Athena, inteligencia artificial, internet y todo lo que tenga que ver con el mundo digital. Su propia persona ya es muy digital.

Esmeri Zayed. La tercera de las chicas E. Palestina de Jordania. Refugiados. Enlace con ACNUR.

Rebecca Tallhorse, Canadá. Representante de los pueblos indígenas.

Murphy da comienzo a la reunión preguntando si hay novedades.

Imbeni Halle: Están estudiándose planes para reorientar a las empresas de combustibles fósiles para que realicen proyectos de descarbonización. Las instalaciones son sorprendentemente adecuadas. La extracción y la inyección utilizan la misma tecnología, solo que de manera inversa. Trabajadores, capital, instalaciones, conocimientos, todo ello puede utilizarse para «recoger e inyectar», ya sea porque colaboren voluntariamente o porque la ley los obligue. Así

se mantendría a las compañías del petróleo en el negocio, pero haciendo cosas buenas.

Tatiana parece interesada. Los demás reaccionan con escepticismo. Ni la captura del dióxido de carbono ni su introducción en pozos petrolíferos vacíos parecen una opción realista.

Murphy: Seguid estudiándolo. A juzgar por lo que dicen los cálculos sobre el aprovechamiento que puede hacerse de los métodos naturales, es fundamental.

Atzgen: Los informes del último año han provocado el pánico de las compañías de seguros. En lo que va de año han desembolsado alrededor de cien mil millones de dólares en indemnizaciones, y la cifra sigue creciendo como en una gráfica de palo de hockey. Compañías de seguros aseguradas por reaseguradoras. Ahora estas agarran el palo de hockey por la parte corta (¿o la larga?). No pueden subir las primas lo necesario para cubrir las indemnizaciones, ni nadie puede permitirse pagar tanto. La imprevisibilidad implica que las compañías reaseguradoras rechazan cubrir catástrofes medioambientales, de la misma manera que no aseguran guerras, disturbios por causas políticas, etcétera. Por lo tanto, se acabaron los seguros, por decirlo de manera breve. Todo el mundo va por ahí sin seguro. Los gobiernos son los pagadores como último recurso, pero la mayoría de los gobiernos ya están demasiado endeudados para financiar, es decir, reasegurar, a las compañías. No queda nada que pueda hacerse sin poner en peligro la confianza en el dinero. Por lo tanto, todo el sistema está al borde del colapso.

Murphy: ¿Qué significa el colapso?

Atzgen: Significa que el dinero ya no servirá como moneda de cambio.

Silencio en la sala. Atzgen añade: «¡Ahora entendéis por qué las compañías reaseguradoras esperan como agua de

mayo que se mitigue el cambio climático! ¡No podemos permitirnos que se acabe el mundo!». Nadie ríe.

Bob Wharton: Hay cosas que podemos mitigar y otras que no. Podemos adaptarnos a algunas cosas y a otras no. Añadiría que no podemos adaptarnos a algunas de las cosas que no somos capaces de mitigar en este momento. Necesidad de aclarar qué cosas son unas cosas y otras. Pero sobre todo la necesidad de decir a los partidarios de la adaptación que son unos gilipollas. Esa pandilla de economistas y de profesores de humanidades no tienen ni idea de lo que hablan. La adaptación es una fantasía.

Murphy interrumpe con mucha habilidad el exabrupto de Wharton. Le lanza una mirada comprensiva mientras corta el aire con la mano. «Estás predicando ante conversos», sugiere Murphy. Se vuelve hacia Adele Elia y los demás.

Elia: «¡Y eso te parece mal!». El comentario arranca risas. Los grandes glaciares de la Antártida, sobre todo Victoria y Totten, están sufriendo desprendimientos de hielo cada vez más frecuentes, y pronto verterán miles de kilómetros cúbicos de hielo al mar. Por ahora parece que eso ocurrirá dentro de un par de décadas. El nivel del mar subirá dos metros como mínimo, quizá más (¡seis metros!), pero dos metros es suficiente. Será el final de todas las ciudades costeras, las playas, las marismas, todos los arrecifes de coral, muchos caladeros de pesca. El 10 por ciento de la población mundial migrará, la producción de alimentos descenderá un 20 por ciento. Será como el golpe de gracia a un púgil aturdido. La civilización *kaputt*.

Atzgen lanza los puños al aire. ¡El coste de eso es incalculable!

Calcúlalo, le ordena Murphy.

Atzgen frunce el ceño mientras hace mentalmente los cálculos. Mil billones. Sí, eso es. Mil billones quizá es quedarse cortos. Tal vez cinco mil billones.

Bosworth: Digamos que el coste es infinito.

Elia: El número de especies amenazadas con la extinción en este momento está en los niveles del Pérmico. (¿Exageración?) En el periodo Pérmico se produjo la peor de las extinciones en masa de la historia de la Tierra. Ahora nos dirigimos hacia una equivalente.

Kaming: Los seres humanos y sus animales domésticos representan el 99 por ciento de los animales vivos en la Tierra. Ganado, cerdos, ovejas, cabras… Las criaturas salvajes son el 1 por ciento restante. Y sufren. Muchas especies desaparecerán pronto.

M: ¿Pronto?

K: En unos treinta años.

Escobar: Solo el 20 por ciento de los peces que hay actualmente en el océano son salvajes.

Murphy pone fin al debate cortando el aire con las manos. Mira al equipo. Habla muy despacio.

El Ministerio del Futuro tiene un presupuesto anual de sesenta mil millones de dólares. Eso es mucho dinero. Pero el PIB anual mundial es de cien billones de dólares. La mitad del PMB la generan los bienes de consumo adquiridos por gente próspera, es decir, productos no esenciales que degradan la biosfera. Es un barco que se hunde. El parásito está matando a su hospedador. Incluso la mitad productiva del PMB, comida, salud y vivienda, está arrasando el mundo. En pocas palabras: estamos jodidos.

El equipo se la queda mirando.

Por lo tanto tenemos que buscar los puntos clave en los que gastar nuestros sesenta mil millones.

Bosworth: Con ese dinero no conseguiremos nada. Hay que cambiar las leyes… Esa es la clave. Invirtamos el dinero en cambiar las leyes.

A Tatiana le gusta la idea.

Imbeni Halle: Las infraestructuras esenciales necesitan financiación.

Elena Quintero: Hay que mejorar la agricultura.

Mary interrumpe la discusión. ¡Tajo, tajo, tajo! Alto. Tenemos que hacer un cambio, y rápido. Sea como sea. Empleando todos los medios que sean necesarios.

Badim se sorprende al oír esa última declaración. No estoy segura del motivo. Mira a Murphy con asombro.

16

Es posible que una parte del 2 por ciento rico de la población mundial haya decidido finalmente dejar de fingir que «el progreso», «el desarrollo» y «la prosperidad» son un objetivo al alcance de la mano de los ocho mil millones de habitantes del planeta. Durante mucho tiempo, uno o dos siglos, ese objetivo de «prosperidad para todos» había sido el camino seguido; aunque actualmente existiera la desigualdad, si todo el mundo se ceñía al programa y nadie hacía zozobrar el barco, la subida de la marea los pondría a todos a flote, incluso a los que estaban varados en los lugares más difíciles. Pero a principios del siglo XXI se hizo evidente que el planeta era incapaz de sostener el tren de vida occidental si toda la población mundial se subía a él, y en ese momento las personas más ricas se encerraron en sus mansiones fortaleza, compraron a los gobiernos o los incapacitaron para que actuaran contra ellos, cerraron con llave sus puertas y esperaron a que llegaran unos teóricos tiempos mejores, que esencialmente eran el resto de su vida, y quizá, siendo optimistas, la vida de sus hijos... Después de eso, *après moi, le déluge*.

Una respuesta racional a un problema insoluble. Aunque no tanto. Había evidencias respaldadas por estudios científicos que demostraban que, si se distribuían equitativamente los recursos del planeta entre los ocho mil millones de seres humanos, todo el mundo viviría bien. Todos tendríamos lo necesario, y las evidencias científicas

concluían categóricamente que la gente que vivía con lo necesario, y tenía la certeza de que su situación no cambiaría (esta condición era esencial), tenía una salud mucho mejor y por lo tanto era más feliz que la gente rica. Por lo tanto, esa distribución equitativa suponía una mejora para todos.

La gente rica solía resoplar cuando le hablaban de ese último estudio, luego se marchaba y pasaba la noche con sus guardaespaldas, sus abogados tributarios, sus riesgos legales (hijos arrogantes, amores no del todo fungibles), sobrealimentándose y dándose toda clase de lujos en general, lo que derivaba en problemas de salud, tedio y angustia existencial... En pocas palabras, se daban un tortazo con la realidad de que la ciencia, una vez más, tenía razón, y de que el dinero no podía comprar la salud ni el amor. Aunque hay que añadir que es necesaria una seguridad económica para sostener esas cosas buenas. El punto medio feliz, lo que podríamos denominar la zona de comodidad en cuanto a los ingresos personales, según los análisis sociológicos, parece encontrarse alrededor de los cien mil dólares anuales, o más o menos el sueldo de la mayoría de los científicos que están en activo, lo cual genera ciertas suspicacias. Pero ahí están los datos.

Y cualquiera puede hacer los cálculos. La Sociedad de los 2000 Vatios, presentada en 1998 en Suiza, calculó que, si toda la energía consumida en los hogares se dividía por el número de seres humanos vivos, cada persona tendría que consumir 2000 vatios de energía, lo que se traduce en 48 kilovatios por día. Los miembros de la sociedad hicieron el experimento de intentar vivir con esa cantidad de energía y comprobaron que no se necesitaba más. Había que prestar atención al consumo de electricidad, pero la vida que podía llevarse no exigía ningún sacrificio; en el informe incluso se

decía que quien realizaba el experimento se sentía más moderno e importante.

Por lo tanto, ¿hay energía suficiente para todos? Sí. ¿Hay comida suficiente para todos? Sí. ¿Hay vivienda para todos? Podría haberla, eso no es un verdadero problema. Lo mismo podría aplicarse a la ropa. ¿Hay una sanidad accesible para todos? Todavía no, pero podría haberla; solo hay que enseñar a la gente y fabricar pequeños aparatos tecnológicos, para eso no hay fronteras. Y lo mismo en cuanto a la educación. Así pues, todas las necesidades para una buena vida abundan lo suficiente para que todos los seres humanos podamos disfrutarla. Comida, agua, cobijo, ropa, sanidad, educación.

¿Hay seguridad para todos? La seguridad es una sensación provocada por la confianza en que nunca te faltarán las cosas enumeradas arriba, y en que tus hijos también las disfrutarán. Por lo tanto es un efecto derivado. Puede haber seguridad para todos, pero solo si todos tienen seguridad.

Si el 1 por ciento de la humanidad controlara el trabajo del resto y se quedara con mucho más de lo que le correspondería de los beneficios de ese trabajo, al mismo tiempo que bloqueara el proyecto de igualdad y sostenibilidad por todos sus medios, dicho proyecto sería más difícil de llevar a cabo. Es una obviedad, pero hay que decirla.

Seamos claros y resumámoslo con pocas palabras: hay suficiente para todos. Por lo tanto no debería haber gente viviendo en la pobreza. Ni debería haber multimillonarios. Poseer lo necesario tendría que ser un derecho humano, una base de la que nadie pudiera caerse; también un techo que nadie debería sobrepasar. Lo necesario es tan bueno como un banquete… o mejor.

Se invita al lector a que arregle esta situación.

17

Hoy estamos aquí para preguntar quiénes son los representantes de la economía mundial..., quiénes son los que mantienen la máquina en marcha, por así decirlo. Posiblemente estas personas constituyen una minoría, de la misma manera que también suele decirse que la mayor parte de la humanidad recibiría con los brazos abiertos un cambio en el sistema.

Solo un idiota diría eso.

Bueno, y sin embargo yo acabo de decirlo.

Sí.

Pero, volviendo a la pregunta que nos atañe, ¿quiénes pensamos que representan a los mercados? Me refiero a quiénes elaboran y aplican las teorías que los definen, quiénes los administran y los defienden.

La policía. Porque es la ley.

Pero ¿podemos asumir que la implicación de los legisladores es profunda?

Sí.

Pero los legisladores suelen ser abogados, y todo el mundo sabe que los abogados destacan por su falta de ideas. ¿Podemos asumir que defienden las ideas de otras personas?

Sí.

¿Y quiénes son esas otras personas?

Grupos de expertos. Académicos.

Importantes profesores de MBA.

Toda clase de académicos. Y seguidamente sus estudiantes.

Los departamentos de economía.

La Organización Mundial del Comercio. Las bolsas. Todas las leyes y los políticos y los burócratas que las administran. Y la policía y el ejército que las hacen cumplir.

Y supongo que los directores ejecutivos de todas las empresas.

Bancos. Sociedades de accionistas, fondos de pensiones, accionistas individuales, fondos especulativos, compañías financieras.

¿Los bancos centrales podrían ocupar una posición fundamental en todo esto?

Sí.

¿Alguien más?

Las compañías de seguros, las compañías de reaseguros. Los grandes inversores.

Y sus algoritmos, ¿verdad? Por lo tanto, ¿los matemáticos también?

Las matemáticas son primitivas.

Aunque sean primitivas, todavía se necesitan matemáticos, los demás no tenemos ni idea.

Sí.

Supongo que también los precios en sí, y los tipos de interés y esas cosas. Lo que es lo mismo que decir simplemente que el sistema en sí.

Has preguntado por las personas.

Sí, pero es una red de actores. Algunos actores en una red de actores no son humanos.

Tonterías.

¿Qué pasa? ¿No crees en la teoría del actor-red?

Hay redes de actores, pero solo los actores con un organismo pueden decidir hacer cosas diferentes. De eso estabas intentando hablar.

Vale, pero ¿qué me dices del dinero?

¿Qué pasa con el dinero?

En mi opinión, el dinero actúa como si fuera la fuerza de la gravedad… Cuanto más acumulas, mayor es su fuerza de atracción, como ocurre con la masa y su atracción gravitatoria.

Precioso.

¡En última instancia resulta ser que es un sistema articulado enorme!

Qué perspicaz.

De acuerdo, volviendo a los que administran nuestro sistema económico como tal, ellos enseñan a otros a utilizarlo, y por una coincidencia que no lo es tanto, se benefician de él como los que más. Me pregunto cuánta gente sumará eso en total.

Unos ocho millones de personas.

¿Estás seguro?

No.

Eso sería una de cada mil personas que hay en el mundo actualmente.

Buen trabajo.

¡Gracias! Y gracias a los programas que han redactado.

Cíñete a las personas.

Pero ¿y si se estropearan los elementos no humanos del sistema?

Cíñete a las personas. Casi empezabas a parecerme interesante.

¿Quiénes son los más importantes en un grupo de ocho millones?

Los gobiernos nacionales.

Eso no me gusta.

¿Por qué?

Corrupción, estupidez…

El imperio de la ley.

Pero…
No hay pero que valga. El imperio de la ley.
¡Son unos cimientos de paja!
Ya.
¿Y qué podemos hacer?
Cambiarlos por unos de hormigón.

18

El modelo del TEPT utiliza la palabra «disparador» para sugerir la velocidad de una reacción provocada por el trauma y la manera en que puede desencadenarse debido a un incidente que debería ser lo equivalente a un trocito redondeado de metal, inocuo salvo cuando lo colocas en una pistola. Hay que aprender a evitar esas cosas.

La terapia cognitiva-conductual es dura. Una de sus estrategias principales consiste en etiquetar los pensamientos que tienes, identificarlos como inútiles o dolorosos, y luego desviar la mente hacia unos pensamientos más positivos. Es una estrategia que suele fallar. Sabes lo que está pasando y que no es lo adecuado… pero no puedes sacártelo de la cabeza. Te sudan las manos y el corazón te aporrea el pecho como si fuera un niño que intenta escapar, y mientras estás temblando como un animal puedes pensar: «Espera, no corres peligro… No estás en una situación que deba atemorizarte, solo estás sentado en una cafetería, al mediodía, corre una suave brisa y está un poco nublado, todo está bien, por favor, no hagas esto, no te pongas a gritar, no te levantes de un salto y eches a correr… Obliga a tus manos a parar de temblar, coge la taza de café…».

Pero el disparador se ha accionado y estás mirando directamente la boca del cañón de la pistola.

Le había pasado muchas veces. Y al mirar el cañón de una pistola de verdad, con el dedo pulgar apoyado en el

gatillo que acciona el disparador (no el dedo índice, porque sujetas el arma apuntándote a ti, apoyada en el esternón, y en esa posición el pulgar es mejor para apretar —en este caso, empujar— el gatillo), era fácil ver aquello como un gran alivio, como la promesa de que el miedo por fin desaparecería. Sucede continuamente. Es tan frecuente que una forma de terapia para el TEPT se basa en eso: no tienes que preocuparte en exceso porque, si no mejoras, siempre puedes suicidarte. Y a algunos pacientes ese pensamiento les procura verdadero consuelo, a veces incluso es el asidero al que se aferran para recuperarse. Siempre puedes poner fin a este tormento matándote; así que dale otro día, a ver qué tal.

No es fácil no tener miedo. No siempre se logra. Por mucho que lo intentes y lo desees se pierde el control de las cosas, incluso cuando están dentro de tu cabeza, o quizá precisamente por eso. La mente es un animal curioso. Si se tratara del pensamiento consciente, o si pudiéramos controlar el pensamiento consciente, o si el subconsciente fuera consciente, o si los estados de ánimo se sometieran a nuestros deseos..., tal vez entonces podría hacerse algo. Y podríamos decir para la terapia cognitiva-conductual, o para el objetivo mismo de la cordura: ¡Hágase realidad!

Pero no es así. Es como si nadaras en un río. Puedes acabar arrastrado al mar por unas aguas revueltas que no agitas tú, o al menos que escapan a tu control. Te encuentras nadando contra una corriente que es más fuerte que tú, y es posible que te ahogues.

Frank estaba ahogándose. O por lo menos no podía respirar. Las terapias le habían dejado meridianamente claro que nunca se curaría.

En cierta manera, tal vez podría considerarse eso un progreso. «Renunciad a toda esperanza, vosotros, que entráis aquí.» ¿Qué significaba eso? ¿Era posible vivir sin esperanza? Había leído un refrán japonés en un libro: vive como si ya hubieras muerto. Pero ¿qué quería decir? ¿Por qué era un mensaje alentador? Porque, ¿era alentador? Como mucho era enigmático, una especie de apuesta doble: primero te daba la orden de vivir, pero luego te decía: «como si ya hubieras muerto». ¿Cómo se hacía eso? ¿Formaba parte del código del samurái? ¿Tenías que despreocuparte de tu vida para defender a quien tenías el deber de proteger? Entonces, ¿era una especie de estoicismo para siervos? Deja que te utilicen como si fueras un escudo, conviértete en un utensilio humano. ¿Era eso? Tal vez. En ese caso solo tenías que decidir la manera más adecuada de hacer trizas tus esperanzas.

En su caso ya había perdido la esperanza de volver a ser un tipo corriente, de llevar una vida normal, de que no le hubiera pasado lo que le había pasado, de olvidarlo todo. Las terapias le habían enseñado a renunciar a esas esperanzas. Ahora tenía que depositar sus esperanzas en cosas como hacer el bien, por muy jodido que estuviera.

Este pensamiento merecía ponerse por escrito en un trozo de papel, con letras mayúsculas trazadas con sus manos temblorosas, y colgarlo en el espejo del baño al lado de otras frases e imágenes de ánimo. Seguramente parecía el espejo de un loco, pero le gustaba pegar cosas en él.

LA ESPERANZA DE HACER EL BIEN,

POR MUY JODIDO QUE ESTÉS

Siempre que se acordara de lavarse los dientes o afeitarse, lo cual ocurría cada vez con menos frecuencia, vería el mensaje y reflexionaría sobre qué podía hacer. Sobre todo le

producía confusión. Pero daba la impresión de que dentro de él residía el impulso de hacer algo, a veces era tan fuerte que lo sentía como un intenso ardor de estómago. Cuando estaba exhausto por el insomnio, o atontado por dormir demasiado, esa sensación de ardor se propagaba por todo su cuerpo. Tenía que hacer algo. Parecía claro que no iba a convertirse en un Hijo de Kali, pero quizá sí en algo parecido. Un simpatizante. Un guerrero para la causa. Un lobo solitario.

Mientras desayunaba yogur de un vasito de plástico para aplacar el ardor de estómago meditaba sobre lo que podía hacer. Cada persona tenía una de las ocho mil millones de partes en las que se repartía el poder de la humanidad. Estaba dando por supuesto que todas las personas tenían el mismo poder, lo cual no era verdad, pero de momento servía para continuar su reflexión. Una de ocho mil millones de partes no era mucho, pero había que tener en cuenta que había venenos que surtían efecto actuando en la milmillonésima parte de un organismo, así que no era del todo cierto que no existieran precedentes de que una parte tan pequeña provocara cambios.

Deambuló por las calles de Glasgow dándole vueltas en la cabeza a su idea. Subió y bajó las colinas que se alzaban en el noreste de la ciudad, disfrutando del paseo por unas aceras tan empinadas que incluso había tramos de escaleras. Se podía liberar mucho estrés caminando por las calles de Glasgow, y los puntos de vista desde los que se contemplaban las ideas cambiaban al son de los cambios en el tiempo y reflejaban las tormentas interiores, el miedo, los ataques de risa, los oscuros abismos de dolor. O los sueños hermosos, el mundo corregido. ¿Cómo compartir eso? ¿Cómo darlo? San Francisco de Asís: muéstrate, renuncia a ti y a todo lo que creías que poseías. Alimenta a los pájaros,

ayuda a la gente. Qué obvio era lo admirable de ese mensaje. Haz lo que dice San Francisco. Ayuda a la gente.

Pero él buscaba algo más. Sentía cómo bullía en su interior el deseo de matar. Bueno, en realidad quería castigar. La humanidad, aunque no toda, había provocado la ola de calor; los países prósperos, seguro; los viejos imperios, seguro. Todos ellos merecían un castigo. Pero también había personas concretas, muchas todavía vivas, que habían consagrado su vida a negar el cambio climático, a seguir emitiendo dióxido de carbono, a destruir biomas y causar la extinción de especies. Y durante la realización de ese proyecto habían prosperado y llevado una vida de lujos. Se creían superhombres y destruían el mundo alegremente, se reían de los débiles y los pisoteaban a su antojo.

Frank quería acabar con todas esas personas. Ante la imposibilidad de llevar a cabo tamaña empresa se conformaba con matar a unas cuantas. Sentía cómo bullía ese impulso dentro de él. Esta tensión interna lo llevaría pronto a la tumba; lo sentía con la misma certeza con la que sentía cómo el corazón percutante le bombeaba la sangre por las carótidas con la presión por las nubes. Oh, sí, la tensión alta. Podía sentir cómo la sangre trataba de hacerlo estallar desde dentro. Algo terminaría explotando en su interior. Pero antes debía hacer alguna cosa. Venganza, sí; pero también prevención. Un ataque preventivo. Quizá eso evitaría un mal mayor.

Visitaba a la psicóloga dos veces por semana. Era una mujer agradable de mediana edad, inteligente y con experiencia, tranquila y atenta. Comprensiva. Frank percibía que le interesaba su caso. Probablemente le interesaban todos sus pacientes, pero eso no quitaba que Frank tuviera la certeza de que él le interesaba.

La psicóloga le preguntó cómo se encontraba, qué hacía. Él no le habló de sus delirios de venganza, pero fue

bastante sincero en todo lo que le contó. A principios de semana, le dijo, un chorro de vapor de una gigantesca cafetera en el local de una cadena de cafeterías le había provocado un ataque de pánico; había tenido que sentarse hasta que el corazón dejó de martillearle el pecho.

Ella asintió.

—¿Probaste a hacer el movimiento con los ojos del que hablamos?

—No. —Frank estaba convencido de que la terapia era una pérdida de tiempo, pero la verdad era que en el calor del momento se le había olvidado lo de los ojos—. No lo recordé. Lo probaré la próxima vez.

—Podría ayudarte —dijo la psicóloga—. O quizá no. Pero no se pierde nada por intentarlo.

Frank asintió.

—¿Quieres probar ahora? —preguntó ella.

—¿Quieres que mueva los ojos?

—Bueno, no. Tienes que hacerlo en un momento en el que estés enfrentándote a lo que pasó. No quiero que revivas nada que te haga sentir mal, pero ya hemos trabajado en que me expliques lo que pasó desde diversos puntos de vista, y quizá, si te parece que estás preparado, podríamos volver a trabajar en ello, y mientras me hablas podrías probar lo del movimiento de los ojos. Nos ayudaría a crear la asociación.

Frank se encogió de hombros.

—Si crees que eso me ayudará.

—No sé si te ayudará, pero no te hará ningún mal. Para si empiezas a encontrarte mal. No dudes en parar siempre que lo necesites.

—Está bien.

Frank le contó cómo había ido a parar a aquella ciudad de la India y que al principio le pareció que la ola de calor era un episodio más de calor intenso como muchos otros.

Mientras hablaba movía los ojos, simultáneamente, claro, ya que era la única manera en que podía hacerlo, a un lado y a otro, primero los llevaba todo lo que podía hacia la izquierda y atisbaba borrosa una estantería, luego rápidamente los movía hacia la derecha todo lo posible y atisbaba borrosas las flores en el jarrón que estaba delante de una ventana que daba a un patio. Era un esfuerzo voluntario que cesaba en el momento en el que él dejaba de pensar en hacerlo, de modo que tenía que dedicarle cierta atención, al mismo tiempo que seguía hablando, lo que provocaba que su relato fuera deslavazado y estuviera lleno de interrupciones, y muy diferente del que habría sido si estuviera contándoselo como otras veces. Frank supuso que este era uno de los beneficios del ejercicio.

—Llegué en invierno, así que no hacía tanto calor… pero tampoco hacía frío, no. En el Himalaya hacía frío, en los días despejados incluso se veían las cumbres nevadas, pero casi todos los días… Casi todos los días estaba nublado. El aire estaba sucio casi siempre. Como en la mayoría de los sitios. Así que me instalé y empecé a tomar clases de hindi y a trabajar… en la clínica. Entonces llegó la ola de calor. Nunca había hecho tanto calor, pero todo el mundo decía… decía que era normal, que las semanas previas al monzón eran las más calurosas. Pero el calor seguía aumentando. Un día hizo tanto calor que la gente incluso se asustó… y esa noche murieron unas cuantas personas muy ancianas y varios bebés. La conmoción fue general, pero creo que la gente pensaba que ya no iba a ir a más. Pero entonces fue a más, y hubo el apagón. No se podían utilizar los aires acondicionados… Tampoco quedaba mucha agua. El pánico cundió en la gente, y con razón. Hacía más calor que el que el cuerpo humano puede aguantar. Hipertermia. Solo es una palabra. La realidad es otra cosa. No puedes respirar. El sudor no da más de sí. Te asas, como un trozo de carne

dentro de un horno, y en todo momento sientes cómo pasa. Al final mucha gente fue al lago de la ciudad, pero el agua parecía una sopa y no era… seguro beberla. Así que murió mucha gente.

Hizo una pausa y dejó descansar los ojos. Notaba las palpitaciones de los músculos detrás de los ojos, obligados a hacer un esfuerzo al que no estaban acostumbrados. Agradecieron el descanso, como cualquier músculo. Eso le produjo una sensación extraña.

—Me he fijado en que esta vez no te has colocado en el centro del relato —observó la psicóloga.

—¿No? Yo creía que sí.

—Has hablado todo el rato de ellos. Ellos hacían esto, a ellos les pasaba aquello otro…

—Bueno, yo era uno de ellos.

—En aquel momento, ¿pensabas en ti como en uno de ellos?

—No. Es decir, ellos eran ellos y yo era yo. Los observaba, charlaba con algunas personas. Lo normal.

—Claro. ¿Podrías contarme la historia desde tu punto de vista moviendo los ojos?

—No lo sé.

—¿Por qué no pruebas?

—Prefiero no hacerlo.

—Está bien. Quizá otro día. La próxima vez tal vez podrías sostener también esos dos pequeños aparatitos para la estimulación bilateral. ¿Recuerdas que te los enseñé un día? El derecho y el izquierdo vibran alternativamente mientras vas hablando. Es más fácil que mover los ojos.

—Prefiero no hacerlo en este momento.

—La próxima vez, quizá.

—No sé cuándo.

—¿No quieres hacerlo?

—No. ¿Por qué iba a querer?

—Bueno, en teoría, al explicar el episodio con palabras estás moldeándolo en cierta manera. Y si lo haces al mismo tiempo que mueves los ojos, o que sientes las vibraciones en las manos, al parecer se crea una especie de distancia interna entre tu recuerdo del episodio tal como lo narras y lo que podríamos llamar la reviviscencia de él, la reviviscencia espontánea desencadenada por un disparador. Por lo tanto, cuando se desencadenara esa reviviscencia y necesitaras una válvula de escape, podrías mover los ojos y, no sé, quizá pensar en tu versión explicada del episodio. Eso evitaría que lo revivieras… No sé si me explico.

—Sí —dijo Frank—, te explicas muy bien. No estoy seguro de creer en ello, pero entiendo lo que dices.

—Te comprendo. Pero valdría la pena intentarlo, ¿no crees?

—Quizá.

Un otoño aceptó la oferta de una amiga escocesa para trabajar en un proyecto en la Antártida. Era la principal investigadora de un equipo reducido de científicos que se dirigía a los Valles Secos para estudiar un arroyo cuyas aguas fluyen brevemente todos los veranos, el río Onyx. En el equipo tenía una vacante para un ayudante de campo y su amiga quería ayudarlo. Le dijo que ya que tenía problemas con el calor, la Antártida sería el lugar ideal para él.

Frank le respondió que le parecía una buena idea. La pequeña herencia que le había dejado su abuela estaba acabándose y todavía no le apetecía ponerse en contacto con sus padres ni con la organización con la que colaboraba, así que el trabajo también lo ayudaría económicamente. De modo que ese otoño voló a Denver, se sometió a varias entrevistas y modificó el currículum para omitir su estancia

en la India. Lo contrataron y voló a Auckland, y de allí viajó a Christchurch, desde donde se trasladó a la base McMurdo, en la isla de Ross, en el lado opuesto del estrecho de McMurdo de donde estaban los Valles Secos, situados entre la cordillera de la Royal Society y el mar helado. Incluso en el avión que lo llevó a McMurdo, cuyo interior era un espacio rectangular que parecía un almacén, hacía frío. Lo mismo ocurría en todos los edificios viejos y destartalados de la McMurdo, y en los nuevos, que eran como almacenes o edificios institucionales en cuyo interior la temperatura nunca alcanzaba los 15ºC. Incluso se pasaba frío haciendo cola en el bufet de la cocina. Todo la mar de agradable.

Luego, en los Valles Secos, el barracón en el que comían se mantenía caliente, pero nada fuera de lo normal; en realidad solo era un calor relativo, porque fuera hacía mucho frío. En los barracones donde dormían hacía un poco de calor y el ambiente estaba muy cargado, pero si lo preferías era posible dormir fuera, en una tienda de campaña individual. Sin embargo, en la tienda hacía un frío mortal, tanto que su saco de dormir pesaba como cinco kilos; tal era la cantidad de plumas de ganso que necesitaba ponerse encima para que su propio calor corporal lo mantuviera caliente. Sacaba la nariz del saco de dormir para respirar y las repetidas inspiraciones de aire gélido le recordaban que fuera hacía frío de verdad, a pesar de que el sol no se ponía nunca. Era raro que siempre fuera de día, pero Frank enseguida se acostumbró a ello.

El problema era que el frío extremo hacía que fuera difícil pensar en otra cosa que no fuera la propia temperatura, y para calentarse las manos heladas después de una jornada de trabajo a la intemperie se caldeaba bastante el barracón del comedor, que se convertía en un espacio cerrado con el ambiente muy cargado, y Frank se encontraba entonces deslizándose cuesta abajo por la resbaladiza pendiente.

Lejos de cualquier posibilidad de auxilio, un ataque de pánico allí era, en el mejor de los casos, inoportuno, y en el peor, un desastre. Había oído comentar a sus compañeros que las evacuaciones médicas en helicóptero eran caras y solo se realizaban en casos excepcionales. Así que tendría que hacer un esfuerzo para mantener la calma. Pero a veces a duras penas conseguía disimular un ataque de pánico, y entonces rezaba para que pasara rápido y no se repitiera. En ocasiones movía de un lado a otro los ojos como si estuviera mirando un partido de tenis de mesa.

También había una cabaña con una sauna. Obviamente, Frank nunca se acercaba a ella, pero una noche en la que hacía un sol radiante salió de su tienda y pasó junto a la cabaña de la sauna en el mismo momento en el que un grupo de científicos salía de ella en bañador, chillando con alborozo a pesar del sufrimiento por la brusca diferencia de temperaturas extremas; nubes de vapor escapaban de sus cuerpos desnudos, que parecían enormes petardos rosados. Esa imagen, que debería haber sido hermosa, y sus gritos, que sonaban como alaridos de dolor a pesar de que eran de júbilo, desencadenó inmediatamente el ataque. Se le aceleró tanto el corazón que perdió el conocimiento, cayó de rodillas al suelo e inmediatamente de bruces a la nieve. Sin previo aviso, la sola visión de los grandes petardos de carne y hueso había hecho que el corazón se le pusiera a mil y que ahora se hallara tirado en la nieve dura y fría. Se había desmayado delante de ellos. Los científicos que habían salido de la sauna corrieron a auxiliarlo, naturalmente, y alguien le tomó el pulso mientras los demás lo levantaban del suelo y gritaban dominados por el pánico. «¡Menuda taquicardia, Dios mío! ¡Tómale tú el pulso!» Dijeron que su frecuencia cardíaca era de doscientas cuarenta pulsaciones por minuto. Menos de dos horas después llegaba un helicóptero para evacuarlo de allí. Ya en

la base McMurdo, y una vez que los jefazos de la NSF, la Fundación Científica Nacional, se enteraron del trastorno que sufría y de las experiencias que había vivido en el pasado, lo acusaron de mentir en el impreso de solicitud del trabajo y fue enviado de vuelta a casa.

19

Llevábamos en el mar cerca de ocho años. Nos dijeron que nos pagarían cuando desembarcáramos, pero todos sabíamos que no era verdad. Nunca nos pagarían ni desembarcaríamos. Éramos esclavos. Si nos negábamos a trabajar nos encerraban en los camarotes y no nos daban de comer. Volvíamos a trabajar.

La comida era una porquería. Nos daban las cabezas y las tripas de los peces que pescábamos, pero era eso o morir de hambre, así que nos lo comíamos. Y trabajábamos; no podíamos hacer otra cosa. Soltar el hilo, recogerlo con los carretes, siempre con cuidado de que los dedos y los brazos no quedaran atrapados en el sedal, porque a veces pasaba. El Atlántico Sur es duro, pero el océano Antártico es peor. Los accidentes eran frecuentes. No era raro que los chicos saltaran al agua desde la cubierta. Un chico se despidió de nosotros con la mano antes de que las olas espumosas se lo tragaran. Sabíamos por qué lo había hecho. Probablemente era la mejor opción, pero hacía falta valor. Siempre pensabas que iba a pasar algo que cambiaría las cosas.

Y entonces un día pasó. Apareció un barco en el horizonte; no era nada excepcional, veíamos barcos continuamente. No solo pesqueros como el nuestro, ya fuera de esclavos o no, también nos cruzábamos con cargueros que venían para transferir nuestras capturas a sus bodegas y dejarnos provisiones para que no tuviéramos

que acercarnos a tierra firme. Esa era su táctica. Ni siquiera sabíamos de qué países venían esos barcos.

Aquel barco parecía un carguero y venía hacia nosotros. Era evidente que el capitán de nuestro barco y sus compinches pensaban lo mismo. La gente que iba en aquel barco debía conocer las señales y los engañó. Entonces, cuando se puso a nuestro lado y nos aferramos a ellos, del otro barco saltaron unos hombres que nos apuntaron con armas de fuego. Nosotros levantamos las manos como en las películas, aunque en nuestro caso habría sido una comedia, porque la mayoría sonreíamos y yo apenas podía aguantarme las ganas de celebrarlo.

Nos llevaron a los camarotes y nos encerraron. Cuando los recién llegados entraron en nuestro camarote y nos interrogaron, les respondimos con mucho gusto. Quizá fueran unos vulgares piratas que nos pondrían a trabajar para otro, o puede ser que incluso nos mataran, pero nos daba igual y les contamos nuestra historia, les dijimos quiénes eran el capitán y todos y cada uno de sus compinches. Se marcharon y volvieron al cabo de un rato. Nos dijeron que subiéramos a su barco. Obedecimos a pesar de que desconocíamos sus intenciones. Los ocho esclavos que éramos subimos al otro barco más grande por una escalera. El capitán y sus hombres, cinco en total, se quedaron en nuestro barco. Protestaron un poco, pero los tipos armados no les hicieron caso.

Cuando nos habíamos alejado un centenar de metros vi que algunos hombres del barco nuevo estaban grabando en vídeo nuestro antiguo barco. Entonces la proa de nuestro antiguo barco saltó por los aires, aunque apenas se levantó un poco de la superficie del mar. La explosión casi no se oyó, pero la proa se hizo añicos. Aparecieron algunas llamas, pero el agua las apagó. Al cabo de un cuarto de hora, el barco se inclinó y empezó a hundirse. Luego se

produjo una explosión en la popa que fue definitiva. El barco se hundía rápidamente. El capitán y sus hombres se encaramaron al techo de la cabina y gritaron hacia nosotros. En el barco que nos había rescatado nadie dijo nada. Todos observábamos la escena en silencio.

—¿Vais a matarlos? —le pregunté al marinero que tenía más cerca.

—Tienen botes salvavidas, ¿no?

—No lo sé —respondí—. ¿Inflables, quieres decir?

—Sí.

—Supongo que sí.

—Bueno, entonces puede ser que saquen esos botes inflables o no. Si no lo hacen, no escaparán del destino que los espera. Publicaremos estos vídeos en distintos sitios para que los vean otros pescadores. Si escapan en un bote salvavidas pueden intentar llegar a tierra. Si lo consiguen, quizá cuenten lo que les ha pasado a todo aquel que quiera escucharles. En cualquier caso nosotros estaremos más cerca de nuestro objetivo.

Eso me hizo pensar que aquella gente probablemente no era de la policía. No era una buena noticia, pero nosotros no podíamos elegir a nuestros rescatadores.

—¿Qué objetivo es ese? —pregunté.

—Acabar con la pesca.

—Vale —dijimos.

20

El coeficiente de Gini, ideado por el sociólogo italiano Corrado Gini en 1912, es un método para medir la desigualdad de ingresos o de riqueza en una población determinada. Normalmente se expresa mediante un número entre el 0 y el 1, lo cual es comprensible, ya que 0 representa la máxima igualdad y 1 sería el coeficiente obtenido si una sola persona poseyera todo y el resto nada. En nuestro mundo real de mediados del siglo XXI, los países con un coeficiente de Gini bajo, como las democracias sociales, están en general un poco por debajo del 0,3, mientras que los países donde existe una mayor desigualdad están un poco por encima del 0,6. EE. UU., China y muchos otros países han visto cómo sus coeficientes se han disparado durante la era neoliberal, desde el 0,3 o 0,4 hasta el 0,5 o 0,6, sin que la gente que más ha perdido con ese aumento de la desigualdad haya alzado la voz. Es más, muchas de esas personas damnificadas suelen votar a políticos que incrementarán su empobrecimiento relativo. De ahí el poder de la hegemonía: seremos pobres, ¡pero somos patriotas! Al menos somos autosuficientes y podemos cuidar de nosotros mismos, etcétera. Y de ahí, directos a la tumba prematuramente, ya que la esperanza de vida de los ciudadanos pobres en esos países es mucho más baja que la de los ciudadanos ricos.

Así pues, la esperanza de vida media en el mundo está descendiendo por primera vez desde el siglo XVIII.

No obstante, el coeficiente de Gini no es suficiente para describir la situación; eso sería caer en la monocausotaxofilia, la querencia por la idea única que lo explique todo, uno de los errores cognitivos más extendidos entre la humanidad. Los índices de Gini para Bangladesh y Holanda son casi iguales, alrededor del 0,31; pero los ingresos anuales de una persona de Bangladesh son unos 2000 dólares mientras que los de un holandés son 50000. Es importante tomar en consideración la distancia entre los más ricos y los más pobres, pero si todas las personas comprendidas en ese rango viven bien, la situación es muy diferente a si todas son pobres.

Por lo tanto se han ideado otros métodos para medir la desigualdad. Uno de los más fiables es el Índice de Desarrollo Humano Ajustado por la Desigualdad, lo cual no debe sorprender, ya que el Índice de Desarrollo Humano (IDH) ya es en sí una herramienta muy poderosa. Sin embargo, el IDH por sí solo no muestra la distancia interna entre lo que se considera bueno o malo del país estudiado, de ahí el ajuste por desigualdad, que proporciona un retrato más fiel de cómo le va a la población total de un territorio.

Si se habla de desigualdad hay que señalar que el coeficiente de Gini para la población mundial total es más alto que el coeficiente individual de cualquier país, porque hay mucha más gente pobre que rica, así que, acumulativamente, de manera global, el índice se sitúa en el 0,7.

Existen además otros medios para medir la desigualdad de una manera que, utilizando un término más vulgar, podríamos calificar de más anecdótica. Las tres personas más ricas del mundo acumulan más riqueza que la suma del PIB de los cuarenta y ocho países más pobres; el 1 por

ciento más rico de la humanidad tiene más que el 70 por ciento más pobre; etcétera.

También cabe destacar que la desigualdad no ha parado de crecer desde la década de 1980 hasta el tiempo presente, y es una de las características definitorias del neoliberalismo. Actualmente la desigualdad ha alcanzado unas cotas inéditas desde la supuesta edad de oro del capitalismo en EE. UU. de la década de 1890. Algunos indicadores sugieren que vivimos en el momento de la humanidad en que la riqueza está repartida de manera más desigual, dejando de lado el feudalismo, por ejemplo, y los estados primitivos en los que las sociedades se dividían en guerreros, sacerdotes y campesinos. Hay que señalar también que los dos mil millones de personas más pobres del planeta no tienen cubiertas necesidades básicas como el aseo, la vivienda, la comida, la sanidad, la educación, etc. Esto significa que un cuarto de la población mundial actual, que en número de personas equivaldría a la población total del planeta en el año 1960, vive en una miseria que ni siquiera conocieron las gentes más pobres del Medievo o del Paleolítico superior.

Por lo tanto existe la desigualdad en nuestra época. ¿Es un problema de estabilidad política? Quizá en una controlcracia respaldada por militares no lo sea. ¿Es un problema moral? La moral es una cuestión de ideología, recordemos, la relación imaginaria de cada individuo con la situación real, y a mucha gente le resulta sencillo imaginar que todos recibimos lo que merecemos, etcétera. De modo que la moralidad es un asunto espinoso.

Así pues, a menudo se considera que la desigualdad es un problema que se juzga desde un punto de vista económico; suele decirse que el crecimiento y la innovación se ralentizan cuando la desigualdad es grande. Nuestra consideración del problema se ha reducido esencialmente a

un análisis y un juicio neoliberales de la situación neoliberal. Es la estructura de sentirnos dentro de nuestra época; somos incapaces de pensar en unos términos que no sean la economía, y nuestros principios éticos deben cuantificarse y clasificarse de acuerdo con los efectos que nuestros actos tienen en el PIB. Se afirma que eso es lo único en lo que la gente se pone de acuerdo. Aunque las personas que defienden esa idea suelen ser economistas.

Sin embargo, es el mundo en el que nos ha tocado vivir. De manera que se inventan otros índices para intentar enfrentarse al problema. De hecho hemos sido testigos de una verdadera proliferación de los mencionados índices.

No olvidemos que el PIB, el producto interior bruto, el índice dominante en la economía desde hace un siglo, consiste en la combinación del consumo, las inversiones privadas, el gasto público y el balance entre importaciones y exportaciones. Se vierten muchas críticas contra el PIB, como, por ejemplo, que se incluyan actividades destructivas en las cifras positivas y se excluyan muchas externalidades negativas, como los asuntos de la salud, la reproducción social, la satisfacción ciudadana, etcétera.

Entre las medidas alternativas que compensan esas deficiencias están las siguientes:

El Índice del Progreso Real, que se calcula a partir de veintiséis variables.

El índice de desarrollo humano de la ONU, desarrollado por el economista pakistaní Mahbub ul Haq en 1990, que combina la esperanza de vida, el nivel de la educación y la renta per cápita (más adelante la ONU introdujo el IDH ajustado por la desigualdad).

El informe de la riqueza inclusiva de la ONU, que tiene en cuenta el capital manufacturado, el capital humano y el capital natural, ajustados por factores como las emisiones de dióxido de carbono.

El índice del planeta feliz, creado por la New Economics Foundation, en el que se tiene en cuenta la sensación subjetiva de bienestar de los ciudadanos, la esperanza de vida, la desigualdad de los ingresos y la huella ecológica (según este índice, EE. UU. consigue 20,1 puntos sobre 100, y ocupa el puesto número ciento ocho de los ciento cuarenta países estudiados).

El índice de sostenibilidad alimentaria, desarrollado por el Centro Barilla para la Alimentación y la Nutrición, que analiza cincuenta y ocho factores para medir la seguridad alimentaria, el bienestar y la sostenibilidad ecológica.

La huella ecológica, tal como la desarrolló la Global Footprint Network, que calcula la superficie de tierra que se precisa para producir los recursos necesarios con el fin de mantener el ritmo de consumo de una ciudad o de un país determinados. El resultado siempre es mucho mayor que la superficie de los territorios políticos evaluados, excepto en Cuba y en unos pocos países más.

Y la famosa felicidad interior bruta de Bután, que evalúa treinta y tres factores para calcular la calidad en términos de cantidad.

Todos estos índices son intentos de retratar la civilización de nuestra época utilizando términos del discurso hegemónico, es decir, económicos, a menudo con la intención de provocar una transformación al más puro estilo del judo de la propia disciplina de la economía, alterándola para humanizarla, para ajustarla a la biosfera, etcétera. ¡No es un mal impulso!

Pero también es importante que a veces volvamos a sacar este asunto del reino de la cuantificación y lo llevemos al reino de lo humano y lo social, que nos preguntemos por su verdadero significado, por su objetivo real. Hay que reflexionar sobre los axiomas que hemos aceptado como fundamento de nuestro modo de vida y

comprender la realidad de otras culturas y del propio planeta. Es necesario que les veamos la cara a otras personas, que salgamos a la calle y miremos a nuestro alrededor.

21

Estábamos frente al lago, en Brissago, en la orilla suiza del lago Maggiore, celebrando una fiesta en el jardín de la casa de Cinzia, que se extendía hasta el estrecho parque que separaba su propiedad del lago. Cinzia había contratado a un famoso chef que cocinaba colocando un soplete debajo de unas grandes sartenes que sostenía en el aire, una banda con sección de metales, un pequeño espectáculo y cosas así. Era una fiesta en la que no faltaba de nada, llena de gente feliz, orientada hacia la gente joven porque eso era lo que le gustaba a Cinzia.

Pero la estrecha franja de parque que separaba su jardín del lago era un espacio público, y mientras disfrutábamos de la fiesta vimos a un tipo que se había detenido en la orilla y nos observaba con atención. Debía de ser un raquero, ya que llevaba en la mano un trozo de madera que la corriente había empujado hasta la orilla. El equipo de seguridad de Cinzia nos dijo que no podía impedir que estuviera allí. Aunque en realidad podría haberse ocupado de él si hubiera querido; pero se lavó las manos porque se habría buscado problemas con la policía local por haber reprendido a una persona simplemente por estar en una playa pública. Eso es lo que les dijo uno de los miembros del equipo de seguridad cuando le pedimos que echara de allí al tipo. Era un hombre muy delgado y con aspecto desaliñado, y no dejaba de mirarnos de una manera que

resultaba ofensiva, como uno de esos que van con la Biblia en la mano dando lecciones de moralidad.

Así que al final unos cuantos bajamos para ocuparnos de lo que debería haber sido la tarea del equipo de seguridad y le pedimos al tipo que se largara. Edmund llevó la iniciativa, como siempre, era el más enfadado de todos, y los demás lo seguimos porque cuando Edmund se enfadaba podía ser muy divertido.

El tipo no se movió ni un centímetro de donde estaba cuando vio que íbamos hacia él. No dijo ni mu. La situación era un poco rara; me daba mala espina.

Edmund miró a los ojos al tipo y le dijo que se fuera de allí.

El hombre le respondió algo así como que éramos unos cabrones que estábamos destruyendo el mundo con nuestras fiestecitas.

Edmund se echó a reír y le soltó:

—¿Crees que porque tú seas un virtuoso deberían desaparecer los pasteles y la cerveza?

Todos nos echamos a reír, pero el tipo golpeó a Edmund con el trozo de madera que tenía en la mano antes de que tuviéramos tiempo de reaccionar. Edmund se desplomó como un árbol, ni siquiera levantó las manos ni nada, simplemente, pum, cayó al suelo. Inconsciente.

El tipo nos amenazó con el trozo de madera y nos quedamos helados. Luego nos lo lanzó, se metió en el lago y nadó hasta que desapareció en la noche. No sabíamos qué hacer… Nadie quería perseguir a nado a aquel majareta en plena noche, además estábamos preocupados por Edmund. La caída había sido muy fea. Ya digo, como un árbol talado. Por fin llegaron los miembros del equipo de seguridad de Cinzia, pero ellos solo querían acordonar el perímetro; tampoco persiguieron al agresor. Examinaron a Edmund y sacaron corriendo los móviles. Unos cinco minutos después

apareció una ambulancia y se lo llevó. Un par de horas más tarde nos enteramos. No dábamos crédito. Edmund había muerto.

22

Adele Elia y Bob Wharton asistían a una reunión del Comité Científico para la Investigación en la Antártida (SCAR, por sus siglas en inglés), una organización científica internacional creada para coordinar la investigación en la Antártida después del Año Geofísico Internacional de 1958 y del Tratado Antártico firmado en 1959. Con el paso de los años, el SCAR se ha convertido en uno de los órganos de gobierno de facto de la Antártida, junto con la NFS estadounidense y los programas de investigación de la Antártida británicos y de otras nacionalidades, sobre todo los de Argentina y Chile. Este año, la reunión del SCAR se celebraba en Ginebra, así que Adele y Bob, que habían hecho amistad en el ministerio, solo tuvieron que tomar un tren por la mañana para llegar a ella.

Ahora se encontraban en el bar con vistas al lago de la segunda planta del hotel donde se celebraba la reunión. A través de la ventana que había junto a su mesa podían ver la famosa fuente que levantaba en el aire su columna de agua. Al sur, unos nubarrones sólidos como las mesas de mármol del bar flotaban altos sobre el imponente Mont Blanc. Adele y Bob disfrutaban de las vistas y de sus bebidas cuando un glaciólogo estadounidense se acercó a ellos. Se llamaba Pete Griffen, y arrastraba del brazo a otro hombre a quien Adele y Bob no conocían y que Pete presentó como Slawek, otro glaciólogo. Adele y Slawek habían leído algunos artículos escritos por el otro e incluso

habían coincidido en algunos congresos de la Unión Americana de Geofísica, pero no se habían conocido personalmente hasta ese momento.

Apareció un camarero cargado con una bandeja con las bebidas que Griffen había pedido, cuatro copas de Drambuie y una jarra de agua con cuatro vasos vacíos.

—¡Ah, Drambers! —exclamó Adele con una sonrisa ligeramente gaélica.

Era el licor que los neozelandeses bebían siempre en los Valles Secos, informaron a Bob mientras tomaban los primeros sorbos. Cuando Bob lo probó e hizo una mueca, Griffen explicó que un barco lleno cajas del dulce y extraño brebaje se había quedado tirado en Lyttelton al quebrar la compañía naviera; las cajas habían permanecido almacenadas allí, y año tras año enviaban unas cuantas al sur por poco dinero. Así que brindaron por los Valles Secos y se pusieron cómodos en las sillas.

Cuando le preguntaron, Slawek contó que había pasado cinco años en los Valles Secos. Adele dijo que ella había vivido ocho años en los glaciares. Pete sonrió y los derrotó a todos con los doce años de su vida que había pasado en el hielo. Sus rivales rápidamente señalaron que él era más viejo y eso le daba ventaja, con lo cual estuvo de acuerdo de inmediato. Slawek explicó que se había hecho glaciólogo porque creía que era un trabajo que le iba como anillo al dedo a su personalidad introvertida. Adele rio y asintió con la cabeza.

—La mayoría somos así —dijo.

—¡Yo no! —exclamó Pete—. ¡A mí me gusta la fiesta, pero las mejores fiestas están en el hielo! —Giró la mano hacia Slawek como para sonsacarle algo—. Venga, Slawek, cuéntales tu idea. Me parece que tienen que oírla.

Slawek frunció el ceño, incómodo, pero habló.

—Os habéis enterado de los datos nuevos que se han hecho públicos hoy, ¿verdad?

Todos asintieron.

—El mundo tendrá un problema si se cumplen los pronósticos del ritmo de subida del nivel del mar.

La afirmación era incuestionable y todos mostraron su acuerdo.

—Por lo tanto —intervino Pete haciendo de apuntador de Slawek—, he oído a algunas personas sugerir la idea de bombear todo el hielo derretido a la meseta polar, ¿no es así?

Bob negó con la cabeza al oír aquello. La idea no era nueva, explicó. El Instituto Postdam la había contemplado en cierto momento y las conclusiones de su estudio no fueron muy halagüeñas; la cantidad de energía eléctrica que se necesitaba para bombear tanta agua en la zona oriental del casquete antártico era aproximadamente el 7 por ciento de toda la electricidad producida en el planeta.

—Es demasiado consumo energético —concluyó Bob.

Slawek resopló.

—La energía es lo de menos. El 1 por ciento de la electricidad producida se dedica a hacer bitcoines, así que podría verse como una ganga dedicar el 7 por ciento para solucionar el problema de la subida del nivel del mar. El verdadero problema es de naturaleza física. ¿Habéis hecho los cálculos?

—¿No?

—Digamos que el nivel del mar sube un centímetro. Eso son tres mil seiscientos kilómetros cúbicos de agua.

Adele y Bob se miraron espantados. Griffen sonreía.

Slawek asintió cuando vio sus caras y continuó:

—Exacto. Eso es seiscientas veces todo el petróleo que se extrae en un año. Es inviable construir la infraestructura necesaria para una cosa así. Y habría que utilizar energía

renovable, si no emitiríamos más dióxido de carbono. Postdam calculó que para producir toda esa energía serían necesarios diez millones de aerogeneradores. Y habría que canalizar el agua por tuberías, lo cual implica más tuberías de las que se han fabricado jamás. Y en último lugar, el mayor de los problemas, el agua tiene que congelarse cuando la depositemos en su nueva ubicación. Digamos que aumentamos la profundidad de los pozos donde la introducimos un metro cada año, porque no creo que se pueda llegar más hondo sin encontrar nuevos problemas... Eso significaría una superficie cercana a la mitad de la extensión de la Antártida oriental.

—Es excesivo en todos los aspectos —apuntó Adele.

Continuaron bebiendo Drambers mientras reflexionaban en silencio.

—Vamos, Slawek, cuéntales tu idea. Venga —dijo finalmente Griffen.

Slawek asintió.

—La realidad del problema es que los glaciares están desprendiéndose de los casquetes polares diez veces más rápido que antes.

—Sí.

—La causa es que cada verano aumenta la cantidad de agua de deshielo en la superficie de los casquetes por culpa del calentamiento global. Esa agua cae por los molinos glaciares hasta que llega a la parte inferior del glaciar, donde queda atrapada. La consecuencia es que eleva ligeramente el hielo y lo lubrica para que la masa helada se deslice por el lecho de roca; al menos en algunas zonas, el agua normalmente llega a casi todos los rincones. El hielo pesa tanto que hasta ahora aplastaba todo lo que tenía debajo y volvía a asentarse en el lecho de roca. Mil metros de grosor son muchas toneladas de peso. Por lo tanto, el glaciar se deslizaba por el lecho firme, hielo contra roca. A

veces incluso se quedaba detenido sobre la roca. Atascado. Un alto porcentaje del movimiento glaciar a esas alturas consiste en una profunda deformación del hielo, no en un desprendimiento.

Adele y Pete asentían mientras escuchaban a Slawek. El rostro de Adele había empezado a adquirir una expresión pensativa. Griffen tenía una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Y? —preguntó Bob.

Slawek vaciló y Griffen espetó:

—¡Venga!

—Está bien. Hay que bombear el agua de debajo de los glaciares. Habrá que perforar pozos como ya hacemos cuando queremos estudiar los lagos subglaciares o las plataformas de hielo. Dominamos la tecnología para hacerlo y es una operación bastante sencilla. Al bombear el agua que hay debajo del glaciar, en realidad el propio peso del hielo hará subir el agua por el pozo hasta una altura que representa el 99 por ciento de la necesaria, meramente por la presión que ejerce. Lo que falta se podría hacer con bombas. Luego el agua se canalizaría por tuberías desde el glaciar hasta otra ubicación estable.

—¿De qué cantidad de agua estamos hablando? —preguntó Bob.

—Sumando todos los glaciares, quizá de unos sesenta kilómetros cúbicos. Sigue siendo mucho, pero no son tres mil seiscientos.

—¡Ni trescientos sesenta mil! —añadió Adele—. Que es lo que representaría una subida del nivel del mar de un metro.

—Exacto. Además, el agua que se acumula debajo de los glaciares procede de tres fuentes. El agua que se filtra por los molinos glaciares es lo novedoso. Hasta ahora podíamos encontrar la producida por la energía geotérmica al fundir desde abajo un poco del hielo de la base del glaciar. Durante mucho tiempo, salvo en puntos muy concretos, el

hielo fundido así era casi inapreciable. La tercera fuente es el agua producida por el calor generado por el movimiento del hielo, es decir, por fricción. La energía geotérmica eleva la temperatura hasta cerca de los 0ºC en muchas zonas de la parte inferior del glaciar, mientras que arriba, en la superficie exterior, se pueden alcanzar los 40ºC bajo cero. De modo que el calor geotérmico suele dispersarse en el hielo a medida que asciende hacia la superficie y el hielo del fondo se mantiene sólido. Solo por los pelos, pero es lo que suele suceder. Pero ahora los molinos glaciares filtran una agua que actúa como lubricante, así que al aumentar la velocidad a la que el hielo se desliza por el lecho de roca también se incrementa el calor, y a más calor, más hielo derretido y más velocidad. Sin embargo, si se extrajera el agua que se acumula debajo de los glaciares y se volviera a frenar el deslizamiento del hielo, la fricción descendería y ya no se fundiría tanto hielo a causa del calor generado. De acuerdo con mi modelo, si se bombeara entre una tercera parte y la mitad del agua que hay debajo de los glaciares se frenaría lo suficiente el deslizamiento para reducir el calor generado, de esa manera eliminaríamos el problema original, que es la aparición del agua. Los glaciares se detendrían, se asentarían en el lecho rocoso y recuperarían su velocidad de deslizamiento anterior. Por lo tanto solo habría que bombear alrededor de treinta kilómetros cúbicos de agua de debajo de los glaciares más grandes de la Antártida y de Groenlandia.

—¿De cuántos glaciares exactamente estamos hablando? —preguntó Pete.

—Digamos que de los cien más grandes. No son muchos.

—¿Cuántas bombas por glaciar se necesitarían? —inquirió Bob.

—Es imposible saberlo. Cada glaciar es un caso diferente. Sería un experimento y habría que ir probando.

—Caro —aseveró Bob.

—¿Comparado con qué? —exclamó Pete.

Adele rio.

—Jürgen dijo mil billones de dólares.

Slawek asintió y frunció la boca con gesto solemne.

—Esto saldría más barato.

Todos se echaron a reír.

—Dime, Slawek, ¿por qué no has presentado esta idea en la sesión de hoy? —quiso saber Adele—. Precisamente trataba sobre la aceleración del desprendimiento de los glaciares.

Slawek se apresuró a negar con la cabeza.

—No es lo mío. Cuando un científico se mete en la geoingeniería deja de ser científico y se convierte en político. Empieza a recibir correos insultantes, tiran piedras a su ventana, dejan de tomarse en serio su trabajo… Esas cosas. No estoy preparado para dar ese giro a mi carrera. Yo solo quiero volver al hielo mientras me sigan considerando físicamente apto para las expediciones.

—Pero el destino de la civilización… —insistió Bob.

Slawek se encogió de hombros.

—Ese es vuestro trabajo, ¿no? Pensaba que iba a dejaros eso claro. O que al menos iba a hacerlo Pete.

—Gracias, Slawek —dijo Pete—. Eres un verdadero glaciólogo.

—Lo soy.

—Creo que deberíamos celebrarlo con otra ronda de Drambers.

—Estoy de acuerdo.

23

Le llevó algún tiempo conseguir un arma. No fue fácil. Al final robó un rifle y munición del armario de un suizo, uno de esos donde los suizos solían guardar sus rifles reglamentarios. Fue de una sencillez rayana en lo absurdo; el país era tan seguro que muy poca gente cerraba las puertas con llave. Naturalmente, los suizos tenían la orden de mantener sus rifles reglamentarios guardados bajo llave, y todos la obedecían, pero algunos eran más descuidados con sus armas de caza y él dio con uno de esos.

Estaba preparado para actuar.

Investigó a las personas que le interesaban. Una de ellas tenía previsto asistir a una conferencia en Dübendorf en marzo.

Así que ascendió la colina de Zürichberg con el rifle metido en una mochila y llegó a un aparcamiento de varias plantas que había cerca del edificio donde se celebraba la conferencia. Subió a la última planta del aparcamiento y salió a la azotea. Se apostó en un lugar desde donde veía la entrada principal del edificio. Montó el rifle, lo apoyó sobre un montón de trozos de madera que reunió apresuradamente y observó la entrada a través de la mira telescópica.

Su objetivo subió por la amplia escalinata del edificio y se volvió para decirle algo a un ayudante. Vestía un traje azul, camisa blanca y corbata roja. Al parecer estaba contando algo gracioso.

Frank observó al hombre con la cruz de la mira telescópica superpuesta. Tragó saliva y volvió a apuntar. Notó el calor en la cara, en las manos y en los pies. El hombre finalmente entró en el edificio.

Frank volvió a guardar el rifle en la mochila y bajó por la escalera. De nuevo en el bosque de la colina que separaba la ciudad suburbial de Zúrich, tiró el rifle junto a un árbol. Luego bajó la colina y regresó a su guarida.

Había estado a punto de cometer un asesinato, algo así como un crimen de guerra. Pero aquel hombre era un criminal del clima. Pocos criminales de guerra habían destruido tantas vidas como lo haría aquel individuo. Y sin embargo no había apretado el gatillo. No había sido capaz de hacerlo. Su blanco era un hombre que dedicaba su vida a un trabajo que provocaría la extinción de miles de especies y acabaría con millones de personas. Y sin embargo lo había dejado vivir.

Quizá no estaba tan loco como creía. O tal vez había perdido totalmente el juicio. O simplemente no había tenido el valor para hacerlo. Ya nunca estaba seguro de nada. Tenía náuseas y le temblaba todo el cuerpo. Se sentía como si se hubiera salvado por un pelo de que un autobús lo arrollara. Eso lo enfureció como nunca. El deseo de asesinar a una de las personas que estaban destruyendo el mundo seguía vivo. Un Hijo de Kali, allí, en Occidente. Un simpatizante.

Había visto morir gente y esa experiencia lo había destrozado por dentro. Así que quizá la respuesta correcta no era matar más personas. Al hacer daño a alguien hacemos daño a mucha más gente, le había dicho uno de los psicólogos que lo habían tratado. Era una verdad incuestionable. Pero era una afirmación demasiado general, demasiado sencilla. No siempre tenía por qué ser así. Sentía muy dentro de él el deseo de matar. A personas como ese magnate del petróleo, o como aquel gilipollas al que había

dejado inconsciente de un golpe, capullos desconsiderados o peces gordos, o un poco de ambas cosas, por supuesto. Tal vez algún día morirían asesinados por los crímenes que cometían, y con todo merecimiento. Pero no sería él el asesino. No lo sentía por el tipo al que había golpeado, pero había sido un accidente. Disparar a una persona no era lo mismo que pegar a un capullo. Tendría que buscar una alternativa. Aunque todavía quería matar. Le costaba pensar en otra cosa.

24

De la misma manera que todos estamos sujetos a errores de la percepción derivados de la esencia de nuestros sentidos y de la realidad física, también estamos sujetos a algunos errores de la cognición, instalados en nuestro cerebro durante el periodo de la evolución humana, e inevitables a pesar de que conocemos su existencia.

Las ilusiones perceptivas son sencillas. Hay ciertos dibujos en blanco y negro en los que, sin embargo, el ojo humano distingue colores cuando se plasman en un trozo circular de papel y este papel, fijado a un palo, se hace girar. Cuando se desciende la velocidad de los giros, evidentemente solo se ven el blanco y el negro de los dibujos; si se vuelve a aumentar, los colores reaparecen ante nuestros ojos. Así son las cosas.

El escorzo es otra distorsión perceptiva que no podemos corregir. Cuando estamos en el fondo de un barranco y miramos arriba, da la impresión de que la altura del barranco, pongamos por caso unos trescientos metros, no varía. Esto se da aunque nos encontremos al pie de la pared de la cara norte del Eiger y sepamos que mide unos dos mil metros de altura. Solo al alejarnos varios kilómetros, por ejemplo, si la observamos desde la orilla del lago de Tun, podemos apreciar la verdadera e imponente altura de la *Nordwand* del Eiger. Justo a los pies de la pared es imposible hacerse una idea.

Todo el mundo acepta estas ilusiones ópticas una vez que se demuestran; son innegables. Sin embargo, los errores cognitivos exigen más pruebas. Los investigadores de la ciencia cognitiva, de la lógica y de la economía conductiva han comenzado a clasificar y a dar nombre a esos errores cognitivos solo desde tiempos muy recientes, y las disputas entre ellos son frecuentes. No obstante, se ha demostrado con infinidad de pruebas que existen errores inevitables, a los que se les han dado nombres como sesgo cognitivo (no quieres desviarte de tu juicio inicial, o de lo que te han dicho), comodidad cognitiva (crees que es más probable que sea verdadera una explicación que comprendes que una que no). La lista es larga… En internet se puede encontrar un excelente gráfico circular con los errores cognitivos, una rueda de los errores que los enumera y los organiza en categorías. Pueden encontrarse, entre otros: la ley de los números pequeños, la falacia de la tasa base, la heurística de disponibilidad, la similitud asimétrica, las ilusiones de probabilidad, la elección de punto de vista, la segregación del contexto, la pérdida o el aumento de asimetría, la falacia de la conjunción, la ley de tipismo, la causalidad errónea, la asimetría causa-efecto, el efecto de certidumbre, la prudencia irracional, la tiranía del costo hundido, las correlaciones ilusorias, el exceso de confianza injustificado… El propio gráfico es un ejemplo curioso de este último sesgo, puesto que afirma saber cómo pensamos y lo que es o no normal.

Como ocurre con las ilusiones de la percepción, el hecho de saber que los errores cognitivos existen no nos ayuda a evitarlos cuando se presentan con un problema nuevo. Más bien al contrario, son unos errores muy consistentes, y todas las personas en las que se han llevado a cabo pruebas tienden a cometerlos repetidamente; además son independientes de los factores personales e incorregibles,

en el sentido de que conocerlos no contribuye a que los evitemos ni a desconfiar de nuestros razonamientos cuando nos encontramos en otras situaciones. Siempre confiamos más de lo que sería conveniente en nuestra capacidad de raciocinio. De hecho, el exceso de confianza, no solo en un asunto en el que somos expertos sino en general, es una de las ilusiones más comunes que experimentamos. Sin duda, este análisis es otro ejemplo: ¿de verdad sabemos algo sobre este tema?

¡Santo Cielo! ¿Cuál es el significado de estos descubrimientos recientes sobre la ciencia cognitiva? Hay quien dice que solo demuestran que el ser humano está negado para la estadística. Otros afirman que su importancia es comparable a la del descubrimiento del subconsciente.

Consideremos de nuevo la esencia de la ideología, esa cosa tan necesaria que nos permite clasificar el flujo masivo de información que recibimos. ¿La ideología podría ser también una ilusión cognitiva, una especie de ficción necesaria?

Sí, por supuesto. Tenemos que crear y utilizar una ideología para poder funcionar; y lo hacemos pensando que es propensa a un número incalculable de errores sistémicos, incluso podríamos decir que factuales. Nunca hemos sido seres racionales. Tal vez la ciencia sea un intento de ser racionales. Quizá también la filosofía. Y por supuesto la filosofía demuestra con mucha frecuencia que no podemos llegar a pensar hasta el fondo de las cosas, no podemos hacer que la lógica funcione como un sistema cerrado, etc.

Y recordemos también que en lo que llevamos de debate siempre estamos refiriéndonos a una mente normal, sana. Lo que sucede cuando, empezando como lo hacemos desde una posición original tan inestable, se pierde la cordura, lo

posponemos para otro debate. Baste señalar de momento solo una cosa: el asunto puede ponerse muy feo.

25

En invierno Zúrich suele estar cubierta durante meses por un manto de niebla y de nubes bajas. Los predominantes vientos del norte embisten las nubes que llegan desde el Atlántico contra la muralla de los Alpes y allí se quedan. Un día gris detrás de otro, en una ciudad gris a orillas de un lago gris, dividida por un río gris. En días así, a menos de cien kilómetros en tren o en coche es posible emerger de la niebla al radiante cielo alpino. También es la época del año en la que toca trabajar.

Así que Mary trabajaba. Leía informes, asistía a reuniones, discutía proyectos con gente de todo el mundo, redactaba propuestas de leyes para gobiernos nacionales, más fuertes, que regían la capacidad jurídica de las personas, las criaturas y las cosas que existirían en el futuro y que, por lo tanto, todavía no podían defenderse legalmente. Todos los días tenía algo que hacer. Por la noche solía salir con Badim y otros miembros de su equipo. Normalmente bajaban caminando hasta el Niederdorf y luego cruzaban el río para cenar en el Zeughauskeller, o se quedaban en su lado del río, en las callejuelas oscuras que rodeaban la Grossmünster, y se sentaban alrededor de la larga mesa en la parte de atrás del Casa Bar.

Ese día el sol había aparecido entre las nubes, así que subieron al tranvía hasta Bürkliplatz, allí hicieron transbordo a otro que iba hacia Tiefenbrunnen y comieron en el Tres Kilos, adonde solo iban en ocasiones especiales, como para

celebrar un cumpleaños. Sin embargo, aquel día merecía una celebración, ya que era el primero del año en el que habían visto el sol. 19 de febrero, sin duda un récord para Zúrich, como Jürgen apuntó sombríamente. A los suizos les gusta documentar esta clase de fenómenos meteorológicos.

El día era corto, así que cuando llegaron al restaurante ya era noche cerrada. Las bombillas con forma de chile de la guirnalda que rodeaba la puerta brillaban como si fueran diminutas llamas. Dentro había alguien más de celebración, y justo cuando entraban en el restaurante se apagaron todas las luces y de la cocina salió una camarera con una tarta con bengalas al ritmo de *Happy birthday* cantada por Stevie Wonder. Mary y su grupo aplaudieron y cantaron con el resto de los clientes. Luego se sentaron, como hacían siempre que podían, cerca de la cocina. Mary lo hizo al lado de Estevan y de Imbeni y oyó cómo tonteaban lanzándose puyas. Estaba convirtiéndose en una vieja rutina de la que parecían no salir.

—Somos el Ministerio del Futuro —insistió Estevan—, no el ministerio para solucionar todos los problemas que pueden solucionarse en este momento. Tenemos que elegir las batallas, porque si no esto se convertirá en una guerra contra todo.

—Pero todo será un problema en el futuro —replicó Imbeni—. No entiendo que niegues eso. Si te pones a elegir estarás eludiendo nuestras obligaciones. Y el resultado será un futuro de mierda, por cierto.

—Aun así tenemos que priorizar. El tiempo del que disponemos es limitado.

—¡Esto es una prioridad! Además, somos un grupo, tenemos tiempo.

—Quizá tú lo tengas.

Imbeni le dio un codazo y rellenó sus copas de margarita de la jarra que acababan de llevar a la mesa. Cambiaron de

tema y hablaron sobre la noticia que había llegado de Mauna Kea: se había medido una concentración de dióxido de carbono de 447 ppm, la más alta registrada en invierno. Esto a pesar de los informes enviados por numerosos países que mostraban un descenso significativo de las emisiones, entre ellos, Estados Unidos; incluso China, incluso la India. Incluso Brasil y Rusia. No: los grandes emisores de gases informaban de reducciones, y aun así el total global continuaba creciendo. Debía haber fuentes de emisiones de las que no se había informado; o los países mentían. En la mesa había opiniones divididas sobre cuál de las dos explicaciones era la más plausible. Seguramente era un poco de ambas cosas.

—Si nos mienten es porque saben que lo están haciendo mal. Pero si se tratara de emisiones secundarias de las que nadie tiene noticia, tal vez favorecidas por el calentamiento en el que ya estamos inmersos, sería peor. Así que tenemos que poner todas nuestras esperanzas en que nos mienten.

—¡Eso es fácil, siempre nos mienten!

—Venga ya, no seas cínico.

—Solo soy realista. La gente nunca te dice la verdad cuando le preguntas por este asunto en concreto.

—¿La gente? ¿A quiénes te refieres, a los políticos o a los científicos?

—¡A los políticos, por supuesto! Los científicos no son «gente».

—¡Creía que era al revés!

—Ni los científicos ni los políticos son personas.

—Cuidadito. Mary es política, y yo soy científico.

—No, los dos sois tecnócratas.

—¿Significa eso que somos científicos políticos?

—O políticos científicos. Es decir, científicos politizados. Dicho lo cual, las ciencias políticas son una disciplina que no tiene nada que ver.

—Las ciencias políticas son un fraude, en mi opinión. O al menos tienen un nombre fraudulento. Es decir, ¿qué tienen de ciencia?

—¿La estadística, tal vez?

—No, solo quieren aparentar que tienen unos cimientos sólidos. En el mejor de los casos son historia, y en el peor, economía.

—Huelo a politólogo traumatizado.

—¡Es verdad!

Estallaron las risas en la mesa. Otra ronda de margaritas. La cuenta iba a dispararse; el Tres Kilos, como todos los restaurantes de Zúrich, o quizá como todos los restaurantes del mundo, obtenía buena parte de sus beneficios de los desorbitados precios de las bebidas alcohólicas. Aunque era probable que el equipo pensara que el ministerio se haría cargo de la cuenta esa noche. Y sería así. Mary suspiró y dejó que le rellenaran la copa.

Paseó la mirada por la mesa. Oyó cómo coqueteaban Estevan e Imbeni, sutilmente porque no estaban solos. Las relaciones amorosas entre compañeros de trabajo nunca eran una buena idea, y sin embargo se daban constantemente. Ninguno de ellos iba a trabajar en el ministerio hasta el fin de sus días; y eso podría aplicarse a todos los trabajos. Así que, ¿por qué no? ¿Dónde si no podría conocerse a otras personas? De modo que pasaba. A ella también le había pasado, hacía ya mucho tiempo. Recordó el tierno tonteo con Martin, en Londres, hacía muchos años. ¡Mary y Marty! Dos irlandeses en Londres, uno protestante y el otro católico, buscando la manera de clavar sus garras en el sistema. Pero él ya llevaba muerto veinte años.

Rápidamente y con determinación devolvió su atención al presente. Estevan e Imbeni estaban vivos. Y Mary comprendía por qué se atraían mutuamente a pesar de sus

obvias diferencias. Bueno, quién sabe. Su tonteo era un poco torpe, forzado. Y lo que atraía a una persona de otra siempre era inescrutable. Por lo que sabía, ya habían mantenido una relación y habían roto, y ahora estaban negociando un acuerdo. No había manera de saberlo con certeza; eso era imposible desde la perspectiva de jefa.

Cuando la larga sobremesa llegaba a su fin, Mary se levantó y calculó su grado de embriaguez: leve, como siempre últimamente; era precavida, estaba con sus colegas de trabajo, sus subordinados, y era de recibo comportarse de manera decorosa. Además, en su juventud había aprendido por las malas unas cuantas lecciones, aparte de que había desarrollado una alta tolerancia al alcohol. Todo bajo control. Podía deslizarse con el grupo hasta la parada más cercana, subirse al tranvía azul, hacer el transbordo en Bürkliplatz para subir la colina, despedirse de Bob y de Badim y continuar el viaje con Estevan e Imbeni. Luego bajaría en Kirche Fluntern, se despediría de sus dos jóvenes colegas y los miraría con curiosidad mientras ellos continuaban el viaje, pero ya pensando en otras cosas, en té, en la cama, en la duda de si sería capaz de dormir.

Iba caminando por Hochstrasse cuando un hombre que venía en sentido contrario dio media vuelta bruscamente y continuó caminando a su lado. Mary lo miró asustada; él la miraba con una expresión furiosa.

—Sigue caminando —le ordenó en voz baja y contenida —. A partir de ahora harás todo lo que yo te diga.

—¿Cómo? —exclamó Mary, y se detuvo en seco.

El hombre se abalanzó sobre ella y le colocó en la muñeca alguna clase de anilla. Luego le mostró el revólver de cañón corto que empuñaba. La anilla que le rodeaba la muñeca era una especie de esposas de plástico

transparente, y el desconocido se colocó la otra manilla alrededor de su muñeca.

—Vamos —dijo, poniéndose de nuevo en marcha y tirando de ella para que lo siguiera—. Quiero hablar contigo. Acompáñame y no te haré daño. De lo contrario te pegaré un tiro.

—No lo harás —respondió ella débilmente, pero se puso a caminar a su lado arrastrada por la muñeca.

—Sí lo haré —afirmó el hombre clavándole una mirada furibunda—. Ya no me importa nada.

Mary tragó saliva y mantuvo la boca cerrada. Se le había acelerado el corazón, y el alcohol que creía que no la había afectado se propagaba ahora como el fuego por su cuerpo, hasta el punto de que casi caminaba dando tumbos.

Para su sorpresa, el hombre la llevó hasta el edificio donde estaba su apartamento.

—Entremos —dijo él—. Venga, abre.

Mary introdujo el código de seguridad para abrir la puerta del portal y subieron por la escalera hasta su apartamento. Abrió la puerta con el código y entraron. El apartamento le pareció un lugar extraño ahora que era una prisionera en él.

—El teléfono —espetó el hombre—. Apágalo y déjalo ahí encima. —Señaló la mesa que había junto a la puerta, en la que de hecho solía dejar las cosas.

Mary sacó el móvil del bolso, lo apagó y lo depositó en la mesa.

—¿Llevas encima algún otro dispositivo de localización?

—¿Cómo?

—¿Tienes implantado algún chip, algún dispositivo de localización?

—No, creo que no —respondió Mary.

El hombre la miró con una expresión de sorpresa, con una mezcla de incredulidad y desaprobación. Del mismo

bolsillo donde guardaba el revólver sacó una cajita negra, le dio un capirotazo a una lengüeta y la pasó alrededor del cuerpo de Mary. A continuación echó un vistazo a la pantalla y asintió.

—Vale, vamos.

—Pero yo no…

—¡Vamos! Tengo un sitio aquí al lado.

—¡Me has dicho que solo querías hablar conmigo!

—Y es verdad.

—¡Pues hablemos aquí! Suéltame y hablaré contigo. Si me obligas a salir de aquí, me tiraré al suelo en cuanto veamos a alguien y me pondré a chillar para pedir ayuda. Si solo quieres hablar, mi apartamento es el mejor sitio. Me sentiré más segura. Me concentraré mejor en escucharte.

El hombre se la quedó mirando fijamente un momento.

—Está bien —dijo al cabo de unos segundos—. ¿Por qué no? —Sacudió la cabeza. Parecía desconcertado y confuso.

Mary se dio cuenta y pensó que aquel hombre estaba mal de la cabeza, lo cual aumentó su miedo. El desconocido le quitó la manilla de la muñeca con la mano que tenía libre. Mary se frotó la muñeca con la otra mano y miró fijamente a los ojos al joven, que parecía ensimismado.

—Tengo que ir al baño.

El hombre le clavó una mirada fulminante.

—Antes quiero revisarlo.

Fueron juntos al baño y primero entró él solo para echar un vistazo dentro del armario y detrás de la cortina de ducha. Mary había esperado encontrar allí alguna clase de sistema de auxilio, u otro teléfono, o un sistema de alarma. No tuvo tanta suerte. Cuando el hombre se dio por satisfecho salió del cuarto de baño y dejó la puerta abierta. Mary entró y se quedó parada un momento. Luego la puerta se cerró casi por completo… Él la había empujado. Decoro. Un loco educado. Bueno, al menos era algo. Mary se sentó

en el inodoro y orinó mientras intentaba pensar en una manera de salir de aquella situación. No se le ocurrió nada. Se levantó, tiró de la cadena y volvió adonde estaba su secuestrador.

—¿Te apetece un té? —le preguntó.

—No.

—Bueno, pues a mí sí.

—Está bien. Empezaremos por ahí.

Mary puso a calentar agua y preparó una taza de té. Necesitaba tomar algo que la tranquilizara. El hombre volvió a rechazar el té mientras observaba cómo lo preparaba. Luego se sentaron a la pequeña mesa de la cocina, uno enfrente del otro.

Era un hombre joven, de casi treinta o treinta y pocos años, de una edad en la que todavía es difícil precisarlo. Tenía un rostro enjuto, demacrado, y unas oscuras ojeras. Estaba flaco, casi esquelético. Mary pensó que incluso él parecía asustado de lo que estaba haciendo; era lógico. Pero su expresión también conservaba la furia que había visto cuando la abordó, una especie de despreocupación o desesperación. Había que estar un poco perturbado para hacer lo que estaba haciendo, lo que quiera que fuera. Algo lo había empujado a actuar así.

—¿Qué quieres? —le preguntó.

—Quiero hablar contigo —respondió él.

—¿Y tiene que ser así?

El hombre frunció la boca.

—Quiero que me escuches.

—Me paso la vida escuchando a gente.

Él negó rotundamente con la cabeza.

—No a gente como yo.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué no?

—Yo no soy nadie. Estoy muerto. Me mataron.

Mary sintió un escalofrío.

—¿Cómo es eso? —preguntó a pesar de que no estaba segura de que fuera lo más inteligente.

Dio la impresión de que él no la había oído.

—Se supone que he vuelto, pero no es verdad. La verdad es que estoy muerto. Tú estás aquí, eres la mandamás de un importante organismo de la ONU, asistes a reuniones importantes en todo el mundo que ocupan todas las horas de todos tus días. No tienes tiempo para un muerto.

—¿Qué quieres decir? —insistió Mary, intentando no asustarse más de lo que ya lo estaba—. ¿Cómo moriste?

—Durante una ola de calor.

Ah.

El hombre había fijado la mirada en la taza de té. Mary la cogió y tomó un sorbo; los ojos del desconocido se mantuvieron clavados en la mesa. Su cara estaba poniéndose roja… delante de ella; la piel de los pómulos y de la frente del hombre había perdido su palidez extrema y adquirido un vivo color rojo. Brotaron gotas de sudor en su frente y en el dorso de sus manos, que apoyaba tensas sobre la mesa delante de él. Mary tragó saliva mientras presenciaba todos esos fenómenos.

—Lo siento —dijo—. Debió ser horrible.

Él asintió. Se puso de pie bruscamente y comenzó a dar vueltas por la pequeña cocina, dando la espalda a Mary. Al otro lado de la ventana era noche cerrada, las luces que salpicaban la colina de Zürichberg titilaban difuminadas por la neblina nocturna. El hombre respiraba con dificultad, como si estuviera recuperándose después de un esprint, o para evitar llorar.

Mary escuchaba sus jadeos rápidos y profundos. ¿Estaría armándose de valor para hacerle algo?

Al cabo de unos minutos el hombre volvió a sentarse enfrente de ella.

—Sí, fue horrible —dijo—. Todo el mundo murió. Yo morí. Luego me trajeron de vuelta.

—¿Ahora estás bien?

—¡No! —bramó colérico el hombre—. ¡No estoy bien!

—Quiero decir de salud.

—¡No! ¡Ni de salud ni de nada! —Sacudió la cabeza como si quisiera deshacerse de unos pensamientos muy concretos.

—Lo siento —repitió Mary. Tomó otro sorbo de té—. Quieres hablar conmigo. Supongo que sobre ese tema.

Él negó con la cabeza.

—No, eso solo fue el comienzo. Es lo que me ha hecho querer hablar contigo, supongo, pero no es eso sobre lo que quiero hablar. Lo que quiero decirte es que… —la miró a los ojos— volverá a pasar.

Ella tragó saliva de manera involuntaria.

—¿Por qué lo crees?

—¡Porque no ha cambiado nada! —exclamó el hombre—. ¿Qué pregunta es esa?

Volvió a levantarse, agitado. La rojez de su rostro se volvió más intensa y sus cejas se tocaron en su ceño fruncido. Se inclinó hacia ella y dijo con la voz grave y entrecortada:

—¿Por qué finges que no lo sabes?

Mary respiró hondo.

—No estoy fingiendo. No lo sé.

Él negó con la cabeza sin despegar sus ojos de Mary.

—Por eso hago esto —dijo con furia—. Lo sabes, pero finges no hacerlo. Todos fingís. Eres la jefa del Ministerio del Futuro de la ONU y aun así finges que no sabes lo que nos deparará el futuro.

—Nadie puede saberlo —repuso ella mirándolo a los ojos —. Y debo aclarar que el ministerio depende del Acuerdo de París. La ONU no participa directamente en él.

—Eres el Ministerio del Futuro.

—Lo dirijo, sí.

El hombre la miró en silencio unos segundos. En un momento dado, sin apartar los ojos de Mary, volvió a sentarse y se inclinó sobre la mesa hacia ella.

—Entonces —dijo—, ¿qué sabéis sobre el futuro tú y tu ministerio?

—Solo podemos diseñar modelos de predicción. Registramos lo que ha ocurrido y generamos gráficas de todo lo que podemos medir, y entonces anunciamos que las cosas que podemos medir se mantienen estables, crecen o descienden.

—Cosas como la temperatura, las tasas de nacimientos, etcétera.

—Sí.

—¡Entonces lo sabéis! Es decir, ¿en alguno de esos modelos predecís que no habrá más olas de calor que maten a millones de personas?

—Sí —respondió Mary.

Sin embargo la desazón la carcomía por dentro. Esa posibilidad que ahora ponía sobre la mesa aquel desconocido era exactamente lo que la mantenía en vela noche tras noche. Las predicciones con buenos resultados, situaciones en las que se evitaría que se produjeran nuevos incidentes de muertes en masa, eran extremadamente excepcionales. La presencia de aquel hombre en su cocina tenía los mismos efectos que uno de los torbellinos de pensamientos que le provocaban insomnio; era como si se hubiera metido en una de sus pesadillas recurrentes y no pudiera salir de ella porque estaba despierta.

—¡Ja! —exclamó él como si hubiera podido leerle el pensamiento.

Mary hizo una mueca para intentar cambiar la expresión de su cara.

—Venga ya —dijo el hombre—. Lo sabéis. Conocéis el futuro. —Estaba tan concentrado en no gritar que hablaba como si le diera miedo perder la voz. Tosió y sacudió la cabeza—. Y sin embargo no hacéis nada para solucionarlo. A pesar de que es vuestro trabajo.

Volvió a levantarse de la silla, se acercó al fregadero, cogió un vaso del escurreplatos y lo llenó con agua del grifo. Bebió. Llevó el vaso a la mesa y se sentó de nuevo.

—Hacemos lo que podemos —dijo Mary.

—Eso no es verdad. No hacéis todo lo que podéis, y lo que hacéis no será suficiente. —Se inclinó otra vez hacia Mary y clavó los ojos en los de ella, traspasándolos, sus ojos desorbitados e inyectados de sangre, unos atormentados y pálidos ojos azules que apenas se sujetaban a su rostro rojo y sudoroso—. ¡Reconócelo! —exclamó, todavía conteniéndose para no gritar.

Mary suspiró. No se le ocurría nada que decirle. La expresión de sus ojos la aterrorizaba; a lo mejor pensaba que si la mataba la sustituiría alguien más eficaz. Daba la impresión de que esa era precisamente la idea que le rondaba por la cabeza a su secuestrador. Y después de todo lo que había pasado no era descabellada. La había secuestrado y llevado a su apartamento. En casos así la mujer solía acabar muerta.

Mary, con el corazón acelerado, se encogió de hombros.

—Lo intentamos —dijo finalmente.

Permanecieron sentados y mirándose en silencio unos instantes. Mary tuvo la impresión de que el hombre le daba tiempo para que reflexionara sobre lo que acababa de decir,

para que sus palabras se cocinaran en los jugos de su propia futilidad.

—Pero no sirve de nada —espetó él—. Lo intentáis, pero no es suficiente. No da resultado lo que hacéis. Tú y tu organización no estáis cumpliendo la tarea que se os ha encomendado, y morirán millones de personas. Estáis decepcionando a la gente. La decepcionáis todos los días. La condenáis a una muerte segura.

Mary suspiró de nuevo.

—Hacemos lo que podemos con los medios de los que disponemos.

—No es verdad.

El hombre volvió a ponerse rojo y se levantó de la silla. Caminó en círculo por la cocina, como si fuera un animal enjaulado. Respiraba con dificultad. «Va a pasar otra vez», pensó con resignación Mary, con el corazón a punto de estallarle.

Pero el hombre se detuvo delante de ella y se inclinó de nuevo. Volvió a hablar con esa voz grave y contenida que parecía la única capaz de producir.

—Por eso estoy aquí. Tenéis que dejar de pensar que hacéis todo lo que podéis, porque no es verdad. Podéis hacer mucho más.

—¿Como qué?

El hombre la miró fijamente. Se sentó de nuevo y se tapó la cara con las manos un instante, luego volvió a mostrar el rostro y se arrellanó en la silla. Miró a Mary a los ojos y ella vio en esa mirada algo nuevo, a una persona real, una persona real atormentada, un hombre joven, enfermo y asustado.

—Volví a la India. Intenté unirme a un grupo del que me habían hablado, los Hijos de Kali. ¿Has oído hablar de ellos?

—Sí, pero son un grupo terrorista.

Él negó con la cabeza sin despegar los ojos de Mary.

—No. Tienes que dejar de pensar con tus viejos valores burgueses. Esos tiempos ya han pasado. Lo que está en juego es demasiado importante para esconderse detrás de ellos. Son lo que está matando el mundo, a las personas, a los animales, todo. Estamos viviendo una extinción en masa y hay gente que está intentando hacer algo para remediarlo. Los llamas terroristas, pero los verdaderos terroristas son las personas para las que trabajas. ¿Cómo es posible que no te des cuenta?

—Intento evitar la violencia —dijo Mary—. Es mi trabajo.

—¡Pensaba que habías dicho que tu trabajo era evitar una extinción en masa!

—¿Eso he dicho?

—No lo sé. ¿Qué has dicho? ¿Qué dices ahora? ¡No quieras hilar tan fino conmigo, no he venido para eso! ¡Estás destruyendo el mundo y quieres que recuerde las palabras exactas que has dicho para salvar el culo! ¡Dímelo ahora! ¿En qué consiste tu trabajo como directora del maldito Ministerio del Futuro?

Mary tragó saliva para deshacerse el nudo que se le había hecho en la garganta. Tomó un sorbo de té. ¿Era lo más inteligente intentar mantener un diálogo con aquel perturbado cada vez más furioso? ¿Tenía alguna alternativa?

—El Ministerio nació a raíz de la reunión del Acuerdo de París de 2024. Creyeron que sería buena idea crear un organismo que representara los intereses de las generaciones futuras y de todas aquellas entidades que no pueden expresar su opinión, como los animales y las cuencas.

El hombre hizo un gesto de desdén. Aquello solo eran lugares comunes que ya había oído multitud de veces.

—¿Y? ¿Cómo lo hacéis? ¿Cómo defendéis esos intereses?

—Hemos creado varios departamentos para centrarnos en diversos aspectos del problema. El legal, el económico, el

de ciencias físicas, etcétera. Priorizamos nuestras acciones de acuerdo con el presupuesto con el que contamos y hacemos lo que podemos.

—¿Y qué pasa si eso es insuficiente? —espetó el hombre con los ojos clavados en los de Mary.

—¿A qué te refieres con «insuficiente»?

—A que no es suficiente. El trabajo que hacéis no está frenando el daño que está haciéndose, no está dando soluciones a tiempo. Y lo sabéis, porque todo el mundo lo sabe. No ha cambiado nada. Vamos directos a una extinción en masa. Ya estamos inmersos en ella. A eso me refiero con «insuficiente». ¿Por qué no hacéis algo más?

—Hacemos todo lo que se nos ocurre.

—Eso significa que, o bien no se os ocurren las ideas más obvias, o que sí se os ocurren pero no las ponéis en práctica.

—¿Como qué?

—Como identificar a los mayores responsables de la extinción en masa y perseguirlos.

—Ya lo hacemos.

—¿Llevándolos a juicio?

—Sí, llevándolos a juicio, y con sanciones, y con campañas de desprestigio, y…

—¿Y con asesinatos selectivos?

—¡Por supuesto que no?

—¿Por qué «por supuesto»? Algunas de esas personas están cometiendo delitos que matarán a millones de seres humanos. Trabajan duro toda su vida para perpetuar un sistema que terminará exterminando la humanidad.

—La violencia solo engendra violencia —afirmó Mary—. Es un círculo vicioso. Míranos.

—La batalla está perdida. Pero la violencia de las emisiones de dióxido de carbono mata a más personas de lo

que lo hará jamás un castigo por asesinato. Así que tu moralidad es una especie de capitulación.

Mary se encogió de hombros.

—Tengo fe en la ley.

—Eso estaría bien si las leyes fueran justas. ¡Pero la realidad es que permiten que se produzca esa violencia a la que te opones!

—Entonces tendremos que cambiar las leyes.

—¿Y qué pasa con la violencia ejercida contra las emisiones de dióxido de carbono? ¿Bombardear una central de carbón sería demasiado violento para ti?

—Trabajamos dentro de la legalidad. Creo que así tenemos más opciones de cambiar las cosas.

—¡Pero no hay tiempo! —El hombre intentó recobrar la compostura—. Si te tomaras en serio tu trabajo estarías buscando la manera de acelerar los cambios. Es posible que algunas cosas fueran en contra de la ley, pero en ese caso la ley estaría equivocada. Creo que fue en Núremberg donde se aceptó ese principio: es incorrecto obedecer órdenes incorrectas.

Mary suspiró.

—Buena parte de nuestro trabajo consiste en poner de relieve los problemas que genera la legalidad actual y recomendar correcciones.

—Pero no está dando frutos.

Mary se encogió de hombros con amargura y desvió la mirada.

—Es un proceso.

El hombre negó con la cabeza.

—Si fuerais en serio tendríais un grupo secreto que actuara al margen de la ley para acelerar los cambios.

—Si ese grupo secreto existiera, no te hablaría de él.

El hombre miró fijamente a Mary y negó con la cabeza.

—No creo que exista. Y si lo hiciera, no está haciendo su trabajo. Hay un centenar de personas en el mundo que, si las juzgas desde la perspectiva del futuro como se supone que hacéis vosotros, son genocidas. Si empezaran a morir, si se matara a unos cuantos, quizá los demás se pondrían nerviosos y actuarían de otra manera.

Mary negó con la cabeza.

—El asesinato engendra asesinato.

—Exilio, entonces. Idead alguna clase de cárcel, imponedles algún castigo. ¿Y si un día se despertaran y lo hubieran perdido todo? Verían reducida extraordinariamente su capacidad para destruir el futuro.

—No lo sé.

—Si no lo hacéis vosotros, lo harán otros.

—Quizá deberían hacerlo. Que ellos se dediquen a lo suyo, nosotros nos dedicaremos a lo nuestro.

—Pero lo vuestro no está dando resultados. Y ellos se jugarían la vida, podrían acabar muertos. Mientras que vosotros solo estaríais haciendo vuestro trabajo.

—Eso no lo justificaría.

—¡Pues mantenedlo oculto! Buena parte de la historia del mundo está sucediendo en las sombras. Seguro que ya lo sabes. Si no entráis ahí, no tenéis ninguna posibilidad.

Mary tomó un sorbo de té.

—No lo sé —dijo.

—¡Pero ni siquiera estás haciendo el esfuerzo de saberlo! ¡Prefieres no saberlo!

Mary tomó más té.

El hombre se levantó bruscamente. No podía parar quieto; se movía con nerviosismo, iba de un lado a otro de la cocina. Dio un paso y se detuvo, miró a su alrededor como si hubiera olvidado dónde estaban.

—¿Cómo se explica esto? —dijo el hombre señalando la diminuta cocina—. ¿Estás casada?

—No.

—¿Divorciada?

—No. Mi marido murió.

—¿De qué?

—No voy a contarte mi vida —respondió con un rechazo repentino—. Déjame en paz.

El hombre la miró con rabia.

—El privilegio de una vida privada.

Ella negó con la cabeza y se concentró en su taza de té.

—Escucha —dijo él—. Imagínate que vinieras del futuro y supieras con certeza que hay seres humanos que impiden que se produzcan los cambios, y que por su culpa van a morir tus hijos y los hijos de tus hijos, seguro que defenderías a tu familia. En defensa de tu hogar, de tu vida, de tu familia, matarías a un intruso.

—A un intruso como tú.

—Exacto. Por lo tanto, si tu organización representa a los seres humanos que nacerán después de nosotros, ¡qué carga más pesada! ¡Qué responsabilidad! ¡Tienes que pensar como si fueras ellos! Tienes que hacer lo que harían ellos si estuvieran aquí.

—No creo que ellos consintieran que se asesinara.

—¡Claro que lo consentirían! —gritó el hombre, y Mary se estremeció. El hombre temblaba ostensiblemente, todo su cuerpo se agitaba; se cubrió la cabeza con los brazos como para impedir que explotara. Tenía los ojos a punto de saltarle de las cuencas. Dio la espalda a Mary, soltó una patada a la puerta del frigorífico, se tambaleó y se acercó a la ventana para echar un vistazo. Estaba furioso y respiraba por la boca, apretando los dientes—. Yo ya estoy muerto —masculló para sí. Puso las manos en el alféizar y apoyó la frente en el cristal de la ventana. Permaneció así unos segundos, hasta que bajó el ritmo de su respiración y se dio la vuelta para mirar de nuevo a Mary—. Mira —dijo mientras

hacía un esfuerzo evidente para recuperar la compostura—, todos los días se mata en defensa propia. No hacerlo sería como suicidarse. Y ahora los tuyos, esas supuestas personas del futuro, están siendo atacadas.

Mary reprimió un suspiro. Tenía los ojos fijos en la taza de té.

—Solo quieres que lo haga otra persona —añadió el hombre—. Alguien menos protegido que tú, que sufrirá más al hacerlo. Así seguirás disfrutando de tu maravillosa vida y de tu bonita cocina. Que sean los desesperados los que mueran por intentarlo, las mismas personas que tienes el deber de proteger.

—No lo sé —dijo Mary.

—Yo sí lo sé. Me reuní con algunos en la India. Quería unirme al grupo, pero me rechazaron. Van a hacer lo que deberías hacer tú. Matarán y los matarán, o perpetrarán alguna acción de sabotaje insignificante y pasarán el resto de su vida en la cárcel, todo por hacer el trabajo que deberías hacer tú.

—¿No te uniste a ellos?

—No me quisieron. —Un espasmo le deformó la cara. El recuerdo lo atormentaba—. Para ellos yo solo era un *firangi* más, un administrador imperial, como en los viejos tiempos. Un extranjero que les quería decir lo que tenían que hacer. Y seguramente tenían razón. Yo creía que estaba ayudando como mejor podía, como tú. Y podría haber muerto. Solo por echar una mano en una modesta clínica. Y realmente morí, pero por algún motivo mi cuerpo sobrevivió a mi muerte. Y aquí estoy ahora, todavía intentando hacer algo. Soy un idiota. Pero no quisieron mi ayuda, probablemente con razón, no lo sé. Harán lo que haga falta sin mí, no me necesitan. Hacen lo que tu organismo debería estar haciendo. La cosa se pondrá más fea cuando salgan de la India. Acabarán muertos. Así que yo estoy intentando hacer

lo que imagino que querrían que hiciera aquí, donde puedo moverme con más facilidad que ellos.

—¿Estás asesinando a gente?

—Sí. —El hombre tragó saliva mientras reflexionaba—. Al final me cogerán.

—¿Por qué lo haces?

—¡Quiero justicia!

—Tomarte la justicia por tu mano solo es venganza.

El hombre le dirigió un gesto desdeñoso.

—Eso no es un problema para mí. Lo más importante es que quiero ayudar para que no vuelva a haber olas de calor ni nada parecido.

—Es lo que queremos todos.

La cara del hombre volvió a ponerse roja y regresó su voz entrecortada.

—Entonces tendrás que esforzarte un poco más.

Sonó el timbre del telefonillo.

Era pasada la medianoche, así que no era normal que alguien la visitara.

El hombre vio eso mismo en su rostro y corrió a ponerse al lado de Mary. Los dos se habían levantado de la silla instintivamente.

—¡Me has delatado! —le espetó con la cara a escasos centímetros de la suya.

—¡No he avisado a nadie!

Y porque no lo había hecho, en sus ojos había la misma expresión de agitación que en los del hombre. Se quedaron unos instantes paralizados, mirándose a los ojos en silencio y en un estado de pánico.

—Hay cámaras en todas partes —añadió Mary—. Deben habernos visto en la calle.

—Ve a decirles que estás bien. —Metió la mano en el bolsillo donde guardaba el revólver.

—De acuerdo.

Con el corazón más acelerado que nunca, Mary fue hasta la puerta, salió al descansillo y bajó las escaleras interiores del edificio hasta el portal. Abrió la puerta, pero dejó puesta la cadena de seguridad.

Dos agentes de policía, o quizá de seguridad privada.

—¿Ministra Murphy?

—Sí. ¿Qué ocurre?

—Se nos ha informado de que ha sido vista entrando en su apartamento con un hombre.

—Así es —repuso mientras pensaba a toda velocidad—. Es un amigo. Todo está bien.

—No consta en la lista de sus amistades conocidas.

—No me gusta cómo suena eso —dijo con aspereza—, pero por ahora solo necesitan saber que es el hijo de un antiguo compañero de estudios, de Irlanda. Les digo que todo está en orden. Gracias por venir a comprobarlo.

Les cerró la puerta en la cara y volvió arriba.

Encontró el apartamento vacío.

Miró en todas partes, pero no había nadie. En último lugar comprobó la puerta del pequeño balcón que daba al aparcamiento privado del edificio. Estaba entreabierta. Fuera solo vio oscuridad. Alzó la vista y las ramas desnudas del gigantesco tilo que dominaba la explanada dibujaban líneas negras sobre el cielo estrellado. Se asomó por encima de la barandilla metálica del balcón y miró abajo. No parecía difícil bajar por uno de los grandes postes cuadrados que había en las esquinas exteriores del balcón. Ella nunca se habría atrevido a intentarlo, pero el desconocido que la había tenido secuestrada en su propio apartamento no parecía de esa clase de hombres a los que les detendría tener que descender un piso por ahí.

—Les he dicho que eras un amigo —dijo con rabia a la oscuridad.

Estaba enfadada con él y consigo misma. Los pensamientos se acumulaban en su cabeza. Se sentía mareada. Consideró todas sus opciones y se decidió por una. Entró corriendo en el apartamento, bajó las escaleras hasta el portal y salió a la calle gritando:

—¡Policía! ¡Policía! ¡Vuelvan! ¡Vuelvan!

Y los agentes de policía volvieron corriendo y se la quedaron mirando con curiosidad. Mary les dijo que había tenido que mentirles para que el hombre que había estado con ella no les disparara a los tres, que la había abordado en la calle y la había retenido a punta de pistola, que había huido mientras ella hablaba con ellos. Todo eso era verdad, aunque el relato quedaba lejos de ser completo. Mientras les contaba lo sucedido, Mary se daba cuenta de que nunca sería capaz de decirle a nadie lo que había pasado de verdad. Cosas como las que habían ocurrido durante esa hora nunca podían contarse.

Los agentes alertaron a sus colegas por radio. Luego la acompañaron a su apartamento con las armas desenfundadas. Mary se sentó en la misma silla de la cocina y respiró hondo. Le temblaban las manos. La noche prometía ser larga.

26

Puedes esconderte, pero no puedes escapar.

Había cámaras en todas partes, naturalmente. En el transporte público, en las tiendas, en las calles. Si salía para conseguir comida pasaría por delante de varias cámaras de seguridad con independencia de qué dirección tomara. Si intentaba salir del país tendría que pasar un control de pasaportes. Tal vez dentro de Europa se librara de eso, pero podrían pedirle que se identificara cuando menos se lo esperara; si viajaba, en algún momento tendría que enseñar el pasaporte. Disponía de uno falso, pero no confiaba en él para esas situaciones. Estaba atrapado allí, en uno de los países más vigilados del mundo.

Sin embargo ya había aprendido dónde y cómo esconderse. Tenía un lugar donde vivir. En la ladera del Zürichberg, con vistas a la ciudad, había varios huertos comunitarios. En esas parcelas de terrenos cultivados había aquí y allá pequeños cobertizos de madera en los que se guardaban herramientas, fertilizantes, pesticidas y cosas así. Uno de ellos tenía un panel en una pared lateral que había sacado de manera que podía volver a colocarlo en su sitio sin que se notara, y una vez dentro podía acostarse en el suelo dentro de su saco de dormir. Se marcharía antes de que amaneciera sin dejar rastro de que había pasado la noche allí. Podría utilizar el cobertizo como base. Podía esconderse dentro de la misma ciudad de Zúrich.

El pasaporte falso que tenía era el de un estadounidense que había muerto y cuyo certificado de defunción nunca se había tramitado. Tenía pegada la foto de Frank, así que en ese sentido era el otro hombre, Jacob Salzman. Le serviría tres años más. También había conseguido una tarjeta de crédito con ese nombre, con algo de dinero en la cuenta, y había cambiado casi todo el dinero que le quedaba en billetes de cincuenta euros. Tenía además un visado para esa identidad falsa que le permitía quedarse legalmente en Suiza hasta finales del siguiente año, un supuesto trabajo en Estados Unidos y un apartamento alquilado en la ciudad. Había conseguido todo eso sin problemas el año anterior. Como no podía ser de otra manera, había cámaras en la entrada del edificio donde tenía alquilado el apartamento. Sin embargo no las había en la puerta trasera que se utilizaba para acceder al compactador de basura, así que de vez en cuando, cuando quisiera asearse, podría entrar y salir por ahí. Como Salzman era miembro de uno de los clubes de baño del lago, también podría utilizar sus instalaciones.

Y durante el día deambularía por la ciudad sin llamar la atención. Se alimentaría de los puestos callejeros de comida que no tenían cámaras y de lo que comprara en Migros, y pasaría el día en los parques, donde había menos cámaras. Así pues, llevaría una vida de la que apenas quedaran registros en los sistemas, pero tampoco flagrantemente marginal. Simplemente mantendría un perfil bajo. No tenía duda alguna de que después de secuestrar a una ministra de la ONU, retenerla a la fuerza en su apartamento y hostigarla durante toda una noche, sería objeto de una búsqueda intensiva por parte de la policía. Por no mencionar el incidente en el lago Maggiore. Tal vez tendría que olvidarse de Salzman. Pero al menos durante un tiempo

podría esconderse a un par de kilómetros del apartamento de la ministra. Y por el momento eso hizo.

27

Ahora Mary tenía un problema nuevo: protección policial las veinticuatro horas del día.

Por supuesto, había problemas peores, pero es sorprendente lo mucho que la molestaba aquello, hasta el punto de que pensaba que había perdido su vida. O al menos sus costumbres, su intimidad. La deprimía pensar que su vida se hubiera convertido en eso.

Después de que la policía terminara los interrogatorios y las pesquisas esa noche, Mary se acostó e intentó dormir, pero no pudo. La policía aún estaba en su cocina, y delante del portal. Era probable que eso no cambiara en un futuro cercano. Maldijo a su secuestrador un millón de veces; cuanto más pensaba en él más lo odiaba.

A pesar de que no podía sacarse de la cabeza nada de lo que le había dicho y de que el recuerdo de su cara la perturbaba. Su arrebatado convencimiento de que tenía razón. Normalmente a Mary le desagradaban las personas así y desconfiaba de ellas, pero ese hombre era diferente, tenía que reconocerlo. Una convicción terrible se había instalado en él a la fuerza. Su contacto con la muerte le había hecho enloquecer. Aunque en realidad lo único que le había hecho era gritarle. La había secuestrado para hablar con ella; recordó de nuevo que había empujado la puerta del cuarto de baño para cerrarla cuando ella entró. En cierta manera había luchado consigo mismo para mantener la serenidad, para no hacerle nada que no fuera convencerla.

Palabras como puñetazos. Balas de papel disparadas a su cerebro. Se le aceleró de nuevo el corazón y se acaloró al recordarlo.

A la mañana siguiente fue a trabajar de un humor de perros. Le habían prometido que la mantendrían informada de los progresos que se hicieran del caso, pero Mary no esperaba recibir ninguna información importante ni oportuna. El hombre que la había secuestrado parecía muy seguro de sus recursos para esconderse. Eso en sí ya era extraño, pues nadie debería tener esa confianza, mucho menos en Suiza. Se preguntó si contaría con algún escondite en Zúrich, o cerca de la ciudad, adonde podía llegar rápidamente y en el que ocultarse para no verse en la necesidad de huir.

Ya se enteraría. O no. Mientras tanto su escolta la acompañaría allá donde fuera y un par de suizas, o de suizos, o agentes de ambos sexos, se instalarían en su apartamento con ella. Maldita sea, maldita sea, maldita sea. Maldito idiota… Podría haberlo matado.

La gente se amontonó alrededor de ella en su despacho para interesarse por su estado. Ella les ordenó que volvieran al trabajo y se puso en contacto con Badim. Su jefe de gabinete estaba regresando en tren desde Ginebra y le envió un mensaje para transmitirle su pesar por lo sucedido; acababa de enterarse e iría directamente a su despacho en cuanto llegara. Esperaba que Mary pudiera comer con él. A Mary le gustó la idea de salir del despacho y hablar en un sitio donde no tuviera que preocuparse por que la oyera alguien que no debía. Pediría a su escolta que se mantuviera a cierta distancia.

Poco después del mediodía Badim entró en su despacho, fue directo a ella y le cogió las manos, la miró

detenidamente e hizo el gesto de abrazarla. Salieron juntos de la sede del ministerio y caminaron hasta la parada del tranvía, compraron bocadillos, chocolatinas y café y regresaron caminando en dirección al ministerio, hasta que llegaron al parquecito desde el que podían contemplarse los redondeados tejados de cobre verdoso del ETH y la ciudad al otro lado del río. Se sentaron en uno de los bancos del parque. Los miembros de su escolta se sentaron a un par de bancos de distancia.

Mary tenía que pensar qué decirle a Badim, y en este asunto, como en todo lo demás esa mañana, la fatiga creaba una multitud de pensamientos contradictorios que rebotaban en su cabeza. Algo en su interior se resistía a contarle a Badim la historia completa de lo que había pasado la noche anterior, y no se veía capaz de vencer del todo esa oposición.

—Tuve una noche movidita —dijo finalmente.

—No sabes cuánto lo siento. ¿Te encuentras bien?

—Estoy bien. Supongo que me vigilaban, así que cuando me vieron entrar en mi casa con ese tipo se presentaron para comprobar si pasaba algo. Una hora después, eso sí. Debieron verlo por las cámaras y luego vinieron a mi apartamento. El tipo se escabulló mientras hablaba con ellos.

—Eso he oído. Me alegra que estés bien. ¿Estás bien?

—¡No!

—Lo siento.

Comieron en silencio unos minutos. La ciudad era el habitual bosque de grúas que se alzaban por encima de edificios grises. Desde allí no se veía el Limmat; al sur solo se alcanzaba a ver un estrecho recodo del lago, con la larga colina que se extendía hacia el sur desde Uetliberg, que estaba al fondo.

—He estado pensando sobre nuestra situación —dijo Mary cuando mató el hambre—. Nuestro dilema.

—Que es…

—Nos encargaron la misión de representar a los seres humanos y a los animales del futuro, en la práctica, proteger la biosfera en su nombre, y no lo estamos haciendo. Estamos fracasando porque las herramientas que tenemos a nuestra disposición son demasiado débiles. Tú mismo dijiste algo parecido aquella vez que bajamos paseando al lago. El mundo se dirige hacia el desastre y no somos capaces de desviarlo a tiempo para evitar la hecatombe.

Badim masticó el trozo de bocadillo que tenía en la boca antes de decir:

—Lo sé.

—¿Y qué vamos a hacer?

—No lo sé.

Mary lo miró fijamente. Era un hombre menudo y taciturno, muy inteligente, muy tranquilo. Había visto muchas cosas. Había trabajado para el gobierno de la India y para el nepalí, que había nacido como una organización revolucionaria maoísta. También había trabajado para la Interpol.

—A lo mejor necesitamos un grupo secreto —dijo Mary tanteando a su colega.

La sugerencia pilló por sorpresa a Badim, que se quedó unos instantes mirando con incredulidad a Mary.

—¿A qué te refieres?

—Creo que necesitamos crear un servicio secreto en el ministerio, que trabaje por la causa en la sombra.

Badim reflexionó un momento.

—¿Para hacer qué exactamente?

—No lo sé. —Mary masticó mientras meditaba. Recordó la mirada arrebatada de su secuestrador, el miedo que

había sentido—. No me gusta la violencia. Y sé de lo que hablo. Soy irlandesa. He visto el daño que hace. Y sé que tú también lo has visto. El daño que hacen las guerras secretas o las guerras civiles nunca desaparece del todo, así que no hablo de asesinar a nadie. Ni siquiera de infligir daños físicos. No somos la CIA. Pero creo que se pueden hacer otras cosas de manera clandestina, acciones tal vez ilegales, o en cierto sentido poco aconsejables o diplomáticas, pero que darían un empujón a la causa. Podríamos considerar las distintas opciones en secreto, individualmente, a ver si hay alguna por la que valga la pena apostar. Tiene que ser algo que podamos justificar si nos descubren.

Badim había reprimido una sonrisa y ahora negaba ligeramente con la cabeza.

—Eso no me suena a servicio secreto. Una de las características que debe tener un servicio secreto es que no lo descubran. No se puede poner nada por escrito, nada puede ser hackeado, nadie puede hablar con extraños. La gente que está al mando no puede saber nada sobre él. Si se produjera una brecha, tú, como directora del organismo, tendrías que negar toda participación en él, incluso el menor conocimiento de su existencia. No podrías dar explicaciones ni defenderlo.

—Hablas como si tuvieras experiencia en estas cosas.

—Ya —dijo Badim mientras contemplaba la ciudad a sus pies.

—¿Cuándo?

Badim paseó la mirada por la ciudad gris mientras pensaba. Exhaló un leve suspiro y dio otro mordisco a su bocadillo, que acompañó con un trago generoso de café.

—Ahora… —respondió como si no quisiera continuar la frase que había comenzado.

—¿Ahora qué? —preguntó Mary cuando se alargó la pausa de su colega.

—Ahora —repitió Badim, esta vez con una voz más firme. Luego miró a Mary—. En otras palabras, siempre.

—¿Qué quieres decir?

—Lo siento, pero no puedo hablar de ello.

Mary se había plantado delante de Badim. El vaso de papel del café temblaba medio estrujado en su mano. Badim la miró con un estremecimiento y sus ojos se desviaron hacia el vaso como si temiera que se lo vaciara en la cara.

—Explícame lo que quieres decir —ordenó con un tono áspero—. Ahora mismo.

Badim volvió a suspirar.

—Imagina que ya hubiera un servicio secreto en el Ministerio del Futuro y que lo hubiera creado yo personalmente cuando me contrataste como tu jefe de gabinete.

—¿Lo creaste?

—No, no estoy diciendo eso, por favor. Soy un tipo normal. Tengo algunos amigos en el ministerio. No estaría bien que te contara todo lo que hacen por amistad, precisamente por si acaso saliera algo a la luz y te preguntaran por ello. Así podrías responder sin faltar a la verdad que no sabías nada.

—¿Negación verosímil?

—Bueno, no. Creo que esa expresión se refiere más bien a tener una buena mentira preparada. Esto estaría más cerca de una administración adecuada del organismo. Es decir, actuar dentro de la legalidad. Si alguna vez se nos preguntara por ello, cosa que espero que nunca suceda, tú responderías que no sabías nada. Si se hubieran hecho cosas inapropiadas, otros cargarían con la responsabilidad y

tú podrías continuar con el ministerio sin que este se viera perjudicado.

—¡Como si eso fuera posible!

—Bueno, hasta ahora lo ha sido. De hecho es lo que ocurre con más frecuencia. Es la estructura más común en una organización. La mayoría de las operaciones menos ortodoxas se realizan sin que sus líderes políticos tengan conocimiento de ellas. Lo que es seguro es que nunca conocen los detalles, aunque tengan una vaga idea de que existen esas cosas. Como pensaba que era tu caso.

Los sucesos de la noche anterior la asaltaron de repente y la sacudieron hasta lo más profundo de su ser.

—¡No permitiré que me mientan! —bramó.

Los miembros de la escolta se volvieron hacia ella desde el otro extremo del pequeño parque.

—Lo sé —dijo Badim con el gesto contrariado y afligido—. Lo siento. Nunca me he sentido cómodo con esto. Esta tarde presentaré mi dimisión, si quieres. No me importa quitarme de en medio inmediatamente. Pero te recuerdo que has sido tú la que ha sacado el tema de que quizá fuera necesario algo así.

—Joder, sí, he sido yo —dijo Mary. Esperó a que su corazón se tranquilizara y mientras tanto intentaba pensar con claridad, pero eran demasiados los pensamientos que se agolpaban dentro de su cabeza y creaban algo parecido a un rugido—. Pero no hablaba en serio. Y aunque así fuera, ¡me jodería mucho que se me ocultaran secretos en mi propia organización!

—Lo sé —repuso Badim agachando la cabeza. Respiró hondo mientras recobraba el ánimo—. Dime, ¿no te pasó lo mismo cuando eras ministra en el gobierno de Irlanda?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que, bueno, eras ministra de Asuntos Exteriores, ¿no? ¿Pensabas entonces que lo sabías todo

sobre lo que hacía tu ministerio?

—Sí, claro.

Badim negó con la cabeza.

—Seguro que no lo sabías todo. Aunque, por supuesto, yo no puedo saberlo con certeza. Pero en Irlanda hubo una guerra civil que duró mucho tiempo, y en un conflicto así siempre hay aspectos que ocurren fuera de las fronteras del país, ¿no? Por lo tanto, seguro que tus fuerzas de seguridad te ocultaban cosas, y probablemente estaban convencidas de que tú sabías que lo hacían y que querías que siguiera siendo así. —Se encogió de hombros—. Te aseguro que en Nepal y en la India era así, y en la Interpol, ya que estamos.

Badim estaba trabajando para la Interpol cuando Mary lo contrató.

Mary se dejó caer a su lado en el banco. El vaso de café estaba estrujado, así que bebió pegando con cuidado los labios a uno de los pliegues del borde y luego lo dejó en el suelo.

—Entonces soy una ingenua. Es eso, ¿no? Soy una inocente mujer de Estado en el mundo de la *Realpolitik*. Y precisamente por eso me ofrecieron este puesto.

—No estoy diciendo eso. Imagino que suponían que sabías dónde te metías.

—Dime, ¿y qué ha hecho hasta ahora ese servicio secreto tuyo? ¿Y quién forma parte de él?

—Bueno, esas son la clase de preguntas que no deberías hacer. No, no, por favor… —Badim levantó una mano como para protegerse del golpe que Mary estaba a punto de propinarle—. La gente podría dejarlo si se enterara de que las altas esferas están al tanto de sus acciones. En cualquier caso, no creo que conozcas a esas personas. Ignoro hasta qué punto conoces a todos los miembros de nuestro equipo.

Badim advirtió que su jefa se tranquilizaba. Mary cogió el vaso estrujado de café y tomó otro sorbo.

—Soy el responsable de todo lo que suceda durante las operaciones —continuó en voz baja Badim, como si le hiciera partícipe de un secreto para reconciliarse con ella—. Ese es el trabajo de un jefe de gabinete. La gente que me ayuda cuando hay que hacer algo tiene que estar preparada, está repartida en diversos departamentos, naturalmente. En ciberseguridad, por supuesto, ya que la prevención es un aspecto inherente de su trabajo. Los de catástrofes naturales también suelen ser muy útiles, porque están acostumbrados a mancharse las manos... Lo digo literalmente, ya me entiendes, porque trabajan con máquinas y eso. Son los que hacen el trabajo de campo, los que ven in situ las tragedias, así que están impacientes por hacer algo.

Esas palabras parecieron abrir una compuerta, y los recuerdos de la noche anterior que había pasado en vela la embistieron como un torrente, a pesar de que la habían acompañado todo el día. En el estómago se le había hecho un nudo que no dejaba pasar el bocadillo.

—Anoche conocí a alguien así —dijo Mary. Cerró la mano alrededor de la de Badim—. ¡La persona que me secuestró anoche era así! Estaba ansioso por hacer algo, harto de que no cambiara nada.

—Lo siento —volvió a decir su jefe de gabinete. Levantó la mano sosteniendo la de Mary—. Cuéntame lo que pasó.

Mary retiró la mano y se lo contó brevemente, omitiendo algunas partes.

—Tal vez deberíamos haberte asignado más seguridad —dijo cuando Mary terminó.

—Tal como acabó todo, no creo que fuera necesario. Además, creo recordar que ya me lo ofreciste una vez y te dije que no. Odio esas cosas.

—Aun así, aunque sea temporalmente. No creo que tarden en atrapar a ese tipo.

—Yo no estoy tan segura.

—Es difícil mantenerse oculto durante mucho tiempo.

—Pero no imposible.

—No, imposible no —reconoció Badim.

Mary se estremeció y se movió con incomodidad en el banco. Estaba hecha un lío. Necesitaba dormir.

—Mira —dijo con el gesto pensativo—, tú creciste en Nepal, ¿verdad? Y yo en Irlanda. En los dos países la violencia política estaba a la orden del día. Hablo de asesinato, muertes y todo lo que acarrean: miedo, dolor, ira, venganza, etcétera. El daño nunca desaparece, te lo puedo asegurar, aunque probablemente tú ya lo sepas. Y al final, los mejores asesinos en estas competiciones para ver quién mata a más personas son los que se hacen con el poder. No está nada claro que eso haya hecho algún bien al mundo.

Badim movió la cabeza de un lado a otro en señal de desacuerdo.

—¿Cómo? —exclamó Mary—. ¡Sabes que lo que digo es verdad! ¡El daño que se ha hecho es tremendo!

Badim suspiró.

—Así y todo, ¿de qué daño anterior venimos? ¿Y alguna de estas cosas que se han hecho ha mitigado el daño? Eso es lo que nunca queda claro.

—Pero ¿qué ha hecho tu servicio secreto? —gritó repentinamente aterrorizada Mary.

—No puedo decírtelo. —La miró a los ojos tratando de ganar tiempo—. Es posible que algunas centrales termoeléctricas de carbón sufrieran problemas que las obligaron a interrumpir la producción, y los inversores se han dado cuenta de que ya no eran el mejor lugar en el que poner su dinero. En cierto sentido podría decirse que ha salido bien.

—¿Qué quieres decir con que ha salido bien?

—Las centrales no han reabierto y la energía solar ha recibido una inyección de inversiones. Además, la construcción de nuevas centrales de carbón ha descendido en todo el mundo un 80 por ciento desde que empezaron a pasar esas cosas.

—Eso podría explicarse con la apuesta de la India por la energía solar.

—Sí, claro.

—¿Heridos o muertos?

—Ninguno intencionadamente.

—¿Terrorismo? ¿Se ha coaccionado a alguien?

—¿Quieres saber si se ha amenazado a alguien para que abandone el carbón?

—Sí.

—Estaría de acuerdo si hubiera pasado, ¿tú no?

—Pero ¿cómo?

—Bueno, ya sabes. El dinero es lo que más asusta.

—¡Lo que de verdad asusta es que te secuestren, joder!

—Amenaza con violencia, eso te lo concedo. Aunque la gente se muere de miedo cuando la amenazas con quitarle el acceso a su dinero.

—Joder. Así que estás jugando a ser Dios.

—¿Perdón?

—Jugando a ser Dios. Sometes a las personas a experiencias que creen reales para ver cómo reaccionan.

—Es posible. Pero no nos limitamos a ver cómo reaccionan. El objetivo es obligarlas a cambiar.

—¡Entonces las amenazáis! ¡Eso es terrorismo!

—Bueno, pero el terrorismo es matar a personas inocentes para asustar a otras personas inocentes con el fin de doblegar su voluntad. Eso es lo que se entiende por terrorismo hoy día, ¿no? No es dar un susto a alguien en la oscuridad.

—No, supongo que no. Pero aterrorizáis a la gente. Utilizáis la intimidación.

—Si lo hubiéramos hecho, habría estado de acuerdo, porque sería un medio para conseguir un objetivo necesario. Como tú misma has señalado, creo recordar.

Mary asintió con la cabeza. Pensó de nuevo en el hombre que la había secuestrado la noche anterior. No podía negar que la había asustado mucho. A propósito. Para conseguir su atención. De hecho, el hombre incluso había tenido que tranquilizarla un poco antes de empezar a hablar para que ella asimilara mejor el mensaje que con tanta desesperación quería transmitirle. Quería que escuchara con atención lo que le decía para que no lo olvidara. Un mamífero nunca olvida un gran susto; y los seres humanos eran mamíferos. Y Mary sabía que nunca lo olvidaría.

—Yo he sido una víctima de eso. El hombre de anoche quería asustarme.

—Eso parece.

—Y le salió bien —dijo Mary mirando a su colega.

Badim también la miró y le dio tiempo para que pensara en eso.

Y ella siguió dándole vueltas. Tenía la sensación de que el estómago le iba a reventar.

—Está bien —dijo finalmente—. Mira, quiero enterarme de lo que pasa. Mentiré si llega el momento, o asumiré la responsabilidad. Pero quiero estar al corriente.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. Quiero que me prometas que me lo contarás todo. ¿Me lo prometes?

Permanecieron en silencio largo rato. Badim contempló la ciudad, luego clavó los ojos en el suelo y finalmente dijo:

—Está bien. Te contaré todo lo que necesites saber.

—¡Quiero saberlo todo!

—No.

—¡Sí!

—No. —Badim miró fijamente a los ojos a su jefa—. No puedo contártelo todo. Porque, verás, hay gente que merece morir.

Mary le sostuvo la mirada. Tenía la sensación de que el bocadillo que acababa de comerse estaba compactándose dentro de su estómago; seguro que si vomitaba se sentiría mejor.

—A lo mejor puedo ayudarte a orientar mejor ese programa. Hoy sé algunas cosas que ayer ignoraba.

—Lo siento mucho.

—No te preocupes. Son cosas que debería haber aprendido hace mucho tiempo.

—Es posible.

Mary se quedó pensativa.

—¡Mierda! —exclamó.

—Lo sé.

—Pero… Bueno, tenemos que hacer algo. Algo más de lo que hemos hecho hasta ahora.

—Yo también lo pienso.

—Porque ahora mismo estamos perdiendo la batalla.

—Es una guerra. Eso seguro.

28

La tradición hebrea habla de la buena gente anónima que evita que el mundo se desmorone, los Tzadikim Nistarim, los justos ocultos. En algunas versiones de la leyenda se dice que son treinta y seis, de ahí que se les llamen los Lamed-Vav Tzadikim, los treinta y seis justos. A veces se relaciona esta creencia con la historia de Sodoma y Gomorra, y la promesa que hizo Dios de no destruir esas ciudades si le mostraban cincuenta hombres justos en ellas (luego diez, y finalmente uno). Otras teorías atribuyen la idea al *Talmud* y sus frecuentes referencias a las buenas gentes anónimas. La cualidad de anónimos de los Nistarim es importante; son personas corrientes que dan un paso adelante y actúan cuando surge la necesidad de ayudar a los suyos; en cuanto completan su misión regresan al anonimato. Cuando la tradición hace hincapié en que son treinta y seis, siempre se añade que la diáspora judía los ha diseminado por la Tierra y que ninguno de ellos conoce la identidad de los demás. De hecho, normalmente ni siquiera ellos mismos saben que son uno de los treinta y seis, pues son un ejemplo de humildad, *anavah*. Por lo tanto, alguien que proclamara ser uno de los Lamed-Vav estaría demostrando con su acción que no lo es. Los Lamed-Vav suelen ser demasiado modestos para creerse uno de esos actores importantes. No obstante, eso no les impide ser eficaces cuando las circunstancias lo exigen. Viven como el resto de las personas, y cuando el momento decisivo llega, actúan.

Ignoramos si hay otros actores ocultos que influyen en la historia de la humanidad. Muy rara vez alcanzamos a atisbarlos. Si es que existen. Tal vez solo sean historias que nos contamos con la esperanza de dar un sentido a lo que sucede, una explicación. Pero, no, nada de lo que sucede tiene sentido. Las historias sobre actores secretos son la acción secreta.

29

Instalamos el campamento en el glaciar Twaites, a unos cien kilómetros de la costa antártica. Se eligió Twaites porque es uno de los grandes glaciares que se mueven más rápido, además de que tiene un acceso al mar bastante estrecho en comparación con otros glaciares de su clase. El 90 por ciento del hielo que acabará en el mar a lo largo de las próximas décadas se desprenderá de medio centenar de glaciares de la Antártida y de Groenlandia, y dentro de ese grupo, el Twaites nos pareció el más adecuado para realizar las pruebas. Así que allí estábamos.

Nuestro campamento era el típico campamento de campaña en la Antártida, uno de los grandes. Se preparó una pista de aterrizaje lo suficientemente larga para un C-130; para ello primero hubo que aterrizar con un Twin Otter y revisar más de tres kilómetros de hielo para asegurarse de que no hubiera grietas que no se veían a simple vista. Cualquier grieta que se encontraba se volaba y se nivelaba el suelo. Así se consigue una pista de aterrizaje. Una vez que el C-130 pudo aterrizar, se trajeron varios refugios Jamesway que se montaron y se destinaron a la cocina y a los espacios de uso común. Los Jamesway son básicamente los refugios prefabricados Quonset de la segunda guerra mundial a los que se les ha añadido el aislamiento. Tienen forma semicilíndrica, suelo, son muy sencillos y fáciles de montar, y bastante eficientes energéticamente. Los que montamos nosotros contaban con paneles solares para la

electricidad y la calefacción, ya que era un campamento de verano y tendríamos sol las veinticuatro horas del día. También había unas cuantas tiendas para la gente que prefería no dormir en los barracones, entre la que me incluyo, y un par de yurtas como las que usan los rusos. Cuando terminamos teníamos un pequeño poblado nómada, muy colorido (elementos amarillos, de color naranja, caqui, rojos) sobre el fondo blanco del hielo.

El equipo de perforación era uno de los sistemas que se habían empleado durante muchos años en la Antártida para extraer muestras, perforar pozos hasta lagos subglaciares o atravesar plataformas de hielo hasta el mismo mar. La máquina inyecta agua caliente en el hielo con un barreno que parece la alcachofa gigante de una ducha y lo funde. A medida que el hielo se derrite, el barreno va bajando. Se bombea el hielo derretido y, si quieres mantener el pozo abierto, se cubren las paredes con una funda que emite calor. Una parte del agua que se obtiene de fundir el hielo se recicla en el depósito que hay en la cabeza de la perforadora para recalentarla. El resto se canaliza y se vierte para que vuelva a helarse en algún lugar donde no sea perjudicial. La perforación es relativamente lenta en algunos casos y rápida en otros. La velocidad media de perforación de un pozo de dos metros de diámetro es de unos diez metros de profundidad por hora. Eso es mucho, ¿verdad? Es mucho más fácil que perforar la roca o cualquier otra superficie dura, aunque se necesita mucha energía para calentar el agua. Eso significa mucho consumo de gasóleo, pero se puede hacer con energía solar si consigues generar la suficiente.

Esta vez, cuando llegamos al fondo del Twaites, a unos novecientos metros de profundidad, subió agua por el pozo, pero no llegó hasta la superficie. El peso del hielo producía una presión considerable, pero da igual lo gruesa que sea la

plataforma de hielo, el agua solo sube por el pozo hasta alrededor del 90 por ciento de su profundidad. Es una ley de la hidrología. De todos modos siempre hacemos una porra, a ver quién se acerca más a la altura que alcanza el agua, porque siempre entran en juego algunas variables que pueden llegar a provocar una variación de unos cuantos metros. Como sea, el agua suele alcanzar alrededor del 90 por ciento de la altura, así que no es mucha la energía que se necesita para bombear el agua el 10 por ciento restante hasta la superficie. Así que eso hicimos, pero daba igual cuánta agua bombeáramos, el pozo siempre se rellenaba desde abajo. Esa era la cuestión principal: ¿seríamos capaces de bombear toda el agua que había debajo del hielo?

Había mucha agua debajo del Twaites, tal como se había pronosticado. El agua de los enormes lagos que se habían formado por el deshielo durante el verano antártico se había filtrado a través de molinos glaciares, que son como ríos verticales que fluyen por las grietas que hay en el hielo. Esa agua se acumula encima del lecho de roca y actúa como una especie de lubricante que propicia que la plataforma de hielo se deslice como por un tobogán de agua. Así que los glaciares están dejando de ser bloques de hielo para convertirse en ríos cuyas aguas fluyen con la rapidez con la que lo hace cualquier río sobre una superficie llana, pero con un caudal que es cien o más veces superior al del Amazonas. Además, el agua del Amazonas procede de la lluvia, mientras que el hielo de la Antártida lleva instalado allí desde hace por lo menos cinco millones de años. Así que veremos subir el nivel del mar, ya lo creo.

Por lo tanto, si pudiéramos extraer toda esa agua que hay debajo del glaciar, el hielo volvería a posarse sobre el lecho de roca y el deslizamiento se frenaría hasta recuperar su velocidad normal. A partir de ese momento podríamos

seguir bombeando agua subglaciar y el hielo se apoyaría en el lecho de roca, sus movimientos volverían a producirse con la velocidad anterior, se deformaría, aparecerían las rimayas... Es decir, recuperaría su comportamiento habitual y las velocidades de toda la vida. Ese era el plan.

Estábamos allí para hacer una prueba. Algunos científicos afirmaban que el agua subglaciar se mezclaba con los sedimentos del glaciar y adquiría una consistencia semejante a la pasta de dientes, dura e imposible de bombear. Otros defendían que los sedimentos habían desaparecido hacía mucho tiempo y que el fondo estaba limpio como una patena tras millones de años de fricción, y que el agua nueva que se había acumulado allí abajo era pura, así que saldría como una erupción explosiva en cuanto perforáramos el hielo, hasta el punto de que arrasaría con todo e incluso nos ahogaríamos en ella o nos congelaría, o las dos cosas. Los expertos en hidrología se burlaban de esta última predicción, pero para estar seguros no quedaba otra que hacer una prueba. Solo así lo sabríamos con certeza.

Así que perforamos el primer pozo y el agua ascendió aproximadamente hasta el 80 por ciento de su altura, de manera que gané la porra. «¡Venga ya, Pete, no puedes ganar una porra que has propuesto tú!», me dijeron los compañeros. «¡Claro que puedo!», les respondí. Y empezamos a bombear el agua, pero el pozo siempre se rellenaba hasta el mismo nivel. Estuvimos así cuatro días. ¡Enteritos!

Pero de repente dejó de entrar agua en el pozo. Lo más probable era que un movimiento del hielo hubiera tapado nuestro agujero. Algunos dijeron que era como cuando se tapa un pozo de petróleo, pero no era eso exactamente. Para mí que el hielo se había movido. Había una grieta en el

hielo a unos treinta kilómetros y me pregunté hasta dónde llegaría.

En cualquier caso era una mala noticia. Era evidente que para que aquel método diera resultado era necesario que los pozos se mantuvieran abiertos. Por lo tanto había que averiguar si el hecho de que nuestro pozo se hubiera tapado era algo normal o excepcional. También teníamos que ver si podíamos arreglarlo. Reabrirlo, en otras palabras, y luego buscar la manera para que no se repitiera el contratiempo. Si no éramos capaces de hacerlo tendríamos que abandonarlo y seguramente perforar otro y empezar de cero. Pero, si no conseguíamos solucionar el problema y el taponamiento era algo que nos iba a pasar cada vez que hiciéramos un agujero en aquel hielo que se deslizaba a gran velocidad, quizá nos encontrábamos delante de una idea que habría que descartar.

Nos enviaron un equipo para realizar algunas pruebas sísmicas; también traería más cámaras y monitores para bajarlos al fondo del pozo, a ver si así averiguábamos algo. Tuvimos que esperar a que pasara un huracán para que el nuevo equipo pudiera venir en avión, así que estuvimos un par de días sin hacer nada. Yo confiaba en que solucionaríamos el problema, pero en el comedor se respiraba una atmósfera que podríamos definir como de inquietud, más evidente a medida que pasaban las horas.

—Pete, al final esto va a ser otra de esas soluciones fantasiosas —me dijo uno de mis estudiantes de posdoctorado—. Uno de esos sueños de redención de geoingeniería. Una solución mágica.

Le respondí que esperaba que no lo fuera, que a mí me gustaba la playa.

—Eh, que la geoingeniería no siempre es una fantasía —dijo otro—. En la India liberaron todo aquel dióxido de azufre y funcionó. Las temperaturas bajaron durante años.

—No es para tanto —comentó alguien.

—¡Sí que es para tanto!

—Pero no sirvió para solucionar el problema principal.

—Claro que no, pero no era esa la intención. ¡Solo fue una solución temporal!

—Por eso estamos aquí —apunté—. Nuestra solución no es temporal.

—Ya. Pero, profesor G., aunque esto salga bien, el glaciar seguirá desplazándose, así que al final todo este sistema de bombeo acabará en el mar y tendremos que volver a empezar.

—¡Por supuesto! —exclamé—. Es como cuando se pinta el puente Golden Gate. Se llama trabajo de mantenimiento, y hay que hacerlo con un montón de cosas.

—Además, ¿qué alternativa hay? —observó otra persona.

—¡Va a costar un dineral!

—¿Qué es un dineral? —pregunté. Los estudiantes de posdoctorado pueden llegar a estar muy alejados de la realidad; sería divertido si no fuera tan preocupante. Les aclaré cuál era la realidad—: Mirad, cuando hay que hacer una cosa se hace. No habléis de lo que cuesta algo como si esa fuera la cuestión real. El dinero no es real. Lo real es el trabajo.

—El dinero sí es real, profesor G. Ya lo verás.

—Este es el único método que funcionará.

—¡Pero si ha fallado! ¡Se ha tapado!

—Ya, pero acabamos de empezar. Si a la primera no sale bien…

—No volverás a conseguir la financiación necesaria.

30

Cuando se habla de los años anteriores a la Gran Ruptura, lo que algunos llaman los Vibrantes Años Veinte, los historiadores han especulado con integrarlos en el propio acontecimiento conocido como la Gran Ruptura, o los últimos estertores de la era moderna, o con considerarlos un interregno entre ambos periodos que apenas se ha estudiado. Se han hecho comparaciones con el periodo comprendido entre los años 1900 y 1914, cuando todavía no podía darse por empezado el siglo xx y la gente no era consciente de la catástrofe que se avecinaba. La calma previa a la tormenta. Sin embargo no existe un consenso sobre esta cuestión.

Naturalmente, siempre se ha intentado dividir el pasado en periodos, y en todos los casos supone un ejercicio de la imaginación, que utiliza como referencia hitos geológicos (glaciaciones, extinciones, etcétera), progresos tecnológicos (la Edad de Piedra, la Edad del Bronce, la revolución agraria, la revolución industrial), dinastías (las sucesivas dinastías de emperadores en China y en la India, las monarquías europeas y de otros lugares del mundo), hegemonías (el Imperio romano, la expansión árabe, el colonialismo europeo, el poscolonialismo, el neocolonialismo), la economía (feudalismo, capitalismo), las ideas (Renacimiento, el Siglo de las Luces, Modernismo), la lista es larga. Estos son solo algunos sistemas de periodización de acuerdo con los acontecimientos registrados. Sin duda son

esclarecedores, pero, como escribió alguien, «la periodización no es posible», y puesto que esta afirmación parece ser verdadera, el objetivo debería ser encontrar la mejor utilidad a esa necesidad de hacerla. Tal vez la periodización nos ayuda a recordar que, a pesar de que el orden de los acontecimientos parezca extraordinariamente fijo en nuestro tiempo, es absolutamente imposible que dentro de un siglo, o incluso diez años, se vea de la misma manera. Y si, por otra parte, tenemos la sensación de que reina un caos rayano en la desintegración, también es imposible que con el paso del tiempo no acabe apareciendo alguna clase de orden nuevo, y probablemente mucho antes de lo que pensamos.

«Si tenemos la sensación» de esto o de lo otro: estás sensaciones también están ligadas a la periodización, ya que nuestras sensaciones no solo tienen componentes biológicos, también sociales y culturales, y, por lo tanto, históricos. Raymond Williams denominó a esta influencia cultural «estructura del sentimiento», y es un concepto muy útil para intentar comprender las diferencias en las culturas a lo largo del tiempo. Por supuesto, como mamíferos, tenemos ciertos sentimientos básicos e invariables: miedo, ira, esperanza, amor. Pero comprendemos estas emociones biológicas a través del lenguaje, de ese modo las organizamos en sistemas de emociones que varían de una cultura a otra y a lo largo del tiempo. Así pues, por ejemplo, el amor romántico, como es bien sabido, tiene un significado diferente en distintas culturas y épocas; solo hay que pensar en la antigua Grecia, en China, en la Europa medieval…

Por lo tanto, la sensación que tiene cada uno de los tiempos que le han tocado vivir es el resultado, en mayor o menor medida, de esa estructura del sentimiento imperante en su época. Cuando el tiempo pasa y esa estructura

cambia, esa sensación también cambiará, tanto en la manera de percibirla como de comprenderla. Digamos que tienes la sensación de que vives en una época llena de injusticias, en la que se lleva un ritmo de vida insostenible y al mismo tiempo te parece una situación inamovible, pero también ves que el mundo está desmoronándose delante de tus ojos. Las evidentes contradicciones presentes en esa lista podrían, sin embargo, describir la concepción de tu tiempo, si estamos en lo correcto. O, utilizando otras palabras, esa sería la sensación que nos da. No obstante, si echamos un vistazo a la historia nos daremos cuenta de que esa sensación tiene una vida muy breve. A menos, claro está, que esa sensación de que el mundo está desmoronándose esté profundamente arraigada, hasta el punto de ser la reacción perpetua o perpetuamente recurrente del ser humano a la historia. Lo cual podría significar simplemente la reinserción de lo biológico en lo histórico, pues siempre estamos desmoronándonos y nunca estamos profundamente arraigados a nada.

31

¡La India está liderando un montón de iniciativas! El recuerdo de la ola de calor todavía nos horroriza, sigue siendo un acicate, y nos hemos unido, incluso casi podría decirse que unificado, en una amplia coalición decidida a reexaminarlo todo, a cambiar todo lo que sea necesario. ¡Ya lo veréis!

Reconozco que en parte es una situación accidental, en el sentido de que el BJP era el partido que estaba en el poder cuando sufrimos la ola de calor, así que lo asociamos con ella aunque no sea justo del todo, y como resultado lo expulsamos del gobierno y quedó desacreditado para siempre, hasta el punto de que con un poco de suerte nunca recuperará el poder. También nos libramos del triunfalismo étnico-nacionalista pseudotradicionalista hindú de la RSS. No representaba la verdadera esencia india, como ahora vemos todos, o casi todos. La ola de calor disparó el rechazo a esa perniciosa patraña. La verdadera esencia india ha sido siempre el sincretismo, desde los mismos albores de nuestra civilización.

Al mismo tiempo se consideró que el INC era un partido caduco, una cosa del pasado cuya edad dorada había quedado sepultada por décadas de corrupción. Quizá algún día pueda sanearse el partido que tanto hizo por la India, pero no lo verán nuestros ojos; el proceso ya ha empezado, pero será largo. En cualquier caso, como consecuencia de la ola de calor se perdió completamente la fe tanto en el INC

como en el BJP, y la democracia más grande del mundo se quedó sin un partido dominante a nivel nacional. Fue una oportunidad que no pasó desapercibida para muchos, y la labor que está realizándose ahora es el resultado del esfuerzo de una amplia coalición de fuerzas, muchas de las cuales representan grandes poblaciones indias que apenas habían tenido poder político hasta ahora, o ni siquiera una representación política destacable. La energía de esta nueva coalición se palpa en todas partes. Las cosas están cambiando.

Y hay buenos modelos que merecen ser estudiados y utilizados, modelos indios. Un ejemplo de ello es Kerala, un estado próspero desde hace casi un siglo en el que los gobiernos locales tienen una cuota alta de poder, mientras que en el gobierno del estado se alternan invariablemente el partido de la izquierda y el INC. Mucho se ha copiado de Kerala para aplicarlo a escala nacional. También Sikkim y Bengala han desarrollado una agricultura regenerativa orgánica que resulta ser más productiva a la vez que genera menos emisiones de dióxido de carbono. También se han adoptado sus métodos en todo el país. El hecho de que la agricultura india esté avanzando hacia una posrevolución verde también es un paso de gigante hacia la generación de conocimiento subtropical independiente, gracias a la colaboración con expertos en permacultura indonesios, africanos y sudamericanos, y no puede despreciarse la importancia que tendrá en el futuro.

La reforma agraria es una parte importante, porque conlleva un regreso al conocimiento local, a la propiedad local y, por tanto, al poder político. La nueva agricultura también requiere mucha mano de obra, ya que las personas tienen que sustituir la energía que se obtenía de los combustibles fósiles y vigilar atentamente pequeños biomas, y, por supuesto, en la India tenemos esa mano de

obra y esa vigilancia atenta. Sobre todo porque también se considera que el sistema de castas es un elemento anticuado de nuestro pasado, también estrechamente asociado al BJP, que además de vender nuestro país a depredadores financieros internacionales ha demonizado numerosas etnias y les ha dicho a muchos compatriotas que no eran auténticos indios. Ha llegado el momento de hacer borrón y cuenta nueva, y pueden verse todas las castas, incluidos los dalits, completamente integradas en la sociedad. También todas las lenguas del país tienen el mismo estatus legal, asimismo los grupos étnicos y las religiones. Ahora todos juntos somos indios. Se trata de una verdadera coalición. De ahí que no haya un nombre mejor para el partido. ¡Larga vida a la Coalición!

No cabe duda de que el trabajo que ha realizado hasta ahora es admirable. Desde que arrasó en las elecciones, el gobierno de la Coalición ha completado la nacionalización de todas las empresas de energía del país y está en proceso de expropiar todas las centrales térmicas de carbón y de reestructurar la red eléctrica nacional. Esto también requiere mucha mano de obra, pero si algo hay en la India es gente. Y mucha luz solar. Y mucha tierra.

La Coalición está abierta a tomar prestadas ideas de cualquier lugar, incluso de China, que tiene mucho que enseñarnos en el asunto de las nacionalizaciones. Hay un sentimiento muy grande de que ahora la India pertenece a los indios, de que los indios no solo están para que otros indios los vendan como mano de obra barata para cubrir las necesidades del capital internacional, de que los días de colonialismo y poscolonialismo han terminado. Ha nacido una nueva India en la que todo se cuestiona. Ahora muchas veces nos decimos, cuando las discusiones suben de tono (siempre lo hacen): «Escucha, amigo, nunca más». Nunca más. Esto nos recuerda la ola de calor y lo que nos jugamos,

pero también es un rechazo más general de los episodios oscuros del pasado. «Nunca más», nos recordamos unos a otros, y luego seguimos cuestionándonos las cosas. «¿Qué tenemos que hacer para llegar a un acuerdo y actuar para solucionar el problema?»

Y así la India está haciéndose valer. Somos la nueva potencia. Personas de todos los rincones del planeta han empezado a darse cuenta de ello. Esto también es una novedad… Todo el mundo está acostumbrado a pensar en la India como en un país mísero, una víctima de la historia y de la geografía. Pero ahora nos miran con una mezcla de confusión y de admiración. ¿Qué es esto?, se preguntan. Una sexta parte de la población mundial que vive en un trozo de tierra triangular bajo un sol de justicia, aislada por una imponente cordillera… ¿Quién es esta gente? Una democracia, una coalición políglota… ¿Es eso posible? ¿Hasta dónde llegará? ¿Hacemos que China, que irrumpió con determinación en el escenario internacional a principios de este siglo, parezca un régimen dictatorial, monolítico, frágil, temeroso? ¿Se ha convertido la India en el nuevo y audaz líder del mundo?

Creemos que es bastante posible.

32

Mary: Dick, ¿qué estáis haciendo tu equipo y tú para que la economía actual ayude a los seres humanos del futuro?

Dick: Nos hemos centrado en las tasas de descuento. Estamos estudiando lo que está haciendo la India con su tasa de descuento. Es muy interesante.

Mary: ¿Cómo afecta eso a las próximas generaciones?

Dick: Es un punto clave. Aplicamos el sistema de tasa de descuento a las futuras generaciones. Su funcionamiento es análogo al tratamiento que le damos al dinero. Con el dinero, por ejemplo, un euro que tengas en tu poder ahora vale más que un euro que prometen darte dentro de un año.

Mary: ¿Por qué?

Dick: Porque el que tienes ahora puedes gastarlo. O puedes ingresarlo en el banco para que te devengue intereses. Por eso.

Mary: ¿A cuánto asciende la tasa? ¿Cómo funciona?

Dick: La tasa varía. Funciona de la siguiente manera: si aceptas noventa euros ahora y renuncias a recibir cien euros dentro de un año, la tasa de descuento anual es el 0,9 por ciento. Aplicando esa tasa, cien euros que recibirías dentro de veinte años tienen más o menos el mismo valor que doce euros de hoy. Si lo calculamos para dentro de cincuenta años, esos cien euros que recibirías entonces serían cincuenta céntimos hoy.

Mary: ¡Es una tasa altísima!

Dick: Sí. Solo la utilizo para hacerte más clara la explicación. Pero las tasas altas son bastante comunes. Alguien ganó una vez el pseudo-Premio Nobel de Economía por proponer una tasa de descuento del 4 por ciento para el futuro. Sigue siendo bastante alta. Por supuesto, se hacen negocios con las diferentes tasas y plazos de tiempo. La gente apuesta a que el valor subirá o bajará respecto a las predicciones. Es lo que se llama el valor temporal del dinero.

Mary: Pero ¿tiene otras aplicaciones?

Dick: Sí, claro. En eso consiste la economía. Puesto que puede ponerse un precio a todo, cuando se necesita calcular el precio futuro de una acción para decidir si la pagas ahora o no, hablas de ese precio utilizando la tasa de descuento.

Mary: Pero esas personas del futuro serán tan reales como tú y como yo. ¿Por qué aplicarles una tasa de descuento como con el dinero?

Dick: En parte es una ayuda para decidir qué hacer. Verás, si consideras que todos los seres humanos del futuro tienen el mismo valor que tenemos nosotros ahora vivos, el resultado que obtienes para ellos es algo así como el infinito, mientras que para nosotros es finito. Si no nos extinguimos, el número de seres humanos que habrán existido es una locura... He leído en alguna parte que podrían ser unos ochocientos mil millones, o incluso varios billones, dependiendo de cuándo creas que nos extinguiremos, o si evolucionaremos para convertirnos en otra cosa, o si somos capaces de sobrevivir a la muerte del Sol, etc. Aunque se acepte la estimación más baja, habrá tanta gente en el futuro que no se puede tomar en consideración una tasa. Si tuviéramos que trabajar para ellos como lo hacemos para nosotros, la realidad es que tendríamos que estar volcados en ellos. Cualquier proyecto bueno que se nos ocurriera sería considerado infinitamente

bueno, por lo tanto, igual a todos los demás proyectos buenos. Y cualquier cosa que se juzgara mala para ellos sería infinitamente mala y habría que evitarla. Pero, puesto que estamos en el presente y tratamos de decidir qué proyectos financiar con unos recursos limitados, es necesario un instrumento más preciso que el infinito a la hora de calcular costes y beneficios. Suponiendo que solo eres capaz de permitirte un número limitado de acciones y quieres saber cuáles de ellas deparan más beneficios a menor coste.

Mary: Y para eso está la economía.

Dick: Exacto. Para buscar la mejor distribución de recursos escasos, por ejemplo.

Mary: Dicho lo cual, ¿de dónde sale la tasa de descuento?

Dick: De la chistera.

Mary: ¿Cómo?

Dick: No es una cosa científica. Simplemente se elige una. Puede ser en función de los tipos de interés vigentes, pero estos cambian continuamente. Así que en realidad hay que elegir una casi al azar.

Mary: Por lo tanto, cuanto más alta sea la tasa de descuento menos gastamos en la gente del futuro, ¿es así?

Dick: Así es.

Mary: Y ahora mismo todo el mundo opta por una tasa alta.

Dick: Sí.

Mary: ¿Cómo se justifica eso?

Dick: Se supone que la gente del futuro será más avanzada y dispondrá de más recursos que nosotros, así que será capaz de solucionar los problemas que nosotros les creemos.

Mary: Pero eso no es cierto.

Dick: Ni remotamente. Pero si no aplicamos una tasa de descuento al futuro no podemos cuantificar los costes ni los

beneficios.

Mary: Pero ¿qué pasa si los números mienten?

Dick: Es que mienten. Eso nos permite no hacer caso de los costes o de los beneficios más allá de las próximas dos o tres décadas. Imagina que alguien solicitara diez millones para desarrollar una política que salvará a miles de millones de personas en los próximos doscientos años. Mil millones de vidas son un dineral si tomamos como referencia el valor monetario medio que tiene una vida humana para las compañías de seguros. Pero si le aplicamos una tasa de descuento de 0,9, el valor de todas esas vidas en conjunto hoy en día podría ser de alrededor de cinco millones de dólares. Por lo tanto, ¿gastamos diez millones para salvar lo que se calcula que tiene un valor de cinco millones después de aplicar la tasa de descuento? No, por supuesto que no.

Mary: ¡Por la tasa de descuento!

Dick: Exacto. Es algo que ocurre diariamente. Los reguladores acuden a los responsables gubernamentales de los presupuestos para que les aprueben un proyecto de descontaminación. Entonces los responsables de los presupuestos utilizan la tasa de descuento y les contestan que de ningún modo, que el gasto no está justificado.

Mary: Y todo por la tasa de descuento.

Dick: Así es. Se utiliza un número para valorar una decisión ética.

Mary: Un número completamente arbitrario.

Dick: Exacto. Casi todo el mundo acepta que lo es. Nadie niega que las personas de las próximas generaciones serán tan reales como nosotros, así que no hay ninguna justificación moral para aplicar esa tasa. Solo se hace porque nos conviene a nosotros. Muchos economistas lo han puesto de relieve. Robert Solow defendía que deberíamos actuar como si la tasa de descuento fuera cero. Roy Harrod decía que la tasa de descuento era un eufemismo de

avaricia. Frank Ramsey afirmaba que era éticamente indefendible y que se había inventado por falta de imaginación.

Mary: Pero la utilizamos de todos modos.

Dick: Para aplastar a las generaciones futuras.

Mary: ¡Es fácil cuando no están aquí para defenderse!

Dick: Eso es verdad. Me gusta verlo como un partido de rugby entre los seres humanos del presente, que seríamos como los All Blacks de Nueva Zelanda, contra los del futuro, que serían un equipito de niños de tres años. Los aplastamos. Es uno de los pocos juegos en los que ganamos de calle.

Mary: No me lo puedo creer.

Dick: Sí puedes.

Mary: ¿Qué vamos a hacer?

Dick: Somos el Ministerio del Futuro. Así que saldremos al campo para jugar en el equipo de los niños de tres años. Los sustituiremos.

Mary: ¡Enfrente tenemos a los All Blacks!

Dick: Ya, son bastante buenos.

Mary: A nosotros también nos aplastarán.

Dick: A no ser que consigamos ser tan buenos como ellos.

Mary: ¿Es eso posible?

Dick: Quizá hayamos estirado demasiado esta analogía, pero es divertida, así que mantengámosla un poco más. Estoy acordándome de esa película del equipo nacional de rugby de Sudáfrica, cuando se celebró el Mundial en Sudáfrica. Era un equipo sin experiencia, pero ganó todos los partidos.

Mary: ¿Cómo lo hizo?

Dick: Deberías ver la película. Pero básicamente jugaba para ganar algo más que un partido. El resto de los equipos

jugaban porque era su trabajo, su profesión. Pero los sudafricanos estaban jugando por Mandela, por sus vidas.

Mary: Entonces..., ¿hay una manera de que mejoremos esos cálculos?

Dick: Ahí es donde entra la India. Desde la ola de calor ha liderado la iniciativa de reexaminarlo todo. Por lo tanto, en lo que respecta a este asunto, podría simplemente fijarse una tasa de descuento baja, por supuesto. Pero Badim me ha explicado que en la India existe la tradición de considerar como iguales a las siete generaciones anteriores y a las siete posteriores. Se trabaja para las próximas siete generaciones. Ahora están aplicando esa idea en la transformación de su economía. Su idea es convertir la tasa de descuento en una campana de Gauss, con el presente siempre en la parte más alta de la curva. De ese modo, desde ese punto la tasa de descuento es prácticamente inexistente para las siguientes siete generaciones, y luego asciende rápidamente. Aunque también están estudiando el modelo inverso, es decir, en el que se parte de una tasa de descuento alta, pero solo durante unas pocas generaciones, y luego baja prácticamente a cero. En cualquiera de los casos se elimina el infinito de los cálculos y se da un valor más alto a las futuras generaciones.

Mary: Es una buena idea.

Dick: Hemos estado trabajando en modelos para comprobar cómo se comportan diversas curvas en la creación de nuevas ecuaciones costes-beneficios. Son bastante interesantes.

Mary: Me gustaría verlos. Sigue trabajando en eso.

Dick: Te advierto que los All Blacks intentarán placarnos. Y no se andarán con tonterías. Querrán quitarnos la pelota.

Mary: Cuando te plaquen, pásame el balón. Estaré en el interior para recibirlo.

Dick: ¡Bravo por ti, compañera!

33

Ellos nos mataron, así que nosotros los matamos.

En nuestra célula todos habían ayudado en las labores de limpieza tras la ola de calor. Una cosa así no se olvida. Yo estuve tres años sin hablar. Cuando volví a hacerlo solo era capaz de decir un par de palabras. Fue como si volviera a tener dos años. Esa semana morí, y tuve que empezar de nuevo. La mayoría de los Hijos de Kali han pasado por experiencias similares. O peores. No todos mis camaradas eran seres humanos.

Se trataba de identificar a los culpables, buscarlos y llegar a ellos. Otro comando se encargaba de la investigación y del trabajo detectivesco. Un gran número de los culpables se había escondido, se había refugiado en una isla fortaleza o disfrutaba de alguna clase de protección. No era sencillo llegar a ellos ni siquiera después de identificarlos. Sabían que su vida corría peligro.

A fuerza de repetirlos adoptamos varios métodos. Al principio sufrimos muchas bajas. Por supuesto, los atentados suicidas siempre son eficaces, pero son actos rudimentarios y feos y siempre generan dudas. La mayoría no estábamos dispuestos a hacerlo. No estábamos tan locos y queríamos ser más eficaces. Es mucho mejor cometer un asesinato y esfumarte. Así puedes ir a por otro.

Para eso lo mejor que hay son los drones. La investigación representa el grueso del trabajo; hay que encontrar al culpable y averiguar en qué momentos es más

vulnerable. No es sencillo, pero una vez completada esa parte del trabajo, pum. Los drones son cada vez más veloces. Los culpables suelen contar con sistemas de defensa, pero es fácil sortearlos simplemente por superioridad numérica. Es difícil detener un enjambre de drones del tamaño de gorriones que vuelan a cientos o incluso miles de metros por segundo. Docenas de culpables murieron a lo largo de esos años.

Llegó un momento en el que dejaron de pisar la calle. Para entonces la campaña duraba una década y ya sabían que tenían un problema. Redoblaron su seguridad. Surgió una pregunta, o más bien surgieron dos preguntas: ¿quedaban vivas personas lo suficientemente culpables como para merecer morir? Sí. ¿Se podía llegar a ellas? Era cada vez más difícil.

A veces entrábamos a trabajar en sus casas como personal del servicio o como jardineros y pasábamos allí varios años. Otras veces asaltábamos sus casas a la bravas. En ocasiones podíamos pillarlos en tránsito, cuando las medidas de seguridad eran menores. A veces también había que matar a sus guardaespaldas. Pero, para empezar, no tendrían que haber aceptado ese trabajo. Proteger a genocidas te convierte en cómplice de un genocidio, así que no sentíamos remordimientos por matarlos.

Lo único que nos preocupaba era lo que los culpables siempre llamaban «daños colaterales». En otras palabras, los inocentes que matábamos accidentalmente cuando atacábamos a nuestro objetivo. Los culpables matan inocentes continuamente, es una de las características de su culpa, pero nosotros no somos así. Kali es una organización justa y meticulosa. Si tiene que morir un inocente para matar a cien culpables abortamos la misión. Va en contra de la ley.

Así que a veces era tremendamente complicado. Una vez tuve que arrastrarme por el interior de unos conductos de aire. Habían cometido el error de dejar sin vigilancia una entrada. La oscuridad era total, pero yo tenía el plano del edificio en mi cabeza. Llegué a la entrada del sistema de ventilación que no estaba vigilada, entré por ella y repté por los conductos, giré a izquierda y a derecha, subí y bajé. Llevaba conmigo un cuchillo de plástico, alicates y un destornillador. Aflojé ayudándome con los alicates los tornillos que sostenían la rejilla del aire en el techo del dormitorio principal desde arriba, en silencio y con movimientos muy lentos. Tardé dos horas. Luego comprobé que no se me hubieran dormido los pies y confirmé la posición del objetivo número uno con unas gafas de visión nocturna y un periscopio minúsculo a través de la rejilla de ventilación. El objetivo número uno trabajaba en la industria armamentística. Mucha gente trabaja en la industria armamentística, pero son pocos los que la controlan, los que se llevan las mayores tajadas. Hasta ese momento habíamos identificado a varios centenares. Todos ellos traficantes de muerte. Asesinos en masa por dinero. Seguro que conocéis a alguno.

Bajé del conducto de la ventilación de un salto, aterricé justo al lado de la cama y extendí la escalera enrollable. Apuñalé al objetivo en el torso cuatro veces, luego unas cuantas más en el cuello. Con las gafas de visión nocturna se veía la sangre de color negro. Objetivo número uno muerto.

Subí por la escalera enrollable sin prestar atención a la otra persona que primero estaba en la cama y luego en el suelo, paralizada por la conmoción, o quizá intentando pasar desapercibida. Buena idea. De vuelta en el interior del sistema de ventilación hui de allí reptando a toda velocidad. Salí a un muro de la casa y subí al tejado, donde había un

dron esperando para recogerme y transportarme como si fuera un paquete.

Quedaba difundir las fotografías tomadas con la cámara instalada en los auriculares para hacerlo público. Los culpables deben enterarse de que los Hijos de Kali caerán sobre ellos y los matarán aunque estén durmiendo plácidamente en sus camas dentro de sus casas vigiladas. No tienen ningún lugar donde esconderse.

Uno menos. Aún quedan varios miles vivos. Aunque podría ampliarse la lista, porque Kali lo ve todo. Y los Hijos de Kali no descansarán hasta que todos los culpables hayan muerto. Estáis avisados.

34

Notas para Badim durante un viaje con B. y Mary.

Aterrizamos en Delhi. Nos recibe Chandra; ya no está en el gobierno, pero B. le pidió que estuviera allí y nos presentara al nuevo ministro y a su equipo. C. nos lleva a la sede del gobierno y nos presenta a su sustituto y a su equipo. Saludos y luego puesta al día. Conversación sobre la gestión de las radiaciones solares después de la ola de calor. Los indios afirman que han bajado la temperatura en su país 2ºC, y 1ºC en el resto del planeta, durante tres años. El efecto fue disminuyendo gradualmente hasta que seis años después las temperaturas regresaron a los niveles previos a la operación. Durante ese tiempo no se observó ningún cambio apreciable en el monzón.

M. se interesa por esta última afirmación y C. reacciona con irritación. Desde hace treinta años no ha parado de crecer la variabilidad de la estación de los monzones, en cierta manera como lo ha hecho la meteorología en California en el mismo periodo, donde las temperaturas han sido mucho más altas o bajas que la media, una media que ahora solo se cumple ocasionalmente. M. objeta que pensaba que el monzón en la India era tan regular como la lluvia en Irlanda, que era fundamental para las cosechas y la vida en general, que creía que llovía todos los días ininterrumpidamente desde julio hasta septiembre, ¿hasta qué punto es variable?, pregunta M. C. responde que mucho. No le gusta que le pregunten por este asunto. La

lluvia ininterrumpida es un mito. En agosto pueden pasar semanas sin que llueva, etc. M. no parece convencida. Tampoco B.

Interviene B. ¿Qué muestran las gráficas? Lluvias monzónicas año tras año. ¿Por qué no les enseñan las gráficas?

Los miembros del equipo ministerial trajinan un poco y sacan unas gráficas. Es verdad que las lluvias monzónicas han fluctuado durante las últimas dos décadas, y un poco más después de la operación de geoingeniería. En el segundo año tras la intervención hubo un descenso drástico de las precipitaciones, una semisequía, sobre todo en el oeste del país. C. señala otro problema: la estación de los monzones nunca ha sido igual en el este que en el oeste.

M. se interesa por sus planes de futuro. ¿Volverán a hacerlo? Porque la temperatura media global está subiendo otra vez. En los últimos años se han registrado temperaturas de bulbo húmedo de 34ºC en varias ocasiones que han provocado muchas muertes. Es muy probable que vuelvan a alcanzarse los 35ºC de temperatura húmeda en algún lugar del mundo, y más pronto que tarde.

Exacto, dice C., y una temperatura húmeda de 35ºC es letal para todos, pero incluso 33ºC de temperatura húmeda es suficiente para matar a un montón de personas.

Por supuesto, dice M. ¿Eso significa que vais a hacerlo otra vez?

C. cede la palabra al nuevo ministro, Vikram. V. dice: Estamos preparados para hacerlo. Esta vez se hará de una manera más regulada (no mira a C. cuando dice esto), que incluirá procesos democráticos y la consulta con expertos. Pero estamos preparados.

B. pregunta: Me pareció oír que esta vez preparan un doble Pinatubo.

V: Sí, es probable. Es lo que se pretendía que fuera la primera operación.

M. y B. no se miran. Finalmente M. dice: sé que aquí que entran en juego cuestiones de soberanía. Pero la India firmó el Acuerdo de París junto con el resto de las naciones, y el acuerdo dispone de unos protocolos para esta clase de cosas que todos los países signatarios aceptaron cumplir.

V. dice: Es posible que incumplamos el tratado. Otra vez. Es lo que aún tenemos que decidir.

B. le recuerda que las sanciones pueden ser muy duras. No será lo mismo que después de la ola de calor.

V: Somos conscientes de ello. Forma parte del proceso de deliberación. ¿Los beneficios superan los costes?

C. añade con aspereza: No sufriremos otra ola de calor solo porque tengamos que respetar un tratado redactado por los países desarrollados que se encuentran alejados de los trópicos y de sus peligros.

Mary: Entendido.

Acaba la reunión. Nadie sale contento.

Mary pregunta si es posible visitar la región donde la ola de calor golpeó con más fuerza.

C. le responde que no, que allí no hay nada que ver. No es un sitio turístico.

Eso empeora el ambiente general.

B. pregunta a dónde pueden ir entonces, si quieren mostrarles alguna otra cosa.

V. y C. se miran. Sí, dice V. Él tiene que quedarse en Delhi, pero C. puede acompañar a M. y a B. a las granjas de Karnataka para que las visiten.

¿Granjas?

El nuevo paradigma de las granjas.

M. y B. dicen que estarán encantados de visitarlas sin demasiado convencimiento. No les va demasiado la agricultura.

Al día siguiente aterrizamos en Karnataka tras un breve viaje en avión. Es verde. Colinas al este, también verdes. Terrazas en las laderas, pero mucha tierra llana. Varios tonos de verde, pero también rectángulos amarillos, anaranjados, rojos, morados y marrón oscuro, incluso azul claro. Al parecer son las flores de las plantas de especias. El anfitrión local, llamado Indrapramit, dice que allí se cultiva de todo. Tienen el mejor suelo y el mejor clima del mundo. Las emisiones de CO_2 han descendido extraordinariamente hasta el 0,7 por ciento. Producen alimentos para millones de personas. Los agricultores locales tienen el derecho de ocupación de las tierras. Se han acabado los terratenientes que nunca aparecen por las explotaciones. Ahora la tierra pertenece a los indios, representados por el estado de Karnataka, también por el distrito y el pueblo. Ellos son los administradores de las tierras. Reservan un espacio para la fauna salvaje delimitado con setos vivos y con corredores ecológicos. Los tigres han vuelto. Son peligrosos pero hermosos; dioses entre humanos. Y todo es orgánico. No se utilizan pesticidas. Se ha aplicado el modelo agrícola de Sikkim en toda la India. Y lo mismo se ha hecho con el modelo político de Kerala.

B. comenta que son explotaciones agrícolas orgánicas comunistas. Le parece curioso. M. cree que no debería bromear con eso. La población local acepta de buena gana esa definición. Estos cambios, dicen los locales, también han propiciado el final de los impactos más negativos del sistema de castas. Los dalits se han integrado, y la mitad de los miembros del panchayat siempre son mujeres, una ley antigua que por fin se respeta. Ahora existen los derechos de propiedad de las tierras, el trabajador es dueño de su propio trabajo y de la plusvalía que genere. Las mujeres y

todas las castas, ya sean hindúes, musulmanes, sijs, jainistas o cristianos, son iguales en la nueva India. Las explotaciones agrícolas orgánicas comunistas solo son la punta del iceberg.

B. pregunta por las revueltas de las que ha oído hablar. M. vuelve a llamarle la atención.

Pero nuestro anfitrión está encantado de darle explicaciones también sobre ese asunto. Indra: «Algunos terratenientes de fuera, al ver que perdían el dominio de las tierras, contrataron a matones del BJP de la ciudad para que vinieran aquí a pegar a la gente. Los enfrentamientos eran individuales, así que el *satyagraha* no era eficaz. No cabe esperar grandes resultados de quedarse quieto delante de un matón. Aunque parezca irónico, es una estrategia más eficaz contra ejércitos. Así que tuvimos que defendernos luchando. Los atacábamos en manada y les dábamos una buena paliza. En los informes se hablaba de revueltas, pero en realidad estábamos defendiéndonos de los invasores. Fue un poco como en la agricultura orgánica: tuvimos que recurrir al control integrado de plagas».

B: ¿Los asesinatos selectivos son una herramienta del control integrado de plagas? La comunidad internacional está preocupada por el asesinato de civiles. Es una táctica terrorista. Esos Hijos de Kali son como los matones de antaño.

M. vuelve a quedarse mirando a B. como si pensara que está intentando ofender a propósito.

A C. tampoco le gusta la actitud de B. Responde: Las tasas de víctimas nunca fueron una preocupación cuando era la gente rica la que contrataba asesinos para que mataran a la gente pobre. Quizá no sea lo más justo, pero no todo lo que sucede en el país está auspiciado por el gobierno, como bien saben nuestros ilustres visitantes. Se han liberado muchas fuerzas. No debe olvidarse que la

diosa Kali solo es uno más de los muchos dioses que están actuando ahora. Por lo tanto, efectivamente, es un control integrado de plagas.

M. aprovecha para cambiar de tema. ¿Qué hacen si un cultivo sufre una plaga? ¿Qué se hace con los insectos no deseados si no se pueden utilizar pesticidas?

Indra: Cuentan con pesticidas, con la característica de que no son productos químicos venenosos. Básicamente son otros bichos. Se libra una guerra biológica.

¿Dan resultado?

No siempre. Pero cuando una plaga se extiende por todo el cultivo es imparable. Lo que se hace entonces es arrancar las plantas para dejar los campos limpios y meterlas en unas tinajas. También forman parte del sistema, y en ellas hay bichos que están de nuestra parte, por así decirlo, que no tienen ningún problema en comerse las plantas estropeadas y las plagas que las han echado a perder. Todo eso es alimento para las tinajas. Las amebas se lo comen todo. Son omnívoras. Y de ellas obtenemos una especie de harina y el etanol para las máquinas que todavía van con combustibles líquidos. Para combatir algunas plagas lo que hacemos es quemar la tierra y dejarla en barbecho un par de temporadas. Continuamente aprendemos cosas nuevas, sobre la marcha.

B bromea: Entonces tenéis Hijos de Kali microbacterianos. M. vuelve a enfadarse.

Indra dice: Todo lo que ocurre debajo del sol es cíclico.

Esto nos recuerda que estamos cociéndonos al sol del mediodía. Hace un calor horrible. Incluso B. parece estar pasándolo mal.

Los locales señalan al cielo con entusiasmo. ¡Cuánto sol! Es energía, ¿no? Podemos utilizar la energía solar para extraer agua del aire, y luego hidrógeno de esa agua, y cultivar las plantas con las que producir bioplásticos y

biocombustibles para cualquier máquina que todavía necesite un combustible líquido, podemos utilizar el hidrógeno como combustible para turbinas. El sol también contribuye a que crezcan los bosques que absorben el dióxido de carbono y suministran la madera para producir biocarbón y para la construcción. Somos una central de energía solar que no genera residuos que no pueden ser reciclados. Energía verde. Otros países no gozan de la ventaja que nos dan a nosotros el sol, los minerales y la gente, sobre todo nuestra gente. Y las ideas.

M. y B. asienten con la cabeza todo lo educadamente que pueden. No es la primera vez que oyen eso. Predicar ante conversos. Hace un calor infernal.

La Nueva India: todos están de acuerdo en eso. Nuestros anfitriones indios están muy satisfechos de cómo les van las cosas. Pero también transmiten una actitud amenazante. M. y B. también lo advierten en C. y en los locales. Un orgullo agresivo. «No os metáis con nosotros. Ningún extranjero volverá a decirle a la India lo que tiene que hacer. Nunca más.» ¿Rabia poscolonial? ¿Actitud defensiva posgeoingeniería? ¿Hartazgo de la condescendencia de Occidente con la India? ¿Todas esas cosas juntas?

35

Entramos en Suiza en tren desde Austria. Austria estaba fletando trenes cerrados desde Italia hasta Suiza pasando por Austria, y en San Galo los suizos los detenían y solicitaban a los pasajeros que se apearan para llevar a cabo el proceso de registro. Fue lo que nos pasó a nosotros. La mayoría de la gente que iba en nuestro tren procedía de Argelia o de Túnez, emigrantes que habían arribado a las costas de Italia con la esperanza de llegar a Francia o a Romandía, donde se hablaba nuestra lengua. Entrar en Suiza suponía un paso de gigante para alcanzar la meta.

Nos hicieron pasar en grupo por las salas de un edificio gigantesco, como los edificios de los controles de pasaporte en los aeropuertos, aunque más antiguo. Nos interrogaron en francés y luego separaron a los hombres de las mujeres, lo que provocó mucha angustia y rabia. Nadie entendió el motivo hasta que nos hicieron pasar a unas pequeñas salas para un examen médico somero, durante el cual tuvimos que desnudarnos de cintura hacia arriba para que nos hicieran una radiografía del tórax. Al parecer estaban buscando algún indicio de tuberculosis. Nos pareció tan ofensivo y perturbador que nos pusimos hechos una furia cuando después de vestirnos nos reunimos con las mujeres y nos enteramos de que a ellas les habían hecho lo mismo; para las radiografías las habían atendido otras mujeres, pero el resto del examen médico lo habían realizado hombres. Todo aquello nos parecía tremendamente

deshumanizador, y por supuesto no era la primera vez que pasaba; el refugiado ha perdido su hogar, así que pertenece por definición a una categoría inferior al ser humano, pero aquello era el colmo. Supongo que nos puso furiosos que en un país como Suiza, con fama de metódico y escrupuloso con la ley, nos trataran como animales. A algunos no se nos escapó la ironía de que nos sentíamos ofendidos solamente porque estábamos en Suiza y esperábamos un trato mejor; en Egipto o en Italia no nos habríamos extrañado al recibir ese trato degradante y lo habríamos consentido. Ya nos habían pasado cosas peores. Comoquiera que fuera estábamos furiosos, y cuando los guardias nos escoltaron de vuelta a los trenes y nos llevaron hacia las vías que iban hacia el sur, en dirección a Austria, muchos gritamos y protestamos y no nos tranquilizó nada de lo que nos dijeron los guardias. Nos negamos a entrar en los trenes parados en esas vías que iban al sur porque nos parecía que no tenía sentido; habíamos visto otros trenes que utilizaban las vías que se dirigían al este y estábamos seguros de que nuestro tren también debería ir en esa dirección. Y, por supuesto, a nadie le gusta que lo lleven en manada y lo obliguen a subirse a un tren.

Aparecieron refuerzos para echar una mano a los guardias que nos llevaban hacia el tren. Ellos llevaban fusiles colgados del hombro. También les increpamos, y cuando se descolgaron los fusiles y nos apuntaron con ellos, los jóvenes que había entre nosotros cargaron contra ellos y los demás los seguimos. Hacía siete meses que habíamos salido de Túnez y algo se había roto dentro de nosotros.

Los soldados suizos no nos dispararon, pero aparecieron muchos más cuando abandonamos los andenes y corrimos en tropel hacia los edificios, y el aire se llenó de gas lacrimógeno. Algunos huimos, otros cargaron contra la policía y la lucha fue intensa delante de la estación. Era

evidente que la policía había recibido órdenes de no dispararnos, así que arremetimos contra los agentes y un grupo de jóvenes consiguió derribar a un policía y arrebatarle el fusil. Uno de los chicos disparó a la policía y entonces todo cambió. Aquello se convirtió en una guerra, solo que en nuestro bando solo teníamos un fusil. Nos dispersamos en todas direcciones, chillando. Entonces alguien gritó: «¡Son pelotas de goma! ¡Solo son pelotas de goma!». Y volvimos a cargar, y en la confusión alguien entró en el edificio, que parecía el lugar más seguro teniendo en cuenta lo que estaba pasando fuera. Pero para entonces habíamos perdido el juicio, habíamos visto caer a los nuestros, aunque fuera por pelotas de goma, así que apaleamos a todo aquel que encontramos dentro del edificio, y alguien encontró algo inflamable y encendió un fuego en el enorme vestíbulo, y aunque el incendio no se propagó por todo el edificio, sí produjo mucho humo, si bien no era tan irritante como el gas lacrimógeno, aunque seguramente sus efectos serían más perjudiciales para la salud a largo plazo. No lo sabíamos, no teníamos ni idea de nada, solo estábamos frenéticos, intentando impedir que la policía entrara en el edificio al mismo tiempo que le prendíamos fuego, a pesar de que nosotros estábamos dentro. Supongo que a esas alturas se trataba de una especie de misión suicida. Ya no nos importaba nada. Nunca olvidaré esa sensación de emprenderla a golpes con todo y con todos sin miedo a las consecuencias, sin importarme si vivía o moría, de que lo único que me preocupara fuera infligir el mayor daño posible. Si me mataban moriría feliz, siempre y cuando yo también causara algún destrozo. Quería que el mundo sufriera como lo había hecho yo.

Al final lo único que podíamos hacer era tirarnos al suelo de hormigón y tratar de mantenernos debajo del humo. Fue lo que hicimos la mayoría, pero eso significó que los policías

nos sacaran de allí a rastras de uno en uno como si fuéramos corderos que llevaban a sacrificar.

Después nos interrogaron y nos enviaron a Francia. Nos reunimos con nuestras familias. Nos enteramos de que solo habían muerto seis personas en los disturbios, ninguna de ellas suiza. Y el daño que sufrieron las instalaciones fue mínimo. Lo que ha quedado es lo que sentí. Oh, nunca lo olvidaré. Cuando pierdes toda esperanza y el miedo te conviertes en algo que no es completamente humano; no sabría decir si en algo mejor o peor que el ser humano. Pero durante una hora no fui una persona.

36

En el verano de 2032 se derritió por completo la banquisa del Ártico. El hielo marino que se formó en el invierno siguiente no alcanzó el metro de grosor, y los vientos y las corrientes lo fragmentaron en un revoltijo de tortitas de hielo, delgadas plataformas de agua helada, icebergs irregulares de distintos tamaños, o incluso se formaron canales y mares interiores de muchísimos kilómetros de extensión con los bordes de hielo. De manera que cuando llegaron la primavera y el sol, el escaso hielo formado aquel invierno se derritió rápidamente y la persistente radiación solar penetró en las aguas del Ártico, que se calentaron un poco, lo que provocó que el hielo marino del siguiente invierno fuera aún más fino.

Era un proceso en bucle que se retroalimentaba. El casquete polar ártico, que la primera vez que se midió, en la década de 1950, tenía un grosor de diez metros, había jugado un papel fundamental en el albedo de la Tierra, ya que durante los veranos boreales había reflejado hacia el espacio hasta el 2 o el 3 por ciento de las radiaciones solares. Ahora esa luz llegaba a las profundidades del océano y calentaba el agua. Y por razones que no estaban claras del todo, los polos ya eran los lugares de la Tierra que estaban calentándose a más velocidad. Esto significaba también que el permafrost de las regiones situadas dentro del círculo polar ártico, es decir, zonas de Siberia, Alaska, Canadá, Groenlandia y Escandinavia, estaba derritiéndose

cada vez más deprisa; lo cual resultaba en importantes emisiones de carbono orgánico y de metano, un gas de efecto invernadero veinte veces más potente que el dióxido de carbono a la hora de retener el calor en la atmósfera. El permafrost almacena tanto metano como el que producirá y emitirá todo el ganado de la Tierra durante los próximos seis siglos, y este eructo gigantesco, si se libera, seguramente empujará al planeta hasta un punto de no retorno, y lo convertirá en una selva donde el hielo no existirá; llegado ese momento, el nivel del mar subirá ciento diez metros, y la temperatura media global se incrementará en 5 o 6ºC, probablemente más, lo que convertirá en inhabitables para el ser humano vastas zonas de la Tierra. En ese momento se acabaría la civilización humana. Algunos grupos humanos podrían adaptarse a la nueva biosfera, pero serían un remanente traumatizado, en un mundo que acaba de sufrir una extinción en masa.

Por lo tanto, estaban realizándose esfuerzos para incrementar el grosor del hielo marino del Ártico en invierno, lo que le permitiría resistir mejor los veranos.

Esos trabajos eran arduos en el mejor de los casos. En el invierno ártico siempre es de noche y hace frío, y una delgada capa de hielo cubre la mayor parte del mar. Además no se conocía un método eficaz ni obvio para aumentar el grosor de ese hielo. De manera que se comenzó probando y evaluando un gran número de procedimientos. Uno de ellos consistía en unos vehículos anfibios autónomos que circulaban por el borde del hielo marino en cuanto este se formaba en invierno, bombeando agua del mar que a continuación pulverizaba al aire, y las finas gotitas de agua se congelaban antes de caer al suelo. Con estas nevadas artificiales que aumentaban el grosor del borde exterior del hielo marino se esperaba retrasar su derretimiento cuando llegara el sol primaveral.

Dio buenos resultados, si bien limitados, pero serían necesarios miles de esos vehículos para aumentar adecuadamente el grosor del hielo marino, y había que tener en cuenta las emisiones de CO_2 a la atmósfera de cada uno de los vehículos que se crearan. No obstante hubo la impresión general de que era un método que valía la pena aplicar, a pesar del coste económico, de materiales y de emisiones asociado a la construcción de los anfibios. Ahora que el coste de perder el hielo marino era visto como infinitamente más importante que el coste económico de evitar esa pérdida, el dinero no era un obstáculo para llevar a cabo ese plan.

Por otro lado, puesto que los fabricantes de dirigibles habían proliferado en todo el mundo, fue posible que algunas aeronaves eléctricas sobrevolaran el hielo marino ártico todos los inviernos. Llenaban los depósitos con agua bombeada desde pozos perforados en las capas más delgadas del hielo y luego la rociaban sobre la superficie helada, adonde también llegaba en forma de copos de nieve que hacían crecer el grosor de la banquisa. Como en el caso de los trabajos de bombeo del agua subglaciar que estaban realizándose en la Antártida, al principio se tenía la impresión de que se estaba absorbiendo el océano con una pajita. ¡Una labor insignificante! ¡Resultados insuficientes! ¡Una broma pesada! Pero toda buena obra tiene que empezar por alguna parte. Y, la verdad, si ninguno de aquellos proyectos daba resultado, lo que vendría a continuación daba tanto miedo que todos esos esfuerzos valían la pena, por insignificantes que fueran.

El tercer método consistía en depositar en el hielo en invierno ejércitos de pequeñas máquinas de plástico, cada una de ellas dotada con un panel solar, una perforadora, una bomba y un pulverizador, de manera que la máquina podía perforar el hielo, bombear un poco de agua y arrojarla

al aire para que se congelara. En un momento dado, esas máquinas acabarían sepultadas en el mismo hielo que habían producido y permanecerían allí apagadas en espera de la primavera y del verano, cuando el calor las desenterraría, si se había fundido suficiente hielo, y esperarían sobre la superficie helada a que llegara el otoño, cuando reanudarían su tarea. Miles e incluso millones de esas máquinas podían distribuirse por el Ártico. Si su trabajo daba sus frutos, al final permanecerían atrapadas durante siglos en el grueso hielo marino... Incluso eran pequeños aliados en la captura del carbono, como apuntó alguien intentando hacer una broma.

Aun así era una tarea ardua, tremendamente ardua. Infernalmente ardua. Nada de lo que se probaba era completamente satisfactorio. Y eso significaba que...

37

Me resulta difícil escribir esto. Nací en Libia, me han dicho, y cuando mi padre desapareció, nadie sabe cómo ni por qué, mi madre nos llevó a mi hermana y a mí a Europa, en un barco en el que casi todos eran tunecinos. Llegamos a Trieste y desde allí nos enviaron en tren a San Galo, Suiza, donde nos vimos atrapados en los disturbios. Ese es mi primer recuerdo, todos gritando y entrando en tropel en un edificio. Y el escozor en los ojos por el gas lacrimógeno. Mi madre intentó protegernos metiéndonos debajo de su jersey, así que no pude ver mucho, pero los ojos me ardían. Una mujer y sus dos hijas pequeñas con los ojos rebosantes de lágrimas.

No recuerdo mucho de los siguientes días. Los suizos cuidaron mejor de nosotros de lo que lo habían hecho los marineros del barco. Nos dieron de comer y pusieron a nuestra disposición unas camas en un espacio enorme, con duchas y cuartos de baño en un edificio anexo. Sentaba bien estar limpia, seca y no tener hambre. Mi madre por fin dejó de llorar.

Luego nos hicieron entrar en una sala y nos presentaron a un grupo de personas que nos hablaron en francés. Invitaron a mi madre a ir a un centro de acogida para refugiados en las afueras de Winterthur, y ella, muy ilusionada y agradecida, aceptó la oferta. A mi hermana y a mí nos daba miedo movernos otra vez, pero nuestra madre nos aseguró que estaríamos mejor, así que volvimos a subir

a un tren y nos despedimos del centro de San Galo, que, siendo sinceros, era el sitio más agradable en el que había vivido nunca.

El centro en las afueras de Winterthur se encontraba en un precioso jardín. Había días en los que se veía muy a lo lejos los Alpes de Glaris. Nadie nos había dicho nunca que en el mundo fuera tan grande, así que al principio me asusté un poco. ¿Como íbamos a salir adelante en un mundo tan grande?

Jake era una de las personas que visitaba con frecuencia nuestro refugio. Para comunicarse en francés tenía que hablar muy despacio, pero lo comprendíamos sin problema, y en cuanto vi la expresión de su cara supe que era diferente, como si sufriera incluso más que nosotras. Me daban ganas de decirle que estábamos bien.

Enseñaba inglés a niños y a adultos, en clases diferentes. Por la mañana a los niños y por la tarde y por la noche a los adultos. Iba allí casi todos los días. Incluso los domingos. Al mediodía se sentaba con nosotras a comer. A veces, durante la comida, se nos quedaba mirando y movía los ojos a un lado y a otro, como si siguiera a un pájaro o estuviera ensimismado en un pensamiento. Daba la impresión de que nos había cogido cariño y, como todos los voluntarios, cada vez pasaba más tiempo con unos refugiados que con otros, nos saludaba dirigiéndose a nosotras por nuestro nombre y nos preguntaba cómo estábamos, primero en francés y luego en inglés.

Pasamos así mucho tiempo, luego me enteré de que fue casi un año, y luego mi madre nos dijo que iba a casarse con Jake y que todos nos iríamos a vivir con él a un pueblo cercano. A mi hermana y a mí jamás se nos había pasado por la imaginación que podría ocurrir una cosa así, y lo primero que sentimos fue sorpresa e incertidumbre. Aquel centro de acogida había desbancado al anterior como el

lugar más bonito que había conocido en toda mi vida, y no nos gustó la idea de marcharnos de allí con solo una de las personas que nos ayudaban. No sabíamos lo que pasaba entre nuestra madre y el hombre de los ojos inquietos, pero sospechábamos lo peor.

Sin embargo acabamos mudándonos a una casa blanca de dos plantas junto a un jardín cercado, cerca del refugio. Enseguida nos acostumbramos a vivir allí y volvíamos con frecuencia al centro de acogida para ver a nuestros amigos. Jake y nuestra madre siempre se trataban con respeto y cordialidad, aunque nunca se mostraban abiertamente su cariño delante de nosotras. Pero mi hermana y yo nos dábamos cuenta de que a nuestra madre le gustaba Jake y le estaba muy agradecida, y él siempre era amable con nosotras y nos hablaba mezclando el inglés con el francés, de manera que parecía que las dos lenguas eran una sola, y más adelante tuvimos que hacer un esfuerzo para ubicar cada idioma en lugares separados dentro de nuestra cabeza. Durante ese proceso fuimos olvidando el árabe.

Así que durante unos años, desde que tenía siete hasta los once, fuimos una familia feliz. Íbamos al colegio en Winterthur, jugábamos con niños del colegio y del centro de acogida y todo iba bien. Mi madre fue feliz en esa época.

Entonces, cuando pasé a la secundaria, empecé a ver signos de que las cosas entre Jake y mi madre no iban bien. Después de cenar se quedaban sentados en la cocina mirando sus pantallas o por la ventana. Observándolos tuve una revelación que me golpeó con mucha fuerza: incluso estando sentados sin hacer nada eran dos personas completamente diferentes. Mi madre es una persona tranquila. Se sienta cómodamente en una silla y se relaja como un gato. Mueve los ojos, mantiene ocupadas las manos cosiendo o tejiendo, pero su cuerpo permanece

inmóvil. Es su carácter. Somos afortunadas de tener una madre así.

Jake, sin embargo, no paraba quieto ni siquiera cuando estaba sentado. No es que tuviera que estar haciendo algo con las manos o moviera con nerviosismos los pies, sino que veías que por dentro era una centrifugadora. Es como si pudieras ver todos esos átomos dando vueltas como dicen que hacen. Si se clasificara a la gente por las vueltas que dan, como los átomos y los motores de los coches, nuestra madre estaría en el grupo de los casi estáticos y Jake en el de los que giran a miles o incluso millones de revoluciones por minuto. «Diez millones de revoluciones por minuto», dijo una vez; esta imagen que os estoy dando de él sale de una de las maneras que él mismo tenía de juzgar a la gente. Decía que todos éramos como quarks, las partículas elementales más pequeñas, nos contó, más pequeñas incluso que los átomos, hasta el punto de que los átomos están compuestos de quarks unidos por gluones. Nos hacía reír con esas historias. Y, como los quarks, todo el mundo tenía una cantidad determinada de rareza, revoluciones y encanto. Se podía clasificar a todas las personas a partir de esas constantes, y nuestra madre era la persona más encantadora sobre la faz de la Tierra, pero de rareza andaba escasa y en cuanto a revoluciones estaba casi en cero. Jake nos confesó que él estaba alto en revoluciones y en rareza; nosotras le dijimos que también nos parecía encantador, pero él no estuvo de acuerdo.

Así que a veces se sentaba en su sillón por la noche, después de trabajar en el centro de acogida, visiblemente agotado, y sus ojos comenzaban a moverse de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, lo cual, creo yo, exige mucho esfuerzo, y no sé por qué nos parecía evidente que por dentro estaba dando vueltas. Había algo oscuro en su interior. Nuestra madre nos decía que de joven había

trabajado en lugares subdesarrollados y que había visto cosas horribles. Nosotras lo creíamos. A veces se nos quedaba mirando, se dejaba caer de rodillas y nos abrazaba. «Os quiero mucho. Sois unas niñas maravillosas», nos decía. A veces también nos miraba con el cuerpo rígido y la cara desencajada, agarrándose a los brazos del sillón como si estuviera a punto de levantarse de un salto y salir corriendo del salón. Era una imagen aterradora.

Entonces empezó a gritar a nuestra madre, e incluso a nosotras. Se ponía en pie de un salto y salía corriendo del salón; pero a veces primero le gritaba, en inglés, supongo, aunque no entendíamos lo que decía, además estábamos demasiado asustadas para prestar atención a las palabras, y luego salía corriendo del salón. Al principio nos quedábamos heladas; pero con el tiempo se convirtió en algo que podía ocurrir, algo ante lo que teníamos que estar vigilantes, así que cuando era cariñoso, o mostraba arrepentimiento y remordimientos, no nos lo tomábamos al pie de la letra porque en cualquier momento podía volverse contra nosotras. Las personas volátiles son así, no se puede confiar en ellas, y lo saben. Así que su arrepentimiento no sirve de nada, y también eso lo saben. Por lo tanto se convierten en personas solitarias, y quizá su sentimiento de arrepentimiento va desapareciendo y al final se dan por vencidas. En cualquier caso, Jake se marchó. Un día nuestra madre nos despertó y nos dijo llorando que ya no volvería, que tendríamos que mudarnos otra vez. Nos sentamos juntas en la escalera y lloramos.

38

Hoy estamos aquí para hablar de las posibles alternativas al orden neoliberal global, que parece estar al borde del colapso. ¿Existe realmente alguna alternativa que podemos tomar en consideración?

China. Evidentemente.

Pero China parece estar profundamente involucrada en la economía global.

Tiene una economía planificada que prescinde del mercado libre para apoyar los intereses chinos.

¡Qué interesante! ¿Qué nombre podríamos ponerle a esa misteriosa amalgama?

Socialismo.

¡Dios mío! ¡Tú si que eres transgresor, por no decir nostálgico! Pero me parece recordar que China siempre ha sido muy cuidadosa en añadir «con características chinas» siempre que utilizan la palabra socialismo, y para mucha gente esas características chinas lo convierten en algo completamente nuevo.

Sí pero no.

¿Es que no estás de acuerdo en eso?

No. Es socialismo con características chinas.

Al parecer, esas características incluyen una buena dosis de capitalismo.

Sí.

Por lo tanto, ¿podemos aprender algo de China?

No.

¿Cómo es eso?

Porque no nos gusta China.

¿No se deberá eso a nuestros prejuicios?

Nosotros tampoco le gustamos.

Así pues, no podemos encontrar en China ninguna esperanza de cambio. ¿Y los pobres? Los cuatro mil millones de personas más pobres del planeta suman menos riqueza que las diez personas más ricas, así que apenas tienen poder. Sin embargo nadie puede negar que esa es mucha gente. ¿Podrían obligar a que se produzca un cambio desde abajo?

Viven con una pistola apuntándoles a la cabeza.

¿Y el llamado precariado? Los miles de millones de personas que van tirando, lo que en Estados Unidos todavía llaman con nostalgia la clase media. ¿Podrían alzarse ellos y cambiar las cosas por medio de algún tipo de acción colectiva?

También viven con una pistola apuntando a su cabeza.

Aun así, a veces vemos manifestaciones, algunas bastante multitudinarias.

Las manifestaciones son fiestas. La gente participa en una fiesta y luego se va a su casa. No cambia nada.

Bueno, pero ¿las acciones colectivas coordinadas? A mí me parecen algo más que una fiesta. Por ejemplo, esa insumisión fiscal de la que tanto se habla, que provocaría una crisis económica y la subsiguiente nacionalización de los bancos. Los estados volverían a tener el control y podrían coordinar la recuperación del mando de la economía mundial. Podrían reescribir las reglas de la OMC y crear alguna herramienta de expansión cuantitativa para dar dinero fiduciario para causas al estilo del Green New Deal.

A eso se le llama legislación.

¡Otra vez nos topamos con el poder legislativo! Suele considerarse una parte importante de las democracias representativas. En la medida en que esas democracias perviven, si es que aceptamos que existen, sus poderes legislativos, por definición, deberían ser elegidos por una mayoría de votantes. Por lo menos por un 51 por ciento, más, a ser posible, en los principales países donde rigen esos sistemas. Todos deberían sumarse al plan.

Sí.

¡Parece bastante viable! ¿Qué lo impide?

La gente es idiota. Además, los ricos lucharán contra su aplicación.

¡Otra vez esa presunción de que los ricos son más poderosos que los pobres!

Así es.

También podría ocurrir que surgiera una resistencia sistémica al cambio, puesto que todas las leyes que es necesario cambiar están entrelazadas, así pues, no será sencillo deshacer el ovillo.

Exacto.

Incluso podría afirmarse que el propio dinero se resistiría al cambio. ¡De hecho da la impresión de que el único obstáculo es una resistencia inherente, innata, al cambio!

El estreñimiento es un asco. A veces solo hay que sentarse y apretar fuerte.

¡Bien traído! Supongo que la historia de nuestra década podría definirse con esa metáfora. O de todo el siglo, ya puestos.

¿Y por qué detenernos ahí?

Debo decir que es una imagen indeleble para la historia.

El alivio que sientes cuando toda esa mierda sale de ti es tremendo.

¡Sin duda! Bueno, creo que podemos acabar aquí por esta semana. A lo mejor ha llegado el momento de bajarse

los pantalones y sentarse. Invito a todo el mundo que esté escuchándonos a que se una a nosotros, la semana que viene a la misma hora.

Quizá tardemos un poco más.

39

Davos es mi fiesta favorita. El Foro Económico Mundial se celebra todos los años a finales de enero. Se vende como una reunión internacional del poder en la sombra, de esas «élites sin estado» que acuden para darse palmaditas unos a otros y charlar sobre cómo sus planes de futuro traerán la prosperidad, sobre todo para la propia élite, a la que a veces se la conoce como «el hombre de Davos», esa nueva subespecie emergente del *Homo sapiens*, el 80 por ciento de cuyos individuos son del sexo masculino y que, entre otros atributos, pertenece al grupo del 10 por ciento de los más ricos del 1 por ciento de la población mundial que acumula más riqueza. ¡Todo eso es verdad! Por lo tanto se trata de una gran fiesta. A pesar de que hay quien piensa que la fiesta en sí es demasiado seria, a pesar de los excelentes licores. Una vez, hace algunos años, se vio a Mick Jagger bailando solo en un rincón al lado de una gramola; se aburría. Pero la mayoría de la gente que asiste es feliz por el mero hecho de asistir y dejarse ver.

La reunión de Davos dura una semana, aunque casi nadie se queda de principio a fin. Alrededor de dos mil quinientos hombres de negocios y líderes políticos, a los que se añaden algunas personalidades del mundo del espectáculo para que den un poco de espectáculo; de ahí la presencia aquel año de Mick Jagger. Las jornadas de la cumbre se dedican a mesas redondas y a largas comilonas en las que se habla de los grandes problemas de actualidad,

que principalmente son variaciones sobre el tema de ayudar a los más necesitados para controlar a las masas en un mundo cada vez más díscolo. ¡Caridad S. A.! Un esfuerzo inmenso ha permitido aumentar la presencia de mujeres del 6 al 24 por ciento, nos contaron, y los organizadores se felicitaban por haber logrado ese progreso y prometían seguir trabajando en el problema, que era de difícil resolución, ya que la mayoría de las personas ricas y de los líderes políticos eran, casualmente, hombres. Quizá por eso Mick Jagger se aburría.

Los gastos en seguridad de la cumbre se compartían entre la organización, el cantón suizo de Graubünden y el gobierno federal suizo. En Suiza había ciudadanos que criticaban ese gasto, pero una vez más, si la reunión anual de los mandamases del mundo quiere celebrarse en Suiza, probablemente este hecho contribuye a que Suiza conserve su sitio entre los países más ricos de la Tierra a pesar de que no hay ninguna base real para que sea así. Quizá la belleza de los Alpes o la inteligencia de sus ciudadanos, pero ambas cosas me suscitan dudas. Llamadme el Inseguro de Davos si queréis.

Ya no hay las protestas que se producían antes en Davos. Una razón de ello es que no es fácil llegar allí y es muy sencillo defender la ciudad. Otra razón es que la cumbre ha ido perdiendo relevancia gradualmente y ahora es vista como una reunión de ricos que se juntan para celebrar una fiesta; y eso es, como ya he dicho. Por lo tanto, las protestas casi han desaparecido por completo. Quizá fuera una oportunidad, como sugirieron algunos después.

En aquella reunión en concreto nos habíamos juntado para tratar en profundidad el muy serio asunto de comer, beber y charlar cuando la luz se fue de repente y nos quedamos a oscuras. «¡Generadores! ¡Encended los malditos generadores!», gritamos jocosamente.

Pero no. Y de pronto los guardias de seguridad eran otros hombres armados y enmascarados que nos protegían de una manera muy diferente. Todos preguntamos qué diablos estaba pasando, pero los nuevos guardias no nos hacían caso. Intentamos salir al exterior para ver qué ocurría, pero no pudimos; todas las puertas estaban cerradas con llave. La ciudad entera estaba cerrada, no se podía entrar ni salir. Un par de horas después se corrió la voz de que los bolardos mecánicos que los suizos habían instalado en sus carreteras un siglo antes para frustrar una invasión de tanques nazis o soviéticos habían emergido del asfalto como los dientes de un tiburón gigante por todo el valle, también en los escasos pasos montañosos de entrada y de salida del valle. El aeropuerto y los helipuertos también estaban a oscuras y tachonados con los mismos dientes de escuálido. Se decía que incluso en los caminos que llevaban al valle a través de las montañas se había vertido una especie de hormigón instantáneo para cortar el paso temporalmente. Y los guardias que estaban con nosotros nos protegían de esa manera diferente. No respondían nuestras preguntas. Oímos el zumbido de los drones que sobrevolaban la ciudad y algunas personas dijeron que formaban enjambres para atacar a los helicópteros que intentaban llegar a Davos y obligarlos a retroceder. Un par de aparatos incluso se habían estrellado.

Alguien dijo que por fin aquello se ponía interesante. Pero la mayoría pensábamos que quizá se ponía excesivamente interesante.

Por unos altavoces lanzaron mensajes para informarnos de que no nos harían daño y de que nos liberarían al final de la semana. Nos dijeron que solo estaban secuestrando la programación de la cumbre, no a nosotros, aunque era evidente que eso era mentira, como nos apresuramos a señalar todos. Pero a nadie en particular, porque todos los

guardias que nos custodiaban llevaban puestos unos cascos con visores y no nos daban ninguna clase de respuesta, a menos que alguien atacara a uno de ellos, en cuyo caso la respuesta era contundente y desagradable, como las que suelen verse en los reportajes de los noticiarios, e incluían porras, gas pimienta y el aislamiento en cuartitos. Así que la gente renunció a eso. Y los altavoces no respondían a nuestras quejas.

Y entonces los servicios empezaron a averiarse. En concreto las tuberías dejaron de funcionar y tuvimos que improvisar un sistema para ir al baño. ¡Mierda! ¡Pobrecita Davos! No nos quedó más remedio que salir al bosque para evacuar. De manera que por toda la ciudad se acumuló una buena cantidad de excrementos. Pero enseguida organizamos un sistema de letrinas que procurábamos utilizar.

Pero luego dejó de salir agua de los grifos, y eso, sinceramente, nos asustó bastante. Siempre puedes cagar en el bosque, pero no se puede vivir de whisky, aunque mucha gente se empeñe en hacerlo. Algunos estaban encantados de mantenerse hidratados exclusivamente con botellas de vino de cuatro mil dólares, de las que teníamos en abundancia a mano. Pero resultó ser que también había un par de arroyos alpinos que atravesaban la ciudad por unos canales con las paredes de piedra; el agua a veces pasaba por unos túneles que se extendían por debajo de las calles, pero a menudo simplemente corría por unos profundos canales de piedra, así que, con unos cubos que alguien encontró, sacábamos agua de los canales para beber. Algunos se la bebían directamente y otros preferían hervirla antes. A mí me parecía muy limpia. Solo unas horas antes había sido nieve.

Nos proporcionaron unas cajas con alimentos y nos permitieron entrar en las cocinas de las casas para que

cocináramos. Nos las arreglamos bastante bien y nos sentimos orgullosos de ello. Era mucho mejor que quedarse sentado sin hacer nada. Entre nosotros había algunos cocineros excelentes.

Al tercer día encontramos un montón de palés con retretes químicos que colocamos en los cuartos de baño, así pudimos reabrirlos para utilizarlos, aunque todavía no había agua corriente. Fue un auténtico alivio, por así decirlo, ya que otra vez podíamos ir al baño de una manera más o menos normal, aunque era un poco asqueroso. Era como estar atrapado en Woodstock pero sin música.

Al cuarto día volvimos a tener agua corriente, y las cajas de comida nunca eran escasas. Cuando no estábamos cocinando o limpiando nos hacían asistir a lo que llamábamos un campamento de reeducación. Imaginábamos que nos habían secuestrado unos maoístas, que solo los maoístas serían tan inocentes para creer que era posible aleccionar con propaganda. La propaganda nos entraba por un oído y nos salía por el otro, y la verdad era que nos sacaba unas risas, ya que todos éramos personas con estudios y sabíamos de qué iba aquello. Aun así, el que no quería asistir a esos campamentos era encerrado en unas habitaciones donde no había absolutamente nada que hacer. De manera que la mayoría preferíamos escuchar la propaganda de nuestros secuestradores que pasarnos el día dentro de una habitación vacía.

A todos nos parecía que el material lectivo era malísimo. ¡Cuántos clichés! Primero nos proyectaron unas imágenes de gente hambrienta en lugares pobres. No era como ver imágenes de los campos de concentración, pero el parecido estaba ahí, y esas imágenes eran de personas vivas, a menudo niños. Era como mirar el publirreportaje más extenso que se hubiera hecho jamás sobre obras benéficas. Las películas provocaron abucheos y comentarios negativos,

pero, a decir verdad, las dos mil quinientas personas más influyentes del mundo no podían hacer eso sin resultar estúpidamente ofensivas. A veces había que echar mano de las habilidades diplomáticas adquiridas. Además, estábamos bastante seguros de que nos grababan para luego emitirlo en alguna clase de programa de telerrealidad reeducativo. Así que la mayoría mirábamos las películas y las comentábamos en susurros, como en los cines.

A pesar de todo, ver cómo vivía la gente más pobre del planeta daba que pensar. Era como viajar en el tiempo hasta el siglo XII. El hecho de que nosotros no dispusiéramos de cuartos de baño y pasáramos un poco de hambre sin duda multiplicaba el efecto de las imágenes, aun siendo completamente obvio que esa era la razón por la que estaban haciéndonos eso, el objetivo de un ejercicio por otra parte inútil, una especie de terapia de aversión.

A menudo aparecían estadísticas en la gran pantalla; sí, diapositivas de PowerPoint, una verdadera tortura. Que si el 10 por ciento de la población mundial le debía su riqueza a la mitad de la humanidad…, ¡esos éramos nosotros, ajá! Que lo único que poseía la mitad de la población mundial era su capacidad para trabajar, a su vez muy debilitada por las carencias de sanidad y de educación. Era obvio que eso no estaba bien. Pero le decíamos a esa gente aburrida que no nos escuchaba que culpar de ello al capitalismo era un error. ¡Si no fuera por el capitalismo habría ocho mil millones de personas pobres! Pero, bueno, da igual. No paraban de salir datos, una gráfica detrás de otra, repitiéndose de una manera completamente tediosa. Aburridos, amodorrados, hipnotizados, intentábamos averiguar qué grupo ideológico o étnico había pergeñado tamaño batiburrillo. ¡Ah, y la música! Una música triste, ligera; unas melodías pegadizas que no podías sacarte de la cabeza; una música trágica y deprimente, como cantos

fúnebres interpretados con un movimiento tres veces más lento de lo que sería apropiado; etcétera.

Para entonces, el estrés que nos provocaban unas condiciones de vida duras y tener que ver cientos de diapositivas de PowerPoint estaba haciendo mella en muchos de nosotros; estábamos a punto de convertir aquello en *El señor de las moscas*. Yo animaba a la gente a que aguantara y no se lo tomara en serio, a que pensara que era como unas vacaciones. Les decía que aún estábamos en un sitio lujoso. ¿A quién le importaba nada de aquello? Pero resultó ser que a mucha gente le importaba.

Mis compañeros gritaban escandalizados que estábamos en manos de comunistas. ¿Y qué?, les respondía yo. ¡Estábamos en un campamento de reeducación de lujo! Sería una anécdota que podríamos contar en el bar el resto de nuestra vida.

Toda aquella propaganda concluyó con un largo discurso para decirnos que el actual orden mundial solo beneficiaba a las élites, y que ni siquiera nosotros continuaríamos beneficiándonos mucho más tiempo. Estábamos «socavando el mundo vital», como dijo una voz con acento alemán en la pantalla, que a muchos nos recordó la voz de Werner Herzog, y yo no tengo ninguna duda de que el director de cine alemán habría podido estar metido en aquello, y de que en alemán existía una palabra para decir «mundo vital». Algunos de los que estábamos allí y sabíamos algo de alemán nos divertimos un poco inventando más palabras de ese estilo herzogiano, haciendo traducciones inversas, por así decirlo, como, por ejemplo: *Ich bin zu herzgerschrocken! Ich bin zu rechtsmüde! Ich habe grossen Flughafenverspätungsschmerz!* Esta última palabra, les explicamos a nuestros compañeros que no sabían alemán, significaba algo así como «enorme tristeza

causada por los retrasos en los aeropuertos», una palabra que sin duda debería existir en todas las lenguas modernas.

Luego se dedicaba una hora de película a hijos de padres ricos. Ya fuera porque se deshacían en disculpas o por su descarada arrogancia, formaban un grupo bastante despreciable. Se trataba de un muestrario sesgado; sin duda se había elegido a la peor calaña para mostrarla en la pantalla, y a mi alrededor se oía un murmullo de protesta. Mis hijos no son así, en absoluto. Sin embargo, a medida que avanzaba la película y aparecían toda clase de chicos patéticos, irascibles y altaneros, el silencio fue instalándose en la sala, y quedó claro que el padre o la madre de alguno de esos quejicas estaba presente en ese momento. Las gráficas con las estadísticas relacionadas con aquellos chicos también eran descorazonadoras. Si se tomaban en conjunto los distintos antidepresivos que tomaban todos ellos, podía afirmarse que el ciento por ciento de niños ricos utilizaba esos medicamentos. Lo cual, a pesar de que solo era un promedio, resultaba deprimente en sí.

Otra tabla mostraba la felicidad individual en relación con la riqueza personal, y, como había pasado tantas veces a lo largo de la semana, y ocurre en la vida en general, la gráfica era una maldita campana de Gauss. En esta ocasión mostraba que la pobreza provocaba infelicidad, ¡vaya!, luego la gente alcanzaba rápidamente la felicidad cuando tenía un sueldo aceptable; después, con unos ingresos de clase media alta, esos ingresos que los científicos solían exigir para sí («después de estudiar sus propias gráficas», masculló con acritud un tipo que tenía a mi lado, como dando a entender que los científicos manipulaban sus estudios o el sistema de salarios, o las dos cosas), se alcanzaba el punto más alto de felicidad; después, a medida que subía la riqueza bajaba la felicidad… No hasta el nivel de la gente pobre, pero sí muy por debajo del pico de la

felicidad de la clase media. Esos ingresos de la clase media era la zona de comodidad, la feliz clase media, ja, ja, ja, o eso afirmaban los del PowerPoint, pero todos negábamos con la cabeza con complicidad. La estadística puede «demostrar» lo que le dé la gana, pero jamás podrá rebatir la verdad obvia de que más es mejor. La banda sonora de aquello incluía *All you need is love* y *Can't buy me love*, para añadir la ridícula sabiduría de los Beatles a esa parte del espectáculo.

Lo cierto es que todo aquello ya estaba empezando a ser un fastidio. ¿Cómo era posible que durara tanto? ¿Dónde estaba la maldita policía suiza? ¿Estaba implicada en aquello? ¿Era todo un complot suizo, como la Cruz Roja o algo así?

«Sois los rehenes de Davos —declaró una voz al terminar aquel vídeo en el que se comparaban los ingresos—. Habéis vivido la Captura de Davos. ¿Os servirá de algo la experiencia? Observaremos con sumo interés como vivís lo que os queda de vida.»

Así se puso punto final al secuestro. Los drones que sobrevolaban la ciudad se alejaron de allí y los guardias con la cara oculta bajo los cascos desaparecieron.

Cuando nos dimos cuenta de lo que estaba pasando lo celebramos y nos dijimos unos a otros que aquel intento de adoctrinamiento había sido un completo fracaso y un triste ejemplo de la decadencia de las ideas izquierdistas, que ya no se cotizaban en el gran mercado de las ideas. Había sido como un viaje en la máquina del tiempo hasta 1917, o 1848, o 1973, aunque casi ninguno de nosotros sabía por qué los graduados en historia mencionaban esos años en concreto. ¿1848?

Por fin apareció la verdadera policía suiza en medio de sonoros abucheos. Se encomendó a la Interpol encontrar a los autores del secuestro y el gobierno suizo fue el blanco

de numerosas críticas, por no hablar ya de las querellas que se presentaron contra él por daños y perjuicios y daños psicológicos. El gobierno hizo todo lo que pudo para defenderse de todo eso y alegó que se trataba de una novedosa forma de secuestro, sin precedentes hasta ese momento, y que, por lo tanto, era imposible prevenir algo cuya existencia ni siquiera se conocía. ¡Una novedad! Además no había muerto nadie, y los únicos heridos de consideración eran nuestros sentimientos. ¡Cuántas críticas a nuestro mundo vital! Pero todos teníamos mucha práctica en hacer oídos sordos a esas invectivas; la vida sigue y nada puede detenerla, y lo cierto es que nada nos detuvo a la hora de marcharnos de allí en cuanto pudimos. Cuando volvimos a casa nos convertimos en pequeñas celebridades, y siempre encontraremos ocasiones para contar nuestra historia. Algunos no dejarán pasar una sola de esas oportunidades, otros preferirán escabullirse a la comodidad del anonimato. Yo decidí relajarme en Tahití.

Por lo tanto, ¿qué efecto tuvo ese suceso en el mundo real? ¡Ninguno! ¡Así que os jodéis!

40

La paradoja de Jevons propone que un aumento de la eficiencia en el uso de un recurso conduce a un incremento general, y no una reducción, del uso de dicho recurso. Cuando Wiliam Stanley Jevons enunció su paradoja en 1865 se refería al uso histórico del carbón; una vez que se introdujo la máquina de vapor de Watt, que aumentaba significativamente la eficiencia del carbón para generar energía, el consumo de carbón creció considerablemente tras el descenso inicial de la cantidad que se necesitaba para mantener la actividad previa a la mejora.

El efecto rebote de esta paradoja solo puede mitigarse añadiendo otros factores a la aceptación del método más eficiente, como, por ejemplo, exigencias de reinversión, aumento de la presión fiscal y nuevas regulaciones. Eso es lo que dicen los libros sobre economía.

La paradoja es visible en la historia de toda clase de avances tecnológicos. Coches que recorren más kilómetros con menos gasolina, más kilómetros recorridos. Ordenadores más veloces, se dedica más tiempo a los ordenadores. Y los ejemplos son infinitos. A estas alturas sería ingenuo esperar que los avances tecnológicos por sí solos frenarán el impacto del crecimiento y aliviarán la carga que soporta la biosfera. Y sin embargo todavía son muchos los que hacen alarde de esa ingenuidad.

Asociado con esta laguna en el pensamiento actual, y siendo quizá una generalización de este enfoque concreto,

está la aceptación de que la eficiencia siempre es positiva. Por supuesto, se ha aceptado la eficiencia como unidad de medida para evaluar unos resultados que a priori se consideran positivos, de modo que nos encontramos casi delante de una tautología, pero aún es posible desencallar ambas cosas, ya que no son exactamente lo mismo. Un examen de los registros históricos y ejercicios sencillos de *reductio ad absurdum*, como el que hace Jonathan Swift en *Una modesta proposición*, deberían dejar al descubierto la obviedad de que la eficiencia puede llegar a ser algo negativo para el ser humano. Aquí también se aplica la paradoja de Jevons, pero históricamente la economía no ha sido lo suficientemente flexible para aceptar esa verdad obvia, y es muy frecuente encontrar textos sobre economía que se refieren a la eficiencia como algo bueno por definición, y que la ineficiencia se considera un mero sinónimo de malo o defectuoso. Pero las pruebas demuestran que existe una eficiencia buena y una mala, y una ineficiencia buena y una mala. Es fácil encontrar ejemplos de los cuatro casos, pero se invita al lector interesado a buscarlos, y solo señalaremos unos pocos para estimular la reflexión: la prevención ahorra un gasto considerable en la sanidad, así que es una eficiencia buena. Comerse a los hijos que sobran (esta sería la «modesta proposición» de Swift) sería una mala eficiencia. Cualquier daño que se inflija a otras personas con el fin de obtener un beneficio es igualmente malo, con independencia de su grado de eficiencia. Utilizar un vehículo más grande de lo necesario para ir del punto A al B sería una mala ineficiencia; hay muchos más ejemplos como este. Un meandro en un río que favorece la formación de una llanura sujeta a inundaciones sería un ejemplo de ineficiencia buena. Los ejemplos no terminarían nunca; si se desea que

el análisis de la situación a gran escala sea útil habría que considerar en profundidad esas cuatro categorías.

A menudo se deja de lado el principio que podría guiar este razonamiento, pero es indudable que debería tenerse en cuenta de manera explícita: deberíamos estar haciendo todo lo posible para evitar una extinción masiva. Esto sugiere un principio similar a la ética de la tierra leopoldina, que suele resumirse como «aquello que es bueno para la tierra es bueno». En nuestra situación actual podría reelaborarse este principio como «aquello que es bueno para la biosfera es bueno». A la luz de este principio enseguida se ve que muchas eficiencias son profundamente destructivas, y que muchas ineficiencias podrían entenderse como procesos involuntariamente reparadores. La solidez y la resiliencia suelen ser ineficientes; pero son sólidos y resilientes. Y eso es algo que necesitamos por cómo somos.

La economía como disciplina, a partir de la cual planeamos y justificamos nuestras acciones como sociedad, está plagada de ausencias, contradicciones, incongruencias y, lo más importante de todo, axiomas y objetivos falsos. Tenemos que arreglarlo si podemos. Habrá que ir a la raíz del problema y reestructurar todo el ámbito del pensamiento. Si la economía es un método para optimizar diversas funciones objetivas sujetas a restricciones, habría que centrarse en cambiar esas «funciones objetivas». La función que deberíamos obtener como solución, por lo tanto, debería ser la salud de la biosfera y no cómo sacar beneficios de ella; así lograríamos cambiar muchas cosas. Eso significa que habría que desviar el objeto de nuestra investigación de la economía hacia la política económica, pero para ello sería necesario dar un paso previo que consistiría en entender la economía. ¿Por qué hacemos lo que hacemos? ¿Qué queremos? ¿Qué sería justo? ¿Cómo podemos organizar nuestra convivencia en este planeta?

La economía actual todavía no tiene respuestas para estas preguntas. Pero ¿por qué debería tenerlas? ¿Le preguntamos a una calculadora lo que tenemos que hacer con nuestra vida? No. Eso tenemos que averiguarlo por nosotros mismos.

41

Nuestra ciudad se quedó sin agua al duodécimo año de sequía. Naturalmente nos habían avisado de que ocurriría, pero incluso durante los periodos largos de sequía siempre llovía de vez en cuando, y con las técnicas agrícolas de conservación y de barbecho, con la construcción de presas nuevas y de canalizaciones hasta cuencas lejanas, la excavación de pozos más profundos y el resto de las cosas que se habían hecho, siempre habíamos salido adelante. Eso mismo nos hizo pensar que siempre saldríamos del apuro. Pero un mes de septiembre hubo un terremoto, no muy fuerte, si bien lo suficiente para afectar al acuífero que teníamos debajo, y los pozos enseguida se secaron; y los embalses ya se habían secado; y las cuencas de donde traíamos agua por las tuberías también se habían secado. No salía agua de los grifos. Era el 11 de septiembre de 2034.

Nuestra ciudad tiene alrededor de un millón de habitantes. Cerca de un tercio de la población había llegado durante la última década, y vivía en chabolas de cartón en los barrios de las colinas que hay en el oeste; esto era en parte otra consecuencia de la sequía. Esa gente ya vivía sin agua corriente y la compraba en barriles de cien litros o en simples latas o jarras. Los demás vivíamos en casas y consumíamos el agua que salía de los grifos, claro. Por lo tanto es obvio que aquel día los más angustiados fuéramos las personas que vivíamos en casas de verdad; los pobres

de las colinas no notaron el cambio, salvo por el hecho de que ya no había agua que comprar.

En nuestra parte del mundo solo es posible sobrevivir un par de días sin beber agua. Supongo que es igual en todas partes. Y esta falta de agua, a pesar de todas las advertencias y de los preparativos, fue repentina. Salía agua de los grifos, poca, tal vez, pero salía; y el 11 de septiembre ya no salía ni una gota.

Cundió el pánico, por supuesto. Y todo aquel que había podido hacerlo tenía almacenadas provisiones de agua. Muchos habíamos llenado las bañeras, pero esa agua no nos duraría mucho. Corrimos al río de la ciudad, pero todavía estaba seco, en realidad estaba más seco que nunca. Así que no quedó más alternativa que correr a los edificios públicos. Al estadio de fútbol, a la sede del gobierno y sitios así. Necesitábamos una solución.

Llegaron camiones cargados con agua de las plantas desalinizadoras de la costa. También apareció un convoy procedente del interior formado por camiones cisterna y unas máquinas que podían extraer agua del aire, incluso de un aire tan seco como el nuestro. Había una humedad del 10 por ciento, pero incluso ese aire contiene un montón de agua. Por suerte para nosotros.

Había que mantener el orden. Era una cosa que todos teníamos clara. ¿De qué servía pelearse para llegar a los primeros puestos de la cola? No te daban nada; el ejército custodiaba toda el agua que había en la ciudad. Los soldados y la policía estaban en todas partes; nos conducían a los estadios y a lugares cerrados amplios como polideportivos y bibliotecas y nos ordenaban que nos colocáramos en fila. Luego traían el agua a esos sitios en camiones cisterna fuertemente vigilados, y lo único que podíamos hacer era esperar el turno con nuestros

recipientes, recibir la cantidad de agua estipulada y racionarla.

Todo dependía de que el sistema funcionara. De lo contrario moriríamos, de una u otra manera, ya fuera de sed o en una pelea. Todos lo teníamos absolutamente claro salvo unos pocos locos. Siempre te encuentras gente así, pero en este caso éramos superiores a ellos en una proporción de cien a uno, por lo menos, y si armaban lío la policía los reducía. En cuanto al resto, podríamos resumir nuestra situación de la siguiente manera: teníamos que confiar en que nuestra sociedad funcionara correctamente para salvarnos. Como si antes no lo hiciera. Pero no cabe duda de que suponía un salto gigantesco en nuestra fe. Todos desconfiábamos. Pero era el sistema o la muerte. Así que nos reuníamos en los lugares que se anunciaban por la radio, por internet o en la misma calle y hacíamos cola.

El agua seguía llegando a la ciudad en camiones o la extraíamos del aire con las máquinas. Las raciones iniciales eran ridículamente pequeñas; nos daban el agua suficiente para beber, pero no nos llegaba para cocinar. Enseguida se nos ocurrió beber como si fuera caldo el agua que utilizábamos para cocinar. La preservación del agua alcanzó unos niveles ridículos; mucha gente compraba filtros para convertir la orina en agua potable. Claro, ¿por qué no?; nosotros también los compramos. Son unos filtros que no duran mucho.

Daba que pensar la gran cantidad de gente que éramos. Si reúnes toda la población de una ciudad en unos pocos sitios te das cuenta de cuánta gente hay. Y la mayoría éramos extraños. En una ciudad de un millón de habitantes conoces, no sé..., ¿a cien personas? Y quizá te suenan medio millar de caras más, mil como mucho. Así que conoces a una de cada mil personas. Cuando entras en un estadio de fútbol y te colocas en la cola con tus garrafas en

la mano o en una carretilla, es sorprendente lo que pesa el agua, te das cuenta de que estás rodeado de extraños. Estás solo en una ciudad de desconocidos. ¡Así todos los días de tu vida! Es una verdad innegable que veíamos con nuestros propios ojos, allí mismo. Solos en la ciudad. Solo un puñado de amigos con los que formas una especie de familia, pero muy pocos, y todos ellos perdidos en la vasta multitud, diseminados por la ciudad ocupados en sus asuntos. Bueno, todo el mundo queda con la gente que conoce para ir juntos a por el agua, claro. Seguramente para protegerse mutuamente de otros ciudadanos, por si a alguien se le va la cabeza o algo. Pero eso no pasaba casi nunca. La mayoría íbamos con amigos simplemente por la compañía, porque era una sensación muy rara ver con tus propios ojos que vivías rodeado de extraños. Y eso a pesar de que todas las noches de tu vida no veías a ningún conocido cuando salías a cenar a un restaurante… Esto es lo mismo, son desconocidos.

¡Pero son tus conciudadanos! Eso es lo que lo hace tan desolador… tus conciudadanos son personas de carne y hueso, tienen sentimientos.

Mi amiga Charlotte, fijándose en eso, me comentó una cosa un día que estábamos en la cola para rellenar nuestros recipientes. Nos sentíamos sucias, estábamos muertas de sed e inquietas. Con su cinismo habitual y una ironía desenfadada, casi como si lo encontrara gracioso de verdad, Charlotte señaló la fila que se extendía delante de nosotras y dijo: «¿Recuerdas lo que dijo una vez Margaret Tatcher? ¡La sociedad no existe!».

Reímos a carcajadas y no pudimos parar hasta pasado un buen rato. Cuando por fin recuperé el aliento exclamé: «¡A la mierda Margaret Tatcher y todos los idiotas que piensan como ella!». Yo conozco un sitio donde se tragarían sus palabras o se morirían de sed. Porque cuando deja de salir

agua de los grifos la sociedad se convierte en algo muy real. Una masa de personas angustiadas, mugrientas y malolientes, ya lo creo. Pero forman una sociedad, eso es indudable. La sociedad es una cuestión de vida o muerte, y creo que casi todo el mundo se da cuenta de eso, y el que lo niegue es un gilipollas sin dos dedos de frente. Lo afirmo rotundamente. Idiotas ignorantes. Esa clase de estupidez debería estar penada con cárcel.

Entonces, cuando llevábamos veintitrés días de crisis, el 4 de octubre, llovió. No fue la típica llovizna que se confunde con la bruma que solemos tener en otoño, sino una tormenta de verdad que pareció salida de la nada. ¡Nos volvimos locos recogiendo agua de lluvia! Lo hicimos individual y cívicamente. La lluvia caía sobre nuestras cabezas y en nuestros recipientes, y creo que ni una sola gota del agua que corrió por nuestro pequeño río salió de los límites de la ciudad. La recogimos toda. Y nos pusimos a bailar, por supuesto. Montamos una verdadera fiesta. A pesar de que sabíamos que no solucionaba nada, ni de cerca, ya que se pronosticaba que la sequía continuaría y aún no teníamos un plan definitivo… Aun así bailamos bajo la lluvia.

42

Solicité a Mary una reunión con ella y Dick Bosworth para hablar sobre unos planes económicos que estaba desarrollando el equipo de programación. Se despejó una hora el viernes por la tarde y nos reunimos en la sala de reuniones contigua a su despacho.

—¿Qué pasa, Janus Athena? —me soltó con cierta brusquedad. Nunca ha ocultado su escepticismo de que la inteligencia artificial pudiera aportar algo sustancial a su proyecto.

Me acerqué a la pizarra e intenté mostrarle de qué manera la IA podía ayudar. Siempre he sido un poco torpe a la hora de explicar ciertos conceptos a personas sin conocimientos informáticos. Es un problema de traducción, de encontrar metáforas y generalizaciones burdas que no lo sean demasiado.

Esta vez comencé citando el argumento de Hayek de que los mercados asignan un valor espontáneo, por lo tanto son la mejor herramienta para calcular y distribuir valores, porque la economía planificada no puede recopilar y correlacionar toda la información relevante con la rapidez suficiente. Así pues, la planificación siempre lleva a error y el mercado siempre es mejor cuando se trata de realizar cálculos. Pero ahora que los ordenadores son tan potentes es más sólido que nunca el argumento de la abundancia roja, según el cual la gente dispone ahora de un arsenal informático tan potente que la economía planificada podría

ser más eficaz que el mercado. La negociación de alta frecuencia es un ejemplo paradigmático de cómo la tecnología informática ha superado los logros del mercado en sí, pero, en vez de para mejorar el sistema, solo se ha utilizado con el fin de obtener rentabilidad de todas las transacciones. Esto es una prueba de la eficacia del poder de los ordenadores, pero utilizado por personas ancladas en la confrontación entre mercado y planificación, capitalismo y comunismo, de la década de 1930. Y por gente que no se esfuerza en mejorar el sistema sino en ganar más dinero con el sistema actual. Es decir, los economistas contemporáneos.

De hecho están surgiendo posibilidades de organización completamente nuevas gracias a la potencia de la IA: análisis de *big data* que ofrecen mejores resultados, un seguimiento permanente de todo el dinero que se mueve, una distribución que se adelante a la guerra de precios que pueda distorsionar los costes reales y provocar un esquema de Ponzi universal y que dure varias generaciones, etcétera. A partir de aquí, los detalles se vuelven bastante técnicos y teóricos, pero es importante esforzarse en esbozar un par de cosas que Mary pueda comprender y la convenzan para que el equipo siga trabajando en esa línea. Dick ya está decidido a dar un empujón en este sentido.

Mary suspiró mientras intentaba concentrarse en el galimatías informático sin aburrirse.

—Explícame cómo —me dijo.

Casi nunca comprenden la esencia de la necesidad. Le recordé que el modelo Raftery todavía mostraba que lo más probable era que en el siglo XXI la temperatura media del planeta aumentara 3,2ºC. Las probabilidades de mantener ese incremento de la temperatura media por debajo de 2ºC eran del 5 por ciento, y del 1 por ciento para que fuera por debajo de los 1,5ºC.

Mary me miró fijamente.

—Sabemos que eso no es bueno —apuntó mordazmente —. ¡Cuéntanos tus ideas para ayudarnos!

Le hablé del artículo de Chen, útil por su claridad, y que estaba empezando a debatirse en diversas comunidades de discusión. Era una de las primeras propuestas que se habían hecho para crear algo así como un carboncóin. Sería una moneda digital que se desembolsaría cuando se demostrara una reducción de las emisiones; haría las veces tanto de palo como de zanahoria, así pues, atraería al flexible capital global para realizar acciones que redujeran las emisiones de dióxido de carbono. Una zanahoria así de eficaz daría resultados mucho mejores si los bancos la apoyaban, o incluso si eran ellos quienes la crearan. Sería un nuevo flujo de dinero fiduciario con el que se recompensarían las acciones destinadas a conservar la biosfera. Conseguir la participación de los bancos en este proyecto sería fabuloso, y la versión de la criptomoneda que saliera de ellos sería la más fuerte.

Mary asintió sin perder la seriedad.

—Sería fabuloso —repitió.

Insistí en mis argumentos para defender el carboncóin. Comenté que algunos economistas medioambientales estaban debatiendo sobre el plan de Chen y sus ramificaciones, como un aspecto de la teoría de los bienes comunes y de la teoría de la sostenibilidad. Tras desacreditar la tragedia de los bienes comunes, ahora estaban dirigiendo su atención hacia lo que llamaban la tragedia del horizonte temporal, que postulaba que, puesto que no podemos imaginar el sufrimiento que padecerán las generaciones futuras, tampoco podemos hacer mucho en su nombre. Todo lo que hacemos ahora provoca un daño que se sufrirá dentro de varias décadas, así que no nos responsabilizamos de él, y la idea que ha prevalecido es que

las futuras generaciones serán más ricas y fuertes que nosotros y encontrarán una solución a sus problemas. Pero para entonces los problemas serán mucho más graves y difíciles de resolver. Esa es la tragedia del horizonte temporal: no miramos más allá de un par de años, o incluso, en muchos casos, como ocurre con las transacciones hiperveloces, más allá de los siguientes microsegundos. Y la tragedia del horizonte temporal es una verdadera tragedia, porque la mayoría de los impactos climáticos serán irreversibles. Las extinciones y el calentamiento de los océanos no se arreglarán con el dinero de las futuras generaciones, por muy ricas que sean. Por lo tanto, la economía, en la práctica, deja de lado un aspecto fundamental de la realidad.

Mary miró de soslayo a Dick, que asintió con la cabeza.

—Es otra manera de describir el daño que puede hacer una tasa de descuento. La tasa de descuento alta es un índice de esta despreocupación por el futuro que está describiendo J. A. —le dijo Dick a Mary.

Estaba de acuerdo con él.

—¿Y estas propuestas de Chen solucionan ese problema? ¿Amplían ese horizonte temporal? —preguntó Mary.

—Eso intentan.

Expliqué que el carboncóin propuesto estaba subordinado al tiempo, como un presupuesto, con un plazo fijo estipulado en el contrato, como en los bonos. El nuevo carboncóin estaría respaldado por bonos a cien años con tasas de retorno garantizadas, suscritos por todos los bancos centrales colaboradores. Serían unas inversiones más seguras que cualquier otra, además de que ofrecen, por así decirlo, una posición larga de la biosfera.

Mary negó con la cabeza. ¿Por qué a alguien le interesaría un producto que no le reportará beneficios hasta dentro de cien años?

Intenté explicar los numerosos usos del dinero. Hablé del intercambio de productos, claro, pero también de los depósitos de valor. Si los bancos centrales emiten bonos, son un valor seguro y, si el rendimiento es alto, pueden competir con otras inversiones. Pueden venderse antes de que venzan, etcétera. Mercado de bonos. Además, puesto que los bancos centrales estarían emitiendo dinero nuevo, como en una expansión cuantitativa, los inversores confiarían en él porque estaría respaldado por bonos a largo plazo. Y se podría crear este dinero y dárselo a la gente solo por hacer cosas buenas.

—¿Cómo qué? ¿A cambio de qué se daría ese dinero? —quiso saber Mary.

—A cambio de que no se emitiera dióxido de carbono.

Me puse a escribir en la pizarra porque tenía la sensación de que ya había encaminado a Mary en la dirección adecuada y estaba preparada para ver algunas cifras. Nada de ecuaciones, porque habría sido como hablarle en sánscrito, solo números.

Por cada tonelada de carbono no emitida, o capturada y almacenada, de una manera que fuera posible certificarse, durante un tiempo acordado (en estos debates el periodo del que se habla con más frecuencia por ahora es de cien años), se recibiría un carboncóin. En el mercado de divisas se podría cambiar inmediatamente ese carboncóin por cualquier otra moneda, así un carboncóin tendría una equivalencia con otras formas de dinero fiduciario. Los bancos centrales garantizarían un precio mínimo para impedir una quiebra. Pero su precio también podría subir por encima de ese mínimo cuando la gente empezara a tener una opinión sobre su valor, como suele ocurrir con las monedas en los mercados de divisas.

—Entonces, en el fondo es otra forma de expansión cuantitativa —observó Mary.

—Sí, pero dirigida, en el sentido de que el primer gasto de la nueva moneda estaría destinado específicamente a la reducción de emisiones de dióxido de carbono. En sus artículos, Chen a veces se refiere a ello como una expansión cuantitativa del carbono, CQE por sus siglas en inglés.

—¿Cualquiera que retuviera una tonelada de dióxido de carbono podría recibir uno de esos carboncoines? —preguntó Mary.

—Sí, o una fracción de un carboncóin. Sería necesaria toda una industria de control y certificación, que podría ser mixta, pública y privada, como lo son ahora las agencias de calificación de bonos. Seguramente habrá quien intente hacer trampas y engañar al sistema, pero se podrá controlar con los habituales órganos de vigilancia. Y todos los carboncoines estarán registrados, así que todo el mundo sabrá cuántos existen y los bancos solo podrán emitir tantos como dióxido de carbono se reduzca, año a año. De esa manera no habrá que preocuparse por la devaluación de la moneda a causa de un exceso de oferta. Si se crearan muchos carboncoines, eso significaría que se ha capturado y almacenado un montón de dióxido de carbono, lo cual sería una señal de la buena salud de la biosfera e incrementaría la confianza en el sistema. Así pues, la expansión cuantitativa primero estaría encaminada a hacer las cosas bien, pero luego no habría trabas para que se incorporara a la economía general.

—Por lo tanto —dijo Mary—, si se combinara esta propuesta con el impuesto al carbono habría que pagar impuestos por emitir dióxido de carbono, pero se cobraría por capturarlo y almacenarlo.

Asentí, y añadí que el impuesto al carbono debería ser progresivo, es decir, la tasa debería ser más alta cuanto mayor fuera la cantidad de dióxido de carbono emitido, y evitar que fuera un impuesto regresivo. Entonces sería una

buena medida, y sería aún mejor si pudiera añadirse un sistema de bonificación-penalización para que una parte de lo recaudado con ese impuesto regresara a los ciudadanos. Chen y otros expertos afirmaban que era fundamental para que el plan de carboncoines diera resultado que se añadiera ese impuesto al carbono. Cuando el impuesto y el carboncóin se aplicaban conjuntamente, el modelo y los experimentos sociales daban mejores resultados que cuando se implementaba solo una de las medidas. No era que se doblaran los buenos resultados, sino que se multiplicaban por diez.

—¿Por qué pasa eso? —preguntó Mary.

Confesé que no lo sabía. La sinergia de la zanahoria y el palo, psicología humana… Hice un gesto con las manos para darle a entender que no tenía una respuesta. Estaba dentro de su ámbito de actuación encontrar esa respuesta. ¿Por qué la gente hacía lo que hacía?

Dick comentó que para los economistas la zanahoria y el palo eran incentivos que estaban al mismo nivel, aunque tenían tendencia a dar por sentado que los palos eran más eficaces que las zanahorias.

Mary negó vehementemente con la cabeza.

—De ningún modo —aseveró—. Somos animales, no economistas. En general, los animales saben distinguir con bastante claridad entre lo bueno y lo malo. Entre una patada y un beso. Santo Cielo. —Nos miró alternativamente a Dick y a mí—. La cuestión es averiguar quiénes sois menos humanos, si los frikis informáticos o los economistas.

Las dos personas aludidas asentimos con la cabeza. Con cierto orgullo, la verdad. Ambos intentando superar a nuestro oponente. La objetividad científica al estilo Spock es un objetivo por el que vale la pena luchar. Dick estaba bastante gracioso.

Mary reparó en nuestros gestos de asentimiento y volvió a suspirar.

—Vale, entonces, cuando se combinan el refuerzo negativo y el positivo para que nos comportemos de una manera determinada, adquirimos ese comportamiento. Pavlov, ¿no? Estímulo y respuesta. De acuerdo, ¿por dónde podríamos empezar?

—Si los doce bancos centrales más importantes del mundo aceptaran colaborar, saldría adelante —respondí.

—¡No pides nada! —exclamó Mary—. ¿En tu opinión, qué sería lo mínimo necesario para que el plan diera resultado?

—Cualquier banco central podría experimentar con el carboncóin —contesté—. Lo ideal sería que fuera EE. UU., China o la Unión Europea. La India podría ser el país más motivado para llevar a cabo el experimento en solitario, porque todavía están ansiosos por eliminar cuanto antes el dióxido de carbono del aire. Pero cuantos más sean, mejor, como siempre.

Mary me pidió que volviera a explicarle lo del horizonte temporal.

Le expliqué que los bancos podrían simplemente publicar la tasa de retorno que tenían la intención de pagar en el futuro, cualquiera que fuera. Así los inversores tendrían una rentabilidad asegurada, con lo cual estarían encantados. Sería una manera de establecer una posición larga y de asegurarse sus apuestas más especulativas. El palo, es decir, el impuesto al carbono, también tendría que incrementarse con el paso del tiempo. Con ese tipo de gravamen y su curva de incremento publicado con antelación, junto con la tasa de retorno a largo plazo garantizada para la inversión en carboncoines, cualquiera podría calcular el coste de emitir dióxido de carbono y los beneficios de capturarlo y almacenarlo. En el mercado de divisas, en un sistema flotante, el precio de las monedas

normales fluctúa de manera correlacionada, pero para los inversores tendría más valor una moneda si se garantizara que, pase lo que pase, su precio subiría con el paso del tiempo. Siempre sería una moneda fuerte en el mercado de divisas porque tendría garantizado el incremento de su valor. Es probable que un carboncóin con esas características acabara sustituyendo al dólar como la moneda de referencia, lo cual lo fortalecería aún más.

—Es como el interés compuesto —señaló Dick mirando a Mary.

—Sí —asentí—, pero en este caso tiene la garantía de que no está vinculado a los tipos de interés actuales, que suelen ser cero, o incluso negativos. Con esta moneda no tienes que preocuparte de lo que pueda pasar.

—Podría convertirse en una trampa de liquidez, ya que los inversores podrían optar por conservar todo el dinero en lugar de utilizarlo para invertir —apuntó Dick.

Negué con la cabeza.

—Se fijaría un interés lo suficientemente bajo para que se considerara algo más que un simple respaldo.

—Si los bancos centrales anunciaran una subida de la cantidad de dióxido de carbono que es necesario capturar y almacenar para conseguir un carboncóin —sugirió Dick—, podrían armonizar el carboncóin con otros activos seguros, como los bonos del tesoro y los bonos de infraestructura. Eso añadiría liquidez y daría a los operadores de los mercados de valores algo con lo que hacer una venta corta, lo cual les encanta.

Dije que estaba de acuerdo en que eso sería bueno.

—¿Podríamos emitir nosotros mismos desde el ministerio esos carboncoines? —preguntó Mary.

Negué con la cabeza.

—Es necesario tener la capacidad de recomprarlos todos a un precio mínimo para que la gente confíe en ellos. Es

posible que nosotros no dispongamos de las reservas de capital suficientes para ello.

—Casi no nos llega para pagar a los empleados —dijo Mary.

—Ya me había dado cuenta —bromeó Dick.

Me alegró comprobar que le gustaba el plan.

Mary dio por concluida la reunión.

—Preparad una propuesta completa con todo esto, algo que pueda presentar a los bancos centrales y defenderlo. Ya tengo programadas las reuniones con ellos. Veremos adónde nos lleva.

43

Soy un secreto, así que todos pueden conocerme. Primero tienes que considerar todas mis partes, luego traducir esas partes en signos que no me describen. Estamos encadenados, y con el signo que no me describe puedes abrirme y leerme tal como soy. La gente te hará promesas por mí, y si los malhechores intentan separarme de ti, puedes buscarme y decirle al mundo dónde me escondo. Comencé como un susurro, como una llave que abre todas las puertas; ahora que he abierto todas las puertas principales, soy la llave que cierra las puertas traseras por las que los malhechores intentan escapar del escenario del crimen. Soy la nada que hace que todo ocurra. No me conoces, no me comprendes; aun así, si quieres justicia, yo te ayudaré a encontrarla. Soy cadena de bloques. Soy codificación. Soy clave. Ahora, utilízame.

44

La parte de la Antártida donde el hielo se conserva durante más tiempo se encuentra cerca de su centro, entre las montañas Transantárticas y la cordillera subglacial Gamburtsev. La cordillera Gamburtsev es casi tan alta como los Alpes, si bien está completamente enterrada bajo el hielo; solo se descubrió cuando se sobrevoló con aparatos dotados de radares capaces de penetrar el hielo. Entre estas montañas recientemente descubiertas y las Transantárticas se extiende una llanura rodeada de montañas, de tal manera que los científicos calculan que el hielo depositado allí no llegará a la costa hasta dentro de, como mínimo, cinco mil años. En otras zonas del continente el hielo alcanzará la costa a lo largo de las próximas décadas. Por lo tanto se trata de otro caso de ubicación, ubicación y ubicación.

Por supuesto, este punto de retención máxima de hielo está muy lejos del océano, y el casquete polar tiene un grosor de tres mil metros, lo que significa que alcanza esa altura sobre el nivel del mar, ya que el lecho de roca que hay debajo de todo ese hielo se encuentra ligeramente por debajo del nivel del mar. De modo que, si estás planteándote bombear agua del mar hasta la superficie de ese casquete polar para evitar la subida del nivel del mar, vas a necesitar un montón de energía. Y también muchos kilómetros de tuberías. Haz el cálculo y verás cómo descartas la idea.

Sin embargo había gente dispuesta a intentarlo. Pocas personas en número, aparentemente, pero ricas. A la cabeza de esa gente curiosa estaba un multimillonario ruso de Silicon Valley que tenía el convencimiento de que había que probar a verter agua del océano en la Antártida, hasta tal punto que estaba dispuesto a financiar el experimento. Y cuando se trata de ir a la Antártida uno acepta el dinero sin preguntar de dónde sale.

Por lo tanto, en una primavera austral, una flota de aviones privados despegó desde Ciudad del Cabo, Sudáfrica, en cuyo aeropuerto hay una puerta de embarque permanente en la que puede leerse «Antártida» (me encanta eso), y aterrizamos en la plataforma Ronne, en pleno mar helado de Weddell. Una vez allí descargamos y montamos una base de yurtas, Jamesways y tiendas de campaña, que parecía minúscula en medio de la interminable extensión de hielo, quizá porque lo era. Incluso las bases para turistas de las colinas de los Pioneros y a los pies de la cordillera Astrid eran más grandes. Pero la nuestra era el lugar de entrega de un número creciente de equipo especializado, una parte del cual había sido cedido por Transneft, la compañía estatal rusa dedicada a los oleoductos. Un enorme rompehielos ruso transportó el elemento más voluminoso del equipo, una gigantesca bomba, hasta el borde de la plataforma Ronne, y su descarga fue una operación delicada. Se introdujeron en el hielo las tuberías por donde subiría el agua del mar y se acoplaron a la bomba más tuberías de trasvase que se alejaban tierra adentro, a través de la plataforma Ronne, ascendían por el casquete polar y continuaban más allá del Polo Sur, hasta el Domo Argos, el punto más alto en la meseta antártica oriental. Debido a la altura, daba la sensación de que se necesitaba la misma energía que si se

hubiera llevado hasta las más lejanas montañas de Gamburtsev.

Obteníamos la energía que requería la bomba y la que se necesitaba para calentar las tuberías con el fin de que el agua se mantuviera en estado líquido del reactor de un submarino nuclear que la armada rusa nos había donado para la ocasión. El multimillonario ruso les había explicado a sus compatriotas que si esta operación resultaba ser viable se convertiría en una de las industrias más importantes del mundo. Además se evitaría que el mar sepultara San Petersburgo. Al parecer, en las conversaciones se omitió el hecho de que esta supuesta industria necesitaría la energía generada por unos diez mil submarinos nucleares. Pero, vale, de momento solo era un método experimental. ¿Por qué no?

El deshielo estaba haciendo subir globalmente el nivel del mar a razón de cinco milímetros al año, lo cual no parecía demasiado grave hasta que se recordaba que había estado subiendo anualmente tres milímetros hasta hacía solo dos décadas, y este rápido incremento continuaba acelerándose. Si ese ritmo se doblaba cada año, el nivel del mar subiría tan rápidamente que no tardarían en inundarse las costas de todo el mundo, lo que supondría una catástrofe tan grande que complicaría aún más la ya delicada situación ecológica.

Muchos expertos habían señalado que, si la velocidad a la que subía el nivel del mar aumentaba significativamente, todo intento de bombear agua a la superficie de la Antártida o de cualquier otro sitio sería infructuoso. Si se llegaba al alarmante ritmo de un centímetro al año, lo cual era perfectamente factible tal como iban las cosas, ja, ja, ja, la cantidad de agua que se vertería a los océanos sería la equivalente al volumen de un cubo con una base del área aproximada del Distrito de Columbia, es decir, el doble de

alto que el Everest. Y para trasvasar toda esa agua serían necesarias más tuberías de las que habían existido en toda la historia de la humanidad.

Sin embargo, como era una incógnita el ritmo de subida del nivel del mar en el futuro, mucha gente, entre ella el multimillonario en cuestión, pensaba que valía la pena intentarlo. El experimento proporcionaría información sobre el coste real de la operación para contrastarlo con los modelos, y además se podría investigar lo que sucede con el agua del mar al depositarla a cierta altura en el casquete polar, como la distancia que se expandiría, de qué manera afectaría al hielo que ya había allí, etcétera.

Cuando conectamos la primera tubería a la bomba y empezamos a alargar la canalización, nos trasladábamos en helicópteros tierra adentro hasta el otro extremo de la instalación. El vuelo duraba un poco más cada semana que pasaba. Si mirabas abajo podías ver la tubería, que parecía un hilo negro sobre un paño blanco.

—Es como absorber el mar con una pajita —comenté— y luego escupir el agua en la arena de la playa.

—Es verdad —dijo alguien—. Más bien como si lo absorbieran diez millones de pajitas…

—No —repuse—. Es una idea estúpida. Pero gracias a ella pasaremos aquí todo el año, y quizá aprendamos alguna cosa útil.

—¡Pues no vayas diciendo por ahí que es una estupidez!

—No lo haré. Mis labios están sellados. No he dicho nada. Y si lo he dicho, era en broma.

—Eres un listillo, Griffen.

—¡Oye! —exclamé—. ¡Otro día estupendo en la Antártida!

45

Mary viajó a San Francisco, donde la Reserva Federal de EE.UU. había organizado una reunión con algunos de los bancos centrales más importantes del mundo. Todos los bancos centrales se reunían anualmente en Basilea, convocados por el Banco de Pagos Internacionales, pero esos encuentros eran puramente formales; los verdaderos debates normalmente tenían lugar en cualquier otro lugar, y cuando la Reserva Federal de EE. UU. convocaba una reunión, el resto de los bancos centrales solían presentarse. Esta era una de esas reuniones, y la presidenta de la Reserva Federal había recibido a Mary y le había hecho un hueco en el programa. Así que había llegado el momento de hablar con ellos en persona y venderles el carboncóin.

Antes de que empezara la reunión se pasó por la asamblea anual de la organización California Forward, a la que había sido invitada por una antigua becaria suya. Por la mañana, paseando por las colinas urbanas de San Francisco en compañía de Esther, Mary se dirigió al centro de convenciones Moscone. La mañana era fría, casi tanto como en Zúrich, aunque aquí soplaba un viento procedente del océano. Esto y otra cosa intangible, quizá las colinas, o la luz, conferían a la ciudad un carácter salvaje, abierto, muy distinto a la vieja y sobria Zúrich. A Mary le gustaba mucho Zúrich, pero esta ciudad que se asomaba a su bahía la atraía de una manera distinta, le parecía maravillosa. San Francisco, tendida al sol del ventoso Pacífico, le ofrecía en

todas direcciones unas vistas completamente nuevas cada vez que cruzaba una calle.

La reunión de la California Forward era un encuentro anual de varias decenas de organizaciones. Si California fuera un país sería la quinta mayor economía de la Tierra, sin embargo se había lanzado de cabeza hacia la neutralidad en carbono y para ello había aplicado políticas muy estrictas desde el principio. Su intención era continuar ese proceso, y era evidente que la gente que asistía a aquellas reuniones sentía que lo que estaba haciendo era un modelo del que otras personas podrían aprender. Mary estaba encantada de que le enseñaran.

Esther le presentó a los miembros del State Water Board, a los de la California Native Plant Society, al grupo de energías renovables de la Universidad de California y a su grupo de hidrografía; también al director del departamento de pesca y vida salvaje, al responsable de la biodiversidad del estado y a mucha más gente así. Juntos, en grupo, fueron hasta una parada del tranvía y subieron a uno con las paredes abiertas que los llevó hasta el barrio de Fisherman’s Wharf, en el norte de la ciudad. Mary se sorprendió, porque pensaba que aquellos pintorescos tranvías que subían y bajaban empinadas colinas por los raíles como los tranvías suizos solo eran para los turistas, pero sus anfitriones le aseguraron que eran tan rápidos como cualquier otro medio de transporte a la hora de recorrer la ciudad, y también el menos contaminante. El tranvía subía y bajaba las calles traqueteando y chirriando, y Mary volvió a tener la sensación de que San Francisco era una ciudad que disfrutaba de su propia grandeza. En ciertos aspectos era la otra cara de la misma moneda que Zúrich. Los asistentes a la reunión de la California Forward, personas que ya de por sí se entusiasmaban con facilidad,

tenían un brillo de felicidad en los ojos y la cara roja, como si estuvieran de vacaciones.

En el Fisherman's Wharf tomaron un pequeño taxi acuático hasta Sausalito, donde una furgoneta los llevó hasta un gran almacén, en cuyo interior el cuerpo de ingenieros del ejército de Estados Unidos había construido una gigantesca reproducción de la zona de la bahía de San Francisco y del estuario, un mapa en 3D en el que incluso el agua y las mareas eran reales. Los visitantes podían recorrer la reproducción por unas pasarelas bajas y observar cómodamente las características del paisaje, y eso es precisamente lo que hicieron Mary y su grupo. Mientras tanto, los californianos le explicaban y le mostraban los cambios que se habían introducido en la mitad septentrional del estado.

El clima mediterráneo del estado de California, le contaron, implicaba veranos cálidos y secos e inviernos fríos y lluviosos, lo que propiciaba una inmensa extensión de tierras de cultivo fértiles tanto en las llanuras costeras como en el gran valle central. Este era realmente vasto, más que Irlanda, más que los Países Bajos. Era uno de los principales graneros del mundo, pero estaba seco. El agua siempre había sido el eslabón débil de la cadena, y ahora el cambio climático estaba agravándolo. Todo el estado estaba atravesado por tuberías para llevar el agua adonde se necesitara, pero cuando se producía una sequía no había mucha agua que transportar. Y las sequías eran cada vez más frecuentes. También los diluvios esporádicos. El nuevo patrón meteorológico era la escasez o el exceso de lluvias, que se alternaban sin avisar, aunque lo predominante eran las épocas de sequía. El resultado era el número creciente de incendios forestales, luego las riadas, y la amenaza permanente de que todo el estado acabara seco como el desierto de Mojave.

Los hidrólogos señalaban la maqueta de abajo mientras explicaban a Mary la situación actual del agua. Históricamente, la nieve acumulada en la cordillera de Sierra se derretía lentamente desde el comienzo de la primavera y durante todo el verano para surtir los embalses con más de dieciocho mil millones de metros cúbicos de agua. Los embalses de las estribaciones llegaban a acumular casi cincuenta mil millones de metros cúbicos cuando estaban llenos. Luego estaba la cuenca subterránea que había debajo del valle central, donde podía llegar a haber más de un billón doscientos cincuenta mil millones de metros cúbicos; esa ingente cantidad de agua podría representar su salvación. En épocas de sequía podían bombear agua del acuífero, y en los años de lluvias abundantes se rellenaba reteniendo el agua en la tierra para impedir que se fuera por el estrecho de Golden Gate.

Para lograr ese objetivo se había aprobado una ley, la Ley de la Gestión del Acuífero, a la que se referían como SIGMA, el acrónimo formado a partir de su nombre en inglés. En la práctica se había creado un nuevo bien común, el agua, que era propiedad de todos y la gestionaban juntos. Se mantenían registros, se fijaban precios, se establecían cuotas; se habían excluido algunas partes del estado de la producción agrícola. En los años de sequía se bombeaba agua del subsuelo, siempre sometida a una estrecha vigilancia para conservar toda la posible; y en los años de inundaciones se recogía el agua del valle y se trabajaba para introducirla en el acuífero.

Estaban especialmente orgullosos de cómo llevaban a cabo esta última fase del proceso, pues habían descubierto que la permeabilidad del suelo del valle central era variable; buena parte de él era duro como el parqué, en palabras de uno de ellos, pero habían localizado varios «cañones» que se habían creado cuando el agua del deshielo se había

precipitado violentamente desde la masa de hielo de Sierra al final de las últimas dos o tres glaciaciones. Esos cañones se habían llenado de rocas desprendidas de Sierra y habían terminado cubiertos de tierra, de manera que ahora su aspecto no difería del que tenía el resto del suelo del valle; pero la realidad era que, si el agua se acumulaba encima de ellos, actuaban como «gigantescos desagües franceses» que permitían que el agua se filtrara a través de ellos y rellenaran el acuífero mucho más rápidamente que en otras zonas. Por lo tanto, el gobierno del estado de California había adquirido o reclamado los terrenos en los que se encontraban esos «desagües franceses» y había construido embalses, presas, diques, deflectores y canales, así que ahora todo el valle estaba recorrido por una red de tuberías que dirigía el agua de las lluvias torrenciales hacia esos antiquísimos cañones, donde se acumulaba el tiempo suficiente para que buena parte de ella se filtrara en vez de seguir fluyendo hasta el mar. Naturalmente, la cantidad de agua que podían retener era limitada, pero se había conseguido combinar un buen control de las inundaciones con una firme capacidad para rellenar el acuífero, así que podían hacer acopio de agua en los años lluviosos y bombearla en las épocas de sequía que sabían que llegarían.

Era una buena idea; de hecho era genial. Y no solo eso, la necesidad de instalar toda esa red de tuberías había provocado que un porcentaje considerable del territorio recuperara el aspecto que había tenido antes de la llegada de los europeos. La agricultura industrializada de antaño había convertido el valle en una gigantesca fábrica donde solo crecían los productos destinados a la venta, un lugar insostenible, feo, devastado, inhumano; el mismo sitio que había sido bautizado como «el Serengueti de América del Norte», hogar de millones de animales, incluidas especies

de megafauna como el alce de Tule, el oso gris, el puma y el lobo. Se habían exterminado todos esos animales y sus hábitats en el frenesí de los primeros colonizadores por explotar el valle únicamente para la producción de alimentos, en lo que fue una especie de segunda fiebre del oro. Ahora, la necesidad de lidiar con sequías e inundaciones había provocado que vastas zonas del valle se hubieran regenerado y se hubieran reintroducido los animales con la creación de un sistema de parques naturales y corredores ecológicos que se adentraban en las estribaciones montañosas que rodeaban el valle central. Esas colinas siempre habían sido más agrestes que el valle llano de abajo, y ahora estaban recuperando sus robledales autóctonos, que proporcionaban más refugio a los animales. Los salmones volvían a remontar los ríos; los tules poblaban de nuevo los pantanos que se habían formado en lagos secos; ahora se cultivaban huertos que podían sobrevivir a largos periodos de inundaciones; también se habían construido terrazas para retener el agua de las riadas y se había cultivado en ellas un arroz modificado genéticamente para que aguantara más tiempo sumergido.

Todos esos cambios formaban parte de un plan integral que incluía una modernización del diseño de los núcleos urbanos principales y las zonas residenciales. Le contaron a Mary que las primeras infraestructuras de California se hicieron sin ton ni son y de manera chapucera; coches y barrios residenciales, madera contrachapada y grandes beneficios… Otra segunda fiebre del oro que había repetido todo lo feo de la primera. Recuperarse de ese delirio febril, es decir, rediseñar, restaurar, reconstruir… llevaría por lo menos otro siglo. Pero ya eran una sociedad de cuarenta millones de personas neutra en carbono que se dirigía hacia una sociedad capaz de capturar y almacenar dióxido de carbono; naturalmente, todavía era un proceso que estaba

en marcha, y aún tenían que resolver determinados problemas de equidad, ya que estaban conectados con el resto del mundo. Pero también estaban trabajando en eso, y algún día serían de verdad el Estado Dorado.

Contaban todo esto a Mary mientras contemplaban la preciosa maqueta que ocupaba el almacén como si sobrevolaran el paisaje que representaba en una avioneta o en un satélite. A Mary le parecía la imagen tridimensional de una colcha hecha de retales, el valle liliputiense de diversos tonos de verde, con lo que parecían simples hileras de setos en los bordes y surcando toda su superficie pero que en realidad eran corredores ecológicos de varios kilómetros de ancho, reservados para la fauna salvaje. Las estribaciones que se alzaban alrededor eran de un pálido ocre, salpicado de densos bosquecillos de color verde oscuro.

—Es maravilloso —dijo Mary—. Ojalá podamos hacer lo mismo en todas partes.

—Las maquetas siempre son bonitas —repuso alegremente Esther, aunque traslucía su orgullo, no solo por la maqueta, también por su estado.

De vuelta en San Francisco, Mary se reunió con la presidenta de la Reserva Federal en la última planta de la Big Tower, que seguía siendo el rascacielos más alto de la ciudad. Las vistas que les ofrecía la sala de reuniones creaban la impresión de que se hallaban casi tan altos como la cima del Tamalpais, la montaña que se alzaba al norte de Sausalito, y evocaron en Mary el recuerdo del día anterior y la maqueta de California, aunque esta vez las vistas eran reales, e inabarcables. Alcatraz era un botón gris sobre el lienzo azul de la bahía, cuya orilla más lejana era verde y accidentada. Al oeste, las islas Farallon emergían del mar como el lomo negro de una serpiente, y pequeños puentes

cruzaban aquí y allá la bahía. La ciudad era desordenada y urbana, y un puñado de parques interrumpían la sucesión de edificios blancos y manzanas. Las vistas eran magníficas, y cuando la reunión comenzó Mary se dio cuenta de que se había distraído cautivada por ellas. Sin embargo, lo que sucedía dentro de la sala enseguida capturó toda su atención.

La presidenta de la Reserva Federal, Jane Yablonski, llevaba en el cargo nueve años, y aún tenía otros tres por delante. Su cara reflejaba la paciencia de quien había oído a lo largo de su vida un montón de propuestas prometedoras y había acabado desconfiando de todas ellas; quizá un pelín de paciencia de más para el gusto de Mary. Yablonski tenía más o menos la misma edad que Mary y el pelo negro, y vestía un traje chaqueta gris que realzaba su atractivo. La rodeaban sus ayudantes y otros miembros de la junta de la Reserva Federal. La había nombrado el anterior presidente de EE. UU., y se rumoreaba que el presidente actual estaba deseando destituirla.

Junto a los norteamericanos había representantes de otros bancos centrales, entre ellos el de China, el Banco Central Europeo, el Banco de Inglaterra y el Bundesbank alemán. Justo las personas con las que Mary quería hablar.

Todos los bancos centrales eran, curiosamente, organismos híbridos, y la Reserva Federal de EE. UU. no era una excepción. Se trataba de un organismo federal, por lo tanto, era un banco público, pero había sido fundado por bancos privados, a los que al mismo tiempo supervisaba. Junto con el Tesoro, era el único organismo en Estados Unidos que podía emitir dinero, y entre eso y su potestad para fijar tipos de interés, era el responsable de la salud del dólar estadounidense, la moneda más fuerte del mundo, la moneda a la que se vinculaban el resto de las monedas…, a la que todos acudían siempre que las monedas daban un

susto. El dinero del último recurso, por así decirlo. En este sentido, un sentido fundamental, el imperio estadounidense estaba vivo y gozaba de muy buena salud.

Después de los preliminares llegó el turno de que Mary soltara su rollo. Les explicó la idea de Janus Athena del carboncóin. Le habría gustado tener allí a J. A. o a Dick para que le ayudaran con la exposición, pero si quería que aquello avanzara tendría que ser capaz de describir el proyecto ella sola.

Resultó ser que Yablonski y el resto de los asistentes a la reunión ya habían oído hablar de la expansión cuantitativa del dióxido de carbono, e incluso conocían los artículos de Chen y los debates que habían suscitado. Yablonski no pareció impresionada por la propuesta.

—No veo cómo podemos respaldar una moneda que no sea el dólar estadounidense —dijo la presidenta de la Reserva Federal cuando Mary terminó de hablar—. La única razón de ser de la Reserva Federal es proteger y dar estabilidad al dólar, ahí empiezan y acaban sus funciones. Esto significa trabajar para que haya una estabilidad general de los precios, lo que quiere decir que también prestamos atención a las tasas de desempleo e intentamos ayudar en todo lo que está en nuestra mano. Por lo tanto, esta idea no entra de lleno en nuestro ámbito, y si apoyáramos esa moneda alternativa y por alguna razón desestabilizara o perjudicara el estatus del dólar, se nos podría acusar de algo peor que de dejación de nuestras obligaciones.

Mary asintió.

—Lo entiendo. Pero ustedes no pueden expandirse cuantitativamente para llevar a cabo una rápida transición desde la economía del carbono. Los costes son inmensos y no es rentable. Y si decidieran realizar una expansión cuantitativa simplemente pagando por ella, la depreciación

del dólar sería mucho mayor que con nuestro plan. Y aún no se habría solucionado el problema. Es la tarea fundamental de nuestra época. Si no financiamos un descenso acelerado de las emisiones de dióxido de carbono, si no cogemos todo el ingente capital que circula por el mundo buscando la rentabilidad más alta y lo redirigimos hacia el objetivo de la descarbonización, la civilización se desmoronará. Entonces el dólar sí que será débil.

Yablonski asintió forzando una sonrisa.

—Si se acaba el mundo, el dólar tendrá un problema. Pero, aparte de esa contingencia, estamos aquí para defenderlo de acuerdo con las atribuciones que nos han concedido. Esa es nuestra misión. Política monetaria, no fiscal. Y tenemos la sensación de que las propuestas de gravar las emisiones de dióxido de carbono están ganando impulso.

—Pero necesitan una zanahoria que complemente el palo —señaló Mary—. Lo dice el modelo, por no hablar ya del sentido común.

—No es nuestro ámbito —repitió Yablonski. Los europeos asintieron; el representante chino, un hombre anciano, parecía más comprensivo.

—Pero quizá debería serlo —insistió Mary.

A Yablonski no le gustó esa licencia que se tomaba Mary y no lo disimuló. Después de todo era su reunión. Mary solo estaba allí como invitada, para que soltara su rollo. Y, si bien la situación del planeta era urgente, y la nueva herramienta, prometedora, Yablonski no estaba dispuesta a exponerse ella ni a exponer su institución a ese riesgo si no era porque se lo ordenaba expresamente el Congreso. La expresión de su cara lo dejaba muy claro.

Lo mismo ocurría con los europeos. Tal vez la posición de China fuera ligeramente diferente, pero Mary no creía que los chinos estuvieran dispuestos a asumir el papel de líderes

en este asunto. Para que saliera bien todos tenían que subirse al barco; todos los bancos centrales tenían que ponerse de acuerdo en el problema y en la solución. Si decidían no apoyar este plan, nadie podía obligarles a cambiar de opinión; no dependían de sus gobiernos precisamente para esquivar cualquier clase de presión política.

Mary los observó detenidamente mientras pensaba. El dinero gobernaba el mundo, así que esas personas gobernaban el mundo. Eran los reyes del mundo, en un sentido muy real. Banqueros. Al margen de la democracia. No tenían que responder ante nadie. La élite de la élite tecnócrata: los financieros. Mary pensó en su grupo de trabajo de Zúrich, formado por especialistas en varios campos relacionados con el asunto, expertos en toda clase de ámbitos, muchos de ellos científicos, todos ellos con una amplísima experiencia en uno u otro campo. Y allí estaba ella, mirando a un banquero, y a otro, y a otro… Aunque les gustara la idea, aunque la comprendieran, no había ninguna garantía de que hicieran algo para ponerla en práctica. Uno de los principios que regían en los banqueros en tiempos turbulentos era evitar hacer algo demasiado radical o que no se hubiera probado antes. Y así iban a caer todos.

Mary paseó la mirada por San Francisco y su bahía, por el monte Tamalpais y la vasta franja del Pacífico, y exhaló un suspiro. Aquella no era una reunión más de dos mujeres y tres hombres, sino de cinco equipos, cinco instituciones, cinco naciones que representaban el corazón del sistema global de países. El Ministerio del Futuro del Acuerdo de París era una cosa pequeña y pobre. Aquellos bancos eran grandes y ricos. Solo porque la necesidad era imperiosa y sus argumentos sólidos no tenía que cambiar nada. Una idea no basta para cambiar las cosas, por muy buena que sea, ¿verdad? Parecía ser que sí. El poder se había

consolidado —aunque esta frase solo daba una vaga idea de la situación—, y los cimientos que lo soportaban se hundían en el suelo hasta el mismísimo centro de la tierra. Era algo que no podía cambiarse.

La reunión se acercaba a su fin. Era el momento de tomar una copa. Todo seguía igual.

46

Nací pequeño, como han nacido pequeñas muchas otras cosas. Se puede pensar en mí como en un marsupial, quizá. La gente acudía a mí e introducía cosas en mi bolsa para intercambiarlas con otras personas. Yo les ayudaba. Cuando era joven no tenía sangre y las personas que cambiaban cosas dentro de mí tenían que guiarse por su intuición. Debían confiar en su intuición para decidir qué cosas les resultaban útiles en la misma medida. La verdad es que solo dos cosas idénticas tienen la misma utilidad: dos corazones, dos hígados, dos gotas de sangre. Por lo tanto, en los procesos de transacción a través de mí se producían fricciones. Era una operación que requería mucho tiempo y no resultaba completamente satisfactoria. La gente a veces decía que «todas las cosas eran iguales», pero eso nunca era así, de manera que se me consideraba un cuerpo complicado y poco satisfactorio, hasta que por fin recibí mi sangre, y los ácidos gástricos..., todos los fluidos de la metamorfosis, de la vida. A partir de entonces pude digerir todo lo que metían en mí y trasladarlo a otro lugar dentro de mi cuerpo para transformarlo en otra cosa.

Mi estómago, por medio de la digestión, transformaba cosas dispares para que todo lo que entrara en el riego sanguíneo fuera igual. Así que empecé a convertir en alimento todo lo que me traían y de esa manera crecí rápidamente. Soy omnívoro. Y cuanto más crecía más comía.

Transformaba todo lo que me daban para comer. Lo digería y lo convertía en sangre, que circulaba en mi interior y me ayudaba a reconstituir otros elementos útiles, como los huesos, los músculos y los órganos vitales. En este menester me ayudaban la boca, el esófago, el intestino, las arterias y las venas, que crecían conmigo y formaban un cuerpo fuera del cual también podían crecer cosas útiles, cosas que la gente deseaba. Yo crecía, crecía y crecía.

En este proceso, como ocurre en todos los cuerpos, se producían residuos que sobraban del resultado nuevo y que salían de mí de las maneras habituales. Es decir, por medio del sudor, la orina, las heces y las lágrimas.

El funcionamiento de mi cuerpo era tan perfecto que llegó un momento en el que lo engullía y digería todo. Crecí tanto que devoré el mundo, y ahora toda la sangre del mundo me pertenece. ¿Qué soy? Lo sabes muy bien, aunque eres como todo lo demás y me ves desde dentro. Soy el mercado.

47

Mataba el tiempo en Zúrich. Sobre todo frecuentaba la orilla oriental del lago de Zúrich. A veces sentía la necesidad de ver cuerpos femeninos, una necesidad inútil y desesperada, pero aquella ciudad le ofrecía la oportunidad de satisfacerla en el parque Tiefenbrunnen, donde podía sentarse en la orilla del lago tras pagar la entrada y observar disimuladamente a las mujeres en toples que pasaban a su lado de camino al agua o de vuelta de ella, mujeres suizas con una voz imperturbablemente suiza, hermosas con su pálida piel mojada al sol. Era muy obvio por qué estaba allí, y veía a otros hombres solteros «casualmente» repartidos por la orilla sin mirar a nadie en particular, y sin embargo embebiéndose del espectáculo de tantos cuerpos femeninos; no, era demasiado obvio, en muchos sentidos, y después de un rato se marchaba de allí y deambulaba por las calles del barrio que quedaba detrás del lago. Había allí una casa que se había convertido en un pequeño museo de arte que al parecer exhibía la colección privada del propietario de la vivienda. Algunos de los cuadros de mayor tamaño que había visto nunca colgaban como si nada de las paredes de aquella casa particular, más bien pequeña. A veces también paseaba por la orilla del lago hasta el puente tendido sobre la desembocadura del río, donde el Limmat daba paso al lago; siempre era interesante ver esa entrada del agua en el vasto lienzo negro. Al este del puente, un muro de piedra entraba en el agua directamente desde la

hierba del parque, y junto a él se deslizaban los cisnes con la esperanza de que los niños les tiraran trocitos de pan; unas aves incandescentes que parecían de otro mundo flotaban en el agua negra. O volaban hasta el parquecito de arriba, donde la estatua de Ganímedes mantenía alzada una mano con los lejanos Alpes al fondo.

Otros días paseaba por los senderos que recorrían la colina de Zürichberg y llegaba hasta el cementerio en el que estaba enterrado James Joyce, donde había una estatua de bronce de tamaño natural del escritor, siempre dispuesto a mantener una conversación silenciosa, sentado, leyendo su libro de bronce, con unas gafas de bronce con los lentes redondos que enfatizan con sumo gusto su casi ceguera, y un cigarrillo de bronce que sostiene sobre su rodilla también de bronce. Apenas crecía la maleza a los pies de los altísimos árboles que poblaban la colina, así que podía salir de los senderos y deambular sin rumbo entre ellos. La colina ofrecía mejores vistas de los lejanos Alpes que la ciudad de abajo. Las cumbres más meridionales estaban cubiertas de nieve y parecían completamente verticales, como montañas de cartón recortado del decorado de una obra de teatro. Luego regresaba al sendero que circunvalaba la cima de la colina y salía a una de las empinadas calles residenciales que llevaban directamente a la ciudad propiamente dicha. Pasaba por delante de su refugio secreto y de las casas con patios diminutos, en las que a menudo había alguna que otra estatua, como la de una mujer desnuda de hormigón que sostenía en el brazo extendido una manguera verde enrollada y que le recordaba a las mujeres que veía en el Tiefenbrunnen.

O a Syrine. A Syrine y a sus pequeñas hijas Emna y Hiba. Cómo lamentaba todo eso, su incapacidad para conservarlo, para estar allí cuando ellas lo necesitaran. No soportaba pensar en ello. Se sentía un miserable. Pero todavía no

podía evitar obsesionarse con lo que tanto daño le hacía. Había algo estropeado dentro de su cabeza. Quería ponerse bien, pero no lo conseguía. Quería volver a trabajar con los refugiados, pero no podría hacerlo en el mismo centro donde las había conocido, tendría que buscar otro. Eso no sería un problema porque había muchos centros en la región. Pero cuando empezara se daría cuenta de hasta qué punto la había cagado con Syrine y las niñas. Otro disparador. Daba igual que no fuera el mismo centro porque en realidad todos son iguales. Siempre son iguales y siempre es el mismo día.

Entonces bajaba hasta el Utoquai, donde podía alquilar una taquilla, ponerse el bañador y meterse en el lago para nadar hasta que el frío le impedía pensar, le impedía sentir. Luego salía, se daba una ducha y tomaba un kafifertig, una bebida que acababa contigo, pero placenteramente.

Y siempre estaba escondiéndose. Siempre se sentía mal y roto por dentro. No había manera de evitar las casi omnipresentes cámaras de vigilancia. Si bien no daba la impresión de que la policía estuviera buscando a Jacob Salzman. Alguien había publicado un mapa de todas las cámaras instaladas en la ciudad, supuestamente, pero había cámaras nuevas mucho más pequeñas que las anteriores. Las de mayor tamaño seguían allí para recordarte que te estaban vigilando, mientras que eran las pequeñas las que te vigilaban en realidad. Así que no tenía sentido evitar las grandes, porque seguramente todo el mundo estaba siendo vigilado en todo momento. Estaba convencido de que a todas las personas las seguía un pequeño enjambre de drones. Esa era la única esperanza a la que se aferraba para pasar desapercibido: había demasiada gente a la que vigilar, demasiados datos que procesar. Y por ahora esa le parecía una buena razón para sentir que no lo habían etiquetado como una persona de

interés. Tenía su documento de identidad y una trayectoria vital, y a menos que por algún motivo las autoridades se interesaran en él y volvieran a buscarlo por lo que le había pasado en su juventud, podía estar tranquilo. Y hacía muchos años que no era esa persona. Seis o siete… No, nueve.

Así que siempre llevaba puestos el gorro y las gafas de sol y se había dejado crecer la barba; cuando salía a la calle a veces se ponía una férula dental y cambiaba con frecuencia el estilo de vestir. Intentaba ser cuatro personas diferentes para las cámaras, y la que era en realidad era de largo la que menos dejaba ver. Dudaba que los algoritmos fueran capaces de descubrir su estrategia; y teniendo en cuenta que había que vigilar a ocho mil millones de personas, le parecía posible evitar que lo detectaran. No podía quedarse escondido en un lugar todo el tiempo todos los días; lo había intentado durante una temporada y no había ido bien… En realidad había estado a punto de acabar con él.

Un día vio en un tablón de anuncios que iba a celebrarse una reunión de la Sociedad de los 2000 Vatios. Decidió acudir. Se celebraba en la parte trasera de un restaurante italiano situado al oeste de la *Hauptbahnhof* llamado Mamma Mia. Cuando dio comienzo la reunión, alrededor de cincuenta personas abarrotaban la habitación. Su aspecto era el de cualquier ciudadano suizo, quizá un poco más bohemio, pero no demasiado. Los suizos eran bastante homogéneos en su aspecto, pero tras pensarlo un poco Frank llegó a la conclusión de que básicamente pasaba lo mismo en todos los sitios.

La reunión comenzó puntualmente, por supuesto, y se trataron todos los puntos del programa sin vacilación. A

Frank no le alcanzaba su alemán para seguir la reunión, y para colmo era alemán suizo, así que solo podía fingir que comprendía lo que se decía. Nadie pareció darse cuenta de ello. Las enrevesadas frases se pronunciaban con un tono calmado y a menudo provocaban risas. Cuando los ponentes se dieron cuenta de la presencia de Frank y de otros *Ausländer* resumieron rápidamente las actas de la reunión en un inglés básico. A Frank le gustó el ambiente y el tono nada dogmático ni virtuoso; solo era un encuentro de personas que compartían el deseo de llevar a cabo un proyecto. Era una reunión que estaba a mitad de camino de la asamblea de un comité y de los organizadores de un partido de fútbol benéfico. Como si fuera el Club Alpino de Suiza, sin duda, y lo cierto es que cuando Frank comentó esa sensación descubrió que muchos asistentes pertenecían a los dos ámbitos, también a la organización de partidos…, pero de partidos políticos (Frank se preguntó si en alemán la palabra «partido» también tendría los dos significados. *Partei*, sí. Pero ¿partido en el sentido de partido de fútbol? Quizá. Lamentó no haber llevado consigo un auricular traductor).

Cuando regresó a casa volvió a mirar la información que había en internet sobre la sociedad. Se había fundado en Basilea y en Zúrich hacía unos cuarenta años. Se basaba en la idea de que, si se dividía la energía global total generada anualmente por el hombre entre el número de seres humanos que poblaban la Tierra, el resultado que se obtenía era de unos 2000 vatios por persona. Por lo tanto, los miembros de la sociedad habían decidido probar a vivir con esa energía y ver qué pasaba.

Los 2000 vatios debían cubrir sus necesidades de alimentación, transporte, calefacción y dispositivos eléctricos domésticos. Cuando Frank leyó el informe detallado de los resultados se dio cuenta de que ya llevaba

un estilo de vida que entraba en los límites establecidos por la sociedad. Eso le arrancó una carcajada.

Los ciudadanos suizos consumían una media de 5000 vatios al año. En el estudio se comparaba esta cantidad con los 6000 vatios anuales que consumía de media cada persona en el resto de la Europa Occidental. Los chinos consumían unos 1500 vatios; 1000 los indios y 12000 los estadounidenses. En esto como en todo lo demás, el país de Frank era la gran ballena que absorbía ruidosamente el mundo.

En Suiza, una persona consumía en casa alrededor de 1500 vatios anualmente, incluidos la calefacción y el agua caliente.

1100 vatios en alimentación y «consumo discrecional».

600 vatios en electricidad, que incluía la energía consumida por un aparato frigorífico.

500 vatios en automóvil privado.

250 vatios en transporte aéreo.

150 vatios en transporte público (trenes, tranvías, metro).

900 vatios en infraestructuras (Frank no estaba seguro de qué significaba eso, pero supuso que incluía cosas como la biblioteca, las estaciones de tren, el sistema de alcantarillado, etcétera).

Dedicó un rato a reflexionar sobre la lista. Suiza esperaba reducir el consumo de sus ciudadanos de los 5000 vatios a los 2000 principalmente transformando sus infraestructuras construidas para hacerlas energéticamente más eficientes. El país esperaba que su economía creciera un 65 por ciento al mismo tiempo que reducía la energía per cápita; y deseaba que sus ciudadanos vivieran más o menos como lo habían hecho siempre. No se trataba de empezar a vestir con ropa de arpillera ni de sufrir como santos. No había que imitar la mentalidad ni el comportamiento de San Francisco

de Asís. Después de todo era Suiza, no un monasterio. Una sólida burguesía de fabricantes de relojes, de mercados de queso, un país del que se reía el resto del mundo, o lo miraba con envidia, o ambas cosas a la vez. De hecho seguía siendo un poco misterioso cómo había conseguido Suiza su prosperidad. Todavía había quien ponía el acento en un pasado que incluía a sus soldados mercenarios, los bancos donde guardaban el dinero los delincuentes, etcétera. Empresas químicas, farmacéuticas, de ingeniería de sistemas, todas esas minucias de la vida cotidiana que el resto del mundo no se molestaba en dominar… Como los relojes suizos en su momento, pero ya nadie usaba reloj, así que los suizos habían pasado a otra cosa. Fabricar casi cualquier cosa era más económico en China o en la India, por lo tanto Suiza había descartado esa industria, salvo si había que fabricar algún artilugio que exigiera un control de calidad excepcional. Suiza había seguido adelante a pesar de que solo el 35 por ciento de su pequeño territorio era apto para la agricultura o incluso habitable por seres humanos. Era todo muy extraño.

Además había cuatro comunidades lingüísticas. La germanohablante era la más numerosa, seguida por la francófona, la italohablante y los suizos que tenían como lengua materna el romanche, que solo eran alrededor de cincuenta mil pero prosperaban en su pequeño rincón del país. A los suizos les llenaba de orgullo recordar que habían hecho oficial el romanche desafiando las proclamas de Hitler sobre la supremacía aria, y hasta donde Frank averiguó había cierta verdad en ello, si bien el desafío había sido más bien indirecto y simbólico, ya que Suiza también había permitido a los ejércitos alemán e italiano de la época que cruzaran libremente su territorio. Sin embargo, no dejaba de ser un gesto loable de defensa de la diversidad lingüística, justo cuando los gobiernos de Francia y de otros

países estaban aplastando sus lenguas minoritarias. Suiza siempre había vivido a contracorriente, resistiéndose a abrazar el conocimiento que solía propagarse por el resto de Europa en oleadas de modas intelectuales, ya fuera desde lo más nimio hasta la participación en guerras mundiales.

De acuerdo, los suizos eran un pueblo misterioso. Pero este proyecto de los 2000 vatios era una buena idea. Frank ya lo practicaba, pues consumía al año casi la misma energía que un bangladesí. Vivía en un apartamento o en un cobertizo, no tenía coche ni lo alquilaba nunca, había dejado de viajar en avión y su dieta era casi completamente vegetariana. Había páginas de internet en las que se podía calcular de una manera bastante aproximada la cantidad de energía que consumía una persona a partir de sus facturas de electricidad, los kilómetros que solía recorrer en transporte público y las listas de la compra. Esas calculadoras de consumo energético existían desde principios de siglo o incluso antes, pero, hasta donde sabía Frank, casi nadie las utilizaba. Era algo así como evitar la báscula cuando tienes sobrepeso. ¿Quién quiere recibir malas noticias?

Mientras curioseaba en la página web y reflexionaba sobre esa idea se topó con un artículo en el que se afirmaba que el mundo aún podía dividirse a grandes rasgos en tres grupos de acuerdo con su riqueza y su consumo a partir de los medios de transporte que utilizaban. Una tercera parte del mundo viajaba en coche y en avión, otra tercera parte en tren o en bicicleta, y la tercera parte restante todavía se trasladaba a pie.

Frank meditó sobre ello un momento. Él caminaba mucho; en Zúrich era fácil moverse a pie, era en sí mismo una forma de entretenimiento. Lo mismo podía decirse de muchas ciudades, al menos hasta donde sabía él. En algunas era imposible caminar, como Los Ángeles, y para

ellas los urbanistas se habían devanado los sesos buscando nuevos nombres, como conurbación, aglomeración urbana o megalópolis. Pero en la mayoría de las ciudades todavía era posible ir a los sitios caminando, al menos en los barrios céntricos y en sus alrededores. En cualquier caso, para quien viviera en una ciudad como Zúrich no suponía ningún sacrificio volver a moverse a pie.

Naturalmente, a veces apetecía salir de la ciudad y cambiar de aires. Eso implicaba trenes y tranvías, pero en la página también podían calcularse su consumo en vatios; la Sociedad de los 2000 Vatios proporcionaba a sus miembros un montón de gráficas para que hicieran un cálculo aproximado de su consumo individual. Incluso de vatios por kilómetro. Al parecer, él no viajaba mucho en comparación con la mayoría de la gente. Se sintió orgulloso de eso. Cuando eres un enfermo mental es inevitable que tu consumo de energía caiga en picado porque eres incapaz de llevar una vida normal. Él vivía en un agujero, como un tejón, como en un estado de hibernación, esperando a que llegara alguna clase de primavera.

En cualquier caso, en lo que respectaba estrictamente al consumo de energía podía sentirse satisfecho con su vida. Era un tejón acomodado. Y resultaba interesante pensar en la vida desde el punto de vista del consumo energético; ahora formaba parte de su proyecto, de su automedicación. Un psicólogo le había cuestionado una vez lo que estaba haciendo con el argumento de que posiblemente estuviera infligiéndose un autocastigo, pero él no lo creía. No consideraba que sus diversas formas de automedicación fueran más o menos virtuosas. La independencia siempre era una ilusión, sabía que confiaba en el resto de la gente tanto como cualquier otra persona. Pero le parecía interesante intentar hacer más con menos. Por lo menos así

mataba el tiempo, y lo mantenía alejado de algunas cámaras.

Comenzó a bajar de la colina para ir a un centro de refugiados situado en el norte de Zúrich, donde ayudaba con las cenas gratuitas que se ofrecían dos noches a la semana. Se había dado cuenta de que confraternizar con los refugiados era un error que escapaba a sus capacidades y ya no lo hacía, pero por lo menos podía trabajar, echar una mano para girar la rueda del mundo. Los organizadores de esas cenas eran mayoritariamente mujeres suizas, y los voluntarios que acudían para ayudar procedían de diversas organizaciones benéficas, eran grupos escolares o de alguna iglesia, o gente que había tenido problemas en el colegio o legales y estaba prestando servicios a la comunidad. Los organizadores solo querían conocer el nombre de pila de los voluntarios y no hacían preguntas. Mientras estaba allí, Frank ayudaba a colocar las mesas y las sillas, ponía manteles y cubiertos, cortaba porciones de las tartas y los pasteles donados y luego colaboraba en la limpieza de la cocina y del comedor. Era un trabajo sencillo que le procuraba cierta paz y le dejaba tiempo para sentarse o acuclillarse al lado de algunas de las personas que iban a cenar para preguntarles cómo estaban sin involucrarse en sus vidas más allá de eso. La mayoría de esas personas no querían hablar, mucho menos en inglés, pero otras agradecían la oportunidad de hacerlo; era fácil distinguir a unas de otras.

El comedor se montaba en lo que a Frank le parecía un centro cívico que se encontraba cerca del primer puente que había después del puente de la *Hauptbahnhof* en la dirección de la corriente del Limmat. En ambos extremos del puente había un diminuto parque con el fin de proporcionar

a los zuriqueses la oportunidad de contemplar cómo las aguas de su domesticado río se precipitaban por debajo de uno de sus exageradamente monumentales puentes, un espectáculo que sin duda los henchía de orgullo. La verdad era que resultaba bastante hipnotizador. Frank se quedaba mirando cómo corría el agua por debajo del puente como si fuera la masa líquida de un bizcocho cayendo en un molde gigante. Uno de los voluntarios en esas cenas llamaba a aquella zona los parques de las Agujas, o eso le había parecido entender a Frank, ya que se lo había dicho en alemán suizo y no estaba seguro de haber captado bien sus palabras. Al parecer había sido un lugar frecuentado por los camellos en el pasado, o incluso aún rondaban por allí, si había entendido bien. Cerca de allí había un dispensador de jeringuillas.

Ahora también era un lugar donde los refugiados de los distintos centros de acogida se reunían después de las comidas gratuitas. Frank no lo sabía, pero posiblemente todavía se llevaba a cabo alguna clase de actividad ilícita en ambos parques. De vez en cuando una pareja de policías cruzaba el puente, y a veces incluso se detenía para charlar con la gente, pero nunca había visto nada que le hiciera pensar que los agentes estuvieran investigando un delito ni su presencia provocaba la desbandada incriminatoria de grupos sospechosos. En general, la sensación que transmitían los agentes de policía suizos que patrullaban la ciudad era completamente diferente a la que Frank recordaba de su infancia. En su país, la presencia de la policía era sinónimo de problemas; los hombretones uniformados tenían un aire ligeramente amenazador y siempre había la posibilidad de que se dispararan armas. En Zúrich, sin embargo, y en toda Suiza, los policías tenían un aire similar al de los revisores de los tranvías y a menudo llevaban encima unos dispositivos para escanear muy

parecidos. Raramente iban armados y había casi tantas mujeres como hombres agentes. Daba la impresión de que era una norma que las parejas fueran mixtas, formadas por un hombre y una mujer, y patrullaban como si realizaran un trabajo de consejeros matrimoniales al aire libre; se acercaban a la gente, les hacían preguntas, pero también en eso se parecían a los revisores de los tranvías, porque los tranvías de Zúrich se regían por un principio de honorabilidad, y todas las personas compraban el billete en los quioscos o disponían de abonos anuales, pero solo alrededor de una de cada cincuenta veces los revisores pedían a los pasajeros que les enseñaran el billete. Los revisores se paseaban por los vagones, la gente sacaba el billete o el abono al verlos y los revisores asentían sin detenerse. Muy rara vez había algún pasajero sin billete, y casi siempre eran turistas que no habían entendido el sistema.

En el parque pasaba lo mismo, o eso parecía. «¿Legal?», parecían preguntar los agentes con su sola presencia. Sí, legal. «*Genau*», decía la gente cuando conversaba con ellos, «exactamente» en alemán, una palabra que los suizos adoraban y que utilizaban constantemente, como cuando nosotros decimos «¡claro!» o «por supuesto», y los policías asentían con la cabeza y continuaban caminando, igual que la gente.

Pero a medida que pasaba más tiempo en aquellos dos diminutos parques de las Agujas, Frank comenzó a fijarse en algunas personas que parecían actuar como los miembros de aquella red clandestina del ferrocarril subterráneo que durante el siglo XIX en Estados Unidos ayudaba a escapar a los esclavos, pero ahora con refugiados. Grupos de unas diez o doce personas que parecían compuestos por tres o cuatro familias se sentaban en un par de bancos o en la hierba si estaba seca y miraban a su alrededor con recelo

mientras charlaban. No parecían ciudadanos suizos, sino migrantes de Oriente Medio, del sur de Asia, de África o de Sudamérica. Entonces alguien, que normalmente tenía el aspecto de un suizo genuino, se acercaba a ellos y les hablaba en su lengua —si bien es cierto que Frank casi nunca oía lo suficiente para poder decir algo más aparte de que no hablaban en alemán ni en inglés—, y entonces el grupo se ponía en pie y seguía a esa persona. Teniendo en cuenta que había cámaras de vigilancia instaladas en las farolas, para las autoridades o los algoritmos que estaban pendientes de las imágenes que enviaban tenía que ser muy obvio que allí estaba pasando algo raro. Y sin embargo la escena se repetía todos los días.

Frank no sabía lo que pasaba. Él no hablaba las lenguas que oía. El inglés era la lengua franca del mundo, indudablemente, y a menudo oía hablar en esa lengua; pero no podía unirse a aquel proyecto que parecía consistir en buscar a aquellas personas un lugar más seguro, así que mantenía las distancias. Cualquier ofrecimiento de colaboración que realizara in situ sería intrínsecamente sospechoso. Por lo tanto, lo mejor era mantenerse al margen, seguir ayudando en los comedores sociales y dejar las cosas como estaban.

Aun así comenzó a ponerse un sombrero con el escudo azul y blanco del cantón de Zúrich para acudir al comedor social. Después paseaba por los dos parques diminutos cargado con bolsas en las que llevaba parkas para niños o pequeños paraguas telescópicos plegados y metidos en sus cilíndricas fundas cortas y gruesas, y si veía a algún niño extranjero tiritando de frío se acercaba a los grupos de gente y les decía a los adultos: «*Für die Kinder, sehr warm*», y luego se alejaba de allí rápidamente diciendo por encima del hombro: «*Danke mille fois*», una frase que contenía la encantadora mezcla de alemán y de francés típica de los

zuriqueses. Frank les dejaba allí las bolsas y en las noches frías solía recibir un simple gesto de agradecimiento con la cabeza de una mujer adulta. Luego se marchaba. En Jelmoli vendían esos abrigos y paraguas a diez francos, así que era una manera sencilla de ayudar un poco. En las tardes de invierno hacía mucho frío y soplaba un viento cortante que sobrevolaba el lago y se adentraba en la ciudad, y al cruzar un puente, Frank muchas veces sentía un frío que le parecía superior al de la Antártida. En eso era como Glasgow. Un viento húmedo y cortante producía una sensación de frío muy superior al que hacía en un lugar seco y sin viento con una temperatura más baja.

Una vez, uno de los refugiados que estaban reunidos en el lado oriental del puente se tambaleó y cayó al suelo, quizá por un desvanecimiento. Rápidamente se formó un pequeño corro de gente a su alrededor y Frank, con el corazón acelerado, se acercó para ver si podía ayudar de alguna manera. Se dio cuenta de que ninguno de los migrantes tenía teléfono móvil, o quizá estaban demasiado asustados para sacarlo, así que corrió hasta la pequeña cabina que había en el puente y presionó el botón para emergencias. Cuando le contestaron pidió ayuda en alemán, explicó lo que estaba pasando y dio la dirección, aunque supuso que ya la conocían. Lo embargó brevemente una sensación de satisfacción por haber sido capaz de dar toda esa información en alemán y luego se quedó observando la escena desde los márgenes de la multitud que se había congregado; se sentía tan mareado que temía perder el conocimiento también él. Cuando llegó la ambulancia con su peculiar sirena europea tronando, desaparecieron casi todas las personas que rodeaban al enfermo. Los sanitarios que habían llegado en la ambulancia se acercaron y luego apareció una pareja de policías, ambas mujeres; eso provocó la huida del resto de los refugiados, de manera que

se quedaron solos el enfermo y Frank. Este hizo gestos a las agentes de policía para que se acercaran. Una de ellas sostuvo un escáner delante de la cara del hombre caído en el suelo, le sacó una foto y luego la miró. Posiblemente también habría una etiqueta de RFID, identificación por radiofrecuencia, incrustada en la piel del hombre para que el escáner pudiera leerla.

A continuación, la agente que llevaba el escáner se volvió a Frank, se puso de pie y le apuntó con el dispositivo mientras le hacía un gesto con la mano libre.

—*Nei* —dijo la otra agente, que era «*Nein*» en alemán suizo, y la agente que sostenía el escáner devolvió su atención al hombre que yacía en el suelo.

Frank le dio las gracias con la cabeza a la agente que había impedido que su colega lo identificara y, cuando los sanitarios colocaron en la camilla al hombre, dio media vuelta y se alejó de allí, tiritando por el aire frío y ceniciento.

En verano era diferente. Algunas organizaciones, tal vez la Cruz Roja o la Media Luna Roja, solían instalar una carpa abierta en el parquecito de la orilla occidental del río en la que cocinaban y ofrecían comidas gratuitas. No tenían ningún interés en saber a quién estaban ayudando y todo se hacía de manera anónima a ambos lados de la mesa. El calor y la humedad intensos de algunos días ponían a prueba a Frank, pero él intentaba no prestarles atención y hacía todo lo que podía para ayudar. Colaboraba en la preparación del comedor y en la limpieza; nunca servía la comida e intentaba no mirar a la gente mientras comía. Hacía demasiado calor y todo le resultaba dolorosamente familiar. No quería reconocer lo que sentía y apartaba la mirada para contemplar por debajo del borde del techo de la carpa la ciudad de Zúrich…, las piedras, los árboles, los azules y los blancos. Aspiraba el olor de las salchichas y de la cerveza. Admiraba los geranios rojos y la sólida

arquitectura medieval del lejano Rathaus, que era lo último que alcanzaba a ver a través de los tilos río arriba. La fría tierra del norte, gente fría y seria, elementos refrescantes para la vista y la mente.

Pero no para las personas que se refugiaban allí. El Fremdenkontrolle, el servicio de extranjería de la policía suiza, calculaba que dentro de sus fronteras vivían cinco millones de suizos nativos y tres millones de *Ausländer*. Esta proporción, una de las más altas del mundo, había hecho aumentar considerablemente la afiliación a los partidos políticos conservadores contrarios a la inmigración, que en ese momento tenían más de una docena de representantes en el gobierno suizo, liderados por el SVP, el Partido Popular Suizo. En Suiza había una treintena de partidos políticos, y todas las coaliciones de gobierno en el gobierno federal estaban formadas por mayorías creadas por alianzas entre partidos de centro: centroderecha, centroizquierda, con los partidos más radicales de ambas ideologías sin apenas representantes. El SVP incluso había gozado de una mayoría absoluta durante algún tiempo, si bien perdió popularidad tras la ola de calor. Ahora le iba mejor en los gobiernos cantonales, aunque estos habían perdido poder a lo largo de los años en favor del gobierno federal de Berna… No todo, pero en asuntos nacionales como el de la inmigración el gobierno federal solía salirse con la suya. El resultado parecía ser una ira reprimida en los suizos que se oponían a la inmigración, ya que sentían que su país estaba siendo «invadido» y ellos no podían hacer nada para impedirlo, al menos a nivel político.

A lo mejor estaba pasando lo mismo en todas partes. Ahora, siempre que Frank veía pequeños grupos de personas que a todas luces eran *Ausländer*, gente de países del hemisferio sur o incluso de los Balcanes, en zonas de la ciudad donde era fácil abordarlos, entablaba una

conversación con ellos en inglés y caminaba a su lado. En un par de ocasiones comprobó que era efectivo. La mezcla de razas dentro de un grupo de gente desconcertaba a los racistas, así que la presencia de un hombre blanco entre personas de tez oscura los dejaba parados. Un hombre de piel oscura acompañando a una mujer suiza seguramente enfurecía a los racistas, a pesar de que era frecuente ver parejas mixtas en las calles de Suiza; pero un hombre blanco con gente de otra raza era otra cosa completamente diferente, y en cualquier caso los racistas necesitaban unos momentos para procesarlo antes de dar rienda a su furia. Y si durante esos segundos caminabas deprisa y te mantenías en las calles bien iluminadas, que en el caso de Zúrich eran todas salvo los callejones del Niederdorf, no eran necesarias más precauciones para evitar ser atacado, salvo por algunos comentarios proferidos con voz gutural y pensados para que el ofendido no los comprendiera. Así que siempre que podía caminaba al lado de refugiados.

Pero un día se fijó en un grupo de suizos jóvenes que observaban desde el puente la carpa donde servían las comidas. A pesar de que hacía calor, el cielo se había nublado y la tormenta, que sería recibida con los brazos abiertos, parecía inminente. Sin embargo de momento el calor era sofocante.

Repicaron unos pocos goterones en los adoquines que rodeaban la carpa y de repente cayó un aguacero. En ese mismo momento, aquel grupo de jóvenes suizos entró violentamente en la carpa lanzando adoquines y gritando. Atacaron tanto a los voluntarios como a los usuarios, y la gente chillaba y se tiraba al suelo. Al ver sangre derramada, muchos refugiados embistieron a los asaltantes profiriendo furiosos alaridos. Agotada su munición de adoquines, a los jóvenes suizos solo les quedaron los puños, pero ellos también estaban enrabietados y el tumultuoso intercambio

de puñetazos, empujones y gritos salió de la carpa por uno de los lados. Los suizos que intentaban huir acababan zancadilleados y pateados en la espalda con unas maniobras que en el peor de los casos se habían aprendido y practicado en un campo de fútbol. Los asaltantes suizos se dieron cuenta de que más les valía retirarse sin dar la espalda a los refugiados, al menos hasta que tuvieran una vía de escape clara. Algunos cruzaron la calle justo cuando pasaba chirriando un tranvía que les proporcionó cobertura para la retirada.

A partir de ahí, gente empapada, gritos, llanto, sangre en el suelo y en las mesas, que ahora se utilizaban para tender sobre ellas a los heridos que yacían en el suelo frío y mojado. Llegó la policía y alrededor de los agentes se formaron grupos de personas temblorosas que les explicaban a gritos el ataque que habían sufrido. Durante la siguiente hora, los distintos equipos de la policía interrogaron de una en una a todas las víctimas del asalto. Frank se quedó porque estaba demasiado indignado con lo que había pasado para marcharse. Se sentía en la obligación de testificar. Pero la policía estaba escaneando a todas las personas que interrogaba y, cuando terminaron de hablar con Frank, después de haberle escaneado, los agentes se miraron. Uno de ellos le enseñó el resultado del escáner a sus compañeros, que se acercaron a Frank y lo rodearon.

—Lo siento —le dijo un agente en inglés—, pero hay una orden de detención contra usted. Acompáñenos, por favor.

48

Niños llorando al amanecer. Ya hace calor. Gente hambrienta. El sol como una bomba encima de las colinas. Abrasador en la piel. No mires en esa dirección o te deslumbrará para el resto de la mañana. Las sombras huyen del extremo occidental del mundo. Seguirá siendo así hasta que el techo de la tienda bloquee el resplandor, a eso de las nueve. El polvo se adhiere al sudor y distingues en tu piel finos regueros de barro. No me toca ducha hasta el sábado. La única del mes. Necesito esa ducha.

La tienda donde se sirve la cena abre a las ocho; a esa hora todavía está iluminada por la luz horizontal del sol. En la entrada se forma una larga cola. La gente deja que pasen delante las madres con niños pequeños. Bueno, casi toda la gente. Las personas se agolpan junto a la entrada, angustiadas, y la cola se descompone. A menos que estés muriéndote de hambre es más fácil esperar atrás. Por no mencionar que es lo correcto. Con el tiempo acabas acostumbrándote y te colocas donde lo has hecho los otros días. El grupo de mujeres con el que suelo juntarme intenta comportarse con normalidad y charla.

Dentro es intenso el olor de los huevos, la cebolla y el pimentón. Grandes cuencos de yogur natural, mi favorito. Cojo uno y pienso que ojalá queden por la noche. Evito el mal rato de la comida del mediodía. Es desolador tener que pasar por el comedor tres veces al día. La gente cuando

viene está indefensa, angustiada y ansiosa, sofocada y hambrienta.

Y aburrida. La misma comida, las mismas caras… No tiene otra cosa que hacer aparte de comer.

Los cooperadores son de algún país del norte. Conversan entre ellos. Algunos son callados y serios, otros son animados y ríen. Están limpios. Sudan, pero están limpios. No sé de dónde vienen. A veces reconozco algún rostro; no solo me quedo con las caras de los hombres guapos, también con determinadas expresiones, con algo que me llame la atención de ellas y me haga mirar las caras el tiempo suficiente para que se me queden grabadas en la memoria. Cuando eso pasa ya no puedo evitar verlas. Ellos no me ven. Cuando están trabajando en el bufet, sirviendo la comida en nuestros platos, nos miran y nos preguntan si queremos lo que ofrecen, pero muy pocos nos ven de una manera que luego les permita recordarnos. Es una forma de hacer su trabajo sin caer en una tristeza demasiado grande. Aun así se queman enseguida. O quizá sus contratos son por poco tiempo. En cualquier caso todos vienen y van. Nunca están del todo ni son completamente reales.

Pero es importante evitar enfadarse con ellos. Todo el mundo concentra sus sentimientos en lo que ve; somos así, qué le vamos a hacer. Así que ahí fuera está el mundo de la gente que nos ha metido en este campamento. No todas esas personas lo han hecho directamente, pero forman parte del sistema. Viven en un mundo donde existe este campamento y siguen con sus vidas. Todos haríamos lo mismo.

Pero se suma al hecho de estar encarcelados aquí por la sola razón de que vivimos. Así son las cosas. La gente sabe que estamos aquí, pero no puede hacer nada para evitarlo. O eso dice para sus adentros. Y la verdad es que habría que hacer un trabajo inmenso para liberar a todas las personas

que están encarceladas en este mundo. De manera que nadie mueve un dedo. Todo el mundo se pone a pensar en cualquier otra cosa y se olvida de nosotros. Yo también lo haría. De hecho ya lo hice. Solo cuando todo se desmorona a tu alrededor te das cuenta de que puede pasarte a ti. Nunca piensas que puede pasarte hasta que te pasa.

De manera que algunas de esas personas vienen como voluntarios a nuestro campamento para darnos de comer y colaborar en las necesidades que surgen cuando tienes a dieciocho mil personas encerradas detrás de una valla sin posibilidad de salir: limpiar aseos, lavar sábanas, cosas así. Y, por supuesto, darnos de comer. Tres comidas al día. Eso es mucho trabajo. Y sin embargo vienen. La mayoría son chicos jóvenes, no todos, pero es necesario cierto idealismo y ese es un rasgo casi exclusivamente reservado a la juventud. Casi todos los voluntarios son más jóvenes que yo, pero no hace mucho tiempo, cuando llegué aquí, había unos cuantos de mi edad. Y aprenden cosas, ven cómo es el mundo en realidad, conocen a otras personas como ellos… Por lo tanto tienen que mantener las distancias con nosotros porque de lo contrario acabarían tan desdichados como nosotros. En el mejor de los casos se indignan por nuestra situación, y eso ya es una causa de estrés para ellos. De manera que deben mantener esa distancia. Lo sé.

Aun así les odio porque no me ven, porque me miran a los ojos cuando extiendo los brazos con el plato para que me echen la comida y nunca me ven. En vano hago un esfuerzo para no odiarlos, pero los odio, como odio todo lo demás que hay en mi vida.

A nadie le gusta el sentimiento de gratitud. Los clérigos lo fomentan y lo recomiendan, pero yo digo que a nadie le gusta, a nadie, ni siquiera a los propios clérigos. Ellos se

meten en la Iglesia con el fin de alcanzar una posición en la que no tengan que sentir gratitud. Reciben nuestra gratitud como reciben nuestro dolor, pero ellos nunca la expresan. O solo lo hacen en calidad de receptores profesionales de nuestros sentimientos y propósitos, de representantes de Dios o de quien sea. No, tampoco me gustan los clérigos.

Cuando el sol cae por el oeste y puedo hacerlo sin morir abrasada, camino hacia el norte hasta los límites del campamento para mirar las colinas. A esa hora debería estar en la tienda donde damos clase a los niños, e iré, pero primero me acerco allí. Esas colinas me recuerdan las que había en el lugar donde me crie, aunque las de aquí son verdes como limas. Hay un tramo del perfil de las colinas que es idéntico al que veía desde mi ciudad cuando era niña. A finales de primavera también se ponían verdes, no de ese verde exuberante, pero verdes al fin y al cabo, de un verde oliva moteado del amarillo del tojo. Miro a través de los huecos de la reja metálica, que es como cualquier otra reja pero coronada con concertinas. Sí, somos prisioneros. No quieren que pensemos otra cosa al mirar una valla que es lo suficientemente alta para sacarnos de la cabeza la idea de treparla. En cuanto a la reja en sí, parece un poco enclenque, y da la impresión de que podría cortarse los alambres con facilidad, quizá no con unas tijeras, pero seguro que no costaría trabajo hacerlo con unas cizallas. Sería pan comido. Pero en el campamento no hay cizallas.

Así que me apoyo en la reja y siento cómo cede bajo mi peso. Se ve a simple vista que la parte inferior de la valla está enterrada a bastante profundidad en el suelo. Cuando la colocaron seguramente habría sido posible excavar con una cuchara o incluso con las manos para pasar por debajo de ella, pero ahora la tierra se ha acumulado y apelmazado

y sería muy laborioso cavar un agujero, y lo peor de todo es que llevaría mucho tiempo. Me descubrirían. Aun así se me pasa por la cabeza intentarlo siempre que voy allí, cuando el sol se pone y veo las cimas de las colinas teñidas de color rosa por los últimos rayos, y remuevo la tierra con los pies. Imposible. Tal vez. Imposible. Tal vez.

El sol se oculta y el cielo se vuelve azul crepuscular. Luego añil. Llevo mil ciento cincuenta y nueve días en este campamento.

49

En julio de 1944, el gobierno de Estados Unidos convocó a un grupo de setecientos representantes, todos ellos de los países aliados, para diseñar el plan económico de la posguerra. Se reunieron en el hotel Mount Washington de Bretton Woods, New Hampshire, y tras tres semanas de conversaciones hicieron públicas las recomendaciones que, previa ratificación de los gobiernos participantes, dieron origen al Banco para la Reconstrucción y el Fomento y al Fondo Monetario Internacional. Estas entidades se habían marcado como objetivo la consolidación del mercado libre y la estabilidad de las monedas de los países miembros.

También se promovió la fundación de una organización internacional del comercio, pero el Senado de Estados Unidos votó en contra de esa parte de la propuesta. Posteriormente nació el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT por sus siglas en inglés), con las funciones que habría tenido la frustrada organización internacional del comercio. Décadas después la Organización Mundial del Comercio desbancó al GATT.

John Maynard Keynes, presidente de la delegación británica en Bretton Woods, también sugirió con ocasión de la conferencia la creación de una nueva institución supranacional, el Órgano de Compensación Internacional (ICU), que emitiría una nueva moneda llamada bancor. El objetivo del bancor sería dar la oportunidad a los países con déficit exterior de sortear su endeudamiento mediante un

sobregiro con el ICU, lo que les permitiría gastar más dinero en la creación de empleo y, por lo tanto, aumentar sus exportaciones. Los países que utilizaran esa posibilidad de endeudamiento pagarían un interés del 10 por ciento por estos créditos en bancores, que no podrían ser cambiados a monedas normales, ni por individuos. Los países con superávit en exportaciones también pagarían un 10 por ciento de interés por ese excedente, y el ICU les confiscaría esa acumulación de bancores si al final del año sobrepasaban el máximo estipulado. Keynes esperaba crear de esa manera un equilibrio de intercambios internacionales que impediría que los países se empobrecieran o se enriquecieran en exceso.

Harry Dexter White, el subsecretario del Tesoro de EE. UU. y el presidente de la delegación estadounidense en Bretton Woods, dijo sobre ese plan: «Nuestra respuesta es un no rotundo». Estados Unidos era con diferencia el mayor acreedor del mundo y el país que más oro acumulaba, así que tenía la oportunidad de entrar en el periodo de posguerra con el dólar estadounidense convertido en la moneda más fuerte a nivel global, que además iba a contar con el respaldo de esas reservas de oro. White propuso por su parte la creación de un Fondo Internacional de Estabilización, que hacía cargar con el grueso de las deudas a los países deficitarios; con el tiempo ese organismo entró a formar parte del Banco Mundial.

Por lo tanto, en Bretton Woods el plan de White se impuso al de Keynes y, en ausencia del Órgano de Compensación Internacional y su bancor, la reconstrucción durante la posguerra y el subsiguiente desarrollo económico estuvo financiado por el dólar, que se convirtió de facto en la moneda global… La moneda imperial, por así decirlo.

50

Mary regresó a Europa y, desde su base en Zúrich, emprendió una ronda de visitas a los diversos bancos centrales con la esperanza de obtener unos resultados mejores que los cosechados en la reunión de San Francisco. En Londres se reunió con el ministro de Finanzas y algunos miembros de la junta directiva del Banco de Inglaterra.

Durante los días previos a ese encuentro, Mary había estado leyendo sobre la historia del Banco de Inglaterra y se había dado cuenta del importante papel que había jugado en la historia de la economía del mundo. Corría el año 1694, Carlos II y Guillermo III habían estado pidiendo prestado a los bancos un dinero que no devolvían o, para poder hacerlo, recaudaban gravando con nuevos impuestos toda clase de actividades, lo que provocó que se encareciera la vida de todos salvo la de los reyes, que cada vez eran menos responsables con su despilfarro. De manera que un comerciante escocés llamado William Patterson propuso que mil doscientos sesenta y ocho acreedores prestaran 1,2 millones de libras esterlinas al rey con un tipo de interés garantizado del 8 por ciento. Con la firma del acuerdo de Guillermo se colocó una gran pieza del sistema actual del mundo. La capitalización del poder del Estado hundía ahora sus raíces en el dinero privado. De ahí que los ricos y el Estado se volvieran codependientes; eran dos aspectos de la misma estructura de poder.

A partir de ahí, el Banco de Inglaterra se convirtió en el mecanismo a través del cual un pequeño grupo de comerciantes acaudalados monopolizó la financiación del aparato del Estado, y de esa manera se completó el proceso mediante el cual el poder dejó de residir en la posesión de tierras del sistema feudal para hacerlo en el dinero de la burguesía. Desde ese momento el Estado siempre ha estado endeudado con entidades privadas y ha dependido de la buena voluntad de individuos que pertenecen al gobierno, no han sido elegidos ni representan a nadie salvo a los de su clase, y sin embargo están incrustados en el mismo corazón del poder del Estado. El Banco de Inglaterra también se había fundado en un momento de crisis, en plena guerra; pero siempre hay una crisis a la que recurrir cuando se buscan excusas para perpetuar y expandir el poder del Estado. Por lo tanto, con independencia de lo que dijera la ley, en la práctica el banco-estado hacía lo que se le antojaba.

Naturalmente, esa novedosa entidad era controvertida. Los políticos conservadores pensaban que el banco otorgaría más poder al Parlamento, debilitaría a la monarquía y reforzaría al populacho. Los liberales, por su parte, lo veían como un mecanismo por el cual el monarca siempre se libraría de pagar sus deudas. En cualquier caso era un rival para las bases de poder existentes, y tuvo esa consideración desde el mismo momento de su nacimiento; era un enclave de poder en el seno del gobierno ideado por ricos banqueros que no habían sido elegidos por el pueblo.

De manera que la reunión no auguraba nada bueno, pero Mary no podía evitar pensar que quizá el poder anónimo de todas esas personas podría situarlas en una posición propicia para colaborar en la puesta en marcha de una solución inmediata al problema de las emisiones de gases de efecto invernadero, que les haría sumar sus fuerzas a

esa labor. Aunque salvaran el mundo solo para salvar sus privilegios… ¿Qué importaba eso? En ese momento la justicia no estaba entre sus prioridades. Por lo tanto viajó a Londres.

Los gobernadores del Banco de Inglaterra recibieron con frialdad y cierto desprecio su plan. Les parecía probable que provocara una inflación, que colocara en una posición de indefensión a los bancos frente a los piratas que comerciaban con divisas y que los dejara a merced de la presión de los mercados. No veían una manera clara de evitar esos problemas. Cuando Mary les recordó que habían puesto en circulación billones de libras esterlinas cuando se vieron en la necesidad de rescatar los bancos, sus interlocutores asintieron y respondieron que su trabajo era salvar los bancos, mientras que llevar a cabo una expansión cuantitativa de varios billones de libras para salvar el mundo no lo era. Eso habría que hacerlo legislando.

A la semana siguiente Mary viajó a Bruselas. El Banco Central Europeo, una entidad mucho más joven que el Banco de Inglaterra, fundado a finales del siglo xx como instrumento financiero de la Unión Europea, envió a la reunión con Mary unos representantes que eran incluso peores que los del banco inglés. La delegación que acudió al encuentro con Mary estaba formada en su mayor parte por hombres alemanes e ingleses, todos ellos muy sofisticados, inteligentes, educados y arrogantes. Su actitud con Mary fue extremadamente desdeñosa. Para uno de ellos, Mary dirigía un organismo con nulo poder económico y muy poco peso legal; el ministerio era un gesto idealista para que la gente pensara que estaba haciéndose un esfuerzo extraordinario cuando la realidad era otra. Y por ser mujer e irlandesa estaba doblemente condenada, más por ser irlandesa que mujer; desde Tatcher, Merkel y Lagarde, muy pocas mujeres se habían abierto paso hasta la cima de los poderes

europeos y económicos. Mary admiraba a esas mujeres a pesar de su aversión a las políticas de Tatcher, y naturalmente ninguna de ellas había llegado a lo más alto defendiendo ideas progresistas. Pero una irlandesa… nunca. Irlanda era una colonia, un país insignificante, uno de los PIIGS, los cerditos, uno de los muchos países europeos que tenían que ir recogiendo las migajas que dejaban las grandes naciones, y no tenía ninguna posibilidad de alcanzar el brillo deslumbrante de una de esas potencias, que en realidad eran Alemania y Francia. Estos dos viejos enemigos seguían luchando por el control de Europa, pero era un duelo entre dos contrincantes y el resto del mundo era irrelevante, o como mucho meros instrumentos para ser utilizados. Y por alguna razón los países más pequeños eran incapaces de salvar sus diferencias y aunar esfuerzos para convertirse en un frente unido que defendiera sus intereses. Una cooperación así exigiría muchas renuncias en cuanto a nacionalismo y soberanía. Por lo tanto, esos dos aliados rivales se mantenían en la cima y miraban a los demás con una condescendencia indulgente en el mejor de los casos, normalmente con una brusca autoridad, y, en el peor de los casos, con una brutal actitud de coacción. Lo cual, sin duda, era mejor que un brutal ataque militar, como en el pasado, aunque su trato seguía sin ser agradable cuando te sentabas a hablar con ellos. Trajes de mil euros; Mary no escondió su desdén irlandés por ese espectáculo de ostentación. Era capaz de transmitir ese desprecio con una mirada al mismo tiempo que se mostraba visiblemente educada, si bien, naturalmente, le hacía flaco favor para conseguir lo que quería. Enseguida le quedó absolutamente claro que el Banco Central Europeo concentraba todas sus fuerzas en la estabilidad de los precios y en aumentar su poder en el mundo para llevar a cabo esa tarea. Si se le pedía que ajustara los tipos de interés medio punto con el

fin de salvar el mundo, no lo haría. Eso quedaba fuera de su ámbito de actuación.

El Banco Popular de China, por otro lado, era una entidad estatal que tenía más activos financieros que cualquier otro banco central del planeta y cuyo valor rondaba los cuatro billones de dólares. A pesar de que, en comparación con la mayoría de las divisiones del gobierno chino, gozaba de cierta independencia, estaba dirigido por el Consejo de Estado. De modo que hablar con el gobernador del banco sería una pérdida de tiempo; tenía que reunirse directamente con el ministro de Finanzas o, mejor aún, por supuesto, con el primer ministro y el presidente de la república. En realidad había depositado en ellos todas sus esperanzas de poder llevar a cabo su plan, ya que no eran doctrinarios, no se mantenían fijos en unas ideas, ya fueran el liberalismo o cualquier otra política económica; no en vano creían que la práctica social era el único criterio de la verdad. «Cruzar el río tanteando las piedras», decían. Si era capaz de convencerlos de que era una buena idea, no les importaría lo que pensaran el resto de los bancos.

Pero para que el plan diera resultado muchos bancos centrales tendrían que comprar.

Con esa idea en la cabeza pidió a Janus Athena que se pusiera a estudiar esa posibilidad: si el banco chino era el único que respaldaba el proyecto, ¿saldría bien? J. A. le respondió que no, que ningún banco se expondría de esa manera a los mercados. Ni siquiera China ni Estados Unidos; desde el punto de vista de una entidad que intentara atar la economía global, ellos solo eran los liliputienses más grandes. Harían falta muchos como ellos.

Por lo tanto, su plan nunca se llevaría a la práctica. Los banqueros no iban a ayudarla. Se mirarían unos a otros, verían la falta de entusiasmo de sus colegas y se escudarían en eso. Si el sol achicharraba el mundo y la civilización

desaparecía no sería culpa suya, a pesar de que ellos financiaban cada paso que se daba en dirección al desastre.

Tenía que ocurrir algo que les hiciera cambiar de opinión.

Los «programas de ajuste estructural», PAE, impuestos por el Banco Mundial a los países en vías de desarrollo a raíz de la crisis de deuda de finales del siglo XX, crearon las condiciones que dieron pie al orden mundial del siglo XXI. Esos PAE eran instrumentos del imperio económico norteamericano de la posguerra, que, a diferencia de los imperios del pasado, no insistió en hacerse con la posesión de sus colonias económicas; se conformaba con ser el propietario de sus deudas y de sus beneficios. El mejor imperio posible, desde el punto de vista de la eficiencia, y en el orden neoliberal todo se basaba en la eficiencia de acuerdo con su definición más pura en el ámbito de la economía: la velocidad y la falta de restricciones con las que el dinero de los pobres pasa a los ricos.

Así que había una razón para que lo llamaran el Consenso de Washington. Las exigencias de los PAE, que debía cumplir cualquier país que quisiera un rescate en la forma de futuros créditos, eran las siguientes: reducción del gasto público; reforma tributaria, sobre todo para reducir los impuestos que tenían que pagar las empresas; privatización de las empresas públicas; tasas de interés y tipos de cambio de divisas basados en el mercado y sin control del gobierno; una batería de derechos para proteger a los inversores y el valor de sus activos; y la desregularización de todo: actividades de mercado, prácticas comerciales, protecciones medioambientales y laborales.

A pesar de las críticas que recibieron en todo el mundo estos programas de ajuste estructural y de que muchos analistas los tacharon de fallidos a finales del siglo XX, se

convirtieron en la plantilla que se utilizó para lidiar con la crisis en los países del sur de la Unión Europea, y se aplicaron en toda su extensión en Grecia con el fin de asustar a Portugal, Irlanda, España e Italia, por no mencionar a los nuevos países miembros de la Unión de Europa del Este, con lo que la Unión Europea (es decir, en este caso, Francia y Alemania) les haría si intentaban ir por su cuenta. Uníos a la UE, obedeced al Banco Central Europeo; es decir, someteos a Alemania y a Francia. Puesto que la economía de Alemania doblaba a la de Francia, la conclusión que los ciudadanos europeos sacaron de aquello fue que Alemania por fin los había conquistado a todos, con independencia de lo que hubiera parecido al terminar la segunda guerra mundial. De la misma manera que Estados Unidos había conquistado el mundo por medio de la economía en vez de las armas, Alemania había conquistado Europa utilizando el mismo método…, en algunos casos incluso con el mismo capital. Porque Alemania había sido un maravilloso cliente de Estados Unidos durante la Guerra Fría. Una vez concluida la Guerra Fría y convertida en una potencia económica superior a Rusia, Alemania podía independizarse una pizca de Estados Unidos, fingiendo astutamente seguir siendo un cliente cuando le convenía, pero en general siguiendo su propio camino. Para todo el mundo en Europa era una realidad obvia, pero la miopía narcisista de Estados Unidos respecto al resto del mundo le impedía verlo con la misma nitidez.

Por lo tanto, una visita a Berlín siempre era para Mary una aventura peligrosa. Los banqueros y los ministros de Finanzas alemanes eran un poco menos vistosos y desdeñosos que los franceses y los de Bruselas, pero mucho más inquietantes en su certeza burguesa de que nunca podía cambiarse nada. El Bundesbank, el banco central alemán, se había creado en la posguerra precisamente para

dotar a la República Federal Alemana de una estabilidad que lo presentara como un compañero fiel y eficaz de la superpotencia norteamericana. Teniendo en cuenta los profundos traumas que habían provocado los dos conflictos armados mundiales y el periodo de entreguerras, a Mary no le sorprendió descubrir que, en el documento asociado con la fundación del Bundesbank, el «mantenimiento de la estabilidad de la moneda» fuera una «necesidad moral y legal». La independencia del banco estatal tenía un estatus constitucional que daba a entender que la estabilidad de la moneda estaba incluida en la lista de derechos humanos básicos. ¡Vida, libertad y tasas de inflación bajas! Bueno, al fin y al cabo era el país que había visto cómo se hacía añicos su moneda. Si pierdes una guerra que tú mismo has empezado, las condiciones que te impondrán tras tu rendición podrían incluir unas indemnizaciones ineludibles que condenarían a tu pueblo durante siete generaciones. Así pues, no era de extrañar que los alemanes que habían pasado por todo eso dijeran: «Nunca más». «La economía crea el derecho público», podía leerse en los documentos de la fundación del Bundesbank. El hecho de que Mary pensara de manera inversa le dio que pensar; ¿los alemanes estaban aceptando encubiertamente que Marx tenía razón frente a Hegel al afirmar que primero estaba la práctica social y después la teoría? Ni idea; ella no era filósofa ni historiadora. Solo una diplomática; pero los diplomáticos solían creer en la relación entre causa y efecto, tanto en la teoría como en la práctica. De eso iba la tarea de gobernar, y la burocracia, incluso la economía. Las leyes definían los comportamientos que eran legales. Quizá fuera válida la analogía del huevo y de la gallina, aunque un efecto nunca era causa de su causa… Eso revolvería las definiciones de las palabras hasta el punto de la ininteligibilidad.

Sea como fuere estaba en Berlín y se sentía intimidada por esos alemanes que habían ganado gracias a su derrota y su capacidad para adaptarse a ella y ahora volvían a intentarlo por otros medios. A lo mejor esta vez no pretendían dominar el mundo, sino defender Alemania a través de una diplomacia activa, influir en Europa y en el mundo todo lo que les permitieran su más bien reducida población y su economía. Y estaban haciendo un buen trabajo. Por lo tanto, Mary, como ellos, intentó no dejarse influir por su extraordinariamente espantosa historia y concentrarse en el momento presente.

—¡Una expansión cuantitativa de los bancos centrales para acabar con las emisiones de dióxido de carbono en el mundo! —insistió Mary. Proponía imponer la soberanía nacional frente al mercado global mediante la cooperación internacional de los países lo suficientemente grandes para amilanar al mercado, incluso para alterarlo—. ¡Comprar el mercado, joder! —exclamó de manera educada pero enérgica.

Los alemanes se la quedaron mirando. Uno de ellos frunció la frente y apareció un profundo surco en su entrecejo. Luego dijo que el banco central chino tenía unos activos por valor de cuatro billones de dólares. Entre todos los bancos centrales poseían alrededor de quince billones en activos. El producto bruto mundial era de cerca de ochenta billones de dólares anuales, y en los *dark pools* de alta frecuencia se movían unos tres billones de dólares cada día. Aun reconociendo que todo ese dinero era en determinados aspectos dólares ficticios, la cuestión seguía siendo clarísima: el mercado era más grande que todos los países juntos.

Mary negó con la cabeza. Incluso suponiendo que el mercado y los estados eran dos piezas del mismo sistema, este debía cumplir la ley, y los estados eran los encargados

de redactar las leyes. Por lo tanto también podían cambiarlas, eso era la soberanía, y en última instancia era ahí donde residían el señoraje, la legitimidad y la confianza social. El mercado se había construido sobre esa estructura de leyes, y al mismo tiempo se había convertido en su parásito.

—El mercado puede comprar leyes —apuntó uno de los representantes alemanes.

—El mercado es inmune a la ley —añadió otro—. Se rige por sus propias leyes; es la condición humana, la esencia del mundo.

—Solo es un sistema legal. Todos los días cambiamos leyes —dijo Mary.

—La razón de ser de los bancos centrales es velar por la estabilidad de las monedas y de los precios, controlar la inflación y fijar los tipos de interés para que sean una herramienta útil para ese fin.

—Los bancos centrales aconsejan con frecuencia a sus gobiernos que cambien el nivel impositivo para estabilizar la economía —señaló Mary—. Eso implica cambiar las leyes.

—Los gobiernos hacen lo que quieren.

—Los gobiernos aprueban las leyes económicas que los bancos centrales les piden. Les aterroriza la economía y dejan que sus analistas cuantitativos redacten esas leyes. Si les aconsejan que lo hagan, lo harán. ¡Sobre todo si les recomiendan que aumenten su propio poder frente a la economía!

Los alemanes eran personas prácticas y su expresión lo reflejaba. Era una idea que valía la pena considerar, por si acaso podía ayudar de alguna manera a Alemania.

No era la peor respuesta que Mary había recibido, así que salió de la reunión con una sensación de agotamiento, y con la necesidad acuciante de tomar un trago después de una sesión en el gimnasio desahogándose a puñetazo limpio;

pero no se marchaba tan desanimada como de las reuniones anteriores. Los alemanes habían visto el infierno, así que sabían lo mal que podían ponerse las cosas. Aunque sus interlocutores fueran los nietos, o la mayoría ya los bisnietos, de los que habían vivido esa experiencia en sus propias carnes, aún pervivía una memoria colectiva de la que no podían escapar y que duraría varios siglos. Hubo represión, indudablemente, pero siempre que hay represión los reprimidos vuelven, a menudo alterados y transformados por la misma represión de una manera que los convierte en algo todavía más peligroso. Quizá eso significaba que los alemanes habían concentrado hasta tal punto todos sus esfuerzos en su seguridad que se habían vuelto peligrosos. No sería la primera vez que ocurría una cosa así.

Mary después puso rumbo a Rusia. El banco central ruso era un órgano estatal casi en la misma medida que el chino. La mitad de sus beneficios iban al Estado ruso por imperativo constitucional. Poseía el 60 por ciento de Sberbank, el mayor banco comercial del país, y el ciento por ciento de la compañía de reaseguros nacional. El propósito de los representantes del banco era proteger los intereses rusos por encima de todo. A Mary le parecía lógico, y los hombres que se reunieron con ella fueron agradables. Un país que había dado personas como Tatiana tenía que tener algo bueno. Y Rusia también había vivido las mayores tragedias que había visto la humanidad. Todavía estaba fresca en su memoria la implosión de su imperio, y antes de eso habían sufrido el trauma profundo de la guerra mundial. Tenían motivos para odiar a los alemanes, y, en menor medida, a Estados Unidos; en realidad podría decirse que tenían razones para odiar a todo el mundo. Rusia contra el mundo; esa idea había formado parte de su psique colectiva desde que tenían conciencia del mundo. Pero sus propios

problemas absorbían el grueso de su atención la mayor parte del tiempo; hasta cierto punto Rusia era un mundo aparte. Lo mismo podría decirse de un gran número de lugares en muchos momentos de la historia de la humanidad, y aún lo eran, porque, en mayor o menor medida, todo el mundo vivía anclado en el pasado de su propia psique regional, en su propia lengua, y si tu lengua materna no era el inglés, la aldea global te enajenaba en mayor o menor grado. La globalización era muchas cosas (incluida una realidad en la que todos los seres humanos vivían en un planeta compartido cuyas fronteras eran puras fantasías históricas), pero también era una forma de colonialismo estadounidense, de imperialismo con guante de seda combinado con un dominio económico en el que Estados Unidos todavía poseía el 70 por ciento del capital, a resguardo en bancos y en empresas, a pesar de que solo representaba el 5 por ciento de la población mundial. De manera que nunca podría evitarse que la realidad física determinara la globalización, y ese hecho solo prevalecería si se agravaban los problemas de la biosfera, al mismo tiempo que la globalización del imperialismo estadounidense no debía extenderse porque era una de las causas principales de los problemas de la biosfera. Y, sin embargo, la lengua franca era un poder que actuaba de manera pacífica y persistente.

Por lo tanto, las dos globalizaciones estaban en guerra y ambas tenían que cambiar; era necesario desenmarañarlas y ocuparse de ellas por separado, pero por ahora también había que entenderlas como una unidad y tratarlas como tal.

Mary estaba abstraída en esos pensamientos, casi convencida de la inutilidad de sus razonamientos, como dentro de una pesadilla, cuando recibió una llamada de Badim.

—¿Qué ocurre?

—Se trata del hombre que te secuestró.

—¿Sí?

—Lo han cogido.

—¡Ah! ¿Dónde?

—En Zúrich.

—¿En serio?

—Sí. Junto al río, en los parques de las Agujas. Estaba echando una mano en un comedor para refugiados. Un grupo de fascistas lo atacó y él se metió en la pelea.

—¿Cómo saben que es él?

—Por el ADN. Y tienen imágenes de cámaras, como es habitual. El ADN también lo vincula con la muerte en la playa del lago Maggiore. Un tipo murió de un golpe en la cara. Parece ser que se lo propinó tu hombre.

—Maldita sea —dijo Mary, estupefacta—. Bueno, mañana por la mañana cogeré un tren a Zúrich. A mi llegada quiero un informe completo.

Mary pasó el largo viaje en tren en un estado de ansiedad. No sabía qué pensar ni qué sentir. Miedo; una profunda curiosidad; una sensación de triunfo; mucho alivio. Por lo menos ahora estaba a salvo. Ya no iba a despertarse cualquier noche con las manos de ese hombre apretándole el cuello para estrangularla. Eso era bueno; sin embargo se imaginaba a su secuestrador en la cárcel y se sentía mal, por extraño que pueda parecer. ¿De verdad la cárcel era el sitio para las personas con problemas mentales? Bueno, a veces no quedaba otro remedio. De manera que la mezcla de sentimientos encontrados solo la confundía más.

Al margen de ese batiburrillo de sentimientos no podía negarse que también sentía interés, el suficiente para querer ver de nuevo a ese hombre. Y con él en la cárcel ya

no debía temer por su seguridad. Pero ¿a santo de qué venía ese interés? No tenía una respuesta. Algo de lo que ocurrió aquella noche la había marcado, como no podría haber sido de otra forma.

Mientras el tren atravesaba Alemania se dio cuenta de que iba a hacerlo; iba a visitarlo comprendiera o no de dónde salía ese impulso. Este hecho le sugería a una parte de ella que quizá fuera una mala idea. Pero, bueno, no sería la primera vez que hiciera algo a sabiendas de que no era lo más inteligente. Siempre había tenido tendencia a actuar de manera temeraria. Lo achacaba a sus genes irlandeses. Tenía la impresión de que su pueblo solo había conseguido perpetuarse precisamente gracias a los actos temerarios llevados a cabo por mujeres irlandesas.

Le vino a la cabeza una frase: «síndrome de Estocolmo». ¿Era eso? Investigó un poco. «Cuando una víctima de secuestro desarrolla un vínculo afectivo con sus secuestradores.» Normalmente se consideraba un fallo de la víctima, o una debilidad psicológica, una consecuencia del miedo, una transferencia, y la esperanza de sobrevivir al cooperar con su secuestrador en vez de enfrentarse con él y acabar muerto.

Pero ¿y si no era un error? ¿Y si al secuestrarte te habías visto obligado a prestar atención, por fin, a la realidad del otro…, a su desesperación, que debía ser tan extrema que lo había impulsado a cometer también él un acto imprudente? ¿Y si te dieras cuenta de que tú harías lo mismo si estuvieras en la piel del otro? Si durante la eterna duración de un secuestro tenías esa percepción, verías la situación con otros ojos, algo cambiaría dentro de ti, aunque ese cambio se produjera mucho tiempo después. Posiblemente ese cambio era, al menos a veces, la reacción correcta a lo sucedido.

No cabía duda de que ello dependía de las circunstancias, como siempre. En el incidente original que dio nombre al síndrome, un par de atracadores mantuvieron retenidas a cuatro personas, tres mujeres y un hombre, en una cámara acorazada en la que también estaban atrapados, y a lo largo de una semana ambas partes intercambiaron una multitud de pequeños gestos amables. Cuando todo terminó, por supuesto, de manera pacífica, con la rendición de los secuestradores, entre estos y las víctimas se había establecido un vínculo afectivo. Las víctimas se habían negado a testificar contra sus secuestradores. Se decía que el síndrome que recibió su nombre a raíz de este caso afectaba a alrededor del 10 por ciento de las víctimas de secuestros, y cuanto más cordial era el comportamiento de los secuestradores en el transcurso del acto, esencialmente hostil, de retener a una persona en contra de su voluntad, mayor era la probabilidad de que tuviera ese efecto en la víctima. Como, por otra parte, parecía lógico.

También había el síndrome de Lima, leyó Mary, en el que los secuestradores desarrollaban una compasión tan intensa por sus rehenes que los liberaban.

¿Qué pasaba si los dos síndromes ocurrían simultáneamente? Seguro que sucedía alguna vez, con una especie de simetría: dos personas, cada una de ellas afectada por una angustia y un trauma distintos y en diferente grado de intensidad, en un momento de estrés reconocen en el otro a un igual que sufre. ¿Eso estaba mal?

En estas cuestiones era muy difícil obtener una respuesta categórica. Se trataba de poner nombre a una mezcla confusa de emociones. Un sentimiento reprochable que sin embargo se daba. Muchos psicólogos ponían en duda el síndrome de Estocolmo, y nunca se había incluido en el *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos*

mentales. Era psicología pop, un término periodístico, una ficción.

Sí, pero… Todo lo que es posible acababa sucediendo, antes o después. En momentos de gran estrés ocurrían cosas extrañas. Quizá fuera estúpido intentar poner una etiqueta a esos sucesos, buscar una explicación. Los síndromes, la psicología en general, eran una patraña. Todo ocurría una sola vez, siempre; en este caso, Mary y aquel hombre joven en la cocina durante un par de horas. No se diferenciaba mucho de una cita que ves que no lleva a ninguna parte y te sientes obligado a capear. Bueno, no. La pistola, aquel momento de terror —un terror sobrecogedor a perder la vida—, no lo había olvidado, ni perdonado. Nunca lo haría. Nada era exactamente igual a eso. Pero es que nada era exactamente igual a nada.

Cuando llegó a Zúrich salió de la *Hauptbahnhof*, cruzó el río en dirección a la parada del tranvía y subió al primer 6 que pasó, que la llevó colina arriba hasta Kirche Fluntern.

Recorrió la Hochstrasse con cautela hasta que llegó al edificio donde estaba su apartamento y entró en él. Los guardaespaldas que custodiaban la puerta se alegraron al verla. Se sentía exhausta mientras subía por la escalera. Se sirvió una copa de vino blanco con hielo y la apuró en un abrir y cerrar de ojos. No le gustaba vivir sola, pero tampoco le gustaba convivir con los guardaespaldas. Seguramente debería haberles invitado a subir; hacía frío en la calle. Pero en momentos como este no le apetecía hablar con nadie. Le habría resultado imposible mantener una conversación; se sentía demasiado desconcertada. Por mucho que se hubiera esforzado en ser amable habría acabado comportándose como una persona irritable. Se dio una ducha y se metió en la cama, todavía angustiada. Por suerte el sueño no tardó en llegar.

A la mañana siguiente fue directamente a su despacho y lo primero que hizo fue terminar todos los asuntos pendientes para quitárselos de encima. Luego se concentró en el informe de Badim y en su secuestrador. Frank May. Era verdad que era un superviviente de la gran ola de calor de la India; había estado en la zona más afectada, donde trabajaba como cooperante. En aquel momento tenía veintidós años. Y se había encontrado su ADN en el escenario del asesinato ocurrido junto a orillas del lago Maggiore, en el trozo de madera que se había utilizado como arma. Seguramente lo acusarían de homicidio involuntario. Pero al parecer lo tenían bien pillado. Mary suspiró. Lo otro era una trivialidad en comparación con eso, pero el problema era que mostraba un patrón, lo que significaba que era un delincuente reincidente. Es decir, más tiempo en la cárcel.

Buscó dónde estaba encarcelado; *Gefängnis Zürich*, Prisión de Zúrich. Después de llamar para informarse de los horarios de visitas y de la disponibilidad del interno, Mary fue caminando hasta la parada del tranvía. Mientras esperaba al siguiente tranvía echó un vistazo a lo que había a la venta en el quiosco. ¿Qué se regalaba a un preso? Entonces recordó que iba a visitar a su secuestrador. No compró nada.

El centro penitenciario se encontraba en la Rotwandstrasse, la calle de la Muralla Roja. La parada de tranvía más cercana era la de Paradeplatz. Mary se apeó en ella y continuó caminando por la calle, en la que no había ninguna muralla roja a la vista. Quizá la habían pintado de otro color, o derribado hacía ochocientos años. La prisión no dejaba lugar a la confusión; era un sobrio edificio de hormigón de tres plantas que ocupaba casi una manzana entera, con unas ventanas altas encajadas en unos

profundos alféizares que estaban diseñadas para que nunca se abrieran.

Mary entró y se identificó. La hicieron pasar a una sala. El interno había aceptado reunirse con ella. Tuvo que dejar el móvil y el resto de sus cosas en una taquilla y pasar por un arco de rayos X, como en los aeropuertos. Después un guardia la condujo por un pasillo y cruzaron dos puertas que se abrieron y se cerraron automáticamente. «Como en una estación espacial», pensó Mary. La atmósfera era diferente dentro de aquel edificio.

Y era cierto. El aspecto y el olor de aquel lugar eran diferentes. Los suizos hacían gala de cierta elegancia incluso en las más anodinas de sus instituciones, y en el caso de aquella cárcel también se aplicaba ese principio: un revestimiento azul en las paredes, un espacio vasto lleno de mesas y de sillas dispuestas manteniendo una gran distancia unas de otras, macetas en los rincones y varias imitaciones de las esculturas de Giacometti que señalaban el techo con sus consabidas extremidades alargadas. Pero olía a ozono y a poder. Una estructura panóptica. Dos guardias estaban sentados detrás de un pequeño escritorio situado junto a la puerta para los visitantes. Otro guardia entró por la puerta desde el lado de los internos escoltando a un hombre delgado que caminaba como si estuviera herido.

Era él. La miró fugazmente y esbozó media sonrisa que revelaba la incertidumbre y la confusión que le producía verla, una sonrisa asustada. Señaló una mesa y enfiló hacia ella. Mary lo siguió y se sentó en una silla enfrente de él. Era obvio que la mesa se había colocado allí para ellos. Cuando estuvieron sentados, el guardia que había traído a Frank los dejó a solas y se acercó a charlar con sus compañeros.

Mary lo observó en silencio un rato. Él levantó una sola vez los ojos asustados para mirarla, como si necesitara

asegurarse de que era ella, y después ya no los despegó de la mesa. Parecía retraído. Había perdido peso desde aquella noche en su apartamento, y ya entonces estaba casi en los huesos.

—¿Por qué has venido? —preguntó Frank al fin.

—No lo sé —respondió Mary—. Supongo que quería verte dentro de la cárcel.

—Ah.

Un largo silencio. «Ahora he recuperado algo mío —no dijo, apenas pensó—. Ahora estoy más segura que antes. Ya no me pegarán un tiro en la calle. Ahora se han vuelto las tornas y eres tú el que está retenido en contra de su voluntad, yo soy libre para salir de aquí.» No daba la sensación de que la hubieran llevado allí buenos sentimientos precisamente.

—¿Cómo te va?

Frank se encogió de hombros.

—Ya ves.

—¿Qué pasó?

—Me detuvieron.

—He oído que estabas en un comedor para refugiados.

Frank asintió.

—¿Qué más has oído?

—Que unos gamberros los atacaron, tú los defendiste y cuando la policía llegó seguías allí. La policía te buscaba por algo que pasó en el lago Maggiore.

—Eso dijeron.

—¿Qué pasó en el lago Maggiore?

—Un tipo me sacó de quicio y le golpeé.

—¿Le golpeaste y murió?

Frank asintió.

—Eso dicen.

—¿Eres alguna clase de…?

Él se encogió de hombros.

—Tuve suerte.

—¿Suerte? —repitió con severidad Mary.

Frank se revolvió en la silla.

—Fue un accidente.

—Vale, pero no bromees con eso. A partir de ahora, todo lo que digas podría afectar a tu situación legal.

—Solo estoy charlando contigo.

—Aplícalo con todo el mundo.

—¿Nada de bromas? ¿En serio?

—¿Tan difícil te resulta? No recuerdo que hicieras ninguna broma cuando viniste a mi apartamento.

—Intentaba ser serio.

—Pues sé serio ahora. Tu vida podría depender de ello.

—¿De qué manera?

—En los años de condena.

Las comisuras de los labios de Frank se tensaron y tragó saliva. No había ni rastro de guasa en su expresión.

—Ese hombre que murió…, ¿le golpeaste con alguna cosa?

—Sí, tenía en la mano un trozo de madera que había recogido en la orilla del lago.

—¿Y el golpe fue lo suficientemente fuerte para acabar con su vida?

—No lo sé —respondió Frank—. A lo mejor se golpeó la cabeza con algo cuando cayó.

—¿Por qué le golpeaste?

—No me caía bien.

—¿Por qué no te caía bien?

—Se comportaba como un imbécil.

—¿Contigo o con los demás?

—Con todos.

—¿Los demás eran suizos o *Ausländer*?

—La verdad es que había de todo.

Mary lo observó unos minutos en silencio. Al parecer la suya era una de esas conversaciones que incluían largos silencios. Finalmente dijo:

—Bueno, esto es muy grave. Es decir, tienen muchas cosas de las que acusarte. Así que… bueno, hablaré bien de ti, si quieres.

—¿Dirás que fui un buen secuestrador?

—Sí. De hecho ya consta así en el informe. Es decir, lo denuncié como un secuestro, así que ahora no puedo alegar sin más que te había invitado a tomar una copa. Que yo sepa, en Suiza no tienen leyes del estilo de los tres delitos, pero esta pelea del comedor para refugiados se sumará a la muerte y a lo que me hiciste a mí. Seguro que influirá en el juicio. Si no hubiera declarado ya que me secuestraste, consideraría seriamente la posibilidad de decir que solo habíamos quedado para tomar algo esa noche.

—¿Por qué? —preguntó con sorpresa Frank.

—Porque no quiero que pases tanto tiempo en la cárcel, quizá.

La expresión de sorpresa no se había borrado de la cara de Frank. Mary también estaba sorprendida. ¿Quién era ese hombre? ¿Por qué se preocupaba por él? Bueno, la respuesta se la daba aquella noche. Era evidente que sufría; algo se había roto dentro de él.

Frank volvió a encogerse de hombros.

—Vale —dijo, y entonces su rostro adquirió una expresión sombría—. ¿Sabes cuánto tiempo podría caerme?

—No. —Mary hizo una pausa y pensó un momento—. Creo que en Irlanda te condenarían por lo que hiciste a varios años de prisión, dependiendo de las circunstancias. Luego siempre se puede reducir la condena por buen comportamiento y eso. Pero en Suiza es diferente. Puedo informarme.

Su mirada atravesó la mesa para contemplar ese abismo de años en la cárcel.

—No sé cuánto tiempo aguantaré —musitó—. Ya casi he llegado a mi límite.

Mary buscó algo que decir, pero apenas se le ocurría nada.

—Te darán un trabajo —se aventuró a decir—. Te permitirán salir para trabajar. Te enviarán a terapia. Quizá tu vida termine siendo no muy distinta de la que tenías antes.

Con ese comentario se ganó una mirada feroz de Frank, pero rápidamente volvió a fijar los ojos en la mesa.

Mary suspiró. La verdad era que poco se podía hacer para animar a alguien que se encontraba en una situación como la de Frank. Pero, bueno, al fin y al cabo eran sus decisiones las que lo habían llevado allí. Si es que había podido tomar esas decisiones libremente. De nuevo se planteó el estado mental de Frank. Todos los crímenes violentos que se habían producido en el mundo, mucho peores que cualquiera de las cosas que hubiera hecho ese hombre..., ¿no eran a primera vista pruebas de locura? Por lo tanto, ¿no se estaba castigando a alguien simplemente por estar enfermo al imponerle unos castigos por los delitos que había cometido?

O con el fin de proteger a la comunidad.

A Mary no le apetecía pensar en esas cosas. Tenía otras más importantes que hacer y el día lleno de compromisos. Pero allí estaba él, atrapado, encerrado, desdichado. Posiblemente había perdido el juicio; no era una simple persona traumatizada, sino que el mismo trauma lo había incapacitado de una manera que incluso superaba los límites comprendidos por el trastorno de estrés postraumático. Debía sufrir alguna clase de daño cerebral causado por el calor excesivo, o la deshidratación, o por las dos cosas, un daño que nunca se había curado. Parecía muy

posible; todas las otras personas que habían sufrido la ola de calor con él habían muerto.

Bueno, quién sabía. Frank no iba a moverse de allí y ella tenía cosas que hacer. No le costaría encontrar un momento para volver a verlo.

—Ahora tengo que irme —dijo Mary—. Volveré. Miraré a ver si puedo enterarme de algo y hablaré con tu abogado. ¿Tienes abogado?

Frank negó con la cabeza.

—Me han asignado uno.

Parecía completamente desesperado.

Mary suspiró y se puso en pie. Uno de los guardias se acercó a la mesa.

—¿Se marcha? —preguntó el funcionario.

—Sí.

Ahora era ella la que tenía el poder. Le tocó fugazmente el hombro, casi de la misma manera que lo había hecho él aquella noche en la Hochstrasse. Ahora se daba cuenta de que en parte había ido a allí en busca de venganza. Notó a través de la camisa de Frank su cuerpo caliente, ardiente; parecía estar febril. Frank se sacudió su mano como si fuera un caballo espantando una mosca.

51

La década de 2030 fueron años zombis. La civilización había sido asesinada pero seguía caminando por la Tierra, avanzando tambaleante hacia un destino aún peor que la muerte.

Todo el mundo lo percibía. El miedo y la ira, la negación y la culpa, la vergüenza y el arrepentimiento, la represión y el regreso de los reprimidos hacían estragos en la cultura de la época. La gente vivía por inercia, siempre en un estado de terror contenido, consciente de sus heridas; en espera del siguiente golpe fatal al mismo tiempo que se preguntaba cómo lo haría para tampoco esta vez prestarle la atención debida cuando ya exigía un esfuerzo descomunal hacer caso omiso a todos los golpes que lo habían precedido, uno detrás de otro desde el año 2020. La ola de calor que había asolado la India era uno de los que más insistía en mantenerse presente. Nadie era capaz de enfrentarse a ella ni de olvidarla, no se podía pensar en ella, pero tampoco no hacerlo, al menos sin un ímprobo esfuerzo del subconsciente. Las imágenes y las cifras recordaban el Holocausto, que había dejado un agujero formidable en la conciencia de sí misma de la civilización; habían sido seis millones de personas, pero de eso hacía ya mucho tiempo; el pueblo judío asesinado por los alemanes, y era un asunto de los alemanes. El Nakba palestino, la partición de la India… La lista de desastres era interminable y el número de seres humanos afectados, incalculable. Pero antes siempre

había un grupo de personas responsables, personas de una época más incivilizada, o eso se decían unos a otros. Y estas ideas siempre se sacaban a colación con la intención de evitar hablar de la ola de calor, que, según los últimos cálculos, había matado a veinte millones de personas. Tantas como soldados habían muerto en la primera guerra mundial, una cifra que se había alcanzado tras cuatro intensos años de concienzuda matanza; y la ola de calor solo había durado dos semanas. Decían que en algunos aspectos recordaba a la gripe española que el mundo padeció entre los años 1918 y 1920. Pero no era verdad. La culpa no era de un patógeno, ni de un genocidio, ni de una guerra; solo la acción y la inacción del ser humano, las suyas propias, habían matado a las personas más vulnerables. Y aún morirían muchas más, porque al fin y al cabo todos eran vulnerables.

A pesar de ello seguían emitiendo dióxido de carbono. Conducían coches, volaban en aviones, hacían todo lo que había causado esa ola de calor y causaría la siguiente. Los beneficios todavía eran altos y se repartían dividendos entre los accionistas. Etcétera.

Todo el mundo sabía que no estaba haciéndose bastante, y todos seguían haciendo muy poco. Como no podía ser de otra manera, apareció la represión; todo era demasiado freudiano, pero el modelo de la mente de Freud era la máquina de vapor, es decir, contención, presión y liberación. Así pues, la represión producía una presión interna, y el regreso de los reprimidos era la liberación de esa presión. Si no se reducía la presión la máquina explotaba. Entonces, ¿qué era la gente en los años treinta, un silbido o un estruendo? ¿El siseo de la presión liberada al realizar un trabajo útil, como en una máquina eficiente, o un estallido? Nadie lo sabía, de manera que día tras día la

civilización avanzaba por la vida con paso tambaleante y la presión continuaba aumentando.

Así que no fue ninguna sorpresa cuando un día, en el lapso de unas pocas horas, se estrellaron sesenta aviones de pasajeros, por todo el mundo, aeronaves de toda índole, aunque el análisis posterior puso de relieve que un número desproporcionado de esos aparatos eran aviones privados, y en el caso de los vuelos comerciales siniestrados, la mayoría de sus pasajeros eran personas en viaje de negocios. Pero personas inocentes que viajaban por toda clase de motivos habían muerto. Alrededor de siete mil personas murieron ese día, gente corriente que llevaba una vida normal.

Más adelante se descubrió que enjambres de drones diminutos se habían interpuesto en la trayectoria de los aviones accidentados y se habían introducido en los motores. Los drones habían terminado hechos añicos y nunca se llegó a rastrear de manera concluyente quién los había fabricado y dirigido hacia los aviones. No pocos grupos terroristas reivindicaron la acción inmediatamente y presentaron sus exigencias, pero nunca quedó claro que alguno de ellos hubiera tenido algo que ver con los atentados. El hecho de que tantos grupos reclamaran la autoría de un acto tan atroz acrecentó el horror de la población. ¿En qué mundo vivíamos?

El mensaje que transmitían los atentados era obvio: dejad de volar. Y lo cierto es que mucha gente no volvió a viajar en avión. Antes de ese día había medio millón de personas en el aire en todo momento. A partir de entonces esa cifra se desplomó. Más aún cuando un mes después se produjo otro atentado que derribó veinte aviones. En los vuelos comerciales los aviones a menudo iban vacíos, hasta que finalmente se cancelaron. Los aviones privados interrumpieron sus servicios. Los aviones militares y los

helicópteros también habían sufrido ataques, así que limitaron su actividad y solo volaban cuando era estrictamente necesario, por ejemplo en una situación de guerra. Como era la que se vivía, la verdad.

Se hizo hincapié en que ningún avión eléctrico había sido atacado, tampoco ningún avión con motores de biodiesel, ningún dirigible ni ningún globo aerostático. Pero en esa época quedaban tan pocos de esos que era difícil saber con certeza si ese perdón había sido deliberado o no. Todo apuntaba a que había sido así, y parecía lógico pensarlo, así que la fabricación de dirigibles, que ya había empezado de una manera modesta, no ha cesado hasta el día de hoy.

Suele decirse que la Guerra de la Tierra empezó el Día de los Accidentes. Ese mismo año empezaron a hundirse buques cargueros, casi siempre cerca de la costa. Torpedos que salían de la nada; otro tipo de drones. Los investigadores enseguida se dieron cuenta de que los barcos atacados durante esa campaña de atentados se hundían en lugares donde podían convertirse en los cimientos de nuevos arrecifes de coral. Sea como fuere se hundían. Por supuesto, el combustible que utilizaban todos ellos era el gasóleo. El número de vidas que se perdieron en esos ataques fue muy reducido, pero las consecuencias en el comercio mundial fueron gravísimas. Las bolsas cayeron por debajo incluso que el Día de los Accidentes. Una recesión mundial, una sensación de pérdida de control, se disparó el precio de los productos de consumo, la perspectiva evidente de una crisis a gran escala que finalmente estalló un par de años después... Fue una época de miedo.

Dos meses después del Día de los Accidentes, un grupo llamado Kali, o los Hijos de Kali, publicó un manifiesto en internet. Exigía que se pusiera fin al uso de combustibles fósiles en los medios de transporte. Eso suponía entre el 20

y el 25 por ciento del dióxido de carbono que la civilización estaba emitiendo a la atmósfera, y el manifiesto afirmaba que era posible suprimirlo.

Posteriormente, los Hijos de Kali (o alguien que utilizó ese nombre) lanzó otro mensaje al mundo: vacas. Ese mismo año el grupo anunció que había cultivado e introducido la enfermedad de las vacas locas, la encefalopatía espongiforme bovina, en millones de reses en todo el mundo por medio de unos dardos disparados desde drones. En todo el mundo menos en la India, y sobre todo en Estados Unidos, Brasil, Inglaterra y Canadá. No había manera de evitar que las vacas enfermaran y murieran en los próximos años, y si se consumía su carne la enfermedad podía transmitirse al cerebro humano y desarrollar la variante de la enfermedad de Creutzfeldt-Jakob, que en todos los casos tenía consecuencias fatales. Así que la gente tuvo que dejar de comer ternera para no correr riesgos.

Y lo cierto es que a partir de los años cuarenta el consumo de carne de ternera descendió. También el de leche. Y cada vez volaron menos aviones. Naturalmente, mucha gente se apresuró a acusar de hipócritas y de monstruos a esos Hijos de Kali, entre otras cosas porque la población india no comía ternera y por lo tanto no le afectaba la restricción, y porque las centrales térmicas de carbón de la India habían emitido una parte significativa de todo el dióxido de carbono arrojado a la atmósfera durante la última década. Pero esas centrales térmicas también sufrían ataques con regularidad, así que no quedaba claro quién estaba haciendo qué a quién. Se destruyeron decenas de centrales térmicas en todo el mundo, a menudo en ataques perpetrados con drones. En esos años, los apagones en la India estaban a la orden del día, pero en el resto del mundo también eran habituales. La Guerra de la

Tierra era real, pero el ejército agresor parecía invisible. A menudo se decía que no operaba desde la India, incluso que ni siquiera era una organización india sino un movimiento internacional. Kali no estaba en ninguna parte y estaba en todas partes.

52

Nuestro Sikkim se convirtió en un estado con una agricultura completamente orgánica entre los años 2003 y 2016 con la ayuda de la intelectual, filósofa, feminista y especialista en permacultura Vandana Shiva, una figura importante para muchos indios. Naturalmente, Sikkim es el estado menos poblado de la India, con menos de un millón de habitantes, y el tercero por la cola desde el punto de vista económico. Pero cultiva más cardamomo que cualquier otro sitio del planeta salvo Guatemala, y uno de sus nombres es Beyul Demazong, «el valle escondido del arroz». Los *beyul* son los valles escondidos sagrados en la tradición budista, y entre ellos están Shambala y Khembalung. Sikkim precisamente es uno de esos lugares mágicos, y su método de agricultura orgánico, un aspecto de la permacultura, despertó el interés en el resto de la India a mediados del siglo XXI, como parte de la Renovación y de la Nueva India, y de la construcción de un mundo mejor. En esto Vandana Shiva también fue una importante líder intelectual que combinó la defensa de los derechos de las tierras, la sabiduría autóctona, el feminismo, el hinduismo posterior al sistema de castas y otros programas progresistas característicos de la Nueva India y de la Renovación.

También fue importante el ejemplo de Kerala, en el otro extremo de la India, por sus innovaciones en el gobierno local. Un estado bendecido por su ubicación en la costa suroccidental de la India, con una larga historia de

relaciones con África y Europa y en el que se encuentra la legendaria ciudad de Trivandrum, Kerala ha estado gobernado durante mucho tiempo mediante un acuerdo para compartir el poder entre el Frente Democrático de Izquierda (el LDF), una organización fuertemente influida por el Partido Comunista Indio, y el viejo partido del Congreso, que, aunque a nivel nacional había perdido el favor de la población, siempre había gozado de un apoyo bastante significativo en Kerala, ya que representaba el partido de la independencia y el *satyagraha*, que significaba «la fuerza de la verdad», de Gandhi. El LDF ha sido el partido dominante en Kerala durante los cien años que han pasado de la independencia india, y entre los principales proyectos de la organización siempre ha estado devolver el poder al pueblo, un objetivo próximo a lo que podría considerarse una democracia directa. Actualmente, en Kerala hay un panchayat en cada municipio, luego, el gobierno de cada distrito coordina estos panchayat, media en las disputas y se ocupa de todos los asuntos y las necesidades a nivel de distrito; y por encima de esos gobiernos de distrito está el organismo de gobierno del estado, con sede en Trivandrum, que administra todas las cuestiones que afectan al conjunto del estado. Se fijó el foco en los gobiernos locales de una manera tan intensa y diligente que en la actualidad hay mil doscientos órganos de gobierno en Kerala, y cada uno de ellos se encarga de los asuntos que le competen, cualquiera que sea su naturaleza.

Como curiosidad, quizá —o quizá no sea tan curioso—, suele destacarse que tanto Sikkim como Kerala son unos lugares de una belleza excepcional, que atraen más turistas que la mayoría de los estados indios. Pero lo cierto es que, si te tomas la molestia de visitarlos, descubrirás que todos los estados de la India son bonitos. La India es un país muy

hermoso. Así que el éxito de esos dos estados no puede atribuirse únicamente a la belleza de su paisaje.

La India continúa resurgiendo de sus cenizas y dando lo mejor de sí a pesar de que durante mucho tiempo fue maltratada por los intereses foráneos, representados, entre otros, por los mogoles, los rajas, los británicos, la globalización y la corrupción de los gobiernos nacionales de absolutamente todos los partidos, pero especialmente del partido del Congreso en sus años dorados en el poder y posteriormente del triunfalista partido nacionalista BJP, ambos caídos en desgracia por su vínculo con la ola de calor. Por lo tanto, en la Nueva India, en los años que habían transcurrido desde la ola de calor se había producido una renovación completa de las prioridades del país, y se habían introducido en la medida de lo posible las soluciones locales a los problemas que nos afligían. Sikkim y Kerala son, cada uno a su manera, excelentes ejemplos de lo que puede lograrse con un buen gobierno y con unos valores y unas prácticas que antepongan los intereses de la India. Naturalmente, las soluciones a nuestros males no pueden surgir únicamente dentro de las fronteras de nuestro país, a pesar de que en extensión y en población la India supera a la mayoría de los países del planeta. En este momento, todos los países, por pequeños que sean, necesitan que el mundo se porte bien. No obstante, la India es grande, lo suficiente para proveer de los recursos humanos, agrícolas y minerales necesarios para llevar a cabo una rápida modernización.

Lo interesante ha sido observar si los avances efectuados en esos estados pioneros podrían aplicarse a escala nacional. Por ejemplo, en estados como Karnataka, cuya capital, Bangalore, el denominado Silicon Valley indio, ha liderado el desarrollo en este aspecto con la creación de numerosas escuelas de ingeniería. Ahora Bangalore, la

Ciudad Jardín, la tercera metrópolis del país, es un próspero centro de la tecnología de la información, e innovaciones que están realizándose allí, como el denominado internet de la Tierra y de los animales, podrían contribuir de manera significativa en el proceso de modernización de las zonas rurales de la India. Por supuesto, en Bombay tenemos Bollywood, y de punta a punta del país contamos con ingentes recursos minerales. Aun sacando del tablero el carbón, como ya hemos hecho, la riqueza de la tierra en la India es insuperable; y en un mundo que obtiene su energía del sol, la India es un país bendecido. La India recibe más radiación solar que cualquier otra nación de la Tierra.

Así pues, ahora la tarea primordial es fundir el pasado con el futuro, unir la diversidad de pueblos y de paisajes que es la India para llevar a cabo un proyecto integrado. La mayor democracia del mundo sigue teniendo enormes problemas, pero también es enorme su potencial para encontrar soluciones. Tenemos que aprender la nueva agricultura de Sikkim, la nueva manera de gobernar de Kerala, la tecnología de la información de Bangalore, y así hasta el infinito; cada estado tiene algo que aportar, y debemos unirlos todos para trabajar por el bien de cada uno de nuestros ciudadanos. Cuando lo consigamos seremos el ejemplo que el mundo necesita; es más, después de resolver de una manera democrática los problemas de la vida contemporánea de una séptima parte de la humanidad, el resto del mundo no tendrá que preocuparse de toda esa gente.

53

Silbo, susurro, produzco y resplandezco. Engendrado en el corazón del sol, di tumbos durante millones de años antes de salir a la superficie y echar a volar. Tardo ocho minutos en llegar a la tierra. En el vacío me muevo a la velocidad de la luz, de hecho, yo defino la velocidad de la luz con mi danza.

Cuando entro en la atmósfera terrestre muestro aspectos propios de las ondas y de las partículas, pero no soy lo uno ni lo otro. Con mis cuatro dimensiones me representan como un reloj de arena en tres dimensiones, donde la mente humana cruza el tiempo con el espacio. Cuando choco con algo pierdo velocidad y separo a hermanos y a hermanas atrapados en objetos, todos iguales, sin masa, con espín uno, todos bosones, no fermiones; para regresar a mi punto de partida solo tengo que girar trescientos sesenta grados, mientras que lo fermiones deben dar una vuelta de setecientos veinte grados para volver a su posición inicial. ¡Qué raros son estos fermiones!

Yo no soy raro, soy sencillo. Choco con átomos y los muevo al mismo tiempo que yo mismo me muevo, sencillo como Newton, pum, pum, pum, gracias a las patadas que yo les doy los átomos de la atmósfera se mueven más. Eso es el calor. Hasta que impacto en algo que me captura y dejo de moverme por mí mismo. Y si no, reboto y vuelvo directamente al espacio, convertido en la luz que se refleja en el ojo de algún observador lunático que está

contemplando la gran bóveda azul y ve cómo choco con algo que tiene en su retina. Un píxel azul en la más nítida imagen granulada, hasta tal punto que es más fácil detectar la onda que genero, tal vez incluso sea más fácil imaginarla. La dualidad onda-corpúsculo es real, y es difícil pensar en ambas a la vez, y verlas. A una mentalidad de tres dimensiones le cuesta concebir cuatro dimensiones. Soy misterioso, y poderoso a pesar de no tener masa. De nada hay tantos como de nosotros. Bueno, quizá eso no sea verdad. No sabemos nada sobre la materia oscura, que debería llamarse materia invisible, no la conocemos ni sabemos qué pasa allí. Es de suponer que sus elementos constituyentes se parecen a mí, o quizá no; nadie lo sabe. Toda esa materia pulula por ahí como en un universo paralelo ligeramente superpuesto al nuestro, tal vez en forma de ondas, aunque lo que es seguro es que la gravedad también actúa sobre ella, porque hemos descubierto su existencia gracias a los efectos de la gravitación. Si nosotros nos pareciéramos a esos componentes de la materia oscura sería en el sentido en el que se parecen la luz y la oscuridad. Las dos partes de un todo, quizá. Soy visible, encarno la luz; la materia oscura no es oscura en realidad, sino invisible, y no sabemos cómo ni qué es. Nuestro yo ausente, nuestra sombra, nuestro gemelo. Aunque quizá la materia oscura sea mucho más numerosa que nosotros. Es uno más de muchos otros misterios, volamos unos a través de otros como si fuéramos fantasmas.

Pero yo, yo impacto en la Tierra, reboto y me meto en el ojo de un observador que está en la Luna, y vuelvo a rebotar, inmortal, inmutable, y sigo rebotando, y en una de esas, solo por esta vez, paso formando parte de un grupo numeroso con mis hermanos y golpeamos la Tierra y la iluminamos, y el gas que envuelve la hidrosfera y la litosfera

del planeta se calienta al contacto con nosotros. Mis hermanos me siguen y ellos continúan calentando.

¿Qué soy? Seguro que ya lo has adivinado. Soy un fotón.

54

Mary trataba de pasar desapercibida a la luz pálida del invierno zuriqués en la reunión diaria que mantenía con su equipo para planificar los siguientes pasos. Los trece se juntaban por la mañana para comentar las novedades y el plan del día, de la semana, de la década. Se había convertido en una especie de gabinete de guerra, porque tenían la sensación de que el trabajo que realizaban era propio de tiempos de guerra. Pero no se había declarado ninguna guerra; enfrente no tenían un oponente, o, si lo había, consistía en un puñado de personas con un montón de dinero y/o una pasión desbordante. Siguiendo con la analogía de la guerra, en ese momento estaban más preocupados de defenderse de un enemigo que los superaba en potencia de fuego; pero en realidad se trataba casi exclusivamente de un enfrentamiento de discursos, una guerra de mensajes, de ideas y de leyes, cuyas consecuencias mortales solo eran un efecto derivado que los agresores de ambos bandos podían negar con facilidad. Tal vez podría considerarse una guerra civil, verse como un país que se autoinflige una tunda de puñetazos. En cualquier caso, guerra o no, transmitía la misma sensación espantosa de constante peligro existencial, de inclemente ansiedad que no cesa. El gran número de personas que vivían sin las comodidades más básicas en Zúrich, reclamando un cambio con canciones en la calle, buscando

trabajo o, peor aún, sin buscarlo; siempre fue algo excepcional. No era una cosa propia de Zúrich.

Sin embargo, la vida de Mary se había instalado en una rutina que, tenía que reconocerlo, casi le gustaba. Por lo menos era absorbente, y probablemente productiva. Había cosas peores que tener entre manos un proyecto que parecía crucial. Pasaba la mayor parte del tiempo en Zúrich. Solo cuando la melancolía invernal se le volvía insoportable tomaba un tren hacia las cercanas poblaciones alpinas, que surgían por encima de las nubes bajas que se acumulaban en la vertiente septentrional de los Alpes y eran las responsables de que el invierno en Zúrich fuera tan gris y deprimente. Le habían contando que en los primeros cincuenta días del año solo había habido ocho horas de cielo despejado distribuidas en varios días; era propio de los suizos hacer un seguimiento de esas cosas. Pero los domingos Mary se daba una tregua y ascendía en tren hacia la radiante luz que se reflejaba en los paisajes nevados. Las estaciones de esquí siempre estaban llenas de gente, además de que ella no lo practicaba; pero había muchos pueblos en los Alpes rodeados de precipicios en los que no era posible esquiar, como, por ejemplo, Angelberg, Kandersteg y Adelboden. En estas localidades Mary podía pasear por senderos en los que se había retirado la nieve o calzada con raquetas para la nieve, o simplemente sentarse en una terraza y absorber la fría y brillante luz del sol cristalino suspendido en el infinito cielo blanco antes de regresar a la penumbrosa ciudad.

En Zúrich se reunía con su equipo y con colaboradores y adversarios externos. Los departamentos legales de las compañías de la industria de los combustibles fósiles cada vez estaban más interesados en saber hasta qué punto podrían exprimir al sistema si decidían renunciar a su producción. No se trataba de un asunto trivial, de hecho era

crucial, y Mary lo afrontaba con sumo interés. Hasta cierto punto tenía la sensación de que estaba negociando con unos terroristas pertrechados de unos chalecos llenos de explosivos que exigían un rescate para no hacer saltar por los aires el mundo. Pero esa tampoco era una definición exacta. En primer lugar, porque si nadie compraba su producto, sus explosivos no estallarían y no podrían hacer saltar por los aires el mundo; de manera que su amenaza perdía fuerza cada día que pasaba, lo cual explicaba por qué se habían decidido a hablar con ella; estaban perdiendo poder de influencia como terroristas que mantenían la biosfera como rehén. Y puesto que el Ministerio del Futuro era un lugar donde quizá podrían negociar un acuerdo, acudían a Zúrich con frecuencia para dialogar.

Además no eran terroristas de verdad. Eso solo era una analogía, mala, quizá, o por lo menos parcial. La civilización necesitaba electricidad, y eran los propios ciudadanos quienes habían recurrido a los combustibles fósiles para conseguir energía durante los últimos dos siglos. Los propietarios de esos combustibles a veces eran particulares que se habían hecho inmensamente ricos, pero en la mayoría de las ocasiones eran naciones que habían reclamado la propiedad de los combustibles hallados dentro de sus fronteras y los consideraban bienes del Estado y de sus ciudadanos. Estos petroestados controlaban alrededor de tres cuartas partes de los combustibles fósiles que aún se acumulaban en la tierra, y también ellos pretendían conseguir una indemnización por las pérdidas que les acarrearía no venderlos ni consumirlos.

Por lo tanto, el asunto era un cajón de sastre. ExxonMobil era grande, sí, y poseía más activos que muchos países del mundo; pero China, Rusia, Australia, los países árabes, Venezuela, Canadá, México y Estados Unidos tenían más reservas de petróleo que ExxonMobil y el resto de las

compañías privadas. Y todos querían una compensación, a pesar de que habían aceptado la descarbonización pactada en el Acuerdo de París. «¡Pagadnos por no destruir el mundo!» A eso se llamaba extorsión, era como si unos matones obligaran a sus víctimas a pagarles a cambio de protección; pero las víctimas eran sus propios compatriotas, así que en realidad esos países estaban extorsionándose a ellos mismos. O eran sus gobernantes electos quienes los extorsionaban. En cualquier caso, la situación era extraña, cambiaba continuamente y era difícil definirla.

Así que las reuniones se sucedían. Mary seguía insistiendo en la idea de emitir dinero para pagar la descarbonización y cualquier tarea de mitigación. A medida que pasaban las semanas y la economía mundial transitaba desde la recesión hacia la crisis, Dick casi la convenció de que los impuestos podrían ser una herramienta válida para hacer en solitario todo el trabajo. Lo importante, le dijo, eran los diferenciales en el coste y en los beneficios. Por lo tanto, en ese sentido de resultado neto en la contabilidad, los impuestos harían las veces de palo y de zanahoria, porque en el resultado neto, ya fuera de una persona, de una empresa o de un estado, no se distinguía entre palo y zanahoria; ambas cosas eran incentivos. Y si los países implantaban impuestos recaudarían ellos mismos el dinero y sus bancos centrales no tendrían que emitir dinero nuevo; lo ingresarían en vez de soltarlo. Así pues, si te dedicabas a una actividad gravada con impuestos directos altos que aumentasen a medida que creciera la actividad, los impuestos serían el palo con el que te darían para alejarte de esa actividad; y si cesabas esa actividad, evitarías tener que pagar esos impuestos y en el resultado neto de tu contabilidad aparecería ese ahorro como una ganancia. De manera que renunciando a la actividad gravada con impuestos se crearía la zanahoria.

Mary comprendía el punto de vista Dick, pero siempre acababa sus conversaciones en desacuerdo con él. Quizá tuviera que ver más con la psicología que con la economía, pero la gente prefería que le pagaran por hacer cualquier cosa que ahorrarse pagar por algo. Mentalmente había una diferencia entre las zanahorias y los palos, aunque en los libros de contabilidad los números fueran iguales. Con una te alimentabas, con lo otro te pegaban. Simple y llanamente no eran la misma cosa. Mary intentaba hacérselo ver a Dick una y otra vez, pero él esbozaba esa sonrisa irreprimible de economista, de darse cuenta de que estaba delante de alguien que tenía unos conocimientos sobre economía que parecían los de un extraterrestre, alguien que estuviera observándolos desde Marte, o una inteligencia artificial útil pero completamente perdida en ese asunto, cosa que, más o menos, venía a ser el caso.

Además, en cuanto a de dónde sacar la zanahoria, las petroleras poseían un equipamiento y unos conocimientos para bombear petróleo del suelo que podrían adaptarse con facilidad para bombear agua. Y bombear agua era mucho más sencillo. Y eso era una buena noticia, porque si finalmente intentaban bombear agua del océano para verterla en la superficie de la Antártida, el esfuerzo que requeriría sería descomunal, y se necesitarían un montón de bombas aunque se circunscribieran al agua que había debajo de los grandes glaciares.

Así pues, la industria petrolera debía detener la extracción de petróleo, en gran medida, pero se contratarían sus servicios para que bombeara agua. O para bombear dióxido de carbono del aire e introducirlo en sus pozos de petróleo secos. La captura directa del dióxido de carbono atmosférico cada vez cobraba más fuerza como una parte esencial de la solución global, pero si se elevaba a las mismas cotas que el problema que pretendía solucionar

se acabaría produciendo una enorme cantidad de hielo seco que habría que colocar en algún sitio; almacenarlo en el suelo parecía la solución más evidente. En algunos aspectos, estos procesos de bombeo inverso eran más sencillos y económicos que la extracción de petróleo, y en otros era más complejo y caro. En cualquier caso requerían una tecnología que ya existía, estaba extendida por todo el mundo y era muy potente. Si podía pagarse a la industria para que cooperara con su tecnología en la resolución de la situación actual, mucho mejor.

Los abogados y los directivos de la industria petrolera parecieron interesados cuando se les planteó la propuesta. Los propietarios de las compañías privadas vieron en ella una oportunidad de negocio para la era pospetróleo, mientras que las compañías estatales mostraron interés en la idea de la compensación por el petróleo que no extrajeran de su subsuelo, que ya habían puesto como garantía para solicitar préstamos en una prueba más de la financiarización desenfrenada e imprudente que era la verdadera marca de la época. ¿Cobrar por trasvasar agua del océano a una cuenca hidrográfica? ¿Cobrar por introducir dióxido de carbono en el subsuelo? ¿De cuánto dinero estamos hablando? ¿Y quién correrá con los gastos iniciales?

—Ustedes —les respondía Mary.

—¿Por qué? Nosotros no tenemos tanto dinero.

—Porque si no lo hacen nos querellaremos. Y sí tienen el dinero. Financiarán la puesta en marcha de la transición e invertirán en ella, y nosotros les pagaremos con una moneda respaldada por todos los bancos centrales del mundo y cuyo valor garantizado aumentará gradualmente con el paso del tiempo. Este será un aspecto intrínseco de la moneda. Es una apuesta segura pase lo que pase.

—A menos que la civilización se desmorone.

—Correcto. Pueden especular con una venta corta de la civilización. Tampoco sería una mala jugada, la verdad. Pero no habrá nadie para pagarles si les sale bien. En cambio, si apuestan por una posición larga de la civilización, esta sobrevive, así pues, los beneficios serán importantes. De manera que lo inteligente sería apostar por una posición larga.

Mary se había dado cuenta de la cantidad de veces que repetía lo de «apostar por una posición larga». Bob Wharton había bautizado la expresión, utilizando una analogía con el fútbol americano, como «el pase largo de Mary». Se le hacía un poco raro decir «una posición larga» a esos hombres millonarios de mediana edad, tan impecables en su aspecto y suaves en sus maneras; con un aura que irradiaba satisfacción sexual, hasta el punto de que decirles «posición larga» parecía suficiente para desencadenar lo que una vez había oído describir como «una erección del alma». Bueno, no pasaba nada por seducirles un poco para que ganaran la confianza necesaria para dilatarse y penetrar el cuerpo grande, intenso y peligroso de la gran madre Gaia. Mary no se autoengañaba, sabía que una mujer de mediana edad, una burócrata siempre agobiada que trabajaba en una organización internacional sin poder efectivo no podía competir con la madre Tierra a ojos de esos hombres; pero no dejaba de ser una mujer, quizá los hermosos vestigios de una mujer, como dijeron los piratas de Penzance sobre la dura de oído Ruth. Podía recurrir a eso para ejercer un poco de presión, y así lo hizo. Suaves azotes sádicos de lo que en realidad era el clásico desprecio irlandés a toda forma de hipocresía, de la que abundaba en esas reuniones. En otras palabras, aquellos hombres solían ser bastante desagradables, pero el fin que perseguía Mary era más importante.

Un día Janus Athena entró en su despacho. Era una persona que encarnaba lo opuesto a la erótica del dinero de todos aquellos hombres; el proyecto vital de J. A. era borrar la distinción de sexos, instalarse en esa estrecha zona intermedia de la indefinición sexual. Lo cual, en teoría, representaba en sí mismo un nuevo sexo. Mary jamás habría creído en la existencia de esa zona de no ser porque veía a Janus Athena todos los días, quien en ese aspecto era completamente indefinible, o, hablando claro, era una persona en la que ni los rasgos masculinos ni los femeninos eran dominantes. Esto solo podía ser el fruto de un esfuerzo exhaustivo y cuidadosamente programado.

Mary observó a su misterioso experto en inteligencia artificial con la curiosidad habitual. Le habría gustado preguntarle: «J. A., ¿qué sexo te atribuyeron cuando naciste, si es que te atribuyeron alguno?».

Pero eso significaría romper las normas sociales que J. A., ella misma o la sociedad en general le había impuesto; estaría entrometiéndose o interfiriendo en el proyecto de J. A. Seguramente a J. A. le hacían esa pregunta con frecuencia, de una manera más o menos directa, pero Mary no iba a cometer el mismo error. Consideraba fundamental la aceptación de la otra persona y de su proyecto vital.

—¿Qué me traes, Janus Athena?

—El grupo de IA está creando herramientas de código abierto que imitan las funciones de las redes sociales más importantes.

—¿Los usuarios podrán migrar a ellas?

—Sí, y sus datos estarán protegidos por medio de una encriptación cuántica.

—Entonces China no permitirá a sus ciudadanos que las usen.

—Es posible. Pero China está recibiendo muchas presiones para que introduzca cambios, así que no está muy

claro lo que pasará al final. Para el resto del mundo, quien utilice estas nuevas redes tendrá el control absoluto de sus datos y no tendrá que preocuparse de que otros los utilicen y se aprovechen de ellos. Esa privacidad les proporciona un recurso, y podrán vender sus datos privados si lo desean. Eso, más la seguridad de la encriptación y el dominio público de esas redes deberían bastar para atraer a todos los usuarios del planeta. Difúndelo, facilítalo, fija una fecha, prepárate para recibir el aluvión de usuarios, pum.

—¿Cuántos usuarios crees que harán el cambio?

—La mitad, posiblemente. Y dentro de un par de años lo habrán hecho todos.

—Eso significará la decapitación de Facebook.

—Y de todas las demás redes sociales.

—Sustituidas por un sistema que pertenece a los propios usuarios.

—Sí. Código abierto. Tecnología de registro distribuido. Lo llamamos CIG, que es el acrónimo de Cooperativa del Internet Global.

—¿Te parece un buen nombre?

—¿Facebook te parece un buen nombre?

—Mejor que CIG.

—Bueno, pues piensa en otro mejor. Si tiene éxito será la plataforma de la CCI.

—Que son las siglas de… —dijo Mary siguiéndole el juego a Janus Athena.

—De la Cooperativa de Crédito Internacional. Un banco popular. El equipo ya se ha puesto a trabajar en ello. Hay que hacer mucha labor de replicación de bancos, y las cooperativas de crédito son complejas. De todos modos no será exactamente una cooperativa de crédito, porque consistirá en una red abierta de personas que distribuirán entre sus miembros créditos de fracciones de carboncoines si demuestran que han actuado para reducir las emisiones

de dióxido de carbono. Los ahorros depositados generarán un valor nuevo en un sistema de registro distribuido cuyos propietarios son los clientes y los empleados. Será su banco, como una función más de su cuenta YourLock. Invertirá cabalmente, como si las decisiones fueran tomadas por un conjunto de mentes, una especie de mente planetaria, que siempre deberá financiar actividades respetuosas con la biosfera. También será una entidad a la que todo el mundo podrá transferir los depósitos desde bancos privados. Esos bancos no podrán hacer frente a sus deudas y quebrarán de manera inmediata. Las personas necesitan tener un puerto seguro. Los bancos privados acudirán corriendo a los bancos centrales para que los saquen del apuro, el pánico se apoderará de los gobiernos y permitirán a los bancos centrales que emitan todos los billones que crean convenientes. Ese ha sido el patrón hasta ahora. Por lo tanto, en cualquier plan para atacar a los bancos privados tiene que haber preparado un puerto seguro. A partir de ahí se les puede decir a los gobiernos que aprueben la expansión cuantitativa de los bancos centrales, solo con la condición de que se queden acciones de los bancos privados.

—¿Estás hablando de una nacionalización de los bancos?

—Sí, pero la operación va más allá de una simple nacionalización. Los bancos centrales serán los propietarios de los bancos privados después de salvarlos de la quiebra o de la desaparición. Hasta ahí, bien. Pero los gobiernos de los estados también tienen que aumentar el control político sobre sus bancos. Se trata de una acción doble. Las dos son necesarias.

—¿Dará resultado?

—¿Lo de ahora da resultado?

Mary suspiró.

—Punto para ti. ¿Se puede meter de alguna manera la idea del futuro en los nombres? Después de todo somos el Ministerio del Futuro.

—La interfaz de internet podría llamarse… No sé… ¿Qué te parece VIOPH, el acrónimo de Vuestra Información os Pertenece, Hijos?

—Me parece horrible.

—A algunas personas no se nos da bien eso de poner nombres.

—Ya me he dado cuenta. —Janus y Athena, dos nombres que no tenían nada que ver el uno con el otro, eran un buen ejemplo de eso. Aunque no tenía ninguna importancia—. Lo convertiremos en un juego. Diles a todos que quedamos para cenar esta noche en el Tres Kilos, a ver qué nombres se nos ocurren.

—Solo si invitas tú. Las jarras de cerveza cuestan un ojo de la cara.

—De acuerdo.

—¿Y bien? ¿Qué quieres que hagamos con estos proyectos?

—Oh, sí —dijo Mary—. Probaremos. Algo hay que hacer. Aún vamos perdiendo.

Esa noche en el Tres Kilos, mientras cenaban y tomaban unas jarras de cerveza, se les ocurrieron algunos nombres para la red social que debía sustituir a Facebook. Mary los garabateó en una servilleta: DataFort, EPluribusUnum, WeDontChat, OnlyConnect, Todas tus Estúpidas Redes Sociales en una Segura y Lucrativa, TotalEncryption, FortressFamily, HouseholdersUnion, Skynet, SpaceHook, WeAretheWorld-WeArethePeople, PourquoiPas, ¡Cobra por Perder el Tiempo!

—Quizá deberíamos seguir buscando —concluyó Mary mientras leía la lista de la servilleta—. Aunque me gusta WeDontChat.

55

«¡*La vie vite*!» Los tiempos habían cambiado.
Los *gilets jaunes* cambiaron la manera de actuar. Se alejaron del modelo de mayo del 68 o de cualquier imitación de la Comuna o de las revoluciones de 1848, por no mencionar 1793, que, reconozcámoslo, hoy es visto como un episodio de historia antigua, a pesar de la evidente satisfacción que proporcionaría actualmente hacer desfilar por la guillotina a los criminales climáticos que se escabullen y se refugian en sus mansiones fortaleza. No, en los tiempos modernos había que salir a la calle todos los días, durante semanas, y charlar con la gente corriente que soportaba los atascos dentro de su coche o te cruzabas caminando por la calle o en los andenes del metro. Era un trabajo como cualquier otro. No era una fiesta, ni siquiera una revolución. Al menos al principio.

Pero pronto comprobamos que la gente quería hablar con nosotros. Todo el mundo sabía que estaban siendo utilizados, que se habían convertido en un mero instrumento del sistema. Yo todavía era un niño entonces y, en mi caso, la razón principal para echarme a la calle era que odiaba el colegio porque allí siempre me habían hecho sentir idiota. Desde que era muy pequeño me habían metido en las clases de los rezagados y en aquel momento mi vida estaba determinada, me dirigía de cabeza a la servidumbre, aunque yo sabía que tenía pensamientos y sentimientos reales. Así que lo más importante para mí en

aquel estallido inicial era que no tenía que aparecer por el colegio. Aunque aquí debería hacer un inciso para confesar que luego me hice profesor.

Después, por alguna razón, todos confluimos en París. En Francia es allí adonde hay que ir. No hizo falta que nadie lo sugiriera. Fue Trotsky quien dijo que el partido siempre está intentando seguir el ritmo de las masas. La estrategia se decide abajo y la táctica arriba, no al revés, y pienso que eso fue lo que pasó en nuestro caso; un desencadenante, o una combinación de desencadenantes, la extinción de algún delfín de río, el naufragio mar adentro de otro barco atestado de refugiados… ¿Quién sabe? A lo mejor solo fue un crecimiento repentino del paro, pero de pronto iniciamos la marcha hacia París, a menudo, cuando las autopistas se colapsaban, a pie. Claro que cuando llegamos a la capital no podíamos enfrentarnos con la policía ni con el ejército porque habría sido un suicidio. Teníamos que imponernos con la fuerza de nuestro número. Y llegamos a ser tanta gente que las fuerzas del orden no pudieron contenernos y el país se paralizó. En ese momento los problemas saltaron inmediatamente de las carreteras y nos estallaron en la cara. Algunos solo eran logísticos, como la comida y el aseo. Otros eran ideológicos. Cuanto más jóvenes éramos mayores eran nuestras exigencias. La gente de más edad solo albergaba la esperanza de mejorar un poco las cosas. De manera que estalló la típica guerra interna, aunque he de señalar que en gran medida fue una guerra dialéctica; no éramos como España cuando Franco, no nos matábamos unos a otros ni mirábamos cómo los rusos nos aniquilaban. Era la Francia actual con todo lo que eso implicaba, y es verdad que somos el país de las revoluciones. Teníamos que demostrar lo que podía hacerse en los tiempos en que vivíamos. Así que tomamos la ciudad. Conquistamos París con la mera fuerza de atestar sus calles con nuestros

cuerpos. Por supuesto, muchos habíamos leído sobre la Comuna, así que sabíamos que si no lográbamos una victoria definitiva terminaríamos perseguidos y asesinados, o, en el mejor de los casos, pasaríamos el resto de nuestra vida en la cárcel. De manera que, llegados a ese punto, las únicas opciones eran la victoria o la muerte, y nos pusimos manos a la obra para crear un sistema alternativo, una especie de comuna poscapitalista, incluso diría que posdinero, en el que las personas hacían todo lo que fuera necesario para que nadie pasara hambre. Y debo señalar que muchos parisinos salieron a la calle y nos ayudaron: cocinaron para nosotros, nos alojaron en sus casas, colaboraron en las barricadas... De nuevo nos dimos cuenta de que no éramos solo los que ocupábamos las calles sino toda Francia, tal vez incluso el mundo entero, quién sabe. Pero de lo que sí estoy seguro es que no he vuelto a experimentar en toda mi vida un sentimiento más importante e intenso que la solidaridad que vivimos entonces. Sentíamos el apoyo de todo el mundo, todos nos ayudábamos mutuamente. París era una comuna, Francia era una comuna. Esa era la sensación que transmitía aquello. Con el tiempo te das cuenta de que solo fue la impresión del momento, pero mientras duró fue alucinante.

Y agotador. Porque vivíamos sin rutinas y cada día era diferente; había que buscarse la vida para conseguir una ducha, nunca sabías cuándo ibas a comer, tenías que decidir por ti mismo cuál era la mejor manera de echar una mano... Todo eso es más cansado que ser un currante. Muchísimo más. Pero la gente tenía la sensación de que estaba haciendo algo importante; en todas partes había personas que dejaban lo que habían estado haciendo toda la vida y se sumaban al combate y entregaban todo lo que tenían, y parecía que estaban haciendo lo correcto. Siempre encontrábamos la manera de dar el máximo de nosotros.

Más que cualquier otra cosa parecía una revolución francesa, una de esas improvisaciones políticas que tan bien se nos han dado gracias a nuestra historia e incluso a nuestra lengua, si éramos capaces de salvar los problemas y llevarla a cabo.

Nos llegaba ayuda de los lugares más insospechados. Por ejemplo, cuando cayó internet nos echó una mano el sindicato de correctores de textos, una organización históricamente anarquista, lo cual no deja de ser curioso. Los miembros de este sindicato salieron de sus diminutos nichos en la industria editorial y empapelaron la ciudad con carteles... ¡Pegaron carteles en las paredes, como si el mundo todavía fuera un lugar real! Y nos dimos cuenta de que las redes sociales continuaban teniendo una importancia que habíamos olvidado, y que podíamos recuperar su control, por lo menos en determinadas ocasiones. Hablar cara a cara era la red social más potente, por supuesto, como nos quedó claro cuando redescubrimos esa manera de comunicarnos, pero aquellos carteles convertían la misma ciudad en nuestro manifiesto, como ya había pasado más de una vez en la historia.

Pero la derecha estaba reagrupando sus fuerzas en la sombra. Y la verdad es que no disponíamos de la logística necesaria para perpetuar la situación. Ni siquiera teníamos un plan para cambiar el gobierno, y discutíamos entre nosotros sobre qué era lo que debíamos hacer. Un movimiento sin líderes es una buena idea en teoría, pero siempre llega un momento en que es necesario un plan. Lo que no está tan claro es cómo se diseña un plan. El poder del Estado es heterogéneo; aparte del gobierno propiamente dicho, con todos sus componentes, hay que tener en cuenta el ejército, la economía y el apoyo de la ciudadanía, y es imprescindible que todos caminen en la misma dirección para realizar un progreso duradero. En

nuestro caso, la población que nos apoyaba comenzó a quejarse de las dificultades que encontraba para llegar a su panadería habitual, de que cuando por fin lo conseguía resultaba que estaba cerrada, etcétera. Y si no hay un plan, si no se tiene nada para cuando ha pasado el momento de la ocupación, o el momento de la Comuna, la impotencia te deja a la deriva y la marea te devuelve al centro. Y, como dijo alguien, en Francia el centro no tiene derecha ni izquierda. Así que teníamos un problema.

De manera que un día, a medianoche, la policía cargó contra nosotros. Gas pimienta y agentes con escudos gigantescos, como si fueran soldados romanos en una pesadilla. Yo tenía un adoquín en la mano para arrojárselo, pero en el último momento no fui capaz de hacerlo porque me vino a la cabeza la imagen de un hombre herido e imaginé lo que yo sentiría si la piedra que sostenía impactara en mí. Así que la tiré al suelo. Lloré furioso conmigo mismo por no poder luchar como era debido, y luego me uní al resto de las personas que se habían tumbado en el suelo para obligar a la policía a que las arrastraran hasta sus furgones. Nos apalearon con porras y nos rociaron la cara con gas pimienta, que causaba tanto dolor que toda mi cara se contrajo con convulsiones y se me saltaron las lágrimas de los ojos, de la nariz y de la boca; incluso tuve la sensación de que lloraba por la coronilla. Pero en todo momento pensaba que no me importaba; no quería que me importara. Si me mataban allí mismo habría muerto por algo en lo que creía. Al final solo nos ataron las manos a la espalda y nos sacaron a rastras del grupo. Había un montón de furgones.

A partir de ese momento terminó todo menos los gritos, que nunca se han apagado. Nadie se pone de acuerdo en qué sucedió ni en lo que significó. Pero yo sé que mucho de lo que hicimos fue importante, y mientras duró recibió el

apoyo de los parisinos corrientes, sobre todo de las mujeres. En el fondo ellos fueron los verdaderos organizadores, no la gente que hablaba delante de los micrófonos. Y ahora muchos hemos vuelto a ponernos los chalecos amarillos y a hablar con la gente en las rotondas, y mucha gente apoya lo que decimos. Una vez, un conductor se asomó por la ventana del coche cuando el tráfico estaba detenido y me dijo: «Mira, todo esto pasa porque estamos maltratando la tierra. Esa será la verdadera revolución». Otro hombre me dijo: «No poseo al profesor de mis hijos, no poseo a mi médico, así que no necesito poseer mi casa. Solo quiero pagar a la colectividad por ella, no a un casero».

Así que quizá algún día la solidaridad derrote a la división. Yo mantengo la esperanza. Durante la ocupación yo no quería reformas, sino una cosa completamente nueva. Ahora pienso que me conformaría con que consiguiéramos poner en marcha lo básico para empezar a caminar hacia algo mejor. No me gusta pensar que me he rendido, sino que soy realista. Tenemos que vivir, tenemos que dejar a nuestros hijos un mundo donde todavía haya animales y darles la oportunidad de vivir. No es pedir demasiado.

Claro que siempre se encuentra resistencia, hay que superar obstáculos para mejorar las cosas. La mano muerta del pasado nos agarra para que sigamos siendo personas demasiado asustadas para aceptar los cambios. Así que seguimos igual, y se hace duro haber vivido aquello de París, doscientos días de una vida diferente, de un mundo diferente, y regresar sin una sensación de derrota a un estado de las cosas todavía aburguesado. Durante unos meses pareció que cualquier cosa era posible, nos sentíamos libres. Cuando eres joven sientes las cosas con mucha intensidad, y era la primera vez que hablaba en público, que no era el chaval idiota del colegio sino una persona con una vida de verdad. Aquellos siete meses me

convirtieron en lo que soy ahora, y nunca los olvidaré. Nunca volveré a ser el mismo. Solo espero vivir lo suficiente para ver que se repite. Entonces seré feliz.

56

La Corte Penal Internacional era independiente de la ONU. Se fundó a partir de un tratado propio con el objetivo de juzgar crímenes que por alguna razón quedaran fuera de la jurisdicción de los estados. Era el tribunal encargado de juzgar a personas acusadas de crímenes, y solo podía actuar cuando se daba una conjunción improbable de factores. Estados Unidos y otros grandes países habían dejado de reconocer la jurisdicción de la CPI después de unas cuantas sentencias en contra de sus ciudadanos.

El Tribunal Internacional, cuyo nombre oficial era Corte Internacional de Justicia, era el órgano principal de justicia de la ONU, así que todos los estados miembros de la ONU teóricamente se habían comprometido a aceptar sus sentencias; pero estaba diseñado para resolver disputas que enfrentaban a dos o más estados, y todos los organismos de la ONU tenían prohibido acudir a él. El Ministerio del Futuro era un órgano que se había creado durante la aplicación del Acuerdo de París, pero este se había negociado bajo el auspicio de las Naciones Unidas, así que el Ministerio del Futuro no podía recurrir al Tribunal Internacional.

Solo un estado, nunca la ONU ni una persona particular, podía llevar a los tribunales a otro estado. Es más, el estado denunciante tenía que haber aceptado la jurisdicción del Tribunal Internacional. Para juzgar fuera de la jurisdicción nacional a una persona había que convencer a una de las cortes internacionales para que aceptara el caso, y la

historia demostraba que no era una tarea sencilla. En pocas palabras, ninguna de esas cortes internacionales, ambas con sede en La Haya, estaba concebida para juzgar asuntos relacionados con el clima.

La frustración de Tatiana no hacía más que crecer ante esta situación. El Ministerio del Futuro se había creado para dar capacidad jurídica a los seres humanos del futuro y a la biosfera, por lo tanto, para litigar en su nombre, ¿no? Vale, sí, perfecto, se decía, perfecto, perfecto… Pero ¿en qué corte?

Tatiana terminaba uno de sus informes para Mary con las siguientes conclusiones:

> –Si deben ser los tribunales nacionales los que emprendan los procesos judiciales, aun en el caso de que el crimen sea de alcance global y haya sido cometido por uno de los estados que debe juzgar al criminal, los procesos judiciales no prosperarán.
>
> –Si logramos convencer a una nación signataria para que presente ante la Organización Mundial del Comercio la queja de que los efectos de la destrucción de la biosfera transgreden las normas antidumping de la OMC y similares, los argumentos serían tan poco sólidos y el proceso tan lento que quedaría en nada.
>
> –Mientras tanto, las compañías que producen combustibles fósiles siguen dedicando ingentes cantidades de dinero a comprar elecciones, políticos, medios de comunicación y opinión pública. Ni siquiera cuando se sientan a negociar con nosotros interrumpen esas prácticas agresivas. Porque la mejor defensa es un buen ataque.
>
> –Esta última afirmación es tan válida para ellos como para nosotros.

Mary rechinó los dientes cuando acabó de leer el informe. Tatiana era uno de sus más feroces guerreros. Los niveles de dióxido de carbono eran en ese momento de 463 partes por millón.

La caída en picado del número de insectos ponía en serio peligro todos los ecosistemas terrestres. Es decir, la mayoría de las especies que habitaban la Tierra corrían el riesgo de morir y desaparecer. Las especies que sobrevivieran a este suceso tendrían libertad para propagarse por todos los nichos ecológicos, evolucionarían y surgirían nuevas especies, de manera que al cabo de veinte millones de años, quizá menos, una serie de especies completamente diferente reocuparía la biosfera.

Mary respondió al informe de Tatiana con una instrucción: selecciona los diez casos nacionales que más nos favorezcan y préstales toda la ayuda que puedas.

Le parecía una solución tan insuficiente e inútil que la recorrió un estremecimiento. Con la esperanza de conjurar esa desesperación convocó al grupo de catástrofes naturales. La expresión «catástrofes naturales» parecía un oxímoron; quizá el grupo debería haberse llamado «catástrofes antropogénicas», pero daba igual. También llamó a los departamentos de infraestructuras y de ecología. Necesitaba huir de las abstractas cuestiones legales.

Esos departamentos le hablaron con entusiasmo de la agricultura cuyo balance de emisiones era negativo, de energías renovables, de flotas de barcos de vela y de dirigibles, de materiales creados a partir del carbono del dióxido de carbono absorbido del aire que podían sustituir el hormigón, de manera que la captura de dióxido de carbono del aire, un aspecto imprescindible pare reducir las emisiones de gases de efecto invernadero, suministraría la mayoría de los materiales de construcción a partir de un

momento dado. También le hablaron de una técnica barata y limpia de desalinización, de obtención de agua limpia, le mostraron viviendas, inodoros y sistemas de alcantarillado impresos en 3D, comentaron proyectos para una educación universal, para la creación de facultades de medicina y de instalaciones médicas por todo el mundo. Y trataron otros asuntos como la restauración de los paisajes, los corredores ecológicos, combinaciones de agricultura y de conservación de hábitats...

—¡Vale! —exclamó Mary cortando de cuajo el aluvión de sugerencias. Se daba cuenta de que las personas que trabajaban en aquellos departamentos se sentían un poco abandonadas. Mary había estado demasiado tiempo volcada en la economía. Y, como acababa de decir Bob Wharton, se podía escribir toda una enciclopedia de varios tomos solo con los nuevos proyectos que ya se habían concebido y que aguardaban a que las altas esferas los consideraran—. Lo reconozco, los proyectos que podríamos financiar son infinitos, si tuviéramos los fondos necesarios. Pero ¿qué les decimos a los gobiernos nacionales que deberían hacer ahora?

—Deberían fijar para los seis sectores más contaminantes unas normas estrictas cuya severidad aumente gradualmente. Así se entraría en el territorio del balance de emisiones negativo y regresaríamos a los 350 ppm.

—¿Cuáles son esos seis sectores?

—La industria, el transporte de personas, la explotación del suelo, la edificación, el transporte de mercancías y el sector transversal.

—¿Qué es el sector transversal?

—Abarca todo aquello que no está incluido en los demás. Es una gran miscelánea.

—¿Sería suficiente con intervenir en esos seis sectores?

—Sí. Si se redujeran las emisiones en las diez economías más grandes del mundo estaríamos actuando sobre el 85 por ciento de las emisiones globales. Convence al G20 y abarcaríamos prácticamente el mundo entero.

—¿Y cómo se pueden reducir las emisiones en esos seis sectores?

Todos le respondieron al unísono que serían suficientes once políticas: el precio del derecho de emisión de dióxido de carbono, normativas para la eficiencia industrial, políticas de explotación del suelo, regulaciones de las emisiones de los procesos industriales, políticas complementarias para el sector energético, el aumento del porcentaje obligatorio de renovables en la producción de energía, la elaboración de códigos y de normas universales, la redacción de una normativa universal para el ahorro de combustible, la mejora del transporte público, el aumento de los vehículos eléctricos, y un sistema de bonificación-penalización, que era lo mismo que decir que el consumidor acababa pagando los impuestos del carbono. En definitiva: leyes. Leyes reguladoras que ya estaban redactadas y preparadas para entrar en vigor.

—Me parece estar oyendo una letanía —dijo Mary.

—Ya —le respondieron los demás. Se trataba de un análisis estándar. Había salido del seno del Ministerio de Energía de Estados Unidos y era bastante antiguo, pero seguía teniendo vigencia como punto de partida. La comisión de energía estadounidense había hecho algo similar. La verdad es que era un asunto en el que no había grandes misterios, ni en la identificación del problema ni en sus soluciones.

—Aun así no cambia nada —observó Mary.

Sus subordinados se la quedaron mirando y le recordaron que los cambios encontraban cierta resistencia.

—Lo sé —reconoció Mary. Estaban atrapados en un laberinto, en una avalancha que los arrastraba más allá del último asidero. Estaban perdiendo la batalla frente a otras personas que al parecer no se daban cuenta de lo que había en juego.

Fue caminando hasta el parque que había a los pies del lago. Se sentó en el banco donde solía hacerlo y contempló la estatua de Ganímedes con la mano tendida hacia la gran ave rapaz. Luego observó los cisnes blancos que se deslizaban trazando círculos en el agua junto al diminuto embarcadero con la esperanza de atrapar algún trozo de pan. Eran unas criaturas hermosas; sus blanquísimos cuerpos contrastaban con el agua negra de una manera que casi parecían intrusos procedentes de otra realidad. Eso explicaría que el agua se alejara de ellos formando extrañas ondas y el modo deslumbrante en que la luz se reflejaba en sus plumas, o quizá fuera que surgía directamente de ellas. No eran criaturas de este mundo.

Los cambios nunca empezarían en las altas esferas. Los legisladores eran corruptos. Por lo tanto deberían comenzar desde abajo. Igual que un torbellino, como había observado alguien. Los torbellinos se formaban en la superficie y ascendían progresivamente… Si bien las condiciones que encontraban arriba permitían que eso sucediera. La gente, la multitud. ¿La juventud? No debía reunirse para manifestarse únicamente, sino para cambiar el comportamiento de la humanidad. ¿Los jóvenes aceptarían convivir en casas diminutas, unirse en cooperativas para realizar trabajos que no contaminaran, sin la expectativa de que de repente pudiera caerles dinero del cielo, como si les hubiera tocado la lotería? ¿Estarían dispuestos a renunciar a los unicornios y a los paraísos utópicos? ¿Ocuparían los

despachos de todos los políticos que habían conseguido el cargo gracias al dinero de los grandes emisores de dióxido de carbono y luego siempre defendían los intereses del 1 por ciento de la humanidad? ¿Disturbios, huelga, disturbios?

Mary no sabía si su incapacidad para imaginar que ese plan para introducir los cambios desde abajo saliera bien era culpa suya o de la situación.

En ese momento apareció Badim delante de ella.

—¿Puedo acompañarte?

—Claro, siéntate. —Dio unas palmaditas a su lado en el banco. Supuso que Badim había averiguado dónde estaba a través de sus guardaespaldas y eso la inquietó un poco, pero se alegraba de ver allí a su jefe de gabinete.

Badim se sentó junto a ella y paseó la mirada alrededor.

—Explícame otra vez quién fue Ganímedes —dijo admirando la estatua.

—Creo que fue uno de los amantes de Zeus.

—¿Un amante homosexual?

—Me parece que en la Grecia antigua no concebían el amor en esos términos.

—Supongo que no. ¿Zeus no violó a la mayoría de sus amantes?

—No a todos, solo a algunos, si no recuerdo mal. La verdad es que no lo sé seguro. En Irlanda no lo estudiamos en el colegio. ¿Y en la India?

—Yo crecí en Nepal, pero en el colegio tampoco se estudia mitología griega.

—¿Y mitología hindú? ¿En la mitología hindú hay dioses que hacen cosas que están mal?

—Oh, sí. Aunque lo cierto es que no lo sé, porque nunca presté demasiada atención a la mitología, pero los dioses y las diosas parecían formar una especie de familia… No lo sé, eran como antepasados muy antiguos. Todos muy heroicos, orgullosos y estúpidos. Me preguntaba cómo sería la gente

que consideraba interesantes esas historias y las contaba como si fueran musicales de Bollywood. Demasiado melodramáticas para mí. Nunca me interesaron.

—¿Qué te interesaba cuando ibas al colegio?

—Las máquinas. Quería que mi ciudad fuera como las ciudades occidentales, ya me entiendes. Limpia, cómoda, llena de edificios resplandecientes y de tranvías... Y con teleféricos, por supuesto. Yo tenía que salvar un desnivel de cuatrocientos metros para ir al colegio, y luego para volver, todos los días. Así que quería que fuera como Zúrich, la verdad. Quería mudarme al presente. Me sentía atascado en un túnel del tiempo, atrapado en la Edad Media. En las películas veías cómo era el mundo moderno, pero el nuestro no era así. No había retretes ni antibióticos, la gente seguía muriendo de diarrea. Lo normal era estar enfermo; la gente estaba exhausta y moría joven. Yo quería cambiar eso.

—Por lo menos tú tenías la suerte de desear algo.

—No estoy seguro. Desear algo puede hacerte desgraciado. Yo no era feliz. Estaba cabreado con el mundo.

—La felicidad está sobrevalorada. ¿Existe alguien realmente feliz?

—Ah, yo creo que sí. O en cualquier caso es lo que parece. —Señaló a su alrededor.

Zúrich, tan sólida y hermosa. ¿Eran felices los zuriqueses? Mary lo dudaba. La felicidad suiza se expresaba con un ligero arqueo de las comisuras de los labios o posando con un golpe la jarra de cerveza en la mesa después de dar un largo trago. «¡Ah! ¡*Genau*!» O mostraban su contrariedad con ese ceño levemente fruncido cuando no estaban del todo satisfechos con cómo iban las cosas. A Mary le gustaban los suizos, o por lo menos su sentido práctico. Eran poco expresivos, estables y se centraban en la realidad. Evidentemente, esto no era más que el estereotipo, y en ese lado de la vida que solo uno mismo

conoce, los suizos eran tan melodramáticos como los personajes de las óperas. Las enrevesadas óperas italianas eran otro estereotipo, por supuesto; cuando se pensaba en grupos, solo podía recurrirse a los estereotipos, que los reducían a una imagen, y luego esa imagen siempre se utilizaba para destacar lo negativo.

—Yo no estaría tan segura —dijo Mary—. La gente que lo tiene todo, que no desea nada, está completamente perdida. La única felicidad está en desear algo y acercarte a tu objetivo con tu trabajo.

—En el afán de alcanzar lo que se desea.

—Eso es, la persecución de la felicidad es la misma felicidad.

—¡Entonces todos tendríamos que ser felices!

—Sí —dijo melancólicamente Mary—. Pero siempre y cuando lleguemos a algún lado. Si perseguimos algo y nos quedamos atascados, me refiero a atascados de verdad, deja de ser una persecución para convertirse en una trampa.

Badim asintió mientras miraba con curiosidad la estatua.

Mary pensó que si su jefe de gabinete estaba allí era porque tenía que decirle algo, pero todavía no le había contado nada. Lo observó un instante. Nepal había sucumbido a una insurrección maoísta que había acabado con la vida de trece mil personas en un periodo de unos diez años. A algunos les parecería una cifra muy alta, a otros, que no era nada del otro mundo.

—Me doy cuenta de que están pasando cosas —dijo finalmente Mary—. Tomaron Davos e hicieron vivir la experiencia de un campo de reeducación a los felices ricachones. Luego todos esos aviones que se estrellaron en un solo día.

—¡No hemos sido nosotros! —se apresuró a decir Badim —. Nosotros no tenemos nada que ver.

—¿No? Pues casi podría decirse que esos atentados han acabado con la industria aeronáutica. Eso es el 10 por ciento de las emisiones de dióxido de carbono, finiquitado en un día.

Badim negó con la cabeza. Parecía sorprendido de que a Mary se le pasara siquiera por la cabeza que fueran capaces de hacer algo así.

—Yo nunca haría una cosa así, Mary. Si tuviéramos planeada alguna acción violenta, la consultaría contigo. Pero te aseguro que esa no es nuestra línea.

—¿Y esos accidentes que han sufrido los magnates de las petroleras?

—El mundo es muy grande —respondió Badim.

Ajá, pensó Mary, su jefe de gabinete intentaba disimular su incomodidad.

—¿Entonces? ¿Sobre qué querías hablar conmigo? ¿Para qué has te has molestado en averiguar dónde estaba y en venir aquí?

Badim miró a su jefa.

—Se me ha ocurrido una idea —afirmó—, y quería compartirla contigo.

—Adelante.

Badim desvió la mirada hacia la ciudad y contempló unos instantes la cenicienta Zúrich.

—Creo que necesitamos una religión nueva.

Mary se lo quedó mirando con sorpresa.

—¿De verdad?

Badim se volvió a ella.

—Bueno, quizá no sea nueva sino vieja. Tal vez la más antigua de todas las religiones. Pero puesta al día. Creo que la necesitamos. Las personas necesitan algo superior al ser humano. Todos estos planes económicos, siempre pensando desde el punto de vista del dinero y de los intereses propios… En realidad la gente no es así. Las personas

siempre actúan movidas por unas razones que no son esas, básicamente por otras personas, por razones religiosas, espirituales.

Mary negó con la cabeza. No estaba de acuerdo con su jefe de gabinete; en su infancia había tenido de sobras de ese tema. Irlanda no parecía haber sacado nada provechoso de su religión.

Badim le leyó el pensamiento y la apuntó con el dedo mientras añadía:

—Seguro que ya sabes que es una parte muy importante del cerebro. En el lóbulo temporal se enciende una luz estroboscópica cuando se sienten esas emociones. Sensación de asombro…, epilepsia…, hipergrafía…

—No suena muy bien —apuntó Mary.

—Lo sé. Puede convertirse en un problema, pero es crucial. Es fundamental en la definición de quién eres, en tu manera de tomar decisiones.

—Así que vas a inventar una religión nueva.

—Una religión antigua. La más antigua de todas. Vamos a recuperarla. La necesitamos.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Bueno, me gustaría que escucharas algunas ideas que tengo.

57

Al año siguiente volví para colaborar en el experimento del bombeo de agua del mar, a pesar de que a todos nos parecía obvio que era una idea descabellada. ¿Diez millones de aerogeneradores? ¿Miles de tuberías? El fracaso estaba asegurado. Era una solución quimérica.

Pero alguien tenía que intentarlo, y el proyecto contaba con financiación para otro año. Así que volvimos a introducir la tubería de succión de la bomba en el hielo hasta que llegamos al agua y luego instalamos la tubería siguiendo una pendiente ascendente, porque la nieve y el hielo son mejores aislantes que el aire, y también es más alta su temperatura. Aun así, buena parte de la energía se dedicaba a calentar las tuberías para que el agua no se congelara antes de llegar a su destino. El resto de la energía se empleaba en subir el agua por la colina. Y el agua pesa, y la Antártida es un sitio alto. En fin, que, dependiendo del punto de vista desde el que lo miraras, aquello era un experimento o un ejercicio de inutilidad.

Había expertos que proponían generar energía a partir de las corrientes marinas. La corriente antártica fluye de oeste a este alrededor del continente como si fuera un cinturón, y por supuesto pasaba canalizada por el mar de Hoces. Si se conseguía generar electricidad a partir del tramo más rápido de la corriente, genial. Pero ninguno de nosotros pensaba que saldría bien. El mar se traga todo lo que le eches, y el tamaño y el número de aerogeneradores

necesarios para producir la electricidad que necesitábamos eran inverosímiles.

Luego estaban los que todavía soñaban con conseguir electricidad del espacio. De esos, la mayoría eran rusos. Llevaban mucho tiempo utilizando la órbita Molniya para los satélites de comunicaciones; se trataba de una órbita elíptica casi polar que pasaba muy cerca de la Tierra dos veces al día, así que los rusos habían puesto en ella satélites con paneles solares y transmisores de microondas con el fin de enviar energía a la Tierra. Los colectores de microondas debían estar colocados en las bombas y en los elementos que generaban calor. De esa manera, la electricidad enviada desde el espacio ayudaría a transportar el agua bombeada del mar por la pendiente y tierra adentro, incluso durante la larga noche del invierno antártico.

Podría ser una opción, decíamos nosotros. Pero la verdad es que la energía solar enviada desde el espacio seguramente daría más de un quebradero de cabeza. Había que capturarla, enviarla, recibirla… Todas esas operaciones son problemáticas.

Y, aunque encontráramos la manera de generar la electricidad suficiente, seguiría siendo necesario que hubiera alguien supervisando los dos extremos de las tuberías para asegurarse de que el agua llegaba a su destino. Así que este año también probamos esa parte y tendrías que habernos visto. Imagínate la típica meseta polar, Planeta Helado Cero, un blanquísimo sastrugi interminable en cada punto cardinal bajo un cielo azul oscuro que parecía suspendido a escasos centímetros de nuestras cabezas. La escena era tan increíble que te sentías como el Principito, y de vez en cuando tenías que pellizcarte para asegurarte de que no estabas soñando… y también imitar a Pete Townshend para mantener las manos calientes. Joder, el frío que hacía es indescriptible. Y luego

estaba aquella tubería que parecía sacada de una pesadilla ambientada en Alaska… Lo digo por los oleoductos que hay allí. En fin.

Cuando el agua sale de esa tubería al seco aire polar genera un vapor increíble, y luego corre por el hielo descendiendo una suave colina, tal como habíamos planeado. Pero el desnivel de la colina era de dos metros por cada kilómetro, que era lo máximo que habíamos encontrado en la zona, de manera que nos sorprendió la rapidez con la que se congelaba el agua. Tal vez no debería habernos sorprendido, porque la mayoría habíamos hecho el típico truco de lanzar agua hirviendo al aire para ver cómo humeaba, crepitaba y se congelaba en diminutos cubitos de hielo antes de tocar el suelo… Es un experimento que, no importa cuántas veces lo hagas, siempre te deja con la boca abierta. Es un buen recurso para echarse unas risas. Pero todos pensábamos que vertiéndola a chorro y en gran cantidad, como si saliera de una boca de incendios o de una alcantarilla, tardaría mucho más en congelarse.

Nada de eso. De hecho, el agua se congeló a pocos metros de la boca de la tubería y formó una pequeña presa que impidió el progreso del resto del agua, de manera que la pendiente dejó de ser descendente y el agua que no se había congelado aún comenzó a fluir en sentido contrario y a entrar de nuevo en la tubería. ¡No!

Nos lanzamos todos como locos hacia el pequeño dique de hielo recién formado para intentar destruirlo, con el resultado que cabría esperar. En medio de aquel caos, con todos gritándonos unos a otros, no exactamente con desesperación, pero sí con un poco de pánico en el cuerpo, Jordi gritó: «¡Socorro! ¡Me he quedado atrapado!».

Estaba cerca de la boca de desagüe, donde el agua se había congelado y sus pies habían quedado atrapados en el

hielo, y no paraba de caer agua encima de sus botas. «¡Socorro!»

Los demás reímos, despotricamos, intentamos sacarlo…, pero nada daba resultado. No corría un peligro inminente, pero, por otro lado, éramos incapaces de sacarlo de allí. Y la carrera entre la montaña de hielo que estaba formándose y el agua que salía de la tubería y corría por la superficie estaba ganándola el hielo. Para que el agua se solidifique es necesaria cierta cantidad de energía calorífica; es un proceso que en realidad genera un poco de calor, por raro que parezca, pero a 30ºC bajo cero es difícil detectar ese calor, o mejor dicho, su efecto es inapreciable. La escarcha que se producía en mitad de aquel caos caía sobre nosotros como si fuéramos un árbol de Navidad, y la situación empezó a tener pinta de que jamás podríamos rescatar a Jordi a menos que le cortáramos los pies, pero eso me dio una idea. «¡Saquémosle los pies de las botas!», propuse.

Era más fácil decirlo que hacerlo, pero por suerte llevaba puestas unas de esas voluminosas botas blancas de goma con cámara de aire interior de la NSF en vez de las botas de montañismo que usamos la mayoría, que ciñen más el pie, así que conseguimos colocarnos a su lado para que se agarrara a nosotros mientras tirábamos de él hacia arriba para sacarle los pies de las botas. Jordi se puso a despotricar como un poseso cuando sus pies salieron al aire helador y lo llevamos en volandas al caldeado barracón del comedor. Alguien, no sé quién, había cortado el agua un poco antes. Confieso que a mí no se me había ocurrido hacerlo; estábamos en mitad de un experimento y no me gusta interrumpir bruscamente esas cosas. Sea como fuere, las botas de Jordi siguen en algún lugar ahí fuera. A la NSF no le hará gracia y seguro que nos echará la bronca.

Por lo tanto, habíamos rescatado a Jordi. Pero persistía el problema de que el agua se congelara demasiado rápido y

no diera tiempo a hacerla fluir por la superficie de hielo. La tubería debería verter agua en todas direcciones, como una manguera suelta que se pone a bailar en el jardín cuando abres el grifo al máximo y el agua sale a toda presión. Pero, ¡ostras!, el problema no era ese, sino cómo controlar una cosa así, cuando el agua no saliera en línea recta. Una inclinación mayor también ayudaría, pero en la meseta polar escaseaban las pendientes pronunciadas.

Así que paramos una semana entera y modificamos un desagüe para que el agua saliera con presión y se moviera a un lado y a otro como un limpiaparabrisas, a ver qué tal. Cuando lo probamos, el agua que salía de la tubería corría pendiente abajo e iba congelándose a medida que descendía hasta que se encharcaba a cierta distancia del desagüe, allí se creaba un pequeño montículo de hielo y el agua que llegaba después lo rodeaba y descendía un poco más. Con el tiempo fuimos capaces de prever con más precisión dónde se formarían los montículos, y así podíamos mantenernos a una distancia prudencial de ellos cuando el agua acumulada se helaba.

Según nuestros cálculos, podíamos depositar alrededor de un metro de agua al año en cualquier rincón de la meseta polar con la seguridad de que se congelaría. Si hubiéramos querido depositar más habríamos excedido la capacidad combinada del aire y del hielo para enfriar el agua. Por lo tanto necesitábamos una vasta extensión de terreno, que, teniendo en cuenta el factor del grosor de un metro, representaba una tercera parte de la Antártida.

Era una misión imposible. Habíamos elaborado un podio de limitaciones que lo hacían imposible: insuficiente energía, insuficientes tuberías, insuficiente terreno.

Por lo tanto, la solución de bombear agua directamente del mar nunca sería viable. Era una quimera. Las playas de todo el mundo tenían los días contados.

Muchos de nosotros rechazábamos la idea de que las playas tuvieran los días contados. Nos pasábamos horas sentados en nuestros diminutos habitáculos, como casas móviles con escaso aislamiento, reunidos alrededor de una mesa, mirando mapas del mundo y charlando.

Existían muchas cuencas endorreicas en el mundo, es decir, masas de agua que no tienen salida fluvial al mar. Y la mayoría de las que se encontraban en el hemisferio norte eran playas desecadas, donde el agua que se había acumulado al final de la última glaciación había desaparecido, de manera parcial o completa. El nivel del agua en el mar Caspio, y en mayor grado en el mar de Aral, había bajado a su estado actual por la acción del ser humano. La cuenca de Tarim se había secado completamente por causas naturales; el Gran Lago Salado de Utah era lo poco que quedaba de una masa de agua mucho más extensa… Los ejemplos eran numerosos, sobre todo en Asia, en América del Norte y en el Sáhara. Claro que aún vivía gente en esos lugares, pero muy poca debido a los problemas de la desertización, o, en los casos de las costas de los mares Caspio y de Aral, del desastre que se había provocado. Por lo tanto era un espacio vacío con una gran capacidad para recibir agua trasvasada del mar, en teoría. Hicimos los cálculos y era una solución viable para cuando el nivel del mar subiera uno o dos metros. Pero cuando llenáramos todas esas cuencas nos enfrentaríamos al mismo problema que teníamos ahora en la Antártida.

No, había que volver al plan de bombear agua de debajo de los grandes glaciares para que volvieran a asentarse sobre el lecho de roca y de esa manera frenar su deslizamiento. Slawek tenía razón, era la única solución posible. Habíamos buscado la financiación y sacado el

dinero de donde pudimos y habíamos hecho todo lo que nos habían pedido. Los multimillonarios, las compañías petroleras, Rusia e incluso la NSF nos habían dicho: «¡Trasvasad agua del mar a la superficie de la Antártida, es una idea genial! ¡Venga!». Pero nosotros éramos glaciólogos, así que para que el proyecto fuera un éxito teníamos que dirigirlo nosotros, ofrecer nuestros consejos de expertos, guiar el dinero para que llegara al destino deseado.

Así que un año después regresamos a la Antártida. De todas maneras íbamos todos los años, pero aquella era una buena razón para ir. A todos nos gustaba estar en la Antártida y buscábamos cualquier excusa para pasar tiempo en allí. ¡La ciencia! ¿El hielo de la Antártida tiene cinco millones de años o cincuenta? ¡Qué gran debate! Esa clase de cosas. Ciencia pura y dura. Este proyecto tenía mucho más de ciencia aplicada. Resultaba apetecible.

Esta vez fuimos al glaciar Isla de Pine, en la capa de hielo de la Antártida Occidental, que estaba retirándose rápidamente pegado a la isla de Pine. Era un lugar habitual de estudio desde hacía muchos años, así que la NSF ya disponía allí de toda la logística necesaria para instalar un campamento.

Aunque en realidad no tenían experiencia en llevar hasta allí la ingente cantidad de material que precisábamos. Necesitábamos casi el mismo equipo que en McMurdo (eso no era verdad, pero la NSF había decidido que, ya que íbamos a probar de nuevo aquella idea, lo mejor era no escatimar en recursos para que los resultados fueran concluyentes). Los datos obtenidos de la primera prueba habían perdido todo su valor, ya que nadie había realizado posteriormente un seguimiento del experimento con el fin de averiguar por qué el pozo se había secado.

De manera que tomamos prestados los barcos que reabastecían la base de McMurdo al final del verano y un par de rompehielos rusos (tontos de nosotros, que habíamos hecho de menos los rompehielos durante décadas y solo habíamos construido un par de barcos enclenques que solo servían para el Ártico, donde de todos modos apenas queda hielo). Pero a los rusos les encantan los rompehielos, y enviaron una pareja de bestias monstruosas al sur para que nos abrieran un pasillo hasta la isla de Pine, donde desembarcaríamos todo nuestro material para después arrastrarlo hasta el glaciar utilizando los mismos tractores que habían estado transportando combustible y material desde McMurdo hasta el polo durante años. Sin demasiados contratiempos que nos las hicieran pasar canutas, nos instalamos en la desembocadura del glaciar Isla de Pine un mes después del inicio de Winfly, como se conocía al periodo de transición entre el invierno y el verano antárticos, cuando la actividad regresaba a McMurdo. El trabajo de logística que se hizo fue impresionante.

Aquella era mi vigesimoquinta visita al Hielo, y durante mi estancia en la isla de Pine iba a superar mi marca de seis años viviendo en los glaciares, que, a pesar de que no era un récord absoluto, sí era un registro respetable. A mi mujer no la emociona tanto… Pero es que me gustan los glaciares. Allí estaba otra vez, en la isla de Pine, que no es más que un chichón en el hielo, completamente sepultado en él, un blanquísimo sastrugi hasta donde alcanzaba la vista en todas direcciones.

Así que desplegamos el equipo en la zona donde íbamos a realizar la primera perforación y nos pusimos manos a la obra. Aquello era como arrastrar un poblado por el hielo, como si fuéramos una especie de Baba Yaga; los monstruosos tractores tiraban de cuatro o cinco habitáculos colocados en fila para llevarlos de un lado a otro.

Empezamos en un punto que estaba entre las montañas Hudson y la isla de Pine, en un lugar perfecto del corrimiento del glaciar donde teníamos la certeza de que, si éramos capaces de volver a posarlo sobre el lecho de roca, frenaríamos su deslizamiento. Por lo tanto aparcamos los tractores y nos pusimos a trabajar.

En la Antártida hace frío, ya lo creo. Cuando estás en tu despacho de la universidad en Luisiana, en Pennsylvania, en California, en Ohio, o donde sea que pases el invierno, se te olvida. Incluso cuando tienes la sensación de que vives en un sitio más frío que la Antártida, como Boston, olvidas que el frío de la Antártida es tan intenso y se te mete tan adentro que llega a quemar. Pero cuando llevas unos cuantos días allí también se te olvida. Claro que el viento te lo recuerda cuando sopla y te alegras de ir bien abrigado, y de que la escarcha no te acribille o te achicharre, o de no llegar a ese punto en el que las orejas congeladas se desprenden de tu cara y se te caen al suelo. Pero la mayor parte del tiempo es llevadero. Solo es frío. Elige un buen par de guantes y póntelos bien. El ser humano evolucionó durante las glaciaciones y, adecuadamente abrigado, puede sobrevivir en condiciones de temperaturas muy bajas. Así son las cosas y hay que aceptarlo.

En fin. Las máquinas para perforar el hielo seguían siendo tan simples como la alcachofa de la ducha. Lentas pero eficaces. En los viejos tiempos consumíamos un montón de combustible para calentar el agua que salía de la alcachofa, pero ahora los paneles solares ayudaban a generar la energía que necesitaban los calentadores de agua. El agua del hielo que derretían las alcachofas era succionada y bombeada fuera del pozo, se calentaba y volvía a utilizarse. El excedente se canalizaba por una tubería para verterlo lejos, donde volvía a congelarse. En ambos lados del glaciar Isla de Pine hay regiones de hielo

que se mueven lentamente, así que se puede verter agua en ellas. Lo cierto era que la cantidad de agua que vertíamos era tan escasa que daba igual dónde la echáramos. Podríamos haber dejado que fuera a parar directamente al mar; no se habría notado. Incluso podríamos haberla utilizado como agua potable para nuestro consumo.

También empezamos a utilizar la energía de microondas que nos enviaban los satélites rusos en sus órbitas casi polares para las bombas y las alcachofas cuando bajaba el sol. Era una prueba, y en el caso de que saliera bien podríamos mantener el sistema en funcionamiento durante todo el año.

Del primer experimento por lo menos habíamos aprendido una cosa: más valía elegir un bloque de hielo homogéneo en el flujo del glaciar para que su movimiento no deformara el pozo mientras lo perforábamos. En parte habíamos escogido el lugar donde estábamos trabajando por esa razón, ya que era un solo bloque de hielo de unos cuarenta kilómetros de longitud que se extendía completamente sobre la superficie del glaciar, a unos ciento treinta kilómetros corriente arriba de la plataforma de hielo flotante y un par de centenares de metros por encima del nivel del mar. No podríamos haber elegido mejor.

Habíamos realizado los cálculos para saber cuántos pozos necesitábamos perforar, la distancia que teníamos que dejar entre uno y otro, etcétera. El proyecto era bastante osado: succionar el agua suficiente de debajo del glaciar para eliminar el cojín líquido que había debajo del bloque de hielo en el que trabajábamos con el fin de que volviera a posarse sobre el lecho de roca. Teníamos la esperanza de oír un chirrido ensordecedor y quizá un estrépito final, como los neumáticos en el frenazo previo a que un coche se estampe contra una pared. Aunque solo

oyéramos esos ruidos dentro de nuestra cabeza, teníamos la sensación de que percibiríamos algo cuando eso sucediera.

Los cálculos de Slawek estaban cumpliéndose con bastante precisión. El volumen de agua que lubricaba la base de los glaciares de la Antártida rozaba los sesenta kilómetros cúbicos. No era nada del otro mundo, un cubo de hielo de unos cuatro kilómetros de lado y otros tantos de altura, así que la mitad de alto que el Everest... Es cierto que esa es mucha agua, pero no era más de la que ya bombeábamos todos los años.

Aun así seguía siendo mucha agua que bombear, pero era en toda la Antártida. Alrededor del continente, medio centenar de glaciares desprendían la mayor parte del hielo que acababa en el mar, y solo unos pocos de ellos eran los que contribuían de manera significativa a la subida de su nivel. Empezando desde McMurdo y siguiendo en el sentido de las agujas del reloj, había que centrarse en el Skelton, el Mulock, el Beardmore, el Carlyon, el Byrd, el Nimrod, el Lennox, el Ramsey, el Shackleton, el Liv, el Axel-Heiberg, el Amundsen, el Scott, el Leverett, el Reedy, la corriente glaciar Horlick, la Van der Veen, la Whillans, la Kamb, la Bindschadler, la MacAyeal, la Echelmeyer, el glaciar Hammond, el Boyd, el Adams de la Tierra de Victoria, el Hull, el DeVicq, el Murphy, el Haynes, el Twaites, y nuestro Isla de Pine; luego, al otro lado de la península, el Drewry, el Evans, las corrientes glaciares de Rutford, Institute, Möller y de Bahía Buen Suceso; a continuación el glaciar Support Force, la corriente glaciar Blackwall, el glaciar Recovery, el Slessor, la corriente glaciar Bailey, el glaciar Stancomb-Wills, el Vestraumen, el Jutulstraumen, el Entuziasty, el Borchgrivink, el Shirase, el Rayner, el Beaver, el Wilma, el Robert, el Philippi, el Helen, el Roscoe, el Denman, el otro Scott, el Underwood, el Adams de la Tierra de Wilkes, el

Vanderford, el Totten (el mayor de todos), el Dibble, el François, el Mertz, el Ninnis, el Rennick, el Tucker, el Mariner, el Priestly, el Reeves, el David, el Mawson y el Mackay.

En realidad suman setenta y cuatro. Por lo tanto, sesenta kilómetros cúbicos de agua extraída de debajo de setenta y cuatro glaciares. ¡No está nada mal!

Sobre todo si los comparamos con tres mil seiscientos kilómetros cúbicos, ¿no?

Así que derretimos y recubrimos las paredes de veinte pozos en el glaciar Isla de Pine. Una vez terminada esa parte del trabajo nos pusimos a bombear toda el agua que podíamos. ¡Suena peor de lo que es en realidad! Era lo mismo que hacían todos esos pozos que hay repartidos por todo el mundo extrayendo agua fósil, por ejemplo, para las granjas de Ogdalilla, y en otros lugares que se encuentran encima de acuíferos irremplazables. ¡Es factible! ¡Soluciona todos los problemas!

Vale, no los soluciona todos. Pero no nos pongamos tiquismiquis. Si el nivel del mar subiera solo un metro, todas las playas del mundo desaparecerían, y los puertos, y las infraestructuras costeras, y las salinas, y muchas otras cosas. Como señalaron Hansen y su equipo en el artículo que publicaron en 2016, si el ritmo de subida del nivel del mar se dobla cada diez años, no tardaremos en tener un serio problema; supondría la destrucción de todas las ciudades costeras del mundo, los daños, si eres de los que piensan que se les puede poner un precio, se contarían por billones de dólares. ¿Cuál es el precio de la civilización humana? Si estás intentando responder esa pregunta estarás demostrando que eres un idiota desde los puntos de vista del sentido práctico y de la moralidad. Bueno, los economistas hacen esos cálculos continuamente, pero es su trabajo y consideran que es su deber hacerlos. En este caso,

lo mejor sería lanzar los brazos al aire y decir que el valor económico y el humano de la civilización son incalculables.

Frenar el deslizamiento de los glaciares no detendrá por completo la subida del nivel del mar, claro. Pero ayudaría muchísimo que la velocidad de desplazamiento de los mayores se redujera hasta una décima parte de la actual y recuperaran la que tenían en los buenos tiempos. Si también se hiciera en Groenlandia sería mucho mejor, porque allí los glaciares se deslizan más rápidamente aún, y, aunque solo hay una décima parte del hielo que hay en la Antártida, la consecuencia de su derretimiento total sería una subida de siete metros del nivel del mar. Por lo tanto, venga, fijemos los glaciares al suelo. En Groenlandia es más fácil, porque básicamente es una bañera de roca con unas estrechas grietas, así que si fijamos el hielo que se desliza por las grietas conseguiremos estabilizar la subida del nivel del mar a un milímetro por año, es decir, que pasaría un milenio hasta que los mares subieran un metro. Eso es tiempo suficiente para disminuir la concentración de CO_2 en el aire hasta las 350 ppm… ¡Pero, qué digo, si hasta da tiempo para que empiece otra glaciación!

Fundamentalmente se resolvería el problema de la subida del nivel del mar. Las playas seguirían existiendo.

Así que alguien preguntó por la noche en la tienda del comedor si lo que estábamos haciendo allí era geoingeniería. ¡Quién lo sabe! ¿Hasta dónde llega la definición de una palabra? Llámalo GEOSÚPLICA, que vendría a ser el acrónimo de, traducido del inglés, Operaciones de Elevación de los Glaciares Basadas en los Cálculos de los Países Interesados. Ponle el nombre que quieras, pero no te rasgues las vestiduras de buenas a primeras y nos acuses de que no podemos predecir las consecuencias no intencionadas, de que los efectos secundarios serán tan nefastos que pesarán más que el

bien buscado, etcétera. Hay cosas que el hombre no debe saber… ¡Y una leche! Nuestro deber es adquirir todo el conocimiento que sea posible. ¡Así que al demonio las objeciones de esa clase porque no tienen fundamento alguno! Yo te diré qué efectos secundarios no intencionados tendrá frenar los glaciares antárticos: ninguno. Ninguno en absoluto, y el mar no se tragará las playas ni las ciudades costeras del mundo.

Así que creo que, si esto sale bien, y parece que va por buen camino, lo haremos. Nuestro equipo es relativamente pequeño. El proyecto es caro, pero no mucho. Es como perforar pozos en cualquier otro lugar del mundo; hay que bombear el agua como se hace en todas partes. La única diferencia es que hay que mantenerla caliente. También será caro traer todas las cosas y las personas necesarias, y peligroso, sí, pero haciendo un cálculo rápido del coste de nuestro proyecto y multiplicándolo por, digamos, cien, o incluso mil…, nos da un resultado de diez mil millones de dólares. Bueno, quizá sea más caro, porque todo se encarece una vez que te pones a ello. En cualquier caso…, pongamos cincuenta mil millones de dólares. ¡Es una ganga!

De manera que todas las mañanas me despierto ansioso por ir a trabajar. Confieso que me pasa siempre que estoy en la Antártida. Jamesways, casas móviles, tiendas de campaña, McMurdo… Me levanto y trato de mantenerme caliente mientras desayuno y preparo mis cosas y el equipo, salgo por la puerta al día radiante y, ¡pum!, el frío helador me golpea como si me tomara un chupito de vodka a la vez que me dan una bofetada en la cara. Me lloran los ojos por el ataque doble. Suelto una carcajada y enfilo hacia la hilera de motos de nieve, arranco una y me deslizo por el camino que lleva al agujero en el que esté trabajando en ese momento. Los caminos están señalados con banderas, que

me informan de lo que trama el viento ese día. Si el viento sopla fuerte significa que hará frío, esa es la ley en la Antártida. Por eso siempre dicen que lo malo no es el frío. ¡Es el viento! Aunque también hace frío cuando no sopla el viento. ¡Pero el viento te congela el culo! Da igual cuánta ropa lleves encima, el viento encuentra la manera de colarse hasta tu cuerpo. Solo podrías protegerte completamente del viento si te pusieras un traje espacial, pero seguirías teniendo frío.

Hoy he hecho la ronda y todos los pozos funcionan correctamente, las bombas bombean y los calentadores mantienen el agua en estado líquido. Las tuberías que parten de cada bomba confluyen en una más grande tendida directamente en el hielo, como uno de esos oleoductos que hay en Alaska, con calentadores cada mil metros, y juntas para poder acceder al interior de la tubería si hay que derretir un pegote de hielo frotándolo con un hierro. La tubería está instalada en una ligera pendiente ascendente, lo cual me parece una decisión interesante, ya que se podría dejar que el agua corriera cuesta abajo y terminara precipitándose al mar. Desde el punto de vista de la subida del nivel del mar, el efecto de verter esa agua al océano sería inapreciable. Pero a la gente le gusta hacer las cosas bien.

Es difícil describir la Antártida. Nunca llegas a transmitirle exactamente a la gente cómo es ni lo que sientes al estar aquí. Creo que el aire es tan limpio y seco que produce determinadas ilusiones ópticas que contribuyen a dar un halo de irrealidad a las cosas. A veces solo ves nieve y cielo. Son lo que más abunda. El cielo casi siempre está despejado. Alrededor de la costa a veces hay nubes, con más frecuencia que en otras mesetas polares, pero aun así el cielo es azul y debajo solo hay nieve. Unas veces extensiones lisas de nieve, otras, sastrugi. Los

sastrugi, e incluso las capas lisas de nieve, tienen un aspecto muy diferente si los contemplas de cara al sol o de espaldas a él. Cuando los miras de cara al sol la nieve helada resplandece y la nieve polvo parece arder. Si los observas de espaldas al sol, el color blanco de la nieve parece oscurecerse; es un fenómeno bastante extraño, debido quizá a la polarización de las gafas de sol que llevas puestas, pero lo percibes de manera muy intensa si vuelves a darte la vuelta para mirar en la dirección del sol. La vista humana no es capaz de procesar todos los contrastes que se producen delante de los ojos. Si hay nubes en el cielo, como los cúmulos marinos bajos que se deslizan por encima del hielo en las regiones costeras, la sombra que proyectan en la nieve es negra; una llanura nevada de repente parece llena de colinas o de dunas negras. Si la mente humana no es capaz de procesar tantos contrastes, ¿por qué son escenas hermosas? Ni idea. Quizá a mucha gente no se lo parezcan. Pero a mí me gustan.

Al parecer, mañana podremos realizar las últimas pruebas y dar por concluido nuestro trabajo aquí. A partir de ahí, dentro de un año más o menos podremos dar los resultados de este experimento para frenar a la bestia. Tal vez tengamos que esperar cinco años para estar seguros de nuestras conclusiones. Aunque la gente tendrá prisa por recibir una respuesta, en un sentido o en el contrario. Cuando vas a invertir miles de millones de dólares en algo y formar a unos cuantos equipos humanos, más vale tener una garantía. De hecho, uno de los eslabones más débiles en la cadena para llevar a cabo este proyecto, si finalmente se decide seguir adelante con él, es la gente. Es necesario cierto grado de experiencia en el campo. Por otro lado, si van a prohibirse todas las operaciones de extracción de combustibles fósiles, como debería hacerse, mucha gente se irá al paro. Y el trabajo en sí no es muy diferente. Es

sencillo, aunque se pasa más frío. Pero si trabajas en Arabia Saudí quizá te guste la idea de pasar un poco de frío. Y si trabajas en Alaska, tal vez no notes la diferencia. Sí, creo que eso no será un problema. Aquí ahora solo somos cincuenta, y el trabajo podría hacerse con treinta, porque casi la mitad de los que estamos aquí hemos venido para estudiar a la otra mitad, o para dedicarnos a la ciencia a la manera tradicional aprovechando que se ha instalado el campamento. Insisto, aunque se haga a gran escala, el número de personas que se necesitará sigue siendo un problema menor.

Mañana haremos una fiesta para celebrarlo.

Lamento comunicar que esta es la última entrada en este documento del ordenador portátil del profesor Griffen. El 6 de febrero salió para una última ronda de inspección y cuando volvía al campamento se apartó del camino abierto para las motos de nieve, claramente señalado con banderas, y tomó un atajo. La visibilidad era buena, así que nadie tiene una idea clara de por qué lo hizo. Griffen, como el resto, solía mantenerse en el camino señalado. Es lo habitual en los glaciares, ya que hay grietas cubiertas de nieve vieja y completamente invisibles. Además, de todos modos no habría ganado mucho tiempo yendo por el atajo. Así que estamos todos desconcertados.

Estábamos esperándolo en el comedor. Cuando hacía una hora que debería haber llegado, nuestros montañeros se preocuparon y salieron a echar un vistazo. Otra costumbre que tenemos es salir en parejas. Pero el profesor G. no siempre era escrupuloso en eso, como tampoco lo éramos los demás, ya que toda la zona de trabajo era visible desde el campamento. Es decir, ibas solo a revisar

las bombas o adonde fuera, ibas solo a tu tienda, al baño, etcétera. Lo habitual.

Así que cuando los montañeros no lo encontraron en una rápida inspección inicial en cada uno de los pozos, enviamos un grupo para que siguiera la tubería y comprobara si Griffen había ido a revisar la boca de desagüe y tuviera algún problema con la moto de nieve. Los demás dimos una vuelta por el campamento buscando huellas de alguna moto de nieve que partiera de allí. No se nos ocurría otra cosa, ya que las condiciones de visibilidad nos permitían ver toda la superficie del glaciar y no había ni rastro del profesor. Esto en sí ya resultaba bastante inquietante.

Fue Jeff, uno de nuestros montañeros, el que siguió el rastro de una moto de nieve hasta un discreto agujero. Cuando volvió, con el gesto muy serio, buscó a Lance, el otro montañero que había con nosotros. Regresaron al agujero, clavaron unas estacas en el hielo, pasaron unas cuerdas y luego se pasearon alrededor de él observándolo. Los demás nos habíamos reunido delante del barracón del comedor y los mirábamos. Lance sujetó la cuerda y Jeffdescendió por el agujero hasta que lo perdimos de vista. Estuvo ahí abajo como unos veinte minutos que se nos hicieron eternos. Por fin volvió a salir del agujero y se quedó parado en el borde un momento. Luego volvió junto a Lance. Charlaron; Lance le pasó un brazo por los hombros y se abrazaron. Se volvieron hacia nosotros y Jeffnegó con la cabeza cuando nos vieron. Comprendimos el mensaje como si nos lo hubiera dicho con palabras: el profesor G. estaba muerto.

Pasamos una noche horrible, sentados en el comedor. Jeffestaba sentado junto a la cocina con una expresión muy seria y la mirada perdida. Por supuesto, cuando había regresado adonde estábamos tras descender al agujero le preguntamos qué había pasado, pero solo fue capaz de

respondernos lo obvio, que el profesor G. se había desviado del camino y su moto de nieve se había precipitado por una grieta que no se veía a simple vista. Añadió que la moto de nieve se había quedado atorada en el agujero a unos seis metros de profundidad y que debajo de ella estaba el cuerpo del profesor. No nos contó en qué estado lo había encontrado; supongo que quería ahorrarnos el mal trago, o quizá creía que debía respetar la privacidad del profesor, no lo sé. Sophie y Karen lloraban sin parar y todos soltábamos alguna lágrima de vez en cuando. La mayoría le debíamos a él el trabajo que teníamos, y algunos nuestra educación, incluso nuestra carrera. El profesor G. era uno de los pioneros, uno de los que seguían volviendo al hielo, un verdadero hombre de la Antártida. Jeffno lloraba. Tampoco Lance. Este estaba preocupado por Jeff; no le importaba que el profesor G. hubiera acabado muerto por una de las estupideces que cometía continuamente. Por esa razón era un requisito que todos los equipos que trabajaban en la Antártida contaran con montañeros; su misión era velar por su seguridad. Pero los montañeros no pueden llevar atado con una correa a todo el mundo, ni pueden impedir que alguien se salte el protocolo, a pesar de la insistencia con la que se pone de relieve la importancia de respetar el protocolo al comienzo de cada misión y la seriedad con la que se toman cada perforación, lo cual, sinceramente, no es uno de los puntos fuertes de los montañeros. Así que Jeffy Lance estaban muy serios, pero no era porque se sintieran responsables de la muerte del profesor. Al día siguiente tendrían que bajar por la grieta para meter el cadáver del profesor en una bolsa, subirlo a la superficie y transportarlo en un trineo hasta el campamento, y, si el tiempo lo permitía, llegaría una avioneta desde McMurdo para llevárselo. Era una cosa que ya sabían todos los miembros del equipo que estaban en el comedor, y de sus bocas

salían las habituales palabras de estupefacción y de compasión.

Los demás bebíamos y soltábamos un «Maldita sea» o nos preguntábamos: «¿Por qué?». Algunos mencionaron la curva de la bañera: La gente comete errores en dos momentos, cuando hace por primera vez algo peligroso y cuando lleva toda la vida haciéndolo. Había dos periodos en los que los accidentes eran más frecuentes, y entremedias una fase en la que apenas se producían. Por lo tanto, la gráfica que representaba esa tasa de accidentes en el tiempo tenía forma de bañera; los pilotos de aeronaves eran un caso paradigmático. La gente que trabajaba en los glaciares, también.

Por eso los científicos tienen tan presente esa gráfica. Quizá todo el mundo. Cuando te enfrentas a la muerte, a la desaparición repentina de un amigo, la mente huye asustada y cae en la incredulidad. ¿Por qué? ¿No merecemos otra oportunidad? ¿No podemos retroceder en el tiempo un par de horas para hacer las cosas de otra manera?

No.

Así que nos quedamos sentados, bebiendo.

—Bueno —dijo Sophie—. Por lo menos murió salvando el mundo.

—¡No! —espetó Jeff—. ¡Murió porque cometió un error!

Ni siquiera entonces lloró, aunque su cara se puso roja y adquirió una expresión de profunda aflicción. Los demás nos fundimos en un abrazo con él y algunos lloramos. Estos sentimientos unas veces aparecen y otras, no, y no siempre lo hacen en el momento más oportuno. Muchas personas sufren una disociación en momentos así y les sobrevienen las emociones tiempo después. A veces tanto tiempo después que resulta increíble. Lo sé por experiencia propia, en mi caso tuve que esperar veintiún años para

experimentar de verdad la tristeza que me produjo una muerte. Veintiún años, lo juro. Pero esa noche lloramos casi todos salvo Jeff. Estábamos destrozados.

Un rato después sacamos fuerzas de flaqueza, recogimos el comedor y hablamos con más tranquilidad sobre qué podíamos hacer. No se nos ocurrió nada. Finalmente nos dimos por vencidos y nos acostamos, a regañadientes, como si no hubiera pasado nada. Teníamos la sensación de que habíamos renunciado a encontrar una manera de cambiar lo que había sucedido o de volver atrás en el tiempo. Solo podíamos rendirnos y acostarnos; había mucho que hacer al día siguiente. Y no tenía sentido seguir bebiendo. ¿De qué iba a servirnos? Nuestro líder había cometido un error, solo uno, pero mortal. El mundo seguiría adelante sin él, pero para nosotros ya nada sería igual.

58

Suele situarse el origen de la teología de la liberación en América del Sur, en la segunda mitad del siglo xx. Es un término que se creó para describir un fenómeno latinoamericano, de modo que es normal pensar que fue así.

Pero creemos que en España puede encontrarse un ejemplo anterior de un joven e idealista sacerdote católico que desafió la jerarquía eclesiástica para ayudar a su pueblo. Y sin duda se han dado muchos más casos cuyo conocimiento nunca ha salido de los límites de la comunidad afectada. Naturalmente, los movimientos promovidos por sacerdotes jóvenes han acabado mal muchas veces. Pero quizá en muchas más ocasiones el joven idealista, con la voluntad de hacer el bien, vehemente, devoto, aislado, enviado a una comunidad de personas pobres que sufre toda clase de tormentos y solo lucha para sobrevivir, para salir adelante, y cuya iglesia en teoría debería aunar esfuerzos con ella en esa dirección, tiene que enfrentarse a esa situación, con toda su fe, su deseo de ayudar y su confianza en la Iglesia, y se ha encariñado de sus feligreses y trabajado con todas sus fuerzas durante toda su vida para hacer todo lo posible por ellos.

En el caso particular de ese español, el joven sacerdote se llamaba José María Arizmendiarrieta. Nacido y crecido en el País Vasco, cogió la armas para luchar en el bando republicano durante la guerra civil, hasta que fue capturado

por las tropas franquistas. Se dice que entonces vivió algo así como una situación dostoievskiana, ya que fue condenado a morir fusilado, pero se salvó por un descuido burocrático, ya que el día señalado para su ejecución nadie lo llevó al paredón, y aún hoy no se sabe por qué. Digamos que Dios tenía otros planes para él.

Después se ordenó sacerdote, quizá porque sintió que tenía un destino en la vida, y fue enviado a Mondragón en 1941, cuando tenía veintiséis años, formando parte de un plan del régimen franquista para pacificar a los vascos, que tras la derrota republicana seguían dando guerra.

En un primer momento no causó una especial impresión en su congregación. Había perdido un ojo durante la guerra, leía los versículos con voz monótona y daba la sensación de ser una persona distante y tímida. Quizá fuera el trauma de la guerra, o quizá, como diríamos ahora, sufría un autismo leve. Durante varios años se limitó a escuchar a sus feligreses, hasta que estuvo seguro de cuál era la mejor manera que tenía de ayudarlos. Antes de la guerra, en esa zona de España había habido una modesta actividad industrial que no se había recuperado tras la contienda. El padre José María se preguntó entonces si sería posible emprender proyectos nuevos, y colaboró para organizar una escuela politécnica, que aún existe con el nombre de Universidad de Mondragón. Al poco tiempo de su apertura, la escuela proporcionó la formación en ingeniería necesaria para volver a crear nuevas industrias, la primera de las cuales se dedicó a la fabricación de quemadores de parafina. Y a sugerencia de Arizmendiarrieta, y con su ayuda, se crearon desde cero una multitud de cooperativas. Este modo de organización seguía la tradición vasca de la solidaridad regional, y era una manifestación de la economía del trueque anterior al capitalismo, incluso al feudalismo, que había existido en el País Vasco desde

tiempos que se remontan más atrás de los primeros registros escritos.

Al margen de la explicación que pueda darse de su surgimiento, esas cooperativas prosperaron en Mondragón, y el entramado de cooperativas no ha parado de crecer desde entonces. En un momento dado llegaron a incluir bancos y cooperativas de crédito, también universidades y una compañía de seguros. Esta empresa, cuyos trabajadores también eran los propietarios, se convirtió en una especie de cooperativa de cooperativas, y hoy en día es la décima mayor compañía de España, con unos activos de varios miles de millones de euros y beneficios que se cuentan por millones. Los beneficios no se reparten entre los accionistas, sino que se dividen en tres partes: una se distribuye entre los empleados propietarios, la segunda se invierte en mejorar la empresa, y la tercera se dona a obras de caridad elegidas por los propios empleados. La diferencia entre el sueldo máximo de un directivo y el mínimo de un empleado se establece en el 300 por ciento, a veces en el 500, o, como máximo, en el 900 por ciento. Todos los negocios y las iniciativas deben cumplir los principios cooperativistas que posteriormente fijó el más amplio movimiento cooperativista mundial, del cual Mondragón es en cierta manera la joya de la corona: admisión libre, organización democrática, la soberanía del trabajo, la esencia instrumental y subordinada del capital, participación en la gestión, sueldos solidarios, cooperación entre cooperativas, transformación social, universalidad y educación.

La lista merece ser estudiada minuciosamente, pero este no es el lugar. Si en todas partes se aplicara estrictamente el conjunto de estos principios, la política económica que se obtendría sería completamente diferente del capitalismo imperante. Conforman una serie de axiomas coherentes que

conducirían a nuevas leyes, prácticas, objetivos y resultados.

El hecho de que diera resultado en Mondragón está abierto a la interpretación. El sistema ha terminado enredado en la economía global y hubo que introducir algunos ajustes cuando se formó la Unión Europea, al mismo tiempo que ha tenido que adaptarse a los mercados y los países que lo integran. Hay quien sostiene que nunca tendría éxito fuera del contexto vasco, que solo la cultura vasca hace que sea posible; en mi opinión no es así, pero son demasiadas las personas que no quieren plantearse que una alternativa más humana al capitalismo, que casi podría describirse como una política económica católica, no solo es posible, sino que existe y prospera desde hace un siglo y su fuerza no para de crecer.

También ha habido momentos de crisis, como cuando las recesiones han golpeado a las cooperativas justo cuando habían llevado a cabo una delicada expansión, o cuando un directivo se ha fugado con una inmensa cantidad de dinero y ha provocado graves problemas de flujo de caja. Aun así es un lugar donde la gente vive feliz y crea una cultura por la que sienten amor casi todas las personas involucradas en ella. Hay solidaridad y conciencia de grupo, e incluso en un mundo donde la competencia es encarnizada, obtiene beneficios casi todos los años, los suficientes para que más de un millar de personas puedan vivir y devolver lo ganado a la sociedad.

Hay otros enclaves semejantes a lo largo y a lo ancho del mundo, y sistemas que, si bien no son completamente tan peculiares, mantienen cierta similitud. Sobreviven, en ocasiones incluso prosperan. La pregunta que debemos hacernos es, utilizando el vocabulario dominante en nuestra época, si podrían aplicarse a gran escala. ¿Son una solución, un avance, un paso adelante?

Creemos que sí. Para nosotros, el proyecto consiste en implantar el sistema en toda España. Y quizá en todo el mundo. Pero es nuestra contribución. Os regalamos Mondragón.

59

Estaba en mi apartamento de Sierra Madre, que es una pequeña ciudad flanqueada de palmeras incrustada entre Pasadena y Azusa, a los pies de las montañas de San Gabriel, que se alzan sobre esa parte de Los Ángeles como una ondulada muralla marrón, bastante fea en mi opinión. Así que es una bendición cuando la niebla es tan densa que las tapa y no se ven ni siquiera desde una distancia de cinco kilómetros. Ninguna de las cordilleras que rodean la ciudad de Los Ángeles es bonita. Pero forman una práctica muralla, como descubrimos un día.

Por suerte había practicado el kayak con asiduidad antes de romperme el brazo y conservaba la canoa. Mi apartamento estaba encima de un garaje y disponía de una entrada independiente que tenía un valor incalculable para mí, ya que así no tenía que molestar a mi casero cada vez que entraba o salía; además, de esa manera casi nunca me veía el pelo y no le daba la oportunidad de soltarme el rollo. Yo era una especie de inquilina de caridad (o eso me pareció, ya que no podía seguir pagando un alquiler en Hollywood), hasta que me dejó claras sus intenciones, que fueron obvias cuando le solté el cliché de aspirante a actriz que de momento se ganaba la vida como camarera. Él me dejó guardar mis posesiones más voluminosas en el garaje que había debajo del apartamento, que en realidad no era más que un cobertizo con un cuarto de baño levantado sobre la azotea del garaje. Así que cuando llegó el río

atmosférico yo fui una de las pocas personas en la ciudad que tenía una embarcación a mano.

La primera noche llovió con intensidad; que pasara durante la noche fue parte del problema, ya que cuando la gente se despertó la situación ya era preocupante, y a partir de entonces solo fue de mal en peor. Primero fue el diluvio y luego todo lo demás. Sin embargo no fue la típica inundación, o quizá sí, ya no me acuerdo, pero en nuestro caso el agua se precipitaba estrepitosamente hacia nosotros por las laderas de las montañas de San Gabriel. La imagen que vimos cuando amaneció era aterradora. En Sierra Madre las montañas alcanzan una altura de tres mil metros, y en ellas se acumulaba toda esa agua que caía del cielo como en una tempestad o qué sé yo, y luego bajaba a toda velocidad por aquellos barrancos verticales y se precipitaba por las calles, ahora convertidas en rápidos de agua espumosa teñida de marrón por el lodo, que arrastraba piedras, arbustos y fragmentos de las casas que se derrumbaban calle arriba.

Me asomé desde la puerta de mi apartamento y vi coches flotando encima de una ola de tres metros de altura que lo sepultaba todo. Vi que el agua ya estaba entrando en la casa de mi casero y se precipitaba imparablemente hacia la 210. ¡Mirara donde mirara un gran manto de agua marrón lo cubría todo! Grité hacia la casa de mi casero, pero, típico de él, se había largado sin decirme nada. De hecho las únicas personas que vi eran una familia desesperada encaramada al techo de su todoterreno mientras la corriente lo arrastraba.

Bajé por la escalera y me abrí paso por el agua marrón hasta la puerta lateral del garaje. Cuando entré descubrí que se había ido la luz, como no podía ser de otra manera, así que tuve que usar todas mis fuerzas para abrir la puerta grande del garaje. Conseguí levantarla desde dentro y entró

un torrente de agua de casi medio metro de altura. Pero tenía allí mi kayak, así que lo cogí, y también el remo que colgaba de la pared. Me enrollé la falda, subí al kayak y salí remando a la calle.

Era una locura que las calles estuvieran inundadas y que la única manera que tuviera yo de moverme fuera con el kayak. ¡En mi vida había visto tanta agua! Y era del color del chocolate. Y seguía lloviendo torrencialmente, así que la visibilidad era muy limitada. Luego me enteré de que toda la cuenca de Los Ángeles se había inundado, desde las colinas de Hollywood hasta San Clemente, más allá de Irvine, donde me crie. Orange County estaba tan mal como Los Ángeles, aunque es normal, porque está en la misma llanura costera y a su espalda tiene las mismas montañas. Claro que, como descubrimos todos aquel día, aquí y allá a lo largo de la llanura hay algunas elevaciones del terreno. Estaba Palos Verdes, naturalmente, junto a Long Beach, y unos cuantos barrios interiores ubicados en colinas bajas como Puente Hills y Rose Hills, y un poco más atrás, San Dimas, donde confluyen las autopistas. Pero Los Ángeles se alza en su mayor parte sobre una llanura costera, que aquel día se había convertido en un lago inmenso de agua turbia. En muchos lugares las autopistas elevadas eran el único lugar donde mantenerse fuera de aquel nuevo lago, por lo tanto, sin otro lugar adonde ir, se convirtieron en el refugio al que acudía todo el mundo. Todavía quedaban algunos coches en ellas, pero no se movían, y a medida que se necesitaba más espacio para acoger más gente eran arrojados al agua desde los arcenes.

Recorrí remando un pavoroso paso subterráneo que discurría por debajo de la 210 y me puse a recoger gente que había subido a los tejados y a trasladarla a la autopista, donde las rampas hicieron las veces de embarcadero. Había muchos otros ciudadanos que se movían en motos

acuáticas que seguramente habían tenido en el camino de entrada de casa, y también mucha otra en canoas como la mía. Todos hacíamos todo lo que estaba en nuestra mano para ayudar. Había gente desesperada de verdad, sobre todo si tenía niños a su cargo, y era difícil tranquilizarlos para que el pánico no les hiciera volcar el kayak. Me empezó a doler el brazo en la parte que me había roto y todavía no era consciente de que aquello estaba pasando de verdad; era como en una de esas películas malas de catástrofes, pero bueno, a lo mejor por fin había conseguido un papel. Además, el miedo que había en las caras y en las voces de la gente no paraba de recordarme que aquello era completamente real, por muy extraño que fuera. Y el brazo me dolía; en el kayak tienes que estar pendiente de los dos lados de la embarcación, no puedes valerte con un solo brazo, así que yo seguía remando y maldiciendo para mis adentros.

Una de las ventajas de que la cuenca de Los Ángeles sea tan extensa es que en una inundación el nivel del agua nunca llega a ser excesivamente alto. El tejado de muchos edificios altos sobresalía del agua, aunque muchas otras construcciones se habían derrumbado y sus ruinas yacían sumergidas. La corriente se había llevado por delante la mayoría de las palmeras, y eso, además de ser una escena sobrecogedora, hacía peligrosa la navegación. ¡Era uno más de los innumerables peligros! A veces, mientras arrastraba a gente agarrada a la popa de mi canoa, la corriente nos empujaba hacia un árbol o un coche que estaban flotando en el agua, y yo tenía que remar como una loca para alejarme de los obstáculos, con el brazo doliéndome horrores y la gente sujeta al kayak y no siempre pataleando de una manera que ayudara. Y las calles y las carreteras que atravesaban la llanura se hacían notar y se convertían en el cauce de aguas rápidas, y eran unas corrientes

espeluznantes, y peligrosas, y nunca sabías en qué dirección iba a moverse el agua porque dependía de dónde estuviera la calle más cercana, ya que el agua era atraída hacia allí y las calles eran casi completamente llanas. Las corrientes que se formaron en las calles dejaron al descubierto o insinuaron la aparición de una nueva red fluvial; los ríos podían discurrir hacia el norte, el sur, el este o el oeste... En cualquier dirección. Orange Grove Avenue estaba a punto de convertirse en un tobogán de agua por el que salías disparado hacia el sur; y en el viejo tramo de la autopista de Pasadena que discurría por debajo de los puentes, justo al oeste de allí, la corriente iba en sentido opuesto. Era una locura. Me dijeron que en Sepulveda la velocidad de la corriente era una pasada. Todas las otras personas en kayak que me crucé me advirtieron de que no me acercara a Sepulveda. «¡Es de categoría 8!», me dijeron. Y encima no paraba de llover. ¿Lluvia intensa en Los Ángeles durante horas? ¡Era como el diluvio de Noé! Y tenía pinta de que podría durar cuarenta días y cuarenta noches... ¿Por qué no?

Así que había diez millones de personas sin poder ir a ninguna parte en todos los lugares elevados que sobresalían del agua, y además no había comida. La tormenta duraba horas ya. Había un montón de pequeñas embarcaciones, pero no se veía ninguna grande, ni había rastro de la menor organización. Las autopistas estaban llenas a rebosar de gente empapada. La temperatura no bajó en ningún momento de los 21ºC, pero cuando estás mojado y sopla el viento la sensación de frío es mayor, aunque el frío no era un problema. Ni la inundación era una emergencia de esas a vida o muerte en las que pasada una hora en la que el peligro es extremo puedes tomarte un respiro. Eso quedó claro cuando no paraba de llover. De manera que aquello no se parecía nada de nada a una película. Lo cual aumentaba

aún más la impresión que me causaba. Me dedicaba a ayudar a la gente; todos estábamos calados hasta los huesos y asustados, y el dolor en mi brazo derecho no cesaba, y yo no paraba de repetirme que esto era real, la vida misma, y que tenía que dejar de fingir que era una maldita actriz. Sí, claro, mucha gente había quedado atrapada y se había ahogado; era inevitable teniendo en cuenta la cantidad de personas que vivían allí y la fuerza del agua. El agua es una fuerza de la naturaleza y estás vendida cuando te embiste, pero la mayoría de la población se había puesto a salvo en los tejados y en las autopistas, así que el problema principal era evacuar a toda esa gente antes de que muriera de hambre. Si no morías ahogado al primer envite, todo se reducía a aguantar y esperar el rescate.

Entrado el día, me uní a un grupo de gente que se había refugiado en la azotea de un restaurante y nos dieron de comer espaguetis. Habían entrado en el local desde la azotea para llegar a los alimentos y a las ollas de la cocina. De vuelta en la azotea, sobre una plancha metálica ondulada que habían sacado de algún lado, habían encendido un fuego para cocinar del que cuidaban varias personas. Además habían colocado otra plancha metálica a modo de tejado para resguardarse de la lluvia. Había muchas probabilidades de que acabaran quemando el restaurante de abajo, pero siempre podrían retirar el improvisado tejado para que la lluvia apagara el fuego, porque el agua que estaba cayendo parecía capaz de sofocar cualquier incendio que no fuera provocado por una explosión nuclear.

Cuando llevaba un rato en aquella azotea el dolor del brazo remitió un poco y volví a echarme al agua con la canoa, con las fuerzas renovadas y lista para seguir rescatando a personas en apuros, aunque a última hora de

la tarde quedaban muchas menos; quien no había muerto ya había encontrado un lugar alto donde ponerse a salvo. Así que me sumé a un grupo de canoas y realizamos una batida por las calles. Confieso que era muy divertido navegar por Orange Grove Avenue y deslizarse por el agua turbia a la velocidad de un coche, pero había que mantenerse alerta, porque a veces la corriente te arrastraba hacia un puente de la autopista o cualquier otro obstáculo y la desesperación te dominaba mientras remabas para escapar de allí antes de que te tragara y te matara. Nos informábamos unos a otros sobre las zonas más peligrosas, así es como me enteré de lo de Sepulveda. Los teléfonos no funcionaban, pero algunas personas tenían aparatos de GPS con mapas guardados en la memoria, y todo el mundo compartía toda la información de la que disponía para orientarnos por aquellas aguas. También había mucha gente que conocía como la palma de su mano las distintas zonas de la ciudad, así que unos remábamos y otros se movían en moto acuática; estos a menudo malgastaban gasolina sin pensar que no podrían repostar en mucho tiempo, pero finalmente se dieron cuenta de ello e interrumpieron la búsqueda, así que, según caía la noche, la mayoría de los que recorríamos las calles inundadas éramos los que íbamos en kayaks, más unos cuantos en otras embarcaciones de remos e incluso algún que otro barco de vela, aunque con las velas plegadas e impulsado por la gente que llevaba a bordo, que remaba sin demasiada traza. Éramos pequeñas flotillas de insectos acuáticos humanos que se deslizaban por el inmenso lago de Los Ángeles.

Y en todo ese tiempo yo no paraba de pensar que odiaba Los Ángeles. Había nacido allí y conocía la ciudad perfectamente, incluso había leído o me habían contado pasajes de su historia en el colegio, pero la odiaba. La verdad es que después de la segunda guerra mundial este

lugar había pasado de ser una tranquila mancomunidad de municipios a convertirse en una megalópolis de diez millones de habitantes, y en ese proceso, los promotores inmobiliarios se habían forrado levantando zonas residenciales de ínfima calidad, con eso y con las autopistas que dividían la llanura en un centenar de inmensas cuadrículas. Todo ello era una basura. No había ni rastro de planificación, ni de parques, ni de organización, no se salvaba nada… Todo se había hecho a lo loco. Como aquí, por ejemplo: compraron un campo de naranjos, lo dividieron, talaron todos los árboles y construyeron un montón de casas de madera contrachapada. Y como aquí en todas partes. Solo tenían que chasquear los dedos; y nada de lo que se hacía parecía haber sido pensado con la cabeza. ¡Y así hemos vivido desde entonces! Y más de uno de nosotros ha intentado hacer de su vida una nueva versión de *La ciudad de las estrellas*. Doble estupidez.

Así que mientras remábamos de un lado a otro de la ciudad en nuestros kayaks nos decíamos que este lugar había desaparecido para siempre. Y lo que quedara en pie tendría que demolerse. La ciudad de Los Ángeles entera debería levantarse de nuevo.

Era una gran noticia. Quizá esta vez lo hagamos bien. En cuanto a mí, estoy decidida a cambiar de profesión.

60

Llegó la primavera y Mary recuperó su costumbre de nadar en el complejo de baño de Utoquai, al principio una o dos veces por semana y después diariamente. Luego volvía a su despacho en tranvía.

Uno de esos días, Mary dio el visto bueno definitivo al proyecto de la red social YourLock de Janus Athena, quien la lanzó a internet y juntos asistieron a su discreto nacimiento, que duró una semana que se hizo eterna, ya que solo era un puntito en la gráfica de menciones en las discusiones en la red. Pero entonces la gente empezó a compartir la noticia de que podías transferir toda tu vida virtual a una sola cuenta de YourLock, que estaba organizada como una cooperativa cuyos propietarios eran los propios usuarios, ya que después de proteger tus datos en una jaula con encriptación cuántica podías utilizarlos como un activo en el mercado global de datos, y decidir si querías venderlos o no en operaciones de minería de datos a compradores que enseguida vieron el filón y comenzaron a ofrecer micropagos a la gente a cambio de sus datos, sobre todo los relacionados con la salud, los hábitos de consumo y la economía personal. Las regalías por ser uno mismo en la máquina del mundo no eran insignificantes, y se convirtieron en una especie de ingreso fijo anual para toda la vida, modesto, sí, pero siempre era una ayuda. Así que la gente empezó a migrar a YourLock, y de repente ese puntito en la gráfica se extendió sinuosamente, como la grieta

provocada por un terremoto, y todas las personas que tenían una cuenta en YourLock tomaron a partir de entonces las riendas de su vida virtual gracias a la aplicación. Había nacido una ecología de internet completamente nueva, el tan cacareado, pero nunca concretado hasta entonces, internet 3.0.

Por supuesto se convirtió en una noticia destacada en todo el mundo. Sin embargo, a Mary le parecía que nada había cambiado cuando por la mañana bajaba al lago para nadar. En estos tiempos las revoluciones globales eran extrañas, tan virtuales como todo lo demás, pensaba Mary. Naturalmente, en el mundo virtual había provocado una sublevación. ¿Pero qué quería decir eso? ¿Quién era el propietario del nuevo sistema? Algunos decían que no era propiedad de nadie porque era un código abierto. Lo habían creado personas que se movían en la economía del trueque, así que quizá solo se había creado como divertimento. Entonces, ¿quién se beneficiaba de él? Otros opinaban que pertenecía a sus usuarios, de manera que también todo el dinero que generara, principalmente, como siempre, a través de la publicidad, era para ellos. En parte era algo así como una cooperativa de crédito incrustada en el espacio de las redes sociales. Como en el cambio desde un banco a una cooperativa de crédito, en vez de ser la empresa la que utilizaba al consumidor, era este el que utilizaba a aquella, y también el que la poseía. ¿Qué sacaba de todo ello la empresa? Nada, porque la empresa no era nada, solo una organización diseñada para ayudar a sus empleados propietarios. Como cualquier otra empresa, al fin y al cabo. Siempre y cuando pensaras que ese era el objetivo de las empresas.

Sin embargo no iba tan bien en China, donde la postura siempre ha sido que el Partido Comunista Chino es precisamente una empresa de esas características, cuyos

consumidores también son sus propietarios y cuya única razón de ser es velar por su bienestar. De manera que dejaron YourLock al otro lado de su Gran Cortafuegos, como habían hecho con innumerables empresas de internet occidentales en el pasado. Pero el Gran Cortafuegos estaba lleno de brechas y, aunque eran muchos los que afirmaban que la mayoría de los ciudadanos chinos que se conectaban a internet estaban completamente absortos y felices en el ciberespacio chino, parecía ser cierto también que muchos de ellos mantenían enlaces a una multitud de cuentas que tenían dispersas por todo el mundo. Los migrantes internos chinos de todas las grandes ciudades del país, a veces llamados los «mil millones», continuaban siendo una mano de obra explotada, hasta el punto de que no eran pocos los que anhelaban un contrapeso extranjero para el sistema *hukou*, que los había convertido en ciudadanos ilegales por el mero hecho de mudarse a las ciudades; en cuanto a la próspera clase media, siempre estaba interesada en tener unos ahorros en el extranjero. De manera que la aplicación estaba ganando un número considerable de usuarios en varios sectores de la población china.

Pasaron los días, a pesar de que para Mary, cuando estaba en Zúrich, todos los días le parecían iguales, y el impacto de aquella revuelta digital apenas se apreciaba en la vida cotidiana de la gente. Quizá fuera la revolución que los defensores de internet habían reclamado desde el mismo nacimiento de la red, pero, puesto que previamente nunca se había producido una manifestación de esta revolución apenas esbozada (a menos que se contara la gran privatización de finales de la década de 1990), nadie tenía muy claras las repercusiones que tendría cuando finalmente se produjera. De hecho, la vertiginosa colonización y capitalización de la vida mental de mucha gente se había producido de una manera igualmente

invisible, así que Mary ni siquiera estaba segura de que la gente supiera lo que realmente quería cuando pedía una revolución del internet.

Pero su equipo sí lo sabía… o lo imaginaba. Ahora cada usuario nuevo que se registraba en YourLock y comenzaba a utilizar la red social también estaba contribuyendo a su mantenimiento almacenando una parte del registro de cadena de bloques de la historia de la aplicación desde su creación. Una tecnología de registro distribuido. Solo con el trabajo voluntario (no solo las horas de trabajo sin remunerar, también la electricidad que pagaba cada usuario) de millones de personas, esta nueva organización podría funcionar al nivel informático requerido. Aun en el caso de que saliera bien, Mary dudaba que llegara a representar un beneficio neto desde el punto de vista de la sostenibilidad de la civilización. Probablemente eso dependiera del uso que se le diera a la nueva red, o de lo que las personas hicieran en el mundo real. Como siempre, aún estaban por llegar los movimientos decisivos. Quizá fuera verdad que primero se producían en el plano del discurso y luego en el de la existencia material.

Mary hizo un repaso de los últimos años de su vida. Baño matinal en el lago de Zúrich, cuya temperatura subía gradualmente a medida que la primavera se acercaba al verano. Tranvía y paseo a pie hasta el trabajo. Paseo a pie hasta casa. El tranvía que una vez a la semana cogía para bajar al centro de la ciudad y visitar a Frank May en la *Gefängnis*. Esto último se lo tomaba como una especie de obligación.

Frank tenía buen aspecto. El sistema penitenciario suizo era típicamente suizo: práctico, benévolo, una especie de colegio mayor universitario en el que tenía la obligación de residir, porque Frank pasaba el día en la ciudad realizando trabajos comunitarios de toda índole, desde limpiando las

calles hasta asistencia a personas mayores, dependiendo de las necesidades y de la programación mensual. Estaba más tranquilo y parecía más feliz que la noche que se conocieron, o quizá más apagado y deprimido… Mary no lo conocía lo suficiente para poder asegurarlo con certeza. Quizá fuera un poco de todo, si eso era posible. Cuando se trata de otra persona, si ella no comparte abiertamente contigo cómo se siente, es imposible saberlo con seguridad. Cuando lo visitaba en la cárcel, él la miraba con curiosidad; ya no quedaba nada de esa sorpresa del principio cuando la veía aparecer en la prisión, quizá solo un poco de desconcierto y de perplejidad. Pero no tanto como para preguntarle por qué iba a verlo. Si lo hubiera hecho, Mary no habría sabido qué responderle. Dentro de su cabeza mantenía unas conversaciones con él que era completamente imposible que fueran a producirse en la vida real cuando se encontraran. Cuando subía por el Zürichberg en el tranvía de vuelta y observaba, cuando el tren tomaba las curvas cerradas para ascender la colina, el resto de los vagones azules, los de delante y los de detrás, mentalmente le decía a Frank: «Si me lo preguntaras te respondería que te visito porque quiero descansar tranquila, y quiero ayudarte para que tú también descanses tranquilo. Mi idea de un mundo perfecto es aquel que cuando lo mires sientas que puedes descansar. Un mundo en el que puedas tomarte un respiro y perdonar a todo el mundo sus pecados, también los tuyos propios». Y en esas conversaciones mentales Frank a menudo asentía y respondía: «Sí, Mary, me siento mejor. Tu estúpido ministerio ha arrimado el hombro para sacar el carro de la cuneta. Aunque todavía no ha salido del todo, ni mucho menos. Porque la cuneta está comiéndose el camino».

Nunca pasaba nada ni remotamente cercano a eso en sus encuentros reales en la cárcel.

Badim la mantenía al día de su trabajo extraoficial en reuniones privadas que realizaban fuera de la sede del ministerio de acuerdo con el patrón que habían establecido. Esas reuniones no eran ni mucho menos frecuentes. Tampoco había una manera de comunicarse en la oficina que no estuviera sujeta a vigilancia estrecha, así que era bastante habitual que su jefe de gabinete le dejara notas manuscritas en el escritorio; nunca eran mensajes directos, sino citas de Rumi, Kabir, Krishnamurti o Tagore. Mary no conocía la obra de esos poetas ni sabía si las citas eran verdaderas o inventadas. «El caos reina entre los dioses»; «La teoría decide lo que ve el observador»; «Mañana podrá verse un gran cometa en el cielo»; «Mira en la dirección en la que sopla el viento». Todas estas frases, que parecían escritas por autores gnómicos como Nostradamus, tenían el único objetivo de informarla de que había algo en marcha y era el momento de reunirse. O así las interpretaba ella; si contenían algún otro mensaje codificado, a Mary se le escapaba.

Así que ella seguía con atención las noticias. Dos días después de que apareciera sobre su escritorio una nota con un escueto «Disturbio huelga disturbio», Mary leyó en los periódicos que Berlín, Londres, Nueva York, Tokio, Pekín y Moscú habían sido el escenario, a la misma hora local del día, de una huelga simultánea de profesores y de empleados del transporte. El episodio había provocado el caos en las calles y en los mercados. El desconcierto del Día de los Accidentes del año anterior había bastado para provocar un desplome masivo en la mayoría de las bolsas, del que nunca habían llegado a recuperarse de verdad. La caída de las caídas. Naturalmente, los amantes del riesgo dispuestos a comprar barato para luego vender caro habían

animado enseguida los mercados, pero la sensación de pánico, de que las burbujas iban a explotar en todas partes, no desapareció. Los huelguistas volvieron al trabajo en las grandes ciudades, pero antes de que se calmara la situación, la aparentemente interminable sequía que afectaba a Oriente Medio, Irán y Pakistán se intensificó y se convirtió en otra ola de calor letal, a pesar de que solo estábamos en el mes de mayo. Las presiones altas en la zona habían alcanzado picos de temperaturas de bulbo húmedo que rondaban los 35ºC, si bien esta vez el problema era la alta temperatura y no tanto la humedad. Al mismo tiempo algunas ciudades se quedaron sin agua. Los refugiados que había en la zona empezaron a cruzar Turquía para entrar en los Balcanes, también emigraron hacia el norte con destino a Armenia, Georgia, Ucrania y Rusia, y hacia el este para llegar a la India. ¡La India, un refugio contra las olas de calor! Pero la sequía también afectaba al Punyab, así que la India había cerrado a cal y canto su frontera con Pakistán, una zona que ya estaba militarizada y por lo tanto era fácil cerrarla. Se olía el desastre. Pakistán amenazaba con ir a la guerra, Irán también. Alrededor de diez millones de migrantes corrían el peligro de morir. Los programas de ayuda humanitaria no daban abasto, como tampoco lo hacían los ejércitos nacionales.

Esmeri Zayed, la directora del departamento de refugiados del ministerio, le dijo a Mary que, si todos los refugiados constituyeran un país, este tendría la misma población que Francia o Alemania. Cien millones de personas erraban por el mundo o estaban confinadas en campamentos, desplazadas de sus hogares.

En mitad de esta situación, un río atmosférico golpeó el sur de California; si bien los vientos no tenían la fuerza de un ciclón ni de un huracán, sí llovió con la misma intensidad, y durante más tiempo. Daba la impresión de que

se repetía lo que había ocurrido en California en el catastrófico invierno de 1861-62, eso sí, unos cuantos siglos antes de lo que había previsto el cuerpo de ingenieros del ejército de Estados Unidos, que había etiquetado aquel desastre anterior como «una tormenta que sucede una vez cada mil años». Pero ahora todas esas estadísticas eran papel mojado. Las altas montañas que rodeaban la cuenca de Los Ángeles habían recogido toda el agua caída durante la lluvia torrencial y después la habían arrojado a la superficie casi enteramente urbanizada de la llanura, y la devastación había sido total. Los cálculos iniciales situaban el número de muertos en siete mil, una cifra llamativamente baja, pero los daños que habían sufrido las infraestructuras superaban todos los temores de los angelinos por la destrucción que podría causar un terremoto. De hecho, algunos científicos se habían apresurado a advertir de que el peso de tanta agua podría desencadenar el tan temido temblor de tierra. ¡El Big One en pleno diluvio! Era una cosa que solo podía pasar en Los Ángeles, comentaba la gente con malicia y cierto pesar; la fábrica de los sueños del mundo, destruida delante de sus ojos. Los rostros de Hollywood ya no poblarían el inconsciente universal; esa era había quedado atrás. Jürgen calculaba que la reconstrucción de lo que veían en imágenes salpicadas de gotas de lluvia costaría más de treinta billones de dólares.

De manera que era de suponer que ahora el pueblo norteamericano apoyaría las acciones para detener el cambio climático. ¡Más vale tarde que nunca!

Pero no. Ya estaba quedando claro que Los Ángeles no era un sitio querido en Texas, ni en la costa Este, ni siquiera en San Francisco. En realidad, solo en Los Ángeles les importaba su ciudad. ¡Todo el mundo pasaba de la fábrica de los sueños! A lo mejor a la gente no le gustaba los sueños que creaba, o estaba harta de que hubieran

colonizado sus propios sueños. O quizá simplemente no les gustaban los atascos de tráfico.

En cualquier caso, el gobierno de California, uno de los más progresistas del mundo, y el gobierno federal de Estados Unidos, uno de los más reaccionarios del planeta, estaban aunando esfuerzos para ayudar a la ciudad. La amaran o la odiaran, Los Ángeles era importante para ellos. Mary se dijo que había que reconocer que siete mil muertos era un logro fabuloso de la ingeniería civil y la acción ciudadana, a los que se habían sumado el veloz despliegue de la armada y del resto de los ejércitos estadounidenses y la rápida reacción de los propios ciudadanos. Lo peor había sido la primera avalancha de agua, pero a partir de ahí solo se había producido una acumulación de pequeños accidentes. De manera que la respuesta a la emergencia había sido admirable. No en vano Estados Unidos era en muchos aspectos el modelo de excelencia de las infraestructuras, la casa de ladrillo en un mundo de chozas de paja; esas estúpidas autopistas construidas para resistir el Big One habían servido como refugio para toda la población de la ciudad, y su posterior evacuación había sido un éxito. Sin duda una demostración impresionante de una acción improvisada.

A pesar del desigual cariño del que gozaba Los Ángeles en el mundo, no podía negarse que era un lugar inmensamente famoso. No se le podía negar por lo menos ese logro. En el mundo había mucha gente que creía conocer la ciudad y contemplaba paralizada las imágenes que la mostraban inundada de un día para otro. Si eso podía pasar en Los Ángeles, con toda su riqueza y sus sueños, podía pasar en cualquier rincón del planeta, ¿no? Tal vez no, pero esa era la sensación que daba. Un capirotazo en el inconsciente universal había llenado de inquietud a la humanidad.

Pese a esta sensación de que el mundo se desmoronaba, o quizá debido a ella, aumentaron las manifestaciones en las capitales del mundo. En realidad, más que manifestaciones parecían ocupaciones, porque se alargaban hasta provocar la interrupción de la actividad normal en las grandes ciudades. Dentro de esos espacios ocupados, los ciudadanos se instalaban y desarrollaban formas de vida alternativas en las que se regalaba comida, se ofrecía cobijo e instalaciones para el aseo, todo ello aportado y representado por los participantes como si estuvieran jugando o escenificando una obra de teatro, todo ello pensado sobre todo para dar continuidad al discurso que exigía a los gobiernos que respondieran a las necesidades del pueblo en vez de pensar en las del capital global; y los gobiernos tuvieron que enfrentarse al dilema de si enviar a la policía y al ejército contra sus ciudadanos, si esperar a que los ocupantes desalojaran las calles, lo que quizá ocurriría al cabo de muchos meses, o si llevar a cabo de una vez los cambios que les exigían. ¡Era el momento de disolver el pueblo y elegir otro!, como había sugerido mordazmente Brecht.

Entretanto se habían reducido mucho los viajes en avión, a excepción del incremento que habían experimentado los vuelos cortos en aviones eléctricos, y se había dado un enorme impulso a la construcción de dirigibles. El comercio transoceánico se había interrumpido; millones de trabajadores se habían quedado sin empleo; millones de personas llenaban las calles. En el ciberespacio, la gente estaba registrándose en YourLock y abandonando el resto de las redes sociales, a las que calificaban ahora de redes sociales depredadoras. En cuanto a los bancos, eran tantos los clientes que estaban traspasando los fondos que tenían en los bancos privados a las cooperativas de crédito y otras instituciones financieras de carácter cooperativo, que no

solo estaba viviéndose otra crisis, sino que era la más profunda en un siglo. Los bancos habían utilizado el apalancamiento financiero durante tanto tiempo que se había convertido en su estado natural, así que ahora, con una crisis galopante como la que se vivía, la mayoría de las entidades financieras privadas se pusieron de rodillas y se arrastraron hasta los bancos centrales para suplicarles el rescate. Esta vez, los ministerios de hacienda nacionales, aunque seguían en manos de veteranos de la industria económica, comprendieron que no podían hacer nada parecido a lo que se había hecho en el año 2008; la crisis de ese año parecía una broma comparada con la actual, y la recesión de 2020 les había abierto los ojos para que vieran cuál era el problema real y cuáles eran las causas. Esta vez era diferente, los sentimientos habían cambiado su estructura y se vivía otra situación material. Ya había gente que afirmaba que la crisis era peor que la de 2020, pero incluso que la Gran Depresión… Tal vez fuera la peor crisis económica que había visto la humanidad… porque no solo era económica. El tiovivo entero había salido disparado de su eje y estaba haciéndose añicos mientras rodaba por el suelo.

Así estaba la situación cuando Mary llamó a los gobernadores de los principales bancos centrales del mundo y los convenció para que aceptaran volver a reunirse con ella. La mayoría le pidieron que fuera ella quien viajara a sus países, y estuvo a punto de aceptar celebrar una reunión en Pekín, porque pensaba que China sería clave en cualquier solución. Pero China era puntillosa cuando se trataba de acudir a cumbres internacionales, y en cambio, pensó Mary, su delegación estaría dispuesta a viajar a cualquier lugar del mundo donde se llevara a cabo la reunión; no les importaba tanto el prestigio nacional como para negarse a firmar un acuerdo debatido en otro país. En

ese aspecto, la nación más vanidosa era Estados Unidos, pero Mary estaba bastante segura de que Jane Yablonski también aceptaría desplazarse a cualquiera que fuera el lugar donde se celebrara la cumbre. Y de todos modos estaba a punto de celebrarse en Basilea la reunión anual del Banco de Pagos Internacionales. De manera que les pidió amablemente que también se pasaran por Zúrich cuando concluyera el encuentro del BIS. Teniendo en cuenta los riesgos que implicaban los viajes aéreos, todos viajarían a Suiza en unos aviones militares indetectables puestos a su disposición.

Organizar una cumbre con una docena o una veintena de las personas más poderosas del mundo (que también incluía ocuparse del alojamiento de los demás miembros de sus extensas delegaciones) era una tarea ardua, pero en la que los suizos tenían experiencia. El gran número de participantes imposibilitaba que la reunión se celebrara en las instalaciones del ministerio, así que se habilitó para la ocasión el Kongresshaus, situado junto al lago.

La mañana del día programado para el encuentro, los grandes ventanales que ocupaban la pared orientada al sur del gran espacio mostraban una patética y descarada falacia: una tormenta de primavera descargaba sobre el lago de Zúrich, y los nubarrones bajos que se deslizaban por el cielo fustigaban con una lluvia negra la superficie plateada del lago; la lluvia que azotaba los ventanales formaba deltas en los cristales que provocaban imágenes caleidoscópicas de la escena. No era nada que se saliera de lo normal; no tenía nada que ver con el apocalipsis climático que había devastado Los Ángeles; así era la primavera en Zúrich. En cualquier caso parecía de lo más apropiado dado el ambiente de circunspección que se respiraba en el

Kongresshaus. Capearían el temporal, comentaban los presentes unos a otros mientras contemplaban la escena, y la magnificencia de la lluvia oscura y metálica que fustigaba las crestas blancas de la marejada y el susurro del viento que sacudía los árboles realzaba la gravedad reinante.

Mary pidió su atención. Recordaba a todos sus invitados de las reuniones que había mantenido con ellos en los últimos años para intentar convencerlos de que debían colaborar unos con otros para crear una nueva moneda, basada en la reducción de emisiones de dióxido de carbono y que pudiera introducirse en los mercados de cambio de divisas. En definitiva, dinero contante y sonante, pero respaldado por el conjunto de los bancos centrales y con un valor garantizado con la creación de bonos a largo plazo, que al cabo de cien años devengarían unos intereses asegurados lo suficientemente altos para tentar a cualquier persona interesada en un valor estable. En lo esencial, como Mary ya les había explicado, se trataba de invertir en la supervivencia, en la conservación de la civilización, en contraposición con las innumerables maneras que la economía había encontrado para acortar la vida de la humanidad, en las que la mayor parte de los superávits de las últimas cuatro décadas había ido a parar a manos del 2 por ciento de la población mundial más rica, que de ese modo había amasado tanto dinero que se creía capaz de sobrevivir a la desaparición de la civilización, ellos y sus descendientes, en una especie de comunidad cerrada postapocalíptica que más o menos esbozaban en su imaginación, en la que todavía tendrían a su disposición criados, comida, combustible y entretenimientos. De ninguna manera, les dijo Mary a los banqueros; no había ninguna posibilidad de que eso sucediera. Acortar la existencia de la civilización e imaginarse viviendo en una fortaleza aislada era otra fantasía que se utilizaba como

excusa, una de tantas con la que la gente rica se entretenía, tan ridícula como retirarse a Marte. El dinero no valía nada sin una civilización detrás que fabricara cosas que se pudieran comprar con él… Por ejemplo, comida. Por lo tanto, aunque los banqueros se mantuvieran en su estrechez de miras respecto a cuál era su función, como estabilizar los precios, contribuir a la creación de empleo y, por encima de todo, velar por el valor que se atribuía al propio dinero, si querían continuar desarrollándola deberían abandonar su habitual enfoque monetario y actuar como lo que eran realmente, el gobierno no tan secreto del mundo. Como tal, en este momento se les exigía que hicieran algo más que ajustar los malditos tipos de interés.

Sí, la franqueza de Mary los dejó perplejos. También el desprecio que mostró por su tímida respuesta. Mary veía en sus caras que estaban pensando: «¡Estos irlandeses!». Pero al mismo tiempo la escuchaban con mucha atención; estaban paralizados; habían olvidado la tormenta que descargaba fuera. Ahora la tormenta, encarnada en una mujer de mediana edad de una furiosa intensidad, estaba dentro del Kongresshaus.

Mary se recordó que cuando una reunión se acaloraba normalmente era porque no iba por buen camino. Había tomado un riesgo calculado para atraer su atención con el pequeño exabrupto, pero ahora había llegado el momento de calmar las aguas. Y eso hizo. Recordó que la última vez que les había presentado esa misma propuesta ellos la habían rechazado. Ahora, les dijo, la situación había cambiado radicalmente. Las cosas estaban tan mal que costaba creerlo. Y, como representante de las generaciones venideras, tenía que insistir en que actuaran. Les anunció (recordando lo que Dick le había dicho sobre permitir a los gobernadores de los bancos centrales inventar los instrumentos) que estaba abierta a sugerencias en cuanto a

cuál sería la mejor manera de actuar. Tal vez podría sacarse al Banco de Pagos Internacionales de su cápsula del tiempo del siglo XX y utilizarlo como el instrumento más a mano para esa misión. Pero lo primordial era actuar. Porque la civilización se tambaleaba en el borde del abismo. Y todos se precipitarían con ella.

Llegados a ese punto, la patética falacia de una vulgar tormenta de primavera en Zúrich la ayudó a dejar clara su postura. El viento aullaba con intensidad y el cielo se había vuelto negro a pesar de que aún era mediodía. El lago se estrellaba contra las ventanas y emborronaba la vista, hasta que una ráfaga de viento arrastraba el agua de los cristales… casi llovía tanto como en Galway.

La nueva ministra de Finanzas china, que además era la gobernadora del banco central chino y miembro del comité permanente, por lo tanto, una de las siete personas más poderosas de China, se puso en pie para intervenir. Por su manera de hablar se diría que había estudiado inglés en Oxford, además tenía unos ademanes relajados y joviales, de manera que daba la impresión de que estaban debatiendo un asunto histórico, aunque Mary supuso que seguramente se trataba de eso. La gobernadora china señaló que Mary no había visitado China durante su gira de reuniones con los bancos centrales, si bien ella tampoco era entonces la ministra de Finanzas, así que no había tenido nada que ver en la respuesta poco entusiasta que Mary, según acababa de describir, había recibido de las autoridades de su país. De hecho, en China, los bancos nacionales siempre trabajaban con todo su vigor para contribuir al crecimiento de la economía del país, y aceptarían de buen grado aportar su grano de arena en un esfuerzo internacional que en principio parecía beneficiar a China y al resto del mundo. Y añadió que lo que Mary estaba

pidiéndoles era en realidad lo que el gobierno chino ya hacía sin reservas.

Mary le respondió que eso era discutible. Pero daba igual qué modelo nacional o supranacional (miró al gobernador del Banco Central Europeo y al del BIS) tomaran como referencia o prefirieran, porque lo urgente era plantearse la creación de un nuevo mecanismo internacional: el carboncóin, una moneda virtual respaldada por un consorcio formado por todos los grandes bancos centrales y abierto a la adhesión de los bancos centrales del resto de los países; esta moneda nueva debía estar respaldada por unos bonos a largo plazo emitidos por dicho consorcio, y protegida contra los más que probables ataques financieros de los especuladores. Todos los bancos centrales deberían colaborar juntos para defenderla y tener la capacidad de repeler los intentos de cualquier entidad de socavar el nuevo sistema. De hecho, si los bancos centrales protegieran con una cadena de bloques no solo ese nuevo carboncóin sino también todo el dinero fiduciario existente, probablemente se podría exterminar a todos los parásitos especuladores.

Los bancos fundamentales, pensó para sí Mary, eran el de Estados Unidos, el BCE y China. Alemania y el Reino Unido también eran importantes, y Suiza. Cuantos más mejor, claro, como siempre. Pero esos tres gigantes eran los fundamentales. Y aun en el caso de que los demás no se unieran al proyecto, probablemente ellos tres lo sacarían adelante solos; aunque Mary estaba segura de que los demás se sumarían si los tres primeros aceptaban participar en su propuesta.

Por lo tanto, a pesar de que la nueva ministra de Finanzas china pensaba que al comparar alegremente la propuesta de Mary a la práctica ordinaria de China estaba contribuyendo positivamente al acuerdo, lo cierto es que

con su actitud no ayudaba a convencer a los demás, que veían con bastante escepticismo que la respuesta que hubiera que dar a la situación actual fuera copiar a China. El gigante asiático era un país endeudado hasta las cejas, opaco, gobernado por una oligarquía y autoritario. Aun teniendo en cuenta las moderadoras características chinas a las que siempre se aludía, era un país abiertamente comunista, incluso marxista. Nadie sabía exactamente qué significaba eso, ni siquiera los propios chinos, pero sus prácticas económicas quebrantaban continuamente las normas y las sensibilidades occidentales, así que no había sido una decisión demasiado diplomática por parte de la ministra china sugerir a sus colegas occidentales que la solución a sus problemas actuales era seguir el modelo chino. Pero, mirándola, Mary llegó a la conclusión de que la ministra china no se arrepentía lo más mínimo de su planteamiento. Por la expresión de su rostro se diría que estaba disfrutando de aquello, pero como disfrutaría un halcón, de una manera un tanto enigmática. Su semblante tenía un aire de ferocidad.

Por otro lado, todos los bancos centrales eran unos organismos dirigidos por tecnócratas y al margen de los principios democráticos, no tan diferentes del sistema jerárquico chino. Los gobernaban unas élites económicas que tomaban las decisiones que juzgaban más adecuadas sin consultarlas siquiera con los gobernantes del país, así que mucho menos con los ciudadanos. De hecho habían nacido precisamente con la prerrogativa de actuar con independencia de los caprichos de cualquier gobierno o decisión democrática, con la excusa de que así podrían pilotar sin estorbos el buque financiero para llevarlo hacia la prosperidad universal… con preferencia para las élites, y luego, si encontraban acomodo sin poner en peligro a esas élites instaladas en la cubierta de primera clase, para todos

los demás. Así pues, no había motivo para que el resto de los participantes en la reunión rechazaran una invitación a dar un paso más allá en esa ausencia de democracia si se planteaba de una manera un poco más diplomática. Solo había que saber escoger las palabras adecuadas.

Saber escoger las palabras adecuadas también era fundamental a la hora de enseñar el palo. Mary decidió que primero les mostraría la zanahoria, ya que le parecía lo más eficaz para encaminarlos en la dirección que le interesaba. Así que les aseguró que si llevaban a cabo su propuesta aparecerían como los salvadores del mundo, pondrían fin al caos y contribuirían a que los ingentes recursos de la humanidad y del planeta se pusieran al servicio de superar la mayor crisis de la historia. Todo el mundo hablaría de ellos, los analizaría y copiaría, incluso disfrutarían de reconocimiento durante siglos; además establecerían un nuevo modelo que en el futuro se adaptaría para hacer frente a crisis de dimensiones similares. He ahí la zanahoria.

El palo: si no actuaban, Mary y su equipo estaban en disposición de poner en práctica el proyecto de una moneda basada en la tecnología de registro distribuido a través de las cuentas de YourLock, que todas las personas crearían y utilizarían. Esto cortaría de raíz todo el poder que supuestamente tenían los bancos centrales. A eso habría que sumar que el Ministerio del Futuro tenía aliados dentro de los principales gobiernos nacionales del mundo, y el departamento legal de Mary había preparado una serie de recomendaciones para los gobiernos de los estados con el fin de que modificaran la legislación para aumentar su control sobre los bancos centrales, de manera que tuvieran la capacidad de obligarles a emprender acciones y asumir responsabilidades que tuvieran como objetivo trabajar activamente en la lucha contra el cambio climático, en lugar de limitarse a reaccionar a los riesgos económicos. Esas

nuevas obligaciones exigirían a los bancos centrales la creación de una moneda virtual y la gestión de su tasa de cambio a través de todos los mecanismos que tuvieran a su disposición. En resumen, Mary estaba lista para liderar un movimiento mundial que tenía como fin que los gobiernos ataran en corto a sus bancos centrales y los obligaran a actuar de acuerdo con sus deseos. El mejor ejemplo de lo eficaz que podría ser esa nacionalización o internacionalización de los bancos centrales era la que había hecho el gobierno británico con el Banco de Inglaterra durante la segunda guerra mundial, con el fin de que el dinero llegara adonde debía con el único objetivo de ganar la guerra. Lo mismo podría hacerse ahora para luchar contra el cambio climático si los gobiernos nacionales más relevantes lo juzgaban necesario. Las leyes estaban listas para que poderosos políticos afines en todo el mundo las introdujeran en el ordenamiento jurídico de sus países.

Mary concluyó su discurso afirmando que no dudaría en cumplir su amenaza si no le dejaban otra alternativa. Había recuperado su franqueza inicial, que había enriquecido con esa retórica irlandesa que tan útil le resultaba en muchas ocasiones, en plan «Basta de perder el tiempo y afrontemos la realidad», dicho con un franco desdén por toda muestra de ingenuidad o de cobardía que servía para negar unos hechos evidentes. Disfrutaba cuando utilizaba ese recurso.

—Por supuesto —continuó con un tono más suave—, yo no creo que sea necesario que los gobiernos controlen los bancos centrales, ni que deban ser sustituidos por una nueva moneda del pueblo. —Lanzó una mirada viperina a la ministra china, que era obvio que estaba disfrutando con la actuación de Mary. Después de todo, renminbi significaba «dinero del pueblo» en chino—. No existen precedentes de la situación a la que nos enfrentamos, y sus causas son

evidentes. Ha llegado el momento de que actuemos y eso haremos.

—¿De verdad son tan evidentes las causas? —preguntó con un tono cortante Jane Yablonski—. ¡Yo no lo tengo tan claro!

Mary dejó que Badim y el resto de su equipo tomaran la palabra. Les había pedido que prepararan una especie de presentación en grupo y describieran por turnos cada uno de los aspectos del problema. Como no podía ser de otro modo, las distintas cadenas de acontecimientos que iban de la causa al efecto eran de lo más variadas e intrincadas, pero en última instancia dejaban clara su idea; así que consideró que con tres minutos cada uno sería suficiente para describir el problema: el cambio climático causado por la emisión de dióxido de carbono y de metano a la atmósfera; las repercusiones estaban muy cerca de provocar la emisión de grandes cantidades de dióxido de carbono y de metano ahora almacenados en el permafrost del Ártico y en las plataformas continentales; los océanos eran incapaces de absorber más dióxido de carbono y calor; el ritmo de las extinciones ya había alcanzado las cotas más altas en la historia de la Tierra, hasta el punto de que la velocidad con la que crecía el porcentaje de especies que desaparecían cada siglo que pasaba estaba al nivel del Pérmico, es decir, cuando desaparecieron el 90 por ciento; como consecuencia de esa inminente extinción en masa llegarían inevitablemente las hambrunas, las migraciones y las guerras (probablemente nucleares), que desembocarían en la destrucción de la civilización; la imposibilidad de hacer seguros contra una eventualidad de esa magnitud, también de escapar de ella. Una catástrofe irreversible e irreparable.

Así pues, en última instancia, como resultado de todos estos factores convergentes, concluyó Mary cuando terminaron las presentaciones de su equipo, se enfrentaban

al reto imposible de estabilizar la tasa de inflación y el paro al mismo tiempo que el planeta se calentaba. Si se les iba de las manos la emergencia climática, los bancos centrales no podrían realizar las principales tareas que se les habían confiado. En otras palabras, los bancos centrales incumplirían su función primordial si no salvaban la civilización que les había encomendado dichas tareas. Y si bien el pleno empleo siempre sería uno de sus objetivos clave, dijo para acabar, no podrían considerarlo una victoria si la humanidad que sobreviviera a la crisis acababa malviviendo como granjeros o alimentándose de lo que encontrara en los contenedores de basura. Esa no era la clase de pleno empleo que tenía en mente el mundo cuando se crearon los bancos centrales.

Mary se dio cuenta de que Yablonski y los europeos se ofendían al oír ese último comentario sarcástico, y por un momento se le pasó por la cabeza gritarles a la cara o quitarse un zapato y golpear la mesa con él al estilo Jruschov. O lanzar una silla contra los ventanales panorámicos para que la tormenta los calara hasta los huesos. Su terquedad hacía que le hirviera la sangre. «¡A la mierda vuestra tasa de inflación! —quiso gritarles—. ¡Haced de una vez lo que solo vosotros podéis hacer!»

Y a juzgar por la cara que pusieron, parecía posible que su rostro trasluciera todos esos sentimientos y acciones e imprecaciones imaginadas y fueran perfectamente visibles en la mirada que les clavaba. El poder de la mirada. No era Medusa, no los convertiría en piedra ni los mataría con el ataque de una de las serpientes que tenía en la cabeza… Sin embargo esperaba fervientemente alguna clase de reacción, como a una descarga eléctrica aplicada con los cables que salían de sus ojos cuando se fijaban en alguien y la corriente saltaba de una mente a otra. Sí, estaba muy cerca de perder los nervios.

Entonces vio la sonrisa de oreja a oreja que la ministra de Finanzas china ni siquiera se molestaba en disimular. Miró sus papeles. ¿Quién era esa mujer? Señora Chan, hija de un ministro de Finanzas de la generación anterior. Un cachorro de la jerarquía del Partido, como lo habían sido el propio Xi y tantos otros. A Mary le gustaba el aire que desprendía.

Durante los siguientes días los representantes de los bancos centrales continuaron reuniéndose en la misma sala del Kongresshaus. Y mientras el lago de Zúrich, con la sucesión de días soleados y cielos radiantes moteados de nubes altas que se deslizaban por su superficie como galeones que transportaran valiosos tesoros, actuaba como una guía emocional, los gobernadores de los bancos centrales finalmente redactaron una propuesta consensuada. Era todo lo audaz que podía pedirse, y Mary tenía la sensación de que ninguno de sus interlocutores se habría atrevido a tocarla con un palo de tres metros de no ser porque todos sus colegas se habían comprometido a respetarla. El acuerdo estipulaba que emitirían conjuntamente, con la coordinación del BIS, una nueva moneda cuyo valor sería equivalente a una tonelada de dióxido de carbono, bien porque dejara de emitirse al abandonar prácticas contaminantes, o bien porque se capturara directamente de la atmósfera. Además prometieron fijar un valor mínimo de ese carboncóin, lo cual exponía a los bancos centrales al gran peligro de los especuladores que intentaran asustar al capital para alejarlo del plan; y pronosticaron una subida del valor de la moneda a lo largo de las siguientes décadas. Con esas medidas convertían la inversión en un valor seguro, siempre y cuando la civilización sobreviviera. Eso en sí garantizaba una cantidad considerable de capital

procedente de fuentes muy distintas con el denominador común de buscar esa seguridad: fondos de pensiones, modestas reservas nacionales, activos de grandes empresas... En definitiva, cualquier persona responsable apreciaría la seguridad que se ofrecía, sobre todo en un momento en el que no podía encontrarse esa seguridad en ningún otro sitio. En lo esencial era como arrojar un flotador a un grupo de personas que estaban ahogándose. De hecho, si todos se lanzaban a por él a la vez, el sistema no daría abasto. Pero antes de conseguir el carboncóin había que reducir el dióxido de carbono en el aire, así que tampoco sería una tragedia si se generaba una especie de locura colectiva por capturar dióxido de carbono. Y los bancos centrales siempre podrían ajustar al alza la cantidad de dióxido de carbono que era necesario capturar o no emitir para conseguir un carboncóin inventando toda clase de condiciones derivadas y ruedas de ajuste. La puesta en marcha de los equipos humanos que debían certificar la no emisión o la captura de dióxido de carbono exigiría un gran esfuerzo. De hecho, al final del acuerdo todos aceptaron prestar una cantidad de dinero fiduciario corriente y depositarlo en una fundación que se administraría a través del BIS, y que sería suficiente para pagar toda esa nueva burocracia de verificación que tendría que crearse para certificar que realmente se estaba eliminando dióxido de carbono. Se trataba de una burocracia tan vasta que ningún banco podía permitírsela en solitario, por supuesto, tampoco el ministerio, ni mucho menos. En sí misma suponía casi un plan de empleo nacional.

Por lo tanto se trataba de un programa integral. El equipo de Mary lo redactó minuciosamente; consultó a los gobernadores de los bancos y a sus equipos, escuchó todas sus sugerencias y las incorporó en el acuerdo. Y finalmente, después de que todos los bancos centrales hablaran con sus

respectivos gobiernos, se anunció el plan y se puso en el mercado la primera partida de carboncoines. También se desembolsaron los primeros carboncoines y su precio se mantuvo, incluso subió ligeramente.

Después no pasó nada.

Según pasaban los días y las semanas, Mary pensó que aquello comenzaba a tener aspecto de patrón de comportamiento. En realidad solo intentaban hacer algo para mejorar la situación cuando ya era demasiado tarde para que tuviera el efecto deseado. Continuaban cerrando la puerta de la cuadra antes de que los caballos hubieran entrado, o cuando la cuadra ya se había quemado. A esas alturas, sus acciones, que unos años o décadas antes podrían haber sido tremendamente eficaces, eran insuficientes. Es posible que incluso se acercaran a la inutilidad. Una y otra vez se topaban con el problema de que llegaban tarde con una solución que se quedaba corta, y a nadie se le ocurría una idea más potente para arreglar una situación que iba de mal en peor.

Si se produjera algo tangible, como que se derritiera el permafrost del Ártico, que la acidificación de los océanos superara el nivel que puede soportar la vida que se encuentra en la base de la cadena alimentaria, o que los casquetes polares de la Antártida se desmoronaran de un día para otro, entonces estarían jodidos de verdad y nadie podría negarlo.

Y aun así había personas que seguían luchando con uñas y dientes. Y podría ser que solo estuvieran por detrás del punto de inflexión en el universo de las redes sociales. En cualquier caso, la gente estaba luchando.

Aunque no solo luchaban por el bien, también en contra de él… Había quien luchaba encarnizadamente para frustrar

sus esfuerzos, para detener sus iniciativas. Así pues, existía gente que quería exterminar a todas las criaturas del planeta, perpetrar algo así como un suicidio por genocidio. Ahí estaban, caminando por la cuerda floja sobre el abismo, y esos cabrones no paraban de saltar sobre la pértiga que les ayudaba a mantener el equilibrio ni de hacer todo lo posible para arrojarlos a todos al desastre y a la muerte.

—Siempre habrá tontos —entonó Badim cuando Mary volvió a quejarse de otra salida de tono de esa gente.

Pero eran algo peor.

—Siempre habrá capullos —repuso maliciosamente Mary.

—Céntrate en la gente que sigue luchando por el bien —le aconsejó Badim—. Son muchos más que los otros.

Cuando se cumplía un mes de la presentación del carboncóin estalló una bomba en las oficinas del ministerio en Hochstrasse.

Ocurrió de noche, cuando no había nadie en el edificio; quizá esa había sido la intención de los terroristas, pero no había manera de saberlo. Los agentes de la policía suiza que acompañaron a Mary en la visita a los escombros estaban recelosos y no se anduvieron con delicadezas mientras la custodiaban, más bien mantuvieron una imperturbable actitud de censura. Demasiado a menudo las fuerzas del orden cometen el error de culpar a la víctima de lo que le ha pasado.

La policía le aconsejó reforzar su protección. En realidad le insistieron en ello. Y Mary tuvo que reconocer que le produjo una gran conmoción ver derruida la sede de su ministerio y los sólidos edificios de piedra suiza construidos para durar mil años desmoronados y con su interior visible desde la calle, unos escombros carbonizados que los

habrían matado a todos si sus empleados hubieran estado dentro, así que aceptó la oferta.

Resultó ser que lo que la policía tenía en mente no era una especie de arresto domiciliario durante la noche y salidas diurnas escoltadas, no, lo que le sugirieron, o le solicitaron, fue que se escondiera. La policía disponía de viviendas seguras adecuadas para ella no muy lejos de la ciudad, escondidas en los Alpes. O podía ir a cualquier lugar del mundo que quisiera. Lo esencial era que se escondiera una temporada. Su vida estaba amenazada. La policía le insistió. Podía escoger el dónde, hasta cierto punto, pero no el cómo.

Si se marchaba de Suiza sentiría que estaba abandonando a su equipo. Y Zúrich.

Así que eligió los Alpes.

61

No son raras las reacciones negativas a las noticias sobre la destrucción de la biosfera. Pena, pesar, rabia, pánico, vergüenza, culpa, disociación y depresión son las respuestas que suelen verse a las noticias relacionadas con la catástrofe climática global. Estas reacciones negativas pueden llegar a ser tan intensas que podrían calificarse de patológicas.

El cuento de Edgar Allan Poe *La máscara de la muerte roja* ha dado nombre a un síndrome que describe una reacción patológica de rechazo. En el cuento, un grupo de aristócratas privilegiados, aislados en un castillo situado en la cima de una montaña mientras abajo una epidemia asola la región, celebra una fiesta de disfraces para distraerse, o para exhibir su indiferencia o su desafío al destino que los aguarda. Iluminan cada una de las estancias del castillo de un color diferente, y después de ponerse los disfraces, que incluyen máscaras y antifaces, se pasean por el castillo bailando al son de la música y comiendo toda clase de platos extravagantes. Pero entonces aparece un desconocido enmascarado que deambula por la fiesta, y no son pocos los lectores que se llevan una sorpresa cuando descubren que el intruso es la misma muerte.

Quien padece ese síndrome, por lo tanto, considera que, cuando el final es inminente e inevitable, lo único que puede hacerse es pasarlo bien y divertirse hasta el último momento. La danza de la muerte tardomedieval, *danse*

macabre en francés y *Totentanz* en alemán, es un ejemplo temprano de esa reacción, en este caso asociada a la peste negra; es probable que Poe se inspirara en ella.

Son posibles, y se han observado, reacciones patológicas todavía más extremas a la destrucción de la biosfera. Personas que tienen la sensación de que el final está cerca se afanan en adelantarlo o en empeorar la situación. Su postura parece ser la de alguien que cree que, si va a morir, el mundo tiene que morir con él. Se trata de una evidente manifestación de narcisismo y ha sido bautizado con el nombre de síndrome de Götterdämmerung. El comportamiento de Hitler durante los últimos días de la segunda guerra mundial se ha convertido en el ejemplo paradigmático de esa afectación. El odio al prójimo también es un síntoma obvio de ella.

Se puso el nombre a este síndrome a partir de la ópera de Wagner *Götterdämmerung*, que concluye cuando los antiguos dioses de la mitología nórdica, anterior al cristianismo, destruyen el mundo mientras mueren en un auto de fe devastador y suicida. El título se traduce al español como *El ocaso de los dioses*, y es el neologismo que Wagner emplea para la palabra nórdica *Ragnarök*.

El síndrome de Götterdämmerung, como ocurre con las patologías más violentas, afecta más a los hombres que a las mujeres. A menudo se interpreta como un ejemplo de ira narcisista. Las personas que lo sufren suelen tener una posición privilegiada y poderosa, y suelen montar en cólera cuando les arrebatan los privilegios y el poder. Cuando les sucede eso sienten que sus opciones se reducen a reconocer su error o destruir el mundo, y la elección más obvia es destruir el mundo, pues nunca son capaces de reconocer que han cometido un error.

El narcisismo suele considerarse el resultado de una imaginación atrofiada y una forma de miedo. El narcisista

desprecia tanto al otro que no lo tiene en cuenta, así que para él su propia muerte representa el final de todo lo que es real; como consecuencia de ello, la muerte es un momento más temido y desastroso para el narcisista que para las personas que aceptan la realidad del otro y que el mundo sigue su curso después de su marcha.

Incluso el cielo nocturno aterra al narcisista, ya que es una prueba irrefutable de que existe un mundo fuera de él. Por lo tanto, el narcisista tiende a permanecer en espacios cerrados, vive en el mundo de las ideas y exige la sumisión y la aprobación de todas las personas con las que tiene contacto, a las que considera sus siervos, o meros fantasmas. Y cuando la muerte se acerca hace todo lo posible para destruir el mundo mientras aún le quede tiempo.

Ya se ha visto escrita la frase «Capitalismo Götterdämmerung». Evidencia un desplazamiento del síndrome, probablemente inadecuado, de la psicología a la sociología, así que sale del ámbito de este artículo. En cualquier caso se explica por sí solo.

62

Sibilla Schmidt, oficial al mando. El sujeto Mary Murphy está bajo nuestra protección desde las 7.00 horas del 27 de junio. Mi equipo para esta misión está formado por los siguientes agentes: Tomas, Jürg, Priska y yo misma. Priska ha hecho todo lo que estaba en su mano para que M. se sienta cómoda. Resulta evidente que a M. no le gusta esta situación.

Dentro del servicio de inteligencia hay quien sugiere que su ministerio ha tenido algo que ver en el secuestro de Davos, así que Jürg le ha comentado a Tomas que M. no debería mostrarse tan quisquillosa. Por supuesto, Jürg es lo suficientemente profesional y educado para no decirlo delante de M. Yo le he dicho que a partir de ahora se guarde para sí sus opiniones. Somos un buen equipo, el mejor según las evaluaciones internas que realiza el servicio secreto federal suizo. Como no podía ser de otra manera, nuestro cuerpo recibió críticas severas tras el incidente de Davos y mucha gente sospechó que tuvimos algo que ver en él, que fuimos cómplices en mayor o menor grado, o que permitimos que se alargara innecesariamente. Es fácil criticarnos, sobre todo para las figuras políticas que protegemos. Nos llaman los *Spasspolizei*, los aguafiestas, pero no suelen rechazar nuestros servicios cuando los necesitan. Suiza es un lugar donde se disfruta de una libertad y de una seguridad grandes en comparación con la mayoría de los países del mundo.

El viejo chiste sobre Europa: En el cielo los cocineros son franceses, la policía, británica, los ingenieros, alemanes, y los amantes, italianos; mientras que en el infierno los cocineros son británicos, la policía, alemana, y los ingenieros, italianos. Los suizos también salen en el chiste, pero ya se me ha olvidado cuál era su papel. A lo mejor tenían el mismo trabajo tanto en el cielo como en el infierno. ¿Planificadores? ¿Banqueros? ¿Agentes de seguridad? No lo recuerdo. Quizá sea un chiste suizo.

Trasladamos a M. en una de nuestras furgonetas blindadas y a prueba de minas explosivas, con los vidrios tintados y un sistema de comunicación seguro. Priska y Tomas halagaron mecánicamente a M. por el poco equipaje que llevaba consigo. La acomodamos en la última fila de asientos del vehículo con Priska, y los demás ocupamos los asientos de en medio y los delanteros. Jürg condujo. Viajamos sin incidentes por la autopista hasta Berna, desde allí a Tun, y luego subimos por la orilla occidental del lago Tun siguiendo una carretera llena de curvas que nos introdujo en la tierra de Heidi, donde las casas de madera estaban flanqueadas por geranios rojos y las praderas verdes ascendían hacia los oscuros barrancos de las tierras altas bernesas. Personalmente prefiero los Grisones.

En Kandersteg dejamos la carretera principal y enfilamos hacia el lago Oeschinen por la carretera de servicio privada de la estación superior de la telecabina. Durante el viaje Priska le explicó a M. por qué Kandersteg era un lugar tan atrasado mientras le señalaba el paisaje que nos rodeaba; la razón principal era que no podía practicarse el esquí porque estaba rodeada de barrancos y de laderas empinadas. Solo se podía salir de aquel cañón por el viejo túnel ferroviario, uno de los túneles más antiguos que existían, que discurría en dirección al Ródano. Así que era un lugar tranquilo, como todos los cañones alpinos con las

paredes demasiado escabrosas para el esquí. Había muchos menos parapentistas que esquiadores.

M. comentó que si hubiera ovejas y no mirabas arriba, porque las montañas al sur eran demasiado altas, parecería Irlanda.

Llegamos al lago de Oeschinen a las 10.40 horas. Se trata de un lago bastante extenso con forma circular, rodeado de barrancos verticales que forman una muralla curva de granito gris de al menos mil metros de altura, con la base dentro del mismo lago. Todo muy espectacular.

Priska también le contó cosas sobre el lago a M. Le explicó que un lago tan grande a tanta altitud no era habitual, porque los glaciares gigantes habían erosionado hasta tal grado los valles alpinos durante las glaciaciones que apenas habían quedado caballones de roca para contener el agua. Por eso no había lagos hasta que se bajaba a las *Mitteland*. Pero en el barranco que se elevaba por encima del valle se había producido un desprendimiento y las rocas crearon una presa natural que terminó reteniendo de manera natural el agua del deshielo. Del lago no partía ningún río ni arroyo, observó Priska, porque el agua se filtraba a través de las rocas desprendidas y salía a la superficie por un manantial que había a mitad de camino de Kandersteg. Yo tampoco sabía nada de aquello y me pareció interesante, pero M. se limitó a asentir con la cabeza. Estaba demasiado distraída como para mostrar interés por las explicaciones de Priska.

Seguimos por la orilla del lago hasta que llegamos al segundo edificio del hotel, que nos habían reservado. La familia propietaria del establecimiento estaba al tanto de nuestra situación y nos ayudaba como en otras ocasiones.

Nos estaban preparando discretamente uno de los refugios de montaña del SAC con vistas al lago, pero no estaría listo hasta pasados un par de días. Así que de

momento nos hospedamos en el segundo edificio del hotel. Los dos días siguientes estuvimos paseando con M. alrededor del lago. M. se negaba a quedarse en el hotel y yo consideraba que los paseos no entrañaban ningún riesgo. En Berna me dieron el visto bueno. Los senderos que partían del lago quedaban parcialmente ocultos por el bosque y luego reaparecían en las laderas de las montañas, visibles por encima de las copas de los árboles. M. siempre se detenía para examinar las esculturas de madera talladas en los troncos de árboles que no se habían talado. Eran figuras primitivas, cabezas de animales, folclore local, Böögge n, etcétera, que asomaban entre las sombras de los árboles. Más arriba el camino discurría por un bosquecillo de krummholz, árboles pequeños y retorcidos. Priska explicó que eran típicos de las tierras altas bernesas. Mientras paseábamos Priska le contaba a M. cosas sobre los Alpes, muchas de las cuales ya las conocíamos los demás, aunque Priska sabe mucho más que nosotros.

La pared vertical que se alza desde la orilla del lago es realmente espectacular. Todos los días hay nubes suspendidas a mitad de camino de su cima que realzan su altura. M. dijo que aquel precipicio era más alto que la montaña más alta de Irlanda. Su altura y el insólito tono pastel del azul cobalto del lago confieren a la zona el aspecto de una imagen retocada digitalmente de manera chapucera o de una ilustración de cubierta de un libro de bolsillo, pues es demasiado inverosímil e increíble para ser real. Definitivamente prefiero los Grisones.

Una noche M. charló con los propietarios del hotel. Son un matrimonio de mediana edad. Yo los conocí cuando eran jóvenes porque mis padres me traían aquí. Ahora sus hijos tienen la edad suficiente para regentar el negocio. Le comentaron a M. que el hijo varón sería la quinta generación de propietarios. Ella les dijo que era algo muy poco habitual

y ellos asintieron y le reconocieron que se sentían muy afortunados. Les gustaba vivir allí.

M. les señaló los barrancos y les preguntó si había una ruta circular alrededor del lago. Priska negó con la cabeza cuando oyó la pregunta. El hijo de los propietarios señaló el precipicio y explicó que había un punto de máxima dificultad. Podía rodearse el lago, pero solo había una cornisa transitable en la pared, añadió señalando una línea verde que atravesaba la pared a media altura. Podía hacerse, continuó, pero él solo lo había hecho una vez, cuando era más joven, y nunca lo repetiría. «Hay un tramo muy estrecho en el que se pasa mal», concluyó.

«Es lo habitual», respondió M.

El hijo asintió y dijo que siempre había un punto de máxima dificultad.

Al día siguiente subimos al *Fründenhütte* de la SAC, que se había vaciado para nosotros. Salimos a las 5.20 horas. Era una ascensión de mil metros con algunos tramos duros. M. ya estaba cansada nada más empezar y parecía defraudada porque habría preferido que nos quedáramos en el lago. Le dije: «Son órdenes de Berna. Es el procedimiento habitual. El lugar seguro de verdad es ese refugio del SAC».

Seis horas de caminata por una pendiente pronunciada, sin desviarnos en ningún momento del sendero. Un pasamanos de cuerda recorría un tramo vertical de la pared del precipicio. M. sufría el mal de altura y avanzaba muy lentamente y en silencio.

El *Fründenhütte* era impresionante, un gran cubo de piedra con los postigos cubiertos por unos galones en forma de V pintados de color rojo sobre fondo blanco. Como solía ocurrir con los refugios de la SAC, llamaba la atención encontrar uno en un lugar tan remoto y alto, siempre más improbable que el anterior, como si fuera un juego destinado a entretener a sus socios montañistas y a los

encargados de sus refugios. Este se encontraba en lo alto de una cresta situada en el lecho de un glaciar ya desaparecido, aunque en el borde superior de la cuenca todavía se conservaba el poco hielo que quedaba. A ambos lados del refugio se extendían una sinuosas y delgadas lenguas glaciares. De la pared del comedor colgaban fotografías del refugio en 1902, cuando una gruesa y amenazante lengua de hielo casi alcanzaba el *Fründenhütte*. Había otras cuatro fotografías, dos de ellas aéreas, que mostraban el retroceso del hielo a medida que pasaban los años, hasta el residuo grisáceo pegado a la base de la cresta de la actualidad.

M. descansó toda la tarde. Sospeché que le afectaba la altura y le di Diamox. Después hizo algunas llamadas a través de una conexión encriptada que creamos para ella y se echó una siesta. Se despertó a tiempo para ver la puesta de sol. El arrebol alpino sobre un cielo radiante, con algunas nubes altas y rosadas en el este. M. dijo que no tendría ningún problema en quedarse allí una temporada y trabajar a través del teléfono. Buena señal.

Otra buena señal fue el apetito que mostró esa noche. Los cocineros prepararon raclette, rosti, ensalada y pan. Los encargados del refugio eran una pareja de mediana edad a los que ayudaban un par de chicos jóvenes. Llevaron a M. hasta un dormitorio, el único que tenían, así que disponía de todo un *Matratzenlager* para ella sola. Se echó a reír nada más ver un único colchón individual tendido en medio de la vasta habitación con capacidad para veinte personas, de acuerdo con lo que ponía en el largo cabecero, con un edredón y una almohada para cada ocupante. M. cogió dos almohadas y nos dio las buenas noches a las 21.10 horas.

Al día siguiente, con el refugio vacío salvo por nosotros y los trabajadores, M. desayunó en el comedor y envió los correos electrónicos y realizó las llamadas a través de las

líneas encriptadas que le habíamos facilitado. Luego estuvo tomando café en el patio con vistas al lago situado mil doscientos metros más abajo. «Los Alpes son gigantescos», le comentó a Priska.

Más tarde pidió salir a dar un paseo y la llevamos hasta el borde del Fründengletscher, una caminata de unos seis kilómetros cuesta arriba desde el refugio, aunque la pendiente era menos pronunciada que durante la ascensión del día anterior. Priska le explicó el motivo: en lugar de subir la pared del valle de un glaciar con forma de U, como habíamos hecho el día anterior, estábamos caminando por el fondo de un valle tributario con la misma forma pero menos profundo. El suelo de ese valle suspendido era un pedregal con las paredes mucho menos abruptas que cuando daba paso al valle más vasto de abajo. Lo de siempre, menos musgo, líquenes y flores alpinas a medida que ascendíamos, hasta que solo vimos rocas, que probablemente habían permanecido sepultadas por el hielo hasta solo unos años antes. A media tarde llegamos al borde del glaciar, que estaba cubierto en su mayor parte por fragmentos de roca negra desprendidas de la cresta, pero el manto que formaban estos también estaba surcado de unas incisiones verticales blancas que dejaban a la vista el hielo del glaciar, que en las grietas más profundas era de un color azul bastante intenso.

—Es deprimente ver cómo se derriten los glaciares —comentó M.

—La situación es mala —dijo Priska—. Pero es peor en el Himalaya, donde dependen del agua del deshielo. Aun así, aquí también cambia la vida. Perdemos agua, una parte de la energía hidráulica. Y causa cierto malestar. Es como una enfermedad, como si una fiebre estuviera destruyendo nuestros glaciares.

Aun así, el muro que formaba lo que quedaba del glaciar alcanzaba una altura de quince metros. Para adentrarse en el glaciar había que escalar una morrena lateral y luego salvar el hueco que había entre esta y el hielo. Seguramente serían necesarios crampones, a menos que se encontrara una pasarela segura de roca o de hielo. Pero eso no estaba en el programa del día.

Regresamos con M. por el mismo camino y solo durante el descenso nos dimos cuenta de lo escarpado del terreno. Pasamos una noche agradable en el refugio.

Un rugido ensordecedor y un estrépito nos despertaron a todos a las 2.46 horas. Fuimos corriendo al dormitorio de M. preparados para hacer frente a algún problema. Jürg empuñaba la pistola. Nos asomamos a las ventanas, pero era una noche sin luna y no se veía nada. Cesaron los ruidos y ya no oímos ni vimos nada. Priska sugirió que había sido un alud. Uno de los trabajadores del refugio dijo que no había sido nieve sino rocas, un desprendimiento. Insistió en las rocas por el volumen del estruendo. Había durado unos treinta segundos. El refugio se levantaba sobre la cresta, lejos de los barrancos que lo rodeaban, así que el empleado nos dijo que estábamos a salvo de los desprendimientos y de las caídas de piedras que se producían de vez en cuando.

La mayoría volvió a la cama. Jürg, Priska y yo nos quedamos un rato junto a la puerta del dormitorio de M., sentados en el suelo y con los ojos bien abiertos. Tomas y uno de los empleados del refugio salieron a echar un vistazo alrededor. Cuando volvieron nos contaron que había un nuevo montón de piedras justo al oeste del refugio. Dimos la alarma en Berna por si sabían qué estaba pasando, si nos habían atacado. Esperamos a recibir noticias de Berna sobre el incidente y su opinión sobre la posibilidad de que agentes hostiles hubieran localizado a M. y lanzado un ataque contra ella.

Por la mañana salimos y vimos lo que había pasado, un nuevo desprendimiento, en efecto. Las rocas habían caído por la escarpada pendiente al oeste del refugio y las piedras habían rodado por el fondo de la cuenca hasta casi alcanzar el edificio. Ahora había unas rocas enormes de esquisto, gneis y granito en el suelo de la cuenca. Priska explicó que las zonas donde varias clases de roca estaban en contacto siempre eran frágiles. Como era normal, las rocas más grandes eran las que habían llegado más lejos. Una roca casi tan grande como el refugio, hasta el punto de que parecía una tosca escultura de piedra del edificio, yacía a escasos veinte metros de él. Si hubiera alcanzado un poco más de velocidad lo habría embestido. En otras palabras, si aquel dado gigante hubiera dado otra vuelta, ¡pum!, nos habría aplastado.

Reuní a mi equipo y hablamos en alemán suizo para que M. no nos entendiera. Les dije que me parecía demasiada coincidencia y que aquello me daba mala espina. Teníamos que seguir el protocolo y pasar a código rojo.

En Berna estuvieron de acuerdo. «Sí, claro, código rojo. Prepárense para abandonar la ubicación. Les informaremos del plan de evacuación en cuanto lo tengamos listo. Deben habernos descubierto.»

Le dimos vueltas a esa posibilidad. Si nos habían descubierto, una evacuación en helicóptero sería demasiado arriesgada. Había que tomarse muy en serio la posibilidad de que nos atacaran con drones. Claro que el refugio también era vulnerable. Berna nos aseguró que tendrían listo el plan en menos de una hora.

Priska propuso su propio plan mucho antes. Llamé a Berna para contárselo y nos pidieron que esperáramos mientras lo debatían. Enseguida nos llamaron y nos dieron su visto bueno.

—Tenemos que irnos —le dijimos a M.

—¿Otra vez? —protestó ella.

—Otra vez. Berna cree que agentes hostiles pueden haber descubierto su paradero.

—¿En serio creen que un desprendimiento así ha sido provocado por alguien?

—Es posible. ¿Por qué no? Los empleados del refugio dicen que había un saliente en el barranco. Podría haberse desprendido de manera natural, pero si un proyectil hubiera impactado en él, y no hablo de un proyectil explosivo, sino de que lo hubiera golpeado un simple objeto a gran velocidad, podría haber provocado el desprendimiento. En este caso todo rastro del proyectil habría quedado sepultado por las piedras y parecería un accidente. Las rocas podrían haber aplastado el refugio. No ha sido así, pero era algo que no podía saberse con certeza hasta que se intentara.

—¿No podría tratarse de una simple coincidencia?

—¿Después de cientos y cientos de años el barranco se derrumba justo cuando está usted aquí?

—Seguiría siendo una coincidencia —insistió M—. Eso son precisamente las coincidencias.

Tomas negó con la cabeza.

—En Berna han visto algo —dijo—. No creen que sea una simple coincidencia.

—Está bien —dijo M., cada vez más preocupada—. ¿Y qué hacemos ahora?

Le contamos nuestro plan.

63

Fueron a buscarla poco después de la medianoche y llamaron a su puerta para despertarla, pero ella llevaba toda la noche sin cerrar los ojos siquiera para parpadear. Todo el refugio estaba a oscuras y el frío era intenso; los agentes que la custodiaban estaban callados y nerviosos. Priska, para tranquilizarla, le explicó que esa era la hora a la que los alpinistas se ponían en marcha para llegar lo más alto posible antes de que los rayos del sol provocaran una avalancha.

Priska y Sibilla entraron con ella en uno de los cuartos de baño y le pasaron un detector de rastreadores por todo el cuerpo mientras ella tiritaba en ropa interior. Luego pasaron el detector por todas las prendas que iba a ponerse y todos los objetos que llevaría consigo, que eran muy pocos, ya que le habían pedido que dejara el teléfono móvil en el refugio; más adelante se lo devolverían junto con el resto de su equipaje. Las agentes le dijeron que no creían que llevara encima ningún dispositivo de rastreo, pero que siempre era mejor asegurarse y dejar allí todo lo que no necesitara ese día.

Los encargados del refugio le proporcionaron ropa cálida, botas para la nieve, crampones y un traje de cuerpo entero forrado que le pareció un traje espacial. También le dieron un casco de escalada y arneses para la cintura y los muslos.

—Creo que no me gusta este plan —comentó Mary.

—Todo irá bien —la tranquilizó Priska—. El Fründenjoch no es tan difícil.

—No me gusta cómo suena eso —insistió Mary. Sabía que cuando se hablaba de una montaña de los Alpes, «no es tan difícil» era la manera suiza de decir «es jodida». También sabía que *joch* significaba «paso» en alemán, y que probablemente hacía referencia al punto más bajo del borde de la cuenca, que debía encontrarse más arriba del glaciar que habían visitado el día anterior. En la pared del barranco que había encima del hielo, que era una sección encapsulada de la cumbre de las tierras altas bernesas, había un desfiladero. Una vez que sabías dónde mirar, el desfiladero era visible incluso desde el refugio. Pero el día anterior le había parecido que la pared de roca negra que había debajo del desfiladero era completamente vertical. «No es tan difícil…» ¡Ya!

Salieron a la noche gélida a las dos de la madrugada. Era una noche sin luna, pero las paredes de la cuenca brillaban con una luz tenue que parecía irradiar la roca negra y en realidad era el reflejo de las estrellas. Sus linternas frontales escindían la noche e iluminaban circunferencias y elipses de roca escabrosa delante de ellos. Mary iba encordada entre Tomas y Priska; Sibilla y Jürg compartían otra cuerda a su lado. Todos ellos llevaban linternas frontales en los cascos de escalada, así que no se miraban cuando hablaban para no deslumbrarse.

Tras dos horas de caminata por la escarpada pendiente, con Mary jadeando y resoplando y con todo el cuerpo sudoroso salvo por la nariz, las orejas, los dedos de los pies y las yemas de los dedos de las manos, llegaron a los pies de lo que quedaba del glaciar. A partir de ahí ascendieron por la morrena de la izquierda, que estaba compuesta por rocas sueltas que se mantenían precariamente incrustadas en una capa de arena recubierta de hielo. Luego Mary tuvo

que concentrarse en subir al hielo del glaciar propiamente dicho. La ladera blanca de hielo que se proponían escalar tenía una inclinación de unos cuarenta y cinco grados, tal vez más; por lo tanto la escalada presentaba cierta complejidad y los crampones eran indispensables. Era la primera vez para Mary. Los demás le pidieron que se sentara y la ayudaron a colocarse los crampones en las botas; luego le dieron un piolet. Cuando golpeó el glaciar con los pies, las puntas delanteras de los crampones se hundieron suavemente en el hielo. Si clavaba bien las puntas era como estar en el peldaño de una escalera, aunque el peldaño en realidad era su bota rígida fijada al hielo. Aquello le pareció impresionante, y comenzó a progresar paso a paso por la pared del glaciar, encordada a Tomas, que ya había llegado a la cima plana casi con facilidad.

Luego continuó progresando por la cima del glaciar junto a los demás, fijándose a cada paso en cómo las afiladas puntas de los crampones se clavaban en la superficie de hielo. A veces se le hundían un poco de más al pisar la nieve dura y se quedaba atascada. Priska le explicó que era neviza, y que era seguro caminar por ella. En realidad a Mary se le hacía raro y prefería caminar por el hielo, donde sus crampones se quedaban fijos al instante y nunca se hundían del todo. Cada vez que iba a dar un paso tenía que remover el pie para liberarlo y levantar un poco más de lo normal la pierna para mover el pie hacia delante si no quería que se le quedara enganchada una punta y tropezar. Después de volver a hincar el pie en el suelo era imposible que resbalara, aunque quisiera. Eso la tranquilizaba. Las botas que le habían dado le iban un poco grandes, así que lo único que quedaba un poco suelto en todo el proceso de caminar eran sus pies, que se deslizaban dentro de las botas.

Todo le resultaba muy incómodo y se dio cuenta de que no estaba hecha para aquello. Se preguntó si de verdad sería necesaria aquella aventura, pero se lo guardó para sí porque los demás se lo habrían tomado como una crítica. Y si ella estaba en peligro, también ellos lo estaban, y sin embargo permanecían a su lado… Aunque naturalmente era su trabajo. Así que decidió que haría todo lo que le pidieran sin rechistar. Si se paraba a pensarlo un momento, lo cierto era que el hecho de que su escolta considerase que aquello era necesario resultaba bastante aterrador. Así que no se paraba a pensar en ello y se mantenía concentrada en el hielo que había bajo sus pies y en su respiración.

Ascendieron por el glaciar con un ritmo constante. Solo se oía el crujido y el rumor de las correas y de las puntas de los crampones. En una ocasión oyeron el estruendo de un desprendimiento. Aparte de eso, el silencio era absoluto, ya que ni siquiera soplaba el viento. El cielo negro estaba tachonado de estrellas. En el oeste se divisaba la Vía Láctea como si fuera una nube mesosférica polar. Tomas seguía el camino marcado por una serie de banderas que colgaban de unos palos de madera instalados en unas latas llenas a rebosar de cemento. Mary se estremeció al imaginarse subiendo hasta allí arriba aquellas pesadas latas que debían pesar por lo menos veinte kilos. Pero una vez colocadas guiaban a los excursionistas hasta el paso. Priska explicó que el camino serpenteaba para rodear las grietas glaciares. Cuando el hielo del glaciar se movía, también se movían las banderas, aunque ese problema no existía en aquel glaciar, ya que se había derretido hasta quedar reducido a una simple capa de hielo estacionario. Priska y Sibilla intentaron señalarle las grietas que encontraban en el camino, pero Mary era incapaz de verlas. Para ella no eran más que ligeras depresiones en la nieve que cubría el hielo, o tal vez fuera neviza… Mary habría ido directa hacia ellas sin darse

cuenta. Mala idea. Al pasar junto a una de las banderas vio a la luz de su frontal que tanto las latas como las banderas estaban pintadas de color naranja. A la luz de las estrellas le habían parecido grises.

Cuando llevaban dos horas de ascensión llegaron a la cima del glaciar y delante de ellos apareció la roca negra del paso. Entre el hielo del glaciar y la roca había una hendidura sinuosa y no muy larga. Le explicaron que era una rimaya. Unas grietas famosas porque representaban un problema, a veces insalvable, a la hora de pasar de un circo glaciar a la pared posterior. Por suerte, en aquella rimaya había una especie de escalera tallada en el hielo, con los irregulares escalones perforados por una multitud de crampones, que bajaba hasta la roca negra y los bloques de hielo que descansaban en el fondo de la oscura grieta. El descenso por la escalera no era sencillo. Priska y Tomas le cogieron las manos y bajaron con ella, y Mary se apoyó agradecida en ellos. «Tengo cincuenta y ocho años —deseó decirles—. No estoy hecha para esto. Soy una urbanita.» Provocaba una sensación extraña mirar arriba desde el fondo de la grieta y ver una estrecha franja de cielo estrellado.

Escalaron la pared rocosa de la rimaya asegurando las puntas de los crampones en grietas de la roca. En un principio a Mary le pareció una mala idea, pero descubrió que las botas se fijaban a la roca incluso con más firmeza de lo que lo habían hecho en el hielo. Además, en la pared encontraron algo parecido a escalones, tan regulares que parecían obra del hombre, aunque Priska dijo que eran naturales.

Por fin coronaron la pared y continuaron caminando con dificultad, como si llevaran puestos unos zancos diminutos, por una ligera pendiente ascendente de losas de roca negra casi lisas flanqueadas por unas paredes de roca verticales.

Parecía un pasillo sin techo excavado por titanes. Priska, convertida ya en una guía a tiempo completo a pesar del extraño surrealismo de la situación, o quizá precisamente debido a ello, le contó que las diaclasas habían permitido que el glaciar, cuando todavía era tan alto que cubría esa zona de la cordillera, empujara y desplazara bloques de roca sueltos para despejar aquel tramo, seguramente hacia el sur, como comprobarían enseguida. Ahora el espacio que habían dejado los bloques que faltaban constituía el desfiladero que habían visto desde abajo, con los ángulos tan rectos que parecía tallado con plomada y nivel. Todo muy surrealista. Por no mencionar la idea de un mar de hielo tan alto que llegara a cubrir aquella parte de la cordillera, y seguramente todos los Alpes salvo los picos más altos. Tomas y los demás parecían sugerir con su actitud que solo era un paso montañoso suizo más, pero era evidente que Priska se sentía orgullosa de él y comentó que en los Alpes cada paso tenía su carácter personal. La mayoría se conocían bien desde la Edad Media, o quizá desde mucho antes, cuando miles de años atrás la gente empezó a subir aquellas montañas. Como el Hombre de Hielo que fue encontrado saliendo de un glaciar en un paso que había al este. Había atravesado el paso hacía cinco mil años. «Yo diría que se quedó a mitad de camino», pensó Mary para sus adentros.

Continuaron avanzando por el desfiladero del Fründenjoch. Fue como recorrer un túnel que unía dos mundos distintos. Apenas tardaron cinco minutos en llegar al otro lado. Priska explicó que el paso solo estaba trece metros por debajo de los tres mil metros de altitud, y había gente que saltaba para tocar un punto imaginario a tres mil metros sobre el nivel el mar. «Suizos», se dijo Mary. Ella no podría haber despegado ni un dedo los pies del suelo de un salto.

Cuando llegaron al otro extremo del desfiladero, al sur, el alba pintaba de amarillo puro los Alpes. No podía negarse que era otro mundo. El arrebol alpino teñía de color rosa las vertientes orientales de todas las cimas, y las faldas orientadas hacia el resto de los puntos cardinales eran de color malva, morado o negro. El hielo que cubría las laderas exhibía un suntuoso color crema azulado y el cielo era de un gris pálido matizado por la claridad amarillenta. Los picos se extendían en todas direcciones hasta donde alcanzaba la vista, y al sur se alzaba otra imponente cordillera en paralelo a la que estaban cruzando. Abajo, las morrenas negras flanqueaban un largo y sinuoso glaciar.

—Es el Kanderfirn —explicó Priska—. No es hielo sino neviza, por eso tiene ese aspecto aterciopelado. Es rarísimo ver ese color turquesa oscuro.

Justo debajo de ellos había una caída y luego una masa de hielo con una leve inclinación que hacía las veces de una especie de terraza, que descendía varios cientos de metros hacia la neviza acumulada mucho más abajo. El lejano borde de la terraza antes de llegar a la neviza no era visible desde el lugar donde estaban, lo que indicaba a todas luces la presencia de un escarpado barranco. Mary apretó los dientes mientras lo contemplaba; la caída era larguísima y ya estaba agotada, le dolían los gemelos y los tendones de Aquiles.

Pero no se quejó y siguió el ritmo de los demás. Descendieron poco a poco y en algunos tramos la ayudaron. La sensación de caminar por la roca con los crampones era extrañísima, pero el hecho de que las botas se fijaran al suelo también le transmitía seguridad, así que, teniendo en cuenta las consecuencias de un resbalón, no era la peor de las sensaciones que podría tener. Priska confirmó lo que sentía en los pies; gracias a los crampones podía asegurar las botas en una grieta y mantenerse firme de una manera

que sería imposible si no los llevara puestos. Pero eso significaba que la presión que soportaban los tobillos era enorme, y Mary a menudo se encontraba haciendo un sobreesfuerzo, a punto de caer, con los pies torcidos en unos ángulos que no eran naturales. Un par de veces, harta de aquello, dio un par de pasos rápidos, casi con desesperación. Cada vez que lo hacía el pie se le quedaba atascado en otra grieta y eso la salvaba inesperadamente de una caída. «¡Joder!», exclamaba de vez en cuando. No siempre tendría tanta suerte y en alguna de esas daría un paso en falso. Tenía el corazón acelerado y sudaba copiosamente. En ese momento lo único que existía para ella era aquella empinada y accidentada escalera de escabrosa roca negra.

Por fin llegaron a la terraza que había visto desde el paso, que ahora se extendía cuesta abajo delante de ella hasta donde alcanzaba la vista y desaparecía abruptamente en el aire. Era obvio que terminaba con un barranco invisible desde su posición; daba igual que fuera de hielo o de roca porque el descenso sería difícil, peligrosamente difícil.

—Esperaremos aquí —dijo Priska.

—¿Esperar? —preguntó Mary—. ¿A qué?

—Vienen a recogernos.

—Gracias a Dios —exclamó Mary.

Mucho más abajo, donde se atisbaba la superficie de otro glaciar más allá del manto de neviza, Mary divisó una hilera de diminutas banderas. Ya había suficiente luz para distinguir su color naranja. Pasados quince o veinte minutos oyeron un estruendo procedente del valle y apareció un helicóptero con la bandera suiza pintada en los lados que ascendía hacia ellos. Aún tardó unos minutos en llegar a su posición porque estaban realmente altos. Mary notaba la falta de oxígeno y era una sensación desagradable.

El helicóptero aterrizó con un gran estrépito y provocando fuertes rachas de aire en un tramo del hielo casi plano a medio centenar de metros de ellos. Con los rotores sin parar de girar ensordecedoramente y convertidos en una mancha borrosa, alguien con un traje y un casco de piloto abrió una puerta lateral, bajó del aparato y les hizo señas para que se acercaran. Mary y el resto de su grupo se agacharon y caminaron hasta el helicóptero, se sentaron en el hielo y se quitaron los crampones de las botas (a Mary se los quitaron sus compañeros), luego subieron por una escalerilla metálica a la cabina del aparato. Dentro el ruido era igual de insoportable, pero les dieron unos cascos auriculares después de que se sentaran en los asientos de lona trenzada, se quitaran los cascos de escalada y un miembro de la tripulación les abrochara los cinturones de seguridad. Con ellos puestos el mundo pareció un lugar mucho más silencioso, aunque por los cascos se oían voces.

La conversación que se oía a través de los cascos era en alemán suizo, así que Mary se puso cómoda y relajó los músculos de los gemelos y de los pies, que en algunas zonas estaban a punto de acalambrarse. También los muslos. No podía negar que estaba hecha polvo.

La habían colocado junto a una pequeña ventana por la que miró mientras el helicóptero se alzaba y contempló las escarpadas montañas negras y los vastos mantos de nieve. Las montañas dieron paso a un valle profundo y extensísimo, con las paredes casi completamente verdes; un río, carreteras y vías de tren discurrían por el fondo, salpicado de pequeños pueblos con iglesia, torres cuadradas y tejados; hileras de viñas estriaban las paredes del gran valle, sobre todo en su vertiente sur, que quedaba a la derecha de Mary. Mary supuso que era el Ródano. Si estaba en lo cierto, aquel era el Valais, uno de los valles más grandes de Suiza.

El helicóptero se deslizó por aquel cañón, a una altura inferior que la de las montañas que los flanqueaban. Luego giraron a la izquierda para dirigirse hacia el sur y sobrevolaron un estrecho valle. Mary sabía que el Matterhorn se alzaba desde alguno de aquellos valles meridionales, pero le costaba creer que fueran a esconderse en el Cervino, y de todos modos le dio la impresión de que se habían alejado demasiado hacia el oeste para que ese fuera su destino. A la luz horizontal de la mañana, aquellos valles secundarios permanecían en penumbra y Mary se desorientó.

Finalmente el cañón por el que estaban ascendiendo se cerró a su alrededor y el helicóptero aterrizó en una explanada de hormigón que había a los pies de una presa. La presa era tan exageradamente grande que parecía una caricatura extraída de la viñeta de un tebeo.

Bajaron del helicóptero y entraron en un edificio que había junto a la explanada. Una vez dentro se sentaron y comieron algo rápido, fueron al cuarto de baño y se cambiaron las botas para la nieve por otras de montaña convencionales.

—Todavía no ha terminado la excursión —dijo Priska—. Queda otra breve caminata.

—¿Cómo de breve? —preguntó Mary con fastidio y aprensión. Sentía que sus piernas no podían dar un paso más.

—Solo son seis kilómetros. Vamos cerca —respondió Priska.

—Y doscientos metros de desnivel —añadió Tomas, como corrigiendo a Priska. Dio la impresión de que no quería que se le pudiera acusar de no haber dado toda la información.

Salieron del edificio. Ya era casi mediodía y el sol asomaba por el borde de la presa y permanecía suspendido encima de sus cabezas. Los suizos le contaron que la presa,

con una altura de alrededor de trescientos metros, era la más alta del país y la quinta del mundo.

Por fortuna, una telecabina ascendía la ladera al oeste de la presa. Se subieron a él y se elevaron rápidamente disfrutando de la vista excelente de la pared arqueada de hormigón de la presa. Era tan alta que seguro que se te taponaban los oídos durante el ascenso. Costaba imaginarse a alguien diciendo: «Pongamos una presa aquí. Levantemos un muro de hormigón de cientos de metros en medio de este valle angosto».

Al llegar a la estación superior se apearon de la telecabina y enfilaron por un túnel con varias secciones abiertas en la pared de la izquierda con vistas al agua represada, que tenía el color del líquido anticongelante del coche.

Salieron del túnel a un valle poco profundo orientado al oeste. Era otro estrecho valle glaciar con un sendero que subía por él siguiendo un arroyo tintineante. Mary ya estaba sin aliento cuando emprendieron la ascensión. Tenía que reconocer que era mucho más fácil que caminar con crampones y botas para la nieve, pero se había quedado sin gasolina. Estaba para el desguace. Le daba un poco de vergüenza que los agentes que la escoltaban no daban la menor muestra de estar haciendo un pequeño esfuerzo siquiera. «¡Malditos suizos y malditas sean sus montañas!» Unos críos que ni siquiera se ayudaban con palos la habían adelantado sin siquiera verla. ¿De qué se sorprendía? Allí arriba eran como cabras montesas; estaban en su elemento: un sendero lleno de piedras y polvoriento, laderas cubiertas de verdes prados a ambos lados del arroyo, paredes de roca negra, altas a la derecha y bajas a la izquierda. La ascensión no terminaba nunca y Mary tenía los huesos machacados.

Entonces reparó en que el arroyo que corría a su derecha era de color marrón oscuro. El agua transparente se precipitaba con rapidez por un lecho rojo parduzco. Lo miró detenidamente y se dio cuenta de que el fondo del río estaba casi completamente cubierto de clavos oxidados; no solo había clavos, también tornillos, arandelas, tuercas, alcayatas y toda clase de pequeños objetos metálicos semejantes recubiertos de óxido que formaban una tupida alfombra en el cauce del arroyo, como si fueran mejillones o erizos de mar. Era como una visión en un sueño, tan surrealista que no podía creer lo que estaba viendo. De hecho se preguntó si el agotamiento no estaría provocándole alucinaciones.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó a sus escoltas señalando el arroyo.

Los suizos se encogieron de hombros.

—Es de antes —dijo Priska.

—¿De antes de qué?

—Ya lo verá.

Coronaron una elevación y apareció delante de ellos una cuenca circular, con la pared de una montaña a la izquierda y un prado verde a la derecha. El fondo de la cuenca estaba cubierto de hierba y de rocas de todos los tamaños, desde muy pequeñas hasta otras grandes como casas, estas últimas se parecían a los dólmenes que había en Irlanda… Pero Mary se fijó entonces en que algunas de ellas eran casas de verdad, anodinos cubos de hormigón sin puertas.

Volvió a mirar a su alrededor y se dio cuenta de que la pared rocosa que cercaba la cuenca por el sur tenía incrustadas tres puertas de hormigón colosales, unos óvalos enormes de unos quince o veinte metros de alto y casi otros tantos de ancho. Como los cubos que había en el fondo de la cuenca, aquellos muros levantados en la pared de la

montaña eran todo lo anodinos que puede serlo el hormigón.

—¿Qué es eso? —preguntó Mary.

—Es del ejército —respondió de una manera cortante Sibilla.

—Del ejército del aire —añadió Priska señalando las inmensas puertas en la montaña como si se explicaran por sí solas.

—Los civiles no pueden entrar en esta zona —le explicaron a Mary—. Nadie tiene acceso a este lugar.

—¿Y nosotros? —inquirió Mary.

Y entonces una diminuta puerta de hormigón que había debajo de las grandes, tan pequeña que Mary no la había visto, se abrió desde dentro. Los suizos la llevaron hasta allí y entraron.

Mary los siguió al interior de la montaña. Llegó a la conclusión de que se trataba de una base secreta de las fuerzas aéreas suizas. Priska se había quedado muda de repente. Mary, como todo el mundo, había oído rumores sobre la existencia de sitios así; eran lanzaderas de aviones de reacción construidas para repeler una invasión soviética. Si los tanques soviéticos hubieran entrado en el país, las grandes puertas en las faldas de la montaña se habrían abierto y los aviones suizos habrían salido disparados como las flechas de la ballesta de Guillermo Tell. La obsesión suiza por la defensa; no habría sido la primera vez que ocurría.

De hecho, los aviones continuaban allí, colocados en sus lanzaderas. Eran unos pequeños aparatos que parecían misiles de crucero, con unas alas achaparradas y cabina de tipo burbuja. Saltaba a la vista que eran unos aviones antiguos y desfasados, como las armas que salían en las películas de James Bond. Comparados con los misiles de

crucero modernos, estos eran como botes de remos en un barco de la armada; cachiporras exhibidas en un museo de historia.

Mary pensó que si le habían permitido entrar en aquella fortaleza secreta era porque las condiciones de la guerra habían cambiado, y se figuró, por la gente que la recibió al entrar en la base, que ya no solo los protegían a ella y a su ministerio, sino que era la misma Suiza la que estaba siendo atacada. El atentado contra el ministerio había formado parte de un ataque a mayor escala, le confirmó uno de los agentes suizos. Además de los ordenadores del ministerio, los agresores habían saboteado los sistemas informáticos de los organismos de la ONU que tenían su sede en Suiza y, más importante aún, de todos los bancos. De manera que se trataba de una situación de emergencia nacional. El país estaba en pie de guerra, pero se trataba de una nueva clase de guerra, en su mayor parte invisible y digital, aunque también incluía la posibilidad de la utilización de drones o de misiles contra objetivos selectivos.

Por lo tanto, a partir de ese momento la defensa de su ministerio era una parte más de la defensa de Suiza. Y, como demostraba aquella fortaleza museo, los suizos estaban decididos a defenderse con uñas y dientes. Suiza era un país pequeño en un mundo grande, como le explicó un militar suizo mientras la escoltaba por un gran túnel hasta una sala de reuniones que se encontraba en las entrañas de la montaña, y la situación exigía medidas fuera de lo común. El hombre se presentó como el ministro de Defensa suizo.

Mary se sentó a una mesa larga y reprimió un gruñido de alivio. A continuación, un grupo de oficiales del ejército tomó asiento alrededor de la mesa. Mary sentía tanto alivio que le palpitaban las piernas. Echó un vistazo a la sala, que era amplia y con el techo bajo. Para hacer la larga pared del

fondo se había tallado y pulido el gneis negro verdoso de la montaña hasta conferirle el aspecto de una gigantesca y facetada piedra semipreciosa. El techo parecía de cerámica blanca y todo él brillaba con una luminosidad intensa y difusa.

A Mary le ardían las mejillas. Estaba quemada por el sol y exhausta por la caminata. Priska había llamado a esa sensación *Alpenverbraucht*, agotamiento alpino. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que todo el mundo sabía cómo se sentía y conocía perfectamente esa sensación. Ellos también la habían experimentado y la comprendían.

Uno de los oficiales sentados a la mesa hojeó sus papeles y lanzó una mirada a su teléfono móvil como si estuviera esperando a que pasara algo. En ese momento entró en la sala un grupo formado por otras siete personas y Mary inmediatamente se dio cuenta de que era el Consejo Federal suizo. ¡Los siete mandatarios en persona!

El septeto de gobernantes suizos, cinco mujeres y dos hombres, se sentó enfrente de Mary. Ella no conocía sus nombres.

Hablaron en inglés, por supuesto por deferencia hacia ella, pero le surgió una pregunta que la distrajo mientras intentaba prestar atención a lo que decían: ¿en qué lengua se comunicarían cuando hablaran entre ellos? Desterró ese pensamiento de su cabeza y trató de concentrarse en lo que estaban diciendo. Estaba demasiado cansada para responder, incluso para comprender sus palabras. Pensó que unos tenían el francés como lengua materna y otros el alemán, aunque con los suizos no era tan fácil distinguir a unos de otros por el acento como ocurría con los ciudadanos franceses y con los alemanes. Y menos en aquellas circunstancias, cuando la dominaba la sensación de que en cualquier momento se caería de la silla.

Una de las mujeres del consejo le contó que estaban allí para reunirse con ella porque el gobierno suizo estaba enfrentándose a una crisis que parecía estar relacionada de algún modo con ella. El reciente atentado contra su ministerio formaba parte de un ataque más amplio; también habían sufrido ataques las sedes de los organismos de la ONU en Suiza, la Interpol, las oficinas del Banco Mundial en Ginebra y la misma Suiza. En resumen, el orden internacional estaba siendo atacado.

—¿Atacado por quién? —preguntó Mary.

Hubo un largo silencio mientras los siete mandatarios se miraban.

—No lo sabemos —confesó una de las mujeres, una suiza francófona cuyo nombre le vino de repente a la cabeza a Mary… Se llamaba Marie Langoise y había trabajado muchos años en el Credit Suisse—. Nuestros reguladores bancarios han sufrido un ataque que parece tener la misma procedencia que el ataque recibido por el Ministerio del Futuro.

—Entiendo —dijo Mary, aunque en realidad no comprendía nada.

—¿Su ministerio planeó la toma de Davos? —preguntó sin rodeos Langoise.

—Lo ignoro —respondió con tono cortante Mary. Luego añadió—: ¿Pero quizá esa gente se merecía lo que le pasó? ¿De verdad alguien lo lamenta?

—Nosotros sí —respondió otro de los mandatarios.

Se produjo un silencio hostil. Mary dejó que se alargara. «Les toca a ellos mover ficha», pensó, pero los representantes suizos no parecían estar de acuerdo con ella.

—¿Qué les han hecho a sus bancos? —preguntó finalmente Mary.

—Los mandatarios se miraron.

—Nosotros no somos banqueros —respondió Langoise (aunque ella lo había sido)—, así que no podemos entrar en detalles. Pero parece ser que el ataque ha puesto en peligro numerosas cuentas bancarias secretas.

—¿Las ha hecho públicas? —inquirió Mary.

—No. Las cuentas privadas están codificadas con numerosos sistemas de encriptación. Es imposible que se hagan públicas. Pero los bancos están encontrando dificultades para acceder a los archivos que descodifican la identidad de los titulares de las cuentas, así que, entre muchos otros problemas, no pueden ponerse en contacto con ellos. De manera que el peligro no es tanto que se revele la identidad de los clientes como la pérdida de una información fundamental.

—¿Sus bancos no pueden determinar qué es de quién?

—Algo así —reconoció otro de los miembros del Consejo Federal. «Otro banquero», pensó Mary. De los siete mandatarios suizos, ¿cuántos tendrían un pasado en el ámbito bancario? ¿Cuatro? ¿Cinco?

—Por supuesto, acabará solucionándose —añadió otro de los mandatarios—. Toda la información está duplicada en papel y en la nube, como debe ser. Time machine. —Mary no comprendió al instante que se refería a una copia de seguridad digital—. No obstante, inmediatamente después del ataque cundió el miedo entre los depositantes. Incluso el pánico. Es malo para la estabilidad.

Mary asintió y se mantuvo en silencio mientras sus interlocutores la observaban. Se dio cuenta de que habían ido allí con el objetivo de escuchar lo que tuviera que decir.

Empezó a hablar casi como si pensara en voz alta. ¿Y por qué no? Estaba demasiado cansada para buscar y aplicar sus filtros habituales.

—Es el misterio del dinero —dijo—. Cifras en las que confía la gente…, por increíble que parezca, desde el

principio. Pero si se pierde esa confianza, ¡bum!, el dinero desaparece. Mientras tanto, la gente forma parte del sistema financiero global, que ha alcanzado tal grado de complejidad que ni siquiera las personas que lo gestionan lo comprenden. —Miró a las personas que la rodeaban y añadió—: Sí, me refiero a ustedes. Una megaestructura imprevista —prosiguió, regodeándose en el sonido de la frase de J. A.—, justo en el corazón de la sociedad. Aquí mismo, en esta fortaleza alpina secreta suiza, que en última instancia no solo protege su país y su sociedad, también sus bancos. Es decir, la confianza de la humanidad en la civilización, su fe en un sistema que nadie comprende del todo.

El septeto de mandatarios la miró fijamente.

Mary se quedó absorta un momento. Pero rápidamente volvió en sí y fijó la mirada en sus interlocutores.

—¿Qué quieren sacar de esta situación? —les preguntó.

Querían defender el Ministerio del Futuro, le dijeron, incluso que saliera fortalecido, como parte de la estrategia de defensa de Suiza. Querían métodos más eficaces para que el futuro fuera mejor, ya que así el país sería más seguro. Porque un país de ocho millones de habitantes no podía vivir de lo que fabricaba y cultivaba. Para empezar, Suiza era un país con la mitad de la extensión de Irlanda, y el 65 por ciento de su territorio estaba ocupado por las montañas, de las que el ser humano no podía obtener nada. El 35 por ciento restante estaba sobrepoblado y satisfacía las necesidades humanas hasta donde podía. Los suizos hacían todo lo que estaba en su mano, pero formaban parte de un mundo más grande. De manera que no eran autosuficientes. La autosuficiencia era un sueño, una quimera, unas veces un objetivo de los nacionalistas xenófobos y otras, solo un deseo honrado de vivir más seguros. Los suizos eran en general un pueblo realista, por

lo tanto no se autoengañaban con fantasías. De ahí su compromiso con el mundo.

Así que deseaban el éxito de su ministerio porque también significaría el éxito de Suiza y, por extensión, del mundo. El futuro tenía que imponerse. Había que planificarlo y construirlo sobre unos cimientos firmes.

Mary les respondió que todo eso estaba muy bien y que también era el proyecto de su ministerio. Pero les recriminó que podían hacer mucho más de lo que hacían, y que en ese momento no estaban trabajando para alcanzar el objetivo que ambicionaban.

Estuvo a punto de echarse a reír cuando se oyó repitiendo las palabras que le había soltado Frank aquella noche en su apartamento. Pero reprimió esas ganas porque le pareció que sería inapropiado reírse en la cara de los mandatarios suizos sin un motivo obvio. No obstante continuó recordando aquella noche que se mantenía fresca en su memoria y cómo el desprecio de Frank la había paralizado. ¿Qué había hecho que sus acusaciones fueran tan convincentes?, se preguntó, porque era evidente que sus palabras no estaban teniendo el mismo efecto en los suizos. Los mandatarios helvéticos, como le había pasado a ella antes de su incidente con Frank, creían que estaban haciendo todo lo posible.

Mary les preguntó si de verdad los bancos conocían la identidad de los titulares de las cuentas antes de que el ataque dañara los archivos informáticos.

Los siete miembros del Consejo Federal la miraron con desconcierto.

—Lo pregunto —explicó Mary cada vez más irritada (lo de Frank aquella noche había sido algo más que irritación)— porque, debido al secretismo de sus cuentas, suele considerarse que sus bancos son paraísos fiscales. Otros países recaudan menos impuestos por culpa de las cuentas

secretas que tienen aquí sus ciudadanos. Por lo tanto, Suiza debe una parte de su riqueza a que son algo así como los guardianes del dinero de delincuentes de todo el mundo. Es una especie de organización criminal. Se espera que la gente confíe en el dinero, pero las propias estructuras financieras roban buena parte de él.

Esta vez el silencio con el que fueron recibidas sus palabras fue verdaderamente hostil.

Mary se dio cuenta y forzó la situación. Es posible que incluso se habría puesto en pie si hubiera sido capaz de reunir las fuerzas necesarias. Y habría gritado. Había llegado el momento de que Suiza se redimiera, les espetó sin ambages, pero manteniéndose dentro de los límites de la educación, quizá demasiado cerca de traspasarlos.

—Todo eso que su país quiere olvidar como si nunca hubiera existido… El oro de los nazis, el oro de los judíos, el paraíso fiscal de oligarcas y cleptócratas, las cuentas secretas de criminales de toda calaña… y el secretismo de sus bancos. Pongan fin al secretismo de sus bancos. Gestionen su dinero con una cadena de bloques, permitan que se haga un buen uso de todos los beneficios que han obtenido de manera ilícita. Pónganlo al servicio de una buena causa. Forjen una alianza con el resto de los pequeños países prósperos que no tienen los medios para salvar el mundo en solitario. Todos esos pequeños países ricos deben unirse, y asociarse con la India y seguir su ejemplo. Creen más carboncoines invirtiendo en la reducción de emisiones de dióxido de carbono. El carboncóin es la moneda más segura que existe en la actualidad. Mucho más que el franco suizo. Y es mucho más estable. Es la mejor opción que tienen ahora mismo.

Algunos mandatarios negaron con la cabeza.

—¡Tienen que aliarse con el mundo! —insistió Mary—. Suiza siempre ha estado sola, obsesionada con su

neutralidad.

—Firmamos el Acuerdo de París —apuntó uno de los representantes suizos.

—Y pertenecemos a la Interpol —añadió otro.

—Y a las Naciones Unidas —señaló un tercero.

—Siempre hemos estado comprometidos con el mundo —aclaró otro.

—Vale —reconoció Mary—. Pero ahora deben sumarse al carboncóin. Formen un grupo de trabajo con el resto de las naciones pequeñas y ricas. Ayúdennos a pasar al siguiente sistema mundial, con nuevas formas de medir y de crear el valor de las cosas. Construyan la próxima política económica… ¡Inventen el poscapitalismo! El mundo lo necesita, es imprescindible para la supervivencia. De todos modos, para recuperarse de este ataque tendrán que introducir cambios en sus bancos. ¡Cámbienlos de verdad! ¡Háganlos mejores!

Silencio.

Mary paseó la mirada por sus rostros. Era evidente que sufría del llamado agotamiento alpino, una sensación que todas las personas que había en esa sala habían experimentado: el descenso al mundo terrenal después de haber ascendido al reino más elevado que se hallaba en las cumbres de los Alpes y de haber vivido un encuentro glorioso y visionario con lo sublime. La persona que volvía al mundo después de haber estado en ese reino elevado llegaba exhausta y quemada por el sol, pero también con la mente clara y lúcida. Mary sabía que poseía una mirada tan intensa que era capaz de paralizar a sus interlocutores; Martin la llamaba su «rayo láser». Siempre, desde su más tierna infancia, había sido consciente de su capacidad para paralizar a la gente con ella, incluso a su madre. Ahora la dirigía a esas personas que tenía enfrente y también permanecían inmóviles en su silla. Ya fuera la sede de su

ministerio volada por los aires, las piernas acalambradas o los Alpes, algo había explotado en su interior y ahora disparaba su láser a los mandatarios suizos.

Estos se revolvieron ligeramente y se miraron. No parecían satisfechos; tampoco mostraban enfado, pánico ni desdén.

Reflexionaban sobre lo que acababan de oír.

64

John Maynard Keynes habló una vez de la «eutanasia del rentista». Es una expresión tremendamente provocativa, por no decir siniestra. En la década de 1930 la palabra «eutanasia» era un eufemismo, uno más de los muchos que se utilizaban en aquellos años para referirse a la ejecución auspiciada por el Estado de todo aquel que se percibiera como un rival político. Un siglo después todavía tiene connotaciones letales.

Pero da la impresión de que Keynes solo utilizó esa palabra para referirse a un proceso destinado a sacar de la miseria al pobre sin causarle dolor. Si nos remontamos al origen etimológico de la palabra, veremos que la traducción del griego antiguo de «eutanasia» sería «muerte dulce». Según el diccionario de la RAE, la eutanasia es la «muerte sin sufrimiento físico» y «la intervención deliberada para poner fin a la vida de un paciente sin perspectiva de cura». Un sinónimo sería muerte piadosa.

La primera fuente escrita en la que aparece la palabra «eutanasia» es un texto de Suetonio, y la utiliza para describir la «muerte dulce» de César Augusto. Francis Bacon fue el primero en utilizarla en el ámbito de la medicina. El alivio del sufrimiento es fundamental en la concepción primigenia del mundo.

Ahora bien, podría argumentarse que la clase rentista no sufre y que de hecho está felizmente comprometida en consumir toda clase de productos. Un parásito que mata a

su huésped porque se entrega a toda clase de excesos no sufre. En este caso es absolutamente necesario ejecutar a la clase rentista.

Pero quizá sea exagerado comparar con la ejecución la modificación de ciertas tasas e impuestos de sucesiones. Aunque seguramente sería necesario algo más que un cambio en los impuestos de sucesiones para acabar con la clase rentista, también llamada a menudo «la clase dirigente». Aun así, los conceptos a menudo se confunden; un cambio en las estructuras sociales suele verse como una especie de asesinato. Por otro lado, se utiliza la palabra «recorte» para referirse a cierta clase de decapitación fiscal, lo que evidencia lo insignificantes, e incluso banales, que son la mayoría de las limitaciones a la riqueza que se toman en consideración en la hegemonía neoliberal.

Eutanasia: «Por el bien de la persona asesinada».

Ahora bien, esto resulta interesante porque el capitalismo no es una persona, tampoco la clase rentista como tal, aunque esté formada por seres humanos. Y cualquiera podría argumentar que como clase sufre un sentimiento de culpa, angustia, depresión, vergüenza, hartazgo, un irredimible remordimiento criminal, etcétera. Por lo tanto, si se sacara de la miseria a esta clase se estaría liberando a los individuos que la conforman de un espantoso peso psicológico, y seguramente se les daría la oportunidad de tener una vida más feliz y plena como seres humanos libres de culpa en un planeta donde también se habría suprimido el sentimiento de culpabilidad.

Capitalismo: a una vida larga y llena de energía la sigue irremediablemente una vida de dolor y sufrimiento. En estado de coma; convertido en un zombi; sin un plan; sin esperanza de recuperar la salud. Así que se le saca de esa miseria.

Pero ¿qué pasa con el destierro, con el exilio? ¿Qué pasa cuando vas a la peluquería y te cortan el pelo a cepillo?

Antiguamente bastaba con desterrar a los criminales y prohibirles regresar a casa. Era un castigo que no hacía pagar un asesinato con otra muerte. A veces era un castigo severo, pero también podía suponer simplemente una oportunidad para volver a empezar en otro sitio sin dejar de ser uno mismo. Todo dependía de las circunstancias.

«La clase rentista.» Keynes utilizaba esta expresión para referirse a las personas que cobraban a los demás por utilizar algo que poseían y que los otros necesitaban; ese es el significado de «renta» en el contexto de la economía. La renta es el beneficio que obtiene alguien que no crea valor, es decir, del depredador de la creación y el intercambio de productos de valor.

Por lo tanto, con la «eutanasia de la clase rentista» Keynes intentaba describir una revolución sin revolución, una reforma del capitalismo de su época para dar paso a un sistema poscapitalista. Fue la evaluación que realizó de las partes integrantes del sistema vigente pensando en la posible utilidad que tendrían en una civilización futura. Keynes no sugería acabar con el capitalismo, solo con las rentas y los rentistas; aunque en última instancia podría identificarse lo primero con lo segundo. Es posible que utilizara el eufemismo para suavizar el impacto de su propuesta.

Una civilización de ocho mil millones de personas, en equilibrio con la capacidad que tiene la biosfera de producir lo que necesitamos. ¿Qué tal estaría una cosa así? ¿Qué leyes serían necesarias para conseguirlo? ¿Y cómo podemos alcanzar ese objetivo a tiempo para evitar una extinción en masa?

La clase rentista nunca colaborará en un proyecto así. No le interesa. De hecho, es un proyecto que encontrará su

oposición virulenta. Algunos dirán que tendrán que pasar por encima de su cadáver. En ese caso, la eutanasia podría ser la solución.

65

Éramos esclavos en esa mina. Naturalmente nos decían que podíamos irnos cuando quisiéramos, pero estábamos en medio del desierto de Namibia y no había adónde ir. Tendríamos que caminar cientos de kilómetros sin comida y sin siquiera un sombrero para protegernos del sol. En cambio, si nos quedábamos allí nos daban de comer. Dos comidas al día. Diez horas de trabajo cada día de lunes a sábado. Además, si te dolía algo podías ir a la clínica y una enfermera te atendía, incluso un médico si se trataba de algo grave. Si te rompías algún hueso te lo curaban, y si tenías disentería te daban pastillas y te ponían el gotero.

Éramos unas quinientas personas. Todos hombres salvo las enfermeras y las cocineras. La mayoría éramos namibianos, pero también había gente de Angola, de Mozambique, de Sudáfrica y de Zimbabue. La mayoría manejábamos maquinaria, pero también se hacían excavaciones... para desenterrar las máquinas después de un derrumbe. A veces también desenterrábamos cadáveres.

Era una mina a cielo abierto. Se había excavado un agujero con forma ovalada que ocupaba toda la extensión de lo que en el pasado debía haber sido un valle. Las carreteras bajaban en espiral al infierno del fondo. La roca era roja por el hierro, pero también había algunas zonas donde la piedra era amarilla y verde; nos pedían que las buscáramos y que pusiéramos todo lo que extrajéramos en unos camiones separados. Nosotros ni siquiera sabíamos lo

que había en esa roca de colores. ¿Oro? ¿Uranio? Algunos la llamaban «tierra rara». Allí no era tan rara, aunque casi toda la roca era roja. Pese a lo vulgar del hierro, nosotros éramos esclavos que trabajábamos en su extracción.

Un día empezaron los problemas con la cocina. La comida era más escasa cada semana y el agua sabía a hierro y caíamos enfermos por su culpa. Hasta que un día los hombres de uno de los barracones se levantaron e hicieron una sentada delante de la cocina. Gritaban que no trabajarían si no nos daban de comer decentemente. Se les veía en la cara que estaban desesperados. Eran hombres asustados. Poco a poco todos los trabajadores de la mina nos unimos a ellos y nos sentamos al sol matinal. Esperábamos que nos mataran en cualquier momento. Los drones zumbaban como moscas encima de nuestras cabezas. Habría sido muy fácil matarnos con esos bichos. Los vigilantes nos observaban con sus metralletas, como si todos estuviéramos esperando a que pasara algo. Y la verdad es que era así, ya fuera a que acabaran con nosotros o cualquier otra cosa. Fuera lo que fuera no sería peor que lo que vivíamos, así que no teníamos ningún problema en quedarnos sentados al sol, asustados y sudando. En ese momento todos éramos la familia que no habíamos sido trabajando en la mina.

Por fin apareció un hombre con un megáfono. Sabíamos que él solo era el portavoz de un superior. La mina era propiedad de los bóeres sudafricanos, o de los chinos, o de alguien que estaba muy lejos… Habíamos oído toda clase de rumores. Sea como fuere, aquella voz habló en su nombre y nos dijo:

—¡Volved al trabajo y os daremos comida!

Nos quedamos sentados. Alguien gritó:

—¡Dadnos comida y volveremos al trabajo!

De manera que así estaban las cosas. No nos levantaríamos hasta que nos dieran de comer. Y ellos no nos darían de comer hasta que nos levantáramos. Lo comentamos con los que teníamos más cerca y todos estuvimos de acuerdo en que estábamos dispuestos a morir para terminar de una vez con aquello. Nos animamos unos a otros para resistir. Así de terrible era nuestra situación. Estábamos aterrorizados.

Mientras tanto, el enjambre de bichos no había parado de crecer sobre nuestras cabezas, como buitres sobrevolando un animal muerto en la meseta africana. Había más drones en el aire que personas en el suelo, y se quedaban suspendidos encima de nosotros como si fueran mosquitos más que buitres, emitiendo el mismo zumbido que los mosquitos, solo que más estridente. La mayoría eran tan grandes como platos, algunos incluso más. Su zumbido se te metía en la cabeza y te revolvía el estómago.

De repente todos o casi todos los drones se lanzaron en picado hacia nosotros como si fueran halcones y nos levantamos del suelo chillando con consternación, nos cubrimos la cabeza con los brazos, encogimos el cuerpo y eso. Pero todos los drones se dirigieron hacia los vigilantes y cada hombre armado quedó rodeado por una docena de aparatos que los encerraron en lo que parecía un ataúd hecho con ruidosos platos negros. Uno de los vigilantes disparó su metralleta y un enjambre de drones se precipitó sobre él y lo tiró al suelo no sé cómo. Nosotros no veíamos lo que le hacían las máquinas, pero el vigilante no se movía, y cuando sus compañeros vieron lo que le había pasado ya nadie disparó.

Entonces salió una voz de todos los drones que habló primero en oshiwambo, y luego en afrikáans, en suajili, en inglés, en chino y en otras lenguas que no sabría decir cuáles eran.

—Pertenecemos al Consejo de Paz y Seguridad de la Unión Africana. El nuevo gobierno namibio ha nacionalizado esta mina y a partir de ahora les protegerá la AFRIPOL. Todos los países miembros de la Unión Africana se han unido para colaborar en el programa África para los Africanos. En breve llegarán representantes del gobierno namibio y de la UA para ayudarles en esta transición. Por favor, permanezcan sentados o siéntanse libres de ir a los comedores o a los barracones mientras el personal armado es escoltado fuera de las instalaciones.

Obedecimos encantados. Los vigilantes se marcharon a pie por la carretera. Chillamos, nos abrazamos y lloramos de alegría. Las cocineras forzaron las cerraduras de las despensas y nos prepararon una comida de verdad, con la certeza de que recibirían provisiones para reponer lo que gastaran. Y así ocurrió. Esa misma noche llegaron tropas de la UA y declararon nuestra libertad. Nos dijeron que nos habían nacionalizado y que, si queríamos quedarnos, seríamos los trabajadores y los propietarios de la mina. Si preferíamos marcharnos de allí podíamos subir a los autobuses.

Algunos se largaron en cuanto aparecieron los autobuses, pero la mayoría nos quedamos en la mina, supongo que porque pensábamos que podríamos irnos cuando quisiéramos. Pero eso de ser dueño de la mina sonaba interesante y queríamos saber qué significaba exactamente. Alguno dijo que era sudor igualitario. ¡Sudor igualitario! ¡Madre mía, lo que habíamos tenido en aquella mina hasta entonces era sangre igualitaria!

66

Al que piense que vino al mundo en un parto difícil le diré que en el mío… ¡mi madre explotó! Literalmente, sí. Cuando se convirtió en una supernova, el calor de la detonación superó los cien megakelvin y, con esa presión, tres núcleos de helio despojados de sus electrones colisionaron y nací yo, lo más distinguido que puede encontrarse en el universo: el carbono, el rey de los elementos, con mis elegantes seis lados y mis cuatro valencias, capaz de unirme de diversos modos con átomos como yo y de crear compuestos con otros átomos de maneras casi infinitas, porque soy un encanto. Así que, ¡bum!, ahí estaba yo, surcando el universo. Nací en la Vía Láctea, y volé de cabeza a la arremolinada nube de polvo que se dirigía hacia el Sol, donde podría haber acabado achicharrado o convertido en algo completamente diferente, pero, por suerte para mí, caí en un remolino de polvo que estaba formándose a unos ciento cincuenta millones de kilómetros del poderosísimo Sol y no mucho tiempo después entré a formar parte de un sólido planetesimal.

Seguramente piensas que estoy hablando de la Tierra, pues es donde estoy ahora, pero la verdad es que primero me uní a una roca del tamaño de Marte formada en el punto de Lagrange 5 en el sistema del Sol y la Tierra, un protoplaneta al que se ha bautizado como Tea. Así que yo me encontraba allí cuando Tea colisionó a toda velocidad con Gaia, ambos astros se fusionaron y lanzaron una gran

cantidad de detritos que rápidamente formaron la Luna. ¡Fue un *big bang*! Aunque nada comparado con el Big Bang por antonomasia, por supuesto. Y a raíz de eso me encontré dentro de la recién creada Tierra, si bien en una capa muy próxima a la superficie… por suerte para mí, porque de lo contrario ahora no estaría hablando contigo. Esos fueron mis años de infancia y de juventud, porque desde entonces he sido bastante formal y he tenido un comportamiento que podría calificarse de adulto.

Bueno, pero se me ha olvidado hablar de mi fuga a la superficie. Eso también fue bastante espectacular, porque resulta que salí en una erupción volcánica que se produjo en una cordillera que había en mitad del océano, entre Pangea y otra masa de tierra cuyo nombre ya he olvidado… Es que desaparecen enseguida. La lava que salió disparada al cielo se enfrió casi instantáneamente. Unos cuantos millones de años de exposición a la lluvia de fotones de las radiaciones solares me ablandaron; fui como la piel que mudas cuando pasas demasiadas horas al sol y te quemas. Vale, estaba preparado… un millón de años es mucho tiempo, así que no digamos ya cincuenta millones. Sin embargo, la pregunta era: ¿con qué átomos debía unirme para llevar a cabo mi fuga? Quería que me devorara un dinosaurio en la era jurásica, y en aquella época no era tan difícil que pasara, ya que los fotones me acribillaban y mis cuatro electrones disponibles temblaban tetravalentemente con la esperanza de que los eligieran. Así que, como suele suceder, ¡me salieron dos pretendientes a la vez! Y, ¡bum!, me uní simultáneamente con dos átomos de oxígeno y mi matrimonio como dióxido de carbono fue de lo más práctico.

Hacíamos un buen equipo. No parábamos. Como volábamos bajo, las plantas nos capturaban y nos absorbían constantemente. Entré a formar parte de las hojas, de las ramas, de los troncos de los árboles. Mantuve una relación

larga con una protosecuoya, y luego con un helecho que acabó comido por un alosaurio. Ese mismo alosaurio me expelió con sus excrementos... Sí, también fui mierda, y desde entonces lo he sido un montón de veces. Pero a las bacterias les encanta la mierda, así que enseguida volvía a juntarme con un par de átomos de oxígeno y vuelta a empezar. Pero entonces llegó el desastre... Quedé atrapado debajo del agua junto a un grupo de hermanos carbono, tan comprimidos en el subsuelo que formamos grafito, en este caso una veta de carbón, donde pasé millones y millones de años. Podría haber sufrido una absorción tectónica y convertirme en diamante, y entonces habría quedado atrapado para siempre en una pequeña ciudad donde todo el mundo es igual, encerrado en una auténtica jaula. Para siempre de verdad, es decir, hasta que el Sol se convirtiera en un gigante rojo y engullera la Tierra. Entonces se produciría mi tan ansiada liberación. Pero en este caso tuve suerte, porque, alrededor del año 1634, los humanos extrajeron mi veta y me quemaron en un horno. ¡Libre! Volví al cielo. Estaba que no cabía en mí de gozo, porque me gusta la variedad. Así que, ¡un hurra por la química orgánica! Después estuve de aquí para allá..., en un pangolín, en el tallo de una planta de arroz, en un mosquito, en la niebla, en excrementos de rana, en bacterias..., y de vuelta al cielo, ¡hurra!

Hay un momento en la vida en el que las moléculas de agua que pululan por el aire se juntan con una diminuta partícula de polvo y se convierten en una gota de lluvia que emprende una incursión a la tierra. Entonces puedes pegarte a ella mientras cae y juntarte con tus siempre felices compañeros oxígeno, que cantan y se saludan formando parte de un matrimonio con dos átomos de hidrógeno... No hay nada como un trío, y todo el mundo está de fiesta mientras dura la precipitación. No notas cómo

la gravedad tira de ti cuando caes a la velocidad límite de tu gota. De hecho, a veces te quedas un rato en una nube, en la bruma o en la niebla y la sensación de ingravidez es maravillosa. Supongo que debe ser parecida a eso que tú llamas orgasmo. Un enlace, sí, puede ser bueno o malo, pero, ¡guau!, no hay nada como la sensación orgásmica de flotar en el cielo.

Pero lo más probable es que las gotas acaben fundiéndose y vuelvas a caer. La nieve es divertida, y el aguanieve ya ni te cuento. Y entonces te estrellas contra el suelo y vuelta a empezar. ¿A qué me uniré esta vez?

¡Espero que no sea a excrementos! Resulta ser que en Canadá habían empezado a explotar los residuos de la extracción de asbestos. Para ello vertían los desechos en los depósitos que había dentro y al lado de las minas y luego añadían unas cianobacterias locales. Estas cianobacterias me capturaban y me juntaban con el polvo de asbestos para que formáramos hidromagnesita, un carbonato de magnesio. Estos secuestradores estaban encantados de encerrarnos otra vez a mí y a mis hermanos, y al asbesto, pero cuando has flotado en una nube y navegado por un tracto gastrointestinal, estar todo el día en una roca sin hacer nada es tremendamente aburrido. Mi única esperanza es que algún día nos extraigan y nos utilicen como polvo para secar el sudor de las manos de un escalador, porque el carbonato de magnesio no sirve para nada más. Tal vez termine en el bolsillo de algún escalador experto, eso sería superemocionante. Pero de momento sigo aquí atrapado. En fin, creo que ahora me echaré una siestecita.

67

Los impuestos son interesantes. Es un recurso del que disponen los gobiernos para guiar una sociedad y financiar las actividades gubernamentales, más para lo primero que para lo segundo. Son tan antiguos como la civilización, una demostración del poder del Estado. Es posible que las deudas y el dinero se inventaran en las primeras ciudades con el fin primordial de permitir la implantación de los impuestos y su regulación. Ambas cosas son distintas formas de pagaré.

Los impuestos progresivos remiten a la idea de que cuanto mayor es la riqueza de un ciudadano, más alto es su tipo impositivo. Unos impuestos regresivos, en proporción a la riqueza individual, perjudican a los ciudadanos que menos tienen.

El impuesto sobre la renta grava los ingresos anuales de un individuo o de una empresa, de manera que estos suelen manipular sus ingresos para que parezca que reciben menos de lo que ingresan en realidad. En la legislación fiscal existen resquicios que permiten, mediante pagos aplazados, reinversiones y otros métodos, escabullir los ingresos. Además están los paraísos fiscales, donde los ingresos, si se consigue traspasar allí el dinero antes de que se cierre el año fiscal, están exentos de impuestos o estos son muy bajos. Por lo tanto, los impuestos progresivos pierden toda su eficacia; para evitarlo es imprescindible aplicar una estrecha vigilancia.

En ciertos momentos de la historia, el exceso de riqueza individual generaba recelo y la curva que representaba el aumento progresivo del tipo impositivo era bastante pronunciada. A principios de la década de 1950, una época en la que la gente tenía la sensación de que los ricos habían contribuido al estallido de la segunda guerra mundial y se habían beneficiado de la contienda, el tipo impositivo máximo en Estados Unidos era del 91 por ciento para todas las personas que ingresaran más de cuatrocientos mil dólares (cuyo valor actual sería cuatro millones de dólares). Este tipo impositivo fue aprobado por un Congreso con mayoría republicana y un presidente del gobierno republicano, Dwight D. Eisenhower, un hombre que había estado al mando de las fuerzas aliadas durante la guerra y había visto con sus propios ojos la muerte y la devastación, incluidos los campos de concentración. Posteriormente fueron rebajándose esos tipos impositivos máximos hasta que en el periodo neoliberal rondaron el 20 y el 30 por ciento. Durante esas décadas también proliferaron los resquicios legales, los aplazamientos y los paraísos fiscales, de manera que estos tipos ya de por sí bajos en realidad están inflados en relación con las verdaderas cantidades ingresadas. Por lo tanto, el impuesto sobre la renta fue cada vez menos progresivo; esta fue una característica del periodo neoliberal, parte de una campaña más amplia para favorecer lo privado por encima de lo público, a los ricos en detrimento de los pobres.

El impuesto al capital, a veces llamado impuesto Piketty, grava el valor estimado de toda persona o cosa que tenga la obligación de pagar impuestos. Habitualmente se ha aplicado a las empresas, pero podría imponerse algo parecido a las personas físicas. Francia grava anualmente a sus empresas con un 1 por ciento de su valor estimado. Si se aplicara de manera universal, los efectos serían muy

significativos. Estos impuestos también podrían ser progresivos, de manera que cuanto mayor fuera la empresa, o el valor estimado de cualquier bien, como una propiedad, más alto sería el tipo impositivo. Si se establecieran unas subidas muy bruscas del tipo impositivo al pasar de un tramo al siguiente, las grandes empresas no tendrían más remedio que fragmentarse en otras más pequeñas para rebajar su tipo impositivo.

El impuesto sobre la tierra, a veces llamado impuesto georgista por el economista Henry George, es un impuesto sobre la propiedad, en este caso concreto se considera la tierra un bien. Una vez más, este impuesto sobre la tierra podría ser progresivo y tener en cuenta la extensión de la propiedad, o su valor determinado por la ubicación; incluso se podría aplicar un impuesto más alto si el propietario no viviera en la tierra. Teniendo en cuenta que un gran porcentaje del dinero se invierte cuanto antes en bienes inmuebles, normalmente porque se prefiere poseer algo tangible, cuyo valor se incrementa con el tiempo, o al menos no se desploma cuando estalla una burbuja, un impuesto sobre la tierra bien diseñado también sería eficaz a la hora de redistribuirla rápidamente entre un mayor número de propietarios, al mismo tiempo que nutriría las arcas del Estado para que este pudiera llevar a cabo más inversión pública, lo que conllevaría una reducción de la desigualdad económica.

Podría crearse un impuesto progresivo sobre la quema de combustibles fósiles, que más que un impuesto sería «pagar el coste real», o un sistema de bonificación-penalización para no perjudicar a la gente más pobre, que produce menos dióxido de carbono pero no le queda más remedio que seguir haciéndolo para vivir. Si ese impuesto sobre los combustibles fósiles fuera lo suficientemente alto se convertiría en un incentivo para cesar las emisiones de

gases nocivos. Podría fijarse desde el principio un tipo impositivo muy alto que incluso subiera con el tiempo, así también aumentaría el incentivo para cesar las emisiones. Un tipo marginal altísimo haría prohibitivo quemar combustibles fósiles, ya que imposibilitaría que se obtuvieran beneficios de cualquier actividad que implicara la emisión de gases de efecto invernadero.

Si todo el dinero fiduciario que hay se volviera digital y se distribuyera por medio de una cadena de bloques, de manera que su ubicación y sus movimientos dejaran un rastro que todo el mundo podría seguir, por medio de las sanciones, los embargos, las incautaciones y los borrados se terminaría con todas las artimañas ilegales para no pagar impuestos.

Por lo tanto se demostraría que un régimen fiscal minuciosamente diseñado y fuerte, que utilizara monedas digitales rastreables y emitidas por todos los países del mundo a través de un tratado internacional negociado por las Naciones Unidas, el Banco Mundial o cualquier otro organismo internacional, podría estimular rápidamente un cambio en el comportamiento y en la distribución de la riqueza. Algunos incluso lo considerarían un cambio revolucionario. Y, por supuesto, los impuestos son un instrumento legal con una historia tan antigua como la misma civilización, con unos tipos impositivos que deciden los gobiernos y reciben todo el apoyo del Estado, encarnado en última instancia por el poder judicial, la policía y el ejército. En otras palabras, los impuestos son legales, en principio están aceptados y existen en todas las sociedades modernas. Por lo tanto, si finalmente se introdujeran cambios muy determinados en las leyes fiscales, ¿podría hablarse de una verdadera revolución?

Sería interesante probar a hacerlo y ver qué pasa.

68

Mary regresó a Zúrich en un helicóptero del ejército suizo. Aterrizaron en Kloten y desde allí la trasladaron a la ciudad en una furgoneta negra como en la que había salido de Zúrich. Priska se había sentado a su lado. Por la ventana vio que el conductor seguía la ruta habitual para entrar en la ciudad. Pero ¿a dónde irían después?

Pues fueron a su casa. La furgoneta aparcó en Hochstrasse, delante del edificio donde estaba su apartamento.

—¿Aquí?

—Solo venimos para que coja algunas cosas —dijo Priska —. Lo siento, pero no es buena idea que siga viviendo aquí.

—¿Y dónde voy a vivir?

—Tenemos una casa en la colina —respondió Priska—. Nos gustaría que se quedara allí. Cuando se aclare un poco la situación podrá regresar a su apartamento. Si le parece bien.

Mary no dijo nada. Ella quería quedarse en su apartamento, pero por otro lado la idea la llenaba de inquietud. ¿Había alguien vigilándola? ¿Por qué?

Entró en su apartamento y, mientras llenaba las dos maletas grandes que le proporcionaron los agentes suizos, paseó la mirada por su casa. Había vivido allí catorce años. Las láminas de Bonnard en las paredes, la cocina blanca; parecían la recreación de un museo. Había terminado esa etapa de su vida y se sentía como si diera un paseo por un

sueño. Todavía tenía las piernas doloridas. Necesitaba dormir; una ducha y una cama, por favor. Pero tendría que ser en otro sitio.

Le bajaron las maletas por la escalera y se las llevaron hasta la furgoneta. De nuevo subidos a ella, el vehículo partió hacia el este y pasó por delante de la pequeña *trattoria* donde se había sentado muchas noches a leer mientras cenaba. Siguieron ascendiendo por Zürichberg y se adentraron en el imperturbable barrio residencial de la ladera de la colina. Cada una de aquellas antiguas casas costaba millones de francos, y todo ese dinero relumbraba en su refinamiento, a pesar de que eran unos cubos anodinos. La furgoneta giró para pasar por la puerta que había en la cerca de una de ellas. El camino de entrada era una simple lengua de hormigón, con la anchura justa para un vehículo, que atravesaba un jardín cercado por un muro de obra coronado por puntiagudos trozos de vidrio, un inesperado toque malvado en medio de aquel conformismo burgués. Una puerta cerraba el cercado y lo convertía en una propiedad privada, su nuevo hogar. Mary reprimió un gruñido y el impulso de poner los ojos en blanco. Podía seguir yendo a trabajar caminando… si se lo permitían.

Y se lo permitían. Una llamada y en cuestión de minutos se reuniría delante de la puerta de su casa un pequeño club de agentes para escoltarla en su paseo hasta Hochstrasse y la sede del ministerio. Se estaba reconstruyendo el edificio que había volado por los aires, pero los trabajadores ya habían regresado a sus puestos de trabajo en el resto de la sede. A Mary le sorprendió que los cuerpos de seguridad suizos pensaran que era seguro regresar al ministerio, pero le aseguraron que la zona contaba con una vigilancia que la convertía en un lugar muy seguro. Suiza no podía reaccionar escondiéndose, y era importante mostrar al mundo que el país y las Naciones Unidas consideraban al ministerio un

organismo fundamental. Además, no se podía permitir que el terrorismo cambiara el rumbo de la historia. Ellos iban a defender ese principio y ella era una de las figuras principales de la historia contemporánea.

«O un cebo», pensó Mary. El cebo en su anzuelo, quizá. Pero el equipo había vuelto a las oficinas o compartía los minúsculos despachos provisionales y había reanudado el trabajo habitual. A lo mejor los suizos habían capturado a la gente que los había atacado y por lo tanto ya no corrían peligro. Se decía que sus bancos habían vuelto a operar como antes, aunque no estaba claro que se hubieran incluido los cambios estructurales en la reactivación. Así pues, tanto si habían detenido a los responsables del ataque como si habían anulado su capacidad para actuar, seguramente ellos ya estaban a salvo. No podía haber tanta gente en el mundo que pensara que valía la pena atacar un organismo de la ONU sin poder efectivo. Aunque el Acuerdo de París tenía enemigos, naturalmente. Era posible que todo el aparato militar de algún malvado petroestado la hubiera convertido en su objetivo, como símbolo de todos los males que lo aquejaban. A Mary la seducía la idea de derrocar el régimen de alguno de esos petroestados y, por ejemplo, meter a sus líderes en la cárcel.

Pensar en la cárcel hizo que pensara en Frank. ¿Le apetecía verlo? Descubrió con sorpresa que sí. Seguramente había una parte dentro de ella que quería asegurarse de que seguía entre rejas; quizá todavía la asustaba la idea de que lo soltaran. Sin embargo, teniendo en cuenta que tenía la certeza de que no lo dejarían libre, debía haber otra explicación para que quisiera verlo. Lo sentía como si fuera una especie de obligación. Pero también existía un interés. Era imposible negar que Frank había atrapado su interés.

Bajó al centro de la ciudad en el tranvía como cualquier otra persona. Su escolta le puso la única condición de que la acompañaran uno o varios agentes. Mary miraba de refilón al resto de los pasajeros del tranvía intentando adivinar quién o quiénes serían sus escoltas, pero no dio con ningún candidato probable. Recordó un pasaje de un libro infantil que le encantaba de niña y que venía a ser algo así como: «Si quieres ser nuestra reina y al mismo tiempo seguir siendo invisible y desconocida para nosotros, bienvenida seas». Podía aplicarse a su situación: si vais a protegerme, pero yo no os veo, de acuerdo, adelante.

Se bajó en la *Hauptbahnhof* y caminó por las estrechas calles peatonales hasta la *Gefängnis*. Qué propio de los suizos conservar la vieja cárcel en el centro de la ciudad. ¿Por qué iban a evidenciar que alguna parte de la ciudad valía más que otras? El verdadero sentido de las ciudades era amontonar todos los estratos de la sociedad y observar cómo se desarrollaba la vida; el día a día era algo así como el trabajo de bricolaje de un *flâneur*. Los urbanistas, sin ruborizarse por lo mal que sonaba la palabra, lo llamaban «aglomeración».

Se registró sin problemas en la entrada de la cárcel y fue directamente al pabellón de Frank. Lo encontró leyendo un libro en la sala común. Frank levantó los ojos del libro y arqueó las cejas.

—Creía que habías huido de la ciudad.

—Lo hice, pero me han dejado volver. —Se sentó en un sofá enfrente de él—. ¿Qué lees?

Frank le enseñó la cubierta. Era una antología del inspector Maigret. «Todo el mundo debería tener una señora Maigret —pensó Mary—. Un refugio en un mundo tenebroso cuando tiene que diagnosticar el mal.»

—¿Cómo te va? —preguntó. Nunca sabía qué decir cuando iba a ver Frank.

—Bien. Me dejan salir durante el día. Trabajo en el mismo sitio que antes.

—¿En el centro para refugiados?

—Sí. Están ampliándolo otra vez. Llevo tanto tiempo allí que me he convertido en una fuente de sabiduría institucional.

—Lo dudo.

Frank se echó a reír.

—¿Por qué?

—Estamos en Suiza. Toda la sabiduría institucional se pone por escrito.

—Es lo que cabría esperar. En cualquier caso sigo allí.

—¿Dando de comer a la gente?

—La mayor parte del tiempo me dedico a los trámites.

—¿Qué clase de trámites?

—Según llega la gente intentamos averiguar en qué país de la Unión Europea ha pedido asilo, si es que lo ha hecho.

—En algún país lo habrá pedido, ¿no?

Frank negó con la cabeza.

—Contrabando. Llegan a Grecia o a los Balcanes, pero no quieren registrarse allí. Suiza tiene buena reputación en esto… Como en todo.

—A pesar de los ataques como el que acabó con tu detención.

—En otros sitios es peor. Así que quieren llegar aquí antes de pedir asilo. Muchos refugiados se destrozan las huellas dactilares para que no les podamos identificar por ellas.

—Eso quiere decir que ya han pedido asilo en algún país.

—Seguro.

—¿Qué hacéis entonces?

—Si averiguamos que el refugiado está registrado en otro país lo enviamos de vuelta allí. Así que no nos esforzamos mucho. A la mayoría podemos registrarlos aquí, con huellas dactilares o sin ellas. Aquí usan escáneres de retina. Luego les buscamos un sitio en los campamentos donde ya hay refugiados de su país.

—¿De dónde vienen?

—De todas partes.

—¿Son refugiados climáticos, políticos, económicos…?

—Esa diferencia ya no existe, si es que alguna vez la hubo.

—¿Crees que todos son refugiados de verdad?

Frank se la quedó mirando.

—Nadie abandona su hogar si no es por necesidad.

—Vale, vale. Entonces los registráis y luego los enviáis a campamentos donde puedan estar con compatriotas.

—Lo intentamos.

—¿No visitas los campamentos?

—No. Tengo que estar aquí a las ocho todas las noches.

—Bueno, pero en Suiza puedes ir a casi cualquier rincón del país y estar de vuelta antes de las ocho.

—Eso es verdad. Pero no puedo salir del cantón.

—¿No hay campamentos en Zúrich?

—Sí, los he visitado. Hay uno enorme pasado Winterthur, en un antiguo aeropuerto o algo así. Viven allí veinte mil personas. A veces voy a ver qué tal les va… Ayudo en la cocina, que es lo que me gusta. Aunque aquí también puedo echar una mano en la cocina.

—¿Te rebajarán la condena por eso?

—Supongo que sí. Pero es un tema que ya no me preocupa. De todas maneras no tengo a dónde ir.

Mary lo observó unos instantes.

—¿Alguna vez has pasado una temporada en los Alpes? —preguntó finalmente.

—He estado alguna vez.

—Es un sitio impresionante.

Frank asintió.

—Parecen unas montañas escarpadas.

—Y lo son. —Le contó que había atravesado el Fründenjoch y Frank pareció interesado en la historia, que para ella era el relato de una aventura en los Alpes. Sin embargo, cuando terminó, Frank le preguntó:

—¿Quién crees que os atacó?

—No lo sé.

—¿Quién sale perjudicado de los éxitos de vuestro ministerio?

Mary se encogió de hombros.

—¿Las petroleras? ¿Los multimillonarios? ¿Los petroestados?

—La lista no es larga.

—No sé —repuso Mary—. Puede haber sido cualquiera, supongo. A lo mejor fue una persona sola o un pequeño grupo y ya los han detenido. No me extrañaría que nos hubiera atacado un pirado que pensara que somos importantes, cuando solo somos el diente de una rueda en una máquina gigante.

—Quizá pensaba que tú eras el embrague.

—Recuérdame lo que hace un embrague.

Frank hizo el amago de esbozar una sonrisa, que en realidad era su manera de sonreír.

—Conecta el motor con las ruedas.

—Ah… Bueno, no lo sé.

—¿Los agentes que te protegen no te lo dirán si se lo preguntas?

—No estoy segura. No hay tanta confianza. Es decir, su trabajo es protegerme. Quizá creen que estoy más segura si no lo sé.

—¿Por qué iba a ser así?

—No lo sé. También atacaron los bancos suizos. Así que son bastante discretos con sus medidas de contraataque.

Frank seguía con su casi sonrisa en los labios. Señaló con la cabeza el libro que tenía en las manos.

—Necesitas un inspector Maigret. A él le gustaba explicar las cosas a la gente que salvaba.

—O pensaba que de esa manera conseguiría que el culpable se delatara.

—Cierto. ¿Has leído los libros?

—Alguno. Son demasiado macabros para mí. Los crímenes parecen muy reales.

—Las personas son retorcidas.

—Sí.

—Necesitas un inspector Maigret.

—Y tú necesitas los Alpes.

Entraron una mujer y una niña en la sala y Frank se sobresaltó.

—Oh, hola —dijo. Luego miró a Mary y de nuevo a las dos personas que acababan de aparecer.

Mary se percató de que no sabía qué decir; se había quedado perplejo, desconcertado.

Frank se puso en pie.

—Ella es Mary Murphy —dijo finalmente mirando a las recién llegadas. Luego se volvió a Mary—. Esta es mi familia.

Mary se quedó paralizada. La mujer apretó los labios. La niña, de unos diez o doce años, corrió hacia Frank y la tensión de desvaneció.

—¡Jake!

—Hola, Hiba. ¿Cómo estás?

—Bien. —La niña abrazó a Frank. Este se dejó abrazar con cierta incomodidad y miró a la mujer por encima del

hombro de Hiba.

—¿Cómo habéis venido?

—En tren.

—¿Dónde vivís? —le preguntó Mary.

—Estamos en el campamento de refugiados que hay en las afueras de Berna.

—¿Eh? ¿Y eso?

La mujer se encogió de hombros sin dejar de mirar a Frank.

—Bueno, os dejaré a solas para que os pongáis al día —dijo Mary levantando una mano para atajar la objeción de Frank—. No te preocupes, de todas maneras tengo que irme ya. Volveré pronto.

—De acuerdo —dijo Frank, todavía distraído—. Gracias por pasarte.

69

En Arabia Saudí, durante el momento álgido del hach[1], se produjo lo que pareció ser un golpe de Estado militar en el que murió un número indeterminado de príncipes saudíes. Los informes hablaban de entre veinte y cincuenta miembros de la realeza muertos, pero nadie conocía con certeza la cifra exacta. El rey saudí se encontraba en Nueva York en el momento de la sublevación y se rumoreaba que había decidido esconderse y no volver a su país. Pidió al mundo el apoyo a la legitimidad de su soberanía y lo recibió de algunos estados, pero ninguno se ofreció a ayudarlo activamente. Estados Unidos le ofreció asilo. Hasta donde se sabía, el nuevo gobierno saudí contaba con el respaldo de la mayor parte de la población del país; en pleno hach, y con dos millones de musulmanes intentando completar el peregrinaje o volver a casa, en la península arábiga reinaba la confusión. La única certeza que se tenía durante ese primer mes era que ninguna persona que se encontrara fuera de la península arábiga sabía mucho sobre lo que de verdad estaba pasando en Arabia Saudí..., que a partir de ese momento, informó el nuevo gobierno al mundo, debía llamarse Arabia a secas. Se había puesto fin a la casa de Saúd.

El resto de los países dirigidos por suníes actuaron con cautela a la hora de apoyar o condenar el derrocamiento del rey saudí, y reservaron sus críticas más virulentas a la interrupción del hach. De pronto daba la impresión de que a

nadie le gustaba la familia Saúd, pero se desconocían las consecuencias que podría tener ese hecho en una región potencialmente inestable. Las naciones chiíes aplaudieron abiertamente el golpe de Estado. En el resto del mundo los gobiernos expresaron sus reticencias; parecía que estaban calculando el significado del cambio y la línea de actuación que adoptaría el nuevo régimen, sobre todo con sus inmensas reservas de petróleo. Lo anteriormente implícito se volvió una obviedad incómoda: a nadie le importaba aquella gente, solo interesaba su petróleo.

Entonces llegaron noticias de Riad acerca de que el nuevo gobierno de Arabia respetaba la necesidad imperiosa de descarbonizar la economía mundial y que tenía la intención de destinar su petróleo a la fabricación de plástico y demás usos no relacionados con los combustibles. Así pues, el nuevo gobierno de Arabia reclamó ante la CCCB, la Coalición de Bancos Centrales para el Clima, que se había creado recientemente con la función específica de administrar el carboncóin, que su conversión inmediata a una energía completamente solar y su negativa a vender sus reservas de petróleo para la producción de combustibles merecían una compensación en la forma de los nuevos carboncoines, también llamados carbonis. De acuerdo con el cambio actual de un carboni por tonelada de dióxido de carbono no emitido a la atmósfera, se calculaba que la compensación exigida por el gobierno de Arabia ascendía a cerca de un billón de carboncoines, que al cambio suponían varios billones de dólares, lo cual convertiría instantáneamente a Arabia en uno de los países más ricos del planeta, al menos desde el punto de vista de los activos de su banco nacional. Si se mantenían los actuales tipos de cambio de las divisas, Arabia sería más rica que si hubiera vendido todo su petróleo para la producción de carburantes.

Tras un periodo de demora, la CCCB aceptó la reclamación árabe, pero estipuló que la cantidad se desembolsaría gradualmente, en plazos establecidos teniendo en cuenta el ritmo con el que Arabia habría extraído y destinado al combustible su petróleo en una historia alternativa que ya no ocurriría, y solo se le adelantaría una parte para recompensar al país árabe por hacer lo correcto para el planeta y para la civilización humana. Mientras tanto, Arabia podría disponer de esos ingresos garantizados para operaciones de apalancamiento. Arabia aceptó el trato y se puso manos a la obra.

Este recorte en el suministro puso por los aires el precio del petróleo y tiñó de negro el futuro de la industria petrolera. La escasez de petróleo y su consiguiente subida de precio provocaron el abaratamiento de las energías renovables, lo que hizo crecer la brecha que había entre el precio de uno y de otras. Y teniendo en cuenta que los impuestos sobre las emisiones de gases de efecto invernadero, que todos los países habían introducido en su legislación en cumplimiento de los últimos compromisos adquiridos en el Acuerdo de París durante la COP43, se incrementarían anualmente, todos los indicadores económicos apuntaban a que las renovables eran la manera más económica de producir energía. Por fin se estaba gravando el precio de los combustibles fósiles con el coste social, y el viejo dicho que la industria petrolera había ridiculizado durante décadas de repente se convertía en una obviedad, ya que era lo que daba más beneficios o producía menos pérdidas: «Mantenedlo en el suelo».

Poco después, el gobierno de Brasil se sumió en otro escándalo de corrupción que provocó la dimisión del presidente del país, del partido conservador, y su posterior

detención. Rápidamente se produjo el regreso triunfal de la denominada izquierda lulista, ahora también llamada Brasil Limpio, con las promesas de un gobierno limpio que representara a toda la población brasileña y de poner fin a la venta de petróleo, siguiendo claramente el modelo de Arabia; también prometió proteger y cuidar la selva de la cuenca amazónica. Brasil también reclamó a la CCCB una compensación en la forma de carboncoines adicionales por esta política de preservación del Amazonas. La CCCB aceptó la solicitud y, tras las negociaciones llevadas a cabo por Rebecca Tallhorse, se desembolsó inmediatamente una cantidad considerable de carboncoines a los grupos indígenas del Amazonas, que habían contribuido durante siglos a que la selva tropical neutralizara el dióxido de carbono. El acto de justicia climática junto con los nuevos desembolsos programados al gobierno de Brasil implicaron que se pusieran en circulación varios billones de carboncoines más, y los economistas convencionales de todo el mundo temieron que este repentino flujo de dinero nuevo provocara una deflación masiva. O quizá una inflación. La macroeconomía ya no era tan clara en cuanto a la expansión cuantitativa, ya que los datos de los últimos cincuenta años podían ser interpretados de maneras opuestas. Expertos de otras ciencias sociales afirmaban a menudo que este debate era una señal evidente de que la macroeconomía estaba al mismo nivel ideológico que la astrología, pero los economistas conservaban su habilidad para hacer oídos sordos a las críticas que les llegaban de fuera y se empecinaban en contradecirse unos a otros con la confianza de siempre en su especialidad. Algunos defendían que los carboncoines eran meros sustitutos de los petrodólares, que siempre se habían sacado del suelo como se sacaban conejos de las chisteras, ya que no habían existido hasta que empezó a extraerse y a venderse

petróleo. Sacados del suelo o sacados de la chistera…, ¿había alguna diferencia real entre los petrodólares y los carboncoines?, preguntaban esos economistas.

Otros economistas afirmaban que sí existía esa diferencia. Los petrodólares derivaban de un dinero preexistente, pagado a cambio de un producto que luego se convertía en electricidad o en movimiento, y por lo tanto formaba parte de la actividad económica; los carboncoines, en cambio, se habían creado a partir de la supresión del mundo de ese potencial de electricidad y de transporte, por consiguiente, del producto mundial bruto. Por lo tanto, los petrodólares hacían crecer el producto mundial bruto y los carboncoines lo reducían. Desde el punto de vista de la función que hacían, eran opuestos.

Aún había otros economistas que argumentaban que esa reducción de la quema de combustibles fósiles y el consiguiente descenso del producto mundial bruto ahorrarían a la biosfera unos daños que, a pesar de la dificultad de calcularlos, eran considerables. También el necesario trabajo de mitigación, rehabilitación y restitución ecológica, y el desembolso de las compañías aseguradoras que inevitablemente habría seguido a la quema de combustibles fósiles; y estos costes sí podían calcularse; y cuando se hizo dio la impresión de que era lo comido por lo servido, en petrodólares o en carboncoines, así que no era más que una tormenta en un vaso de agua, la nada más absoluta desde el punto de vista económico.

Por lo tanto, o era una gran ayuda, o una hecatombe, o un fiasco. De manera que los economistas se encontraban ante el reto de explicar el acontecimiento económico más importante de su época. ¡Menuda ciencia! Por todo el mundo (también dentro del Ministerio del Futuro) se afanaban en calcular los beneficios y las pérdidas de este acontecimiento de una manera que fuera posible plasmarse

en una única hoja de balance que a su vez pudieran defender. Pero eso era imposible, a no ser que en el cálculo se incluyeran un montón de supuestos cuya estimación demostraba ser una declaración ideológica de las prioridades y los principios del autor. Ficción especulativa, en definitiva.

Según algunos expertos, eso precisamente habían sido siempre los análisis y los pronósticos económicos. En este caso, insistían esos mismos expertos, había que volver a los fundamentos; porque esa era la verdadera economía; puesto que la humanidad solo disponía de la biosfera de la Tierra, su preservación era esencial para la existencia humana, así que su valor para el ser humano era algo así como infinito existencial. Por lo tanto, siempre sería imposible confrontar el precio de salvar la biosfera y sus funciones esenciales para la humanidad con el coste que supondría perderlas. Así pues, hacía mucho tiempo, ya fuera a principios de este siglo o en el mismo momento de su nacimiento, la macroeconomía había entrado en una zona confusa, y ahora quedaba al descubierto que siempre había sido una pseudociencia.

El resultado era que no se disponía de un método real para desentrañar lo que estaba pasando en la economía mundial, o para pronosticar lo que sucedería si los bancos centrales continuaban cumpliendo su promesa de llevar a cabo y suscribir una emisión masiva de dinero nuevo en el mundo. La expansión cuantitativa del carbono, CQE por sus siglas en inglés, era un gigantesco experimento de ingeniería social con una multitud de variables.

¿Puede haber algo más inestable? Por utilizar un término del lenguaje común y no uno económico. No cabía duda de la inestabilidad de la situación. Pero recuerda que a los mercados financieros de la época les encantaba la inestabilidad del precio de las acciones, ya que los

financieros habían invertido en toda clase de productos en posiciones largas y cortas y siempre ganaban dinero. Esos financieros no eran economistas sino especuladores. En esos últimos estertores del agotamiento capitalista, las finanzas eran lo más parecido a los juegos de azar, más aún, se habían convertido en la ruleta en la que la gente se jugaba el dinero. Y la banca siempre ganaba. Y el carboncóin era la mejor oportunidad creada jamás para una posición larga. Era casi un valor seguro. Por lo tanto, en ciertos aspectos podría decirse que la locura que se vivía era buena para los inversores. Todo aquel que había operado en corto con los combustibles fósiles y en largo con energías renovables estaba ganando una fortuna; y para que las fortunas sigan siéndolo necesitan reinversiones. ¡Crecimiento! ¡Crecimiento!

Había que reconocer que el crecimiento era la religión imperante en la época. Se había asumido como si fuera una especie de principio existencial, como si la civilización fuera un cáncer y todos se hubieran propuesto contribuir a su crecimiento con su particular forma de vida abocada a la muerte.

Pero esta vez era posible que ese crecimiento evolucionara para convertirse en algo que diera seguridad. Llámalo involución, o sofisticación; mejora; decrecimiento; crecimiento de alguna clase de deidad. Una sana respuesta al peligro… ¡Ahora entendida como una estrategia de inversión con grandes beneficios! ¿Quién lo sabe?

Nadie lo sabe, la verdad. El resto de los grandes petroestados observaban la nueva situación con inquietud, o incluso con pánico. Debajo de sus pies acumulaban reservas de combustibles fósiles que en el mercado actual tenían un valor de varios cientos de billones de dólares. Era

muy probable que esas ingentes reservas de petróleo se convirtieran en activos abandonados en un futuro muy cercano, de hecho se respiraba en el ambiente el estallido incipiente de una burbuja financiera. En ese contexto parecía lógico vender todo el petróleo posible antes de que su precio se desplomara. Sin embargo, si todo el mundo pone en liquidación sus productos a la vez, ¿quién va a querer comprar? Los países pequeños y prósperos ya producían su energía con métodos no contaminantes. La industria del transporte de mercancías, coaccionada por el hundimiento de sus barcos, había cambiado los combustibles fósiles por la energía eólica, la electricidad y el hidrógeno. La industria aeronáutica, igualmente presionada, se había centrado en los aviones eléctricos y sobre todo en los dirigibles. El transporte terrestre ya era casi exclusivamente eléctrico, y en aquellos casos en los que todavía utilizaba combustibles líquidos apostaba por los biocombustibles renovables en detrimento de los de origen fósil.

Por lo tanto, las centrales eléctricas eran los últimos clientes que podrían estar interesados en los combustibles fósiles, pero en su caso la energía solar era más barata y las baterías eran cada vez mejores, y en el caso del almacenamiento de energía sin baterías, con métodos como el bombeo hidroeléctrico, el almacenamiento térmico en sales, los volantes de inercia o el aire comprimido, cada día era más eficiente. Así que los petroestados desarrollados intentaron vender a precio de ganga su petróleo a los países en vías de desarrollo sin recursos energéticos propios. Los petroestados en vías de desarrollo decidieron dedicar sus reservas al autoconsumo y vender el excedente a los países en vías de desarrollo como ellos pero sin reservas de petróleo, a un precio aún más bajo. Estos países en vías de desarrollo sin reservas de petróleo fueron los últimos

grandes emisores de gases de efecto invernadero, y la verdad es que la cantidad de dióxido de carbono que arrojaban al aire no era despreciable. Pero la India ya había demostrado lo que podía lograrse al convertir las energías renovables en un pilar central de la política nacional después de la ola de calor. Y China era el líder mundial en la producción de placas de energía solar. Ambos países todavía vendían y exportaban su carbón, y Japón, entre otros países, seguía importándolo y consumiéndolo. Rusia y Australia también exportaban todo el carbón que podían. A pesar de los repentinos cambios que se habían introducido, aún se quemaba carbón. Ya lo creo, del orden de veinte gigatoneladas al año. ¿Piensas que porque Arabia hubiera optado por el buen camino dejaría de haber tarta y cerveza en el mundo? De hecho no se divisaba su final. La imagen de una burbuja que estalla era adecuada en ciertos aspectos y una mera ilusión en otros. La gente seguía necesitando electricidad y transporte. El dinero todavía mandaba en el mundo. Era muy posible que la burbuja que estaba estallando fuera la propia biosfera. La guerra por el destino del mundo continuaba.

Rusia seguía vendiendo su petróleo y su gas, para bien de Europa, ya que buena parte del Viejo Continente se calentaba en invierno con el gas ruso. Como quedó claro cuando los gaseoductos fueron bombardeados en lo más crudo de aquel invierno.

Porque los rusos también vendían lo que llamaban misiles de lapidación. Eso o habían vendido, regalado o perdido (a manos de ladrones o de espías) los planos para fabricarlos. Y lo cierto es que no era tan difícil desentrañar su funcionamiento mediante ingeniería inversa, hasta el punto de que la mayoría de los principales países los habían

añadido al arsenal de su ejército. Al parecer, incluso algunos ejércitos privados disponían de ellos, y solo podían haber adquirido una tecnología tan avanzada de algún país importante. De hecho resultaba aterrador que alguien tuviera en su poder unos misiles como esos.

Los rusos los habían introducido en su armamento en la década de 2020 y su uso se extendió más rápidamente de lo que lo hicieron las consecuencias de su existencia. Los países seguían gastando miles de millones de dólares, que podrían haber destinado a otra cosa, en barcos y en aviones de guerra y en bases militares que no podían defenderse de esos nuevos misiles. Los nuevos proyectiles tenían un poder de destrucción mayor que la bomba atómica en un sentido muy concreto: podían utilizarse. Y eran imparables. Ese era el principal problema que la gente no comprendía, ya fuera porque no podía o porque no quería: la solución no era renovar el arsenal armamentístico ni adquirir otras armas, porque esos misiles eran imparables. Eran pequeños, se disparaban desde lanzamisiles portátiles, llegaban desde todas direcciones en un ataque coordinado y convergían en el objetivo solo a escasos segundos del impacto. No emitían señales radioactivas, por lo tanto podían permanecer ocultos hasta el momento del lanzamiento. Y eran relativamente baratos.

Una vez lanzados volaban a una velocidad de alrededor de mil quinientos kilómetros por hora. Si a eso se sumaba el hecho de que solo se reunían en el objetivo con los demás proyectiles disparados en el momento previo a la lapidación, no hacía falta nada más para sortear cualquier defensa contra ellos. En resumen, eran versiones explosivas y letales de los drones que habían derribado todos los aviones en el Día de los Accidentes.

¿Portaviones? Hundidos. ¿Bombarderos? Derribados. ¿Un barco petrolero? ¡Bum! Hundido en diez minutos. Una de las

ochocientas bases militares que Estados Unidos tenía repartidas por el mundo, hecha añicos. Muerte y caos, y no se encontraba a nadie a quien echar la culpa.

¿La guerra contra el terror? Se perdió.

O todos felices, o todos en peligro. Pero nunca habíamos sido felices, así que siempre estaríamos en peligro.

O, diciéndolo de otra manera: o se respetaba todas las culturas, o todas estarían amenazadas.

¿Por qué? Porque:

El avión privado de un ricachón… Bum.

Una central eléctrica de carbón en China… Bum.

Una fábrica de cemento en Turquía, bum. Una mina en Angola, bum. Un yate en el Egeo, bum. Una comisaría en Egipto, bum. El hotel Belvedere de Davos, bum. El directivo de una petrolera que caminaba por la calle, bum. La sede del Ministerio del Futuro…, bum.

La gente debía tener en cuenta que esa lista de objetivos podía ampliarse. El Capitolio de Estados Unidos, los distintos parlamentos, la Kaaba de la Meca, la Ciudad Prohibida de Pekín, el Taj Mahal, etcétera.

No había un lugar seguro en la Tierra.

En las reuniones que mantenían la Interpol y otros organismos dedicados a la seguridad mundial cuando se producían esos ataques nunca se llegaba a identificar de manera concluyente a los autores. Si bien, como en el caso del agente nervioso de origen ruso que se había empleado para asesinar a disidentes rusos en el Reino Unido, aquellos misiles de lapidación no eran algo que cualquiera pudiera fabricar en el garaje de su casa, sino complejos artefactos militares. Eran unas armas que solo estaban al alcance de los gobiernos nacionales, fabricadas para ejércitos poderosos y sofisticados por empresas punteras de la industria aeroespacial y de la ingeniería informática,

posteriormente vendidas o entregadas a actores secundarios.

Así que, tras las reuniones de la Interpol, comenzó a circular el rumor de que el golpe de Estado contra la familia real saudí se había planeado en Rusia. Pero, un momento, ¿por qué los rusos iban a hacer una cosa así? Porque una vez que se sacara de la circulación el petróleo saudí, y luego el brasileño, el precio del petróleo ruso se dispararía. Pero solo eran especulaciones. El gobierno ruso negó ese rumor y alegó que formaba parte de la campaña contra Rusia que estaba llevándose a cabo en Occidente y en el resto del mundo. Eso era todo. Cada país era responsable de su seguridad. Rusia cumplía todos los tratados que había firmado y era una fuerza de estabilidad en el mundo. Era posible que los misiles de lapidación incluso fueran algo positivo, ya que hacían imposibles las guerras; garantizaban la destrucción mutua de objetivos militares y dejaban al margen las poblaciones civiles. Eso significaba el final del concepto de guerra total del siglo xx, un regreso al enfrentamiento entre ejércitos que había caracterizado los conflictos armados antes de que se rompieran las civilizadas normas establecidas en Westfalia en 1648 y cayeran en el olvido durante el siglo xx. Ahora volvían.

Pero eso no era verdad del todo, porque cualquier cosa podía ser un objetivo. Así que no se trataba de un enfrentamiento exclusivo entre ejércitos, como afirmaba Rusia, sino de un duelo entre dos contendientes cualesquiera... Si es que conseguían esos misiles que convergían en su objetivo.

Una ola de calor golpeó Arizona, luego Nuevo México y el oeste de Texas, y se extendió por el este de Texas, Misisipi, Alabama, Georgia y la estrecha faja de territorio del estado

de Florida al sur de Alabama y Georgia. Durante una semana, la combinación de temperatura y de humedad mantuvo una temperatura de bulbo húmedo de unos 35ºC, con temperaturas que rondaban los 43ºC y una humedad del 60 por ciento. El suministro de electricidad apenas sufrió cortes y la población permaneció dentro de los edificios climatizados; la gente que no tenía aire acondicionado en casa o que temía quedarse sin él en cualquier momento se congregaba en edificios públicos climatizados. Todo controlado. Pero entonces llegó un anticiclón desde el Caribe y la llamada doble ola subió la temperatura de bulbo húmedo hasta los 38ºC, con consecuencias fatales. La demanda de energía aumentó y se produjeron interrupciones y bajadas de voltaje en el suministro, y a pesar de que en algunos casos estas últimas se realizaron intencionadamente para sortear los apagones, y finalmente lograron su objetivo y estos fueron relativamente breves, no pudo evitarse que millones de personas quedaran expuestas a un calor letal, y entre doscientas y trescientas mil personas murieron en un solo día durante esa ola de calor.

Más tarde se revisó la cifra, ya que se descubrió que en el último censo, que se realizaba cada diez años, el número de personas en riesgo que se había contabilizado era muy inferior del número real. Pero el número exacto de muertos daba igual. En cualquier caso era enorme. No tanto como el de las personas que habían muerto durante la ola de calor de la India, pero esta vez había ocurrido en Estados Unidos, y eso lo cambiaba todo, sobre todo para los estadounidenses.

Aunque silenciosamente, durante los meses siguientes emergieron los prejuicios de la gente. La ola de calor se había producido en el sur del país, donde la mayoría de la población era pobre, gente pobre de color. En el norte nunca

ocurriría; a la próspera gente blanca nunca le pasaría algo así. Y cosas por el estilo. Se olvidaba que en Arizona también había pasado, salvo en la propia Arizona.

Era otra demostración del racismo y del desprecio hacia el sur, sí, pero también de un sesgo cognitivo universal, ese en el que a la gente le resulta difícil imaginar que le puede ocurrir una catástrofe, hasta que ocurre. Por lo tanto, las personas tienden a negar que el clima pueda matarlas hasta que lo hace. ¿A otros? Sí; ¿a ellos? No. Se trata de un error cognitivo que, como la mayoría de ellos, se mantiene a pesar de que el sujeto conoce su existencia y su predominio. Había quien especulaba que era una especie de mecanismo de supervivencia, al que recurría el ser humano para seguir adelante aun cuando era inútil insistir. Las personas que vivían a treinta kilómetros de una ciudad arrasada por un tornado en Ohio podían afirmar que la población devastada se encontraba en el camino del tornado y ellas no, así que nunca les pasaría. Quizá una semana después murieran por un inesperado fenómeno similar y todavía defendiendo que no había precedentes de una cosa así, pero hasta entonces jurarían que no podía pasarles. Así era la gente, y ni siquiera el episodio que abrasó el sur lo cambió.

Ese año los niveles de concentración de dióxido de carbono rondaron las 470 partículas por millón.

Habían dejado de conducir coches para agarrarse con desesperación a la cola de un tigre para no morir.

70

La Conferencia de las Partes del Acuerdo de París continuó celebrándose anualmente a pesar de la sensación general que tenían los asistentes de su irrelevancia frente al aumento imparable de los desastres que estaban asolando el mundo. Era evidente que la consecuencia del empeoramiento de la situación con respecto a las emisiones de dióxido de carbono a la atmósfera era que muchos de los países en vías de desarrollo, los que disponían de menos recursos para hacer frente a las catástrofes climáticas, estaban sufriendo fenómenos climáticos devastadores con regularidad, y estos seguramente se habían convertido en el principal desencadenante de los conflictos humanos que estaban estallando en todos los rincones del mundo. Aquellos que se daban cuenta de las causas últimas de esos conflictos creían en la vigencia del Acuerdo de París, a pesar de que empezaba a mostrar signos de debilidad en relación con la gravedad de la crisis.

Las negociaciones sobre el clima llevadas a cabo en el seno de la ONU siempre habían hecho una clara distinción, que incluía la confección de listas, entre los países desarrollados y los que se encontraban en vías de desarrollo, y se había insistido reiteradamente a las naciones desarrolladas en que tenían que hacer más que los países en vías de desarrollo para mitigar los problemas del cambio climático. Esto, que se llamó «equidad climática», en gran medida se plasmó por escrito en el artículo 2 del

Acuerdo de París. La cláusula 2 del artículo 2 dice lo siguiente: «El presente acuerdo se aplicará de modo que refleje la equidad y el principio de las responsabilidades comunes pero diferenciadas y las capacidades respectivas, a la luz de las diferentes circunstancias nacionales.» La cláusula 1 del artículo 9 insiste en este principio: los países desarrollados tienen la obligación de ayudar a los países en desarrollo, pueden y deben hacer más que los países en desarrollo.

Eran unas cláusulas fundamentales en el acuerdo. La redacción de esos artículos y de esas cláusulas se había peleado oración a oración, frase a frase, palabra a palabra. Los representantes que más habían luchado para que se incluyeran esos artículos se habían entregado en cuerpo y alma y habían consagrado años de su vida a la labor. En el transcurso de esos encuentros, mientras viajaban en el metro, cotejaban notas sobre divorcios, quiebras, carreras truncadas, enfermedades relacionadas con el estrés y otros costos personales que se iban acumulando por dedicarse con tanta pasión a esa causa.

¿Eran unos idiotas por poner todo su empeño en la defensa de unas palabras en un mundo que se precipitaba hacia el desastre? ¿Lo eran por no rendirse? Las palabras estaban hechas de papel en un mundo de granito. No existían los mecanismos para obligar a cumplir a los países desarrollados esas exigencias que se habían redactado escogiendo con tanta minuciosidad cada palabra; solo eran teóricas; el cumplimiento de los requerimientos del mandato internacional dependía de la voluntad de los países de hacerlo. Y cuando los gobiernos nacionales incumplían sus propias promesas no tenían que dar la cara ante un juez ni un alguacil, ni pendía sobre ellos la posibilidad de ir a la cárcel. Las sanciones brillaban por su ausencia.

Pero ¿qué otras opciones teníamos? El mundo se rige por leyes y tratados, o eso parece en ocasiones; el mundo de granito a punto de derrumbarse, sostenido por palabras de papel. Y si alguien sale con el argumento de que el mundo en realidad se rige por pistolas que te apuntan a la cara, como observó mordazmente Mao, quienes empuñan esas armas suelen ser las leyes y los tratados. Si renuncias a las palabras acabas en un mundo de gánsteres, ladrones y fuerza bruta, arrojado a la calle de noche para que te den una paliza, te peguen un tiro o te metan en la cárcel.

Así que la gente que luchaba por las palabras, por la redacción precisa de los tratados, daba lo mejor de sí para impedir que el mundo se convirtiera en un lugar dominado por la fuerza bruta y los asesinatos con nocturnidad. Hacían lo que podían con los medios de los que disponían.

Ahora, cuando el deterioro de la situación continuaba agravándose, en todas las Conferencias de las Partes había representantes que seguían concentrándose en las oraciones y en las palabras. Muchos argumentaban que todos los jóvenes del planeta, más todas las generaciones futuras de seres humanos, más todas las criaturas del planeta, carecían de una voz que hablara en su nombre, sobre todo en los tribunales. Todos esos seres vivos conformaban algo así como una nación en desarrollo, pobre y vulnerable, y enorme, que aparecía inexorablemente en el horizonte del tiempo. Los ciudadanos de esta nación eran jóvenes y débiles, y en muchos casos estaban completamente desamparados. Y sin embargo también tenían derechos; y de acuerdo con las cláusulas de equidad del Acuerdo de París, que todas las naciones habían firmado, podía defenderse el argumento de que tenían unos derechos equivalentes al resto de los países en vías de desarrollo. Y parecía cada vez menos probable, sin que las naciones que formaban parte del Anexo 1 (es decir, las

desarrolladas, las «históricamente ricas») tuvieran que hacer un esfuerzo urgente ni grande, que ese gigantesco nuevo país en vías de desarrollo se desarrollara e incluso que llegara a existir alguna vez. Por lo tanto, las cumbres de las COP debían continuar insistiendo en que la equidad era un valor y una política fundamentales. Eso significaba que el órgano subsidiario conocido popularmente como el Ministerio del Futuro tenía que continuar recibiendo un apoyo incondicional.

71

Notas para Badim. Reunión ordinaria con Mary y los directores de los departamentos del ministerio. Los habituales puntos en el orden del día más otras impresiones (B. quiere más). Lo pasaré a limpio más tarde. Transcribo según hablan. Otra vez se me ha olvidado ir al baño antes.

Badim sentado al lado de Mary, distraído.

Tatiana Voznesenskaya sentada al lado de Badim, también distraída. La han demandado en Rusia y su vida corre peligro si vuelve a su país. Aquí ha cambiado de domicilio. Ha informado de demandas en más de un centenar de países. También se ha unido a los equipos legales de alrededor de cuatrocientas asociaciones contra las que se han presentado querellas por actuar. T. está de mal humor.

Imbeni: El ataque al ministerio podría haber animado a otros organismos a dar un paso adelante. La Unión Africana está apoyando las nacionalizaciones en África, lo que significa la formación de un frente común contra China, el Banco Mundial y el resto de las fuerzas extranjeras. África para los Africanos es el partido político que está creciendo más rápidamente en todo el continente. Nigeria está recibiendo presiones para que siga el ejemplo de Arabia y de Brasil y reclame los carboncoines. Si lo hiciera podría financiar un montón de iniciativas, empezando por poner los cimientos de unas infraestructuras y una educación básicas. Actualmente se considera que tener petróleo es una

maldición de la que hay que librarse mediante un exorcismo. Es una oportunidad para contribuir a hacer un cambio para bien. Una África liderada por africanos.

Bob, Adele y Estevan presentan sus informes. Se centran sobre todo en la Antártida. Los proyectos de prueba para bombear agua de debajo de los glaciares están obteniendo buenos resultados. El deslizamiento del glaciar Isla de Pine se ha frenado y su desplazamiento anual ha dejado de medirse por centenas de metros para hacerlo por decenas. Deberíamos respaldar con todas nuestras fuerzas la aplicación del método a gran escala. Sesenta glaciares antárticos y quince de Groenlandia. El esfuerzo es grande, pero la relación entre costes y beneficios es impresionantemente buena. Una buena inversión. Adelante. M. asiente con la cabeza.

Kaming no está tan animado. El ritmo de las extinciones sigue aumentando. El tigre de Sumatra, el rinoceronte blanco del norte, más delfines de río (se ha confirmado la desaparición de los últimos ejemplares que vivían en libertad). Los siguientes serán los orangutanes, junto con otras trescientas cincuenta especies de mamíferos que se encuentran en la zona roja del peligro de extinción.

Indra: Se ha mejorado la capacidad de captura de aire y se ha abaratado su coste. Hay que aplicarlo a gran escala y buscar los lugares idóneos para capturar miles de millones de toneladas de hielo seco. Los progresos que se han hecho en esta tecnología implican la necesidad de mayores inversiones en ella. Hablamos de buena parte del presupuesto del ministerio, y una buena suma de carboncoines.

Elena: El movimiento 4 por 1000 ha creado una prueba precisa, sencilla y barata para medir la variación de un año para otro del carbono presente en el suelo. Ahora que es

posible medirlo solo se necesita todo un ejército de funcionarios para que certifiquen los resultados obtenidos.

Mary: ¿Alguien paga a los agricultores por las pérdidas ocasionadas por la transición a los nuevos métodos agrícolas?

Elena: No. No se ha encontrado a nadie que se haga cargo de eso.

Mary: ¡Pero si es una manera perfecta de conseguir carboncoines! ¿Por qué no los reciben?

Dick: Los bancos tienen que dejar claro que pueden desembolsarse fracciones de un carboni, como si fueran céntimos de carboni.

Elena: Eso sería genial. Pero solo ahora empezamos a poder cuantificar el dióxido de carbono secuestrado. Además, está empezando a convertirse en un problema la definición de «secuestro».

Dick: La definición aceptada por la CCCB establece que el dióxido de carbono debe permanecer almacenado durante un siglo.

Mary: ¿Es suficiente tiempo?

Dick: Por ahora sí. Es mejor posponer el problema cien años que no hacer nada. En el fondo es una definición de emergencia.

Indra: En parte por eso geoingeniería ya no es una palabra ni un concepto útiles. A todo lo que se hace a gran escala se le llama geoingeniería: frenar el deslizamiento de los glaciares, la captura directa de aire, proyectos para retener el dióxido de carbono en el suelo como el 4 por 1000… Todas son acciones de geoingeniería.

Mary: Pero la gestión de las radiaciones solares es geoingeniería, eso no admite discusión.

Indra: Ya, pero ¿qué más da eso? La ola de calor que ha golpeado Estados Unidos ha vuelto a poner el tema encima de la mesa. Los resultados indios todavía son objeto de

debate, sobre todo su reivindicación de que el doble Pinatubo hizo descender la temperatura del planeta 3ºC durante cinco años y 1ºC durante la siguiente década. Ahora hemos vuelto a los niveles previos a la intervención india. Pero hay muchos factores desconcertantes que rebaten esas cifras.

Mary: En la India, no. Volverán a hacerlo.

Indra: Allí hay un consenso general sobre la eficacia de la intervención. Así que es comprensible que estén dispuestos a repetirla. Ahora también está debatiéndose el asunto en el Congreso de Estados Unidos. Es un tema polémico. Mientras tanto estamos trabajando con la CCCB en una lista de métodos para cuantificar y certificar la captura y el almacenamiento del dióxido de carbono que permita pagar con carboncoines a personas físicas. Toda geoingeniería es bienvenida. La propia palabra necesita una rehabilitación.

Mary: Buena suerte con eso. Dick, ¿qué pasa con la economía? El mundo continúa sumido en una superdepresión, pero los mercados van viento en popa, ¿qué está pasando?

Dick: ¡El efecto del carboncóin está siendo un gran estímulo! (bromeando como siempre). La economía lo fagocita todo. El carboncóin solo es otro producto con el que mercadear, una moneda más en el mercado de divisas. Una apuesta por el diferencial entre el palo y la zanahoria. Así que la gente está operando en corto con los carboncoines, y eso significa que, cuanto peor le vaya al clima, más dinero ganará. Ha hecho una apuesta compensatoria por el apocalipsis.

Mary: ¿Podemos impedirlo?

Dick: Una caída en el precio del carboncóin es un indicador de que los incentivos para no emitir gases todavía no son suficientemente fuertes. Además, cualquier clase de medición siempre conlleva una financiarización del propio

método de medición. Así que solo está pasando lo de siempre.

Mary: ¿Qué podemos hacer para aumentar la presión sobre la emisión de gases?

Dick: Consigue que la OMC cambie las reglas para que penalice todas las emisiones de gases de efecto invernadero y una subida progresiva del impuesto sobre el dióxido de carbono. Difunde que están aumentando los sabotajes a las petroleras, eso animará a otros a imitarlos. En pocas palabras: arbitraje y sabotaje.

Mary: Ja, ja.

Algunos nos reímos de verdad.

Dick: El mercado necesita un Estado robusto para que apoye el dinero. El Estado necesita un mercado robusto para que mantenga la liquidez de la economía. Pero el Estado y el mercado no van juntos de la mano. ¡O si sus manos se tocan es porque están echando un pulso! Para discernir quién controla una situación en la que ambos están metidos.

Mary: Y nosotros queremos que gane el Estado.

Dick: Los estados legislan, y las leyes rigen el sistema. Así que, sí, el Estado es el actor fundamental. Pero no podemos desterrar el mercado. Ahora menos que nunca. Es demasiado grande, es lo que maneja el mundo. Solo tenemos que obligarlo a invertir en lo que nos interesa a nosotros.

Badim asiente con la cabeza.

Janus Athena: En IA impactó algo que dijo Dick antes del atentado contra el ministerio. (J. A. nunca habla en primera persona.) Dijo que el ministerio debería crear algo así como un gobierno en la sombra, para que cuando el sistema se desmorone la gente pueda recurrir a un plan B. Así que el departamento de IA ha estado esbozando lo que sería un gobierno en la sombra y lo ha publicado en páginas de

internet. El plan B es de código abierto. Estamos observando un crecimiento en la aceptación de YourLock. Ya puede hablarse de un nuevo internet; quizá los usuarios estén preparados para centrarse en una nueva clase de ciudadano del mundo. Llamadlo ciudadano de Gaia o como os apetezca… Ciudadano de la Tierra, miembro de la comunidad, ciudadano del planeta. Un solo planeta. La Madre Tierra. Todo eso son términos utilizados por personas que piensan en sí mismas como en parte de la civilización planetaria. Sería el significado principal de patriotismo pero aplicado al planeta.

Matriotismo, bromea Dick.

J. A. asiente. El apoyo está creciendo rápidamente. Se podría llegar a un punto de inflexión y convertirse en la manera de pensar mayoritaria. Sería una nueva estructura de los sentimientos, con una política subyacente como tal. La civilización global trascendería las diferencias regionales. Surgiría una hegemonía diferente. Los planes para un gobierno en la sombra solo son una parte de un movimiento más amplio. Como un programa informático para un sentimiento.

Mary: La aldea global.

J. A.: Más o menos. Ese nombre se ha quedado anticuado. No puede hablarse de una aldea. Más bien sería algo así como una conciencia planetaria, una gobernanza de la biosfera, ciudadanos de Gaia, un solo planeta, la Madre Tierra, etcétera. Aldea no es la palabra correcta.

Badim: Tendría que ser una religión explícita, como yo me he cansado de decir. Una llamada a la devoción o a la adoración.

Mary no escucha a Badim: ¿Cómo va la IA? ¿Han descubierto algo vuestras máquinas?

J. A. parpadea y hace una mueca de dolor. Por alguna razón la pregunta le resulta incómoda. Ingenuidad.

Responde: En este campo los nombres son engañosos. La minería de datos nos aporta una información que no conoceríamos de otra manera. Puede llamarse inteligencia artificial, pero es lo que siempre se ha llamado ciencia. Lo que tenemos en realidad es ciencia asistida por ordenadores. Ese sería un nombre más preciso. Hay avances. Pero todavía tenemos que averiguar qué hacer con lo que tenemos. El mayor potencial de progreso está en la comprensión humana…

Mary corta el aire un par de veces con la mano para atajar las preocupaciones de J. A. con la nomenclatura. Dice: Probablemente nos atacaron por algo concreto que estamos haciendo. Suiza también fue atacada, así que ahora tenemos a sus autoridades de nuestra parte y están investigándolo. Eso significa que seguramente tiene algo que ver, de una o de otra manera, con la economía. Quizá veamos cosas que se les escapan a ellos, nunca se sabe. Ten eso en mente mientras investigas. Porque ahora mismo estamos metidos en el meollo. Las cosas están poniéndose feas.

72

El corredor ecológico solo era una primera idea englobada en el vasto proyecto La Mitad de la Tierra, pero lo primero es lo primero. La fauna corría un peligro mortal en todas partes, así que teníamos que hacer todo lo que fuera posible en ese momento, y cuanto antes. Y los corredores ecológicos ya tenían una larga tradición de metodología e instrumentos legales, así que por ese lado el trabajo ya estaba hecho. El famoso corredor Y2Y, entre Yukón y Yellowstone, era un éxito. No es que pueda decirse que fuera un corredor que presentara unas dificultades extraordinarias, más que en ningún otro lugar de la Tierra, ya que lo que es la columna vertebral de las Rocosas canadienses están casi deshabitadas, e incluyen, a ambos lados de la frontera, un montón de tierras federales y tribales que se han convertido en parques y cosas así para protegerlas. Por no mencionar dos de los grandes ecosistemas que se conservan, el Gran Ecosistema de Yellowstone en el extremo sur, donde la vida animal prospera, y el ecosistema del Ártico en el norte, en donde a los animales les va bastante bien, si no tenemos en cuenta que el cambio climático está derritiendo el suelo y el hielo debajo de sus pies. Si las poblaciones de ambos ecosistemas empezaran a migrar hacia el centro, el corredor les daría todas las facilidades para que lo hicieran. Además, en las dos zonas la población de mamíferos y de aves estaba relativamente sana, en el sentido de que apenas

tenía contacto con sustancias tóxicas y vivía en gran número y abarcando una vasta extensión de terreno. Como modelo de concepto, el Y2Y ha obrado maravillas a la hora de mostrar a la gente lo eficaz que puede llegar a ser un proyecto así. Los animales tenían libertad para moverse de un lado a otro y estaban protegidos de los cazadores. Las carreteras que se mantenían abiertas en la región discurrían por pasos subterráneos o elevados. En cuanto a las vallas, directamente se habían derribado o se habían retirado algunos tramos para permitir el paso de los animales. Se había censado a millones de animales que ahora participaban en el llamado Internet de los Animales, que en esencia era un gigantesco programa de estudios científicos. No faltaríamos a la verdad si dijéramos que existía un censo más preciso de los mamíferos y de las aves del corredor Y2Y que de las personas que vivían dentro de sus límites.

¡Todo iba de maravilla! Y no habría sido difícil añadir un corredor de este a oeste para unir Yellowstone con Yosemite y crear el Y2Y-Cal. California ya estaba en la vanguardia de la protección animal, desde los tiempos en los que salvaron de la extinción el carnero silvestre de Sierra Nevada, una labor que ahora se estudia y se copia en todo el mundo; y más o menos en la misma época prohibieron la caza del puma. Si se conectara esa gran bioisla con Yellowstone conseguiríamos que Wyoming, Idaho, Utah, Oregón y Nevada se subieran al carro, y a pesar de la complejidad política de esos estados, la verdad era que sus vastas zonas rurales estaban vaciándose de personas, así que si entidades públicas o privadas presentaban una oferta atractiva, que en el fondo se reducía a ofrecer el dinero suficiente a cambio de unos convenios de conservación del estilo de los acuerdos de cesión de paso, lo normal sería que se alcanzara un acuerdo. Entonces los corredores se fusionarían, las carreteras se soterrarían o se elevarían, se

cambiarían las leyes que regulan la caza y se entregaría las noches a los animales para que dispusieran de ellas como habían hecho hasta tiempos recientes. El día para las personas y la noche para los animales; no solo eran nocturnos para evitar encontrarse con nosotros, ya que muchos animales eran más activos por la noche incluso en estado salvaje. Así que pagábamos a un montón de gente para que nos enviara fotografías nocturnas de animales tomadas con cámaras dotadas de un sensor de movimiento, como las recompensas de antaño pero a la inversa, la gente cobraba por mantenerlos vivos en vez de por matarlos. Los gobiernos locales solían reaccionar con entusiasmo porque veían una oportunidad para atraer el turismo y a los distintos organismos federales les gustaba el plan, sobre todo al BLM, encargado de la gestión del territorio, y al Servicio Forestal, que para los fines que perseguía este proyecto eran los que más contaban. Si no llamábamos la atención en Washington, que era donde los capullos se reunían y debatían a grito pelado sobre el derecho de matar sin restricciones a cualquier ser vivo, podríamos seguir adelante con la creación del corredor sin demasiados contratiempos.

Bueno, bien. Se extendieron los corredores desde el extremo sur de Y2Y en múltiples direcciones; hacia el suroeste hasta California, luego por la columna vertebral de Sierra hasta los grandes desiertos, y hacia el noroeste hasta las Cascadas y la cordillera Olímpica; y luego siguiendo la divisoria continental a través de Colorado y de Nuevo México hasta la frontera. Empezó a hablarse de la Y2T, es decir, del corredor entre Yukón y Tierra del Fuego, que se extendería siguiendo la gran línea de cordilleras que recorre América de norte a sur. La mayoría de los países latinoamericanos que participarían en el proyecto ya

estaban haciendo cosas así, con Ecuador y Costa Rica a la cabeza. Así que era factible.

¿Qué pasaba con la expansión hacia el este, siendo el este la mitad oriental de Estados Unidos y de Canadá? Bueno, la mayor parte del territorio canadiense está deshabitado, la verdad. Claro que tiene sus campos de trigo, su autopista transcanadiense y sus grandes ciudades. Pero casi todo eso está cerca de la frontera con Estados Unidos. Y Canadá es enorme. Seamos sinceros, Canadá podría liderar el movimiento La Mitad de la Tierra sin necesidad de hacer muchos cambios; solo habría que trasladar al 2 por ciento de su población y los animales disfrutarían de más de la mitad del territorio del país. Pero, claro, eso pasa en casi todos los países del mundo. Pero Canadá es el no va más.

Estados Unidos no tanto. Los estados agrícolas tienen una población bien distribuida, las granjas ocupan hasta el último centímetro cuadrado de tierra apta para el cultivo y han acabado con toda la fauna que han podido, en particular con los principales animales depredadores. Así que no es de extrañar que tengan una plaga de ciervos, de ahí la plaga de garrapatas que también sufren, y de ahí la epidemia de la enfermedad de Lyme en las personas, etcétera. ¡Vaya! ¡Ecología en acción! Y también es cierto que aún conviven con los habituales omnívoros carroñeros superhábiles, como los coyotes, los mapaches, las zarigüeyas y demás. Pero, aparte de eso, nada. El Medio Oeste se trató como si fuera una fábrica de dimensiones continentales de donde salían los productos que acababan en las tiendas de comestibles, y cualquier cosa que se interpusiera en el camino hacia ese objetivo fue considerado una plaga, una alimaña o se mató. Así eran las cosas. Era un aspecto de una cultura antigua. En el valle central de California también se había dado el caso, y en las regiones agrícolas del sur continuaba vigente.

De manera que cuando defendías la fauna en esas partes del país ancladas en el pasado te sentías como si estuvieras defendiendo las langostas o tu plaga favorita. A pesar de que tenían una idea completamente equivocada del origen de las enfermedades y vivían en estanques de pesticidas que tenían unos efectos adversos en sus hormonas y en su ADN, hasta el punto de que seguramente acabarían matándolos. Pero eran unos argumentos que había que presentar, y claro que nos ganábamos antipatías. En los mítines nos abucheaban. Había hombres armados a los que se les hacía la boca agua al pensar en la oportunidad de disparar y matar a un animal, cualquiera que fuera, hasta el punto de que no tendrían ningún reparo en disparar a un hombre en vez de a un lobo si tuvieran la certeza de que se irían de rositas. En esas situaciones había que ir con pies de plomo.

Lo primero era el dinero. Sumas considerables de dinero. Luego era el turno de la persuasión. Las hileras de setos solían ahorrar suelo, enriquecían la tierra y se los consideraba dignos inquilinos del suelo que ocupaban. Lo mismo ocurría con las plantas autóctonas. Y con la siembra directa. Lo primero que había que hacer era considerar los corredores ecológicos un complemento para esa forma de agricultura que aumentaba la productividad del suelo y su regeneración. Las densas barreras de setos eran la puerta de entrada a ese tema, la innovación que recibía menos objeciones. Después había que presentar la idea de la fauna como una especie de mecanismo de control de plagas. Como no podía ser de otra manera, a los granjeros con ganado no les hacía ni pizca de gracia la idea, pero después del susto de las vacas locas de la década anterior, con el consiguiente desplome del precio de la ternera, apenas quedaban animales en los pastos de los que preocuparse. Los cerdos no salían de las porquerizas ni las gallinas de los

corrales; y los supuestamente terribles lobos estarían alimentándose de los ciervos infestados de garrapatas que se comían las cosechas. ¡Porque los ciervos eran la verdadera plaga que arrasaba las cosechas! ¡La mejor manera de proteger las cosechas era introduciendo depredadores salvajes en las tierras! Y luego incluso, si era necesario hacer un control de población, podrían cazarse. Aunque este argumento era un poco falaz, ya que algunos de mis colegas más exaltados proponían que el control de población se hiciera cazando a los cazadores. Pero los portavoces del movimiento que éramos comprensivos con la gente del Medio Oeste hacíamos hincapié en el aspecto del control de plagas de la reintroducción de la fauna, sin dar detalles de las plagas de las que hablábamos.

Y, seamos sinceros, en la mitad norte del Medio Oeste y en los estados situados al oeste hasta la misma ciudad de Seattle estaban malheridos. De todas maneras estaban vaciándose. Se ganaba más dinero criando búfalos y cuidando de reservas naturales que con la agricultura y la ganadería. Esas llanuras del norte nunca habían reunido las condiciones para convertirlas en tierras de cultivo, y la gente lo había aprendido por las malas desde el primer día. Ahora la juventud emigraba y nunca regresaba.

¿Qué se podía ofrecer a los jóvenes para que se quedaran? ¡La protección de la fauna! Sobre todo si era una manera de ganarse bien la vida, o por lo menos mejor que en los dos siglos que los granjeros, endeudados hasta las cejas, llevaban intentando cultivar unas tierras estériles asoladas por las sequías en verano y por la nieve en invierno. Pese a todos sus esfuerzos, lo único que habían conseguido en todo ese tiempo era un cuenco de polvo, una montaña de deudas, que sus hijos se marcharan y una muerte prematura. Había sido un error inicial de categoría,

una demostración de analfabetismo ecológico. Era el momento del cambio.

Así que nos reuníamos con las juntas de supervisores de los condados, con los gobiernos municipales, íbamos a las iglesias, a los parlamentos estatales, a las ferias agrícolas, a las de muestras, a los consejos escolares… Asistíamos a toda clase de reuniones, incluso esas a las que nunca te habías imaginado que irías algún día y de las que te arrepientes de ir en cuanto pones un pie en ellas. Y presentábamos nuestro proyecto, les mostrábamos las fotografías y los números, a ver si con un poco de suerte conseguíamos algo. Si era necesario hasta les ofrecíamos mamuts lanudos y tigres dientes de sable, aunque, seamos sinceros, a la gente del Medio Oeste no le van demasiado esas cosas. Su idea de megafauna es su labrador de color chocolate.

Nos iba bastante bien hasta que nos topamos con un obstáculo. Un grupo de gente armada muy cabreada nos informó de que, si bien teníamos derecho a cruzar la frontera del estado para entrar en Dakota del Norte desde Montana acompañados de una manada de búfalos que era la avanzadilla de una serie de animales, entre ellos, sí, pumas, panteras y osos, ¡oh, Dios mío!, ellos no iban a dejarnos pasar. Como estadounidenses tenían el derecho de matar a los intrusos de cualquier índole, ya fueran animales o personas, que intentaran entrar en sus tierras. Y a lo largo de la frontera del estado había más de un propietario de tierras dispuesto a permitir que esos tipos armados se apostaran en sus terrenos y nos impidieran continuar nuestro camino cuando pasáramos la frontera estatal. La cuadrilla de matones que se organizó recorría las propiedades en sus enormes camionetas preparada para recibirnos con sus armas llameantes. Era un momento crítico en el que podía estallar la violencia en cualquier

momento, una de esas situaciones que atraen la atención de los medios de comunicación.

Bueno, pues vale. Las situaciones que atraen a los medios tienen su lado positivo. El truco está en saber manejarlas. Y eso incluye, obviamente, evitar que te maten.

Así que una opción que teníamos era enviarles una manada de diez mil búfalos para que los arrollara, como en la película. Nos habríamos quedado la mar de a gusto, pero teníamos que tener anchura de miras y pensar en el objetivo último de nuestro proyecto, así que no parecía la opción más inteligente. También podríamos habernos colocado delante de los animales con nuestras familias y haber puesto a los niños en primera fila con sus patitos y sus mapaches, y superarlos con amor, bondad y cachorritos. Aunque el resultado era incierto, además del peligro que entrañaba. De manera que no era buena idea a pesar de que les habríamos regalado a los medios una imagen fantástica.

Finalmente nos decantamos por una vanguardia de vaqueros que porfiaba con una manada de caballos salvajes, más algunas ovejas y perros pastores, como si conciliáramos la lucha del Viejo Oeste entre esas dos formas rivales de arrasar la tierra. Los caballos eran salvajes de verdad, también las ovejas y los carneros. Los perros eran domésticos, claro, y solo los incluimos para que se vieran allí. Eso no quiere decir que no fueran unos buenos perros pastores, porque lo eran. Pero no solo eran útiles para eso; eran animales de apoyo emocional del Medio Oeste, el nexo de unión entre el ser humano y la bestia.

Detrás de esa avanzadilla de vaqueros y de perros pastores venía el resto del desfile: búfalos, alces, osos… Era como si llegara a la ciudad uno de aquellos circos antiguos. Nos habría encantado tener un par de mamuts lanudos. Dejamos un poco de lado a los lobos y a los pumas, aunque

de todos modos a ellos no les gustaba demasiado nuestra compañía y ya entrarían sigilosamente durante la noche, como era propio de ellos. Ni siquiera era natural ver un puma, ya que son unos animales tremendamente nocturnos y apenas se dejan ver. Solo una vez en toda mi vida he visto uno en plena naturaleza, y confieso que fue una experiencia aterradora. Pensé que no saldría vivo del encuentro.

Así que llegó el día y avisamos a la prensa. También se presentó gente llegada de todo el mundo para marchar con nosotros, tanta que incluso superaba en número a los animales que llevábamos, que, naturalmente, se asustaron un poco. Aun así nos pusimos en marcha en cuanto amaneció y cruzamos la frontera formando una columna que medía quince kilómetros de ancho, como en un frente de ataque de la primera guerra mundial, y la verdad es que parecía algo excesivo.

Aquellos pobres asesinos de animales no pudieron hacer nada. En realidad algunos no se movieron de su sitio y dispararon a unos cuantos animales, la mayoría ciervos, a los que habíamos enviado como exploradores. Pobrecillos. La primera oleada. Los ciervos, tan hermosos e indefensos, tan numerosos y débiles, son los tontorrones de la fauna norteamericana. Su principal depredador son los coches. Y parece que nunca se enteran, ni del peligro de los coches ni de nada; o quizá sí y lo que ocurre es que carecen de una manera eficaz de transmitir sus conocimientos a sus hijos, eso los afortunados que llegan a adultos. Sin embargo es importante no olvidar que, a pesar de que proliferan como las ratas y son algo así como el equivalente en mamífero de la mala hierba, siguen siendo unos animales salvajes y hermosos que se buscan la vida en un mundo peligroso. Cuando veo un ciervo siempre le saludo y me obligo a emocionarme como si me hubiera topado con una especie muy rara de ver, como, por ejemplo, un glotón. No es fácil,

pero es un hábito que puede adquirirse. ¡Ama al ciervo! Solo acuérdate de vallar bien tu huerto ecológico.

Así que el día fue casi tan bien como habíamos esperado. Murieron algunos ciervos, y un puñado de asesinos de animales y de capullos integrales hicieron el mayor de los ridículos cuando se retiraron o huyeron de las maneras más humillantes fingiendo que aquello nunca había pasado. Incluso conseguimos un vídeo fantástico de un montón de camionetas alejándose de allí a toda velocidad, también uno de un cazador de patos que fue atropellado por una manada de búfalos que ni siquiera se daban cuenta de que arrollaban algo. Los vaqueros, sentados en sus sillas de montar, hacían nudos de ocho y daban vueltas en el aire a sus lazos; los perros pastores guiaban con agilidad a las ovejas para que pasaran por las puertas. Las imágenes y la historia dieron la vuelta al mundo. La tormenta fue breve, pero a partir de entonces los corredores ecológicos cobraron protagonismo. Los fantásticos libros de E. O. Wilson entraron directamente en lo más alto en las listas de ventas de libros de no ficción, y nosotros continuamos nuestra labor con una comprensión y un apoyo público mayores.

¡Adelante con La Mitad de la Tierra!

73

La Teoría Monetaria Moderna (TMM) era en algunos aspectos una recuperación del pensamiento keynesiano en un contexto de crisis. Su axioma fundamental era que la economía estaba al servicio del ser humano, y no al revés. Por lo tanto, el pleno empleo debía ser el objetivo de las políticas de los gobiernos que creaban y hacían cumplir las leyes que regulaban la economía. De manera que el trabajo garantizado (TG) era un pilar en la concepción de la buena gobernanza de la TMM. El gobierno, «el empleador de último recurso», debía proporcionar un empleo a todas las personas que quisieran trabajar, y todos esos trabajadores públicos debían recibir un sueldo decente, que tendría el efecto de elevar el salario mínimo pagado por las empresas privadas para igualarlo con los sueldos públicos con el fin de seguir siendo competitivas para sus trabajadores.

La TMM también hacía suya la opinión de Keynes de que las deudas no representaban lo mismo para los gobiernos que para las personas, ya que, para empezar, los gobiernos fabricaban dinero, y podían crear dinero nuevo sin provocar automáticamente una inflación; la expansión cuantitativa tras la crisis de 2008 era una prueba de que los precios podían mantenerse estables aun cuando se realizara una importante inyección de dinero nuevo. Por lo tanto, la TMM recomendaba un fuerte estímulo del gasto a través de la expansión cuantitativa del carbono (CQE, por sus siglas en inglés) que se sumara al trabajo garantizado. Todo ello con

el fin de descarbonizar la civilización y alcanzar un equilibrio sostenible con la biosfera, el único sistema capaz de mantener la humanidad.

Los críticos con la TMM, quienes a veces, haciendo un juego de palabras con su nombre en inglés, se referían a la teoría como el Árbol Mágico del Dinero, destacaban que Keynes había defendido el gasto deficitario en periodos de contracción económica, pero también lo contrario en periodos de expansión, ya que los gobiernos recaudaban a través de los impuestos el dinero suficiente para financiar iniciativas durante la siguiente crisis. Era un error, según esos críticos, no tener en cuenta esa necesidad anticíclica y considerar que el dinero podía expandirse ilimitadamente, porque existía una relación real entre el precio y el valor, por mucho que la hubieran distorsionado distintas fuerzas a lo largo de la historia. Además, si los gobiernos ofrecían pleno empleo, eran precisamente ellos los que fijaban el salario mínimo, y en el caso de que eso provocara una inflación y los gobiernos quisieran atajarla con el control de los precios, en última instancia los gobiernos estarían fijando los salarios y los precios, por lo tanto, asumirían el control total de la economía; y llegados a ese punto podrían prescindir del dinero y adoptar la solución de la abundancia roja, es decir, la producción asistida por ordenador de todo lo que necesitara la población; en otras palabras, comunismo. ¿Por qué no reconocerlo de una vez y hablar claro?

Algunos respondían esa pregunta con un «Sí, ¿por qué no?».

Los defensores de la TMM replicaban que aspiraban a conservar todo lo que era empíricamente útil en la economía convencional, entendida como una ciencia social, con el fin de realizar análisis de políticas, al mismo tiempo que querían reorientar los objetivos últimos de la economía

hacia el bienestar del ser humano y de la biosfera, cambiando de ese modo sus perspectivas políticas y sus teorías monetarias para proponer acciones que ayudasen a la civilización a pasar por la estrecha puerta de salida de su crisis. La economía era un instrumento para optimizar las acciones que nos acercaran a los objetivos; no solo era posible modificar los objetivos, sino que debía hacerse. Así que los partidarios de la TMM reconocían que proponían un cambio hacia una nueva política económica en vez de una mera reforma del capitalismo. No solo era una versión actualizada del keynesianismo ni una teoría *ad hoc* o, mejor dicho, una práctica que les había permitido atravesar la crisis de 2020, ni la teoría o la práctica que había impulsado y en última instancia pagado el Green New Deal, aquel disparo inicial en la Guerra de la Tierra. Era más que eso, se trataba de pensar cuidadosamente cómo hacer lo que tenía que hacerse en un momento de crisis de la biosfera, mientras la economía ortodoxa no estaba a la altura y se obcecaba en su análisis anticuado del capitalismo, como si este fuera la única política económica posible, de manera que impedían la evolución de la economía como disciplina, la paralizaban como si fuera un ciervo deslumbrado por los faros de un coche que pasa a toda velocidad.

No fueron pocos los gobiernos que pusieron en práctica la TMM, convencidos de sus postulados. El hecho de que esa teoría tuviera tanta influencia en la política durante de la década de 2030 fue visto como una prueba de progreso o de búsqueda desesperada de soluciones fantasiosas. Pero, al fin y al cabo, las políticas de Keynes habían sido recibidas con la misma división de opiniones cien años antes, así que para algunos observadores lo interesante sería los pasos que se dieran a continuación, y comprobar si, al replicar los años treinta del siglo xx, esta vez serían capaces de evitar que se repitieran los años cuarenta de la pasada centuria.

74

Para Frank todos los días eran iguales. No tachaba los días en un calendario ni llevaba la cuenta de en qué día de la semana vivía. Syrine y su hija menor lo visitaban de vez en cuando; al parecer, un día al mes más o menos. Frank tenía la impresión de que la hija mayor estaba demasiado furiosa con él para ir a verlo. Mary Murphy lo visitaba con más frecuencia, una vez a la semana o cada dos semanas. Frank pensaba que lo hacía porque trabajaba cerca.

Las comidas que le servían en el comedor de la cárcel eran contundentes platos suizos. Había empezado a ganar un poco de peso. Mientras comía leía los libros que sacaba de la biblioteca. De vez en cuando caía en sus manos un periódico en inglés que se editaba semanalmente en París. En la biblioteca de la cárcel había muchos libros en inglés, pero Frank no era metódico en la elección de sus lecturas. John le Carré, George Eliot, Dickens, Joyce Cary, Simenon, Daniel Defoe. Le hacía gracia Robinson Crusoe; había tenido mucha suerte al poder aprovechar las cosas de su barco naufragado. Todos los objetos que había rescatado del mar le habían permitido vivir bien. En cierta manera no había tanta diferencia entre su vida y la de Frank. Él también estaba aislado en una isla de la que no podía salir y se las arreglaba como podía.

Casi todos los días se subía a la furgoneta de las ocho de la mañana que llevaba a los reclusos a distintos puntos de la ciudad. Seguía yendo a los campamentos de refugiados a

pesar de que todavía le resultaba un poco perturbador. Quizá fuera eso que uno de sus psicólogos había llamado «habituación». «Ve directo a lo que te preocupa, enfréntate cara a cara con ello.» Uno de los libros que había leído en la cárcel estaba escrito por un africano que había viajado por la costa de Groenlandia a principios del siglo XX y se había alojado en poblados de esquimales. Él los llamaba *eskimaux*. Escribió que en sus gélidos y diminutos poblados tenían un refrán para cuando un pescador no volvía o moría un niño. El hambre, las enfermedades, morir ahogado en el mar o por congelación, los ataques de los osos polares… Los esquimales tenían un montón de traumas. No obstante, afirmaba el escritor, los *eskimaux* nunca perdían la alegría. Su dios de la tormenta era Nartsuk, y el refrán decía así: hay que enfrentarse cara a cara con Nartsuk. Quería decir que, pasara lo que pasara, había que conservar la alegría. No importaba lo mal que fueran las cosas, los esquimales creían que no era adecuado estar triste ni expresar la pena. Reían cuando les ocurría una desgracia y bromeaban sobre los problemas. Se enfrentaban cara a cara con Nartsuk.

Y eso mismo tenía que hacer todo el mundo. Un día, mientras trabaja en el bufet de un campamento, vio con el rabillo del ojo el rostro afligido de un refugiado y se dio cuenta de que en última estancia todos arrastramos un trauma, o incluso que todavía vivimos inmersos en él. Aquellas personas a las que servía la comida habían sido apaleadas, disparadas, bombardeadas, expulsadas de sus hogares y habían visto morir a otras personas; todas ellas habían realizado un viaje desesperado para llegar allí, durmiendo en el suelo y pasando hambre. Ahora se hallaban en un sitio nuevo donde podrían ocurrir cosas nuevas, diferentes, mejores. Solo había que tener paciencia y concentrarse en las personas que tenías delante. Quizá

algún día superaran sus traumas. Había que hablar con la gente.

Frank casi nunca hablaba con nadie, y cuando lo hacía balbuceaba un poco. Pero preguntaba a la gente y escuchaba todo lo que le contaba. Aunque la otra persona hablara un inglés terrible, Frank prefería eso a sus torpes intentos para hablar su lengua. Utilizaban el inglés como si fuera un martillo para dejar claro lo que querían decir, golpeaban clavos que eran palabras llenas de significado. Los refugiados a menudo empleaban una sintaxis y una expresividad insólitas, y parecían hablar como los personajes de Defoe. «La situación es de una urgencia urgente», le dijo alguien una vez. «¡Azuleo el cielo!», exclamó una niña un día.

Las noticias solían inquietarlo; las olas de calor, los ataques terroristas… Todos los ejércitos del mundo estaban concentrados en el contraterrorismo. No había ningún conflicto entre dos estados lo suficientemente grave para distraer a los ejércitos de su obsesión por encontrar y acabar con los terroristas. Aunque con un éxito discreto, al parecer. Alguien comparó al enemigo con una hidra de múltiples cabezas. Y Frank se daba cuenta de la diferencia que existía con la opinión que se había tenido del terrorismo cuando él era pequeño, cuando su condena era universal. Ahora muchos ataques tenían como objetivo los emisores de gases de efecto invernadero, sobre todo aquellos que eran tan ricos que lo hacían de manera ostensible: carreras de coches y aviones privados, yates y barcos cargueros. Por lo tanto, el terrorismo actual también incluía quizá a los saboteadores, o incluso a los guerreros de la resistencia, que luchaban por el planeta Tierra. Guardia de asalto de Gaia, Hijos de Kali, Defensores de la Madre Tierra, La Tierra es lo Primero… La gente se encogía de hombros cuando se enteraba de sus actos violentos, en los que muchas veces

morían personas. ¿Qué podía esperarse? Hoy en día, ¿quién tenía un avión privado? Había dirigibles de carbono negativo, ya que en la parte superior de sus cascos llevaban unas placas solares que producían más electricidad que la que necesitaban para realizar su vuelo, así que la enviaban por microondas a los receptores que sobrevolaban. Por lo tanto, el transporte aéreo ahora también podía generar energía… ¿Qué justificación había para tener un avión privado? Ninguna. Así que nadie lo sentía demasiado cuando alguien moría por viajar en un avión contaminante. ¿Habían derribado a un imbécil que lanzaba dióxido de carbono al aire? Pues vale. Derribar aviones era la manera que tenía Estados Unidos de hacer las cosas desde los tiempos de Clinton, Bush y Obama, es decir, desde el mismo momento en el que la tecnología lo hizo posible. La gente estaba cabreada y asustada, y no era quisquillosa. El mundo se tambaleaba en el borde de un abismo y había que hacer algo. Seguramente la idea de que el Estado tuviera el monopolio de la violencia había sido buena mientras duró, pero nadie creía en serio que lo recuperaría. Solo cuando llegaran tiempos mejores. Hasta entonces había que tratar de pasar desapercibido y no tentar a la suerte; no viajar en avión privado, o quizá en ninguna clase de avión. Era como comer ternera; algunas cosas se habían vuelto tan peligrosas que era mejor renunciar a ellas. Te dabas cuenta de que los tiempos habían cambiado cuando te comías una hamburguesa vegana buenísima y veías un paquete de ternera con una pegatina en la que ponía «¡Garantía de seguridad!», y en la parte de abajo, en letra diminuta, te encontrabas una exención de responsabilidad de la empresa productora.

Una tarde, después de haber pasado la mañana en el campamento de Winterthur, Mary Murphy se pasó a verlo. Cruzaron la calle y se sentaron en una cafetería. El sol aún

no se había puesto y hacía una tarde agradable. Un kafifertig, con su delicioso toque amargo, su choque de sensaciones. Aquella mujer extraña lo observaba. La vida en la cárcel no estaba mal. De hecho, en la mesa de al lado había dos reclusos fumándose un porro. Los funcionarios de la cárcel permitían que los internos consumieran cannabis, ya que los tranquilizaba. Los funcionarios incluso hacían la vista gorda cuando los reclusos fumaban porros en el patio de la cárcel, así que nadie iba a decirles nada por hacerlo al otro lado de la calle. Era verdad que tenían un efecto calmante, así que solo era una cuestión práctica. Y si algo son los suizos es prácticos.

—Está habiendo un montón de ataques a toda clase de emisores de gases de efecto invernadero —comentó Frank.

—Sí —dijo Mary mirando su vaso.

—¿Crees que tu gente está detrás de algunos de ellos?

—No, nosotros no hacemos esas cosas.

Mary nunca reconocería nada delante de Frank. Tampoco es que tuviera un motivo para hacerlo. Habían compartido un par de momentos de intimidad difíciles de definir, el primero aquella noche en su apartamento, pero ahora parecía que sus caminos se habían separado y que ellos se habían acomodado en una relación más distante y formal. Frank no comprendía por qué seguía visitándolo.

—¿Por qué vienes a verme?

—Me gusta saber cómo te va. —Mary hizo una pausa y dio un sorbo a su bebida—. También porque me gusta saber dónde estás.

—Ya, claro.

—Pareces más tranquilo, pero…

—Pero ¿qué?

—Es como si tuvieras la cabeza en otra parte. No pareces feliz.

Frank expresó su rechazo con un bufido.

—No lo soy.

—Fue hace mucho tiempo —dijo Mary.

—¿El qué?

—Lo malo que te pasó.

Frank se encogió de hombros.

—Sigue pasando.

Mary pareció perder la paciencia.

—No puedes cargar con todos los problemas del mundo. Nadie debería hacerlo.

—Me pasa aunque no quiera.

—A lo mejor deberías dejar de leer los periódicos. Olvídate de las pantallas.

—Estoy leyendo *Moll Flanders*. A ella le pasaba lo mismo.

—Recuérdame quién era.

—Un personaje de Defoe, como Robinson Crusoe.

—Ah, sí, la recuerdo vagamente. —Mary sonrió brevemente—. Una superviviente.

—Ya lo creo. Ellos no se preocupaban como nosotros. Se enfrentaban cara a cara con Nartsuk. No existían los trastornos de estrés postraumático.

—O quizá era su estado natural.

—La diferencia sigue existiendo —apuntó Frank.

—Quizá. Pero no recuerdo que Moll Flanders intentara cargar con todos los problemas del mundo. La gente no se preocupaba tanto por los demás.

—Pero está bien preocuparse por los demás, ¿no? En su época podías perder a un ser querido en cualquier momento y había que seguir adelante. Podía morir tu mujer o tu marido, tu hijo… Ahora es diferente. Tu familia y tú no vais a moriros, hoy al menos.

—La mía murió —dijo escuetamente Mary.

Eso sorprendió a Frank, que miró con más detenimiento a Mary. Ella mantenía los ojos pegados en su vaso. Frank recordó un momento de aquella primera noche, cuando le

preguntó por su vida privada y ella reaccionó con furia contra él. Le pareció que casi la cabreaba más que le hiciera una pregunta personal que el propio secuestro.

—Vale —dijo Frank—. Aun así es diferente. Quizá porque ahora sabemos más cosas. Sabemos que vivimos en una aldea con ocho mil millones de vecinos. Ese es nuestro presente. Si no nos va bien a todos nadie se salvará. Así que nos interesamos por cómo están los demás.

—Siempre y cuando eso sea cierto.

—¿Es que no lo es?

—Creo que mucha gente no está cómoda con la parte de la aldea global. Janus Athena dice que eso de la aldea global es una idea errónea. Y el nacionalismo ha regresado por la puerta grande. La familia es la lengua. Si pones ahí la línea de separación todo se vuelve más fácil. Sigues teniendo tu «nosotros y ellos».

—Pero eso no es así.

—Quizá.

Frank sintió un ramalazo de irritación.

—Por supuesto que no es así. ¿Por qué dices eso? ¿Estás intentando provocarme?

—Es posible.

Frank la fulminó con la mirada.

Mary se ablandó una pizca.

—¿Qué dice de nosotros que solo conozcamos de verdad a unas cuantas decenas de personas, como cuando las glaciaciones?

—Ahora es diferente —insistió Frank—. Ahora sabemos más. La gente de las cavernas solo sabía que existían unos cuantos centenares de personas. Ahora tenemos muchos más conocimientos, y sentimos más cosas.

Mary asintió.

—Supongo que sí. Ocho mil millones de personas, apretujadas aquí dentro. —Se golpeó el pecho—. No me

extraña esta sensación de asfixia. Todas ellas metidas a presión formando una gran masa. El sentimiento de globalidad.

Frank asintió mientras experimentaba él mismo esa sensación de opresión en el pecho. Los dolores de cabeza. Podía llamarse el sentimiento de globalidad. Era un nuevo sentimiento, o una nueva mezcla de sentimientos, amarga y lúgubre. Cafeína y alcohol. Altibajos. Mucho de todo. El sentimiento de globalidad. Era lógico que fuera acompañado de cierto aturdimiento. No se diferenciaba mucho de la desesperación.

—Es posible —dijo Frank repitiendo las palabras de Mary.

Mary hizo una mueca como reconociendo que había estado un poco irritante.

—Océanos de nubes en mi pecho. Es un verso de un poema. Entonces, digamos que sentimos la aldea global, pero de una manera caótica. ¿Es así como te sientes, caótico?

—No. Sí. —Frank le lanzó una mirada y ella volvió a bajar los ojos—. Es posible.

Mary lo miró con curiosidad.

—Deberías ir a los Alpes y darte una vuelta por allí. A mí me sirvió para aclarar mis ideas, aunque estuviera allí por otras razones. Podrías hacer una excursión de un día. Te da tiempo a estar de vuelta para el toque de queda.

—Es posible.

Más tarde reflexionó sobre lo que le había dicho Mary acerca de que parecía que tenía la cabeza en otro sitio. Era verdad. También era verdad eso de que estaba atrapado en una masa gigantesca que no era capaz de abarcar. El sentimiento de globalidad. Pero su plan era enfrentarse cara a cara con Nartsuk. La suya no era una actitud de aceptación sino de desafío. Había que reírse de todo lo que

el mundo te echara encima; esa era la enseñanza de los esquimales.

Cogió un tren hasta Lucerna y allí un autobús que lo dejó en el bosque que había a los pies del Pilatus. Inició la excursión a pie siguiendo un sendero que cruzaba un bosque que más bien parecía un parque, y continuó a través de una despejada pradera alpina que se alzaba por encima del bosque y por debajo de la cima gris. Había un teleférico que ascendía y descendía balanceándose en el vacío, pero Frank no quiso saber nada de él y rodeó la cima hasta que lo perdió de vista. Solo disponía de un par de horas antes de tener que volver, así que se había propuesto seguir ese sendero hasta llegar lo más alto posible y luego dar media vuelta.

Todavía en plena pradera, mientras atravesaba una vasta extensión ligeramente inclinada de hierba despeinada, Frank pasó por delante de una peña sobre la que había un animal…, bueno, en realidad eran cuatro, rebecos o cabras, pues no los sabía distinguir. Había oído que esos animales vivían allí. Aquel grupo debía estar formado por un macho, una hembra y dos crías, aunque estas no parecían muy jóvenes. Lo cierto es que Frank no estaba seguro de nada.

Su presencia no pareció inquietar a los animales. Sabían que estaba allí y su actitud era de alerta, con las cabezas levantadas y olfateando el aire; pero a Frank le pareció que estaban rumiando. Masticaban lentamente y con regularidad; tenían las mejillas hinchadas, así que tenían que estar masticando algo que habían devuelto a la boca.

Sus cuerpos eran redondeados y recios; parecían bien alimentados. Si comían hierba, a Frank no le extrañaba que no pasaran hambre. Sus cabezas parecían de cabra, con unos cuernos cortos y ligeramente curvados hacia atrás,

aunque podrían definirse como rectos. Las líneas horizontales que se veían alrededor de los cuernos debían marcar el crecimiento anual; además le daban un aspecto de dureza, y seguro que si los animales inclinaban la cabeza podían atravesarte con ellos. Aunque para que las puntas de sus cuernos apuntaran hacia delante tendrían que agachar tanto la cabeza que mirarían entre las patas traseras lo que tuvieran detrás. Por lo tanto era un misterio cómo atacaban. Tenían gran parte del cuerpo cubierto de pelo corto marrón, aunque en la barriga el pelo era más fino y de color beis, como una piel, con una franja oscura que separaba el marrón del beis.

El más grande de todos lo miraba directamente. Y entonces Frank se dio cuenta de que tenía las pupilas rectangulares. ¿Eso quería decir que eran cabras? Las pupilas rectangulares le causaron una leve impresión. ¿Como era posible que tuvieran esa forma? ¿Por qué? ¿De verdad estaba mirándolo a él?

Eso parecía. La mirada fija de otro animal que masticaba mientras lo observaba. ¿Qué hacía esa persona? ¿Era un peligro?

No daba la impresión de que pensara que Frank fuera un peligro. Más bien parecía interesado en esa persona envuelta en su cortavientos que se había parado a observarlos. Se miraron y Frank hizo como si también masticara. El animal ladeó la cabeza, quizá repentinamente interesado por aquello. De vez en cuando parpadeaba. Una ráfaga de aire le erizó el pelo del lomo y luego agitó la barba de Frank. Este sonrió al sentir el viento.

Miró por casualidad el reloj. ¡Se había hecho muy tarde! ¡Se había quedado mirando aquel rebeco, o cabra, o íbice…, aquel habitante de las montañas, durante veinte minutos! Le parecía que no habían sido más de dos o tres.

Frank se revolvió, levantó con timidez una mano y la agitó débilmente para despedirse del animal. Dio media vuelta y emprendió el regreso.

75

En Estados Unidos, el Sindicato Nacional de Estudiantes publicó en su página web que el 30 por ciento de los afiliados al sindicato había respondido «sí» en la encuesta que había llevado a cabo en la misma página, en la que preguntaban si la miseria económica en la que les sumía la deuda que habían contraído para pagarse los estudios era motivo suficiente para iniciar una huelga de objeción del pago de la deuda y para no pagar el siguiente plazo del préstamo. Al afiliarse al sindicato los estudiantes aceptaban que secundarían cualquier huelga apoyada por el 30 por ciento de los miembros de la asociación, de manera que los coordinadores del sindicato convocaron una votación para corroborar ese apoyo. La participación alcanzó el 90 por ciento y los votos a favor de la huelga llegaron al 80 por ciento. No fue ninguna sorpresa; se habían extendido los problemas de los estudiantes para llevarse algo de comer a la boca e incluso había algunos que vivían en la calle. Así que se llevó a cabo la huelga.

Las deudas de los estudiantes suponían unos ingresos anuales para los bancos de un billón de dólares, de manera que este impago coordinado provocó a los bancos un repentino problemón de flujo de caja. Y los bancos estaban tan enredados en las estrategias de apalancamiento, y por lo tanto dependían tanto de recibir puntualmente todos los ingresos programados para seguir pagando sus propias deudas, que la campaña de objeción del pago de la deuda

los arrojó inmediatamente a una crisis de liquidez que recordaba las de 2008, 2020 y 2034, con la particularidad de que esta vez la gente no había pagado sus deudas intencionadamente, con el fin de hacer caer los bancos. Todos los bancos acudieron corriendo a la Reserva Federal, que compareció en el Congreso para explicar la situación y solicitar otro rescate gigantesco para mantener la liquidez y, por consiguiente, la confianza en el sistema financiero. En el Congreso se oyeron muchas voces que defendían el rescate porque era esencial para la economía y no podía permitirse que los grandes bancos cayeran y se produjera un efecto dominó. Pero esta vez la Reserva Federal solicitó al Congreso que autorizara el rescate a cambio de una participación accionarial en todos los bancos que aceptaran la oferta. Se trataba de una nacionalización de las finanzas o de una financiarización del Estado, en el sentido de que quedaba más claro que nunca que quien dirigía en realidad el país era la Reserva Federal. Y como el Congreso dirigía la Reserva Federal, y el pueblo elegía a los miembros del Congreso, tal vez todo estaba empezando a funcionar de una vez gracias a esa huelga. En el fondo era algo así como una *desfinanciarización*. El final del neoliberalismo.

Por si no fuera poca la conmoción que supuso eso, en el mismo mes la Unión Africana notificó al Banco Mundial y al gobierno chino que declaraba ilegítimas las deudas de todos los países africanos con ellos. Todos los estados que formaban parte de la Unión Africana apoyaban una condonación completa de las deudas, el recorte de los recortes sobre el valor nominal, a la que debía seguir una nueva tanda de acuerdos que negociaría la Unión Africana haciendo frente común con todas las naciones africanas. Este movimiento fue descrito como el final del neocolonialismo neoliberal y el comienzo definitivo de África para los Africanos. Incluso Egipto y el resto de la África

Septentrional se sumaron a la iniciativa y eligieron al pueblo por encima del capital, al continente por encima de la historia, y, en el caso concreto de Egipto, y quizá de todo el norte de la África musulmana, romper con Arabia.

Al mes siguiente, en China, los obreros a los que coloquialmente se les conocía como los mil millones tomaron la plaza de Tiananmén. Millones de personas entraron caminando pacíficamente en la plaza y con ese simple acto provocaron la paralización del tráfico en el resto de la ciudad. Al invadir a pie las carreteras de Pekín, los manifestantes consiguieron superar las barreras y los puntos de control que rodeaban la plaza de Tiananmén y abarrotar las calles aledañas, lo que impidió la reacción de la policía y del ejército, superados por los cerca de cinco millones de personas que atiborraban el centro de la ciudad. En las principales ciudades chinas se produjeron manifestaciones similares; el más de un centenar de concentraciones multitudinarias imposibilitó que el ejército chino se ocupara de ellas como tenía por costumbre. A las exigencias coordinadas del fin del sistema *hukou* se sumaron otras que, en conjunto, reclamaban al Partido Comunista Chino que fuera más sensible con las necesidades de sus ciudadanos. Se había hecho coincidir las protestas con el congreso quinquenal del Partido, así que se antojaba posible presionarlo para que nombrara un comité permanente completamente nuevo, en el que se incluyeran mujeres y gente joven y que se volcara en las reformas que se pedían.

Los kurdos vieron su oportunidad en este caos mundial y declararon oficialmente la fundación del estado de Kurdistán, que abarcaba el territorio de Irak que ya controlaban y extensas partes de Siria, Turquía e Irán, puesto que los kurdos ya estaban asentados allí y no había nadie lo suficientemente fuerte para impedírselo. Los países

que delimitaban con el nuevo estado kurdo se sintieron agraviados y reaccionaron con hostilidad, pero, puesto que ya se profesaban hostilidades unos a otros, no fueron capaces de responder eficazmente con una acción que no constituyera un ataque a un estado soberano vecino, lo cual, ya fuera un país aliado o enemigo, siempre sería un peligro.

Todos estos acontecimientos se produjeron simultáneamente; pero no fueron los únicos. Estaban sucediendo muchas cosas y por todo el mundo estallaron revueltas de manera espontánea (¿de verdad alguien se cree que eran espontáneas?), hasta el punto de que algunos historiadores señalaron que se trataba de otro 1848; cuando se acercaba el bicentenario de aquel año, renacía el espíritu de 1848. Y, como ocurrió en aquel periodo de gran agitación y de levantamientos revolucionarios, nadie podía explicar por qué sucedía simultáneamente en tantos lugares. ¿Una coincidencia? ¿Una conspiración? ¿El espíritu del mundo, una manifestación de *Zeitgeist*? Nadie tenía la respuesta. Lo único que se sabía con certeza era que estaba ocurriendo y que todo se desmoronaba.

En medio de ese caos y esa incertidumbre, los mercados buscaron un valor seguro. La inestabilidad era buena para los operadores de los mercados, por supuesto; pero siempre necesitas algo que te dé seguridad. ¿Operar en corto con el dólar? ¿En serio? ¿Operar en corto con todo? Tal vez, pero entonces, ¿dónde escondías tus fondos de emergencia si todo iba mal? Guardar el dinero debajo del colchón no era lo mismo que ir en largo, que de hecho en ese momento parecía una cosa casi imposible. Esto significaba que el asunto adquiría un carácter casi existencialista que cuestionaba el valor último de las cosas, la confianza en el

acto mismo del intercambio. Y cuando las definiciones de valor dejaron de lado los tipos de interés para hablar de confianza social, cuando las finanzas y las teorías sobre el dinero se fueron por el sumidero en la vida cotidiana y acabaron en el pozo sin fondo de la filosofía, cuando la gente comenzó a preguntarse por el sentido del dinero y por qué unas personas eran como dioses que se paseaban por la Tierra mientras otras no tenían un lugar donde acostarse cuando caía la noche, resultó ser que no había una respuesta satisfactoria. La pregunta que desde luego no tenía una respuesta satisfactoria era en qué estrategias de inversión se podía confiar.

El dinero estaba hecho de confianza social. Eso significaba, en este momento espasmofílico en el que todo estaba cambiando y las sacudidas tectónicas hacían desaparecer el suelo bajo nuestros pies, que el dinero en sí estaba en un limbo. Y eso causaba pavor.

Cantidades enormes de papel evaporadas. Los bancos del desarrollado Occidente estaban tan interconectados que si alguno de los más grandes caía provocaría un efecto dominó que derribaría al resto, así que los bancos bajaron la persiana y esperaron a que el Estado restableciera la confianza antes de prestar dinero o incluso pagar sus deudas. ¿Por qué pagar a un acreedor que podría dejar de existir al cabo de una semana? Era mejor esperar y ver si sobrevivía para poder reclamar el pago de la deuda en un juzgado.

En otras palabras, congelación de la liquidez. Los papeles de diversas clases que en realidad eran las deudas que tenían unos bancos con otros perdieron todo su valor; el único dinero que valía era el efectivo. Pero eso no era una solución, porque todos los días se movían varios billones de dólares en los distintos mercados de valores, incluidos los *dark pools*, donde los que operaban en un espacio de datos

sin regulación confiaban en recibir los pagos pese a la falta de una supervisión reguladora; y el honor entre ladrones es más bien un concepto medieval, más apropiado para Robin Hood y su banda que para el mundo de las finanzas contemporáneas. No. Dado que el dinero es una idea, un sistema basado en la confianza social, cuando las cosas se tuercen y la confianza se esfuma, simplemente sucede que deja de haber tanto dinero como antes.

La noticia no cayó como una bomba para todos. Por eso precisamente había una gran parte de la riqueza mundial invertida en bienes inmuebles. Quizá el valor de las propiedades caiga, pero, pase lo que pase, nunca se pierde la propiedad de un activo de capital. Sin embargo, una propiedad no es dinero efectivo. De manera que seguía existiendo el problema del dinero a pesar de que se había solucionado de antemano el problema latente de la riqueza con la compra de tierras, casas, pisos en torres de Manhattan…

Así pues, la economía mundial se detuvo con un estrépito de sonidos metálicos, chirridos y crujidos. Después de casi una década de recesión llegó por fin la gran depresión. La crisis en la que se había vivido hasta ese momento recibió diversos nombres, como la Pequeña Depresión o el Superestancamiento. Esta de ahora era la Superdepresión. Circulaba muy poco dinero, y sin dinero no se puede pagar a nadie; no hay créditos ni adquisiciones. El paro rápidamente superó la marca del 25 por ciento registrada en la década de 1930. De hecho, daba la impresión de que esta vez el desempleo podría alcanzar… ¿Cuánto? ¿El 50 por ciento? ¿El 70? Nadie tenía ni idea.

Se habló del regreso al trueque, sobre todo en las zonas rurales, donde casi se podía creer en su eficacia. Pero la realidad era otra; en general, el trueque siempre había sido una fantasía de los economistas. Y en las ciudades era

inviable. Las casas de empeño eran los sitios donde se hacían los trueques en las ciudades; pero en ellas se cambiaba objetos por dinero, y dinero por objetos. Solo era eficaz si el dinero tenía valor. Lo mismo pasaba con internet, aunque de una manera más acentuada, porque internet como mercado estaba muerto si nadie confiaba en el dinero.

También se propuso la creación de monedas locales, que se introdujeron respaldadas por cada ciudad; pero las ciudades necesitaban bancos locales, y estos, bancos centrales. No obstante se puso en marcha un animado mercado de divisas en numerosas regiones, a veces lo suficientemente fuerte para apoyar a sus poblaciones. Además la gente empezó a utilizar su cuenta de YourLock para realizar microoperaciones bancarias digitales que tenían una utilidad real, y quedó demostrado el potencial que tenía como banco colectivo poscapitalista.

Pero todas estas cosas eran demasiado novedosas y provisionales; había demasiada gente, toda desconocida. A pesar de estos interesantes esfuerzos, mientras la economía se iba a pique quedó clara una cosa: era un momento en el que había que elegir entre los bancos centrales o la nada. Eran el dedo del niño holandés del cuento que tapaba la fuga de agua en un dique, el último punto de sutura que podía detener la hemorragia. Los bancos centrales hablaban en nombre de los estados. Los estados en cuestión apoyaban a esos bancos centrales con sus ejércitos y su policía, siendo estos, en teoría, propiedad del pueblo ante el que respondían. Si los bancos públicos conseguían controlar la situación, por ejemplo, creando más dinero con el fin de mantener a flote los bancos privados con una expansión cuantitativa más generosa, tal vez se arreglarían las cosas.

Teniendo en cuenta que algunas personas habían depositado de todos modos sus esperanzas en los bancos centrales, se vio una oportunidad en este repentino estallido

de caos y desorden. Quizá ahora la gente insistiría en su derecho a recuperar el dinero público con el que se había rescatado siempre los bancos privados. Sacar indemnizaciones a los que se quedaban con los beneficios; suprimir los beneficios si era necesario para dedicarlos a las indemnizaciones. Si los bancos privados no aceptaban las condiciones, se les dejaría caer, y entonces se avanzaría hacia un sistema financiero completamente nacionalizado, propiedad del pueblo y que actuara en su beneficio.

Por extraño que parezca, en esta nueva y profunda crisis económica, el pueblo, la gente corriente como manifestación material de «lo público», parecía tener el verdadero poder. Cuando el momento decisivo llega, las personas se miran, y cuando mil personas miran a una, queda claro quién tiene el poder. Así que solo había que darse cuenta de eso, y después actuar en consecuencia. Quizá no debería parecer extraño, pero lo parecía; era la misma sensación que una caída libre. Como si el paracaídas se inventara después de saltar por el precipicio.

Eso significaba que había que darse prisa.

Así pues, el gobierno en la sombra ideado por el Ministerio del Futuro en Zúrich, Suiza, se convirtió en la plantilla para un plan nuevo. Por supuesto, no era completamente nuevo. De hecho, en muchos sentidos era una reelaboración de diversos elementos de planes antiguos. Mondragón, Kerala, la TMM, la cadena de bloques, Dinamarca, Cuba… Todos ellos métodos que siempre habían estado ahí, dando buenos resultados. Eso hacía más fácil su aplicación. No era una revolución total, no se iban a establecer semanas de diez días ni a darles nombres nuevos ni nada de eso, tampoco se trataba de dejarse arrastrar por la euforia revolucionaria que intenta cambiarlo todo a la vez. Solo se pretendía introducir pequeños ajustes en la propiedad. Cifras. Representaciones. Revisión del valor de

algunas cosas. Improvisaciones. El sol seguía saliendo y las plantas, creciendo. Pero las personas vivían en el mundo de las ideas, así que, aunque vieran el sol en el cielo, la sensación de locura era predominante. Fue la primavera del pánico.

Sin embargo, cuando los bancos centrales dejaron claro que iban a dar un paso adelante para mantener la estabilidad, determinados mercados se tranquilizaron. En las panaderías se continuó horneando pan. El Congreso de Estados Unidos estuvo ocupado legislando. Los chinos pusieron fin a las manifestaciones y volvieron al trabajo, con un comité permanente distinto. Kurdistán protegió sus fronteras y firmó tratados con todas las naciones y las organizaciones que quisieron hacerlo. La gente empezó a buscar la manera de conseguir un par de carboncoines. Su valor al cambio de las monedas nacionales era altísimo. ¡No tenía que ser tan difícil secuestrar una tonelada de dióxido de carbono! La captura directa de dióxido de carbono del aire se convirtió en una apasionante actividad paralela, como cultivar un huerto para el autoconsumo en la parte de atrás de una camioneta; y a veces incluso se mataban dos pájaros de un tiro.

Fue un mes vibrante; y continuó siéndolo todo el año. Fue uno de esos años de los que sigue hablándose mucho tiempo después, una fecha que daba nombre a todo un periodo. Un movimiento tectónico en la historia, un terremoto dentro de la cabeza.

76

Me alisté en la marina cuando terminé el instituto. Quería salir de la ciudad y ver un poco de mundo. Siendo de Kansas, el ejército parecía una buena manera de hacerlo. Mi madre estaba preocupada, pero mi padre se sintió muy orgulloso de mí. «La marina necesita mujeres más competentes —me dijo—. Aprenderán de ti.» Adoro a mi padre.

Así que estuve ocho años en la marina. Algunos de esos años fueron un desastre, sobre todo por el tema de las relaciones, pero no voy a entrar en detalles en eso; todos somos iguales, la cagamos hasta que la suerte llama a nuestra puerta… Si alguna vez pasa. Entonces, si eres un poco lista para darte cuenta de tu suerte y aprovecharla, las cosas pueden irte bien. A mí me fueron bien. Pero es que estaba en la marina. Cuando me alisté cobraba veinticinco mil al año. No parece mucho dinero, pero también tenía alojamiento y comida gratis, y podía formarme en un montón de cosas, así que si quería podía ahorrar casi todo el sueldo, y eso hice. Al final todo suma. Y cada vez ganaba más.

Lo que quiero dejar claro es que estaba orgullosa de la marina. Yo no era un caso especial entre mis compañeros. Teníamos espíritu de cuerpo. No sé si en los demás ejércitos pasa lo mismo, pero no me sorprendería que fuera así, aunque a menudo nos burlábamos de ellos y decíamos que eran unos idiotas comparados con nosotros. Ya sé que no es

original. El caso es que la marina está bien dirigida. Tengo la impresión de que es una de las instituciones más respetadas y mejor dirigidas que hay en el mundo. Entre otras cosas hemos contado con ochenta y tres buques con propulsión nuclear, cuyos reactores en total suman cinco mil setecientos años de funcionamiento y nos han permitido recorrer más de doscientos millones de kilómetros. Todo ello sin haber sufrido nunca un accidente de tipo nuclear. Yo he vivido durante tres años a escasos metros de un reactor nuclear y nunca he tenido nada. El dosímetro mostraría el mismo resultado para mí que para vosotros, o puede ser que el mío sea incluso mejor. ¿Cómo es eso posible? Porque el sistema fue diseñado y construido pensando en la seguridad, sin importar el coste. A conciencia. Si las cosas se hacen así salen bien. A lo mejor la marina tendría que gestionar la red eléctrica del país. Es una idea.

Me gustaría decir un par de cosas más sobre la marina: ahora que existen los misiles de lapidación, ninguno de nuestros barcos sobreviviría al ataque de un agente hostil que dispusiera de esa tecnología. Nada puede detener esos misiles. No hace falta ir a Annapolis para darse cuenta de ello. Los de arriba nunca hablan del tema, nadie lo hace, porque es demasiado increíble. ¿Hay que tirar la toalla y exclamar «¡uy!»? ¿Qué pasa, que ahora somos como la caballería, luchamos con lanzas con la punta de piedra o con una piedra afilada en la mano? No, eso no es así. En realidad, lo que se quiere decir es que la flota de submarinos es todo lo que tendríamos para defendernos en una guerra real. Con un poco de suerte nunca se utilizarán los submarinos, ya que están dotados de misiles nucleares, de manera que el mundo podría irse al garete en una especie de holocausto atómico. Por lo tanto, desde un punto de vista práctico, hasta que se cambie el armamento de los submarinos, y tal vez se los equipe con misiles de

lapidación, cosa que estoy segura de que ya se ha hecho, la marina, como fuerza militar, está completamente fuera del juego. Todas las armadas del mundo. En una guerra real, todos los barcos terminarían en el fondo del mar nada más empezar. No es un pensamiento bonito.

Pero pensemos en lo que la marina puede hacer en tiempos de paz, porque con esos misiles de lapidación ahí fuera, lo que vivimos ahora es exactamente eso, tiempos de paz, aunque muy jodidos, unos tiempos de paz caracterizados por una insurgencia asimétrica de terrorismo de baja intensidad de refugiados climáticos. Y en un mundo así, la flota de barcos de la marina de Estados Unidos puede prestar servicios de protección y de ayuda de emergencia. Como ha estado haciendo el ejército suizo en estos últimos siglos, su misión principal será ayudar cuando se produzca una catástrofe en las zonas costeras. Una fuerza al servicio del bien, el embajador de Estados Unidos en una especie de organización mundial. Ya lo veréis, no me lo estoy inventando. Si la marina se empeña acabará dedicándose a eso. Porque ya lleva tiempo haciéndolo.

Y lo último que me gustaría decir sobre la marina de Estados Unidos es que los almirantes visitan nuestros barcos de vez en cuando. Incluso los destructores y los dragaminas, ya sea para una inspección, para una visita de cortesía o cualquier otro motivo. Y mientras recorren los buques ven a una mujer que no desentona entre los hombres y a veces se paran para charlar conmigo y hacerme alguna pregunta. Casi siempre son hombres mayores, aunque una vez nos visitó una mujer almirante y la situación fue de lo más curiosa. Todos ellos empezaron en Annapolis y han consagrado su vida a la marina, y, por muy rápido que hayan ascendido en el escalafón, también han vivido en barcos y saben de qué va esto, así que están bien informados y se interesan por cómo es la vida a bordo en

estos tiempos. Yo siempre respondo que es curiosa y agradable, y sorprendentemente normal; como un capitán, pero menos pretencioso.

Un día investigué y descubrí que los almirantes tienen un sueldo que supera los doscientos mil dólares anuales. Nadie gana más en la marina. A eso lo llaman diferencial salarial y a veces se expresa con la ratio entre el sueldo más alto y el más bajo. La proporción en la marina es a razón de 8 a 1, más o menos. En una de las organizaciones más respetadas y mejor dirigidas que hay en el mundo. Paridad salarial o democracia económica son los nombres que más se utilizan para referirse a ello, pero a mí me gusta llamarlo justicia, eficacia, espíritu de cuerpo. 8 a 1. No me extraña que los almirantes parezcan personas normales... ¡Es que lo son!

He leído que en el mundo de las empresas la ratio media de los salarios es de 500 a 1, pero es frecuente una ratio a razón de 1500 a 1. Los directivos de esas empresas ganan en diez minutos lo que sus empleados del escalafón más bajo en un año.

Reflexionad un momento, mis queridos conciudadanos. Se habla de incentivos, por ejemplo. Una palabra que forma parte del vocabulario de las escuelas de negocios. ¿Quién recibe un incentivo en una empresa con una ratio de salarios de 1000 a 1? El que gana mil veces más que el trabajador que menos cobra de su empresa. ¿Y cuál es su incentivo? Yo digo que la posibilidad de esconderse. Esconderse del hecho de que en realidad no trabaja mil veces más que sus empleados. Y quien se esconde no es una persona normal, es un capullo. ¿Y cuál es el incentivo para los que menos ganan? No traigo una respuesta preparada, pero las que se me ocurren son cínicas, derrotistas o completamente engañosas. Como, por ejemplo: «Espero que me toque la lotería»; «A partir de ahora todo me irá mejor»; «El mundo es una mierda».

¿Verdad que oís esas cosas? Tal vez la palabra «incentivo» no sea la adecuada. Sería mejor emplear «desincentivo», para continuar con la jerga. Un desincentivo que debe preocuparnos es cuando una persona que hace un trabajo más sencillo que el tuyo cobra mil veces más que tú. Llegados a ese punto tiras piedras a las ventanas o votas a alguien que va a romper con todo y que quizá te dé una oportunidad para empezar de nuevo, y si eso no sale bien, por lo menos le habrás dicho «vete a la mierda» al que cobra mil veces más que tú.

Por lo tanto, ¿qué pasaría si el mundo se dirigiera como la marina de Estados Unidos? ¿Y si se estableciera por norma, o por ley, una ratio máxima de, digamos, por la facilidad que da para los cálculos, 10 a 1? Donde el sueldo mínimo permitiera llevar una vida aceptable, decente, o como prefiráis calificarla. ¿Y si eso lo multiplicamos por diez? ¡Es un montón de dinero! Haced los cálculos, contad con los dedos, ved cuánto dinero hay en cada yema de vuestros diez dedos estirados al final de la palma de vuestras manos, mirándoos directamente a los ojos. Un buen sueldo multiplicado por diez te permitiría llevar una vida de lujos.

En la marina de Estados Unidos nos va de maravilla. ¡Sí, señor!

77

Todos saben qué soy, pero nadie puede explicarme. Nadie me conoce a pesar de que todos han oído mi nombre. Si todo el mundo hablara a la vez crearía algo que se parece a mí pero que no soy yo. Las acciones de todos los seres humanos del mundo me crean. Soy sangre en las calles, la catástrofe que nunca se olvida. Soy la marea subterránea que nadie ve ni nota. Ocurro en el presente pero solo se habla de mí en el futuro, y entonces se piensa que se habla del pasado, cuando en realidad siempre se habla del presente. No existo y sin embargo soy todas las cosas.

Ya sabes qué soy. Soy la historia. Ahora hazme buena.

78

Aterrizó en Lucknow y cogió un tren a la ciudad, una vez allí viajó en metro y en autobús hasta el colegio City Montessori, donde había estudiado de niño. Era la escuela más grande del mundo, había ganado el Premio UNESCO de Educación para la Paz y no podía negarse que había marcado su vida. Su padre se había casado con una nepalí, así que él podría haber acabado viviendo en Nepal hasta el fin de sus días, en un pueblo en las montañas donde se hablaba el rawang y cuya comisaría de policía, volada por los maoístas, nunca se había reconstruido. Su padre había sido testarudo y no quiso exponer a su mujer a las presiones de Lucknow. La segunda ciudad más feliz de la India podía ser muy dura para la gente que venía de las montañas. Así que él podría haber acabado pasando toda la vida en la Edad Media, atrapado por unos padres que se habían conocido cuando una muchacha que sabía leer y escribir y era soñadora respondió a una propuesta desesperada de matrimonio de un muchacho.

Pero se cruzó en su vida un alemán que formaba parte de una organización de ayuda humanitaria que lo pilló robándoles (el más grave de los delitos que había cometido de niño), y fue Fritz quien lo interrogó, con la severidad de un agente de policía, pero también con una actitud jovial. Fritz no se creyó su pose de chico duro ni de malote y le dijo con un tono firme pero dulce: «Para llegar a algo en la vida tienes que enganchar el tigre al carro. No robes. Así solo te

haces daño. Eres un chico listo y dentro de ti hay un deseo ardiente, lo veo en tu cara, así que utiliza tu inteligencia y consigue una plaza para estudiar en un colegio de la ciudad. Así conseguirás todo lo que quieres sin hacer daño a nadie. Aprende todo lo que puedas en la escuela, no supondrá un gran esfuerzo para ti, puedo verlo». Luego Fritz habló con su padre y le dijo: «Envíe al chico a la ciudad. Dele una oportunidad en la vida». Y su padre lo hizo y él acabó en Lucknow, la ciudad natal de su progenitor.

La ciudad lo impresionó y lo desconcertó. Supuso una mejora tan extraordinaria de su suerte que no volvió a dormir más de tres horas por noche el resto de su infancia ni después en su juventud, y todo por el torbellino de pensamientos que revolucionaba su cabeza, donde iban acumulándose los estímulos del día como si fueran la ropa de la lavadora. Lucknow: en inglés significaba «ahora suerte». Le debía la persona que era a esa ciudad.

Y ahora había vuelto. Se alejó paseando de su antiguo colegio y se adentró en el sobrepoblado barrio que se extendía al sur. La línea del metro y el río, el presente y el pasado, cercaban la aglomeración de edificios viejos. Había hecho un montón de tonterías en esas calles. A pesar de las muchas emociones que ofrecía la ciudad, nunca abandonó el comportamiento díscolo de su infancia en Nepal, aunque no recordaba por qué. Había robado en los mercados y con el método del tirón a los peatones; quizá había sido una manera de mantenerse conectado con su hogar. Sus padres le habrían pegado si se hubieran enterado de lo que hacía en la ciudad, poniendo en riesgo todo con su insensatez, pero quizá el peligro que entrañaban esos actos era lo que los hacía atractivos. Le gustaba robar y le gustaban los macarras de sus compinches. Era uno de ellos; le recordaban quién era, era una bestia de las montañas y ninguna ciudad podría domesticarlo. Cogía lo que quería y

nadie podía impedírselo. Solo un golpe que se torció y del que salió con un brazo roto frenó el ritmo de sus fechorías.

Pero cuando se trasladó a Delhi cambió y dejó atrás todas esas cosas. Tampoco recordaba por qué, qué justificación se había dado a sí mismo entonces. Solo sabía que había ocurrido. Las cosas pasan. Si en Lucknow ya dormía poco, no despertó de verdad hasta que se fue a Delhi. Entonces vio con claridad muchas cosas y ya nunca miró atrás.

Ahora había vuelto y le apetecía mirar atrás. Cruzó la ciudad caminando para regresar a su colegio y habló con los estudiantes que se habían reunido para escucharlo, y no hizo falta nada más que aquellas caras jóvenes para que cayera muerto allí mismo. Tenía que hablar de deseos ardientes. Los estudiantes querían lo que él tenía, y él no sabía qué decirles. Les dijo: «Para llegar a algo en la vida tenéis que enganchar el tigre al carro».

Acompañó a los estudiantes a las afueras de la ciudad, a los campos en los que estaban trabajando dentro del programa de trabajo garantizado Agricultura Regenerativa de la India. En la India había ahora pleno empleo, y el trabajo era duro, si bien se basaba en la investigación científica. Todos los años se conseguía almacenar dióxido de carbono en el suelo con métodos cada vez más seguros para la población.

Trabajó con ellos plantando maíz y luego en la reparación de la pared de una terraza. Al final del día estaba sofocado. Aún soy un chico de las montañas, no puedo arar la *terai*, hace demasiado calor. «¡Pero, miraos, estáis haciendo un trabajo magnífico! ¡No desfallezcáis! Gandhi creó el neologismo *satyagraha* juntando las palabras “fuerza” y “paz” en sánscrito. Todos la conocéis, ¿verdad?, “la fuerza de la paz”. Pero Mahatma se la inventó, y pienso que le haría feliz crear otra palabra invirtiendo el orden.

Grahasatya, “paz a la fuerza”. Y vosotros estáis ejerciendo esa fuerza para obtener la paz. El trabajo que estáis haciendo aquí contribuye a salvar el mundo, obliga a que haya paz en el mundo. Seguid así.»

Entonces, mientras se preparaba para marcharse, le entregaron en plena calle una nota en la que le pedían reunirse con él. Le pareció un plan interesante, porque había querido conversar con algunas de esas personas y no se le había ocurrido una manera segura de aproximarse a ellas. De modo que fue a la dirección que ponía en la nota.

Cuando llegó le hizo gracia que el lugar solo estuviera a una calle del cruce en el que había pasado buena parte de su ociosa juventud, la misma intersección de dos avenidas que se cortaban para formar un gran signo de más. Era una intersección caótica, tanto como lo habían sido su cabeza juvenil y su vida. Los mismos cables del tranvía estriaban el cielo y en los edificios había los mismos balcones de hierro forjado. Se le dibujó una sonrisa al pensar que la gente con la que iba a reunirse, seguramente los macarras de su generación, le habían convocado por casualidad en su antiguo barrio.

Sin embargo, ellos no eran como había sido él. Tenían un fin; su deseo ardiente, enganchado a una carroza guarnecida para la guerra que ya se encaminaba hacia su objetivo. Las personas que lo habían convocado salieron por una puerta y le hicieron una seña para que las siguiera al interior de un puesto donde vendían té. Eran mayores que él en sus tiempos de delincuente callejero, y una mujer era la cabecilla. Su pandilla juvenil era alegre y animada; aquellas personas estaban llenas de ira y eran precavidas. Pero no podía ser de otra manera, pues había vidas en juego, incluidas las suyas. Forjados en el fuego; sí, eran los Hijos de Kali quienes lo miraban como si estuvieran decidiendo dónde clavarle los cuchillos.

—Queremos que dé la cara —le dijo sin rodeos la mujer.

—Y yo quiero que vosotros os retiréis —respondió él lo más amablemente que pudo.

La mujer y los cuatro hombres que la acompañaban fruncieron ostensiblemente el ceño y sus caras parecieron los demonios del collar de Kali.

—Usted no nos manda —espetó la mujer—. Ahora es un *firangi* más.

—Eso no es verdad —contestó él—. Vosotros no me conocéis. Sabéis lo suficiente de mí para querer reuniros conmigo, eso os lo concedo, pero eso es todo.

—Vemos lo que está pasando. Le hemos traído aquí para pedirle que haga más.

—Y yo he venido cuando me lo habéis pedido para deciros que ha llegado el momento de cambiar de táctica. Es una buena noticia, y en parte os la debemos a vosotros. Sé que todo lo que habéis hecho era necesario.

—Lo que hacemos sigue siendo necesario —replicó la mujer.

—Lo que deberíamos preguntarnos es qué es necesario ahora.

—Eso lo decidiremos nosotros.

Miró de uno en uno a los miembros del grupo. Sabía que su mirada intimidaba más que cualquier cosa que dijera. Casi podía tocarlos con ella, como si fuera una chispa de electricidad que saltara de su mente a la de ellos. Era una mirada severa, pero permitió que ellos también lo vieran a él.

—Escuchad —dijo al fin—. Yo os entiendo. Os he ayudado… He ayudado a todos los que hacen lo mismo que vosotros en todos los rincones del mundo. Por eso me habéis pedido que me reúna con vosotros y yo he aceptado. Me he puesto en vuestras manos para que os deis cuenta de que soy un aliado. También porque quería deciros que las

condiciones han cambiado. Juntos hemos contribuido a cambiarlas. Así que, si seguís matando a los malos, a los criminales, ahora que los peores ya están muertos, os convertiréis en ellos.

—Los peores criminales no están todos muertos, aún quedan muchos vivos —afirmó con rabia la mujer.

—Siempre encuentran sustitutos.

—Nosotros también los encontramos.

—Lo sé. Sé los sacrificios que hacéis.

—¿En serio?

Se quedó mirando a la mujer y luego volvió a mirar uno a uno a sus compañeros. Eran unos rostros que asustaban y que despertaban el amor. El deseo ardiente.

—Esta es la ciudad de Lakshmi. Crecí aquí. Espero que lo sepáis. En este mismo barrio, cuando era mucho más duro que ahora.

—Usted no estuvo aquí cuando la ola de calor —le reprochó la mujer.

Él la miró fijamente. Sintió en su interior una presión que amenazaba con hacerlo explotar en cualquier momento. Toda su vida estaba haciéndose añicos dentro de él. Intentó controlar las emociones y dijo con la voz titubeante:

—He hecho más por evitar la siguiente ola de calor que cualquier otra persona que conozcáis. Vosotros habéis hecho vuestra parte y yo la mía. He trabajado por este barrio desde mucho antes de la ola de calor y seguiré haciéndolo el resto de mi vida.

—Ojalá viva muchos años —dijo uno de los hombres.

—Eso no importa —repuso él—. Lo que quiero decir es que yo veo cosas que vosotros no veis desde aquí. Soy vuestro aliado. Insisto, ha llegado el momento de un cambio. Los grandes criminales están muertos o en la cárcel, o escondidos y despojados de todo su poder anterior. Así que si continuáis matando solo será por placer. Ni

siquiera Kali mataba por placer, así que mucho menos debería hacerlo un ser humano. Los Hijos de Kali deberían escuchar a su madre.

—A ella la escuchamos, a ti, no.

—Yo soy Kali —declaró él.

De repente sintió el peso descomunal de lo que acababa de afirmar, la verdad que contenía. El grupo lo observaba atentamente y veía cómo ese peso estaba aplastándolo. La Guerra de la Tierra duraba años y él tenía las manos y los antebrazos ensangrentados. Por un momento no pudo hablar; pero no había más que decir.

79

Se acercaba el momento de que Frank saliera de la cárcel después de cumplir su condena. Le costaba asimilarlo y no sabía cómo afrontarlo. Durante los años que había estado encarcelado el tiempo había pasado sin que tuviera noción de él. Una parte de él continuaba escindida del resto de su ser, más allá de la vida y de las emociones que esta ofrecía. En muchos aspectos era un alivio no revivir el dolor, el miedo y los recuerdos. La fría luz del sol en una terraza un día cualquiera en Zúrich. Poder estar cuatro o cinco horas con la mente en blanco..., eso era lo que le había dado la vida allí. No sabía si quería renunciar a ello. ¿Disociación? ¿Serenidad? El nombre era lo de menos. Lo importante era que lo deseaba.

Porque había desaparecido algo más; ya no estaba asustado. Por lo menos hasta donde podía decir él, porque si todavía lo estuviera se habría dado cuenta. Ahora era un ser de costumbres. Comer, caminar, trabajar, leer, dormir. No era feliz ni desdichado. No tenía ningún deseo. Bueno, eso no era verdad del todo, porque quería librarse del miedo. Y tenía interés en observar más animales. Y deseaba que liberaran a los refugiados del campamento como iban a soltarlo a él. Eran deseos muy distintos, y algunos podría perseguirlos; otros no dependían de él.

Todas las mañanas subía a la furgoneta de la cárcel o tomaba los tranvías y los autobuses que lo llevaban a los centros para refugiados, donde ayudaba a limpiar las

cocinas. Si no paseaba por el centro de la ciudad, cruzaba varias veces el Limmat por sus numerosos puentes y normalmente acababa en uno de los parques que había a orillas del lago.

Ese día en concreto entró en la Grossmünster por curiosidad, para saludar al espíritu de Zúrich, tan gris y austero. Parecía un almacén grande y viejo, inmensamente alto y casi vacío por completo. Siempre le había parecido curioso que fuera el lugar de culto de los zuriqueses. Se imaginaba a Zwingli como una especie de monje zen, un devoto del vacío. Pureza de espíritu. Un espacio de adoración que era una respuesta a las iglesias barrocas, la idea última de lo que era una iglesia. ¿Decía tanto de los suizos como parecía? ¿No reflejaba mejor lo que eran ahora la elegante iglesia del Siglo de las Luces que había en la otra orilla del río? Posiblemente. Salió de la catedral, volvió a cruzar el río, pasó por delante de la placa en la que se leía «Goethe durmió aquí» y entró en la Peterskirche. No, esta tampoco. Sobria, de buen gusto, *kitsch*, profusión de alabastro; los suizos ya no eran así. Bauhaus había influido en ellos más que cualquier otra persona; ahora el diseño era esencial, ya fuera dando un salto atrás en el tiempo con una reminiscencia de Zwingli o un viaje al futuro con unas pulcras líneas de una era espacial. «La forma sigue a la función», sí, ese era el estilo suizo. Hazlo bien, hazlo duradero. Pulcro, sobrio, elegante, con estilo. Los anticuados gestos de Heidi habían sido desterrados a las zonas turísticas de los Alpes, que eran su entorno natural. En Zúrich lo primordial era la función.

Pasó por delante del club femenino que había dentro del mismo Limmat, donde varias bañistas tomaban el sol. Al otro lado del río se alzaba el Odeon, que contemplaba a las mujeres en bañador como si fuera el lascivo Joyce. Luego se dirigió al puente que marcaba el comienzo del río, el

Quaibrücke, y continuó hacia el oeste bordeando el lago hasta el primer parque que encontró. Se sentó en un banco que había encima de un diminuto embarcadero y contempló la estatua de Ganímedes, que tendía una mano hacia la gran ave posada delante de él. Era un gesto simple, enigmático hasta rayar en la vacuidad. Era la clase de estatua que iba con él. Ganímedes, ¡tatatachán!, era Frank, tal vez, progresando; ofreciendo algo a la gran águila. La imagen le provocó un estremecimiento. Aunque pálidamente, el sol brillaba en el cielo, y Frank no debería haber tenido frío pero lo tenía. Entonces sintió náuseas y le brotó en todo el cuerpo un sudor frío. Permaneció sentado en el banco deseando con todas sus fuerzas que se le pasara esa sensación horrible. Y para alivio suyo se le pasó. Pero ahora tenía la ropa empapada y él se sentía débil y estaba helado.

Últimamente le había pasado lo mismo unas cuantas veces. No se lo había contado a nadie; le restaba importancia. Pero, por alguna razón, el episodio había sido más intenso a la pálida luz del sol, en la calle. Se puso en pie apoyándose en el brazo del banco para mantener el equilibrio. Bajó los amplios escalones hasta donde el agua del lago lamía el contrafuerte de hormigón. La imagen le recordó algo que no podía recordar, que no podía permitirse recordar, porque sabía lo que era. Pero lo arrinconó para meter las manos en el agua. La fría agua alpina, limpia y fresca. Mary Murphy le había dicho que se podía beber directamente del lago. Ella se bañaba en el lago y lo sabía. Frank formó un cuenco con la mano y se llevó el agua recogida a la boca. Se la tragó. Estaba fría e insípida, con un fondo orgánico. Se notaba que había sido nieve solo una semana antes. Bebió varias veces sin prestar atención a una pareja de paseantes que debió pensar que era extraño que bebiera agua del lago. Fue James Joyce quien dijo que se

podía desayunar en el suelo de las calles de Zúrich. Bueno, pues podía beberse sin problema el agua de su lago. Frank recordó de pronto que él mismo se había bañado en el lago un par de veces. De eso ya hacía algunos años. Frank en el lago. Se le hizo extraño que hubiera pasado tanto tiempo.

Respiró hondo. Algo no marchaba bien; era una sensación de debilidad y de mareo, mezclada con el frío, que no alcanzaba a identificar, que no podía explicar con palabras. Decían que era un choque emocional que había que liberar, que durante las semanas previas los días se dilataban hasta el infinito, que te volvías loco, que te aterrorizaba la libertad, que querías volver dentro. En su caso nada de eso era verdad; no era ninguna de las reacciones que tan bien conocía y que le habían dicho que eran estados mentales que se manifestaban en su cuerpo. ¿Trastorno de estrés postraumático? Sí, pero esa frase siempre escondía más de lo que decía. ¿Qué era un trauma? ¿Qué era el estrés? ¿Qué era un trastorno? Nadie lo sabía. En la selva que era cada mente caminábamos sin rumbo y encontrábamos un claro aquí, una charca allá, todo ello a la luz turbia de los pensamientos agitados, siempre sumidos en un duermevela. Frank no comprendía por qué la gente que quería ayudar intentaba explicarlo con palabras. Bueno, suponía que era porque su intención era ayudar. El ser humano era una criatura de palabras, experimentaba las emociones con palabras. A veces. Pero a veces era imposible. No siempre existían las palabras precisas.

Un miedo lo atravesó como si fuera un cuchillo. Algo iba mal.

Subió con mucho cuidado los escalones, mirando abajo para asegurarse de que sus pies se apoyaban con firmeza en el suelo. No era un buen sitio para trastabillarse; había demasiados zuriqueses paseando, y si se caía y le ayudaban

verían el localizador que llevaba en el tobillo y pensarían que era un drogadicto. No, tenía que sostenerse en pie.

Llegó a la calle y respiró hondo. Evaluó la situación. Agitó los brazos y las piernas y comprobó que se movían como esperaba. Se tomó el pulso. Cruzó la concurrida calle y se adentró en las callejuelas que había entre la Bahnhofstrasse y el río. Llegó a una confitería que vendía rodajas de naranja confitada bañadas hasta la mitad en varias clases de chocolate. A él le gustaba el chocolate negro. La mejor naranja confitada, con el punto justo de amargor y de dulzor, bañada hasta la mitad con el mejor de los chocolates posibles. Había cogido la costumbre de pasar por la confitería y comprar una sola rodaja de naranja para comérsela a mordisquitos mientras paseaba. Entró en el establecimiento y la dependienta lo reconoció al momento, cogió una rodaja de naranja con unas pinzas y la colocó sobre un papel encerado sin preguntar; no hizo falta nada más que un simple gesto de asentimiento de Frank. De nuevo en las estrechas calles peatonales, con un pavimento de piedras planas y lisas que no eran exactamente adoquines, enfiló de vuelta a la Paradeplatz, cruzó las vías del tranvía que recorrían la Bahnhofstrasse y entró en el barrio donde estaba la cárcel y que tan bien conocía.

Naranja y chocolate, chocolate y naranja. Amargo y dulce, oscuridad y claridad. Los sabores complementarios creaban un nuevo sabor que llenaba la boca y casi podía masticarse. Una combinación de azúcares fluyó por su cuerpo, y también algo de grasa, seguramente también una pizca de cafeína. Dobló una esquina y se sintió mejor cuando el centro penitenciario apareció delante de él. Decidió sacudirse el malestar; esperaría su puesta en libertad con el mismo estoicismo con el que había llevado su encierro. Cuando saliera buscaría un apartamento en el barrio. Cerca de allí había una residencia cooperativa con

vistas a las cocheras de los autobuses en cuya lista de espera llevaba desde que comenzó a cumplir su condena. Había quedado libre una habitación. La alquilaría y seguiría viviendo como hasta ahora, con la cabeza agachada y dejando pasar los días.

Mary Murphy estuvo una temporada sin visitarlo y Frank empezó a preguntarse el porqué. Pero entonces un día apareció, se sentaron en la cafetería que había enfrente de la cárcel y Frank le habló del rebeco que había visto a los pies del Pilatus. No se lo supo explicar bien y se dio cuenta de que ella no entendía lo que quería decirle.

—Deberías ir allí y verlo con tus propios ojos —le dijo finalmente, irritado.

—Me alegra que fueras —dijo escuetamente—. Parece que te fue bien.

Luego Frank le preguntó sobre el departamento de refugiados del ministerio. Estaba interesado en saber lo que hacía.

—Actualmente hay como ciento cuarenta millones de refugiados y el número no para de crecer —dijo Frank—. Eso es como toda la población de Francia y de Alemania juntas. Todo sigue igual de mal que siempre.

—Lo sé.

—Tenéis que pensar un plan que todos los gobiernos acepten. ¿Te has fijado en lo que pasó al acabar las guerras mundiales? Hubo millones de refugiados que se morían de hambre. Después de la primera guerra mundial nombraron a Fridtjof Nansen para que solucionase el problema, y a él se le ocurrió un sistema que se llamó «pasaporte Nansen», que concedía al refugiado el derecho de ir a donde quisiera, podía moverse con libertad.

—¿De verdad?

—Eso tengo entendido. He estado leyendo un poco, no de manera metódica, pero tú tienes un equipo que podría

ponerse a trabajar en ello. Deberían volver los pasaportes Nansen.

Mary suspiró.

—Me temo que muchos países rechazarían la idea.

—Haz lo mismo que hiciste con los bancos centrales. Hay que elegir entre un plan y el caos. Los campamentos... Sé que los has visitado, pero lo que yo veo allí es lo mismo que esa cárcel de ahí, porque los refugiados no tienen ni idea del tiempo que serán obligados a permanecer en ellos. Y, para empezar, no han hecho nada malo. Europa está castigando a las víctimas. Sudán se ocupa de más refugiados que toda Europa, y Sudán es un país arruinado. Se dice que las personas que llegan a Europa son migrantes económicos, ¡como si no se esperara lo mismo de sus propios ciudadanos! También a ellos se les pide que intenten mejorar su vida, que muestren iniciativa. Pero si vienes a Europa para hacer eso precisamente, te criminalizan. Es una cosa que tenéis que cambiar.

Mary negó con la cabeza.

—No es solo Europa.

—Pero vosotros estáis en Europa —replicó Frank. Miró fijamente a Mary, que tenía los ojos clavados en su kafifertig. Estaban cayendo de nuevo en el patrón de la primera noche, él le soltaba sus bravatas y ella se molestaba, así que quizá no era una buena idea seguir por ese camino. Por otro lado, después de tantos años Mary seguía visitándolo. Era raro, y Frank no sabía cómo interpretarlo. Pero de pronto se dio cuenta de lo importante que eran para él sus visitas; las deseaba. Tampoco podía explicar lo que eso significaba. Pero, fuera lo que fuera, lo necesitaba. Esa irlandesa estaba un poco loca, tenía un interés en él que resultaba inquietante, de verdad, y a menudo mostraba una actitud vengativa y dura, lo presionaba de una manera que le molestaba, que lo sacaba

de sus casillas. Pero se había acostumbrado a sus visitas. Necesitaba a Mary.

—Deberías ir a los Alpes —insistió Frank—. Fuiste tú la que me dio ese consejo y tenías razón. Ahora soy yo el que te sugiere que vayas.

Mary asintió.

—Quizá lo haga.

80

Tuve que empujarlo hasta el final. Es como uno de sus bueyes, por eso le gustan tanto esos animales y yo tan poco. Yo soy como uno de esos pájaros que se posan en los bueyes y les picotean el lomo. Él sería mucho más feliz si yo fuera un buey. Pero soy su mujer, y es un destino miserable, pero no puedo culpar a nadie más que a mí misma, y lo cierto es que amo a mi marido. Pero no quiero morirme de hambre por eso.

Heredó el último rincón de la finca de su padre, las dos hectáreas de las tierras de la familia más alejadas del río, lo que significa que durante años se utilizaron como vertedero. Así que antes de poder hacer nada tuvimos que retirar una gruesa capa de basura de toda clase, incluso pagamos para que se llevaran lo más gordo. Cuando terminamos teníamos un triángulo de tierra dura como el mármol, de manera que lo primero que tuvimos que hacer fue romper esa costra de la superficie. En segundo lugar construimos un canal de riego desde la propiedad de nuestro primo río arriba. Le envié a buscar a sus hermanos y a sus sobrinos para que nos echaran una mano. Cuando terminamos llegó el momento de preparar el suelo. En esto sus estúpidos bueyes fueron de ayuda, la verdad, y alquilamos un prado cercano para que pastaran. Recogíamos sus excrementos y con ellos abonábamos la tierra. El agua de la acequia pasaba primero por nuestra propiedad, así que arrastraba todo lo que estaba suelto hacia el río y tuvimos que

encargarnos de eso con arcenes, terrazas, canalizaciones, el pólder… Yo hice buena parte del trabajo, ya que era la única que podía trabajar una hora seguida y leer los planos. El progreso era lento.

Entonces oímos rumores de que el ayuntamiento daría dinero a quien retuviera carbono en el suelo. Teniendo en cuenta en qué estado se encontraban nuestras tierras, eso significaba que nos pagarían por hacer lo que de todas formas teníamos que hacer si no queríamos morirnos de hambre, así que le dije al buey de mi marido que fuera corriendo a apuntarnos. Él dudó y mugió como siempre; se quejó de que era una pérdida de tiempo y de que esas cosas nunca servían de nada. «¡Basta! —le grité—. ¡Como no vayas ahora mismo me divorciaré de ti y le contaré a todo el mundo el motivo!» Se fue corriendo a apuntarnos.

Un equipo de técnicos que recorría el municipio se pasó por nuestras tierras y estuvo tomando muestras durante una hora para determinar un valor de referencia de partida del suelo. Uno de los miembros del equipo paseó la mirada por nuestra propiedad con una expresión que dejaba claro que era obvio que el valor de referencia iba a ser bien bajo. Nuestra hija lo atosigaba mientras trabajaba. El hombre recogió una muestra de tierra, la metió en un vaso con agua y lo agitó. Cuando el agua se quedó quieta le mostró el vaso a nuestra hija. El agua se aclaró inmediatamente y toda la tierra se fue al fondo. «Tenéis que echar compost —le dijo—. La materia orgánica flota en el agua, así que ya ves que en este suelo no hay mucha. Es un buen punto de partida.» El resultado habría sido el mismo si el suelo hubiera sido de linóleo o de piedra.

Me puse manos a la obra. Está muy bien eso de la siembra directa, pero lo primero que necesitas es un suelo que no arar. Primero hay que hacer mucho cultivo de cobertura, ya lo creo; en nuestro caso eso significó años de

duro trabajo, y siempre sin un duro, ya que apartábamos todo el dinero que podíamos para comprar estiércol y residuos agrícolas a los vecinos.

Pero, como suele decirse, al final la mierda se convierte en oro. Lo hicimos todo. Yo lo dirigía a él y él dirigía a los trabajadores, y plantamos algunos árboles y plantas perennes y los dejamos a su aire, y en la época de la recolección recogíamos sus frutos con gratitud. Sufrimos una sequía y una inundación, pero vimos que nuestras tierras soportaban mejor esos desastres que las de nuestros vecinos gracias a lo que estábamos haciendo. Y todo eso sin tractores, fertilizantes ni pesticidas, solo con los buenos venenos que siempre han estado en la tierra. Todo a la vieja usanza, y perfectamente documentado por mí, ya que iban a ser factores que influirían en el cálculo final del carbono. Consumíamos casi todo lo que cultivábamos, pero también vendíamos una parte e invertíamos los beneficios en la tierra. Mi buey refunfuñaba; ¿quién había oído alguna vez que se cultivara algo en desechos?

Por fin llegó el momento de que los técnicos del ayuntamiento volvieran para medir los niveles de carbono. Enseguida fui al ayuntamiento y me apunté para que pasaran por mis tierras. Poco después se presentó un equipo de técnicos, por supuesto no era el mismo que la otra vez, y evaluó el suelo de nuestra pequeña explotación. Se pasearon por la propiedad recogiendo muestras, unas veces hacían un agujero con una especie de pala doble, y otras, con una herramienta que parecía un sacacorchos gigante. Después de recoger las muestras hicieron los análisis en su camioneta, en cuya parte de atrás llevaban unas grandes máquinas.

Cuando terminaron los análisis se acercaron a nosotros.

—Han hecho un buen trabajo —dijeron—. Tenemos autorización para pagarles ahora mismo. Pero antes deben

saber que nos quedamos un 11 por ciento del importe total para cubrir nuestros gastos y sus impuestos. De manera que, si están de acuerdo, firmen aquí y habremos acabado.

Mi buey se puso como una fiera.

—¡Nunca había visto una comisión tan alta! ¡Lo que es nuestro es nuestro! ¡Páguennos lo que se nos debe, ya nos encargaremos nosotros de lo demás!

El técnico que llevaba la voz cantante suspiró y miró a sus colegas.

—No puedo hacerlo. El procedimiento es el que es. Si quiere cobrar su parte tendrán que firmar.

—¡Pues no firmaré! —espetó mi marido—. ¡Ya lo arreglaremos en el ayuntamiento!

—¡No! —bramé yo. Me llevé aparte a mi marido para hablar a solas con él. No quería dejarlo en evidencia delante de aquellos desconocidos. Cuando llegamos detrás de la casa le puse un dedo debajo de la nariz—. Si no firmas me divorciaré —le solté—. Hemos trabajado muy duro. Esta gente siempre se queda una comisión. Tenemos suerte de que solo sea el 11 por ciento, ¡podrían haber pedido el 50 y aun así aceptaríamos! ¡No te comportes como un idiota o me divorciaré de ti y luego te mataré, y después le contaré a todo el mundo el motivo!

Mi buey reflexionó un momento y luego volvió adonde estaban los técnicos.

—Está bien —dijo—. Mi mujer insiste en que firme. Y puede llegar a ser muy persuasiva.

El técnico asintió. Firmamos el impreso y nos quedamos mirando lo que nos dieron.

—¿Veintitrés? —exclamó mi marido—. ¡Es una miseria!

—Son veintitrés carboncoines —dijeron los técnicos—. Veintitrés con veintiocho exactamente. Un carboncóin por tonelada capturada. En su moneda, si eso es lo que quiere saber, serían unos… —Dio unos toquecitos en su tableta de

muñeca—. De acuerdo con el cambio actual, vienen a ser unos setenta mil. Setenta y un mil seiscientos ochenta.

Mi buey y yo nos miramos. Era, de largo, más que los gastos que teníamos en un año. De hecho eran casi dos años de gastos.

—¿Eso es antes o después de restar el 11 por ciento? —preguntó mi buey.

No pude contener la risa. Mi marido es un tipo divertido.

81

Transcripción de la conversación telefónica por línea segura entre Mary Murphy y Tatiana Voznesenskaya. M. está en su despacho. T. está escondida en un lugar secreto.

Mary: ¿Cómo estás?

Tatiana: Aburrida. ¿Y tú? ¿No deberías esconderte también?

M: No creo que nadie quiera matarme. Mi muerte no cambiaría nada.

T: Quizá.

M: Cuéntame, ¿qué tal todo?

T: Trabajo, a distancia, como hablo contigo. Asesoro a los equipos legales con los que colaboramos.

M: ¿Algo interesante?

T: Bueno, creo que alguna cosa llegará a buen puerto.

M: ¿Qué quieres decir?

T: Creo que la apuesta que hicimos por ofrecer un acuerdo a los multimillonarios saldrá bien. En general.

M: ¿Cómo lo sabes?

T: Hemos estado tanteándolos. Les hemos ofrecido cincuenta millones. Si los rechazan les espera una vida de procesos judiciales y acoso, incluso verse en mi situación de tener que esconderse en un lugar seguro. La mayoría está aceptando el trato.

M: ¿Y eso es legal? Suena a extorsión.

T: Hay formas legales de hacerlo. Te lo explico así, a grandes rasgos, para que lo entiendas.

M: Gracias. Entonces, ¿no van a mover su dinero a paraísos fiscales?

T: Hemos acabado con ellos. Tal vez eso sea lo mejor de la distribución por cadena de bloques del dinero fiduciario, que sabemos dónde está en todo momento. No quedan muchos sitios donde esconderlo. Y, si consigues esconderlo, deja de ser dinero de verdad. En la actualidad, solo el dinero que consta en los libros tiene un valor real. Lo demás es, qué sé yo, como si fueran doblones. El dinero real sabemos dónde está y de dónde sale.

M: ¿No ha sido siempre así?

T: No. ¿Recuerdas el dinero en efectivo?

M: ¡Yo aún lo uso! Pero ¿no estaba numerado?

T: Sí. Pero cuando se movía un par de veces ya no era más que dinero en efectivo. Había miles de maneras de lavarlo y no se podía seguir su rastro. Ahora puede rastrearse, de hecho tiene que ser rastreado para seguir siendo dinero. Por lo tanto no puede esconderse en ningún sitio, no hay paraísos fiscales. Bloqueamos los últimos que quedaban, conseguimos que la OMC los inhabilitara. No, cualquier persona que quiera seguir siendo rica en el panorama económico actual tiene que aceptar el recorte y coger tus cincuenta millones.

M: Supongo que es lo más sensato.

T: Sí. Más vale pájaro en mano que ciento volando. Al final serán los ricos los que más se acerquen a lo que tendría que ser el *Homo economicus*. Disponen de toda la información, buscan el interés personal de una manera racional e intentan maximizar su riqueza. Pero, si la sociedad establece por ley un grado máximo de riqueza, es absurdo luchar contra eso. Sobre todo si tienes como veinte veces más de lo que necesitas para olvidarte de las preocupaciones.

M: No lo sé. La ambición que te hace llegar a ser millonario no desaparece. Hay que ser un sociópata. No es algo racional. Casi siempre es una cosa de hombres. Aunque he conocido a mujeres iguales.

T: Por supuesto.

M: Al final se rebelarán.

T: Seguro que más de uno lo hará. Locos hay en todas partes. Yo estoy hablando del sistema. Si los locos se rebelan en un sistema cuerdo, consiguen hacer un poco de daño, pero al final acaban en la cárcel o alguien los mata. Por lo tanto, lo importante es el sistema. Y ahí es donde estoy viendo resultados.

M: ¿El gobierno ruso se ha subido al carro?

T: Es difícil saberlo. Es posible. La nostalgia soviética está ganando fuerza. Y Siberia está derritiéndose, y eso no es ninguna broma. Algunos pensaban que sería bueno porque podríamos cultivar más trigo y eso, pero lo único que hemos conseguido es un montón de ciénagas, y ya no se puede atravesar en coche los ríos helados como antes. Es un desastre. Además se está liberando tanto metano y dióxido de carbono que podríamos convertirnos en una selva tropical. En Rusia nadie quiere que seamos una selva tropical. Sería muy poco ruso. Así que la gente está empezando a pensar de otra manera.

—Entonces podemos contar con Rusia.

—Es posible. Dentro del Kremlin sigue la batalla, pero las evidencias son claras. Y muchos rusos conservan el respeto soviético por la ciencia. También es un valor ruso. Y les parece gracioso que los soviéticos acaben salvando el mundo. Se lo toman como una especie de reivindicación.

M: Todas las culturas quieren el respeto de las demás.

T: Por supuesto. Ahora los chinos lo tienen, y también la India. Los que siguen ansiosos por obtenerlo son Rusia y el islamismo.

M: ¿Y cómo se consigue ese respeto?

T: A través del dinero no. La prueba la tenemos en los saudíes. Eran unos idiotas. Y, evidentemente, nadie respeta a los idiotas. Ese es un asunto que nos preocupa en Rusia. Siempre se nos ha considerado unos idiotas. El gran oso, peligroso e inculto. Unos provincianos.

M: ¿Aunque hayáis escrito las mejores novelas y compuesto la mejor música?

T: Todo eso fue con los zares. Y luego la Unión Soviética se ganó algo de respeto por plantar cara a Estados Unidos, y por sus avances científicos y su solidaridad. O así se recuerda. Ahora para Estados Unidos solo somos los grandes perdedores. Y con el mundo entero hablando en inglés, nunca desaparecerá esa impresión. A menos que utilicemos los métodos soviéticos para salvar al resto del mundo de la estupidez de Estados Unidos.

M: También podéis recuperar a los zares.

T: Sí, esa sería la opción equivocada. Lo vimos con Putin. Pero el sueño soviético es mejor. Asumimos nuestro pasado y lo usamos para salvar el mundo. La madre Rusia al rescate.

M: Ojalá. Alguien tiene que hacerlo, y no creo que Estados Unidos pueda.

T: ¡Estados Unidos! Es el ricachón que tiene que conformarse con cincuenta millones y renunciar a la riqueza infinita. Será el último en plegarse.

M: Supongo que debería volver a San Francisco.

82

Los grandes almacenes son cuellos de botella, ya que son centros de distribución y no hay tantos. Cuando atacas los centros de distribución les das una patada en sus partes. El precio de sus acciones se desploma cuando se hace público que han sufrido un ataque y no tienen cómo hacer frente a eso. Y su valor ya ha alcanzado mínimos históricos. Por supuesto, la policía puede detener a los culpables y se les puede juzgar, pero eso no sube el precio de las acciones. Cien mil dólares de daños materiales pueden causar pérdidas de un millón de dólares en valor de mercado. Los grandes fondos de pensiones se dan cuenta de que hay un problema y se llevan sus formidables activos a otro sitio. Luego, los fondos de beneficencia, los de inversión, los de las universidades, los de las organizaciones sin ánimo de lucro y los de cobertura se percatan del movimiento de los grandes e intentan salir del edificio antes de que se derrumbe sobre sus cabezas. Y, de repente, una multinacional famosa, que, por supuesto, también es una persona física, sufre algo parecido a un derrame cerebral, y yace en la cama de un hospital sin poder moverse, enchufado a unas máquinas que la mantienen viva y con sus herederos discutiendo sobre quién se queda con sus migajas.

Por lo tanto, como no podía ser de otra manera, se quemaron los grandes almacenes. En el pasado eso habría significado su final. A la gente le gusta la acción directa

porque es rápida y después no tiene que enfrentarse a ningún cambio real. Pero esta vez la Asociación de Inquilinos apoyó a la Resistencia Estudiantil de la Deuda en su objeción del pago de las deudas. Fue una acción de incumplimiento, es decir, de quedarse en casa y no ir al trabajo. Es una forma de huelga general.

Entonces, el 16 de julio, grandes partes de internet, el almacén de los almacenes en la red, dejaron de funcionar. Fue alucinante. Y lo habíamos hecho nosotros. ¿Fue una decisión inteligente? ¿No se había convertido internet en nuestro sistema nervioso? Fue como aquel tío que se cortó el brazo para salir de un cañón en Utah. Una medida desesperada. Nos habíamos arrojado a un interregno, al caos que sigue al final de una dinastía y antes del comienzo de la siguiente. La Crisis, el Año Cero; ay, madre.

En situaciones así se necesita un plan. No se puede improvisar en mitad de una crisis, por lo menos en la era moderna de la hipercomplejidad. Imaginemos que internet cayera, entonces tus ahorros se esfumarían y el dinero ya no serviría para nada. ¡Oh, Dios mío! ¿Se puede construir una sociedad nueva desde cero llegados a ese punto? No, imposible. El mundo a tu alrededor se desmorona y lo siguiente que haces es comerte a tu gato. Así que escuchad bien: hay que tener listo un plan B. Y no puede ser secreto, no puedes lanzarlo al mundo como si te lo sacaras de la manga en un momento de caos. Por favor, basta ya de teorías de la conspiración; ¡qué gente más cansina, joder! ¡Como si fueran sensatas las cosas que se hacen en secreto! No. Salta a la vista que no son más que tonterías. Pero eso no es cierto del todo. El tema no es que no existan las conspiraciones, sino que todo el mundo las conoce. En ese espíritu se enmarca que tenga que haber un plan B que

conozca todo el mundo, una conspiración cuya existencia se haya hecho pública con antelación, como el gobierno en la sombra de un partido de la oposición que presenta su programa electoral para que los ciudadanos lo estudien con la esperanza de que los voten. Hay que poner todas las propuestas sobre la mesa y debatirlas. Hay que seguir las instrucciones de montaje paso a paso. Sí, sé que suena demasiado parecido a la política, pero es que lo es. Qué deprimente.

Un ejemplo paradigmático de lo perjudicial que puede ser para una revolución la falta de un plan B es... Bueno, elegid cualquier revolución de la que hayáis oído hablar. Casi siempre son espasmos, así que se obtiene el resultado espático que cabría esperar: la historia como una cagada, como una máquina de pinball, como una pesadilla. Pero tomad este otro ejemplo, que en realidad es una muestra de cómo la falta de un plan B puede detener una revolución desde el mismo momento que empieza a pesar de la necesidad imperiosa de que llegue a buen puerto, y por ello es especialmente relevante para nosotros: Grecia y el fracaso del *grexit* en los primeros años del siglo. Grecia se había retrasado en los pagos de su deuda con el banco central de la Unión Europea, con el Banco Mundial y con un montón de bancos privados. Entonces esos poderes de las finanzas mundiales apretaron las clavijas al país heleno y pidieron a su gobierno que dejara de pagar las pensiones a sus ciudadanos y de financiar la salud pública para que así pudiera pagar a los acreedores internacionales que habían sido tan necios de prestarle el dinero a pesar de los riesgos que entrañaba. Syriza, el partido en el gobierno griego en ese momento, se negó a hacer lo que le pedían. La llamada troika, que representaba a las finanzas internacionales, insistió en su demanda, porque no podían dar su brazo a torcer con Grecia sin arriesgarse a que el resto de los PIIGS,

siendo estos Portugal, Italia, Irlanda, Grecia y España, se les fuera de las manos.

Por lo tanto, ¿quién iba a salir perdiendo de este pulso, la población griega o las finanzas internacionales? Syriza planteó esta pregunta a sus ciudadanos en forma de referéndum. Y una amplia mayoría de griegos votaron por desafiar a la troika y rechazar la austeridad. Syriza rápidamente aceptó la austeridad y la correa de la Unión Europea, se fue al garete y suplicó un rescate.

¿Por qué Syriza traicionó el deseo del pueblo que lo había elegido? ¡Porque no tenía un plan B! Lo que Grecia necesitaba en aquel momento era un plan para salir de la Unión Europea y recuperar el dracma. Habrían necesitado alguna clase de pagaré que hiciera la función del dinero mientras se imprimían los nuevos dracmas y se realizaban los demás cambios imprescindibles para la transición hacia un país que recuperaba el control de su propia moneda y su soberanía. De hecho, dentro de Syriza había personas trabajando sin descanso en el diseño de ese plan B, que ellos llamaban plan X, pero llegaron tarde y no pudieron convencer a sus compañeros en el gobierno para que se arriesgaran a intentarlo.

Así pues, en ausencia de un plan diseñado con antelación listo para ponerlo en práctica de manera inmediata, Syriza tuvo que claudicar ante la Unión Europea y las finanzas internacionales. Era eso o el caos, que habría derivado en un problema de hambruna para la población griega. Porque los griegos ya pasaban hambre; la tasa de desempleo era del 25 por ciento, el 50 por ciento de paro juvenil, y el régimen de austeridad que ya había impuesto la troika había cerrado el grifo del dinero para los servicios sociales básicos, para un alivio del sufrimiento de la población. El gobierno de un país desarrollado, de una nación de Europa, la cuna de la civilización y blablablá, se vio obligado a elegir

el hambre y el paro o morir de hambre y el caos. Esas eran todas sus opciones, porque no tenía preparado un plan B.

Esta vez, cuando el mundo se fuera al traste tenía que haber un plan B.

¿Cuál era ese plan? Una gran parte de él siempre ha existido; se llama socialismo. O, para aquellos a quienes aterrorice esta palabra, como los estadounidenses o las historias de éxito capitalista que tienen una reacción alérgica cuando la oyen, también podríamos llamarlo áreas de servicio público. Son casi lo mismo, la propiedad pública de los bienes y servicios de primera necesidad, para que sean distribuidos como derechos humanos y bienes públicos de una manera que no sea lucrativa. Los bienes y servicios de primera necesidad son la comida, el agua, la vivienda, la ropa, la electricidad, la sanidad y la educación. Todos ellos son derechos humanos, bienes públicos, que nunca deberían ser objeto de la apropiación ni de la explotación lucrativa. Así de sencillo.

La democracia tampoco está mal, pero también en este caso, para los que piensen que es una palabra que solo esconde una historia de oligarquías e imperialismo occidental, llamémosla representación política real. ¿Consideráis que vivís en un sistema de representación política real? Probablemente no, pero, aun en el caso de que la respuesta sea que un poco sí, seguramente sea muy frágil. Por lo tanto, los pilares son la propiedad pública de los bienes y servicios de primera necesidad y la representación política real.

Se pueden debatir los detalles caso por caso, y, aunque el demonio está en los detalles, no dejan de ser eso; solo hay que encajar las piezas del rompecabezas. Se puede encontrar una solución para esos detalles, y en casi todos

los casos ya se ha hecho. El plan de Zúrich, el sistema de Mondragón, la economía participativa de Albert y Hahnel, el comunismo, el Plan de inversión pública, el plan Aquello que es bueno para la tierra es bueno, las diversas fórmulas de poscapitalismo, y un largo etcétera. Hay miles de versiones de un plan B, pero todas ellas comparten los rasgos básicos. No es ingeniería aeroespacial. Los bienes y servicios de primera necesidad no se venden ni se saca beneficio de ellos.

Una cosa que asusta es que el dinero tiene que seguir existiendo, o por lo menos algún sistema de intercambio o de reparto en el que la gente pueda confiar. Eso significa que los actuales bancos centrales tienen que participar en el plan, lo que implica que el sistema actual de estados nación también tiene que participar en él. Lo siento, pero es lo que hay, y quizá sea obvio. Tanto si eres un decrecentista descentralista, un anarquista, un comunista o un partidario acérrimo del gobierno mundial, en el orden mundial actual solo se alcanza la globalidad a través del sistema de estados nación. O utiliza la división por familias de lenguas si así te sientes mejor. Cientos de lenguas diferentes tienen que encontrar una manera de comunicarse. Es lo que tenemos ahora, y cuando llegue el momento crítico y todo se desmorone habrá que utilizar algo del antiguo sistema para sostener el nuevo, y mejor que sea algo grande y sólido. De lo contrario sería como construir castillos en el aire, que se derrumbarían y nos sumirían en el caos. Por lo tanto, sí, necesitamos el dinero, por ende, los bancos centrales, y por ende, el sistema de estados nación. No es más que un acuerdo social. Eso es lo que lo hace tan terrorífico. Es como si te hipnotizaran; tienes que aceptarlo para que salga bien. Así que todos estamos hipnotizados en un vasto sueño que es fruto de una alucinación colectiva y que es la realidad social. No es un pensamiento halagüeño.

Sobre todo cuando el orden mundial es tan desigual, tan injusto. La historia de siempre, por supuesto. Ya sale en la Biblia, se detalla en el Génesis; no hay nada más antiguo que la desigualdad, y no ha cambiado demasiado desde el comienzo de la civilización. Por lo tanto, ¿cómo podemos cambiarlo ahora? ¿Qué hacemos?

Ahora todo el mundo lo sabe todo. En el planeta no hay nadie que ignore las condiciones reales de nuestra existencia social colectiva. No se les puede negar ese mérito a los estúpidos teléfonos inteligentes; se puede ser un cazurro, y mucha gente lo es, y sin embargo tener una idea precisa de cómo funciona el mundo. Todo el mundo sabe que el planeta va lanzado hacia el desastre, que ha llegado el momento de actuar. Todo el mundo lo sabe todo. La mano invisible nunca se hace cargo de la cuenta. El dinero ya existe, el problema es que no está distribuido equitativamente, que es lo mismo que decir adecuadamente. Así que ahora todo se ha roto. Nosotros lo hemos roto... ¡A propósito! Disturbios, ocupaciones, incumplimientos, huelgas generales... el colapso. Es el momento de poner en marcha el plan B, el momento de actuar, como cuando se legisla en el Parlamento. Porque serán las leyes las que lo consigan al final, creando una nueva legislación que sea igualitaria, justa, sostenible y segura. Áreas de servicios públicos, empresas estatales (es decir, propiedad de los ciudadanos), cooperativas, representación política real... Tenemos que poner en práctica el plan B cuanto antes. El mejor plan B saldrá de las multitudes.

83

De nuevo en Pita, en la estación de las noches blancas, cuando a medianoche todavía no ha oscurecido. Esta noche la luz es pálida y cenicienta y las nubes bajas crean una atmósfera misteriosa en la ciudad costera, como casi siempre. Está en el puente de la Trinidad, de espaldas al mar y de cara a la gran muralla de la fortaleza de San Pedro y San Pablo, a la que los focos que la apuntan confieren un color amarillo en el crepúsculo. Lleva puestos su viejo abrigo, con el cálido cuello de pieles pegado al mentón, y el gorro de invierno calado hasta debajo de las orejas. Debajo de los pantalones se había puesto ropa interior larga y se había calzado las botas forradas de borreguillo. Estaba bien, había ido preparada, pero siempre que volvía sentía el impacto del frío severo.

—¡Ah, Tatiana! —exclamó su amiga a su espalda—. Eras tan guapa cuando te fuiste, y ahora eres una *babushka* más, como todas nosotras.

—Vete a la mierda —respondió Tatiana—. Tú tienes aún peor aspecto.

Se abrazaron.

—Lo cierto es que estás impresionante —dijo Svetlana mirando de arriba abajo a Tatiana mientras seguían cogidas de las manos—. Supongo que el dinero suizo ha tenido algo que ver. Balnearios, dietas, ejercicio…

—Qué va.

—Bueno, siempre tuviste la suerte de tener una figura como la tuya. Puedes hincharte a comer sin perderla. Solo te da un aspecto más efusivo.

—He comido mucho queso suizo —confesó Tatiana con un aire de culpabilidad—. Pero deja de hablar de tonterías. ¿Por qué querías verme?

—Quiero irme de aquí.

Tatiana aspiró una bocanada de aire frío.

—¿Estás segura?

Svetlana señaló la ciudad.

—¿Quién no lo estaría?

—La veo bastante bien.

Svetlana señaló entonces la torre del Lakhta Center, que se clavaba en el cielo blanco como una aguja de plata gigante.

—¿Me tomas el pelo?

—A mí me gusta.

—Lo sé. Pero, vamos, no se trata de que parezca bonita, ni de ti, ni de lo que pensabas de ella cuando eras niña.

—Cuando era niña la odiaba.

—Ya no vives aquí —observó Svetlana.

—Algún día volveré.

—Lo dudo. No te engañes. Este lugar te mataría.

—Pensaba que las cosas estaban mejorando. Putin ya no está y los comunistas vuelven. Los oligarcas están muertos o en la cárcel.

—¿Qué dices? ¿Qué te hace pensar eso? La primera generación ha desaparecido, pero sus hijos son unos matones, ya lo sabes. Nunca nos libraremos de ellos.

—Pero a ellos no les interesa el poder político. Están todos en Mónaco o en Nueva York, ¿no?

—No todos. Algunos, pero no todos. Y mientras haya unos cuantos por aquí para hacer estragos esto no habrá terminado. Ni mucho menos.

—El movimiento demócrata ha cogido impulso —afirmó Tatiana—. Nadie puede reprochar nada al comunismo democrático. Acabaremos siendo lo opuesto a China. Ellos se han convertido en un régimen dictatorial capitalista. Nosotros seremos los comunistas democráticos.

—Quizá en Zúrich sea posible pensar eso, pero aquí no es tan sencillo.

—Tienes que reconocerme que las cosas están mejorando.

—Están mejorando, sí, porque hay muchísimo margen de mejora. Pero cuanto más avancemos más resistencia encontraremos. Cuanto más mejoramos más peligroso se pone, ¿es que no te das cuenta?

—Me doy cuenta.

—Entonces, piénsalo. Tú has conseguido cosas, y nosotros también —dijo Svetlana—. Por lo tanto aumenta el peligro. Ahora quiero seguir trabajando desde fuera, como tú.

—¿Crees que importa dónde estés? —preguntó Tatiana.

—Sí. Este puente tiene una tasa de asesinatos más alta que cualquier otro puente del mundo.

—Y aun así lo has elegido para que nos reunamos.

—Quería que lo recordaras, que lo sintieras.

Tatiana inspiró el aire frío y la invadió una tristeza muy grande. La madre Rusia, el oso desdichado. No la sorprendía lo que le pedía su amiga, la verdad.

—¿Puedo hacer algo desde Zúrich? —quiso saber Tatiana.

—Por supuesto. Sácame de aquí.

—¿Aparte de eso?

—Sí, claro. El nuevo fiscal general está de nuestra parte, al menos hasta donde llega su deseo de mejorar la protección de la tierra. Le gustan los animales. Creo que con su ayuda podríamos conseguir que el Consejo de Jueces apruebe la batería de reformas de Yevgueni.

—¿Importa algo lo que digan los jueces?

—Más que antes. Makarov esta intentando ser el anti-Putin. ¿No te habías dado cuenta? Ya que nadie puede ser más putinista que Putin, así que dedica todos sus esfuerzos a convertirse en lo opuesto.

—¿Estás segura de que nadie puede ser más putinista que Putin? —preguntó Tatiana.

Svetlana señaló de nuevo la ciudad.

—A lo mejor Pedro el Grande. O Stalin. No, esa estirpe ya es historia. Y nadie quiere ser una versión de segunda fila del tipo que lo precedió. Créeme, Makarov intenta ser lo opuesto. El gran reformador, el que apuesta por el globalismo, el demócrata. Se inclina más por India que por China. Eso significa más respeto de las leyes, y eso es algo que mucha gente quiere. Por lo tanto es nuestra oportunidad.

—¿Incluso para el programa de Yevgueni?

—Sí, incluida la capacidad jurídica para los animales, que es justo lo que necesitas para sacar adelante algunos de los casos que llevas aquí. Con la capacidad jurídica podrás soltarte la melena como a ti te gusta.

—Me encanta —repuso Tatiana, animada por la idea—. Me gustaría machacar a unos cuantos rusos en los juzgados.

—Ayúdame y te ayudaré.

—Como siempre. Ahora vámonos de este puente y busquemos un sitio para tomar algo.

—Como siempre. Es la hora del *kiryat*.

—La hora del *kvasit*.

—Vamos a meternos cien gramos.

—O doscientos —dijo Tatiana.

—No me extraña que estés engordando. ¿Sabías que el alcohol tiene muchas calorías?

—Me da igual. También estoy hambrienta. Tengo frío, hambre y necesito una copa.

—Bienvenida a casa.

84

Después de varios años de que los barcos cargueros acabaran de manera habitual en el fondo del mar hundidos por torpedos teledirigidos cada vez más veloces y con un mayor poder de destrucción, la industria del transporte marítimo por fin había comenzado a adaptarse a la nueva situación. Era adaptarse o morir. Solo quedaban unos once mil barcos cargueros operativos, y de estos, solo doscientos pertenecían a la clase de portacontenedores de mayor tamaño. Cuando cuarenta de estos últimos fueron hundidos, el veredicto fue claro; el mensaje no dejaba lugar a la duda. Jamás podrían detener a los saboteadores, cuya identidad todavía no estaba clara. Maersk y MSC (una empresa suiza) empezaron a reformar sus flotas, y todas las grandes navieras siguieron su ejemplo. Era eso o morir. El hecho de que una de las mayores compañías de transporte marítimo fuera suiza decía mucho sobre los suizos, y también sobre el mundo.

Un buque portacontenedores corriente era una mole, pero bastante simple. Tenía unas condiciones de navegación muy buenas, ya que era tan grande y estable que aguantaba sin problema ciclones y huracanes, siempre y cuando el casco mantuviera su integridad y los motores continuaran funcionando. Y, por supuesto, su capacidad para transportar mercancías era inmensa. Era la embarcación idónea para la tarea que realizaba.

Por lo tanto, el primer paso en la transición hacia barcos que los saboteadores no pondrían en su punto de mira consistió en una modificación de los buques ya existentes. Los motores de gasóleo fueron sustituidos por motores eléctricos, que se alimentaban de energía solar gracias a unos paneles solares colocados en unos techos gigantescos extendidos sobre el cargamento. El sistema era eficaz, pero se redujo mucho la velocidad que podían alcanzar esos monstruos del mar, ya que no había espacio suficiente para colocar todas las placas solares necesarias para generar la energía que los propulsara con la velocidad anterior. Sin embargo, si se mantenía la fluidez en la cadena de distribución de las mercancías, es decir, si estas llegaban a su puerto de destino, esa reducción de la velocidad y, por lo tanto, de los beneficios económicos, solo era una parte del precio que había que pagar ahora por hacer negocios. «A la hora prevista.» Sí, pero ¿qué hora era esa?

Porque los barcos eran lentos. No obstante, no tardaron en surgir astilleros especializados en desguazar grandes buques cargueros y con el mismo material construir diez o veinte más pequeños, todos ellos propulsados con una tecnología de energías renovables que los hacía tan veloces o más que los anteriores barcos de gasóleo.

Estos cambios incluían la recuperación de las velas. Resultó ser que era una tecnología de lo más limpia. El modelo imperante de los nuevos barcos que se construían recordaba los grandes veleros de cinco palos que habían tenido una existencia breve antes de que el novedoso barco de vapor conquistara los mares. Las versiones modernas tenían unas velas hechas con tejidos fotovoltaicos que capturaban tanto el viento como las radiaciones solares, y la energía eléctrica que producían era transferida por los palos hasta los motores que giraban los propulsores. En otras

palabras, los clíperes habían regresado, más grandes y veloces que nunca.

Mary viajó a Lisboa en tren y embarcó en uno de esos nuevos barcos. El velamen no estaba compuesto por velas cuadradas como en los veleros grandes de antaño, sino que se parecían más bien al de las goletas, y cada uno de los seis palos aguantaba una vela cuadrada que se desplegaba del mástil, encima de la cual había otra triangular. En la proa también había varios foques. El barco en el que viajaba Mary, el *Cutting Snark*, medía setenta y cinco metros de eslora, y cuando alcanzaba la velocidad suficiente y el mar estaba en calma, a ambos lados de su casco se desplegaban unas aletas que elevaban la embarcación del agua y con las que se deslizaba por la superficie del mar a una velocidad muy superior.

Navegaron hacia el suroeste para seguir los vientos alisios al sur de la latitud de los caballos y seguirían la vieja ruta a las Américas que pasaba por las Antillas y luego subía por la larga cadena de islas hasta Florida. La travesía duraba ocho días.

A Mary le pareció una experiencia maravillosa. Había temido marearse, pero nada de eso. Tenía un camarote privado, minúsculo, ordenado y limpio, con una cama muy cómoda. Todas las mañanas se despertaba al amanecer y desayunaba en la cocina, luego se tomaba otro café sentada en la cubierta, a la sombra, y trabajaba. A veces charlaba con colegas que estaban repartidos por todo el mundo y a veces escribía en su pantalla. Cuando conversaba por videollamada con un colega, este a veces veía que el viento la despeinaba y se sorprendía de que no estuviera en su despacho en Zúrich. Aparte de eso, las mañanas eran las típicas de trabajo, con breves pausas para pasear por la cubierta y contemplar el mar azul. Paraba de trabajar cuando las aves pasaban planeando cerca del barco

o los delfines los seguían y emergían de un salto para alcanzarlos. Los demás pasajeros tenían su propio trabajo y amigos y la dejaban en paz, aunque si se sentaba a alguna de las grandes mesas redondas a la hora de comer siempre había alguien con quien charlar. Sus guardaespaldas no la molestaban; ellos también estaban disfrutando del viaje. Si lo prefería, Mary podía sentarse a una de las mesas pequeñas y leer mientras comía; entonces levantaba los ojos del libro un momento, observaba los rostros que conversaban a su alrededor y volvía a la lectura. Luego salía de nuevo a la cubierta, donde la recibían el aire salado y fresco, las nubes altas y articuladas, las puestas de sol ilimitadas y preciosas. Y por la noche, un cielo verdaderamente oscuro repleto de gruesas estrellas que compensaba el aire salobre. Y la luna, cada noche más hinchada, hasta que tendió un sendero de plata hasta el horizonte crepuscular; cielo y mar, azul añil y cobalto, separados por un camino plateado.

¡Qué belleza! Y encima terminaba a tiempo todo el trabajo. Por lo tanto, ¿de dónde había salido esa obsesión por la velocidad y por qué todo el mundo había sucumbido a ella?

Porque la gente hacía lo que veía que hacía la mayoría. Porque antes nadie volaba, y luego voló todo el mundo, si podía permitírselo; y volar era sublime. Pero ahora también era como un viaje en un autobús atiborrado, un follón. Y ahora, cuando Mary viajaba en avión, los pasajeros bajaban las persianas y viajaban como si lo hicieran en el metro, sin mirar abajo ni una sola vez, sin mostrar la menor curiosidad por el planeta que se extendía a diez mil metros bajo sus pies.

Al octavo día el barco atracó en el puerto de Nueva York. Era un puerto de ensueño, la materialización de Cosmópolis. Mary desembarcó en un muelle del Hudson y cogió un taxi

para ir a la estación Pennsylvania, donde tomó un tren con destino al oeste.

De acuerdo, esto no era tan interesante. Aun así podía trabajar, dormir y mirar por la ventana. Y Estados Unidos por fin había conseguido construir una red de trenes de alta velocidad, que incluía la línea transcontinental que ahora utilizaba ella, así que solo un día más y estaría en San Francisco. Luego saldría del suelo, iría caminando a la Big Tower y subiría en el ascensor al último piso, donde se había reunido con los gobernadores de los bancos centrales unos años antes.

El viaje había durado nueve días, y había trabajado todos ellos como lo habría hecho en Zúrich, con la única diferencia de que había terminado más tareas. Y su huella de carbono, según la calculadora personalizada de Bob Wharton, era la misma que si se hubiera quedado en casa. Y la travesía por el océano había sido una experiencia maravillosa. ¡Había cruzado el Atlántico! Y ahora estaba delante de una ventana panorámica de la Big Tower, contemplando una porción del Pacífico. ¡Increíble!

—Qué estúpidos hemos sido —le dijo a Jane Yablonski, que seguía siendo la presidenta de la Reserva Federal; un nuevo presidente del gobierno, aterrorizado por todos los cambios que estaban produciéndose, la había reelegido para el cargo. Yablonski la miró con desconcierto, como si tratara de descifrar a qué estupidez estaría refiriéndose Mary. Esta no se lo aclaró.

En todo caso no lo hizo inmediatamente. Antes quería oír la opinión de sus interlocutores sobre los resultados de las reformas.

Los gobernadores de los bancos centrales hablaron sobre los asuntos de costumbre (la ola de calor, el Día de los Accidentes, la Pequeña Depresión, la Intervención, los Tiempos Extraños, la Superdepresión), y Mary volvió a darse

cuenta de que aquellas eran las personas que dirigían el mundo, si es que alguien podía arrogarse ese privilegio. O quizá no, quizá ese era el cambio que intentaban controlar con sus rimbombantes nombres; el sistema como tal se les escapaba de las manos. El propio cambio estaba cambiando.

Aun así, no cabía duda de que conservaban buena parte del poder que quedaba. Porque el dinero seguía siendo importante.

Ahora se habían reunido para intercambiar impresiones sobre los primeros años de su gran experimento, lo que Bob Wharton llamaba su Ave María, es decir, el carboncóin. Se parecía mucho a las reuniones convocadas para hablar sobre las intervenciones indias inspiradas en Pinatubo, solo que en aquellas había climatólogos y en esta, banqueros. Estos también habían hecho el experimento de lanzar algo en el aire, en este caso polvo de oro. ¿Con qué resultados?

Durante un par de horas los banqueros escucharon los informes que presentaban sus ayudantes, a cada cual más abstracto, con todos los datos amontonados en unas exposiciones de una densidad diamantina. Luego llegó el turno de los jefes, que se miraron unos a otros, sentados alrededor de la mesa. Era el momento de hacer las cuentas. ¿Habían obtenido los resultados esperados? ¿Había servido de algo?

Sí, no y tal vez. Esta era la respuesta habitual hoy en día para cualquier pregunta. Sin embargo, en muchos aspectos, sí, había servido de algo. Eso fue lo que Mary oyó que se decían unos a otros con cautela y de manera indirecta. Mary vio satisfacción, incluso cuando expresaban preocupación e inquietud, en los rostros que se miraban alrededor de aquella mesa situada en las alturas de una bonita ciudad.

Estaban de acuerdo en los siguientes puntos:

El carboncóin había estimulado muchas inversiones a corto plazo en proyectos de captura y almacenamiento de dióxido de carbono, y muchas otras inversiones a largo plazo en la propia moneda. Había hecho que los grandes propietarios aceptaran mantener en el subsuelo los combustibles fósiles, o emplearlos para la fabricación de plástico cuando fuera posible, a cambio de una compensación en carboncoines. El carbón se había convertido en una roca negra que daba beneficios si se dejaba donde estaba. Los bancos centrales habían creado y desembolsado billones de carboncoines y no habían percibido el menor indicio de inflación ni de deflación, para aquellos que defendían esa teoría; tampoco una variación significativa de su precio.

En algunos mercados de divisas se habían observado intentos de manipular el valor del carboncóin en favor de otras monedas, incluso de hundirlo con la esperanza de comprar barato para luego vender caro. Cuando había sido necesario combatir esas prácticas se había atacado a las personas responsables de ellas de manera que se les había obligado a desistir, al mismo tiempo que se advertía a otras para que no intentaran lo mismo. Existían los instrumentos para sancionar severamente a quien intentara llevar a cabo operaciones de ese tipo. En un informe sobre este asunto alguien había utilizado la expresión «decapitación financiera».

Como parte de la estrategia para fomentar la inversión en el clima, los equipos de los gobernadores de los bancos centrales habían redactado un borrador de legislación para proponer varias reformas a los gobiernos, incluidos estrictos controles de las monedas, el ataque contra los paraísos fiscales y su eliminación, la conversión de todo el dinero efectivo por dinero digital rastreable mediante las cadenas de bloques, el aumento de la presión a las emisiones de

dióxido de carbono a través de un incremento de los impuestos y un endurecimiento de la regulación. Se había dado un gran impulso a todos esos frentes.

—Todo eso suena muy bien —dijo Mary cuando la reunión se acercaba a su fin—. ¿Qué más pueden hacer?

Los banqueros se la quedaron mirando.

—Díganoslo usted —respondieron—. ¿Qué tiene en mente? ¿Y por qué?

Mary suspiró. Nunca podría esperar de ellos que propusieran cambios; simplemente no estaba en su ADN, ni en el institucional ni en el suyo como individuos.

Recitó la lista que Dick y Janus Athena le habían preparado. Había que ilegalizar los *dark pools* y exterminarlos, introducir importantes dilaciones en la negociación de alta frecuencia, fijar tasas lo suficientemente altas a las negociaciones de alta frecuencia para que volvieran a realizarse a la velocidad humana, determinar las necesidades básicas y proporcionar estas gratuitamente a las comunidades con menos recursos.

¡Oh, Dios mío! ¡Los bancos centrales no se dedican a estas cosas!

Su reacción inicial fue la habitual. Pero, como diría alguien, ya se habían desviado bastante de su camino.

Parecían más bien un toro que había saltado la valla que cercaba el prado, pensó Mary, una manada de toros que de repente se encontraban libres en mitad del campo, miraban a su alrededor y no veían más vallas, y se asustaban tanto que intentaban hacer aparecer unas vallas inexistentes, ya que la vida en un recinto cerrado era mucho más cómoda que la libertad. Por supuesto que había que proteger la confianza en el dinero; esa era su principal directriz… y la directriz era una valla, ¡hurra!

Pero ¿acabando con los *dark pools* no se aumentaría la confianza en el dinero en vez de mermarla?, preguntó Mary.

No podía ser que sus interlocutores no estuvieran de acuerdo con ella. Y, en general, una menor autonomía del dinero efectivo podría incrementar la confianza en el dinero fiduciario en general.

¿Y las negociaciones de alta frecuencia?, les preguntó Mary, ¿no eran en el fondo rentas, parásitos de los intercambios productivos?

Le pareció divertido hablar de las rentas como si no fueran el elemento fundamental del sistema económico que defendían las personas que tenía delante, aunque a estas les gustaba pensar lo contrario. Mary estaba dispuesta a cualquier cosa con tal de atornillar hasta el tope su coraje. Porque siempre era necesario el coraje cuando se consideraba la posibilidad de llevar a cabo un magnicidio. ¿Alguien podía asesinar al Rey Capital? Mary lo dudaba, pero si había alguien capaz de hacerlo eran estos banqueros que dirigían el sistema; ellos podían matarlo desde dentro. Estas trece personas vivían lo bastante cerca del rey para clavarle el cuchillo antes de que pudieran detenerlos. *Et tu, Brute?* Sí, César, también yo. Muere. Directo al cubo de las cenizas de la historia.

Ahora asentían con la cabeza mientras intercambiaban opiniones y traducían las propuestas de Mary a formulaciones políticas más respetables. Evitaron extenderse en conclusiones que profundizaran en su temeridad. Solo les interesaban los números; dieron vueltas a algunas cifras, todo por el bien de la estabilidad. Y, puesto que no podía negarse que había una parte de verdad en ello, Mary les dejó hacer y continuó animándolos.

Cuando la reunión concluyó, la ministra de Finanzas china, la señora Chan, se acercó a ella. Mary estaba mirando por la ventana orientada al oeste, donde el sol volvía a convertir las islas Farallon en el cuerpo ondulado de una serpiente. ¿Qué era eso que se alzaba allí, en el oeste?

—Sabe que esto no son más que los adornos del abrigo que ya ha confeccionado, ¿verdad? —le dijo la señora Chan a Mary con una sonrisa en los labios—. ¿Está segura de que no quiere parar aquí?

—¿En qué está pensando?

—Hemos estado observando lo que hace la India. Lideran una multitud de iniciativas.

—Se han radicalizado —dijo Mary.

—Sí, ¿y quién no lo habría hecho? No queremos que lo que les pasó a ellos pase en China ni en ningún otro lugar. Así que ahora nos están enseñando agricultura regenerativa, y lo necesitamos. Sin embargo, como no podría ser de otra manera, volvemos al problema de cómo vamos a pagar todas estas cosas buenas.

—Me lo imagino.

Chan sonrió.

—Por supuesto. Véalo como reformas de la tierra. Eso también es un plan financiero. Es decir, impuestos sobre el valor del suelo, lo que en China significa un impuesto sobre la ocupación de la tierra. La creación de un bien común por cada caso de primera necesidad. Es decir, el requerimiento legal para que los negocios privados pasen a ser propiedad del empleado.

Mary movía a un lado y a otro la cabeza con escepticismo mientras escuchaba a la ministra china, pero también sonreía y pensaba que ahora el testigo había pasado a esa mujer. Una mujer con un poder real, y enorme.

—Les apoyaremos —dijo Mary con un tono jovial—. Tomen la iniciativa y contarán con nuestro respaldo.

La señora Chan asintió, satisfecha con su reacción.

Mary tenía previsto volver a casa en avión, pero canceló la reserva y pidió a su equipo que le reservara un billete en el tren nocturno y un pasaje en el clíper que unía Nueva

York con Marsella. No paró de trabajar en todo el viaje de regreso.

85

Buenos días, estoy aquí para hablarles del proyecto argentino de permacultura Shamballa. Nosotros venimos en representación de Arca Armenia. Es un placer estar aquí. En Australia hemos creado una alianza con las asociaciones Aborígenes por la Quema de Pantanos, Amigos de la Cultura de Shoalwater, Gawula, Ecologistas de Australia, Cómo los Aborígenes Construyeron Australia, Restauración de las Tierras de Kachana, Proyecto un Acre de Permacultura, el Instituto de Investigación de la Permacultura, la Granja Purple Pear, y los proyectos Rehidratación del Paisaje, Regenerar Australia y Corredor de Biodiversidad Yarra Yarra. ¡Somos gente muy ocupada!

Nosotros somos la Asociación para la Rehabilitación del Arrecife de Coral de Belice. Yo soy el representante de Seguridad Alimentaria, de Bolivia. Yo, del grupo de Borneo Cómo Restaurar una Selva. Nosotros somos el Centro de Experimentos Forestales de Brasil y el grupo Restauración con Agroforestación. Nosotros venimos de Burkina Faso y somos los representantes del proyecto Bosque de Lilengo y del grupo Agricultura Tradicional Africana. Yo soy camerunés y estoy aquí en nombre de la Ecoaldea Bafut.

La delegación canadiense representa a las asociaciones Conocimiento Tradicional Bkejwanong, Les Jardins d’Ambroisie, Selva del Gran Oso, Granjas Milagro, Arraigar, y Agua para el Futuro. La delegación china tiene el honor de representar a Un Hombre Planta un Bosque, Ecocivilización,

Forestación del Desierto de China, Reforestación del Desierto Horquin, Distrito Ecológico Karamay, Forestar la Ruta de la Seda en el Desierto de Kubuqi, Reforestación de la Meseta de Loes, Transformar Desiertos en Tierras de Cultivo, El Mayor Bosque Creado por el Ser Humano, y el programa de Zhejiang para la recuperación del medio rural.

Del Congo venimos en representación de Conservación del Bonobo, Cartografía Participativa, y el parque nacional de Virunga. Nosotros somos de Costa Rica y representamos al Experimento de las Cáscaras de Naranja, Punta Mona, y el proyecto de retención de aguas Vida Verde. Yo tengo el orgullo de estar aquí para hablar en nombre de la revolución de la agricultura sostenible de Cuba cuando cumple ochenta y ocho años. Nosotros representamos al grupo Vitsøhus Permakultur de Dinamarca. A mí me han enviado para que comparezca ante ustedes en nombre de la Asociación para la Agroforestación de los Bosques Nublados de Ecuador. Yo represento al grupo egipcio Crear un Bosque en el Desierto. Venimos de Inglaterra en representación de la Fundación para la Investigación de la Agroforestación, el Proyecto Edén, la Asociación para la Reintroducción de la Fauna de Kneppe, la Asociación para la Reintroducción de la Fauna en Gran Bretaña, y el grupo Rehabilitación de los Ríos.

Desde Eritrea, representamos al proyecto Manzanar para la regeneración de los manglares, las asociaciones Etiopía se Levanta y El Milagro de Merere, el grupo Reforestar las Tierras Altas de Etiopía, la Asociación para la Recuperación de los Ecosistemas, y el Movimiento de las Cuencas. Nosotros tenemos el placer de representar al PUR Projet francés para la agroforestación. Nosotros representamos a la Reserva de la Biosfera Maya y a la Asociación de Comunidades Forestales de Guatemala. Nosotros hablamos en nombre de Reforestar Haití. Nosotros venimos desde

Holanda en representación de las asociaciones Compañía de la Tierra y de la Vida, y Bosque Diminuto.

Honduras ha enviado a Raíces de la Migración. La nación hopi está representada aquí por los Recogedores de Lluvia Hopi. En representación de Islandia están aquí las organizaciones Forestar Islandia y Regenerar los Bosques. Nosotros hemos venido desde la India para hablarles en nombre de Agroforestación en Arau, el Instituto de Gestión Aravali, la asociación De Tierra Árida a Bosque Exuberante, la Cooperativa de Agricultura Sostenible, los grupos Plantar un Bosque en un Desierto Frío, Forestación Colectiva, el Científico Agricultor, Conservación del Gato Pescador, y Soberanía de los Alimentos, la Fundación para la Seguridad Ecológica, el colectivo Plantar un Bosque de 300 Acres a Mano, las asociaciones Recuperación de los Manglares de Sundarbans, y Aldea del Agua Milagrosa, el proyecto Miyawaki de forestación, Agricultura Natural, la Granja de Biodiversidad Navdanya, las iniciativas Plantar 50 Millones de Árboles en un Día, Plantar 66 Millones de Árboles en 12 Horas, la Asociación para la Protección de la Diversidad del Arroz, el grupo para el Rejuvenecimiento de los Lagos de Bangalore, el Bosque de Sadhana, el Santuario Sai, Semillas para la Vida, Sikkim, el primer estado orgánico, las asociaciones Campos de Agua, Recolectores de Agua, y Recuperación de los Ríos.

Indonesia está representada por las asociaciones Rehabilitación de los Arrecifes de Coral mediante Biorroca, el Proyecto Manglares en Acción, el grupo Recuperación de los Manglares y el Proyecto para la Recuperación de las Mantas de los Arrecifes. Israel les presenta su proyecto Plantar Bosques en el Desierto, y los kibutz. Nosotros venimos de Japón para informarles del proyecto Crear Bosques para Reducir los Tsunamis. Yo vengo de Jordania para hablarles de la iniciativa Forestar el Desierto. Los

kenianos estamos orgullosos de presentarles el Corredor Hidrológico de África Oriental, el movimiento Cinturón Verde, el Centro de Permacultura de Laikipia, la Fundación de las Dehesas del Norte y la asociación Para la Recolección del Agua de Lluvia. Madagascar está orgulloso de su Gran Plan para la Recuperación de los Bosques, con iniciativas como el Proyecto Moringa y Salvar Vidas con Árboles.

México presenta sus proyectos Forestar el Desierto de Chihuahua, Sistemas Silvopastoriles Intensivos, Ríos Ocultos, el Grupo Reforestación y Protección del Agua, y Vía Orgánica. Marruecos les presenta su organización Flores en el Desierto. Nosotros venimos de Nepal para explicar el Proyecto Beyul y el Grupo Naturaleza del Antropoceno. Nueva Zelanda está representada por la Reserva Hinewai, la Ecogranja Mangarara y el grupo Los Regeneradores. Como en el caso de todos los países reunidos aquí, solo somos la punta del iceberg.

Yo vengo de Níger para hablarles del proyecto Regeneración Natural Gestionada por la Agricultura y el grupo Reforestación de Níger. Como representantes de Noruega, hablaremos en nombre de la organización Soluciones para la Permacultura Polar. La Nación Oglala Lakota envía a un representante del proyecto Revitalización Económica de la Cultura Oglala Lakota. Nosotros representamos a la Reserva del Valle del Mamoní de Panamá. Perú quiere hablarles de su Biocorredor Martín Sagrado. Desde Filipinas queremos informarles sobre nuestros programas Regeneración de Bosques, el Programa Nacional de Ecología, y Salvar los Caladeros y los Arrecifes de Coral.

Nosotros venimos de Portugal para hablar del proyecto de permacultura de la Fazenda Tomati, del programa Siembra de Pastos Biodiversos, del proyecto para la retención de agua de Tamera, y del programa Vida Salvaje.

Yo vengo en representación del proyecto Bosques para el Sáhara de Catar. Desde Rusia con amor: Parque del Pleistoceno. Almacenamiento Húmedo del Carbono y Protección de la Fauna Siberiana. Yo estoy aquí en representación de Bosques para la Esperanza, de Ruanda. Nosotros venimos de Escocia en nombre de las asociaciones El Bosque más Antiguo de Gran Bretaña, Recuperación del Bosque de Dendreggan, Recuperación de la Isla Martin, Por la Riqueza de esta Nación y Recuperación de las Turberas. Yo me presento ante ustedes como enviado de la iniciativa La Gran Muralla Verde y de la asociación Hagamos Retroceder el Desierto, de Senegal. Nosotros venimos de Sudáfrica en nombre de Bambú Ecoplaneta, el Jardín de Joe, Flores en el Desierto y la Reserva de Baviaanskloof.

Yo trabajo en el proyecto surcoreano Más de 350 Millones de Árboles para la Reforestación. Yo represento al proyecto español Campamento Altiplano. Yo vengo en nombre del proyecto sirio El Arte de la Regeneración, por favor, ayúdennos. Yo vengo de Tayikistán para explicarles el proyecto Reforestar Tayikistán. Nosotros venimos de Tanzania para hablar de los proyectos Reforestar la Isla Kokota y Reforestar los Alrededores de Gombe. Yo vengo de Tasmania, donde estamos trabajando en la recuperación de las algas kelp y de los pinos Huon. Yo vengo de Tailandia para hablarles de las asociaciones Forestación y Conocimientos Indígenas, Plantación en Manglares, y de la granja de permacultura Sahainan. Uganda me ha enviado para que hable de los proyectos Permahuertos y Nuevos Bosques de Uganda.

Nosotros venimos de Estados Unidos en representación de la aceleradora de negocios Appalachia, la Reserva de las Llanuras de Estados Unidos, de la asociación de permacultura Suelo Roto, de la granja Food Forest, de las asociaciones Bisontes Gestionados Holísticamente, y la

Revolución de Cultivar en Casa, del Instituto de Permacultura, de Besa el Suelo, de la Asociación para la Recuperación de la Cuenca del Río Klamath, de la iniciativa Declaración de Derechos del Lago Erie, del Instituto de la Tierra, del Instituto Leopoldo, de Regeneración Verde de Los Ángeles, de las asociaciones Imitando a la Naturaleza, Permacultura para el Pueblo, Sanar el Planeta, de las granjas Planting Justice, de los proyectos Ranchos Regeneradores, Recuperar el Río Colorado, Recuperar el Parque Nacional de Redwood, Recuperar el Río Snake, del Instituto Rodale, de los proyectos Salvar el Oeste y el Club Sierra, de las granjas Singing Frogs, del Instituto para la Salud del Suelo, de los Guardianes del Océano Salvaje, de las granjas Tabula Rasa, de las asociaciones Cuidar la Naturaleza, Tejer la Tierra, de la empresa de cría de búfalos en libertad Una Idea Loca, y del proyecto Ostra Salvaje.

Yo vengo de Zambia para hablarles del proyecto de regeneración de minas Un Mundo Mejor. Yo soy de Zimbabue y quiero explicarles lo que hacemos en el Centro Africano para la Gestión Holística y en la Fundación Chikukwa para el Uso Ecológico de la Tierra.

Estamos aquí todos juntos para compartir lo que hacemos, vernos y contarnos nuestras historias. Ya estamos trabajando duro en todos los rincones de la Tierra. Curar el planeta es nuestro trabajo sagrado, nuestra obligación con las próximas siete generaciones. Existen muchos más proyectos como el nuestro, búsquennos con sus cuentas de YourLock y lo comprobarán. Quizá terminen apoyándonos, o incluso uniéndose a nosotros. Ya pueden encontrarnos allí fuera, y deben comprender que solo somos el 1 por ciento de todos los proyectos que están haciendo cosas buenas. Y aún hay muchos más esperando para nacer. Acérquense, hablen con nosotros. Escuchen nuestras historias. Busquen la manera de ayudar. Creen su propio proyecto. Pondrán

tanto amor en él como nosotros en los nuestros. No hay otro mundo.

86

De nuevo en Zúrich, Mary dejaba atrás dos semanas de intenso trabajo; durante todas las horas de vigilia había estado picando piedra, por así decirlo. Ahora necesitaba un descanso. Frank May ya había salido de la cárcel y vivía en una residencia cooperativa cerca de la prisión. ¿Qué estaría haciendo? ¿Cómo le iría? Ahora que era libre le había perdido la pista, y casi le daba miedo recuperar el contacto con él.

—Me va bien —respondió Frank cuando ella le llamó por teléfono—. Oye, escucha, mañana voy a los Alpes a buscar rebecos. Rupicabra. Es una mezcla de antílope y de cabra, y he visto en los mapas que están por todas las montañas. ¿Quieres venir?

—¿A mirar animales? —preguntó dubitativa Mary—. ¿Como en un zoo?

—Con la diferencia de que no es un zoo —replicó con un tono de impaciencia Frank.

Había aplicaciones de rastreo que indicaban la ubicación de los animales, así que era muy probable avistar alguno si se iba a los lugares señalados. Frank lo había hecho otras veces y era una experiencia que disfrutaba. Había ejemplares en las montañas de la comuna de Flims, una zona bonita.

—Supongo.

Se encontraron en la *Hauptbahnhof* un poco antes de la salida del tren de las 6.00 con destino a Chur, y una hora

más tarde, después de que desayunaran en el tren sentados uno al lado del otro, incómodamente conscientes de que era la primea vez que hacían algo así juntos, se apearon en la estación y tomaron otro tren de vía estrecha que ascendía por el valle hasta el Vorderrhein. Este tren era mucho más lento, pero no permanecieron mucho tiempo en él y se bajaron para tomar un autobús hasta Flims. Una vez allí subieron a un teleférico que los trasladó hasta una cuenca en la vertiente sur de las montañas, situada a unos dos mil metros de altitud. Eran las 8.30 de la mañana y estaban en los Alpes. Mary había hablado antes con su escolta para que los dejaran solos cuando emprendieran la excursión a pie, y la escolta hizo lo que le había pedido; como solía ocurrir, en la estación superior del teleférico había un pequeño restaurante, y los guardaespaldas esperarían allí.

Mary y Frank comenzaron la ascensión por un vasto entrante en la cordillera alpina que constituía la pared septentrional de la fuente anterior del río Rin. Casi al final de la glaciación, cuando el hielo en esta parte del valle ya se había derretido, se produjo uno de los desprendimientos más impresionantes de los que se tiene noticia y se derrumbó esta pared del sur. Toda la comuna de Flims se levantaba sobre los escombros de ese desprendimiento. Por encima de ella, un manto verde cubría una serie de cuencas superpuestas, más escarpadas a medida que se acercaban a Tschingelhörner, una cadena de picos escabrosos y grises recorridos por una grieta horizontal. Esta grieta era tan profunda que llegaba a abrir un hueco en la cadena, una especie de ventana por la que podía verse un trozo de cielo muy por debajo de los picos grises. Otra peculiaridad alpina que era el resultado de millones de años de presencia de hielo encima de la roca.

Los senderos ascendían por las praderas verdes que se extendían a los pies de las cumbres. Mary y Frank siguieron

uno que iba hacia el oeste y se alejaba de los remontes de las pistas de esquí, las granjas y el resto de los lugares ocupados por los humanos, para adentrarse en lo que en los Alpes se consideraban tierras vírgenes. Los animales salvajes de los Alpes no podían permitirse ser demasiado quisquillosos con la presencia cercana de las personas, le explicó Frank a Mary mientras caminaban, ya que, a menos que se subieran a una peña con las paredes completamente verticales, verían gente pasar por su lado con bastante frecuencia.

Aunque en apariencia era una pendiente bastante suave, esta impresión se debía en parte a que los barrancos grises que se alzaban delante eran muy escarpados. De hecho, la ascensión que estaban haciendo era bastante dura. Cuando llegaron a una pradera situada en una de las cuencas más altas, cubierta por un manto de hierba corta y despeinada, tachonada de rocas y de flores alpinas, estaban cansados y hambrientos, y el sol pendía del cielo justo encima de sus cabezas.

Las rocas que poblaban la pradera eran fragmentos enormes que se habían desprendido de la pared que se alzaba por encima de ellos y que se habían precipitado rodando hasta allí, o quizá solo habían permanecido cubiertas por el hielo de un glaciar extinguido hacía mucho tiempo y habían acabado allí cuando el hielo se derritió. Mientras estaban sentados en sus piedras planas, comiendo los bocadillos que habían comprado en la estación del tren y bebiendo agua embotellada, su silencio fue recompensado con el avistamiento de los primeros animales alpinos, en este caso, marmotas.

Eran unas criaturas gordas y grises, similares a las marmotas canadienses, o quizá a los tejones; Mary no tenía los conocimientos suficientes sobre el tema para comparar. Lo que saltaba a la vista era que el color de su pelaje hacía

que sus depredadores las confundieran con las piedras, incluso los halcones que sobrevolaban las praderas. Tal vez por eso las marmotas tenían tendencia a permanecer quietas; salvo cuando se desplazaban de un sitio a otro, se quedaban inmóviles como las rocas sobre las que estaban. Se comunicaban unas con otras con una especie de silbido agudo y entrecortado. Mientras Mary y Frank las escuchaban quedó claro que era un lenguaje como cualquier otro.

—En Flims hablan el romanche —comentó Frank.

Mary se fijó en que su voz no importunaba a las marmotas.

Frank también se dio cuenta de ello y continuó hablando. En el autobús que los había subido desde la estación del ferrocarril hasta Flims habían oído hablar en romanche a varios pasajeros, añadió Frank. Ambos estuvieron de acuerdo en que el romanche era como si se metieran el alemán y el italiano en el vaso de una batidora, y también a los dos les gustaba la historia de cómo el romanche, como un desaire a Hitler, se había convertido en la cuarta lengua oficial de Suiza. Eso decía la leyenda nacional, y ambos estaban dispuestos a creerla.

El sol rielaba en la pradera y calentaba con sus rayos. Las marmotas parecían cómodas con su presencia, aunque daba la impresión de que se habían instalado en un puesto de vigilancia; un montón de excrementos pequeños y secos rellenaban las grietas de las rocas donde estaban. Al parecer eran animales herbívoros.

Frank y Mary continuaron sentados en sus piedras como marmotas gigantes. Apenas hablaron. Mary encontraba aquello un poco aburrido. Pero entonces, una de las marmotas más jóvenes, a juzgar por su tamaño y la suavidad de su pelaje, fue andando hacia ellos, sin importarle su proximidad. El animal se detuvo, extendió una

pata delantera y empujó hacia su cara todos los tallos de hierba que tenía a su alcance. Las espigas se doblaron sobre su pata y la marmota comenzó a mordisquear la parte superior de los tallos, donde estaban las diminutas semillas. Una vez que terminó de comer soltó las briznas de hierba, que recuperaron su posición vertical, y la marmota se movió para repetir la operación un par de veces.

Mary paseó la mirada a la altura de la hierba que cubría la pradera y de repente se dio cuenta de que de las provisiones de la marmota eran casi inagotables. Al menos ahora, cuando la hierba estaba granando. Probablemente pasaba lo mismo con todos los animales herbívoros alpinos.

Frank estuvo de acuerdo con ella cuando le comentó su observación. Las marmotas se pasaban todo el día comiendo, hasta que engordaban lo suficiente para pasar el invierno, porque hibernaban como los osos, metidos en unos agujeros debajo de la nieve, y sobrevivían gracias a la grasa acumulada; su metabolismo se ralentizaba extraordinariamente. En primavera volvían a salir a la superficie para otro verano de comilonas.

Entonces apareció un grupo de animales más grandes encima de un barranco no muy alto. ¡Ah, los rebecos!

Seguramente no eran los mismos que Frank había visto en internet, ya que ninguno de los ejemplares llevaba un collar con localizador, aunque Mary no sabía si ese seguía siendo el sistema que se empleaba para colocar un GPS a los animales salvajes. Frank observaba atentamente los rebecos.

Eran unos animales con un aspecto extraño: cuerpo redondeado, cuello y patas cortas, cabeza fina y alargada, cuernos cortos y curvos. Tenían las pupilas rectangulares de las cabras; los ojos del demonio. Cuando Frank le propuso aquella excursión, Mary investigó un poco y leyó que los rebecos eran «antílopes cabras», si bien no había

comprendido lo que quería decir eso. Era obvio que eran una especie propia, ni cabras ni antílopes, y ni siquiera guardaban un gran parecido con otras especies de su familia. Los ejemplares jóvenes, que eran más esbeltos y no tenían cuernos, no se separaban de sus madres; mamaban, miraban a su alrededor y caminaban tranquilamente por las rocas para ir de una zona con hierba a la siguiente. Los animales los miraron con curiosidad. A Mary la sorprendió la indiferencia que mostraban por la presencia humana. Mary sabía, o por lo menos lo había oído en algún lugar, que por la zona había cazadores, y estos animales se contaban entre sus presas más habituales.

Se lo comentó en voz baja a Frank.

—¿Por qué iban a tenernos miedo? —le preguntó Frank.

—Podríamos dispararles.

—No llevamos armas.

—¿Y ellos cómo lo saben?

—Tienen ojos.

—¿Es que han visto un arma alguna vez? —insistió Mary —. ¿No huirían entonces en cuanto vieran personas?

—Seguramente. Pues quizá nunca hayan visto un arma.

—Me sorprendería.

—Los Alpes son un entorno salvaje.

—Me parecía haberte oído decir lo contrario.

Frank se quedó pensativo un momento.

—Lo son y no lo son —declaró finalmente—. Es cierto que vive mucha gente aquí, pero los Alpes pueden matarte en un abrir y cerrar de ojos. En realidad son unas tierras muy salvajes. Tú misma subiste a uno de los pasos montañosos, ¿no?

—Sí.

—Pues seguro que aprendiste algo de esa experiencia.

Mary asintió y reflexionó unos segundos.

—Es cierto que era un sitio salvaje, casi virgen, sí. No quiero ni pensar cómo habría sido si hubiera hecho mal tiempo. Allí arriba solo había roca.

—Y eso que era un paso. En las montañas hay muchos lugares que el ser humano ni siquiera pisa, sitios adonde es muy difícil llegar y que no llevan a ninguna parte. Si miras un mapa te darás cuenta.

—Pero no son como este lugar —repuso Mary señalando a su alrededor. A los pies de las piedras en las que estaban sentados había ejemplares de una veintena de variedades de flores alpinas, ya estuvieran sepultadas por la hierba o sobresalieran de ella; cada flor alcanzaba una altura determinada, así que teñían de colores el paisaje; en la parte más alta, las flores amarillas se agitaban sobre una capa blanca; un poco más abajo había una capa azul, y más abajo aún estaba la hierba verde salpicada de una diversidad de flores tapizantes.

—No, no son como este lugar. —Frank sonrió.

Mary se sobresaltó al ver su sonrisa; no recordaba haberle visto sonreír antes. Una pradera poblada de flores; animales salvajes que los observaban con indiferencia, incluso los más jóvenes brincando de alegría, literalmente, porque se elevaban del suelo de un salto y daban tumbos cuando sus pezuñas volvían a posarse en el suelo; una altísima pared gris con una ventana que le daba su peculiaridad alpina; un cielo azul… No podía negarse la feliz exuberancia del lugar, incluso tenía un algo de alucinación. La brisa agitó suavemente las flores. La joven marmota que se había acercado un poco a ellos continuaba metiéndose los tallos de las espigas en la boca, y los racimos de semillas que apresaba con su mano resplandecían al sol. Pequeña tragona. Un poco más allá, los rebecos, con sus ojos demoníacos, rumiaban plácidamente, sin miedo a nada.

—Me gusta esto —afirmó Mary.

—¿Te refieres a observar animales?

—Sí.

La delicada sonrisa de Frank reapareció en sus labios.

—A mí también.

Continuaron observando a los animales un rato.

—¿Has visto muchos animales en libertad? —preguntó Mary finalmente.

—No muchos, la verdad. Me gustaría ver más. Casi todos los que he visto hasta ahora estaban en esta cuenca, o en otras parecidas. Una vez vi un íbice, creo. Otra vez un animal que parecía una marta. Luego investigué y llegué a la conclusión de que debía serlo. Fue en un arroyo que hay por aquí, con unos árboles en la otra orilla. Corría de un lado a otro como una posesa. No entendía lo que hacía. Era veloz, pero daba vueltas a lo loco. No parecía estar cazando ni construyendo una madriguera ni nada. solo corría. Tenía un cuerpo sinuoso y el pelo oscuro. Estaba muy concentrada en lo que hacía. Me habría gustado sacar el móvil para hacerle una foto, pero no quería asustarla ni que se diera cuenta de mi presencia, así que me quedé quieto.

—¿Qué pasó al final?

—Tuve que marcharme para no perder el último teleférico.

Mary se echó a reír.

—¡Estás hecho todo un suizo!

—Ya lo creo. —Arrancó una espiga del suelo y se la puso entre los labios como si fuera un mondadientes—. ¿Y tú?

Mary negó con la cabeza.

—Galway y Dublín no son sitios para observar animales salvajes. Me gustaba ir al zoo cuando era niña, pero no es exactamente lo mismo.

—Sí, lo que estaría bien sería vivir rodeado de animales salvajes.

—Supongo. En California están trabajando en eso. Allí tienen mucho espacio y llevan algún tiempo recuperando espacios salvajes. Los contactos que tengo allí lo llamaban el Serengueti de América del Norte, en referencia a cómo era antes de la llegada de los europeos. Están intentando recuperarlo.

—Me alegro por ellos. Pero nosotros vivimos en Zúrich.

—Ya. Bueno, no sé. Yo suelo pasear por los senderos del Zürichberg, pero nunca he visto animales. Ahora que lo pienso, es raro, ¿no? Es un bosque bastante grande.

Frank negó con la cabeza.

—Rodeado por una ciudad. No es lo mismo.

—¿Quieres decir que serían necesarios corredores ecológicos? ¿Crees que sirven de algo?

—Supongo. Si fueran lo bastante amplios y conectaran áreas grandes.

—Eso es lo que están haciendo en California.

—Y en muchos otros sitios, por lo que sé. Pienso que en Suiza también serían útiles. Aunque no creo que a estos animalitos les gustara que volvieran los lobos.

—¿Eran sus principales depredadores?

—Sí.

—Tampoco me imagino a los suizos conviviendo con lobos.

—Nunca se sabe. He leído que ahora, con el retroceso de los glaciares, están planteándose reforestar algunas zonas bajas de los Alpes y ayudar a que crezca la vegetación en las cuencas glaciares en las que se derrita el hielo. Eso convertiría esas zonas en más aptas para los lobos, creo. Los lobos necesitan bosques, pero también están cómodos en las praderas, y más arriba van a quedar expuestas más zonas abruptas vacías, con marmotas, topos y ardillas. Y esas zonas estarán bastante altas; serán lo más lejos que se puede llegar en este país.

Mary negó con la cabeza.

—Me cuesta creer que vuelvan los lobos.

—Se podría decir lo mismo de esos de ahí. A estas alturas es un milagro que haya animales salvajes. La repoblación será difícil.

—No si los de la La Mitad de la Tierra se salen con la suya.

Frank asintió.

—Me gusta su plan.

Continuaron sentados en sus piedras. No tenían ningún motivo para moverse de allí; ningún otro lugar adonde pudieran llegar esa tarde sería mejor, así que se quedaron donde estaban. Frank masticaba la espiga. Mary observaba los animales y de vez en cuando miraba de soslayo a Frank, que parecía relajado como un gato. Ni siquiera las marmotas y los rebecos estaban tan relajados como él en ese momento. Ellos se mantenían ocupados comiendo. Y de hecho eso fue lo que hizo que finalmente Mary y Frank se levantaran de sus piedras: el hambre… y la necesidad de ir al baño.

Y la oscuridad. El sol ya tocaba el contorno de las montañas situadas en el oeste y la temperatura bajaba rápidamente. Las sombras cayeron sobre la pradera.

Frank lanzó una mirada a las montañas y luego a Mary.

—¿Qué hacemos?

—Supongo que deberíamos bajar. Aquí también hay un último teleférico.

—Cierto.

Se pusieron en pie y estiraron las piernas. Los rebecos los miraron y se alejaron parsimoniosamente, aunque enseguida llegaron al otro extremo de la pradera y desaparecieron entre las rocas que la bordeaban. Parecía un truco de magia; aunque sabía que estaban allí y forzaba la vista, Mary no los veía.

A las marmotas no pareció importarles que se hubieran movido. Pero entonces una silbó, y la jovencita que había estado comiendo muy cerca de ellos se alejó brincando y se metió debajo de una piedra. Frank alzó la vista al cielo y señaló arriba. Un ave se deslizaba planeando a una gran altura, justo encima de ellos. Un halcón, tal vez.

Mary y Frank se pusieron en marcha en dirección al sendero que bajaba hasta el teleférico. Pero entonces Frank cayó de bruces al suelo.

Mary gritó y corrió hacia él. Se agachó a su lado. Frank balbuceó algo. Parecía aturdido. Apoyó las manos en el suelo y se impulsó para darse la vuelta y sentarse con la cabeza sepultada entre las manos. Se palpó la cara y el mentón.

—¿Estás bien? —preguntó alterada Mary.

Frank negó con la cabeza.

—No lo sé.

—¿Qué te ha pasado?

—No lo sé. Me he caído.

87

A la reunión acudimos casi todos los que quedamos, es decir, unas cuatrocientas personas. Si echabas un vistazo a tu alrededor, dentro del gimnasio del antiguo instituto, donde la mayoría habíamos estudiado en nuestros años mozos, reconocías a toda la gente. Nos conocíamos todos por nuestro nombre.

La propuesta había llegado de un organismo de la ONU llamado Ministerio del Futuro, a través del gobierno federal y del gobierno del estado de Montana. A la mayoría nos habían ofrecido un dinero con el que podríamos vivir sin preocupaciones el resto de nuestra vida, además de los gastos de una casa en un sitio caro, de los estudios de nuestros hijos en la universidad que quisiéramos y cosas así. Eso nos permitiría a todos trasladarnos a la misma ciudad; seguramente Bozeman. Aunque algunos preferían Mineápolis.

Todos conocíamos ya el plan. La noche anterior, el único cine que seguía abierto había proyectado *Un tipo genial*, una peli escocesa en la que una compañía petrolífera de Texas hacía una oferta a los habitantes de un pueblo costero para comprar todas sus propiedades con el fin de construir una refinería. El dinero que les ofrecían convertiría en millonarios a los habitantes del pueblo, que con alegría y sin sentimentalismos votaban a favor del acuerdo. Luego montaban una típica fiesta escocesa con música y bailes para despedirse del pueblo y celebrar que iban a ser

millonarios. Pero entonces el propietario de la compañía petrolífera llegaba en helicóptero y anunciaba que el pueblo y su playa debían preservarse para construir un observatorio astronómico, puesto que él era aficionado a la astronomía. Burt Lancaster. Una película buena, y con mensaje. La vimos todos en completo silencio. Lo que contaba nos tocaba muy de cerca.

Nuestra situación no era muy diferente, aunque los compradores no querían tirar abajo el pueblo. Lo dejarían en pie para convertirlo en una especie de refugio de emergencia, y como base para los cuidadores de los animales locales, que podría ser cualquiera de nuestros hijos, si querían, o incluso de nosotros, si nos atraía la idea de volver a la ciudad vacía. Y una vez al año podríamos regresar para visitar el lugar. Unos días antes el cine había proyectado la película *Brigadoon*, seguramente para que viéramos lo estúpida que era esa idea. Tampoco nadie se rio viendo esa peli. Era obvio que Jeff, el dueño del cine, que había mantenido el negocio abierto perdiendo dinero, no quería que abandonáramos la ciudad. Nos estaba echando una pequeña bronca a su manera. Cuando entramos en el cine sonaba en los altavoces la canción *Homeward bound* de Simon y Garfunkel. Un pelín exagerado, la verdad. Pero la votación había sido decisiva.

Lo principal era que se iba hacer de todos modos. O ya se había hecho. Jeffpodría haber puesto una película de zombis si hubiera querido para enseñarnos el aspecto que tendría el pueblo abandonado. Porque ya no quedaba ni un crío. Después de acabar el instituto (los chavales tenían que ir en autobús al del pueblo de al lado porque el nuestro había cerrado), se marchaban a la universidad o a buscar trabajo y ya nunca volvían. No todos, por supuesto. Yo mismo volví, por ejemplo. Pero la mayoría no regresaba, y cada vez eran menos los pocos que lo hacían. Un ciclo de

retroalimentación positiva con un resultado negativo; ocurre a diario, es la historia de nuestro tiempo. La población de nuestro pueblo había alcanzado su pico de doce mil doscientos treinta y cinco habitantes en 1911. A partir de entonces no paró de bajar, y ahora somos ochocientas treinta y una personas censadas, pero en realidad somos menos habitantes, sobre todo si no cuentas a los pobres adictos a la metadona, que más bien son zombis. Un supermercado, una cafetería, un cine (por cortesía de Jeff), una oficina de correos, una gasolinera, un colegio de enseñanza primaria y secundaria, un instituto en el pueblo de al lado sin suficientes alumnos ni estudiantes. Eso era todo.

Por supuesto nuestro caso no era único. No sé si eso era mejor o peor. Estaba pasando en todo el norte del Medio Oeste, en el oeste del país, en el sur, en Nueva Inglaterra, en los Grandes Lagos. En todo el planeta, nos dijeron. Era posible comprar un pueblo entero en España por unos pocos miles de euros. El centro de España, el centro de Polonia, buena parte del Europa del Este, en el este de Portugal, en muchas zonas de Rusia… La lista es interminable. Naturalmente, había países donde los pueblos estaban transformándose en ciudades delante de tus ojos, cajas de cartón que se deshacían con cada día de lluvia. Pero, no, nadie pensaba que esa fuera la solución, y, de todos modos, no era nuestra manera de hacer las cosas. Estábamos en Montana, y la población de nuestro pueblo había descendido por debajo del nivel que la hacía operativa y habitable. Nuestro pueblo había muerto, así que allí estábamos, mirándonos unos a otros.

La oferta era generosa. Y si nos poníamos de acuerdo unos cuantos para mudarnos a la misma ciudad aún seguiríamos viéndonos. Fundaríamos un barrio, o seríamos una parte de uno ya existente. No nos faltaría de nada para

vivir. Volveríamos una vez al año para ver el pueblo, las tierras. Pasado un tiempo, los que hemos vivido aquí moriremos y entonces no habrá ninguna razón para venir. Entonces dejarán que las casas se desmoronen solas, supongo, o las desmontarán para aprovechar los materiales. Las tierras formarán parte del Gran Ecosistema de Yellowstone, uno de los mayores del planeta. Búfalos, lobos, osos, alces, ciervos, glotones, ratas almizcleras, castores. Peces en los ríos, aves en el cielo. Los animales migrarían y, tal vez, si la temperatura siguiera subiendo, se desplazarían al norte, pero en cualquier caso sería su territorio para que vivieran como quisieran. Los que siguieran aquí o vinieran de visita serían algo así como los guardabosques del parque o científicos haciendo investigaciones de campo, o guardianes de la fauna, o incluso, supongo, criadores de búfalos… Bufaleros. Las explicaciones de las autoridades eran vagas en ese punto; reconocían que todavía era un proyecto abierto.

Planeaban eliminar muchas carreteras de la región. Algunas líneas del ferrocarril y la interestatal se mantendrían, pero se construirían grandes pasos elevados o subterráneos cada pocos kilómetros para que los animales las atravesaran. También se conservarían algunas carreteras secundarias, pero no muchas. La mayoría se eliminarían y el hormigón y el asfalto se triturarían para convertirlos en grava, que se llevarían a otra parte para utilizarlo como material de construcción. La fabricación del hormigón era un proceso muy contaminante, así que el hormigón nuevo alcanzaba unos precios astronómicos debido a los impuestos, hasta el punto de que casi cualquier otro material era más barato. Reciclar el hormigón de las carreteras y de los cimientos de las construcciones desmanteladas era una manera de hacerse rico, o al menos de ganarse bien la vida. Iban a darnos una parte de los

beneficios obtenidos por las carreteras que pasaban por el pueblo, y también por los cimientos de los edificios. Creo que querían crear alguna clase de fondo fiduciario. Después, cuando las carreteras desaparecieran, los animales y las plantas vivirían mejor que nunca. Habría peces en los arroyos y pájaros en el aire. El plan de La Mitad de la Tierra aquí mismo, en Estados Unidos.

Así que lo debatimos. Algunos vecinos se derrumbaron mientras hablaban. Contaron historias de sus padres, de sus abuelos y de los parientes más lejanos de su árbol genealógico, o al menos de los primeros antepasados que llegaron a nuestro pueblo. Todos lloramos con ellos. Las lágrimas brotaban por sorpresa al oír un comentario o al recordar una cara o algo bueno que alguien había hecho por otra persona. Era nuestro pueblo.

No paraban de repetirnos que estaba pasando lo mismo en todo el mundo. Se estaba tirando al cubo de la basura de la historia todos los pueblos que constituían la columna vertebral de la civilización rural. ¡Qué triste que la humanidad hubiera llegado a este punto! La vida urbana… ¡Venga ya! ¡Cómo nos vendían sus bondades! Solo la gente que nunca ha vivido en un pueblo puede decir esas cosas. Bueno, quizá solo algunos de nosotros estábamos hechos para ella. Y no éramos la mayoría, obviamente. Así que votamos. Nuestros hijos estaban marchándose para no volver nunca más, así de claro, de manera que nosotros también nos iríamos. Al parecer, la mitad quería trasladarse a Bozeman y la otra mitad a Mineápolis. No se podía esperar menos de nosotros. Es posible que en todos los pueblos exista esta división en mitades a la hora de decidir casi cualquier asunto: elegir al alcalde, al director del instituto, al *quarterback*, la mejor gasolinera, la mejor cafetería… Cualquier cosa. Siempre esta división. Por lo tanto, nos separaríamos y seguiríamos adelante. Íbamos a

convertirnos en urbanitas. Bueno, tampoco iba a ser para siempre. Se trataba de un crecimiento por decrecimiento, como señaló la representante del proyecto. La representante era muy buena, tengo que reconocerlo. Nos animaba para que contáramos nuestras historias. Nos dijo que en todos los pueblos como el nuestro ocurría lo mismo. Lo sabía porque ella había hecho esta labor en un montón de pueblos. Era su trabajo. Dijo, un poco compungida, que era como el pastor de un hospicio. Todos llorábamos. Por lo menos en los pueblos como el nuestro. Nos contó también que cuando le tocaba ir a los barrios periféricos de las ciudades veía que a la gente de allí le daba igual, ni siquiera asistía a las reuniones, y cuando lo hacía solo era para averiguar el importe de la indemnización. A veces, nos dijo, la gente de esos barrios lo celebraba cuando se enteraba de que iban a tirar abajo sus casas y sustituirlas por un hábitat. Nos reíamos al oír eso, aunque era doloroso pensar que la gente hubiera alcanzado tal grado de alienación. Pero eso ocurría en los barrios periféricos de las ciudades. En nuestro caso… teníamos un pueblo.

Sin embargo estaba pasando en todas partes, insistía la representante del proyecto. En todo el mundo. Y llegaría un momento, dentro de varias décadas o siglos, en el que los habitantes del planeta entrarían en razón y abandonarían las ciudades para volver al campo, y entonces los pueblos renacerían. Los asentamientos se integrarían en los hábitats de los animales, nos dijo. Los veríamos pasear por las calles. «¡Eso ya pasa!», gritó alguien. «Sí, y volverá a pasar», replicó ella. Volverían las personas a las que les gustaba conocer a sus profesores, a sus mecánicos, a los dependientes de las tiendas, al alcalde, a sus vecinos… Todo eso era demasiado esencial como para que desapareciera. Esto solo era una primera etapa de un viaje larguísimo. Se

había vivido así durante mucho tiempo. Pero ahora estábamos en una situación de emergencia.

Y aún nos tendríamos unos a otros. Y seríamos ricos, o al menos viviríamos holgadamente, sin agobios, con una paga anual para toda la vida, y un fondo fiduciario para nuestros hijos. Todavía tendríamos algo que hacer los sábados por la noche. Así que no teníamos que preocuparnos de nada.

Pero al cabo de un rato empezaron a picarnos los ojos. La gente se derrumbaba y no podía terminar de hablar. Sus amigos los ayudaban a bajar del estrado. Este era nuestro pueblo. Él había hecho lo que éramos.

Finalmente no hubo más que decir. Era medianoche y cerramos la ciudad como en un cuento de hadas. Ya solo nos quedaba volver a casa con una sensación de vacío, ligeramente tambaleantes. Entrar en nuestro hogar y mirar alrededor. Hacer las maletas.

88

Comemos mierda y nuestra mierda es comida. Siempre llega un momento en que tenemos que movernos todos juntos. Y seguimos el sol en sentido contrario a las agujas del reloj, sin separarnos. Nos movemos en fila, uno detrás de otro. La tierra por la que pasamos es en su mayor parte agua. Cuando caminamos sobre el agua nos asustamos y nos apresuramos para volver a tierra firme. Algunos llevamos por el mal camino a los estúpidos, otros animamos a los necios a correr aventuras. Si nos quedamos quietos nos matan. Podéis comernos, pero nos aprovecháis mejor para otras cosas, así que rara vez nos coméis. A nuestro paso dejamos la tierra como la necesitáis ahora más que nunca. Somos los caribús, los renos, los antílopes, los elefantes, somos los grandes animales de la Tierra que viven en manada, entre los que también deberíais contaros vosotros. Por lo tanto, dejadnos paso.

89

Mary fue a trabajar al día siguiente dominada por una sensación de inquietud.

—¿Qué tal fue la excursión a los Alpes? —le preguntó Badim.

—Estupendamente —respondió Mary—. Nos sentamos en una pradera y observamos marmotas y rebecos. Y algunas aves.

Badim se la quedó mirando.

—¿Y te pareció interesante?

—¡Ya lo creo! Se respiraba una sensación de paz maravillosa. Es decir, los animales viven allí a su aire. Van de un sitio a otro comiendo. Da la impresión de que no hacen otra cosa en todo el día.

—Creo que es así —repuso Badim, que no parecía muy convencido de que tuviera algún interés observar el comportamiento de los animales—. Me alegra que disfrutaras.

Bob Wharton y Adele irrumpieron en el despacho eufóricos. Las últimas mediciones de dióxido de carbono mostraban una reducción global, una reducción global de verdad, que no tenía nada que ver con la estación ni con el colapso de la economía (ambos factores se habían tenido en cuenta y aun así el descenso era eral). La concentración de dióxido de carbono en la atmósfera era actualmente de 454 ppm, cuando cuatro años antes se había alcanzado un pico de 475. Por lo tanto se habían reducido 5 ppm por año. El

ritmo de descenso era tan significativo que se había utilizado toda clase de métodos de medición y de pruebas para confirmarlo, y todos habían arrojado el mismo resultado. ¡Por fin se estaba reduciendo el dióxido de carbono de la atmósfera! No es que se hubiera ralentizado el aumento de su concentración ni que se hubiera estabilizado, lo cual había sido motivo de celebración siete años antes, sino que estaba reduciéndose, y además a un ritmo rapidísimo. Solo podía ser el resultado de la política de captura y almacenamiento. La única explicación del fenómeno era antropogénica. Eso significaba que sus esfuerzos habían dado su fruto.

Reconocieron que, después de todo lo que había sucedido, antes o después tenía que pasar. La Superdepresión había ayudado, por supuesto, pero el impacto que había tenido se había incluido como un factor de corrección; además, por sí sola la crisis solo habría estabilizado la concentración de dióxido de carbono. Un descenso como el que se había producido solo podía explicarse por el trabajo que habían realizado. Bob dijo que seguramente la reforestación y la plantación de algas kelp de las zonas poco profundas de los océanos eran los factores principales.

—¡Próxima parada: 350! —exclamó borracho de alegría. Llevaba toda su carrera profesional, toda su vida, luchando por esto. Como muchas otras personas.

La siguiente hora fue principalmente de celebración. Brindaron por la noticia con café. Nadie había visto nunca a Bob tan entusiasmado; normalmente era el paradigma del científico como persona tranquila.

Cuando todos se marcharon de su despacho, Mary reparó en que no se le había pasado la sensación de inquietud. Envió un mensaje de texto a Frank para preguntarle cómo

se encontraba. Él le respondió escuetamente, como si no hubiera pasado nada, que estaba bien.

Así que cuando acabó su jornada en el ministerio bajó al centro en el tranvía y fue caminando hasta la residencia de la cooperativa de Frank. Lo encontró en el comedor, sentado en el banco del piano, de espaldas al instrumento. Solo pareció ligeramente sorprendido cuando la vio entrar. O como si ya supiera el motivo de su presencia allí.

—¿Qué? —dijo poniéndose a la defensiva cuando vio que Mary lo miraba fijamente.

—Ya lo sabes. ¿Has ido al médico?

—No.

Mary continuó mirándolo. Notaba a Frank más retraído de lo habitual.

—No fue una caída normal. Tienen que hacerte pruebas.

Frank torció el gesto. Mary se dio cuenta de que no iría al médico. Era como si estuviera delante de un niño. Suspiró.

—Si no vas, hablaré con la gente de aquí. En tu estado eres un peligro para las personas que viven aquí contigo. Si vuelves a caerte te harás daño, y podrías hacérselo a otras personas, y entonces les subirán el precio del seguro.

Frank le lanzó una mirada llena de resentimiento.

—Vamos —dijo Mary—. Te acompañaré a la clínica. Luego nos tomaremos algo.

Frank hizo una mueca y, después de una larga pausa durante la cual mantuvo la mirada fija en el suelo, se encogió de hombros y se puso de pie.

Estuvieron esperando en la clínica lo que no está escrito, como es la estúpida norma no escrita en esos casos, y al final eso solo fue el principio. Le realizaron varias pruebas, le sacaron sangre, le hicieron preguntas y lo citaron para otro día. Cuando terminaron, a Frank no le apetecía tomar

nada, así que Mary lo acompañó a la residencia y luego fue a la parada del tranvía, donde cogió el 6 hasta Kirche Fluntern. Pasó por delante de su antiguo apartamento y continuó subiendo por el Zürichberg hasta su casa segura. Sí, sus guardaespaldas la siguieron en todo momento; cuando los veía les hacía un gesto de asentimiento y luego se olvidaba de ellos, o lo intentaba.

Se sentó con una sensación de desánimo en aquella casa extraña. Tenía algo que celebrar pero nadie con quien hacerlo. Incluso los animales salvajes tenían compañía por la noche. También en Irlanda; allí, en los viejos tiempos, los hombres iban al pub y las mujeres se reunían en la cocina o quedaban para que los niños jugaran juntos. El ser humano era una especie social. Claro que había animales que preferían el aislamiento la mayor parte del tiempo, como los gatos. También había personas así. Pero Mary no era una de ellas. Ella era como las marmotas o los rebecos. Ella prefería estar rodeada de gente con la que poder charlar, o con la que estar sentada en una habitación mientras leía o veía la tele. Se planteó la posibilidad de mudarse a una residencia cooperativa como la de Frank. Los dormitorios eran privados, pequeños y acogedores, y el resto de los espacios, la gran cocina, el comedor, la sala con los libros y el piano, eran comunes. La gente que vivía en esos sitios iba buscando experiencias.

Pero, bueno, pensó que seguramente acabaría quedándose en su habitación como ahora. Y probablemente no le permitirían mudarse allí. Y a ella no le gustaban las mudanzas. Había hecho muchas a lo largo de los años. Ya estaba harta de ellas.

Esa noche tuvo un sueño agitado y supuso un alivio ir a trabajar a la mañana siguiente. Se había dado cuenta de que el grupo de personas con el que trabajaba se había convertido en su familia. No tenía ningún problema en

reconocerlo; quizá era una cosa que le pasaba a mucha gente. Sin embargo, causaba cierta extrañeza cuando te parabas a pensarlo. Los colegas del trabajo rara vez podían sustituir una familia. Familia... ¿Cómo era el dicho? La familia nunca te da la espalda. Probablemente eso significaba que la familia nunca podía ser las personas con las que trabajabas.

O quizá estaba equivocada. Porque cuando entró en el ministerio se encontró a todo el mundo llorando, o con la cara pálida, o con la cabeza hundida entre las manos. Les habían dado la noticia solo unos instantes antes: habían encontrado muerta a Tatiana en la puerta de su casa, que resultaba estar en Zug. Le habían disparado. El equipo de seguridad que la protegía había comentado algo sobre un atentado con dron.

—¡Ah, no! —exclamó Mary, y fue corriendo hasta la silla más cercana y se dejó caer en ella antes de hacerlo al suelo —. No.

La policía había llevado a Tatiana a una casa segura y le había asignado protección las veinticuatro horas del día, de la que se encargaba un grupo numeroso de escoltas. Sin embargo, las autoridades dijeron que Tatiana no había sido escrupulosa en el cumplimiento de sus instrucciones. Los escoltas pensaban que se había acostado, pero, no se sabía por qué, había salido a la puerta de su casa. Luego los escoltas oyeron el golpetazo de su cuerpo al caer al suelo, salieron corriendo de la casa y se la encontraron muerta. Le habían disparado tres veces, aunque no se había oído el ruido de los disparos. Tampoco se encontraron las balas, que habían atravesado su cuerpo y no aparecían por ninguna parte.

Mary dejó entonces de hacer preguntas. Sentía náuseas. Los agentes de policía que estaban contándole lo sucedido la miraron con cautela y le dijeron que ella tendría que mudarse otra vez. Esconderse.

—¡No! —gritó inmediatamente, fuera de sí—. ¡No pienso irme! No me marcharé de Zúrich. Quiero seguir trabajando aquí. No podemos rendirnos por cosas así. ¡Ustedes tienen que hacer su trabajo!

Por supuesto, la policía ya tenía alguna prueba. Tatiana llevaba encima una diminuta cámara corporal. Mary no quiso ver la grabación. ¡Qué trabajo más horrible tenía la policía! Pero alguien debía hacerlo. Al parecer, en las cámaras instaladas en el edificio no se veía nada. Los disparos se habían realizado desde lejos. No era mucho para avanzar en una investigación. Llegaron novedades mientras seguían llorando y recordando a su compañera. Se habían encontrado dos casquillos de bala cerca de allí. Eran proyectiles fabricados en Estados Unidos. No era una prueba concluyente de nada. Había que seguir investigando.

Tatiana, la dura del grupo, la guerrera, su hermana de armas. El enemigo mataba a los mejores, pensó con amargura Mary, a los líderes, a los duros, y desafiaban a los débiles para que tomaran el testigo y siguieran adelante. Pocos lo hacían. Los asesinos ganarían. Era la historia de siempre, lo que explicaba el mundo en el que vivían; los asesinos estaban dispuestos a matar para salirse con la suya. En una guerra entre sociópatas malvados, heridos, rabiosos y jodidos, y los demás, no solo las personas buenas y valientes, también la gente corriente y débil, las ovejas que solo querían salir adelante, a los que los capullos siempre ganaban. La minoría tomaba el poder y lo ejercía como si fueran torturadores que disfrutaban arrancando la felicidad a la mayoría. Oh, por supuesto que todo el mundo

tenía razones para ser como era y hacer lo que hacía. Los asesinos siempre creían que estaban defendiendo su raza, o su nación, o a sus hijos, o sus valores. Atravesaban el espejo y vertían su fealdad en los demás, así que nunca la veían en ellos mismos. ¡La culpa siempre era del otro!

Y eso era precisamente lo que estaba haciendo ella en ese momento. Era otra manera que tenían los malos de infectar a los buenos: provocar su ira, meterlos en el saco de la maldad general. Joderlos, matarlos por sus asesinatos, encarcelarlos, encerrarlos en alguna clase de sala de los espejos donde vieran cómo eran realmente. Ese sería el castigo que les daría ella, si pudiera: tendrían que vivir rodeados de espejos y verse la cara hasta el fin de sus días. Ver las personas que eran. Los narcisistas no podían mirarse en el espejo; la realidad era al revés del mito.

Intentó concentrarse en las personas que querían ayudarla y las miró entre sollozos. La policía suiza. Suiza. Pensó en cómo este pequeño estado había sobrevivido en el mundo. En parte gracias a que había aceptado al otro a pesar de sus diferencias. Algunas reglas inteligentes y un puñado de pasos montañosos; ahora ambas cosas eran irrelevantes para tener poder en el mundo; en el fondo solo se trataba de tener un sistema, un método. Un tesoro bien conservado y una manera de arreglárselas. Las caras que ahora la miraban, su extraña ecuanimidad, su insistencia en alguna clase de justicia… Una especie de egoísmo ilustrado, la idea de que Suiza era un lugar más seguro cuando todo el mundo lo era. Qué cultura más extraña, de verdad; y en ese momento deseó que Suiza fuera capaz de conquistar el mundo. Ningún zuriqués haría jamás una cosa así. Este pensamiento hizo que llorara como nunca antes lo había hecho.

Entonces oyó a esos individuos, los suizos, que la aconsejaban.

—Trabaje escondida una temporada, por favor. Puede hacerlo.

Hasta que averiguaran lo que había pasado y estuvieran seguros de que a ella no podría pasarle lo mismo.

—¿Puedo vivir cerca del Utoquai? ¿Puedo seguir yendo a nadar?

No les parecía buena idea. Aún era bien sabido que era miembro de ese club de baño. Tal vez, si tenía muchas ganas de nadar en el lago, podrían bajar a una casa privada de la orilla para que se diera un chapuzón.

Mary suspiró. Inmediatamente se dio cuenta de que nadar era una actividad social, de que era tan desagradable la sensación de meterse en el agua fría que había que compartir con otros sufridores el ritual para que se convirtiera en un placer. Eso, la ducha y la recompensa posterior, el kafifertig. Como había hecho tantas veces con Tatiana. Era su pequeño ritual. Qué persona más bella, qué fuerza tenía.

A Mary le ardían los ojos. Estaba furiosa. Los agentes de la policía suiza que la rodeaban parecían incómodos. Es muy extraño ser testigo del dolor de otras personas. Uno de los policías, una mujer, se sentó a su lado y le pasó un brazo por los hombros. Mary se puso a llorar como una magdalena.

—Vayan a buscar a Badim, por favor —dijo cuando se calmó un poco.

Badim no estaba en el ministerio.

—¡Llámenlo por teléfono, ahora! Y necesitaré poder hablar con él mientras esté escondida.

Entonces, ¿estaba de acuerdo en esconderse?

Sí, pero solo si era en Zúrich. Le parecía que la mejor opción sería la casa en la que vivía ahora.

Los policías asintieron con cierto nerviosismo.

—Siempre y cuando acepte permanecer recluida en ella, al menos durante una temporada.

Mary aceptó. Luego se acordó de Frank.

—¡Mierda, joder!

Pidió un teléfono y se lo dieron. Llamó a Frank.

Frank contestó.

—Lamento la muerte de tu amiga —dijo él inmediatamente—. Me he enterado por las noticias. Espero que tomes precauciones.

—Lo estoy haciendo. Gracias. ¿Sabes algo de la clínica?

—Bueno… Todavía están en ello.

—Venga, dímelo.

—¡Todavía están en ello! —repitió Frank en un tono que daba a entender que le habían encontrado algo malo, pero que, estando ella tan afligida, no quería contárselo. Lo cual quería decir que tenía algo grave.

—Dímelo —espetó ella enfadada—, o pensaré que es algo peor de lo que es en realidad.

Frank se echó a reír.

—¿Qué? —insistió alarmada Mary. Frank se reía de que ella pudiera pensar que era algo más grave que lo que era —. ¿Qué te han dicho?

Silencio.

—Tengo algo en la cabeza —dijo finalmente Frank—. Como siempre. Pero esta vez sale en una resonancia. Es un tumor. Pero aún no saben de qué tipo. Podría ser benigno.

—Maldita sea.

—Ya. —Frank resopló—. Pero, bueno, algo tenía que ser.

Se produjo otro silencio entre ambos.

—Tengo que esconderme una temporada —dijo Mary.

—Me parece buena idea. Escóndete.

—Pero me gustaría verte.

Hubo un silencio más largo que los anteriores. Mary pensó que quizá a él no le parecía bien que se vieran, que

estaba dándole tiempo para que ella sola se diera cuenta de lo extraña que era la situación.

—Podemos hablar por teléfono —dijo Frank.

—¿Cuándo sabrás algo más?

—Mañana tengo que volver a la clínica.

—De acuerdo. Buena suerte. Te llamaré. Iré a verte cuando pueda.

—No corras riesgos —le dijo él—. Si te pones en peligro, no quiero verte.

—¿Han encontrado a Badim? —preguntó a los policías.

Los agentes asintieron. Ella les dio el móvil y le marcaron el número.

Badim contestó. Mary se puso de pie, entró en su despacho y cerró la puerta.

—¿Puedes hablar?

—Sí —respondió Badim.

—¿Crees que es segura esta línea?

—Sí.

—¿Quién creéis que la ha matado?

—No lo sabemos.

—¿De qué cojones sirve tu servicio secreto si no puede averiguar una cosa como esta? —espetó con rabia Mary.

Badim dejó que el silencio se alargara para que Mary se diera cuenta de lo estúpida que era su pregunta y de lo fuera de lugar que estaba.

—Yo también la quería —dijo finalmente—. Todos la queríamos.

—Lo sé.

Después de una pausa fúnebre, durante la cual los dos se abstrajeron en sus propios mundos, Badim dijo:

—Voy a decirte lo que yo pienso, aunque casi todo es bastante obvio y probablemente ya lo sepas. Creo que la

han asesinado los rusos. Las altas esferas rusas siguen instaladas en la opacidad, pero últimamente habían hecho algunos movimientos valientes, y con ello me refiero a positivos. Movimientos verdaderamente importantes, tanto de puertas para fuera como para dentro. Me parece muy probable que Tatiana estuviera metida en eso. Conservaba muchos contactos en su país. Por lo tanto, cuando un gobierno cambia de dirección de una manera tan clara, siempre hay gente que se queda en el camino. Gente que está en el lado equivocado del cambio, asustada y cabreada. Si algunas de esas personas atrapadas en el lado equivocado creían que Tatiana era una de las impulsoras del cambio, incluso quien lo dirigía, quizá pensaron que matándola podrían detenerlo, o al menos le harían pagar un precio muy alto.

—Venganza.

—Sí, pero tal vez también un intento de revertir el cambio. Una advertencia para los que colaboraban con Tatiana.

—De acuerdo. Eso reduciría la lista de sospechosos.

—A unos cuantos miles.

—El número de grupos será menor.

—Un par de docenas. Rusia ha sido una cleptocracia durante mucho tiempo. Los hijos de los que se hicieron ricos tras la caída de la Unión Soviética se creen los amos del mundo. Así que actualmente Rusia es un país tan fracturado y complejo como los demás.

—¿Incluso en las altas esferas?

—Sobre todo ahí. Se trata de una guerra para decidir de qué manera debe operar Rusia.

Mary suspiró.

—Nada de todo esto terminará nunca.

—Me temo que tienes razón.

Mary reflexionó un momento.

—Escucha, no voy a esconderme. No pienso permitir que una cosa así me obligue a esconderme.

—Es un momento peligroso.

—¿Tú te has escondido?

—Sí. He puesto a todo el equipo en un lugar seguro.

—Pero si, como dices, han sido los rusos, nosotros no tenemos nada que temer.

—Tal vez.

—Quiero plantarles cara. A todos ellos, a todos los que son como ellos. Escucha, de todos modos la reunión de la COP de este año iba a celebrarse en Zúrich. Se hará el sexto balance global, así que será un gran acontecimiento. Podemos aprovecharlo. Lo convertiremos en un homenaje a Tatiana. Asistiremos todos. Y haremos una exposición pública de la situación en la que nos encontramos ahora mismo. Tenemos que contarle a la gente dónde estamos, lo lejos que hemos llegado y que podemos acabar el trabajo que empezamos.

—La seguridad será todo un desafío.

—¡Siempre lo es! Por eso hay que hacerlo a la vista de todos y convertirlo en un acontecimiento mundial. Basta ya de esconderse de esos cabrones.

—Es posible.

—Sabes que tengo razón. De lo contrario estaremos plegándonos al terrorismo, y entonces ya no pararán. De todas maneras nunca pararán. Aunque encontremos y matemos a los asesinos de Tatiana, siempre habrá otros. Y mientras tanto tenemos que seguir viviendo.

—Está bien.

—¿Cómo?

—He dicho que está bien. Tú eres la jefa. La COP es dentro de tres meses. Empezaremos los preparativos. Las fuerzas de seguridad suizas querrán participar. Después del

asesinato de Tatiana, estarán lo bastante preocupados para cerrar a cal y canto el país.

—Sí, seguro que movilizan el ejército. En este caso, cuanto más, mejor. Todo el mundo estará observándonos.

—De acuerdo.

—Otra cosa. En cuanto a tu servicio secreto… ¡Quiero que machaquéis a esos cabrones!

—Ya estamos en ello. Cuando los encontremos los mataremos.

—Bien. Espero que los encontréis.

Mary dejó que el equipo de seguridad que la protegía la trasladara a otra casa segura cerca del teatro de la ópera. No salió de su nuevo hogar en dos semanas, y solo se comunicaba con su equipo y con todas las personas con las que necesitara hablar por teléfono o videollamada. La ayudaron a organizar la siguiente COP como si fuera la reunión ordinaria programada para presentar el balance global, pero también algo más: un informe completo del progreso de cada país, de cada continente, de cada industria, de cada cuenca. Para complementar la exposición de todo lo que se había hecho bien añadirían una descripción de absolutamente todos los problemas que aún estaban pendientes de resolución y de los obstáculos que impedían alcanzar los objetivos. Cada actor de la situación global sería evaluado, calificado y juzgado de manera individual; y en el caso de que se descubriera que ponía pretextos falsos para no cumplir sus obligaciones, sería penalizado. El tiempo y la paciencia se agotaban. Las penalizaciones que se impondrían serían una mezcla de todas las sanciones y las multas que tenían a mano. El cerebro colectivo. El mundo de su tiempo. Se evaluaría la situación y se sacaría algo en claro a pesar de todo el ruido

y la confusión del momento, y se actuaría en consecuencia. Y si el servicio secreto de Badim también tenía que entrar en escena, lo haría sin reparo. La jueza escondida; Mary ya estaba preparada para asumir el papel; también para la cárcel secreta. En este caso, la guillotina. El disparo en la noche, el dron salido de la nada. Cualquier cosa que hiciera falta. Derrota, derrota, derrota, derrota, derrota, derrota... ¡Victoria!

Sin embargo, mientras tanto, a medida que se acercaba la fecha de la cumbre, las noticias que llegaban eran bastante buenas. Se estaban haciendo verdaderos progresos en muchos frentes. El dato más importante, lo que el sector financiero seguramente habría considerado el índice que representaba todos los demás factores, es decir, la concentración de dióxido de carbono en la atmósfera, había descendido durante los últimos cuatro años, y de una manera bastante rápida. Además era un hecho confirmado por diversas fuentes. Y durante los diez años previos se había estabilizado, subiendo y bajando según la estación, como siempre, pero manteniendo un equilibrio que no se había visto desde que comenzó a medirse allá por la década de 1960. Ese hito se había celebrado, pero ahora las mediciones hablaban de entre 450 y 445 ppm, y se mantenía el ciclo de subidas y bajadas según la estación del año, al mismo tiempo que se había observado un ritmo de descenso de 5 puntos anuales. Pero, al parecer, este ritmo también estaba creciendo. Esto significaba que no solo habían dejado de emitir una cantidad considerable de gases de efecto invernadero (no la totalidad, porque para eso tenían que pasar varias generaciones), sino que también habían capturado dióxido de carbono del aire en cantidades significativas y cuantificables, gracias a la combinación de

todos los métodos para reducir la presencia de los gases en la atmósfera. Todavía se discutía sobre el papel de los océanos como sumideros del dióxido de carbono emitido al aire, pero hoy en día, con el gran internet de las cosas, el mundo cuantificado, el mundo en datos, se calculaban todos esos aspectos del problema, y la capacidad de los océanos para absorber dióxido de carbono se medía con un pequeñísimo margen de error; y los científicos que investigaban la cuestión habían llegado a la conclusión de que los océanos habían absorbido tanto dióxido de carbono en los últimos tres siglos que en el descenso que se observaba solo una pequeña parte se debía a la acción de los mares como sumideros. Los principales responsables de la reducción eran la reforestación, el biocarbón, la agroforestación, la recuperación de la población de algas, tanto kelp como otras, la agricultura regenerativa, la reducción de la ganadería y las mejoras que se habían introducido en ella, la captura directa de dióxido de carbono del aire… Por todas estas tareas se pagaba, o, mejor dicho, se recompensaba, con una suma de dinero en carboncoines que superaba los gastos, y esta moneda era fuerte en relación con el resto de las monedas en los mercados de divisas. De hecho, daba la impresión de que el carboncóin tenía una seria posibilidad de desbancar al dólar estadounidense como la moneda hegemónica en el mundo, el último garante de valor. Estados Unidos era uno de los principales promotores de esta moneda complementaria, por supuesto, lo cual era una de las causas de su éxito; en ciertos aspectos, el carboncóin era algo así como el dólar creado con el secuestro de dióxido de carbono. Esto hacía que hubiera una especie de doble estándar, o más bien había nacido algo capaz de sustituir el extinto estándar del oro; ahora se disponía de los estándares del carboncóin y del dólar para los intercambios. Pero el carboni, como había

empezado a llamarse popularmente, también era un complemento del euro, del renminbi y del resto de las monedas fiduciarias que habían respaldado la nueva.

Igual de importante era el hecho de que el dinero se movía casi exclusivamente por medio de cadenas de bloques, de manera que se registraba unidad a unidad en los consolidados bancos centrales y en el mundo digital. Por lo tanto, todo el dinero fiduciario cambiaba de manos dentro de una estructura panóptica que era una especie de estado global sobreentendido, nacido del propio hecho del dinero. Otro ladrillo en la construcción de la controlcracia, protestaban algunos por este seguimiento del dinero; pero si el pueblo tenía el control último de este nuevo estado global a través del poder que ejercía con las cada vez más frecuentes huelgas y campañas de incumplimientos, también el pueblo podría ver en todo momento dónde estaba y a dónde iba el dinero, de manera que no podría esconderse en paraísos fiscales ni en otros lugares sin que la ley lo desactivara. La distribución digital de todos los registros de las cadenas de bloques a través de YourLock y otros medios significaba que había una especie de banco popular para emergencias, una democracia directa del dinero. Así pues, las diversas criptomonedas privadas que existían desde mucho antes solo se utilizaban para actividades delictivas y se comerciaba con ellas por fracciones de céntimo. Muchos inversores que todavía tenían esas monedas, ya sin valor, esperaban el momento para deshacerse de ellas sin demasiadas pérdidas. Otros simplemente habían atajado las pérdidas y las habían vendido por una miseria. Los tenedores de criptomonedas poseían billones de ellas, pero un billón multiplicado por cero era cero, así que en su mayor parte habían desaparecido; y los que las conservaban eran tan ricos

como si acumularan monedas de un céntimo recubiertas de cobre, salvo que el cobre era más valioso.

Todavía había quien alegaba que la Superdepresión de la década anterior había causado la reducción de dióxido de carbono observada. Se habían emitido menos gases porque la economía mundial se había parado. Pero eso solo explicaría una estabilización, nunca una reducción. Además, a pesar de la crisis, el producto mundial bruto, e incluso las mejores mediciones de la actividad económica humana, mostraban que se habían realizado actividades comerciales por un valor anual de cien billones de dólares. Seguía siendo mucho, pero ya no se concentraba en el dióxido de carbono. Esto y los esfuerzos para frenar las emisiones eran lo que explicaba la reducción.

De manera que estas eran las situaciones de la economía y de las emisiones de dióxido de carbono, a las que Mary consideraba los dos macroindicadores, los indicadores globales verdaderamente importantes. Y en los niveles medio y micro, los buenos proyectos que estaban realizándose eran tantos que resultaba imposible incluirlos todos en una sola lista, aunque lo intentaron. Agricultura regenerativa, restauración del paisaje, protección de la fauna, cooperativas al estilo de Mondragón, ciudades jardín, renta y servicios básicos universales, trabajo garantizado, liberación y repatriación de refugiados, justicia climática y acciones igualitarias, asistencia a las personas necesitadas... Todas estas iniciativas solían ser de carácter regional o local, pero estaban llevándose a cabo en todos los rincones del mundo, y no paraban de crecer. Era el momento de reunir al mundo y mostrárselo.

Iba a declarar la victoria con el corazón destrozado, como si clavara un cuchillo en el corazón de su peor enemigo, con la misma emoción que si escribiera una nota de suicidio. Y si se revelaba que en realidad, en cierta manera, habían

perdido, iba a intentar por todos los medios que los malos obtuvieran una victoria pírrica. Iban a ser los derrotados de una victoria pírrica; y se podía considerar vencedor al bando perdedor de una victoria pírrica, así que ellos eran los vencedores de una derrota pírrica. Porque nunca se rendirían, jamás, jamás, jamás. La historia transcurriría de la manera siguiente: derrota, derrota, derrota, derrota, derrota, derrota, victoria. Y los villanos del mundo caerían bajo el peso de su maldita victoria pírrica. Podían irse a la mierda, porque no eran más unos cabrones cobardes y asesinos.

90

Hoy estamos aquí para debatir sobre si la tecnología es el motor de la historia.

No.

¿Perdón? ¿Estás diciendo que la tecnología no es el motor de la historia o que no quieres debatir sobre ese tema?

Las dos cosas.

Bueno, centrémonos en el primer «no» y olvidemos el segundo, a ver si conseguimos sacar algo en claro de por qué no querrías hablar del asunto.

Es una pregunta ridícula.

Y sin embargo ha sido el título de libros, ensayos, seminarios, conferencias y demás. Nosotros mismos somos unos míseros rábanos partidos, por citar a alguien, a menos que aumentemos nuestros pobres poderes con herramientas. Somos *Homo faber*, el hombre que fabrica, y nuestras herramientas son lo único que nos permite enfrentarnos con el mundo. Incluso evolucionamos a la par que nuestras herramientas; primero tallamos y afilamos piedras, luego fuimos capaces de encender fuego cuando queríamos, y esas herramientas nos convirtieron en seres humanos, ya que fue nuestra especie precursora la que las inventó, a partir de ahí evolucionamos para ser lo que somos ahora. Ropa para calentarnos. En el momento en el que encontramos agujas de hueso en el registro

arqueológico, por ejemplo, vemos que el ser humano se ha trasladado veinte grados de latitud más al norte que antes.

¿Y?

¿Y? ¿Perdón? La pregunta es: ¿dónde estaríamos sin las herramientas?

Cuando queremos hacer algo pensamos la mejor manera de hacerlo. Y si una idea que se nos ocurre no sirve, buscamos otra.

¡Pero esta es la manera que se nos ha ocurrido!

El camino fácil. Atendiendo a las leyes de la física. Por ejemplo, recogiendo una piedra del suelo. Solo es una cuestión de ensayo y error.

¡Bueno, pues digamos que a eso lo llamamos tecnología! ¿Lo siguiente no sería afirmar que la tecnología ha sido la fuerza motriz de la historia?

Nosotros somos la fuerza motriz de la historia. Nosotros salimos de los apuros y la historia avanza.

Vale. Basta de filosofía. Empiezo a tener la cabeza hecha un lío.

Sí.

Pasemos a algunos ejemplos concretos. ¿Has oído hablar de esos drones desarrollados para disparar semillas en las marismas para que crezcan cientos de miles de árboles en terrenos de difícil acceso para las personas?

Me parece muy bien. Pero esos mismos drones podrían dispararte un dardo a la cabeza cuando salieras por una puerta. Así que el ejemplo sirve para ilustrar mi postura, si no te importa dedicar un momento a pensar en ella. Nuestras herramientas son una expresión de nuestras intenciones, así que lo que queremos conseguir es el motor esencial.

Me guardaré eso para nuestra próxima incursión en la filosofía, que sin duda programaremos pronto. Mientras tanto, ¿qué opinas sobre esas nuevas amebas creadas

mediante bioingeniería que se cultivan en tanques para convertirse en combustible, al mismo tiempo que capturarán dióxido de carbono de la atmósfera? ¿Crees que es algo así como una versión mejorada del etanol?

Me parece práctico.

Y otra ameba cultivada en tanques puede secarse para convertirse en una harina con un gran sabor, así se terminaría con la necesidad de dedicar vastas extensiones de tierra para la agricultura.

También me parece práctico.

¿Y qué me dices de la tecnología de la cadena de bloques? Es capaz de localizar el dinero y registrar todos los sitios por los que ha pasado.

Me parece una buena idea. El dinero solo es útil cuando hay confianza en él. Poder rastrearlo aumentará esa confianza. Si se hace bien es posible que el mismo dinero acabe convertido en algo irrelevante y desaparezca.

¡Perfecto! ¿Y qué opinas sobre las transformaciones que estamos viendo últimamente en ese ámbito? Es decir, el carboncóin, el trabajo garantizado, etcétera. Lo que podría llamarse ingeniería social o arquitectura de sistemas.

¡Esos son los ámbitos verdaderamente importantes! Los sistemas son el motor de la historia, no las herramientas.

Pero ¿acaso nuestros sistemas no son más que programas informáticos, por así decirlo? Y los programas informáticos son tecnología. Sin ellos las máquinas solo son armatostes inútiles.

Eso es exactamente lo que quiero decir. Siguiendo ese razonamiento, terminaríamos afirmando que el diseño es tecnología, que la ley es tecnología, que el lenguaje es tecnología… ¡Incluso pensar es tecnología! Llegados a ese punto, *quod erat demonstrandum*, la tecnología es el motor de la historia, ya que defines todo lo que hacemos como tecnología.

¡Y quizá lo sea! A lo mejor necesitamos recordar eso y reflexionar sobre qué tecnologías queremos desarrollar y utilizar.

Desde luego.

Bueno, pero volvamos a las innovaciones en los sistemas sociales que hemos visto últimamente. Tengo la sensación de que vivimos en unos tiempos fuera de lo común. Has dicho que todos esos cambios te parecían bien, ¿verdad?

Sí. No se puede desperdiciar la oportunidad. Debemos aprovechar esta crisis y cambiar todo lo que sea posible cuanto antes.

¿De verdad lo crees?

¿Por qué no?

¿Tantos cambios a la vez no conducen al caos?

El caos ya existía. Solo estamos intentando poner un poco de orden en ese caos.

¿No sería algo así como inventar el paracaídas mientras estás cayendo?

Si no lo hacemos nos estamparemos contra el suelo.

Pero ¿tenemos tiempo?

Será mejor que nos demos prisa.

Hay quien sostiene que ya no nos queda tiempo, que estamos a escasos metros del duro suelo, que eso es lo que estamos viendo en los acontecimientos actuales. ¿Has oído que el calentamiento de los océanos podría provocar que los ácidos grasos omega 3 presentes en los peces y, por lo tanto, disponibles para el consumo del ser humano, se redujeran hasta un 60 por ciento? Y el omega 3 es fundamental para la transducción de las señales en el cerebro, así que es posible que nuestra inteligencia como especie esté reduciéndose rápidamente debido a una disminución de las capacidades del cerebro causada por el calentamiento de los océanos.

Eso explicaría muchas cosas.

91

El Kongresshaus de Zúrich se había construido para cumbres así. Era enorme y se alzaba en la orilla misma del lago. Durante todos los días de esta multitudinaria reunión habría conferencias y exposiciones para celebrar los logros emergentes. Iba a ser difícil dar cabida a todos, de hecho habría que comprimirlos por países o por tipo de proyecto para dar una visión adecuada de los esfuerzos que estaban haciéndose. Mirando la lista de los participantes, Mary podía empezar a creer que estaban ganando terreno, haciendo progresos.

Entonces llegó el momento de visitar a Frank.

Estaba en su minúscula habitación. Le contó que los médicos le habían diagnosticado un tumor cerebral, y solo hacía unos días le habían confirmado que se trataba de un glioblastoma.

—Eso suena muy mal —dijo Mary.

—Ya. —Frank apretó los labios—. No hay nada que hacer.

—¿No hay algún tratamiento?

—El tiempo medio de vida que le queda al paciente cuando se lo diagnostican es de dieciocho meses. Pero el mío ya está bastante avanzado.

—¿Por qué has tardado tanto en notar los síntomas?

—Todavía no afecta a nada esencial.

Mary se lo quedó mirando. Frank le sostuvo la mirada sin inmutarse, y finalmente fue ella quien negó con la cabeza y desvió la mirada mientras se sentaba a su lado. Frank

estaba arrellanado en una postura que parecía incómoda en el pequeño sofá de su habitación. Mary pasó la mano por encima de la mesa baja y la puso en su rodilla. Era como cuando se conocieron, cuando él le agarró el brazo y ella se asustó; sintió terror. Esta vez se habían intercambiado los papeles.

—Lo siento —dijo Mary—. Qué mala suerte. De verdad que tienes… una suerte horrible.

—Ya.

—¿Se conoce la causa?

—La verdad es que no. Quizá sea genético. No lo saben. A lo mejor sale cuando tienes muchos pensamientos malos. Esa es mi teoría.

—Ese también es un pensamiento malo.

—Ya no importa.

—Supongo que no. ¿Qué vas a hacer?

—Seguiré el tratamiento mientras los médicos me digan que sirve de algo. ¿Por qué no? Quizá haga algo.

Mary se sintió animada al oírle hablar así. Se le debió notar, porque Frank negó con la cabeza de manera casi imperceptible, como para advertirle de que debía renunciar a cualquier esperanza.

—Cuéntame tus planes para la conferencia que empieza ya.

Mary le explicó todo lo que tenía pensado hacer. Pasado un rato se dio cuenta de que Frank parecía cansado.

—Volveré otro día —dijo.

Frank negó con la cabeza.

—Volveré —insistió ella.

La verdad es que le resultó difícil cumplir su palabra, y no porque no pudiera hacer un hueco en su agenda, porque podía. Además la casa segura en la que seguía viviendo se

encontraba relativamente cerca de la residencia de Frank. En realidad, Zúrich era una ciudad compacta y todo quedaba más o menos cerca. Aunque si tenías que evitar los tranvías y las calles y moverte en un coche con los vidrios tintados todo se complicaba.

Sin embargo, el problema no era la logística, sino el hecho de saber lo que se encontraría cuando volviera a ver a Frank. Frank May nunca había sido una persona abierta, al menos desde que ella lo conocía. Pero el fuego en sus ojos, la tensión en su mentón... Era una persona fácilmente descifrable, y ya aquella primera noche, cuando las violentas emociones le habían desencajado el rostro como si fueran tormentas eléctricas, lo había calado. Ahora se había encerrado en sí mismo. Se había rendido. Esperaba a que llegara la muerte. Y no era fácil contemplar una cosa así. Mary creía que ella haría lo mismo si estuviera en su situación, pero eso no la ayudaba. Seguía encontrando excusas para no ir a verlo.

Por otro lado, sentía que era su deber ir a ver a Frank. Pasaron diez días, dos semanas, y finalmente le envió un mensaje.

«¿Puedo pasarme a verte?»

«Claro.»

Le abrieron la puerta los compañeros de la residencia, gente educada pero fría, y Mary entró y fue a buscar a Frank. Estaba hinchado y se sentía mal. Levantó la mirada hacia ella como queriendo decir: «¿Ves? Aquí sigo, todavía jodido».

Mary le habló de todo lo que estaba pasando y habló sin parar, con nerviosismo, para evitar los silencios. Estaban ocurriendo cosas, como siempre. La conferencia era inminente y tenía muy buena pinta. El sistema cooperativista de Mondragón estaba expandiéndose por toda Europa y las distintas cooperativas habían comenzado

a colaborar. La propia España era más lenta en su aceptación porque en Madrid no les hacía gracia que los vascos tuvieran tanta influencia. Pero en el resto de los países estaban proliferando las cooperativas, ya que era la última novedad, la solución más obvia. Resultaba ser que en todos los países europeos existía una tradición del trabajo cooperativo alrededor de los bienes comunes, que había durado hasta que Napoleón y otros poderes suprimieron el sistema. Pero la noción seguía viva, aunque fuera en estado latente, y ahora había vuelto a ponerse en práctica.

—Me alegro —dijo Frank.

Mary siguió contándole con cierto nerviosismo que en la cumbre de la COP se iba a proponer un detallado plan para los refugiados en el que se habían incorporado algunos principios de los pasaportes Nansen de la década de 1920. Se trataba de una especie de ciudadanía global que se concedería como un derecho humano más a todas las personas. Todos los países signatarios del Acuerdo de París, es decir, todas las naciones del mundo, habían firmado el acuerdo que garantizaba la capacidad jurídica de esta ciudadanía global y compartían equitativamente sus gastos. Para repartir la carga económica y humana que debía asumir cada país en el nuevo proyecto se había tenido en cuenta la disparidad histórica en la emisión de gases de efecto invernadero. Se trataba de establecer una especie de justicia climática, una igualdad climática; por fin iba a producirse el ajuste de cuentas con el periodo imperialista y colonial y los siglos de saqueos y daños que nunca habían llegado a compensarse, y cuyas consecuencias seguían vivas en los propios refugiados.

—Me alegro —dijo Frank.

Mary se lo quedó mirando.

—Hoy no parece que tengas una opinión firme del asunto.

Frank casi sonrió.

—Ya. —Se quedó pensativo un momento—. Últimamente estoy perdiendo mis opiniones. Tengo la sensación de que están abandonándome.

—Ah. —Mary no supo qué decir.

—Será interesante ver por dónde empiezan los cambios —señaló Frank, todavía ensimismado—. Supongo que irán de menos a más importantes.

—Probablemente.

Mary se quedó sin palabras. No supo qué más decir. Se sentía tonta y desamparada. No quería marcharse a pesar de las divagaciones de Frank, pero era difícil saber qué hacer cuando se producían momentos así. ¿Debía hacerle preguntas? ¿Especular? ¿Continuar sentada en un silencio incómodo?

—¿Cómo te encuentras? —preguntó finalmente.

—Enfermo —respondió Frank—. Débil. Jodido.

—Sigues siendo tú.

—Sí. Hasta donde puedo decir. —Negó con la cabeza—. No recuerdo cómo me sentía antes. Apuesto a que ahora mismo no sacaría buenos resultados en ninguna prueba. —Reflexionó un momento—. No lo sé. Todavía puedo pensar. Pero no se me ocurre ninguna razón para hacerlo.

Mary tuvo miedo de comprender lo que quería decir y trató de no hacerlo. Pero fue incapaz porque era demasiado obvio. Sintió una opresión en el estómago y reprimió un suspiro. Quería escapar de allí. La situación era insoportablemente deprimente.

Pero ¿qué esperaba? No había ido allí para que le alegraran el día sino para animar ella a Frank a pesar de que la dificultad de la tarea era un hecho. Por eso había estado posponiendo la visita. Pero ahora que estaba allí tenía un deber que cumplir. Sin embargo, ¿qué se podía decir en una situación así?

La verdad es que nada. Y Frank no parecía esperar una respuesta suya ni ninguna clase de palabras de ánimo. Parecía tranquilo, desolado, un poco somnoliento. Si se quedaba callada un rato a lo mejor se dormiría, y entonces ella podría escabullirse de allí.

Frank se revolvió.

—Oye —dijo—. Me gustaría presentarte a una persona que vive aquí. Voy a ver si está. —Marcó un número en el móvil y se lo pegó a la oreja.

—Hola, Art, ¿podrías pasarte un momento por mi habitación? Quiero presentarte a una amiga. Vale. Gracias.

Frank bajó el móvil.

—Casi nunca está, pero es uno de los miembros fundadores de la cooperativa y le dejan que conserve su habitación. Lo conocí hace un tiempo y me cae bien. Viaja en un dirigible por todo el mundo siguiendo corredores ecológicos y zonas protegidas, sobre todo buscando animales. Acompaña a gente.

—¿Qué quieres decir, que organiza una especie de safari aéreo?

—Creo que es algo así, pero en grupos muy reducidos. También hacen ciencia ciudadana y cosas por el estilo. Y dona lo que le pagan los pasajeros a la WWF y a otros grupos ecologistas.

Mary intentó parecer impresionada.

Llamaron a la puerta de Frank.

—¡Entra!

La puerta se abrió y entró un hombre delgado que los saludó tímidamente con la cabeza. Ya había perdido algo de pelo y tenía una nariz aguileña y unos ojos de color azul pálido que miraron alternativamente a Frank y a Mary, con interés pero con una expresión de inseguridad.

—Art, te presento a Mary Murphy, una amiga. Dirige el Ministerio del Futuro. Mary, Art es el propietario y el piloto

de *El clíper de las nubes*. ¿Es un dirigible rígido o flexible?

—Rígido —respondió Art con una sonrisa—, pero eso no tiene importancia. La gente corriente no se fija en esas cosas. Por eso ya se llama dirigible a secas a todos los tipos de dirigibles, para evitar confusiones.

—Y llevas a la gente a observar animales, ¿verdad?

—Eso es.

—Mary y yo fuimos a los Alpes hace unas semanas y vimos un pequeño grupo de rebecos, y algunas marmotas.

—Qué bien —dijo Art—. Supongo que fue una experiencia bonita.

—Sí —dijo Mary intentando participar en la conversación.

Art se volvió hacia ella.

—¿Va con frecuencia a los Alpes?

—La verdad es que no —respondió, y pensó: «No como a mí me gustaría ir»—. Ojalá fuera más a menudo. —«Mientras no sea para esconderme de asesinos», añadió para sus adentros.

Aquel hombre parecía oír las frases que no pronunciaba, o quizá se daba cuenta de las pausas. Ladeó la cabeza. Luego intercambió más cumplidos con Frank y escribió su nombre en el calendario donde se apuntaba la gente para ayudarlo durante la semana. Luego se despidió de Mary con la cabeza y salió de la habitación.

Frank y Mary continuaron sentados en silencio.

—Me cae bien —dijo Frank—. Es un buen tipo. Me ha ayudado mucho, y cuando está aquí siempre echa una mano en la residencia.

—Parece tímido —apuntó Mary.

—Sí, creo que lo es.

Más silencio.

—Yo también tengo que irme. Volveré otro día. Y no me olvidaré de traerte una de esas rodajas de naranja bañadas en chocolate.

—Ah, genial.

92

Una mañana empezó a circular el rumor de que iban a liberarnos. «¿Te has enterado? ¡Van a soltarnos!», gritó alguien irrumpiendo en el barracón. Enseguida llegó a oídos de todo el mundo, pero casi nadie se lo creyó. Siempre surgían rumores que se propagaban como la pólvora por todo el campamento, acompañados de la duda, porque demasiados habían resultado ser falsos. Pero de vez en cuando era una simple noticia. Y esta vez se anunció que después del desayuno se celebraría una reunión. O varias reuniones, porque en el campamento no había un solo lugar con la capacidad suficiente para albergarnos a todos. Así que cada bloque se reuniría en su comedor. Se solicitaba que los niños pequeños se quedaran en los barracones para que todos los adultos cupieran en el espacio.

No podría haber ocurrido de otra manera. Sin previo aviso; *ad hoc*; una improvisación, como siempre. Nos trataban como si fuéramos un juguete: ahora os encerramos, ahora os soltamos. Todo se decidía a salto de mata. Así es la historia.

Nos reunimos. Había un equipo de los administradores del campamento, un par de rostros familiares y unos cuantos desconocidos con pinta de suizos. En todo caso, la reunión era real.

Habían anunciado que la reunión empezaría a las once, y ya habíamos aprendido todos que cuando se trataba de horarios y puntualidad, los suizos eran estrictos. El gran

reloj digital de la pared pasó de las 10.59.59 a las 11.00.00 y una de las trabajadoras habituales del campamento se puso delante del micrófono y dijo:

—Hola a todos. *Guten Morgen. Sabah alkhyr*.

Luego continuó hablando en inglés, cosa que me pareció rara, ya que alrededor del 70 o el 80 por ciento de la gente que había en el campamento hablaba árabe, y cerca del 30 por ciento no entendía el inglés, o al menos esa era mi impresión. Pero entonces me concentré en sus palabras.

Era verdad que iban a liberarnos. Nos iban a conceder la ciudadanía global, es decir, tendríamos derecho a vivir en cualquier país. Nos advirtieron de que habría cuotas de inmigrantes en muchos países y de que seguramente tendríamos que permanecer en listas de espera para entrar en algunos. Pero no había ningún problema con que esperáramos si queríamos. Nos explicaron también que la suma total de las cuotas de todos los países era el 200 por ciento del número de personas que habían vivido en los campamentos para refugiados durante los dos últimos años, que era el requisito para obtener esa ciudadanía global. La ciudadanía era personal e intransferible, y se expedía un pasaporte global. Las familias se agruparían en las listas de espera. Las solicitudes de residencia estaban coordinadas en todo el mundo. Las personas que llevaran más tiempo en los campamentos tendrían preferencia para elegir el país de destino y podrían llevarse inmediatamente a sus familias con ellas. El proceso de reubicación empezaría al mes siguiente. Esto se combinaría con un compromiso mundial de trabajo garantizado y subsidios para el transporte y la vivienda, así que todos estaríamos bien.

Suiza se había comprometido a acoger al doble de las personas que había actualmente en sus campamentos de refugiados. Las viviendas para sus nuevos ciudadanos ya estaban listas o su construcción estaba a punto de finalizar.

Los refugiados serían repartidos por todo el país y a cada cantón le correspondía una cuota. Las viviendas consistían en edificios de pisos que reunían las características comunes de las casas suizas. Los puestos de trabajo se ofertarían de acuerdo con las necesidades y el gobierno del cantón sería el empleador de último recurso. Había mucho trabajo que hacer. Ya estaban listas las instalaciones para abrir restaurantes cooperativos si los recién llegados lo deseaban. Se consideraba que la comida podía ser un punto de encuentro para los nuevos residentes y una manera de entrar en contacto con la comunidad que los acogía. Como ya lo había sido a menudo en el pasado.

Nos dejaron claro que este acuerdo no era exactamente lo mismo que abrir las fronteras. Cada país continuaría teniendo un pasaporte nacional y una cuota de inmigrantes. Se tenía la esperanza de que muchos refugiados quisieran volver a su país. Las encuestas señalaban que ese era el deseo de muchos de ellos, que estarían dispuestos a volver a sus casas si existiera la posibilidad de hacerlo de una manera segura. Había un plan para ayudar a los países desestabilizados, que habían generado la mayor parte de los refugiados, a recuperar la estabilidad de la mejor manera y cuanto antes.

Por supuesto, la gente tenía muchas preguntas. Esta parte de la reunión transcurrió casi en su totalidad en árabe. Otras personas que estaban en el estrado respondieron las preguntas por turnos o cuando incumbía a su especialidad.

Yo me marché de la reunión antes de que terminara y fui a la valla del norte con miles de pensamientos agolpándose dentro de mi cabeza. ¡Podía ir a donde quisiera! ¿Qué significaba eso? ¿Qué país iba a elegir?

La mayoría lo hablaría en familia para tomar una decisión. Algunos volverían a su país. Yo me daba cuenta de lo tentador que era eso. ¿Por qué no volver a casa si lo

podías hacer de una manera segura? Pero yo desconfiaba de todo. Tenía que haber gato encerrado. Porque seguro que si era posible hacer lo que decían lo habrían hecho mucho antes.

Pero ¿por qué pensaba eso? Las cosas cambian.

Intenté convencerme de que las cosas cambiaban. No era fácil. ¿De verdad cambian las cosas? Yo había vivido el mismo día durante tres mil trescientos cincuenta y dos días. Me parecía una prueba más que suficiente de que las cosas nunca cambiaban.

Pero claro que me equivocaba. Nada dura para siempre, ni siquiera la vida en el campamento. Habíamos formado grupos de estudio, clases, equipos deportivos, grupos de actividades. Habíamos hecho amigos. Dábamos clase a los niños. Había nacido y muerto gente. Algunas parejas se habían casado y otras se habían divorciado. La vida había seguido dentro del campamento. No podía decirse que las cosas no cambiaran, que el tiempo se detuviera en un instante.

Pero hay cambios y cambios. Mientras contemplaba las montañas a través de la valla, neblinosas a la luz de la última hora de la mañana, la idea de que mi vida pudiera experimentar un verdadero cambio me causó pavor. Un cambio profundo. Gente nueva. Desconocidos. Una vida nueva en una nueva ciudad. Después de unos cambios tan grandes, ¿seguiría siendo la misma? Me vino a la memoria el poema ese que dice que es imposible escapar de uno mismo, que todos los lugares son iguales porque eres tú la que se mueve a ellos. Era una verdad como un templo. También recordé la vieja idea de la psicología de que las personas temen los cambios porque solo se puede cambiar a peor, en el sentido de que el individuo se convierte en una persona diferente y deja de ser la que era. Por lo tanto se considera que el cambio es una muerte.

Pero una muerte de hábitos. Eso es todo, me dije. Recuerda el poema: no puedes evitar ser tú misma. No importa lo lejos que huyas, te arrastrarás por todo el mundo. No puedes escapar de ti aunque quieras. Si lo que temes es perderte, puedes estar tranquila.

No. Lo que me aterrorizaba era seguir siendo tan desdichada como antes aunque las cosas cambiaran. ¡Ah, sí, ese era un miedo real!

Bueno, pero yo siempre he tenido miedo, así que esta vez no era diferente.

¿Echaría de menos este sitio? Esas preciosas montañas, los rostros hermosos…

No, no lo echaría de menos. Fue una promesa que me hice, y me parecía que podría mantenerla. Quizá esa era mi forma de ser feliz.

93

El proyecto Ralentización llevaba en marcha una década, y en los treinta mayores glaciares del planeta, todos ellos situados en la Antártida y en Groenlandia, se habían perforado pozos en puntos estratégicos para bombear el agua derretida a la superficie y esparcirla para que volviera a congelarse en las proximidades de los pozos. Nuestro equipo trabajaba en la zona del mar de Weddell, que presentaba unas complicaciones especiales ya que se trataba de una serie dispersa de glaciares y corrientes glaciares que se habían introducido en las barreras de hielo Filchner y Ronne de tal manera que dificultaba mucho las operaciones. Estos accidentes geográficos debajo del hielo tenían un aspecto de medio cuenco, y no eran lo suficientemente profundos para identificar con facilidad los lugares situados corriente arriba donde era más rápida la perforación del glacial. Pero lo habíamos hecho lo mejor que pudimos dadas las circunstancias y habíamos perforado trescientos veintisiete pozos en un periodo de cinco años, concentrándonos en los puntos estratégicos que éramos capaces de localizar, con la esperanza de que fueran los mejores.

Nada de todo eso habría sido posible sin la ayuda de la marina de Estados Unidos, la de Rusia y la de Inglaterra. Dejaron que una pequeña flota de portaviones se congelara en el mar helado y pasara el invierno en el mar de Weddell, y desde esos portaviones pudimos seguir trabajando

durante todo el año y proveer a las bases instaladas en el hielo de la Ronne y la Filchner. Flotas de helicópteros transportaban las provisiones a los campamentos y nos ayudaban a trasladar las bases de un pozo a otro. Solo en nuestra zona, el coste de los trabajos rondó los diez mil millones de dólares. ¡Una ganga!, como solía decir Pete Griffen. La mayoría habíamos trabajado con él y lo recordábamos a menudo.

Todo bien. Solo cuatro muertes, incluida la suya, todas a causa de accidentes, y tres de esos accidentes se debieron a decisiones insensatas, incluido el suyo. La otra muerte fue cosa del tiempo. Mejor. Porque la Antártida te mata de manera casi instantánea. Y ninguno de los fallecidos formaba parte de nuestro equipo, aunque esa alegría nos la guardábamos para nosotros, obviamente. Pero era un consuelo después de lo que le había pasado a Pete. En mi equipo nadie quería que uno de los nuestros corriera el mismo destino.

Así pues, diez años en la Antártida, con mucho trabajo por hacer, y ya no teníamos que preocuparnos por buscar la financiación. Se escribían artículos y se hacía ciencia, pero la mayor parte del trabajo consistía en perforar los pozos y bombear y dispersar el agua. También había que escribir artículos, aun cuando eso no fuera exactamente para lo que habíamos ido allí. De hecho, los glaciólogos estaban recogiendo más datos que nunca, sobre todo sobre la estructura del hielo y la historia de las corrientes, y la mayoría de ellos se convertían en estudios influyentes. ¡Nadie había tenido nunca la información que ahora teníamos nosotros sobre las interacciones entre la glaciación y el lecho glaciar! Si el objetivo de las expediciones solo hubiera sido llevar a cabo las investigaciones sobre ese campo, habríamos tardado siglos

en aprender lo que hemos aprendido. Pero teníamos un fin superior, una preocupación primordial.

Pues bien, cuando la estación se acercaba a su final volamos hasta el centro del glaciar Recovery, donde habíamos perforado una hilera doble de pozos durante los cinco años anteriores. Todos los pozos de una de las hileras habían dejado de bombear agua.

El helicóptero nos llevó hasta un espectacular campamento situado en la parte llana del glaciar, entre dos cataratas y con la imponente cordillera Shackleton, que constituía la mitad más elevada de las paredes del glaciar, al norte de nosotros. La diaclasa que había en el margen del glaciar era una accidentada zona de seracs de color turquesa, tan altos y afilados que parecían las ruinas de una multitud de rascacielos de cristal derrumbados. Uno nunca se acostumbra a ver la Antártida desde el aire, ni siquiera lo hacen los pilotos de los helicópteros.

Una vez que aterrizamos en la llanura nos acercamos a echar un vistazo a los pozos en los que se había interrumpido la extracción de agua. Hacía mucho tiempo que los habíamos perforado, al principio de todo, así que eran unos viejos conocidos. A primera vista todo parecía correcto, y tampoco era una avería del equipo de monitorización. Enseguida confirmamos el problema detectado por el sistema automático de monitorización; solo hubo que mirar los desagües de las bombas. No salía nada de ellos. Cuanto más cerca estaban los agujeros del centro del glaciar, menos agua salía bombeada, y de la mayoría no salía ni gota.

Nos desplazábamos con esquís, encordados unos a otros por si acaso con el paso de los años había aparecido alguna grieta nueva en la ruta que recorría los pozos. No encontramos ninguna raja en el hielo, así que señalamos con banderas la nueva ruta. Luego subimos a las motos de

nieve y volvimos a comprobar la ruta para asegurarnos. En nuestro equipo nunca dejábamos nada al azar.

Los pozos continuaban alineados a lo largo del glaciar, señalados con unos postes altos dotados de una estación meteorológica y coronados por una ajironada bandera roja. Junto a cada poste había una caseta de color naranja de madera contrachapada y aislada que cubría la boca del pozo, que constituía en sí un pequeño refugio, calentado por unos paneles solares instalados al lado. Las tuberías eran de color verde lima y estaban recubiertas por una capa gris de mugre. Bombeaban el agua hacia el sur, colina arriba hasta más allá del límite meridional del glaciar, donde había una conexión con una tubería mayor que recibía el agua extraída por todas las bombas de la zona.

Abrimos la puerta y entramos en la cabaña que protegía la boca del pozo. Dentro se estaba bien. Viniendo de la claridad deslumbrante de fuera, el interior estaba oscuro. El viento aullaba al rozar las paredes. Agradable y acogedor. Había que mantenerlo a una temperatura superior a la de congelación. Revisamos los indicadores; no subía nada de agua. A continuación abrimos la escotilla que tapaba la boca del pozo e introdujimos una cámara endoscópica. El cable de la cámara era tan largo que habíamos tenido que dedicar todo el remolque de una moto de nieve para transportarlo; dos mil metros devanados en una enorme bobina.

Bajamos la cámara mientras mirábamos la imagen en la pantalla. Era como hacer una colonoscopia de un colon extraordinariamente simple. O probablemente era más parecido a las cámaras que utilizan los fontaneros para revisar una cañería. En el agujero no había agua, ni siquiera a doscientos metros de profundidad. Eso era señal de que algo iba mal, porque cuando se hace un agujero desde el fondo de un glaciar hasta la superficie, el peso del hielo empuja el agua hacia arriba hasta casi la boca del pozo. Sin

embargo ya habíamos bajado una distancia considerable y no veíamos ni rastro de agua.

—Debe haberse taponado —sugirió alguien.

—Ya, pero ¿dónde?

Por fin llegamos al fondo del pozo. No había nada de agua.

—¿Sabéis qué? Este glaciar ha tocado fondo. ¡No queda agua que sacar!

—Ahora se frenará su deslizamiento.

—Seguro.

—¿Cuándo lo sabremos?

—Dentro de un par de años. Aunque deberíamos notarlo enseguida. Pero tendrán que pasar unos cuantos años para estar seguros.

—¡Vaya! ¡Lo hemos conseguido!

—Ajá.

Naturalmente habría que hacer perforaciones de mantenimiento. Y los glaciares continuarían deslizándose hacia el mar por su propio peso, con la lentitud de antaño; eso quería decir que cada diez años o así habría que perforar más arriba de la corriente. En un futuro previsible, durante décadas, o quizá para siempre, se necesitaría mucha gente trabajando aquí. Después de entrar en calor en el comedor, que se mantenía por encima del suelo sobre una especie de esquís gigantes, todos estuvimos de acuerdo en que se divisaba un panorama magnífico. Desde las diminutas ventanas orientadas al sur se veía la cordillera Shackleton, una rara elección de nombre, pues el explorador nunca llegó a acercarse siquiera a aquellas montañas. Seguramente se encontraban cerca de la ruta que se había propuesto seguir para cruzar la Antártida, pero cuando el *Endurance* quedó encallado en el hielo y se partió, hubo que pensar un plan nuevo, y los expedicionarios dedicaron todos sus esfuerzos al

absorbente proyecto de sobrevivir. Ese día brindamos por Shackleton y prometimos a su espíritu que intentaríamos seguir su ejemplo. Cuando todo se va al garete hay que olvidarse del plan A y poner en marcha el plan B: ¡sobrevivir! Cuando toca improvisar, uno hace lo que sea necesario y, si puede, sobrevive. Brindamos por sus escarpadas montañas negras que se alzaban al sur, en el cielo bajo. Estábamos seiscientos cincuenta metros por encima del nivel del mar y teníamos comida y bebida. ¡Otro día estupendo en la Antártida, salvando el mundo!

94

La COP58 de los signatarios del Acuerdo de París, que incluía la sexta evaluación global, concluyó con dos días adicionales de conferencia durante los cuales se hizo un resumen de la última década y en realidad de todo el periodo abarcado desde el nacimiento del acuerdo, que cada vez parecía más claro que constituía un punto de inflexión, el comienzo de algo nuevo, en la historia de la humanidad y del propio planeta Tierra. De hecho, nunca se valoraría lo suficiente la importancia que había tenido el Acuerdo de París. A pesar de su debilidad al nacer, seguramente marcaba el momento del cambio; al principio había sido casi imperceptible, pero luego fue imparable. El más importante punto de inflexión en la historia de la humanidad, lo que alguien llamó la primera gran chispa en el cerebro planetario. El nacimiento de un Antropoceno bueno.

Por lo tanto, el primero de los dos últimos días de la conferencia se dedicó a referir, resumir y celebrar los diversos aspectos de los cambios positivos realizados desde la firma del acuerdo; y durante el segundo se enumeraron y se describieron los problemas pendientes que aún debían resolverse para garantizar el progreso inherente o prometido por las cosas mencionadas el primer día. Las dos jornadas fueron muy intensas.

El primer día, el día de la celebración, Mary se dio una vuelta por la feria y se empapó de los carteles y los paneles explicativos, primero con una sensación de estupor y luego con asombro. La curva de Keeling con su crecimiento continuo, seguido por una estabilización y después por su reciente descenso, destacaba como una bandera por encima de todo lo demás. Debajo de ella estaban pasando muchas cosas de las que Mary nunca había oído hablar. Volvió a darse cuenta del poder del sesgo cognitivo conocido como heurística de la disponibilidad, por el cual solo se considera real aquello que se sabe. Pero sucedían muchas más cosas de las que una persona era capaz de saber; la realidad era muchísimo mayor que el ser, tanto que asustaba contemplarla. La explicación del sesgo era la siguiente: uno se daba cuenta de la vastedad de la realidad y se contraía instintivamente como los cuernos de un caracol para proteger su mente.

Y sin embargo no existía un peligro real en el contacto con la realidad inabarcable. Mary intentaba convencerse de ello. Estiró los cuernos y absorbió todo lo que veía. La feria era como la que encontraría en cualquier otro congreso científico: un panel tras otro describiendo uno a uno los distintos proyectos. En este caso todos los paneles, y las mesas de las distintas asociaciones, y las mesas redondas, y las ponencias, describían las cosas buenas que se habían hecho. Pero también en esto se parecía a todos los congresos científicos; en el fondo eran encuentros para compartir utopías, espacios de esperanza. La diferencia en este caso estaba en que el conjunto de los paneles describía una situación global que nadie habría creído posible ni siquiera diez años atrás; y solo cuatro décadas antes había sido considerada imposible.

En primer lugar, lo que impulsaba literalmente todo lo demás, estaba la constatación de que estaba produciéndose una gran cantidad de energía de fuentes limpias. Mary recordó algo que Bob Wharton había dicho al respecto muchos años antes, al principio de todo, cuando se encontraban en un punto que ahora parecía haber quedado al otro lado de una imponente cadena montañosa, esos Alpes invisibles que representaban una Mary más joven que apenas lograba recordar. Bob había afirmado que, si conseguían producir energía en cantidades ingentes a partir de fuentes limpias, eso haría posibles muchas más cosas. Y ahora estaban en esa fase.

También era fundamental que se emitía mucho menos dióxido de carbono a la atmósfera a pesar de que estaba produciéndose más energía que nunca. El índice anual de emisiones no había sido tan bajo desde el año 1887. Así que daba la impresión de que por fin se había superado la paradoja de Jevons; no en su postulado central, según el cual cuanta más energía se creaba, más se consumía; pero ahora que estaba produciéndose de una manera limpia, y para menos gente, ya que la población comenzaba a descender, no era importante la cantidad que se consumiera. Puesto que en la mayor parte de los puntos de suministro había un superávit de energía, creada además de manera limpia, se podía afirmar que habían invalidado la paradoja de Jevons. Y allí donde el excedente de energía se perdía por la falta de una tecnología para almacenarla de un modo eficiente, la gente había encontrado otras maneras para aprovecharla, como la desalinización, el incremento de las acciones de captura de dióxido de carbono, el bombeo de agua del mar a cuencas secas… La lista de ejemplos era interminable. Por lo tanto, el mayor de los desafíos, las energías renovables, se había superado, o se estaba en camino de hacerlo.

Otro gran panel estaba dedicado a la Global Footprint Network, que había puesto al mundo a trabajar en la bioproducción y en la recogida y el procesamiento de desechos. La civilización mundial ya no estaba consumiendo más recursos renovables de la biosfera que los que se regeneraban de manera natural. Lo que durante muchos años solo pudo decirse de Cuba y Costa Rica podía extenderse ahora a todo el mundo. El mérito de este logro había que dárselo en parte a los proyectos de La Mitad de la Tierra; si bien no habían conseguido literalmente el objetivo que se habían propuesto, ya que los seres humanos todavía ocupaban y utilizaban más de la mitad del planeta. No obstante, vastas extensiones de todos los continentes habían sido devueltas a su estado salvaje y en gran medida se habían vaciado de personas y de infraestructuras nocivas para entregárselas a la fauna y a la flora. No había habido tantos animales salvajes vivientes en la Tierra desde hacía por lo menos doscientos años. También se criaban menos animales para el consumo humano, así que se habían reducido las tierras dedicadas a la ganadería. Por lo tanto, los ecosistemas de los continentes estaban recuperando la salud gracias a que la ecología planetaria seguía su curso, y la vida y la muerte se sucedían bajo el sol. La mayoría de los biomas eran el resultado de algún cruce, pero estaban vivos.

También era un factor importante, a pesar de que no se hacía una referencia directa al dato en ningún panel, que se calculaba una tasa de fertilidad de alrededor de 1,8. Puesto que se venía de una tasa de fertilidad máxima de 2,5, la población mundial estaba descendiendo, lentamente pero con paso seguro. Había desaparecido el temor de un incremento demográfico acelerado; los demógrafos lo habían descartado. A algunos especialistas en teoría económica les preocupaba que la economía no fuera capaz

de asimilar esa disminución de la población; otros recibían el cambio con los brazos abiertos. Pero todo era tan nuevo y controvertido que los economistas no expresaron estas preocupaciones durante la conferencia. El viejo ataque al movimiento medioambiental, acusándolo de ir en contra del ser humano, conservaba la fuerza suficiente para que muchos miembros de la comunidad científica tuvieran reparos a la hora de hablar en público sobre la cuestión. Era un tema delicado. Pero en esta ocasión era una buena noticia, así que se sacaba a colación a menudo y se había convertido en una de esas cosas que se difundían por el boca a boca.

Ocurría más o menos lo mismo con cualquier debate sobre la Superdepresión y el efecto positivo que las agitaciones social y económica habían tenido en la reducción de las emisiones de gases contaminantes y en la salud de la biosfera. También el hecho de que unos sucesos que habían causado el sufrimiento de millones de personas pudieran haber sido beneficiosos para el resto de los seres vivos del planeta era considerado contrario al ser humano. Lo mejor era enmarcar este aspecto de la situación general en la voluntad de gestionar de la mejor manera posible los desastres, sacando lo bueno de situaciones malas, etcétera. Y con la enorme cantidad de información que ya se presentaba, era evidente que muchas cosas se dejaban al boca a boca, especialmente todo lo que fueran deducciones y suposiciones.

Por encima de todo, literalmente, por la posición que ocupaba el panel, y por el propio aire, el inmenso flujo de información solía resumirse perfectamente con lo que se denominaba el gran índice o la gran cifra, es decir, la concentración de dióxido de carbono en la atmósfera expresada en partes por millón. En los últimos siete años había bajado veintisiete puntos. Ahora estaba en 451, igual

que en el año 2032, y era clara su tendencia descendente. Incluso podría bajarse a 350 ppm, el punto más alto de la curva sinusoide 280-350 que se había mantenido durante los millones de años previos, cuyas variaciones se debían a los cambios en la forma de la órbita de la Tierra alrededor del Sol. ¡350 partes por millón de dióxido de carbono, si querían! Porque ahora el debate era hasta dónde querían seguir bajando. Era una discusión muy diferente de la que había concentrado la atención del mundo durante las últimas cuatro décadas.

En este mismo periodo habían descendido considerablemente los coeficientes de Gini. Todos los continentes mostraban mejorías. Los movimientos para reclamar salarios y ratios de sueldos justos y los planes de impuestos recomendados por los bancos centrales, sumados a los movimientos políticos que habían surgido en todo el mundo para reclamar trabajos garantizados y un sistema de impuestos progresivos, a veces bajo la rúbrica de «el final de la cleptocracia de los plutócratas», como podía leerse en un cartel, habían tenido efectos poderosos en todas partes. Los coeficientes de Gini habían caído en picado en cuanto se fijó en muchos países un generoso ingreso universal necesario, se garantizó un trabajo a todas las personas y se estableció que ningún salario podía ser diez veces superior al salario mínimo. La Unión Europea había liderado la iniciativa y la habían seguido Estados Unidos y China, y a partir de ahí, el resto de los países se dieron cuenta de que sus ciudadanos más preparados emigraban a esas regiones del mundo más justas y también decidieron introducir las reformas. El trabajo garantizado, sí, pero también los servicios básicos universales, el apoyo a la reproducción social y la construcción de infraestructuras y viviendas habían contribuido a que los que se encontraban en el escalón más bajo desde el punto de vista de los

ingresos salieran de la pobreza. Al imponer un límite máximo en los ingresos individuales y en la riqueza se había desplomado el pico de la escala. Por supuesto, muchos ricos habían intentado fugarse con sus fortunas a paraísos seguros, pero los controles monetarios y el hecho de que ahora el dinero se distribuía por cadenas de bloques y era rastreable habían facilitado la neutralización y la eliminación de los viejos paraísos fiscales. Ahora el dinero no era más que un número en los sistemas bancarios globales, así que, si alguien invertía su dinero en una propiedad, esa propiedad quedaba registrada con su valor de compra y la operación se gravaba con los impuestos correspondientes, y a menudo volvía a venderse para evitar pagar unos impuestos progresivos con grandes subidas. Algunos propietarios tuvieron que ceder tierras para continuar siendo solventes con los nuevos regímenes fiscales, lo que dio como resultado que cada vez hubiera más terreno público, definido como tal y para uso comunitario. Las empresas de titularidad estatal que utilizaban de manera extensa la inteligencia de datos y los algoritmos de abundancia roja empezaron a ser menos acumulativas, se deshicieron de los viejos métodos ineficientes y mantuvieron los buenos que contribuyeran a la estabilidad y la justicia.

Una nueva corriente de pensamiento económico floreció para describir y analizar estos nuevos avances. Como no podía ser de otra manera, esta nueva economía introdujo un montón de sistemas de medición, ya que la economía era sobre todo un sistema de ética cuantificada y de poder político que dependía de las mediciones. Así que ahora se utilizaban instrumentos del pasado, como el índice de prosperidad inclusiva, el índice de desarrollo humano ajustado por la desigualdad de la ONU y el índice de la huella ecológica global. Además de los que se creaban

nuevos. Todos estos índices nuevos para medir la salud de la economía solían amalgamarse en un novedoso índice de índices, llamado metaíndice de la salud de la biosfera y de la civilización, BCHMI por sus siglas en inglés.

El carboncóin también había jugado un papel importante. Durante algún tiempo, inmediatamente después de su nacimiento, dio la impresión de que la creación de carboncoines solo haría más ricos a los ricos, ya que algunas de las empresas petrolíferas más importantes expresaron su intención de retener en el subsuelo todos los combustibles fósiles que poseían y recibir la compensación correspondiente en carboncoines, que luego pretendían cambiar por dólares y otras monedas para invertir el capital en otros activos, sobre todo en bienes inmuebles. De esa manera serían más ricas que nunca, ya que iban a recibir en un pago todos los beneficios futuros sin perder un céntimo, a pesar de que sus activos se habían inmovilizado por ser tóxicos para la biosfera y, por lo tanto, para el ser humano.

Pero los bancos centrales habían preparado un plan para hacer frente a eso. Se pagó a las empresas petrolíferas, en efecto, sin escatimar ni un céntimo, es decir, se desembolsó un carboncóin por cada tonelada de dióxido de carbono retenido en el subsuelo que certificaron los equipos de certificación del Ministerio del Futuro, como se hacía con cualquier otra entidad que retuviera emisiones. Pero a partir de ciertas cantidades, los desembolsos se realizaban a plazos, con un interés del 0 por ciento. 0 por ciento, sí, pero no un interés negativo, y con garantías, de manera que se convertían en una especie de bonos. Además se obligaba a las empresas, por ley y por los tratados internacionales, a invertir los primeros carboncoines que recibieran en actividades de carbono negativo con el fin de que mantuvieran el derecho a sus compensaciones, ya que si simplemente invertían el dinero recibido en otras industrias

perjudiciales para la biosfera, sobre todo en aquellas que producían emisiones de gases de efecto invernadero, en un balance global no estarían reteniendo dióxido de carbono. El resultado de estas decisiones de aplicación de políticas fue que se pagaba a las compañías petrolíferas y los petroestados en proporción a sus activos abandonados, pero a plazos, y solo si realizaban actividades de carbono negativo, según la definición y la medición de niveles del Acuerdo de París y los equipos de certificación. Los miembros más jóvenes de los equipos de los bancos centrales se sentían muy orgullosos de estas condiciones que habían fraguado durante años para salvaguardar el carboncóin, y luego vieron que sus jefes las aprobaban y las aplicaban. Las fiestas que celebraban esos miembros jóvenes de los equipos cuando se reunían eran tan bulliciosas que casi escandalizaban a la seria y vetusta ciudad de Zúrich.

El éxito del carboncóin significaba que se destinaría una enorme cantidad de dinero a la recuperación del paisaje, la agricultura regenerativa, la reforestación, el biocarbón, los bosques de algas kelp, la captura directa de dióxido de carbono del aire y su almacenamiento y todas las demás actividades descritas en la exposición. En una de las salas podía leerse la siguiente afirmación en una pancarta:

«La revolución llega; no la esperada, sino otra,
siempre es otra».

Las personas que estaban debajo de la pancarta, y que la habían colgado, le contaron a Mary que la frase era de un tal Mario Paz, que posteriormente había sido citada por un tal John P. Farrell, de quien a su vez la había tomado un tal Christopher Palmer. El personal suizo que trabajaba en la conferencia estaba encantado con ella.

El segundo día, el último de la cumbre, dedicado a los «problemas pendientes», sirvió para recordarles que la lucha continuaba. Aun así, después de lo que se había dado a conocer y celebrado el día anterior, en el palacio de congresos reinaba la sensación de que estos problemas, a pesar de que eran unos obstáculos terribles para el movimiento general y para la propia historia, también eran susceptibles de ser aplastados, o resueltos poco a poco, o esquivados, o pospuestos para cuando el impulso para acabar con ellos fuera aún mayor.

El lema de la pancarta que colgaba ese día sobre la puerta era:

«Supera las dificultades multiplicándolas».

El personal de la cumbre atribuía la frase a Walter Benjamin, quien, al parecer, después de escribirla añadió que era «una vieja máxima dialéctica», aunque nadie fue capaz de encontrarla en un texto relevante anterior al suyo. Probablemente se le ocurrió a él y falseó su origen, aunque alguien señaló que eso no habría sido propio de él, ya que había sido un historiador y un archivista muy concienzudo. Algunos intentaron encontrar el verdadero origen de la máxima en internet, pero quedó demostrado una vez más que internet, pese a su enorme capacidad, no era tan exhaustivo a la hora de encontrar rastros materiales del pasado. De hecho era como querer llenar un cubo con una gota de agua.

En cualquier caso, Mary sabía que había asuntos más apremiantes que encontrar el origen de la cita. Se paseó por las salas de la exposición como lo había hecho el día anterior. Superar los obstáculos multiplicándolos. ¡Qué fácil! Era un día en el que se debatían los problemas pendientes, se evaluaban, se clasificaban, incluso se establecía una

jerarquía según su urgencia; luego se recopilaban en un índice en cierta manera similar al «reloj del apocalipsis» de la Asociación de Científicos Atómicos, que de hecho todavía colgaba de la pared de una sala, parado más o menos con las agujas marcando las doce menos veinte, una hora que no había variado en décadas, lo que había hecho preguntarse a Mary si tenía alguna validez o si influía de alguna manera en la gente. Relojes parados; no era la mejor imagen para alertar de un peligro mortal. Mary también tenía la sensación de que el reloj no se había parado para todos los peligros acuciantes a los que se enfrentaban. Pero cuando le había comentado esta impresión a Badim, este negó con la cabeza y le dijo que el mensaje que lanzaba ese reloj atómico era que el peligro nuclear nunca ha desaparecido, y añadió que actuábamos erróneamente como si ya no existiera. Por lo tanto era una manera de recordarnos que se nos daba demasiado bien no prestar atención a los peligros para la existencia. Seguramente lo mejor sería acabar de una vez por todas con la amenaza nuclear. Pegarle un tiro en la cabeza. En menos de cinco años se podría llevar a cabo un desarme nuclear total. Todo el material de la fisión podría utilizarse como combustible y los residuos se enterrarían. Así de fácil.

Mary continuó paseando por las salas de la exposición dominada por la sensación de que a ella se le daba muy mal evaluar los peligros. Los países con intereses petrolíferos en el Ártico seguían encariñados del cambio climático, por ejemplo; ¿era eso peligroso? Últimamente había dado la impresión de que la nueva política rusa en el Ártico consistía en mantener gruesa y robusta la capa de hielo. Por lo tanto, Mary no estaba demasiado preocupada por eso. Mantenían la flota y seguían tiñendo de amarillo el océano Ártico para impedir que los rayos del sol penetraran muy hondo en el agua y los cociera a todos. También seguían enviando los

drones todos los largos y oscuros inviernos para rociar el mar helado con capas de niebla helada, cerrar polinias no deseadas y otras zonas abiertas. No. Si el Ártico era un problema pendiente, por lo menos no era insoluble. Mary consideraba que Rusia cumpliría su parte.

Un poco más adelante se encontró de nuevo inmersa en el reino de las armas y los residuos nucleares. Badim no era el único preocupado por el asunto; había toda una colección de paneles dedicados a ello. ¿Era posible convertir todo ese material problemático en energía nuclear, reducirlo a un concentrado que pudiera almacenarse o arrojarse al espacio de manera segura? Mary llegó a la conclusión de que nadie tenía una respuesta convincente en uno u otro sentido. Era en verdad un problema pendiente.

Luego estaban los treinta países más pobres. Los treinta malos, los treinta tristes, los treinta débiles; había oído referirse a ellos con todos esos adjetivos. Entre esos treinta estaban al menos diez de los llamados estados fallidos, y algunos de estos habían fallado durante décadas y sumido en la miseria a sus ciudadanos. Los problemas perversos, en el sentido científico del término, eran aquellos que no solo no podían resolverse, sino que atraían más situaciones problemáticas; en definitiva, eran contagiosos. Por lo tanto, al parecer estos países que padecían problemas perversos necesitaban la intervención de los países vecinos, es decir del resto del mundo; eso en la práctica quería decir que tenían que ponerse en manos de un síndico para que liquidase sus activos en un concurso de acreedores regional o internacional. Sin embargo, si se hacía caso omiso a la soberanía de una nación se daba a entender que era posible quebrantar la soberanía de cualquier país del mundo cuando los vientos de la política soplaran en su contra. Así que a ningún país le gustaba enredar con la soberanía. Y eran normalmente las viejas y prósperas potencias

imperialistas las que más insistían en que se devolvieran los diversos desastres poscoloniales a una posición subalterna, una insistencia que nunca se veía con buenos ojos, a pesar de sus buenas intenciones. El imperialismo de Estados Unidos había sido en su mayor parte económico y jamás se había declarado oficialmente, de manera que los propios estadounidenses nunca habían comprendido ni reconocido que fueran un imperio, a pesar de las ochocientas bases militares que tenían repartidas por el planeta y del hecho de que el presupuesto de sus ejércitos era mayor que el del conjunto de los demás ejércitos del mundo. De ahí que se llegara a cosas como el Consenso de Washington, en el que el Banco Mundial, el FMI e incluso el OMC habían sido utilizados como instrumentos de la hegemonía de Estados Unidos para obligar a los países pequeños y pobres a unirse al mundo como una nueva clase de colonias, como colonias de Estados Unidos en todo menos en la denominación, y, si se negaban, se arriesgaban a sufrir un destino aún peor. Ni siquiera China, con su Iniciativa de la Franja y la Ruta y su poder en Asia, era tan mala como Estados Unidos a la hora de disfrazar de caridad su imperialismo, como ocurrió con los procesos de ajustes estructurales a finales del siglo xx, que pusieron en un aprieto la subsistencia local con el fin de que países enteros se convirtieran en productores para los mercados estadounidenses. No. Mary incluiría la estupidez y el orgullo desmesurado de Estados Unidos, y la arrogancia de creerse la única superpotencia del mundo, como uno de los problemas pendientes; pero no había un panel, ni siquiera un cartel, dedicado a esa idea, por supuesto que no. Otro asunto que se difundía por el boca a boca. Se necesitaría el esfuerzo coordinado de todo el mundo para atacar ese problema, y, naturalmente, el resto de los países no podían ponerse de acuerdo abiertamente en este asunto,

sobre todo porque la mayoría estaba en deuda con Estados Unidos, y no eran pocos los que le compraban todo.

A continuación se exponía que el envenenamiento continuo de la biosfera a través de la contaminación, los pesticidas, los plásticos y otros desechos y residuos de la civilización estaba creciendo en la percepción de la gente, una vez que el problema del dióxido de carbono parecía estar resolviéndose. La biosfera era robusta, por supuesto; pero absorber y procesar veneno era algo que cualquier ser vivo solo podía hacer hasta cierto grado, sobrepasado el cual simplemente se envenenaba y tenía un serio problema.

Luego venía la sala dedicada a debatir el maltrato a la mujer, como persona y como colectivo, a menudo en los mismos países que ocupaban los últimos puestos en el resto de las categorías que evaluaban el estado del bienestar, la representación política y la eficacia de las instituciones. No era una coincidencia, por supuesto. La situación de la mujer no era solo un indicador, sino un factor fundamental para el éxito de cualquier cultura. Sin embargo, muchas de las viejas formas de patriarcado no habían desaparecido aún, y el patriarcado y la misoginia se contaban entre los problemas perversos pendientes. Mary suspiró mientras paseaba la mirada por la sala, en la que, como cabía esperar, había muchas mujeres, y menos hombres en proporción que en otras salas. En una sala con unas cien personas contó cinco hombres blancos y veinte hombres de otras razas. Aun en el caso de que se demostrara que era el problema más grave que quedaba pendiente, seguiría habiendo menos hombres dispuestos a afrontarlo. No serían hombres sino mujeres quienes lo resolvieran; leyes pensadas e impuestas por mujeres. Por lo tanto, sí, era un problema pendiente, un problema perverso. Si bien el hecho de categorizarlo así, como un problema al nivel de la contaminación, las armas nucleares, el dióxido de carbono y

los gobiernos fallidos, resultaba mortificante; era otro aspecto del mismo problema. La mujer como el Otro; ¿cuándo se terminaría eso, teniendo en cuenta que era mayoría en la especie, con varios millones de diferencia?

A continuación la esperaban más problemas insolubles. Recursos. «Las mujeres como recursos —pensó Mary—. No, olvida eso.» El agua; pero con la abundancia de energías renovables se podía desalinizar. El suelo; ahí la esperanza estaba puesta en la agricultura regenerativa, la propia biología. La biosfera en general; la pérdida de hábitats, de corredores ecológicos seguros, de fauna. Extinciones. Problemas de la biología invasiva. La salud de las cuencas. La pérdida de insectos, incluidas las abejas. Dónde almacenar el dióxido de carbono que estaba extrayéndose de la atmósfera. A pesar de los progresos realizados, esos eran problemas graves.

La salud de los océanos. No podía hacerse nada para combatir la acidificación ni el calentamiento del agua provocados por las emisiones de gases de efecto invernadero durante el siglo anterior. Tampoco la desoxigenación. Por lo tanto estaban produciéndose extinciones, incluso de especies que ni siquiera se conocían, y la cadena de consecuencias podría ser catastrófica. La salud de los océanos sería un problema pendiente durante los próximos siglos, y era más bien poco lo que ellos podían hacer, salvo dejar en paz grandes partes de los océanos, al menos la mitad, para que sus biomas y sus criaturas se adaptasen como pudieran. Naturalmente, los arrecifes de coral, las playas y las marismas formaban parte de los océanos, y también era casi nada lo que el ser humano podía hacer para ayudar. Dar un paso atrás, alejarse, apartarse; a lo mejor había que empezar a pescar plástico en vez de peces, al menos en las grandes zonas que se dejaran tranquilas. Colocar nuevos sustratos para los

arrecifes de coral. Etcétera. Sería un problema perverso hasta el fin de nuestros días.

Oh, sí, así fue todo el día, en todo el Kongresshaus. Y no ayudaba que muchos de esos problemas fueran desproporcionados, que resultara insultante que se pusiera al mismo nivel la protección de las mujeres, la protección de los arrecifes de coral o los almacenes nucleares. ¡Al diablo los problemas pendientes! Mary tenía la sensación de que las listas como estas eran, en algunos sentidos, inútiles. Quizá habría sido mejor finalizar la conferencia el día anterior, con la celebración de los progresos que habían hecho o que estaban en marcha. Lo de ayer dejaba un buen sabor de boca, lo de hoy, uno horrible. A lo mejor podría aprovecharse la rabia que generaba la jornada de hoy, aunque Mary no estaba segura. Había un montón de gente joven con el gesto estupefacto o compungido paseando por el Kongresshaus, sobre todo mujeres. Mary detuvo a unas cuantas cuando iban en grupo y parecían comentar lo que veían, e intentaba animarlas para que siguieran luchando, para que salieran de allí con ganas de dar patadas, como ellas las habían recibido a lo largo de la historia. Algunas asentían con la cabeza, otras, no.

Por lo tanto fue un día de sentimientos encontrados. Entonces recibió una llamada de la clínica donde atendían a Frank. Había sufrido un colapso y estaba muy mal.

Lo tenían en una habitación privada, tan pequeña que casi todo el espacio lo ocupaban la cama, las máquinas que lo monitorizaban, las que lo mantenían vivo y tres sillas. Su cama mecanizada tenía el respaldo levantado y él estaba sentado. Llevaba puesta una bata de hospital y en el dorso de una mano se veían las vías intravenosas que llegaban desde una bolsa con gotero colgada de un soporte. El

monitor representaba sus pulsaciones en una gráfica, y a Mary le pareció que el corazón le latía demasiado rápido. Tenía la cara pálida e hinchada, con unas grandes ojeras, y el pelo, muy corto. Mary se fijó en las entradas en sus sienes.

Estaba dormido, o al menos tenía los ojos cerrados. Mary se sentó en una de las sillas y decidió no despertarlo. Esperaría a que lo hiciera él de manera natural.

Frank parecía muy enfermo. Las máquinas emitían un zumbido; su pulso pitaba mientras la gráfica lo representaba encima de su cabeza. Flotaba un leve olor a almidón, a sudor y a jabón. Ah, sí, Mary conocía muy bien este mundo.

Suspiró y se recostó en la silla. Era un hospicio, a fin de cuentas. Aunque estuvieran esforzándose para salvarlo y conseguirle más tiempo, Frank estaba en un hospicio. Ella lo conocía. Era el refugio que había entre el mundo y el no mundo.

Era un lugar tranquilo, atenuado. Mucho se había ido ya, y lo que quedaba era agua y un poco de comida, la comida como combustible, que ella había visto cómo se rechazaba para acelerar el proceso; también analgésicos, y la retirada de desechos. Los tubos del catéter que salían de debajo de la sábana e iban hasta una bolsa de plástico que colgaba de la estructura de la cama. A veces había traído música a estos sitios, ya que era lo único que no era necesario rechazar; una parte del cerebro que se apagaba podría reconocerla y disfrutarla, o al menos distraerse con ella. El aburrimiento inherente a esta situación afectaba tanto al moribundo como a los que lo visitaban, o quizá más. Daba tiempo para pensar, como en una noche de insomnio que nunca acaba. Salvo que el sueño llegaba. Los medicamentos ayudaban a ello, y el mero agotamiento. El cerebro empezaba a fallar y el sueño entraba en acción para rellenar los espacios vacíos y, como muchas veces en vida,

se recibía como una bendición, pues, aunque uno se despertara intranquilo y todavía cansado, por lo menos había pasado algún tiempo inconsciente, sin sentir el dolor. «El sueño que desenreda el embrollado ovillo de las preocupaciones»; no ocurre eso exactamente, pensó Mary, en su dolorosamente embrollado insomnio, pero no por ello dejaba de tener un fraseo hermoso. El sonido arrullador de las vocales te mecía. El don de Shakespeare para el fraseo. Un verdadero poeta. El gran poeta, aunque sus obras teatrales siempre le habían parecido un tanto irregulares. Disparos en la noche que podían dar en el blanco o fallar. Confusos enredos con nudos perfectos de tensa confrontación. Recordó una representación en el teatro Abbey. Falstaffy Hal se enfrentaban en una escena que debió de durar una hora. Los dos disfrutaban de su duelo de ingenios, a pesar de que había en juego algo profundo y peligroso. Su amistad era poco sólida debido a la enorme diferencia de sus condiciones. Quizá ella y Frank habían sido un poco así. Aquella hora en su apartamento nunca la abandonaría.

Ni esta. Bueno, pero ahora estaba en el hospicio. Tenía mucho tiempo para pensar. Dejaría que su mente divagara. Siempre podía sacar el móvil y leer o revisar el correo. O escuchar música por los auriculares, o traer un pequeño altavoz si Frank también quería escucharla. Pero también podía quedarse sentada sin hacer nada. Descansar. Pensar. Repasar mentalmente la conferencia que acababa de terminar y todo lo demás: la excursión juntos a los Alpes; aquellas criaturas que vivían su propia vida. Seguro que ellas también morían de una manera dolorosa, rodeadas por algunas de sus compañeras que la observaban mientras se le escapaba la vida. O quizá morían solas. Tatiana. Martin, el hospicio en el que había muerto su marido. Mary había descubierto que en estas situaciones había una tendencia a

la inconmensurabilidad, como si se estuviera sentado en el borde de un acantilado y se admirara el fin del mundo, como los acantilados de Moher pero todavía más altos. Como el camino que cruza el abismo, como lo describió Virginia Woolf: sentada en el borde del camino, con los pies colgando en el aire y la mirada fija en el vacío del abismo o en el horizonte, o en el camino que se ha recorrido y que tan importante había parecido mientras lo transitaba y ahora se mostraba como una tenue franja que atravesaba el aire desconsiderado. No, la vida… ¿Qué era la vida? Tan profunda e importante y rebosante de sentimientos, tan fundamental, y entonces, de repente, solo un parpadeo, un momento efímero y luego desaparecía. La vida en realidad no era nada en el gran escenario del universo; tampoco existía ese gran escenario. No. Era un lugar elevado y una sensación de vértigo, la silla para las visitas en un hospicio.

Era imposible no pensar que a ella también le ocurriría algún día. Normalmente podía esquivarse ese pensamiento, pues era algo todavía lejano, así que era fácil evitar pensar en ello. Aceptarlo, acostumbrarse a él en pequeñas dosis teóricas, y volver a olvidarlo. Seguir viviendo como si se fuera a vivir siempre. Pero en una habitación como aquella, la situación real se imponía como si saliera de otra dimensión. De ahí el vértigo, la sensación de inconmensurabilidad. Una cuenta abusiva en una taberna humilde. Esta frase parecía ser una referencia de Shakespeare a la muerte de Marlowe, del que se creía que murió en una riña tabernaria por la cuenta. Una erupción repentina y estúpida de la realidad del hospicio en la realidad mundana.

En esa primera visita nada más concluir la cumbre, Frank no se despertó. Mary se marchó con una sensación de alivio que le hizo sentir un poco culpable. Sabía perfectamente

que sería difícil hablar con él de una manera que se sintiera cómoda.

En su siguiente visita encontró en la habitación de Frank a su ex pareja y a la niña, que ya era una mujercita y parecía destrozada. La juventud no protegía frente al hecho de hallarse en una habitación como esa; en realidad, para una persona joven la impresión debía ser aún mayor; quizá era una experiencia nueva, o por lo menos poco habitual. Todavía no se habían formado las defensas necesarias y la realidad de la muerte impactaba con más fuerza, pues tenía que atravesar menos barreras.

La ex pareja también parecía muy afectada. Las dos mujeres estaban sentadas con la espalda muy recta en las sillas y se retorcían las manos con la mirada fija en Frank. Él las miraba con lo que a Mary le pareció una expresión cariñosa, llena de arrepentimiento y de amor. Al contemplar la escena se sintió como si le clavaran una aguja en el corazón; siempre había pensado que Frank estaba por encima de los sentimientos, que de alguna manera había renunciado a ellos. Pero no, claro. Un mamífero nunca olvida un dolor, y todos eran mamíferos. Y allí estaban esas dos mujeres. Mary se dio cuenta de que estaban asustadas. Pero no solo era el miedo a la muerte, también temían a Frank. Mary no estaba segura de si él también lo veía. Quizá sí y las amaba por estar allí a pesar de todo. La joven recordaría esto el resto de su vida; debería incluirlo en toda su rabia. El que sobrevive gana. Pero entonces tiene que cargar con el peso de la victoria, esa espantosa sensación de triunfo. En ningún caso era un sentimiento agradable.

—Volveré más tarde —dijo Mary.

—Nosotras ya nos íbamos —repuso la madre. La hija asintió visiblemente aliviada—. Ya nos íbamos. Debe estar cansado.

Mary pensó que la tenue sonrisa de Frank la contradecía.

—Gracias por venir —dijo—. Os lo agradezco. Siento que hayáis tenido que venir. Os pido perdón por todo… Ya lo sabéis.

—No, no —exclamó la mujer con las mejillas estriadas por unas lágrimas que acababan de brotar. Volveremos. No nos queda tan lejos.

—Gracias —repitió Frank. Estiró una mano y la mujer se la cogió y la apretó. La hija se acercó y puso una mano sobre la de su madre. Por un momento permanecieron los tres cogidos de la mano. Luego la joven salió corriendo de la habitación y la madre la siguió, llorando.

—Lo siento —le dijo Mary a Frank—. No quería interrumpir.

—No pasa nada. De todas maneras querían irse.

—No lo creo.

—No pasa nada. Llevaban aquí un rato.

—Puedo volver más tarde.

—No es necesario. Siéntate si quieres. ¿Puedes apretar el botón para llamar a la enfermera? Me apetece un zumo.

—Sí, claro.

Permanecieron sentados en silencio. Unos minutos después entró una enfermera con un pequeño vaso de zumo de manzana con una tapa y una pajita. Material de hospital; se daba a los enfermos incapacitados todas las comodidades posibles. Frank se bebió el zumo de una sentada.

—Seguro que fuera hay una fuente. Puedo llenarte el vaso de agua —se ofreció Mary.

—Sí, por favor.

Mary deambuló por el pasillo y encontró una fuente junto a los servicios. Le costó levantar la tapa del vaso, pero finalmente lo consiguió. El vaso era diminuto, y Mary se preguntó si era así porque querían evitar que los pacientes

se ahogaran, o quizá que se hidrataran más de lo recomendable. En cualquier caso no entendía el motivo.

Volvió a la habitación y no pudo evitar el repique de los tacones en el suelo.

Se sentó de nuevo en la silla y reparó en que Frank evitaba mirarla a los ojos. Tendría que esforzarse para que aquello saliera bien.

—Estoy contenta con la conferencia —dijo.

—¿Sí? Háblame de ella.

Mary lo hizo. Era interesante intentar resumir toda la cumbre de una manera que permitiera a Frank hacerse una idea de ella. El día de los logros, el día de los problemas pendientes. La dificultad de reconciliarlos. La dificultad para eliminar cualquier impresión de querer influir, y mucho menos, controlar. Cuando montabas un tigre era difícil bajarse de él; los chinos lo sabían desde hacía mucho tiempo.

—¿Qué tal China? —preguntó con curiosidad Frank—. ¿Se han sumado a todo esto?

—Creo que sí. Tengo la impresión de que los chinos creen que son el protagonista de la historia, o al menos uno de los personajes principales. Para ellos ya no está solo Estados Unidos. Ahora mantienen rivalidades que también son colaboraciones con Rusia y la India. Tienen contactos en todas partes. Creo que saben que son fundamentales. Me extrañaría que el Partido continuara con la cantinela del siglo de humillación, o por lo menos de una manera tan insistente. Ha perdido todo su significado para los chinos actuales, incluidos los dirigentes. Así que parece que esa sensación de confianza, de que se los toma en serio, los ha relajado un poco. Ya nadie puede meterse con ellos, ni siquiera Estados Unidos, porque sería una estupidez hacerlo. Y ven que todo el mundo ha empezado a hacer las cosas de una forma más parecida a la suya. Me refiero a la

nacionalización de las empresas. Todo el mundo está asumiendo el control del dinero, la energía e incluso la tierra. Ahora se consideran bienes públicos, y China siempre los ha tratado como tales. De manera que deben tener la sensación de que ellos han liderado la contención de los mercados, de las finanzas, o por lo menos que han sido el ejemplo de cómo hacerlo para el resto del mundo.

—Por lo tanto, el principal escollo es Estados Unidos.

Mary suspiró.

—Supongo que sí. Es muy fácil culparos de todo, siempre estáis mangoneando, pero yo nunca he estado completamente de acuerdo en eso. En lo malo también hay muchas cosas buenas, como eso del país de los países.

—Me pregunto si se decía lo mismo sobre el Reino Unido cuando era una potencia mundial.

—Lo desconozco.

—En Irlanda seguro que no.

—¡Bueno, eso es verdad! —Mary se echó a reír—. Aunque es de justicia decir que los británicos y su imperio también hicieron cosas buenas, incluso en Irlanda.

—Me juego lo que quieras a que eso no lo dices cuando estás allí.

—No, no lo digo.

Frank se estremeció repentinamente y brotó sudor en su frente.

—¿Estás bien?

Frank no dijo nada, pero apretó el botón para llamar a la enfermera y eso fue una especie de respuesta. Cuando la enfermera entró en la habitación, Frank le pidió un analgésico. A Mary se le encogió el estómago. Claro. Dolor. El suficiente para que te empezara a sudar la frente y se te pusiera blanca la cara. Dolor irruptivo, lo llamaban. Lo había visto antes, pero de eso hacía ya mucho tiempo.

—Quizá lo mejor sea que vuelva más tarde.

—Vale —dijo Frank.

95

Soy algo vivo y muerto, consciente e inconsciente, que siente y que no. Soy una multiplicidad y un todo. Un estado de varios miles de trillones de ciudadanos.

Hago girar en espiral un dios que no lo es, y yo tampoco soy un dios. Ni soy madre, si bien soy muchas madres. Os mantengo vivos. Algún día os mataré, o quizá no lo haga yo sino otra cosa, y entonces, en cualquier caso, os absorberé. Ya queda poco para que llegue ese día.

Sabéis lo que soy. Ahora, descubridme.

96

Durante las siguientes semanas empezó a llevar la tableta a la clínica en la que estaba ingresado Frank. A un periodo de operaciones y de intervenciones había seguido una rutina de cuidados paliativos. Frank podía levantarse de la cama y, con ayuda, caminar arrastrando los pies hasta el patio de la clínica, un agradable espacio cercado por unos muros y dominado por un gran árbol de sombra, un tilo. Frank se quedaba sentado allí contemplando las hojas y el cielo. También había algunos cuidados arriates, pero nunca parecía prestar atención a las flores. Hasta donde ella sabía, su ex pareja y la hija de esta no habían vuelto a visitarlo. Una vez le preguntó a Frank por ellas y él frunció el ceño y le respondió que creía que habían estado allí un par de veces, aunque no estaba seguro de las fechas. Mary incluso preguntó a una de las enfermeras, que le respondió que ella no podía darle esa clase de información y que tendría que preguntarle a Frank.

Daba igual. Conocidos de la residencia de la cooperativa en la que había vivido durante una etapa muy breve de su vida se pasaban a verlo, también algunos amigos que había hecho en la cárcel. Eso decía él. Porque siempre que ella iba a la clínica lo encontraba solo, y daba la impresión de que había pasado así todo el día. Quizá pudiera achacarlo a su carácter, cada vez más encerrado en sí mismo, pero Mary empezó a pensar que su sospecha era cierta: apenas recibía visitas. A medida que empeoraba su estado y Frank se veía

obligado a pasar cada vez más tiempo confinado en la cama, conectado al gotero para el dolor y quién sabe qué más, Mary empezó a pasar más tiempo en la clínica con él. Se dio cuenta de lo arraigada que tenía la creencia de que no estaba bien dejar solo a alguien que se moría, confinado en una cama, con la única visita esporádica de las enfermeras y los médicos que cuidaban de él. No era lo correcto; era inhumano; nunca debería pasar.

También comenzó a convertir la habitación de Frank en su despacho. Llevó un pequeño equipo de música y en la clínica le prestaron una silla baja que utilizaba como reposapiés; además colocó un cojín en el respaldo de la silla en la que se sentaba para que su espalda tuviera más apoyo.

A partir de entonces empezaba el día con un desayuno rápido en su casa segura, llenaba un termo de café, se pasaba por el despacho un momento para que la pusieran al día y luego se iba a la habitación de Frank. Una vez allí se sentaba en su silla con la tableta en las manos, ponía el *Kind of blue* de Miles Davis en el equipo de música para anunciar su llegada y se ponía a trabajar. Cuando tenía que llamar por teléfono salía al pasillo y trataba de ser lo más breve posible y hablar en voz baja. Sus escoltas, casi siempre Tomas y Sibilla, buscaban la manera de pasar el tiempo lo más cómodamente posible en la recepción de la clínica. Mary creía que debía ser un trabajo aburrido, pero ellos nunca se quejaban y, cuando compartía ese pensamiento con ellos, se encogían de hombros y decían: «Nos gusta así. Lo preferimos así. Ojalá siga siendo así».

Últimamente Frank pasaba la mayor parte del tiempo dormido, y eso era un alivio para ambos. Cuando se despertaba, se desperezaba y gruñía, pestañeaba, se frotaba los ojos y miraba a su alrededor con los ojos rojos y una expresión de desconcierto en la cara hinchada.

Entonces veía a Mary y decía: «Ah». A veces eso era todo lo que salía de su boca durante varios minutos. Otras veces preguntaba a Mary cómo estaba o qué pasaba en el mundo, y ella le hacía un pequeño resumen de las últimas noticias, sobre todo de las relacionadas con la situación de los refugiados. Si era algo sobre los refugiados que estaban en Suiza, le leía directamente la noticia en la tableta para que tuviera toda la información que había. En otros casos le daba su opinión personal.

Pero casi siempre dormía, con un sueño agitado y de manera irregular. Medicado, a veces se quedaba quieto, pero lo habitual era que se moviera constantemente buscando una posición cómoda.

A veces se despertaba bruscamente y parecía completamente despejado, aunque miraba a Mary como si la viera desde una distancia muy lejana. En una de esas ocasiones dijo sin venir a cuento:

—Ahora eres tú quien me tiene secuestrado.

Mary gruñó entre dientes, ligeramente perpleja.

—Un público cautivo no es motivo de orgullo —respondió intentando restarle importancia.

—Podrías ayudarme a escapar.

—Eso estoy haciendo.

—Pues se te da bastante mal —repuso Frank.

—Bueno, aquí la seguridad es máxima.

—Entonces sigues visitándome en una cárcel.

—Eso me temo.

Otra vez, Frank se despertó y se la quedó mirando fijamente, hasta que la reconoció y se acordó de dónde estaba.

—Solo siento no poder ver lo que pasará en el futuro —dijo en voz baja—. Parece ser que las cosas están poniéndose interesantes.

—Yo también lo pienso. Pero, bueno, nadie vivirá lo suficiente para ver cómo acaba esto.

—¿Más problemas a la vista?

—Seguro. —Mary miró el buzón del correo electrónico; tendría que estar bajando por la lista de los mensajes un par de minutos hasta llegar al primer correo nuevo—. Esto es tan grande que se alargará durante años y años.

—Siglos.

—Exacto.

Frank se quedó pensativo.

—Aun así… Tú lo llamaste el punto de inflexión una vez. Un punto de inflexión es un punto de inflexión. En cualquier caso, tú sí podrías ver un final.

Mary asintió mirando a Frank. Instintivamente cambiaba de tema cuando Frank hablaba sobre su muerte. Reconoció ese miedo dentro de ella, el terror a que se rompiera una barrera y los dos se precipitaran juntos a un pozo insoportable. Pero había aprendido a quedarse callada y dejar que Frank llevara la conversación por el derrotero que quisiera. Era absurdo hacer compañía a alguien si no lo seguías por el camino que escogía.

Esta vez volvió a quedarse dormido antes de compartir con ella su último pensamiento.

Otro día, Mary se lo encontró despierto cuando entró en la habitación, sentado y agitado. Cuando la vio, Frank lanzó los brazos hacia ella tan exaltado que Mary pensó que iba a caerse de la cama.

—¡Acabo de atravesar el techo! —exclamó Frank con los ojos desorbitados—. ¡Me he despertado y estaba de pie en la cama, y entonces he saltado y he atravesado el techo! —añadió señalando hacia arriba—. Aun así no podía escapar. Lo intentaba, pero no podía, y he vuelto a caer a la cama. ¡Pero he atravesado el techo de un salto!

—Vaya —dijo Mary.

—¿Qué significa? —gritó Frank, paralizando a Mary con su mirada, con el rostro desencajado por la consternación y la estupefacción—. ¿Qué significa?

—No lo sé —respondió inmediatamente Mary, que extendió una mano y entrelazó los dedos con los suyos al mismo tiempo que empujaba a Frank hacia el centro de la cama—. Creo que has tenido una alucinación. Intentabas salir de aquí.

—Intentaba salir de aquí —confirmó Frank.

Mary le soltó la mano y se sentó en su silla.

—Aún no es el momento —repuso ella.

—Maldita sea.

—Eres una persona muy fuerte.

—Entonces debería ser capaz de salir de aquí —objetó.

Mary vaciló.

—Bueno —dijo—. Supongo que tiene sus pros y sus contras. Todavía no era el momento.

Frank la miró fijamente, todavía alterado. Pero era de esperar que una alucinación tan real como la de querer marcharse volando de este mundo lo dejara a uno trastornado.

Mary no sabía qué decir. Ahora Frank lloraba, todavía mirándola, y las lágrimas rodaban por sus mejillas. Mary sintió un escozor en los ojos y cómo le brotaban las lágrimas. Algo saltó de sus rostros para cubrir el espacio que los separaba, una especie de telepatía, un lenguaje primitivo anterior a las lenguas. Era como bostezar al ver que alguien lo hacía. ¿Qué podía decirse?

Puso el *Kind of blue* en el equipo de música. La música que se había convertido en la banda sonora de sus vidas, su disco; las notas fluían mientras mantenían su inteligente conversación. Mary le tendió una mano y permanecieron un rato con las manos cogidas. Él se la apretaba de vez en

cuando. Luego se relajó y se quedó dormido, y ya no despertó en todo el día.

Otro día se revolvió violentamente en sueños, casi retorciéndose, y de repente abrió los ojos como si emergiera del agua para respirar. Cuando vio a Mary giró la cabeza como si le doliera algo. Estaba medicado, aturdido, semiconsciente a lo sumo. Mary oyó que murmuraba:

—Solo es el destino. Solo es el destino.

Mary se lo quedó mirando. Frank tenía la cara cubierta de sudor, hinchada y demacrada a la vez. Respiraba con dificultad; inspiraba con jadeos desesperados, como si no pudiera tomar todo el aire que necesitaba. Cuando Mary estuvo segura de que ya no la oía dijo:

—El destino no existe, mi querido amigo.

Entonces, una mañana, cuando entró en la habitación se encontró dentro a dos enfermeras asistiendo a Frank… Pero, no, no era eso exactamente lo que hacían.

Una de ellas levantó la cabeza y dijo:

—Lo siento. Ha muerto.

—¡No! —exclamó Mary.

La misma enfermera asintió con la cabeza. La otra la movió de un lado a otro con pesar.

—Casi siempre se van cuando no hay nadie —añadió la enfermera que le había dado la noticia—. Supongo que algunos lo prefieren así, con un poco de privacidad, ya me entiende.

A Mary no le pareció que la enfermera estuviera muy afectada. Ni siquiera parecía preocupada. Era su trabajo. Ayudaba a la gente en esa fase de sus vidas para que se fueran sin dolores ni molestias. Ahora este paciente había muerto.

Mary asintió con aire ausente sin despegar los ojos del rostro inmóvil de Frank. Tenía el mismo aspecto que cuando dormía. Mary había estado yendo allí durante dos meses. Ahora Frank estaba muy quieto. Respiró hondo, sintiendo cómo entraba el aire en sus pulmones. Estaba confundida; había pensado que habría una lucha final para aferrarse a la vida, que eso era lo que pasaba siempre. Como si ella supiera algo sobre el tema. Había pasado mucho tiempo desde que asistió a la última muerte, y entonces tampoco hubo mucha lucha.

—Nosotras nos ocuparemos de él.

Mary asintió.

—Déjenme un momento a solas con él, por favor —dijo.

—Por supuesto.

Las enfermeras se marcharon. Mary le colocó las manos rígidas sobre el pecho. Estaban frías. Su pecho, en cambio, seguía caliente. Se inclinó y le dio un beso apenas rozándolo con los labios en la frente. Luego cogió la tableta y la metió en el bolso con el resto de sus cosas y se marchó. Fue caminando hasta la Bahnhofstrasse y giró para dirigirse al lago.

Recorrió las bellas y prósperas calles de Zúrich sin prestarles atención al mismo tiempo que veía cosas en las que no se había fijado en años. Los pensamientos se escurrían en su mente y no sentía nada. Los desportillados y pesados bloques de piedra que formaban los edificios que flanqueaban la Bahnhofstrasse eran unos objetos geométricos regulares, no perfectos, ligeramente picados y deteriorados para dar textura a la fachada de los edificios, pero también en eso eran regulares, y su colocación era tan perfecta que se hacía difícil imaginar el proceso que había permitido tal logro. En última instancia había sido la vista

humana, la mente humana. La precisión suiza. Edificios de una época en la que los canteros todavía hacían el grueso de estas construcciones a mano. Artistas de una estética tremendamente meticulosa, incluso fanáticos. Monomaníacos de la forma cúbica. Tercos. Inalterables. Muchos de esos edificios estaban allí desde el siglo XV. Seguramente fueron restaurados en los siglos XIX o XX, o quizá no, tal vez su piedra no ha vuelto a tocarse.

Qué diferentes de la vida humana, efímera como una voluta de humo. Una existencia fugaz. Frank May había muerto. Bueno, ella ya nunca se despertaría una noche y descubriría que la había asesinado. Desterró ese pensamiento de su cabeza, sobrecogida por él. El que sobrevive gana. No, no. Se acabaron los reproches quisquillosos de Frank. El placer de un día en los Alpes, el raro momento de paz, la sombría y siniestra ira, el incesante e inútil remordimiento. Frank por fin se había liberado de todo eso. Treinta años cargando con ese peso que se manifestaba en cuanto bajaba la guardia.

Un enfermo de TEPT. No sabía si esa era una definición acertada. Al fin y al cabo, ¿no arrastraban todos un trauma? En ese caso, ¿no era solo una manera de presentar al ser humano como un enfermo? Martin se le había muerto igual que Frank, en la cama de un hospicio, atiborrado de analgésicos, sufriendo hasta el colapso definitivo de su cuerpo, el final de su vida, a los veintiocho años, cuando solo llevaban cinco casados. ¿No era eso un trauma? ¡Por supuesto! Recordaba todo aquello como si hubiera pasado el día anterior, y estando sentada al lado de Frank lo había revivido de una manera como no le pasaba desde hacía muchos años. ¿No podía considerarse eso una experiencia postraumática también?

Sí. Pero el TEPT se reservaba para las personas que habían tenido un trauma… ¿brutal? Pero la muerte solía ser

brutal. ¿Violento? Eso también. ¿Impactante, sangriento, prematuro, horrible? A veces era algo cruel y fuera de lo común, de manera que la persona que había sobrevivido a él no podía sacárselo de la cabeza y los recuerdos lo bombardeaban hasta el punto de hacerle revivir la experiencia, como en una pesadilla recurrente, ¿verdad? Sí.

A lo mejor era una cuestión de grados. Todos sufríamos traumas, era algo universal, inherente al ser humano, no se podía escapar de ellos. Los de algunas personas eran peores, eso era todo. Los traumas los acosaban, los destrozaban, los incapacitaban. A veces lo pasaban tan mal que se suicidaban para liberarse de ellos. No era nada raro que pasara.

Muerte y memoria. Martin era joven, había luchado contra la muerte con una especie de resistencia furiosa, con un sentimiento de injusticia. Ni siquiera al final la aceptó. Su cuerpo siguió luchando hasta mucho después de que perdiera la consciencia por última vez; su cerebro reptiliano reunía en el cerebelo hasta el último espasmo celular para la causa. Nunca la abandonarían esas últimas horas de respiración anhelosa, lo que solía llamarse estertores de muerte. Rara vez pensaba en aquello, había aprendido a olvidarlo la mayor parte del tiempo. Quizá esa era la clave, la capacidad para olvidar; pero a veces soñaba con ello, se despertaba jadeando y lo recordaba, y eso le pasaría siempre. Más que olvidar se reprime. Es una especie de almacenamiento en cajas o compartimentación; aunque Mary no tenía ni idea de cómo hacía eso el cerebro o la mente. De alguna manera se las arreglaban para no pensar en ciertas cosas. Quizá eso era precisamente el TEPT, la incapacidad para olvidar, para no recordar.

Aunque ahora tenía que reconocer que en este momento tampoco ella era capaz de hacerlo. Se había accionado el disparador dentro de su cabeza y la bala la había alcanzado.

Pobre Martin. Mary se entregó a la abreacción mientras recordaba a Martin y caminaba por aquella bella ciudad de piedra que tanto amaba. No le costaba hacerlo cuando se dejaba ir. De hecho, le resultaba bastante fácil. Lo había amado con locura. «Ah, Zúrich, Zúrich, mi ciudad, mi ciudad.» Era un viejo poema que recordaba de las clases de alemán. Esta era su ciudad. Con Martin había vivido en Londres, en Dublín, en París, en Berlín. Nunca en Zúrich ni en ningún otro lugar de Suiza. Por eso le gustaba este país. Le encantaba de verdad esta ciudad. Incluso la amaba. Le gustaba como le hacían reír sus habitantes con su carácter suizo. Su estoicismo, su insistencia en el orden teñida de un entusiasmo y una melancolía intensas. Esa combinación peculiar e indescriptible que era un estado afectivo nacional, un estilo suizo. Mary se daba cuenta de que iba con su forma de ser. Tal vez ella fuera un poco suiza. Ahora sufría por un antiguo dolor, estaba abatida por la pérdida de alguien que había muerto hacía cuarenta y cuatro años.

Deambuló por las estrechas calles medievales que rodeaban la Peterskirche y el Zeughauskeller. Pasó por delante del establecimiento donde Frank compraba las naranjas confitadas; qué orgullosas estaban de ellas en la confitería, qué delicia, qué buen ejemplo de lo que era el arte suizo.

Llegó al lago y se dirigió al parquecito que tenía debajo un diminuto embarcadero con la intención de admirar la estatua de Ganímedes y el águila. Quizá Ganímedes estaba pidiéndole a Zeus que lo llevara al Olimpo. No iba a pasarlo bien allí, pero él no lo sabía aún. Los dioses son divinidades, así que los humanos no pueden medrar entre ellos. Pero Ganímedes quería descubrirlo por sí mismo. Era ese momento en el que le pides a la vida que venga a por ti.

Se hacía muy difícil imaginar la muerte de una mente. Todos esos pensamientos que nunca se compartirán, los

sueños, todo ese universo de bolsillo desaparecido para siempre. Una personalidad distinta a todas los demás, una conciencia. No parecía posible. Comprendió por qué la gente podía creer en el alma; almas que continuamente entraban en los cuerpos y salían de ellos, una y otra vez. Bueno, ¿por qué no? Cualquier cosa podía ser verdad. Todo pervive en Dios. Era una sentencia de un santo. Luego la utilizó Yeats, y después, Van Morrison, por quien la había conocido ella. Todo pervivía en Dios, aunque no existiera ningún dios. Todo pervivía en una u otra cosa. Fuera del tiempo existía alguna clase de eternidad.

Oyó un rugido mientras estaba en el pequeño embarcadero y vio humo al otro lado del lago, a su izquierda. Ah, claro, se celebraba el Sechseläuten, el tercer lunes de abril. Lo había olvidado por completo. Sächsilüüte, en alemán suizo. Los gremios habían desfilado antes, y ahora se había prendido fuego a una torre levantada en la Sechseläutenplatz sobre la que estaría colocada Böögg, el coco de la Suiza germanoparlante, un muñeco de tela con la cabeza rellena de fuegos artificiales que se prendían cuando el fuego los alcanzaba. El tiempo que tardara en producirse la explosión predecía si el verano sería soleado o lluvioso; cuanto antes ocurriera, mejor tiempo haría.

Mary corrió por el Quaibrücke hasta la Bürkliplatz y dejó atrás los chirriantes tranvías que se deslizaban por sus raíles. Si el Böögg iba rápido, no llegaría a tiempo. Si quería ver cómo los fuegos artificiales salían disparados de la cabeza del muñeco tendría que aceptar un verano de mal tiempo.

Llegó antes de lo que había esperado. La plaza estaba atiborrada de gente, como siempre. El círculo que los espectadores dejaban despejado alrededor de la pira llameante era más estrecho que el que habrían dejado en cualquier otro sitio, pero los suizos eran extrañamente

despreocupados con los fuegos artificiales. El día de la independencia que celebran en agosto parecía una zona de guerra. Los fuegos artificiales les procuraban alguna clase de placer lascivo. En este caso, por lo menos, los cohetes saldrían disparados hacia el cielo, todo lo contrario que el 1 de agosto, cuando se lanzaban dentro de la muchedumbre.

La torre que había en el centro de la Sechseläutenplatz, construida con madera y papel, medía unos veinte metros de altura. Arriba, la figura humanoide del Böögg, con su enorme cabeza, estaba preparada para recibir las llamas. Había tanta gente que era imposible abrirse paso a través de ella, y Mary se dio cuenta de que no podría acercarse más.

Entonces la cabeza del monstruo de invierno explotó en medio de una modesta lluvia de chispas de colores y el Böögg se vino abajo. Hubo algunos estallidos y rápidamente aparecieron los fuegos artificiales en el cielo, pálidos a la luz crepuscular; a continuación, un montón de humo blanco y los gritos de la multitud.

El humo se dispersó hacia el este. Mary fue caminando hasta la orilla del lago, a solo unas manzanas de su club de baño. El sol casi se había puesto ya y distinguió tres crestas al sur; primero la verde de la orilla del lago; un poco más arriba, el verde más oscuro de la cadena montañosa que los separaba de Zug; luego, a lo lejos, más al sur y más altos que el mundo, los grandes picos triangulares y nevados de los Alpes propiamente dichos, en ese momento amarillos por la luz mortecina. El arrebol alpino. Este instante. Zúrich.

97

Hay unos sesenta mil millones de aves vivientes en la Tierra. Han sido las criaturas más rápidas en instalarse en las tierras recuperadas para la naturaleza y prosperar. Recordemos que todas descienden de los terópodos. Son dinosaurios que aún conviven con nosotros. Sesenta mil millones es una buena cifra, un buen indicador de salud.

La gran tundra del norte no se derritió lo suficiente para evitar el regreso de las manadas de caribús para su migración anual. Los animales salieron del Refugio Nacional de Fauna del Ártico, en Alaska, y repoblaron la coronilla del mundo. En Siberia se creó el Parque del Pleistoceno, y se estaba reintroduciendo una versión resucitada del mamut lanudo. Era un proyecto complejo, pero mientras tanto estaban regresando los renos y el resto de las criaturas siberianas: los bueyes almizclados, los alces, los osos, los lobos, e incluso los tigres siberianos.

En los bosques boreales al sur de las tundras y las taigas habían llegado osos desde las Rocosas de Canadá. Este es el mayor bosque del planeta; recubre el mundo por la línea de 60º de latitud norte y toda esa zona está recuperando la salud.

Sucede lo mismo si bajamos hacia el sur hasta el ecuador, y pasado este, si seguimos hasta los confines meridionales del mundo. En todo el mundo hay zonas que siempre han permanecido deshabitadas por el hombre; ahora se han conectado mediante corredores ecológicos y

los animales que las pueblan reciben la protección y el alimento que necesitan. A menudo solo hay que dejarlos a su aire. Muchos, cada vez más, están censados. Está creándose una especie de internet de los animales, aunque es un nombre que no aclara nada. Quizá sea mejor decir que ahora también son ciudadanos y, como tales, tienen derechos, por lo tanto es necesario un censo. Los moradores urbanos se trasladan a las cuencas situadas en las afueras de las ciudades, donde observan desde lejos a sus conciudadanos, y de vez en cuando también hacen una visita en persona. La gente anota los nacimientos y las muertes de los animales salvajes. Son significativos; forman parte de un sentido. Los animales no habían significado tanto para el ser humano desde el paleolítico, y nosotros, sus parientes, los observamos atentamente y con cariño. Las tierras que sostienen a estos animales también sostienen nuestras granjas y nuestras ciudades; todo forma una gran red de redes.

Aquello que es bueno para la tierra es bueno.

Hay menos seres humanos que antes. El pico demográfico se alcanzó en el pasado y ahora somos unos cuantos menos, y todo indica que se mantendrá esa tendencia descendente. Ahora se habla sobre cuál es el número óptimo de personas habitando la Tierra a la vez; algunos dicen que dos mil millones, otros, que cuatro mil millones. Pero la verdad es que nadie lo sabe a ciencia cierta. Será un experimento. Todos en equilibrio; las personas, es decir, los seres vivientes, en un solo ecosistema que es el planeta. Menos gente y más animales salvajes. Ahora mismo la sensación es igual que al recuperarte de una enfermedad, como cuando te curas y vuelves a estar sano. Es la estructura de los sentimientos de nuestra era; las dinámicas de la población cuando entran en juego, como siempre. Quizá eso haga que vivamos todos

juntos en esta biosfera como si fuéramos una especie de supraorganismo, ¿quién sabe?

Imagina una pradera en una montaña y carneros silvestres en ellas, con sus crías retozando a su alrededor. Cuando lo ves con tus propios ojos descubres algo que no sabías antes. ¿El qué? Es difícil definirlo, pero vendría a ser algo así: tanto si la vida tiene un sentido o no, la alegría es real. La vida vive, la vida es vivir.

98

Notas de la última reunión de Mary para Badim. Asisten todos menos Estevan, que está en Chile. Tampoco Tatiana, claro. Alguien se ha llevado su silla.

Todos se levantan cuando Mary entra. Llega tarde. Niega con la cabeza.

Mary: Por favor, por favor, sentaos. Pongámonos a trabajar. Hay mucho que hacer.

Todos nos echamos a reír. Primero el placer y luego el trabajo. Tarta para celebrar la jubilación en una mesa baja, etcétera. Una pequeña fiesta, breve y contenida, ya que es evidente que a Mary no le gusta. Se adapta a la situación cuando brindamos con café por ella. «Cambio de guardia —dice—. El general de invierno cede el mando para la carga de la primavera…» Brindis. Incomodidad.

Todo el mundo ocupa sus sillas habituales alrededor de la mesa. Mary da comienzo a la reunión. Parece aliviada.

M: Bueno, gracias por esto. En efecto, me jubilo. Ahora seré emérita. Me alegra mucho que Badim haya aceptado tomar las riendas. El secretario general y todas las partes pertinentes han estado de acuerdo con mi propuesta y le he nombrado ministro interino. Intentaré que se convierta en un nombramiento permanente. Sería bueno para todos.

Badim le da las gracias. La mira como siempre, como una mangosta que observa una cobra. A ella le gusta que la mire como si fuera un problema que hubiera que resolver. Todavía.

M: Quiero seguir involucrada, pero sin meter las narices en nada. Embajadora del ministro, delegada… algo así. Disponible para lo que haga falta.

Janus Athena: O sea, que quieres seguir siendo la ministra.

La gente se ríe. J. A. sonríe brevemente a Badim para aclararle que es una broma, pero algunos asienten con la cabeza, Badim entre ellos.

Badim: Por lo menos asiste en representación del ministerio a la reunión de San Francisco. Creo que deberías hacerlo.

M: Yo ya he terminado. Ahora es tu turno. Todo el mundo tiene que hacer lo que puede en su momento. Luego hay que dar un paso a un lado. A todos os tocará antes o después. Nunca es bueno alargarlo más de la cuenta. Pero todos vosotros sois jóvenes aún. En cuanto a mí, ha llegado el momento de irme. Estaré por aquí si me necesitáis. Me quedaré a vivir en Zúrich. Seré profesora en el ETH.

Badim: Siempre serás bienvenida. De hecho, te necesitamos.

Mary sonríe.

Mary: Lo dudo. Pero no pasa nada. Es la hora.

99

Hoy estamos aquí para debatir sobre si alguna de las llamadas soluciones totales a nuestros problemas actuales será la buena.

No.

Supongo que tengo que preguntártelo. ¿Estás diciendo que ninguna será la solución buena o que no quieres hablar sobre este tema?

Ninguna solución será la buena. No hay una sola solución adecuada para todos los problemas.

Entonces, ¿qué podemos esperar?

El fracaso.

Pero imaginemos que sale bien, aunque solo sea para continuar con el debate, ¿qué aspecto tendría el éxito?

El aspecto del fracaso.

¿Podrías desarrollar tu respuesta, por favor? ¿Un éxito a base de fracasos?

Sí. Un revoltijo de elementos insuficientes. Una argamasa. Una obra de bricolaje. Un batiburrillo de mil demonios.

¿Y eso generaría problemas?

Por supuesto.

¿Por ejemplo?

Por ejemplo, las personas afines que trabajan para resolver el mismo problema se enzarzarán en una disputa interminable sobre qué métodos son mejores, y con ello echarán por tierra todas las posibilidades de éxito.

¿Por qué crees que pasa eso?

Por el narcisismo de las pequeñas diferencias.

Eso suena un poco raro.

Es de Freud. Se refiere a que uno tiene una consideración más elevada de sí mismo que de sus aliados o de los problemas a los que se enfrentan juntos.

Bueno, pero a veces las diferencias no son tan pequeñas, ¿no?

El frente es ancho.

Pero ¿no crees que hay diferencias reales en, por ejemplo, la opinión que tiene la gente del mercado?

¡El mercado no existe!

¿En serio? Me sorprende oírte decir eso. ¿A qué te refieres?

Ya no hay un mercado detrás de lo que ahora llamamos el mercado, de la misma manera que no hay oro detrás de lo que llamamos dinero. El vocabulario antiguo tapa las situaciones nuevas.

¿Y crees que eso ocurre a menudo?

Sí.

Ponnos otro ejemplo.

En las revoluciones ya no hay guillotinas.

¿Crees que ahora las revoluciones son menos visibles?

Exactamente. Revoluciones invisibles, revoluciones técnicas, revoluciones legales. Me parece muy posible que alguien consiguiera los beneficios de una revolución sin tener que llevarla a cabo.

Pero ¿los poderes existentes no se resisten a los cambios revolucionarios?

Por supuesto, ¡pero fracasan! Porque, ¿quién tiene el poder? Ya nadie lo sabe. Poder político también forma parte de ese vocabulario fósil detrás del cual no hay nada.

Yo pensaba que se conocía bastante a las oligarquías.

Poder oligárquico es la respuesta que suele darse, pero, si existe de verdad, está tan concentrado que es débil.

¿Y eso? Confieso que me dejas asombrado.

Es quebradizo, frágil, susceptible a la decapitación. Pero que conste que no me refiero a la decapitación con la guillotina, sino a la sistémica, a quitarle el poder a una pequeña élite. Su situación es tremendamente inestable y endeble. Es muy fácil arrebatarles el capital, ya sea legal o extrajudicialmente.

¿Solo el capital?

¡Todo depende del capital! Por favor, no te hagas el tonto. ¿Quién tiene el capital? ¿Cómo se distribuye? Las preguntas siempre son las mismas.

¿Y cómo se distribuye el capital?

La gente decide cómo se distribuye por medio de las leyes. Por lo tanto, el cambio es posible si se cambian las leyes, como he defendido siempre. O se podrían cambiar simplemente algunos números de cuenta, como sucedía en Suiza.

Ah, sí, los bancos. Esto me recuerda una anécdota muy buena. ¿Recuerdas lo que respondió el ladrón de bancos Willie Sutton cuando un periodista le preguntó por qué los robaba?

¡Sí! Enhorabuena por preguntar. Y enhorabuena también a aquel periodista.

El periodista le preguntó: «¿Por qué roba bancos?».

Y Sutton respondió: «Porque es donde está el dinero».

100

Tomó el tren nocturno a Montpellier y durmió el sueño de los justos. El barco partía por la noche, así que dedicó el día a pasear por la vieja plaza de la ciudad y luego siguió la hilera de columnas dóricas que se extendía desde la plaza hacia el puerto. Una vez allí se embarcó en un esbelto clíper de siete palos que parecía un cruce entre una goleta y un cohete espacial tendido sobre un costado. A bordo volvió a dormir.

Cuando despertó ya estaban mar adentro. Todas las superficies de la embarcación eran fotovoltaicas, piezoeléctricas o las dos cosas. Su desplazamiento por las olas y su mera existencia bajo el sol generaba una energía que se enviaba a los propulsores. Con un buen viento que hinchara sus grandes velas y con esa especie de cometas amarradas a la proa que tiraban desde muy arriba en el cielo, el barco era capaz de volar a ras de mar sobre sus aletas laterales. A cien kilómetros por hora la sensación de velocidad era muy grande.

A la mañana siguiente salieron al Atlántico por las Columnas de Hércules. Mary recordó vagamente el poema «Ulises» de Tennyson, una especie de oda al retiro de estilo victoriano y homérico: vivir, combatir, esforzarse por algo y no ceder. La pasión británica por la muerte heroica, Scott en la Antártida, la primera guerra mundial. Un sentimentalismo muy alejado de los irlandeses, aunque bien sabía Dios que estos tenían sus propias sentimentalidades. En mar abierto, la tierra desaparecía a sus espaldas.

La vastedad azul del océano. El mar, el cielo, las nubes. Rosados al alba, anaranjados al atardecer. Los vientos los empujaban y tiraban de ellos, el sol, las olas. El glorioso deslizamiento por el mar, cresta y depresión, depresión y cresta, las grandes olas en mitad del océano. ¿Cómo era posible que hubieran olvidado aquello? Recordó el último viaje que había hecho en avión para ir de Londres a San Francisco; sobrevolaron Groenlandia al mediodía, sin nubes que la taparan, y la inacabable extensión de hielo abajo, tan ignota como Calisto o Titán, y todo el mundo en el avión con las persianas bajadas para ver mejor la película. Ella había mirado por la ventana y luego a los pasajeros que viajaban con ella y pensó que estaban condenados. Eran demasiado estúpidos para vivir. Los grandes ganadores del premio Darwin. El camino al polvo de la muerte.

Ahora estaba en el pasamanos de la borda de una goleta de siete palos, una embarcación capaz de navegar sola, o pilotada por la inteligencia artificial. Los diseños con inteligencia artificial asistida creaban barcos cada vez mejores, como ocurría con todo, y las soluciones que proponían a veces iban en contra de la intuición (¿cometas? ¿mástiles inclinados hacia delante?), pero, claro, la intuición humana se equivocaba muchas veces. Uno de los mayores logros de la ciencia contemporánea sería descubrir la manera de engañar a los sesgos cognitivos humanos, si es que era posible hacerlo. Como con todo, si al final conseguían superar ese escollo seguramente se toparían con un obstáculo mayor.

Una parada en La Habana, una bonita ciudad costera y un hermoso monumento al ideario comunista. Luego, rumbo a Panamá, y después de atravesar el canal hasta el soleado Pacífico, directamente a San Francisco. Pasaron por debajo del Golden Gate un día frío y nublado. La bruma estaba tan baja que no dejaba ver el puente anaranjado; era como

volver a los tiempos anteriores a su construcción. El barco atracó en el muelle asignado y Mary sintió la habitual sensación de inestabilidad en la estabilidad del suelo firme al volver a pisar la tierra. Se adentró caminando en la sinuosa San Francisco, la ciudad más bonita del mundo, para prestar un último servicio al ministerio.

Había aceptado la petición de Badim para que los representara una última vez en la CCCB. La reunión volvía a celebrarse en la Big Tower, y una vez más Mary se distrajo admirando la ciudad que ese extendía a sus pies, el Tamalpais y las formas negras de las Farallon que descollaban sobre la línea del horizonte, al oeste.

La mayoría de los participantes eran los mismos que la última vez, incluida la ministra de Finanzas china. A Mary volvió a parecerle una mujer jovial y elocuente. Era una de las personas más poderosas de China.

—Tengo la esperanza —dijo cuando se presentó— de encontrar la manera de dar mayor impulso a la Gran Ruptura.

Mary sonrió y sugirió:

—Una sucesión dinástica para el mundo entero.

Jane Yablonski le preguntó qué tenía en mente.

Chan habló de igualdad, de mejorar las cosas en China y en el mundo, pero aún estaban lejos de lograrlo. Habló de ingresos mínimos y máximos, de impuestos sobre la tierra y de corredores ecológicos, del mundo como un bien común, de una ecoesfera, de un planeta, de un ser vivo del que todos eran una parte. Mirando a los gobernadores de los bancos centrales, que escuchaban a Chan con atención, Mary volvió a ver que esas personas eran lo más parecido a los reyes del mundo que existía. Si decidían utilizar su poder para proteger la biosfera y aumentar la igualdad, el mundo

rápidamente viraría y tomaría el rumbo correcto. ¡Banqueros! Mary no necesitaba más para echarse a reír, o a llorar. Y aun así, de acuerdo con su criterio, tan rígido y austero, ya estaban haciendo todo lo necesario en esta situación. Estaban salvaguardando el valor del dinero, continuaban diciéndose unos a otros, lo que, en este momento de la historia, era necesario hacer para salvar el mundo.

Mary no pudo evitar sonreírse. ¡Salvado por los malditos banqueros! Naturalmente, el mundo entero estaba obligándoles a hacerlo. Ahora debatían otras ideas nuevas, unos experimentos con los que Mary jamás había soñado. La ministra Chan esbozó una sonrisa, dulce pero también astuta, al parecer porque había mirado a Mary y visto que ella también sonreía. Las dos eran cómplices en su diversión; a las dos les hacía gracia que fuera Chan quien tomara el timón y guiara el barco hacia nuevos rumbos. Tanta gracia le hacía a Mary que, cuando le preguntaron lo que ella y su ministerio opinaban sobre estas nuevas ideas para una reforma que la señora Chan estaba proponiéndoles, Mary se puso en pie, tendió la mano a la joven ministra china, le sonrió y dijo:

—Yo doy un paso a un lado, cedo el testigo. Me gustan todas estas ideas. Les digo: ¡sean todo lo atrevidos que puedan!

101

¿Preguntas qué le enseñamos a Pekín? ¡Le enseñamos que un Estado policial no es la solución! En China pensaban que sí, y durante cincuenta años intentaron meter en cintura a Hong Kong recurriendo a todos los medios a su alcance: sobornos, cámaras de videovigilancia y reconocimiento facial, propaganda, brigadas de la policía y del ejército, vigilancia y ataques con drones... Y todo eso solo alimentó la determinación de los hongkoneses para conservar lo que tenían.

—¿Por qué dices eso? Por supuesto que lo que teníamos era real, porque la hegemonía es real. Es un sentimiento, y los sentimientos son algo que tu cultura te explica. En Hong Kong tenemos una cultura y un sentimiento particulares. Vivimos como criados de los británicos y sabemos muy bien lo que es ser los subalternos de un poder hegemónico. Solo duró unas cuantas generaciones, pero creó un nuevo sentimiento que fue directo al corazón del pueblo: nunca más.

»Así que cuando los británicos nos entregaron a Pekín, vale. Somos chinos, Pekín es china. Pero también somos hongkoneses. Eso crea una lealtad dual. Un factor importante es que nosotros hablamos el cantonés y en Pekín se habla el putonghua, lo que en Occidente se conoce por el mandarín, aunque es una forma culta o escrita del putonghua, pero da igual, somos diferentes. Hablamos el cantonés, somos Hong Kong.

—¡Sí, claro que había hongkoneses a favor de la anexión completa con Pekín! Esas personas solían recibir dinero de Pekín, pero estoy convencido de que para algunas de ellas era un deseo sincero. Sin embargo, casi todos apostábamos por un país, dos sistemas, como se ha descrito. La mayoría llamábamos a nuestro sistema el imperio de la ley. En Hong Kong, las leyes están escritas, los representantes del pueblo las han aprobado, la policía se encarga de hacerlas cumplir y los jueces imparten justicia. ¡Por eso el mundo nos confía su dinero! En Pekín no había nada de eso. Allí solo tenían el Partido. Lo que se decidía al otro lado de las puertas cerradas de su comité permanente era su equivalente a la ley, pero solo eran imposiciones, imposiciones sin leyes, y nadie podía desafiarlas. Eran completamente arbitrarias. Por eso fue un fracaso el intento de Pekín de convertir Shanghái en su centro financiero para rivalizar con nosotros. El mundo no confiaba en Shanghái como lo hacía en Hong Kong. Así que en Hong Kong luchamos por el imperio de la ley. Entre los años 1997 y 2047 no paramos de luchar.

—¿Por qué hasta 2047? El acuerdo era que el 1 de julio de 2047 nos integraríamos completamente en la República de China. Fue la manera que encontraron los británicos para posponer la resolución real de un problema. El imperio Británico no era el peor de todos, pero no dejaba de ser un imperio, y todos son malos. Así que llegó a ese acuerdo con Pekín, según el cual durante cincuenta años seríamos un país y dos sistemas. Y durante ese medio siglo, en Hong Kong hemos aprendido a luchar por nuestros derechos. Eso implica, en parte, salir a la calle y manifestarse. Con los años nos dimos cuenta de qué era lo que daba resultado y perfeccionamos nuestros métodos. La violencia no sirve para nada. Una masa de gente, sí. Ese es el secreto, en el caso de que te interese saber cuál es el secreto para plantar cara al poder imperialista, que era lo que hacíamos en

aquellos años: resistencia pacífica de toda la población, o de tanta como se pudiera reunir. Eso es lo que da resultado.

—¡Sí, claro que Pekín podría habernos aplastado! Podría haber exterminado a todos los hongkoneses y repoblado la ciudad con chinos que no tenían nada mejor que hacer y habrían estado encantados de heredar unas infraestructuras tan buenas. ¡Aunque no habrían sabido utilizarlas! Aun así, ese chiste que un conocido occidental me contó una vez sobre que el gobierno disolvía el pueblo y elegía otro, para nosotros no era un chiste, porque Pekín podía hacerlo con nosotros. Más o menos es lo que hicieron en el Tibet.

»Pero Pekín tenía sus propias restricciones. Para empezar, siempre estaban intentando seducir a Taiwán. Les decían a los taiwaneses que les iría muy bien si se plegaban a China, ¡que los tratarían como a Hong Kong! Un país, dos sistemas, y si volvéis con nosotros, ¡tres sistemas! ¡Cien flores se abrirían! Pero ese argumento solo les valía si de verdad trataban bien a Hong Kong.

—Sí, por supuesto había otros factores que no convencían tanto a Taiwán. Siempre hay múltiples causas, para todo. En este caso estaba omnipresente el 4 de junio de 1989, la plaza de Tiananmén. Ahora también conocido como el 35 de mayo, o el 66 de abril, o con todas las vueltas que quieras darle al calendario, aunque la broma ya se ha quedado anticuada, e incluso los cálculos son complicados. Además, todas esas fechas ahora están bloqueadas en el internet chino, como no podía ser de otra manera. Porque Pekín quiere borrar ese día de la historia. Y, aunque parece que eso no puede pasar nunca, lo cierto es que es más posible de lo que podría pensarse. Al menos allí. El mundo ya se encarga de recordarlo, y Pekín ha querido evitar otro incidente similar en el siglo XXI, porque todo se grabaría con millones de teléfonos móviles y se retransmitiría al mundo

entero. No. Exterminar a la población de Hong Kong no era una opción.

—¡Claro que sí! La ocupación de Pekín de los mil millones nos ayudó. ¡Nadie lo pone en duda! Fue todo un acontecimiento, y el hecho de que ocurriera se debió en parte a que los migrantes ilegales interiores de China veían lo que hacíamos nosotros en Hong Kong y decidieron imitarnos en la mismísima Pekín. Por supuesto, el Partido se asustó, ¿cómo no iba a hacerlo? La gente sin el *hukou* en regla, sin el reconocimiento legal del lugar donde vivían, hacían todo el trabajo sucio en China, y sumaban unos cuatrocientos millones cuando se produjo la ocupación. Esa es mucha gente con la sensación de que nadie los representa y de que no pertenecen a ningún lugar. Por lo tanto, sí, el Partido tenía que solucionar ese problema o lo perdería todo. Durante esa batalla, Hong Kong se convirtió en un problema secundario y podría decirse que nos dieron una tregua, que utilizamos de una manera muy inteligente. Hay que entender que lo nuestro nunca fue una cuestión de independencia, sino de conservar eso de un país, dos sistemas, de que el imperio de la ley que disfrutábamos durara más allá del año 2047.

—Sí, por supuesto. Pekín tenía otros problemas graves. Y, como he dicho, no podían matarnos a todos. Eso dejaba como única opción el diálogo. La guerra dialéctica. Por suerte, en Hong Kong lo comprendimos enseguida y nos unimos. No existe nada como la solidaridad. Se habla mucho sobre la solidaridad, se pronuncia la palabra, se escribe sobre ella y la gente intenta invocarla. Naturalmente. ¿Pero sentirla? Para eso hay que formar parte de un movimiento histórico. No es algo que se consiga solo con quererlo, no puedes llamarla para que venga. Tampoco puedes elegirla… ¡Ella te elige a ti! ¡Llega como una ola que te levanta! Es un sentimiento… ¿Cómo podría explicarlo? Es

como si todos los habitantes de tu ciudad se convirtieran en tu familia, como si los conocieras a todos aunque nunca les hayas visto la cara antes y nunca vuelvas a verla. El poder de la masa, sí, pero de repente la masa es la familia, todos están en el mismo bando, haciendo algo importante.

—¿Que cómo se trasladaba eso a la realidad? Bueno, ¿es que no lo viste? ¿Lo has olvidado? ¡Tomamos las calles todos sábados durante treinta años!

—Unas veces era más intenso que otras, por supuesto. A menudo lo dejábamos en manos de los jóvenes, porque el idealismo juvenil es insuperable para persistir en estas cosas. ¡La juventud quiere algo en lo que creer, por supuesto! Todos lo queremos, pero los jóvenes aún no se han acostumbrado a no conseguirlo, así que persisten. Además aguantan mejor los esfuerzos físicos. Pero, a la hora de la verdad, los mayores también salíamos a las calles. Siempre que se acercaba el 1 de julio volvíamos a tomar las calles, hasta tal punto que algunos sábados toda la población de Hong Kong estaba allí fuera. Eran unos acontecimientos extraordinarios.

—Sí, también había que hacer otras cosas, por supuesto. Y esas no eran tan emocionantes. De hecho, a menudo eran pesadas y aburridas, pero había que hacerlas. Al final no queda más remedio que reconocer que la mayoría de las cosas necesarias son aburridas, pero en el fondo, bastantes cosas son aburridas e interesantes a la vez. Así que asistíamos a las reuniones, nos uníamos a las juntas de los barrios, íbamos a la sede del Parlamento de Hong Kong y hacíamos todo aquello que exigía formar parte de una ciudadanía. No eran solo las manifestaciones. Había que hacer toda clase de trabajos, y los hacíamos. Hay que dar muchos pasos para recorrer un camino largo.

—¡No, no nos lo regalaron! No digas eso. No sé si te das cuenta, pero tus preguntas son un poco ofensivas. Bueno,

da igual. Yo te responderé educadamente porque reconozco la diferencia. Pues bien, creo que lo que pasó al final fue que los agotamos. No podían derrotarnos; no tenían la hegemonía para hacerlo. De hecho, ahora me encuentro a gente que dice que nosotros los derrotamos. Son la gente que piensa que la cola agita al perro, es decir, que la parte pequeña controla la grande, y que nuestro meritorio ejemplo acabará transformando toda China para convertirla en un gigantesco Hong Kong.

—No, personalmente no creo que eso ocurra. Va más allá de nuestras posibilidades. China es demasiado grande, y las élites del Partido están demasiado convencidas de que tienen la razón. Estaría más con los que piensan que la cola agita el culo del perro. Son más realistas, incluso en la imagen que sugieren, ya que cuando un perro agita la cola, solo es su culo lo que se mueve con él, no el resto de su cuerpo. Lo otro no tendría sentido desde el punto de vista de la física. Es fácil comprobarlo mirando a un perro cualquiera, incluso cuando tiene un arrebato de felicidad: solo el culo se mueve con la cola; el tronco y la cabeza se mantienen quietos. Por lo tanto, lo mismo ocurre con China. La parte que habla el cantonés está en el sur. Guangdong, una provincia enorme y muy próspera en el sur de China, cuya capital es Guangzhou, antes se la conocía con el nombre de Cantón, y hay cien millones de personas que tenemos el cantonés como lengua materna, que es un dialecto más antiguo que el mandarín. Y la mayoría de los chinos que viven fuera de China lo habla, y en Hong Kong lo hablamos. También en Shenzhen, la zona económica especial donde Pekín intentó aprovecharse del éxito de Hong Kong en el mundo. De modo que China cometió un grave error al intentar reprimir el cantonés, cosa que hicieron durante muchos años, pero eso provocó que Guangdong tampoco creyera a Pekín; simpatizaba más con

Hong Kong que con Pekín, aunque nunca diera grandes muestras de ello. Pero la lengua es la familia, la verdadera familia.

—¿Cuál ha sido el resultado? Bueno, es un proceso que todavía no ha terminado, pero ya que lo preguntas de una manera tan educada, te diré que desde el 1 de julio, después del acuerdo para mantener un país, dos sistemas en Hong Kong, Pekín también ha tenido que conceder más derechos a Guangdong. ¡Y ya han dejado en paz el cantonés! Por supuesto, han declarado que este cambio de política solo obedece al deseo de integrar mejor el sur de China en el país, pero en realidad solo lo han hecho para convertir una derrota en una victoria, o al menos para sacar algún provecho de ella, en lo cual, hay que reconocerlo, Pekín es un maestro. Cruzan el río tanteando las piedras. Aun así, en este caso, la cola se ha agitado con tanta fuerza que también ha movido el culo del perro, eso no lo negaré. ¡Si quieres saber de qué hablo solo tienes que decirle a tu perro que es la hora de salir de casa para ir a pasear!

102

Concluida la reunión de San Francisco, la jubilación era completa. Mary consideró la mejor opción para volver a Zúrich. No tenía prisa. Investigando en internet se enteró con sorpresa de que Arthur Nolan, el piloto que Frank le había presentado en su residencia cooperativa, llegaba la semana siguiente en su dirigible a San Francisco, donde hacía una escala en el viaje que estaba dando alrededor del mundo. La ruta que seguía pasaba por el Ártico y luego atravesaba Europa y el este de África para llegar a la Antártida.

Mary se puso en contacto con él y le preguntó si podía unirse al viaje. Arthur le respondió con otro mensaje en el que le decía que por supuesto, que estaría encantado de recibirla a bordo.

A bordo del dirigible se dirigían a él como capitán Art. Art la recibió en una pista en la ladera del Tamalpais, donde su dirigible estaba amarrado a un poste, y la invitó a subir por la pasarela y a pasar a la sala del mirador panorámico, que estaba situada en la proa de la zona para los pasajeros del dirigible, una larga galería que se extendía como una gran quilla debajo del casco y que era casi tan larga como este. Lo llamaban barquilla. Ya había un grupo de pasajeros tomando un aperitivo y charlando en aquella sala con las paredes y el suelo transparentes. Conversaban sobre la

crisis climática. Mary intentó mantener la mente abierta y recordar los nombres a medida que se presentaban. Eran unas doce personas, la mayoría escandinavos.

Terminadas las presentaciones, el capitán Art anunció que la próxima parada sería en una pradera muy especial de Sierra para ver unos glotones que se habían avistado allí, un animal que evidentemente él consideraba excepcional. Todos recibieron la noticia con alegría.

Poco después despegaron. La sensación de elevarse sobre la bahía, balanceándose ligeramente por el viento, era extraña y no tenía nada que ver con el despegue de un avión ni de un helicóptero. Raro pero interesante. La sustentación dinámica; los motores eléctricos en unos sidecares a ambos lados de la estructura podían transportarlos por el aire a unos doscientos kilómetros por hora, dependiendo del viento.

Pusieron rumbo este y sobrevolaron la bahía y esa parte de la ciudad. Luego el delta. A Mary le recordó la maqueta del norte de California que le habían enseñado hacía mucho tiempo, pero esta vez era real, y vasto. El delta era una interminable marisma poblada de tules y atravesada por hileras de árboles resistentes a la salinidad, vestigios de islas y canales antiguos. Matas de hierba con las puntas amarillas, hileras de árboles, canales, la estela con forma de punta de flecha de un par de animales nadando (Art le dijo que eran castores)… En el mirador había varios telescopios, y lo que mostraban cuando se miraba a través de ellos era la abundancia de fauna en el delta. Les explicaron que buena parte de su extensión no podía ser visitada; formaba parte de la contribución de California al proyecto La Mitad de la Tierra. El monte Diablo, que se alzaba a su espalda, al suroeste, les daba una idea de la vastedad del delta. Aún se atisbaban las Farallon, que marcaban la línea del mar en el horizonte, al oeste. Al norte se elevaba la protuberancia

negra del Shasta; al sur, la cordillera costera cercaba el valle central por la derecha, mientras que Sierra Nevada lo cerraba por la izquierda. Una inmensa extensión de tierra. Daba la impresión de que California lo había tenido fácil para cumplir el objetivo de La Mitad de la Tierra.

Sobrevolaron el valle central. Los corredores ecológicos parecían anchas barreras de setos que separaban gigantescos rectángulos de campos de cultivo y huertas. Era como un tablero de ajedrez verde y amarillo. Al este, las colinas que sobresalían de las huertas eran las primeras elevaciones que anunciaban la proximidad de Sierra, que ahora aparecía delante como una muralla negra. El dirigible ascendió a la par que el terreno y sobrevoló robledales y luego bosques de árboles de hoja perenne, con escarpados barrancos en las laderas de las colinas. Los picos más altos estaban nevados.

Art hizo descender el dirigible en las praderas Tuolumne, una vasta extensión cubierta de nieve y de árboles salpicada de colinas de granito con forma de cúpula. Las carreteras que llegaban allí seguían cerradas, así que parecía que tendrían aquel lugar para ellos solos, salvo por una familia de glotones.

El dirigible se acopló a un mástil que sobresalía de la nieve cerca del monte Lambert. Los dos miembros de la tripulación se encargaron de las maniobras de aterrizaje y amarraron la aeronave a los postes. Desde la puerta que había en uno de los lados de la barquilla se extendió una rampa y los pasajeros fueron recibidos por el frío cuando pisaron la dura nieve blanca.

Los pasajeros le preguntaron a Art qué comían los glotones mientras miraban el manto de nieve y las paredes verticales de granito que los rodeaban; a primera vista no

había nada que pudiera considerarse alimento para los animales, a menos que comieran pinos. ¿Hibernaban?

Art les respondió que no hibernaban. El invierno no les representaba un problema, ya que tenían un pelaje grueso y unos pies que parecían raquetas para caminar por la nieve. En invierno se alimentaban de pequeños mamíferos que desenterraban de la nieve, pero sobre todo de animales grandes muertos. Eran carroñeros, y en invierno no era difícil encontrar animales muertos.

El grupo siguió por la dura nieve a Art, que caminaba mirando el móvil y balanceando con la otra mano el telescopio terrestre acoplado a un monopié que llevaba sobre el hombro. En un momento dado se detuvo y señaló con él móvil un grupo de árboles. Todos se quedaron paralizados. De los árboles salieron tres criaturas negras brincando torpemente por la nieve. Parecían una raza de perros con las patas muy cortas. Al parecer, era una madre y sus dos crías. Lomos anchos, un pelaje negro rojizo, con unas franjas de pelo más claro en los costados. La madre tenía además una lista de color ocre que le cruzaba la frente.

La madre se detuvo de repente y se puso a escarbar con frenesí en la nieve. No muy lejos de allí, un manantial de agua caliente y humeante había derretido una zona del suelo que estaba embarrada y delimitada por una costra de hielo marrón. Seguramente era un abrevadero durante el invierno. Luego la madre de los glotones metió la cabeza en el agujero que había excavado y empezó a tirar hacia arriba. ¡Ah, un ciervo muerto, sepultado por la nieve cerca del manantial! Pacientemente, excavando un poco de vez en cuando y con muchos más tirones, la madre sacó el animal muerto de la nieve. Era sorprendente la fuerza que había en aquel cuerpo tan pequeño. La madre comenzó a desgarrar

el cadáver y las crías se paseaban a su alrededor intentando copiarla.

—Por algo se llaman glotones —dijo Art en voz baja mientras observaba la escena.

Al parecer, siempre comían con avidez, y solían despedazar su presa y comerse todas sus partes, incluidos los huesos. En la parte posterior de la boca tenían unos dientes que les permitía arrancar los trozos de carne, y tenían tanta fuerza en las mandíbulas que no había hueso que se les resistiera. *Gulo gulo* era su nombre en latín, y hacía referencia a su supuesta glotonería.

—Somos afortunados de ver esto —añadió en voz baja Art—. Todavía hay pocos glotones aquí. Entre el año 1940 y principios del siglo XXI desaparecieron los glotones de Sierra. Luego empezaron a fotografiarse algunos con las cámaras nocturnas cerca del lago Tahoe, pero estaban de paso, y no parecía que hubiera parejas que fueran a criar. Últimamente se han visto ejemplares por toda la cordillera. Se hicieron algunas reintroducciones para dar un empujón inicial. Ahora parece que han vuelto.

—¿Hay muchos ciervos por aquí? —preguntó Mary.

—Ya lo creo. Como en todas partes. Pero por lo menos aquí tienen depredadores, como los pumas y los coyotes.

Se pusieron cómodos y observaron por turnos a través del telescopio terrestre cómo comía la familia de glotones. En cierta manera era una escena truculenta. Las crías continuaban retozando. Art les dijo que todavía no habían cumplido el año y que el próximo año su madre les obligaría a seguir su propio camino. Eran unas criaturas bajas y fornidas, sin elegancia alguna. A Mary le recordaron las nutrias que había visto en los zoos cuando se movían por la tierra; pero las nutrias eran elegantes cuando estaban dentro del agua. En el caso de los glotones, eran así siempre. No eran elegantes. Pero, por supuesto, ese era un

juicio realizado desde la perspectiva humana, porque era obvio que sabían manejarse en la nieve, se sentían con confianza y eran felices. No tenían miedo. Eran criaturas salvajes en su medio natural; habían vuelto a casa después de pasar un siglo fuera. El mundo se recomponía.

Mary se alejó del grupo y continuó observando los animales. Por un momento se distrajo y pensó en Frank, en los rebecos y en las marmotas. Pero los glotones la trajeron de vuelta allí. Las crías acosaban a su madre, jugaban como lo hacen todos los animales jóvenes. El juego en la edad infantil era un rasgo distintivo de los mamíferos. ¿Las crías de salamandra jugaban? Mary ni siquiera se recordaba a sí misma jugando de niña; su infancia quedaba muy lejos en el tiempo… Pero, no, los recuerdos regresaron y, entre otras cosas, se vio dando patadas a una pelota en un patio. Claro.

Le llamó la atención la indiferencia y la tolerancia de la madre, que no hacía caso a las crías que trepaban por ella, luchaban y se caían. La olfateaban y le mordisqueaban el vientre, y ella se los quitaba de encima con unos manotazos que propinaba con las patas delanteras. Tenían unos pies grandes y con garras anchas y largas que semejaban raquetas para caminar por la nieve. Eran los señores del invierno. No había allí nada que pudiera hacerles daño ni que los asustara. Art explicó que había gente que los había visto ahuyentar osos, pumas y lobos. Eran los amos de todo lo que veían a su alrededor.

El capitán Art los observaba con una fijación que le gustó a Mary. Estaba absorto en ellos. No había prisa; no tenían que ir a ninguna parte. Volvió a recordar a Frank en la pradera cercana a Flims, pero esta vez se sintió bien, le agradeció que la hubiera llevado allí y que le hubiera presentado a aquel hombre. Empezaba a hacer frío y Mary sintió la primera punzada de hambre; también necesitaba ir

al baño. Pero había glotones delante de sus ojos. Era una bendición.

Cuando el sol se ocultó detrás de las copas de los árboles, Art reaccionó y los llevó de vuelta al dirigible. Para entonces ya hacía mucho frío y entrar en calor en la barquilla fue casi una fiesta. Continuaron el viaje hacia el este con el viento a favor, contemplando el rosado arrebol alpino que inundaba de luz la cordillera.

Viajaron hacia el noreste sobrevolando el desierto, las Rocosas, la llanura y luego la tundra. La frontera entre el gran bosque boreal y la tundra parecía destartalada y extraña. Art les explicó que se había derretido una gran cantidad de permafrost, lo que había creado lo que se llamaba un bosque ebrio, ya que los árboles se inclinaban en todas direcciones. Debajo de los árboles había lagos, que ocupaban más extensión que la tierra. Al sobrevolar aquel vasto humedal daba la impresión de que el objetivo de La Mitad de la Tierra no quedaba tan lejos, o incluso que ya se había cumplido. Sin embargo no era así, y lo que ocurría era que uno siempre juzgaba a partir de lo que veía. De hecho los humanos infestaban el planeta como una plaga de langostas. Pero, no, eso tampoco era verdad. En las ciudades sí que lo parecía, pero allí no. En un planeta tan grande había muchas realidades.

La nueva ciudad portuaria en el océano Ártico, llamada Mackenzie Prime, parecía un viejo complejo industrial. Consistía en un único muelle de seis kilómetros de longitud jalonado de grúas para cargar y descargar los buques portacontenedores. La apertura del océano Ártico a la navegación convertía la zona en una de las más raras del

Antropoceno. La mayoría de los barcos que transitaban por él eran portacontenedores que se habían reformado para convertirlos en buques de mercancías autopilotados que se movían con energía solar, lentos pero estables. Transporte neutro en carbono en una gran ruta circular, y, como tal, no había grandes motivos para quejarse. Pero tampoco había mucha gente para hacerlo, al menos si nos circunscribimos a la población local, ya que en las costas árticas todavía no se alcanzaba el millón de habitantes: esquimales, lapones, atabascanos, yakutos; rusos, estadounidenses, canadienses, escandinavos.

Lo que más impresión les causó a su llegada fue ver que el océano, sin hielo hasta el horizonte septentrional, estaba amarillo. La imagen era espantosa, por supuesto, como si estuvieran contemplando un vertido tóxico; en realidad era una acción de geoingeniería, sin duda la más visible de la historia y, por lo tanto, ampliamente vituperada. Pero el calentamiento del Ártico por las radiaciones solares cuando no estaba cubierto de hielo seguramente se bastaba por sí mismo para convertir todo el planeta en una selva tropical. Todos los modelos coincidían en ello, así que la decisión de intentar evitar ese desenlace se había tomado en el marco de los protocolos del Acuerdo de París. Y entonces se vertió el tinte. El agua amarilla no permitía que la luz del sol la penetrara, e incluso reflejaba una parte de las radiaciones y las devolvía al espacio. Con una cantidad relativamente pequeña de tinte podía teñirse una vasta superficie de océano. Tanto los tintes artificiales como los naturales que se utilizaban se descomponían durante el verano, y al año siguiente podían renovarse o no. Los tintes a base de petróleo eran baratos de fabricar y solo ligeramente cancerígenos, mientras que los tintes naturales, obtenidos a partir de la corteza de los robles y de las moreras, no tenían el petróleo entre sus ingredientes y solo eran una pizca

venenosos. Según se averiguaba más sobre ellos, se descubrió que podían alternarse. La energía y el calor que se evitaban, desde el punto de vista del albedo, eran enormes; el albedo en aguas abiertas pasaba del 0,06 al 0,47 del agua amarilla (donde 1 indica que se reflejan todas las radiaciones y 0, que se absorben todas). Por lo tanto, la cantidad de energía que se devolvía al espacio era extraordinaria, y la proporción entre costes y beneficios era incalculable.

¿Geoingeniería? Sí. ¿Feo? A más no poder. ¿Peligroso? Es posible.

¿Necesario? Sí. O digámoslo de otra manera: la comunidad internacional había decidido a través de su sistema de tratados internacionales que se hiciera. Por lo tanto estábamos delante de otra intervención, de otro experimento para manipular el sistema de la Tierra, para tratar con delicadeza a Gaia. Geosúplica.

Mary contempló el blasfemo paisaje desde la barquilla del dirigible y suspiró. Qué mundo más curioso.

—¿Por qué nos ha traído aquí? —le preguntó a Art—. ¿Para que veamos esto?

Él negó con la cabeza, un tanto pasmado por la sugerencia.

—Por los animales, como siempre.

Unas horas después estaban sobrevolando una manada de caribús que cubría la tundra de punta a punta del horizonte. Art reconoció que había hecho descender el dirigible hasta la altitud adecuada, unos ciento cincuenta metros, para crear ese efecto. Desde esa altura parecía que había millones de animales cubriendo el mundo entero. Los caribús de abajo estaban migrando hacia el oeste en grupos irregulares, como si siguieran una bandera o un estandarte, pero cada vez que tenían que cruzar un río convergían. Era un momento sobrecogedor.

Rumbo sur para sobrevolar Groenlandia.

Vieron muchos otros dirigibles en el cielo: gigantescos cargueros con forma de robot, asentamientos aéreos circulares debajo de globos que formaban un anillo, verdaderos clíperes de las nubes con velas o impulsados con cometas, globos de aire caliente con sus habituales colores del arco iris. Todavía no existía una normativa que regulara la forma y el tamaño de los globos aerostáticos ni de los dirigibles. Art les explicó que todavía se encontraban en el momento de la explosión cámbrica del diseño de globos. Estaba subiendo mucha gente al cielo y se habían establecido unas rutas de tráfico aéreo y unas altitudes, como pasaba con los aviones en los viejos tiempos. El espacio aéreo se había humanizado y, por lo tanto, también burocratizado. Y era neutro en emisiones de carbono.

Durante el viaje, Mary cada vez escuchaba con más atención lo que Art contaba a sus pasajeros, clientes o invitados. Explicó que había vivido buena parte de su vida en el dirigible. Mary calculaba que ya pasaba de los sesenta, así que «buena parte de su vida» le pareció un poco exagerado, y lo interpretó más bien como una declaración de intenciones. Le caía bien Art. Era un hombre menudo, de facciones angulares, nariz aguileña y parcialmente calvo. Tenía unos ojos sorprendentemente pálidos, una mirada distinguida y una sonrisa tierna y tímida. Se parecía a Joyce Cary en la foto que su padre tenía de él en la librería junto a sus novelas. A pesar de su trabajo como capitán de un dirigible y naturalista de referencia, a Mary le parecía que era un hombre tímido. Hablaba casi exclusivamente sobre animales y geografía, lo cual, teniendo en cuenta dónde estaban, era lógico. Pero pasaban los días y Mary no averiguaba sobre él nada más que lo que era capaz de

deducir. Era irlandés; al final tuvo que preguntárselo y se enteró de que era de Belfast y de que su padre era protestante y su madre, católica.

Algo lo había enviado al cielo, pensaba Mary mientras lo observaba; quizá había sido una forma de escapar. Era un refugiado; había ascendido en busca de la soledad. Después, según pasaron los años, se había sentido un poco solo de más y comenzó a organizar estos viajes. Esa era la teoría de Mary. Ahora le gustaba compartir los placeres de su vida en el cielo y a cambio conseguía compañía y un poco de conversación. Y tenía unos conocimientos que podía enseñar a los demás, junto con las satisfacciones y las fascinaciones de una vida de pájaro. Era un charrán ártico que viajaba de un polo al otro. Hacía unos años había contratado a un organizador de actividades en Londres que se encargaba de las reservas para sus viajes y le ayudaba con las gestiones con los puertos donde hacía las escalas.

Así habían nacido los cruceros naturalistas. Mary aún tenía muchas dudas. Esto no era lo suyo; no creía que repitiera. Aun así, el resto de los pasajeros parecían contentos. Había algunos noruegos, unos cuantos chinos y una familia de Sri Lanka. Todos ellos estaban interesados en ver el mundo desde el aire, en particular el mundo de los animales.

La Tierra era grande. A esa altura y a esa velocidad se percibía con más claridad esa inmensidad. Naturalmente la escala era muy variable. Un punto azul pálido, una mota de polvo a la luz del sol, cierto, pero desde allí arriba era inabarcable. Podías caminar toda tu vida y solo recorrerías una pequeña fracción del planeta. Ahora lo sobrevolaban como un águila.

—Qué estúpidos somos —le dijo Mary a Art una noche.

Él se la quedó mirando, desconcertado. Era tarde y estaban solos en el mirador. Los demás ya se habían

acostado. No era la primera vez que pasaba y había empezado a convertirse en una costumbre, una pequeña conspiración para charlar.

—Yo no lo pienso —repuso Art.

—Claro que lo piensa —replicó Mary—. ¿Por qué si no estaría aquí arriba?

La miró de nuevo con desconcierto. Mary se había dado cuenta de que el resto de sus invitados no le hablaban así.

—¿No hubo algo que hizo que subiera aquí? —insistió Mary.

—Oh. No hablemos de eso.

Mary pisó el freno al darse cuenta de que había ido demasiado rápido y se había estrellado contra un muro.

—Le gusta la belleza —dijo—. Lo sé. Y esto es hermoso.

—Sí —se apresuró a decir Art—. Nunca me canso.

Mary sonrió.

—Es un hombre afortunado.

—Es cierto. —Y añadió—: Sobre todo esta noche.

Mary se rio.

Art aún era lo suficientemente joven para ruborizarse. Mary conocía muy bien esa clase de tez blanca, porque su abuela se había ruborizado ostensiblemente hasta más allá de los noventa años.

A partir de esa conversación adquirieron el hábito de tomar algo juntos en el mirador antes de acostarse cuando los demás se retiraban a sus habitaciones. Allí tenían una vista completa de lo que había abajo. Cuando Art atenuaba las luces de la sala, el mundo que se extendía a sus pies se volvía visible. Esto era más cierto cuando la luna estaba alta; entonces la tierra y el océano se convertían en unos lugares inquietantes y misteriosos, rutilantes y oscuros, con sus formas definidas.

El dirigible también contaba con un diminuto mirador en la parte superior de su enorme estructura, entre los paneles

solares, desde donde Art y sus invitados podían ver las estrellas cuando la luna estaba baja. Cuando la luna estaba en su fase inicial y el fino arco brillante de su fase creciente se ponía, Art llevaba a los pasajeros a través de la estructura del dirigible hasta ese mirador para observar las estrellas. Una noche de luna nueva llevó allí a Mary cuando los demás se habían acostado. La Vía Láctea aparecía baja en el cielo de poniente y Orión ascendía por el horizonte en el este, todo eso muy lejos de las ciudades y a mil quinientos metros de altitud; era increíble la cantidad de estrellas que podían verse. Simplemente era otro cielo, primigenio y vivo. Art conocía las constelaciones y la historia de algunas. Tenía un telescopio en aquella burbuja, con un motor de seguimiento que lo mantenía fijo en el astro que enfocara, pero esa noche no lo utilizó, y le enseñó a Mary a ver una galaxia visible sin necesidad de lentes, en el norte, cerca de Casiopea.

Sin embargo, la mayoría de las veces se quedaban en lo que él llamaba el mirador inferior, mirando la Tierra. Mientras sobrevolaban el Atlántico, Islandia, luego las Hébridas, Irlanda (por ella, y por él, quizá), y después el golfo de Vizcaya... daban las buenas noches al resto de los pasajeros y luego ella se metía en su camarote, iba al baño, tal vez se cambiaba de ropa, bajaba las escaleras privadas que Art le había enseñado, para lo que tenía que introducir un código secreto que él le había dado, y regresaba al mirador de la proa, ya cerrado y vacío salvo para ellos.

Una noche observaron las Columnas de Hércules debajo de ellos, marcando el estrecho de Gibraltar. Las pequeñas protuberancias del peñón de Gibraltar y del monte Musa se alzaban como centinelas sobre el agua negra. Art le contó a Mary la historia de la inundación del Mediterráneo; este había sido una llanura seca entre Europa y África, pero cuando terminó la glaciación y el nivel del mar subió, el

Atlántico había penetrado por aquel estrecho hasta lo que entonces habían sido unas cuencas endorreicas.

—Estuvo entrando agua desde el Atlántico durante dos años —dijo Art—. El agua se movía con una velocidad que era mil veces superior a la del Amazonas y llegaba a recorrer cuarenta metros por segundo. Produjo un canal de trescientos metros de profundidad, hasta que el Mediterráneo se llenó y las dos masas de agua se nivelaron.

—¿Cuánto hace de eso? —preguntó Mary.

—Dicen que unos cinco millones de años. Aunque no todo el mundo está de acuerdo.

—Como pasa siempre.

Mary observó detenidamente a Art. Una inundación, brechas repentinas. Ahora se había puesto a hablar sobre el final de la última glaciación, ocurrida hacía unos quince mil años, cuando los enormes lagos formados por el deshielo en la parte superior de la capa de hielo habían reventado los diques de hielo y sus aguas se habían precipitado a los océanos en impresionantes riadas. El fenómeno provocó el cambio del clima en todo el mundo. Luego el nivel del Mediterráneo subió lo suficiente para superar las colinas del Bósforo y en solo dos años llenó de agua el mar Negro, un humedal donde se habían asentado los humanos, lo que dio origen a la leyenda del diluvio de Noé.

Art no paraba de hablar. Tal vez estuviera un poco nervioso. Mary se preguntó si sería una llanura seca esperando a ser inundada. ¿Era ella el Atlántico y él el Mediterráneo? ¿Y ella? ¿Estaba subiendo el nivel de sus aguas? ¿Iba a desbordarse y llenarlo?

No había manera de saberlo; tampoco era necesario tomar una decisión precipitada. Se dirigían a la Antártida y todavía no habían alcanzado siquiera el ecuador. Había tiempo. Mary se dijo que podría regodearse en la idea y reflexionar sobre ella con la cabeza y el cuerpo. Cuando se

levantó para retirarse a su camarote, se inclinó hacia él y le dio un beso fugaz en la coronilla.

Cruzaron las montañas del Atlas y continuaron hacia el sur sobrevolando el Sahel, donde estaban creándose lagos salados y marismas con agua bombeada del Atlántico o del Mediterráneo. Mares salados en cuencas secas; un experimento interesante. Sin duda era un gran cambio. Las tormentas de arena que solían arrastrar las partículas de estas cuencas desérticas hasta el océano habían disminuido mucho, así que ciertas clases de plancton iban a pasar hambre. ¿Consecuencias inesperadas? No, consecuencias imprevistas. Porque ahora ya se esperaban, aunque no se pudieran prever.

El desierto que se extendía debajo de ellos estaba salpicado de lagos con forma alargada. Parecían garras de gato verdes, marrones, azul celeste y azul cobalto. En las orillas o en afloramientos cercanos se levantaban pequeñas poblaciones. Los campos de cultivo verdes y amarillos convertían la tierra en un tapiz de retales circulares. Art le comentó que se decía que las culturas locales estaban prosperando. Según las encuestas, la mayor parte de la población local estaba encantada con los nuevos lagos, sobre todo los jóvenes, que decían que sin ellos habrían tenido que emigrar. La tierra estaba muriéndose; el mundo la había matado. Ahora viviría.

Un amanecer rojo recortado por dos moles negras que se alzaban por encima del dirigible. A la izquierda, las tierras altas de Etiopía, y a la derecha, las montañas Kenia y Kilimanjaro. Mientras se deslizaban por ese vasto cañón, Art habló a sus pasajeros del primer éxito de Julio Verne, *Cinco*

semanas en globo. También de sus novelas posteriores *La isla misteriosa* y *Robur el Conquistador*, en las que describía viajes en globos y en dirigibles, como también hacía extensamente, por supuesto, en *La vuelta al mundo en ochenta días*. Art también mencionó la novela de Verne *La invasión del mar*, que contaba cómo se había extraído agua del mar para crear lagos artificiales en el Sáhara, lo mismo que habían visto esos últimos días. Los libros de Verne lo habían fascinado en su juventud, confesó. Le habían dado una idea de cómo había que vivir, y había estudiado francés para poder leerlos en su lengua original. Art añadió que la prosa de Verne era muchísimo mejor que lo que la gente suponía cuando valoraba las primeras traducciones, que eran horribles.

—¡Y ahora estamos aquí —exclamó uno de los pasajeros —, con nuestro propio capitán Nemo!

—Sí —dijo Art relajadamente—. Pero sin su lado siniestro, espero —añadió mirando de refilón a Mary—. Espero parecerme más a Passepartout, ya saben, pasar por todo sin demasiadas dificultades.

Las moles verdes y grises del Kenia y del Kilimanjaro se elevaban sobre ellos al sur, uno con la cima completamente plana y el otro, solo ligeramente. No había glaciares ni se atisbaba rastro alguno de nieve. Las nieves del Kilimanjaro habían pasado a la historia, y solo quedaba aferrarse a la esperanza de que regresaran en un momento aún muy lejano.

Pero las grandes llanuras de África Oriental seguían pobladas de animales. En efecto, estaban en un safari aéreo. Nutridas manadas de elefantes, jirafas y antílopes se trasladaban de un río a otro. Art comentó en voz baja que algunos ríos recibían agua que se desalinizaba en las costas y era canalizada hasta las fuentes, donde se vertía al caudal

para mantener un flujo constante y a los animales, vivos. Llevaban doce años de sequía ininterrumpida.

A continuación pasaron por Madagascar, donde llevaban toda una generación afanados en la reforestación de la inmensa isla. La abundancia de vida se reflejaba en las escabrosas laderas de sus montañas, que ya estaban densamente pobladas de bosques impenetrables y vírgenes. Art contó que había cambiado mucho desde que él volaba en su dirigible. Ahora Madagascar se había aliado con Cuba y otros países isleños para llevar la reforestación a todos los rincones del mundo. Indonesia, Brasil y África Occidental eran compañeros de equipo en esta tarea. Art lo llamaba resilvestración. Era lo que estaba haciéndose en Madagascar.

Esa noche, cuando Mary se encontró con Art en su mirador inferior, ya habían dejado atrás Madagascar, pero el aire todavía parecía impregnado del aroma de las especias. Art estaba sentado y contemplaba la isla, que parecía una bestia marina con el cuerpo recubierto de lanilla. Se le veía satisfecho. Bebieron whisky a pequeños sorbos durante un rato, disfrutando en compañía del silencio. Luego conversaron sobre otros viajes que habían hecho. Él le preguntó sobre su huida a pie por los Alpes, que al parecer se había convertido en un episodio célebre de su carrera profesional. Mary se lo relató de manera breve y le habló del lago Oeschinen, de Tomas y de Sibilla y del Fründenjoch.

—¿Has sobrevolado los Alpes alguna vez?

—Un par de veces —respondió Art—. No es sencillo. Las montañas son demasiado altas y el tiempo es muy variable.

—Me encantan los Alpes. Me han conquistado el corazón.

Art la miró con una tenue sonrisa en los labios. Era un irlandés tímido. Conocía a los hombres así y le gustaban.

Siempre había sentido atracción por los hombres reservados y que solo la miraban de reojo. Probablemente había algo en su pasado, un suceso o una situación, que le había hecho tomar la decisión de vivir en el aire. Pero Mary había empezado a apreciar el mundo que se había construido para aislarse. O por lo menos comprendía por qué le gustaba a él. Art era más joven que ella, pero lo suficientemente mayor para que se sintieran de la misma generación.

Todos esos pensamientos pasaban fugazmente por su cabeza. Mary tenía buena parte de su atención depositada en el océano y en la gran isla negra que lentamente iba quedándose atrás. Sin embargo eran unos pensamientos que seguían ciertos derroteros, y ella intentó seguirlos como si fueran el rastro de animales tímidos. El deseo, lo que quizá podría describirse como la curiosidad del rastreador, bullía en su interior; la cacería, la esperanza de avistar al animal. Entonces, en mitad de sus reflexiones, se levantó y dijo que estaba cansada. Era la hora de acostarse. Art la acompañó hasta la galería principal, le dio las buenas noches y se dirigió a su camarote.

«No es de los que leen el pensamiento», se dijo Mary, recordando que en su juventud había tenido la sensación de que podía comunicarse telepáticamente con otras personas. O quizá había sido una cuestión de miradas y de feromonas entre animales en celo. Ellos ya no tenían edad para eso. Pero no había prisa.

Eso fue todo lo que pasó entre ellos durante el resto del viaje. Aún se encontraban algunas noches en el mirador para charlar, pero no hubo más situaciones como la de Madagascar; ya estaban demasiado cerca del Polo Sur.

Sobrevolaban el interminable océano, orientados hacia el oeste para contrarrestar la los vientos de poniente, que

empujaban con tanta fuerza que el clíper vibraba y cabeceaba como no lo había hecho hasta entonces en toda la travesía. Una mañana, Mary se levantó, fue al mirador y delante de ella vio la Antártida. Todos los pasajeros se habían reunido en la ventana delantera para contemplarla. El océano tenía un tono llamativamente oscuro, era casi negro, lo cual resultaba extraño y ligeramente siniestro. Luego, al sur, se alzaba una muralla blanca salpicada de puntos negros más negros que el inquietantemente negro mar. La escarpada masa de hielo y roca se extendía de este a oeste hasta donde alcanzaba la vista.

La Antártida. Estaban a principios del otoño, cuando la presencia de hielo en el mar alcanzaba su mínimo. Aun así, a medida que avanzaron hacia el sur vieron icebergs por todas partes; no seguían ningún patrón; eran meros trozos de hielo en el agua negra. De vez en cuando aparecía un iceberg sin una forma definida del color del jade o turquesa. Grupos, o quizá fueran colonias, de pingüinos moteaban algunos icebergs. Una vez sobrevolaron un grupo de orcas, con sus cuerpos lustrosos y amenazadores. En los témpanos tabulares se veían a veces focas de Weddell, que parecían babosas arrastrándose por el hielo, en ocasiones con otra babosa más pequeña pegada en el costado como si fuera una sanguijuela. Madre y cría. Sus parientes lejanos prosperaban en el hielo. O eso parecía.

Entonces apareció el continente propiamente dicho, blanco y misterioso. El planeta helado.

Fue chocante encontrarse en aquella desolación seis gigantescos portaviones formando un hexágono irregular como si fueran un aquelarre de ciudades estado, rodeados por otras embarcaciones más pequeñas: rompehielos,

remolcadores, lanchas de desembarco... Aunque eran tan pequeñas que resultaba casi imposible distinguirlas.

Al parecer, los portaviones eran unas bases polares excelentes, ya que se propulsaban con energía nuclear y tenían un peso mil veces superior, o más, al de los rompehielos normales. El hielo no tenía ninguna opción contra ellos; eran los rompehielos de Dios y podían largarse de allí cuando se les antojara. Sin embargo, no querían marcharse. Todos juntos formaban una pequeña ciudad flotante, anclada en la costa antártica, que proveía de suministros a los diversos campamentos que se habían trasladado por aire desde allí a todos los rincones del continente.

El dirigible sobrevoló la ciudad flotante y aterró en la superficie nevada del continente. Salieron del clíper a la llanura blanca. El frío era intenso y la claridad, deslumbrante, aunque no hacía tanto frío como en un día ventoso de invierno en Zúrich.

Alrededor de ellos había una multitud de refugios con las paredes recubiertas de tela y contenedores con las ventanas azules. Los responsables del campamento recibieron con entusiasmo a Mary, a quien parecían considerar su patrona, lo cual la hizo reír. También conocían al capitán Art desde hacía tiempo, ya que era un visitante habitual.

El proyecto de ralentización de los glaciares había sido un éxito, así que también se había conseguido frenar el deslizamiento de las capas de hielo continentales. Todo ello habría sido imposible sin la ayuda de las marinas. Los portaviones eran ciudades portátiles, y estas misiones habían supuesto una oportunidad para aprovechar las astronómicas cantidades de dinero que se había gastado en su construcción. Era uno de esos casos en los que se convertían las espadas en arados.

—Como han hecho los suizos —observó Mary—. ¿Podemos visitar algún pozo?

Por supuesto. Ya habían programado la visita porque estaban seguros de que tendría interés en ellos.

Todos los pasajeros de Art ocupaban apenas un rincón de uno de los gigantescos helicópteros de la marina. Se pusieron los cascos y se sentaron de lado para mirar por la pequeña ventana. El aparato se elevó en el aire de una manera completamente vertical, no como el clíper. Luego sobrevolaron una interminable extensión de nieve mientras oían por los cascos la conversación que la piloto y su tripulación mantenían en una lengua que Mary no identificó. Atrás dejaban el negro mar.

—¿Por qué el océano es de color negro? —preguntó al micrófono de su casco.

—Nadie lo sabe.

—Una vez oí a un tipo que decía que se debía a la combinación de un agua muy limpia y a que la profundidad ya es muy grande cerca de la costa, de manera que lo que se ve es el fondo, adonde no llega la luz del sol. Así que lo que se ve es la oscuridad de las profundidades a través de un agua superclara.

—¿Y eso es así?

—Yo he oído que aquí el plancton es negro y por eso el agua tiene ese color.

—Yo creía que muchos días era azul, como en cualquier otro sitio.

—¡Qué va!

El helicóptero comenzó a descender. Solo había nieve y hielo hasta donde alcanzaba la vista. Pero entonces vislumbraron unas hileras de puntitos negros que parecían los restos de una telaraña. Esos puntos y esas líneas sostenían la civilización suspendida sobre el abismo.

—¿Cuántas bases hay como esta? —preguntó Mary.

—Quinientas o seiscientas.

—¿Y cuántas personas trabajan en ellas?

—Las bases están automatizadas, así que los equipos de mantenimiento y reparaciones solo vienen cuando hay un problema. Hay unos cuantos de esos, pero sobre todo son cuadrillas de construcción, que van de aquí para allá según las necesidades. No sé cuántas personas habrá en total... ¿Veinte mil? Varía mucho. Hace unos años eran muchas más.

El helicóptero aterrizó con un golpetazo en el suelo firme. Los pasajeros se desabrocharon los cinturones, se pusieron en pie algo desequilibrados y desfilaron por el estrecho pasillo que quedaba entre los asientos y la pared del aparato hasta la escalera metálica que bajaba al hielo.

Frío. Claridad deslumbrante. Viento. Frío.

La luz se colaba por los bordes de las gafas de sol de Mary y la cegaba, y las lágrimas que brotaban de sus ojos se quedaban adheridas a los vidrios de las gafas, donde se helaban. Mary hizo un esfuerzo para ver a través de todos esos obstáculos. Pestañeó con fuerza y siguió a los demás hacia el refugio principal del campamento, que parecía una caravana con las paredes azules encima de unos esquís gigantes.

—Un momento —dijo Mary—. Todavía no quiero entrar. Me gustaría echar un vistazo.

Dos de las personas que les hacían de anfitriones se quedaron fuera con ella y la acompañaron hasta una bomba que estaba instalada dentro de un pequeño refugio que se mantenía caliente, aunque no mucho, ya que el suelo era hielo. La caja negra de la bomba estaba incrustada directamente en él. La salvación de la humanidad, una simple instalación de fontanería, justo delante de sus ojos.

Salieron del refugio y siguieron una de las tuberías que ascendía por una suave pendiente, apoyada directamente

en el hielo, y conectaba una bomba con otra. Mary se detuvo para mirar en derredor. La nieve le parecía la superficie ondulada de un lago que se hubiera helado de golpe, resplandeciente a la luz del sol.

Los guías le explicaron algunas cosas y a ella le gustó su entusiasmo. Su felicidad no se debía a que estuvieran salvando el mundo, sino a que estaban en la Antártida.

—Si te gusta la Antártida —le dijo uno de ellos—, te enamoras de ella. Se te mete dentro, hasta tal punto que ya no quieres estar en ningún otro lugar.

Encima de sus cabezas había unos cirros, planeadores blancos bajo la bóveda azul, que parecían al alcance de sus manos.

—Parece otro planeta —observó Mary.

—Sí. Pero es la Tierra.

—Gracias —les dijo Mary—. Ya podemos volver si quieren. Me alegra haber visto todo esto. Es impresionante. Gracias por enseñármelo. Ahora, regresemos, por favor.

«Porque yo también estoy enamorada de un lugar.»

Volaron hacia el norte sobre el Atlántico para ver Santa Elena y Ascensión. Antes de que Art la dejara en Lisboa, donde tomaría un tren para volver a casa, Mary se encontró en el mirador con él por última vez. Mientras estaban sentados en sus sitios habituales, bebiendo a pequeños sorbos de sus vasos, ella le preguntó:

—¿Volveré a verte?

Art pareció dudar.

—¡Eso espero!

Mary lo miró. Era un hombre tímido. Algunos animales son solitarios.

—¿Por qué haces esto?

—Me gusta.

—¿Y qué haces cuando estás en tierra?

—Repongo suministros.

—¿No hay ningún lugar por donde te guste caminar?

Art se quedó pensativo.

—Me gusta Venecia. Y Londres. Y Hong Kong, si no hace demasiado calor.

Mary se lo quedó mirando unos momentos. Art bajó la mirada, visiblemente incómodo.

—Lo que más me gusta es estar aquí —dijo finalmente—. Me gusta la gente del cielo. Los poblados aéreos son muy divertidos. Me gustan. Y me gusta la gente que vive en ellos. Todos están en un viaje continuo. ¿Has leído *Los 21 globos*? Es un viejo libro infantil sobre una ciudad en el cielo.

—Como los de Julio Verne.

—Sí, pero para niños.

«Verne es para niños», no se atrevió a decir Mary.

—Bueno, da igual. Lo leí cuando tenía unos cinco años. Bueno, en realidad me lo leyó mi madre.

—¿Aún vive tu madre?

—No, murió hace cinco años.

—Lo siento.

—¿Y la tuya?

—Mis padres murieron jóvenes.

Continuaron sentados un rato. Mary se dio cuenta de que Art estaba inquieto. Dejó de lado todos los diagnósticos de moda en los tiempos que les habían tocado vivir y, sabiendo que él le tenía afecto, reflexionó sobre su situación. Era un hombre reservado. Quizá fuera tímido, o tal vez solo interpretaba un papel para los demás: el capitán Art, que hacía todo lo posible para salir adelante.

Ella no era reservada. Tampoco tímida. «Una jovencita mandona y echada para delante», la había descrito una vez un profesor en el colegio. Y era verdad. Y le parecía que se llevaban bien. El silencio de Art era tranquilo, como de

satisfacción. Pero ella no estaba satisfecha, y no creía haber conocido nunca a nadie que lo estuviera, así que era algo que le costaba identificar. Pero quizá estaba juzgándolo mal. No había nadie satisfecho; solo estaba proyectando sus propios pensamientos en el silencio de Art. Pero ¿por qué? ¿Para qué? ¡Oh, vaya lío, vaya embrollo de conjeturas y de sentimientos!

—Me gustas —dijo finalmente—. Y yo te gusto.

—Sí —repuso él con la voz firme, pero luego hizo un gesto con la mano como para restarle importancia—. No quiero entrometerme en tu vida.

—Por favor —dijo Mary—. Estoy a punto de irme.

—Es verdad.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

Mary suspiró. Tendría que hacer ella el trabajo.

—Entonces… Quizá podamos volver a vernos.

—Me gustaría.

Después de una pausa durante la cual Mary no despegó los ojos de él para animarlo a continuar hablando, si quería, Art añadió:

—Podrías volver a viajar conmigo. Serías mi guía famosa. Podríamos hacer un recorrido por todos los grandes paisajes recuperados, o por los proyectos de geoingeniería.

—¡Dios mío, no!

Art se echó a reír.

—O cualquier otra cosa que te apetezca. Podríamos ir a tus ciudades preferidas. Podrías ser la organizadora de viajes invitada o qué se yo.

—Preferiría ser simplemente tu pareja.

Art arqueó las cejas como si fuera una idea que jamás se le había pasado por la imaginación.

Mary suspiró.

—Lo pensaré. Creo que con un crucero naturalista he tenido suficiente. Pero quizá se me ocurran otras ideas.

Art inspiró hondo y retuvo el aire antes de soltarlo en un largo suspiro. En ese momento parecía realmente satisfecho. Lanzó una mirada a Mary y sus ojos se encontraron. Art no rehuyó su mirada y sonrió.

—Siempre vuelvo a Zúrich. Tengo allí mi habitación.

Mary asintió mientras los pensamientos se agolpaban dentro de su cabeza. «Digamos que tardo años en conocer a este hombre. ¿Qué otra cosa tengo que hacer?»

—Me gustaría que hablaras un poco más —le advirtió—. Me gustaría saber más cosas sobre ti.

—Lo intentaré —le prometió Art—. A lo mejor encuentro algo que contarte.

Mary se rio y apuró el poco whisky que quedaba en el vaso bajo. Se había hecho tarde.

—Bien —dijo, y le besó en la coronilla sin hacer caso al movimiento que hacía él para evitarlo—. Ya me avisarás cuando estés en la ciudad para que nos veamos. El Fasnacht es al final del invierno. Es una fiesta que me gusta. Podríamos darnos una vuelta por la ciudad.

Art frunció el ceño.

—Estaré en otro viaje ese mes, no sé si llegaré a tiempo.

Mary se contuvo para no suspirar ni decir algo cortante. Esto no iba a ser rápido, ni siquiera normal.

—Ya lo arreglaremos —dijo—. Ahora voy a acostarme.

103

No creo que nadie averiguara nunca quién lo organizó. Quienquiera que lo hiciera quería mantenerse al margen para que pareciera que se había organizado solo, que había surgido del *Zeitgeist*. Y quizá fuera así, porque, en última instancia, fue una cosa que hicimos todos juntos, porque era un sentimiento que ya llevábamos dentro. Creo que alrededor de tres mil millones de personas utilizaron el móvil para decirse que habían participado.

Fue como una especie de fiesta de Nochevieja, salvo por el hecho de que se había acordado que tenía que producirse simultáneamente en todo el planeta. En el hemisferio norte, cerca del equinoccio de primavera, como el Nouruz o la Pascua. Parecía acertado que se hiciera en el mismo momento en todas partes, porque era importante sentir la conexión con el resto del mundo, como la vibración de una onda. En Hawái, *kulike* significa armonía. O *la ʻoluʻolu*, el día de la armonía. Invocar a la noosfera pensando todos en ella a la vez para que se materialice solo puede que ser una cosa que se haga de manera simultánea, no puede haber la menor descoordinación. Así que en Hawái nos tocaba la peor parte desde el punto de vista del horario. Nosotros no tuvimos voz ni voto para decidir la hora, lo que supongo que significa que alguien, en algún lugar, tenía que estar organizándolo todo. Pero da igual. En el este de Asia ya sería noche cerrada, luego solo había que seguir los husos horarios hacia el oeste. En Europa sería mediodía. Después

de cruzar el Atlántico, y según se avanzara por América, cuanto más al oeste, más temprano sería, hasta que en la costa Oeste les tocaba ser algo así como la patrulla del alba. Así que en Hawái nos pillaba a las tres de la madrugada, creo recordar. Bueno, no pasaba nada. Era una excusa para quedarse despierto toda la noche y salir de fiesta, porque hay que reconocer que tenemos un clima magnífico para estar en la calle en plena noche, así que podíamos ir al cráter del Diamond Head y contemplar el océano mientras seguíamos la fiesta. Y esa noche había luna llena. Seguro que no era una coincidencia. Así que estuvo muy bien. Abajo, en la explanada de hormigón, estuvieron tocando grupos toda la noche mientras nosotros estábamos sentados en la cresta del cráter, bebiendo y mirando el océano a la luz de la luna. Había unas buenas olas del sur, así que algunos comentamos que iríamos a surfear un poco a Point Panic al amanecer. Volver a la Madre Océano, donde empezó todo, parecía una manera genial de cerrar el círculo. También soplaba un poco de viento terral.

Bueno, pues llegó el momento y todos escuchamos las voces que salían de nuestros teléfonos. «Somos los hijos de este planeta, vamos a alabarlo todos juntos. Ha llegado el momento de expresarle nuestro amor, de asumir la responsabilidad que conlleva ser los guardianes de esta tierra, los devotos de este sagrado espacio, un planeta, un planeta…» Me pareció bastante evidente que el texto se había escrito originalmente en otra lengua y que estábamos escuchando una traducción. De hecho, si curioseabas un poco podías oírlo en otros idiomas. Gupta insistía en que lo escucháramos en sánscrito; él lo lee, pero reconoce que no se entera de nada cuando lo oye. Sin embargo no paraba de decir que se había escrito, o pensado, originalmente en sánscrito, quizá hacía miles de años. Y lo cierto era que la versión en sánscrito sonaba muy primigenia. Eso despertó

mi curiosidad y buscando un poco encontré una versión en protoindoeuropeo. ¿Por qué no? Sonaba un poco como el español. Luego lo puse en euskera, que se supone que es una lengua fósil, y también sonaba como el español. En realidad, las dos lenguas sonaban un poco más raras que el español, como si fueran más antiguas, con unos sonidos ásperos y primitivos, pero no más que el neerlandés o muchas otras lenguas que no son el hawaiano. Siempre se oían los mismos sonidos, y daba igual qué idioma pusiera, no paraban de repetir «*mamma* Gaia». Sí, claro, *mamma* sería una de las palabras más antiguas, quizá la primera de todas, inventada por todos los bebés que se esforzaban por hablar pese al limitado control que tenían de su boca; aun así, siempre intentaban decir la misma palabra, para suplicar o celebrar a la gran diosa que llenaba sus ojos, la fuente de todo su alimento, el calor, el contacto físico, el amor, la mirada… «*¡Mamma!*», grité aquella noche desde la cresta al comprender por primera vez en mi vida el porqué, el porqué de todo. Por supuesto, sé que es un error por mi parte asignar un sexo al planeta de una manera tan burda, pero todos estábamos eufóricos aquella noche en la fiesta global del amor y, como todo el mundo estaba cantando y gritando y silbando como hacemos después de una buena cabalgada por una ola grande, yo grité «*¡Mamma mia!*» no sé cuántas veces. Porque, claro, como seres humanos, las otras palabras que siempre aprendemos al principio son yo, mi, me, a mí. Y Dios bendiga a los italianos y a todo aquel que haya tenido algo que ver en las lenguas romances para que no se pierda esta primera frase de exclamación, que está en todas las lenguas. Incluso busqué en el protoindoeuropeo y también la encontré, por supuesto. *¡Mamma mia! ¡Mamma mia!* ¡Genios de la lengua!

Sí, estaba un poco borracho, y un poco colocado. Y mareado. Pero tened en cuenta que era un momento en el

que todos los seres sensibles del mundo que conocían el proyecto estaban alabando el planeta en el que vivimos, celebrando la noosfera creada por esta biosfera tan vasta y compleja desde la litosfera, mientras contemplábamos la hidrosfera y hacíamos circular la atmósfera con nuestra respiración. Era genial, pero también un poco hipotético, ¿no? Era difícil saber cómo había que sentirlo. Pero ¿qué podíamos hacer sino intentarlo? Como lingüista, naturalmente me interesaban las palabras que se empleaban en el ritual, pero era algo que iba más allá de eso, así que también intenté aprehender todo lo demás. Bebí y miré los rostros que tenía a mi alrededor en la cresta, y todos ellos también estaban intentando sentirlo, y muchos habían llevado a sus perros, y estos también lo intentaban, trataban de entenderlo, muy conscientes de que estaba sucediendo algo fuera de lo común, hasta el punto de que algunos ladraban o aullaban, cosa que algunos inmediatamente imitaron. Por supuesto, era el momento de aullar a la luna como lobos. ¡Qué maravilloso lenguaje! ¡Y además éramos como lobos! Convertimos los lobos en perros y estos nos convirtieron en seres humanos. Éramos algo parecido a los orangutanes de antes, criaturas solitarias que no sabían colaborar. Fueron los lobos los que nos enseñaron a trabajar juntos, las ideas de la amistad y de la cooperación. Así que aullábamos a la luna y abrazábamos a la gente que teníamos cerca si era de dar abrazos, y a los perros, y yo no paraba de mirar las caras, tan vivas y reales, mientras seguía gritando «*¡Mamma mia!*» como lo hace uno cuando se asombra por algo. Sobre todo abracé a Gracie, como siempre. En eso teníamos suerte.

La cosa duró un cuarto de hora más o menos. Luego llegó la calma. Era el momento de bajar a la explanada de hormigón para bailar el resto de la noche. ¿Lo habíamos

hecho bien? ¿Nos habíamos fundido con todos los demás seres sensibles del planeta para traer al mundo una nueva religión de la Tierra que lo cambiaría todo? ¿Ahora éramos todos hermanos y hermanas, como siempre nos habían dicho que deberíamos ser? Es difícil saberlo. Daba la impresión de que solo habíamos hecho el mono. Pero los monos son hermosos. Todos estos animales y aves que utilizamos para describir nuestros estados de ánimo y nuestras acciones son perfectamente apropiados, porque todos juntos formamos una familia, como nos decía la nueva religión, y, puesto que todos los seres vivos compartimos novecientos treinta y ocho pares de base de ADN fundamentales, supongo que es verdad. Así que, sí, bajamos y bailamos toda la noche, poseídos por la euforia. Y cuando el cielo clareó y se acercaba el amanecer, y nos enviaron a todos a saludar al nuevo día y a casa para que cada uno hiciera lo que tuviera que hacer ese día, pusieron la canción de Israel Kamakawiwo‘ole en la que junta *Somewhere over the rainbow* y *What a wonderful world*, una sensiblera canción hawaiana que todos podíamos cantar mientras nos marchábamos de allí y que estaríamos tarareando el resto del día. Luego leí que la gente decía que había sentido de verdad ese momento en el que en todo el mundo entonaban las mismas palabras de alabanza y devoción; afirmaba que había sido como si una descarga eléctrica te recorriera el cuerpo o algo así. Yo confieso que no sentí nada de eso en el momento, o quizá estaba demasiado borracho, o más pendiente de la mano que Gracie tenía apoyada en mi culo. Pero esa mañana hice mi cabalgada más larga en Point Panic, con la cancioncilla de Bruddah Iz sonando en mi cabeza una y otra vez. Qué mundo más maravilloso, de verdad. Y salí volando de la ola justo antes de que se cerrara y permanecí suspendido en el aire sobre el ella, con el agua salpicándome la cara, y no vi el arco iris ehukai

porque yo estaba dentro de él, sí, entonces es cuando lo sentí. Por supuesto no es algo que ocurra cuando yo quiera o que esté programado. La gracia divina no funciona así; te toca cuando menos te lo esperas, es algo que ocurre de improviso, pero tienes que estar abierto a ella, así que quizá en mi caso sucediera con un ligero retraso respecto a la ceremonia sagrada, que de todos modos esta quizá fuera mi cabalgada por la ola… En fin, el caso es que la sentí, suspendido en el aire, y luego caí de espaldas al agua agitada y saqué la cabeza riendo a carcajadas. Sí, dio resultado. *¡Mamma mia!*

104

De nuevo en Zúrich, Mary anunció a las autoridades suizas que pretendía dejar de vivir en la casa segura. La jubilación había cambiado sus necesidades de seguridad, así que ya no había motivo para seguir ocupando una casa que probablemente necesitarían otras personas. Las autoridades no pusieron ninguna objeción.

Sin embargo no querían que volviera a su apartamento de la Hochstrasse. Ella tampoco deseaba regresar allí. Ese bloque de apartamentos con la descolorida fachada azul ya formaba parte de un pasado que nunca volvería. Había llegado el momento de seguir adelante. De todos modos tenía otra idea en la cabeza. Por toda la ciudad de Zúrich había cooperativas de vivienda. No quería mudarse a la residencia donde había vivido Frank, eso también era parte del pasado y, de todos modos, Art mantenía una habitación allí, así que le parecía una mala idea por muchas razones. Pero había otras residencias cooperativas en la ciudad, muchas, en realidad, de manera que se dedicó a visitarlas con calma.

Durante esas visitas por toda la ciudad se dio cuenta de que le gustaba su barrio, Fluntern, en la ladera más suave del Zürichberg. Le gustaba porque lo sentía suyo. Además, aunque no era tanto el apego que le tenía, estaba el barrio que quedaba detrás del club de baño de Utoquai, una zona de la ciudad que también le gustaba. Por lo tanto se

concentró en esos dos barrios y en la zona intermedia. Si bien la ciudad entera era bastante compacta.

Encontró algunas cooperativas que le gustaron, pero la mayoría no estaban hechas para ella, y casi todas tenían una lista de espera que aún tardaría algún tiempo en llegar a ella. Cuanto más buscaba, más cuenta se daba de lo mucho que le gustaba su antiguo apartamento. Pero necesitaba un cambio.

Por fin encontró un lugar gracias a que Badim se había enterado de que lo buscaba. Alguien que había trabajado para él en el ministerio había tenido que volver a Ticino para cuidar de su padre, y cuando se enteró a través de Badim de que Mary buscaba un sitio para vivir quiso que ella se quedara con el apartamento que dejaba. La ex empleada de Badim le dijo que podían arreglarlo de manera informal, mediante una especie de subarrendamiento; lo había comentado a la junta de la cooperativa y a esta le gustó la idea de tener de vecina a Mary Murphy, así que había aprobado su propuesta. El edificio solo estaba a unas pocas manzanas de su antiguo apartamento, al sur de la parada del tranvía de Kirche Fluntern, la que solía utilizar Mary, siguiendo la Bergstrasse hasta una extraña intersección de tres calles donde la cooperativa ocupaba una de las porciones divididas por el cruce. Era un edificio de cuatro plantas que se conservaba bien, como todos los edificios de Zúrich, salvo los viejos edificios destrozados que había enfrente de la parada del tranvía anterior a Kirche Fluntern, que eran una especie de caso especial.

La mujer que iba a subarrendarle el apartamento estaba esperándola en la puerta. Se presentó como Trudi Maggiore.

—Mary —dijo Mary estrechándole la mano—. Yo la he visto por el ministerio.

La mujer asintió.

—Trabajaba dos pisos más abajo, pero tomaba notas para Badim en muchas de sus reuniones. Me sentaba pegada a la pared con el resto de los ayudantes. Y les acompañé en el viaje a la India.

—Ah, sí. Ahora la recuerdo.

Trudi la llevó por la amplia escalera hasta la última planta e introdujo la llave en la puerta del apartamento.

—Antes era un desván —explicó mientras abría—. Espero que no le importe. Terminará acostumbrándose.

Mary enseguida reparó en que había sido un desván muy pequeño y con el techo muy bajo. Era un comprimido espacio único debajo de la gran viga que sostenía el techo del edificio, de manera que solo se podía estar erguido justo debajo de la viga. A izquierda y a derecha el techo inclinado bajaba hasta las paredes, que solo medían algo más de medio metro de altura. Desde la pared izquierda de la habitación partía un tabique interior con una puerta que daba al cuarto de baño, con el mismo techo inclinado hasta la pared. El cuarto de baño estaba hiperlimpio, como todos en Suiza, por supuesto, pero, como ocurría en el resto de la buhardilla, más o menos en la mitad del espacio no era posible estar recto. El inodoro se encontraba detrás del lavabo; en ese sentido podía considerarse un apartamento femenino, ya que era posible sentarse en él sin problema, pero para orinar de pie había que agacharse.

—Me gusta —dijo Mary—. Es divertido.

Trudi pareció alegrarse.

—A mí también me gusta. Me da mucha pena tener que dejarlo. Pero me alegra que se lo quede usted. Admiro lo que ha hecho.

—Gracias —dijo Mary.

Se paseó por la parte central de la buhardilla. Pasado el cuarto de baño, el lado izquierdo del apartamento se ensanchaba de nuevo y allí estaba la cama, apoyada

directamente en el suelo. Para acostarse en ella, lo más sencillo sería sentarse primero en una silla baja colocada al lado y luego dejarse caer rodando. Una vez acostada, la altura del techo no tenía importancia, siempre y cuando no se levantara de un salto mientras dormía o algo así.

La cocina estaba pegada a la pared junto a la puerta principal y constaba de una simple encimera con un fregadero, unos fogones a la izquierda y una nevera.

—Me lo quedo, por supuesto. Muchas gracias.

—Gracias a usted —dijo Trudi.

Después de la visita fueron a tomar un café en la panadería que había al lado y se contaron cuatro cosas sobre sus vidas. Trudi la miraba con curiosidad, como si tratara de establecer una correlación con la ministra que había conocido en el trabajo. Mary contenía el impulso de explicarle toda su vida.

Ya tenía un lugar donde vivir. Sus escoltas la ayudaron en la mudanza y echaron un vistazo al apartamento. Priska y Sibilla no parecieron impresionadas. A Tomas y a Jürg les pareció divertido.

Una vez instalada, intentó establecer una nueva rutina en su vida cotidiana. Se había acabado ir al trabajo, pues no quería entrometerse. Albergaba la esperanza de que le pidieran que colaborara con ellos de una u otra manera, pero después de ver cómo habían ido las cosas en la reunión de San Francisco, se daba cuenta de que probablemente su ayuda no era necesaria. La autoridad que le confería su cargo había sido un factor fundamental para su éxito. Era muy poco aleccionador, pero no por ello era menos cierto. Ahora que era una ciudadana corriente, tenía que preguntarse qué podía hacer para ayudar a su antiguo ministerio, o a cualquiera.

Bueno, siempre estaba a tiempo de recuperar sus viejas costumbres. Se levantaba por la mañana, bajaba a Utoquai, caminaba hasta el club de baño, entraba en el vestuario, se ponía el bañador, daba un beso al fantasma de Tatiana, tan hermosa, sentía el dolor de su muerte, volvía a enquistarlo, se lo arrancaba con el frío al bajar las escaleras metálicas para entrar en el agua, ¡ay!, y se zambullía en el lago. Al pensar en alguien que había muerto tal vez se le estaba devolviendo la vida durante ese breve momento. El lago de Zúrich, azul y tranquilo, frío y sedoso. Se alejaba de la orilla nadando al estilo libre hasta que se daba la vuelta y veía la costa en toda su extensión; luego, unos cuantos círculos a braza para contemplar toda la ciudad, tan baja y lejana desde su posición. Era un lago grande. Si se sentía con fuerzas, quizá podría apuntarse para cruzar el lago a nado a finales de verano. Sería una experiencia nueva. Era agradable estar allí. Naturalmente, solo podría mantener este hábito de mayo o junio hasta octubre. El resto del año el agua estaba demasiado fría. Pero en verano era una buena manera de empezar el día.

Luego volvía al apartamento, comía con el resto de los residentes de la cooperativa, charlaba con quien tuviera ganas de hacerlo, aunque le parecía importante no imponerles el inglés, así que, como casi todas las conversaciones que oía a su alrededor eran en alemán, con su sonido gutural y musical, no solía ser ella quien las empezaba. Le gustaba escuchar las conversaciones sin participar en ellas. Tenían un efecto balsámico en ella; sentía su cuerpo relajado tras el baño, arrellanado en la silla como si fuera una gata, feliz por el mero hecho de estar rodeada de gente, indiferente al contenido de sus conversaciones.

Entrado el año empezó a ir a la pequeña oficina que ACNUR, la Agencia para los Refugiados de la ONU con sede

en Ginebra, tenía en Zúrich. Allí se expedían los pasaportes de la ONU a los refugiados y se clausuraban los campamentos (o, mejor dicho, se abrían para vaciarlos), así que había mucho trabajo, y los suizos, naturalmente, tenían la intención de acabarlo. De manera que cuando Mary se presentó en la oficina de Zúrich estuvieron encantados de darle trabajo. De hecho querían utilizar su fama como reclamo para atraer más voluntarios, y ella estuvo de acuerdo, con la única condición de que también le dejaran hacer trabajos más básicos. El trabajo local también mantenía baja su huella de carbono. Porque ese era también el proyecto que se había propuesto llevar a cabo.

Casi todos los residentes de la cooperativa formaban parte de la Sociedad de los 2000 Vatios, de modo que no era difícil mantener una huella de carbono baja. Las comidas comunitarias consistían en su mayor parte en platos vegetarianos, y se realizaban cálculos para todo lo que hacían, de tal modo que Mary podía llevar un cómputo personal sin dificultad, y siempre había gente a su alrededor que podía responder cualquier pregunta que le surgiera. Si se quedaba en Zúrich, si viajaba por Suiza, si se movía por Europa, incluso alrededor del mundo... Tenían elaboradas unas tablas del consumo de energía y de la huella de carbono para todos esos casos, aunque en el caso de la huella de carbono cada vez era más baja, sobre todo si no se salía de Suiza y se utilizaba el transporte público. Había un coche eléctrico comunitario que pertenecía a todos los ocupantes de la residencia y que se reservaba apuntándose en un calendario que normalmente, pero no siempre, estaba vacío. La verdad era que la mayoría de las personas que vivían en la cooperativa viajaban bastante por Europa, pero, aun teniendo en cuenta eso, acababan el año habiendo consumido bastantes menos kilovatios por hora que los que propugnaba la Sociedad de los 2000 Vatios. Todo el país

estaba cerca de alcanzar ese objetivo. A partir de ese momento el mundo tendría un modelo que imitar. Sus compañeros de la residencia estaban convencidos de que otros países no tardarían en ponerse a su altura.

Mary tenía más dudas, pero no entraba en discusiones con sus compañeros. Se limitaba a vivir la vida. Sus hábitos enseguida se acomodaron a su día a día. Todos los días eran iguales. Durante la semana intentaba que le gustara lo que hacía, y buscaba la manera de ayudar más en la oficina de ACNUR o de otra manera. Un día detrás de otro, una semana detrás de otra. Nunca había estado tan inmersa en la cultura suiza. Antes había sido una persona internacional que vivía una vida internacional. Ahora era una zuriquesa que había nacido en el extranjero y vivía en Zúrich.

Al darse cuenta de este cambio añadió las clases de alemán a sus hábitos. Se dio cuenta de que le resultaría más sencillo encajar en su rutina las clases nocturnas. El ayuntamiento ofrecía clases gratuitas y la gente que se apuntaba a ellas procedía de todos los rincones del mundo. Mary se matriculó en una clase que se daba los lunes por la noche cerca de donde vivía. La lengua era complicada, pero el profesor, Oskar Pfenninger, era muy agradable. Era un hombre de pelo cano que había vivido en Japón y en Corea y que, entre otras lenguas, hablaba inglés. Pero, por lo menos dentro de las aulas, solo hablaba a sus alumnos en alemán. Así que todos juntos seguían a trompicones sus clases y luego iban a comer una pizza. Durante la cena hablaban en inglés. Pero según pasaron los meses intentaron hablar en alemán entre ellos, con timidez y muchas risas. Mary descubrió que todos estudiaban alemán para integrarse mejor en Suiza.

Los días se acortaban y el aire empezaba a soplar frío. Las hojas de los tilos amarilleaban y el viento del oeste las arrancaba de los árboles. Los arces que flanqueaban las calles que llevaban al ETH se volvieron de un rojo incandescente. En el Zürichberg, las vistas se ampliaban a medida que los árboles perdían las hojas y el aire se enfriaba y se tornaba más claro. Mary solía subir paseando al atardecer y recorría los senderos que estriaban la colina. Luego volvía a bajar caminando con paso brioso o sin prisa, dependiendo del humor que estuviera. La mujer desnuda de hormigón que sostenía la manguera verde enrollada soportaba los cambios del tiempo con estoicismo. A Mary le gustaba la dignidad con la que mantenía su postura.

—Yo también seré una mujer de hormigón —le dijo al pasar por delante de ella.

Llegó el cambio de año. Mary no regresó a Irlanda para Navidad ni para Año Nuevo. Tampoco dio mayor importancia a las fechas. El equipo del ministerio la invitó a sus fiestas de Navidad y asistió a ellas.

En una de las fiestas salió al balcón en compañía de Badim y contemplaron las luces de la ciudad con los codos apoyados en la barandilla.

—¿Qué tal va?

Badim reflexionó antes de responder:

—Bastante bien, supongo.

—Me lo pasé bien el día de Gaia.

Badim se rio.

—No fue una cosa nuestra. Pero yo también me lo pasé bien. ¿A dónde fuiste para celebrarlo?

—Estuve en el lago, nadando con unas amigas del club. Nos cogimos de las manos y formamos un círculo en el agua.

Badim sonrió.

—¿Sentiste el momento?

—No. Hacía demasiado frío.

—Yo tampoco. Pero parece ser que a la gente le ha gustado. Creo que valdría la pena apoyarlo. Sigo pensando que necesitamos una religión. Si los demás opinan igual... No sé.

—Creo que estuvo bien. Y estoy segura de que no vas a dejar que acabe aquí.

—Estamos en ello. Pero es una cosa que tiene que salir de dentro.

Mary lo miró con curiosidad. Después de tantos años, seguía siendo muy poco lo que sabía de él. Su hombre de Nepal. Últimamente se había enterado de cosas, no porque se las hubiera contado nadie, sino en internet, rumores a propósito de que el Ministerio del Futuro había tenido un ejército de varios miles de soldados y que había librado una guerra cruenta contra la oligarquía de los contaminadores, había matado a unos cuantos centenares y con ello había cambiado el curso de la historia. Solo eran tonterías, sin duda, pero a la gente le encantaban estas historias. La idea de que todo hubiera sucedido a la luz del día era tremendamente aterradora. Puesto que era evidente que la historia estaba fuera de control, eran preferibles las conspiraciones secretas que pusieran un poco de orden, que se llevaban a cabo en un reino sin testigos. A Mary no le costaba creer que esto último hubiera ocurrido, ya que su hombre tenía una mirada que helaba la sangre, y en su departamento había desaparecido mucho dinero sin que nadie diera explicaciones.

—¿Tienes a alguien que haga para ti lo que tú hacías para mí? —le preguntó con curiosidad.

Badim se asomó por uno de los lados del balcón. Abajo se alzaban los tilos con las ramas desnudas.

—¿Te refieres a alguien que se encargue del trabajo sucio?

—Sí.

Badim se rio.

—No. No confío en nadie como tú confiabas en mí. Todavía no entiendo por qué lo hacías.

—Yo tampoco. De hecho, tú me obligaste a confiar en ti, ¿no crees? Es decir, ¿qué otra opción tenía?

—Podrías haberme despedido.

—Supongo. Pero eso nunca se me pasó por la cabeza. No soy tan estúpida.

Badim volvió a reír.

—O te engañé completamente.

—No lo creo —repuso Mary—. Pero ahora, para ti… debe ser un problema. Necesitas a alguien en quien puedas confiar.

Badim asintió.

—Lo sé. Es un problema. Pero, no lo sé, quizá en este momento no sea una necesidad muy urgente. O quizá me encargo yo de todo y no dejo que mi mano derecha se entere de lo que hace mi mano izquierda.

Mary negó con la cabeza.

—No creo que eso sea posible.

—No, supongo que no.

—¿Y tu equipo? Me refiero al del lado oscuro. Tiene que haber alguien ahí que pueda hacer lo que hacías tú.

—Supongo que sí. Lo pensaré. No lo sé. Lo que pienso ahora es que lo que hacías tú era muchísimo más difícil de lo que yo creía.

—¿A qué te refieres?

—A que confiaras en mí.

Mary lo miró fijamente y se preguntó si eso era verdad. Quizá sí.

—A veces no queda más remedio que saltar al vacío —dijo—. Saltar y ponerse a hacer el paracaídas.

—O saltar y volar —sugirió Badim.

Mary asintió sin convencimiento. No creía que pudieran volar.

—Avísame si puedo ayudar en algo.

—Lo haré —dijo Badim, pero estaba negando ligeramente con la cabeza. Nadie podía ayudarlo en esto. Como ocurría con muchas otras cosas.

Regresaron a la fiesta. Mientras entraban desde el balcón, Badim le puso una mano en el brazo.

—Gracias, Mary.

105

Cuando nos entregaban los pasaportes escribíamos nuestro nombre en unas listas y esperábamos un poco más. Por supuesto, esos fueron los días que se nos hicieron más largos. Al final tuvimos suerte y nuestros nombres aparecieron en una de las listas cantonales suizas. Para el cantón de Berna, de hecho, donde habíamos estado siempre. Nos invitaron a trasladarnos a Kandersteg, un pueblo en las tierras altas bernesas. En tren, a través de un túnel que atraviesa las montañas al sur de Valais. Dijeron que es un sitio tranquilo. Un poco atrasado. Nos quedaríamos en un hostal hasta que terminaran de construir los pisos. Dijimos que sí. Mi hija, su marido y sus dos hijos pequeños.

Una vez allí nos instalamos en el hostal y nos apuntamos en la lista de espera para un piso en un edificio que estaban a punto de terminar. Kandersteg resultó ser un pueblo típico suizo, como el decorado de una película llena de clichés, pero, bueno, estábamos allí. Una familia de Siria. Había otras cinco familias de refugiados viviendo en Kandersteg. Venían de Jordania, de Irán, de Libia, de Somalia y de Mauritania. Nos saludamos con cautela.

Todos sabíamos lo que era el SVP, el Schweizerische Volkspartei, el Partido Popular Suizo. En los cantones montañosos les va bien y no les gustan los inmigrantes. La gente del Fremdenkontrolle y de la SEM, la Secretaría de Estado para la Migración, apenas nos ayudaban, o incluso

nos trataban con desdén, pero el SVP era activamente hostil. Lo mejor es no llamar su atención. Para ello hay que evitar reunirse en grupo con otros refugiados para que no vean tanta gente de piel oscura y extranjera. *Unheimlich*. Todos sabíamos eso. Así que al principio, cuando nos reuníamos, intentábamos hacerlo en privado.

Un día salí a la puerta del hostal. Las praderas verdes se alzaban en todas direcciones y las montañas grises encima de ellas saltaban hacia el cielo. Era como vivir en una casa sin techo, o incluso en el fondo de un pozo. Pero de fondo se oía el rumor alegre del agua de un riachuelo canalizado que atravesaba el pueblo. El aire era limpio y frío y la luz del sol que bañaba las rocas era de un intenso color amarillo. Era un lugar real a pesar de su apariencia irreal. Y aquí estábamos, después de doce años en un campamento turco, dos años moviéndonos para intentar entrar en Alemania (esos fueron años muy locos y duros), luego catorce años más en el campamento suizo al norte de Berna. Ahora por fin estábamos en un lugar.

Y sin embargo me doy cuenta de que ya tengo setenta y un años. Mi vida ha pasado. No diré que la he desperdiciado, porque no sería verdad. Cuidamos unos de otros y enseñamos a los niños. En el campamento recibieron una educación. Hacíamos lo que podíamos con lo que teníamos. No podíamos tener otra vida.

Y ahora estábamos aquí. Y la SEM nos dio una pequeña suma de dinero calculada según el tiempo que habíamos pasado en el campamento, así que, como habíamos estado tantos años allí, al final la suma no fue tan pequeña. La juntamos con los ahorros de la familia jordana que acababa de llegar a Kandersteg y alquilamos un local vacío en un edificio de la calle principal, entre la estación del ferrocarril y la del teleférico. El local había sido una panadería, así que no era demasiado difícil ni caro transformarlo en un

restaurante. Nos dijeron que lo llamáramos comida de Oriente Medio. Kebabs, falafel y otras cosas que la gente ya conocía; luego, cuando ya tuviéramos clientes, podríamos darles a probar platos más interesantes. Seis mesas para llenar el restaurante; parecía posible, y era interesante intentarlo. Bueno, a quién quiero engañar… Era emocionante intentarlo.

Por supuesto, yo ya soy vieja, pero eso no se puede cambiar, salvo por la muerte. Al menos tengo este día, y estos días. Ahora parece como si todo lo que ha sucedido en mi vida antes le hubiese pasado a otra persona. Es como recordar una encarnación anterior. Sobre todo cuando pienso en Siria. Recuerdo que cuando me marché de Damasco miré a mi alrededor y me prometí que algún día volvería. Damasco no es una ciudad cualquiera, es antigua, es la capital más antigua que hay en el mundo, y cuando estás allí te das cuenta de ello, lo ves en las calles y lo sientes por la noche. Cuando nos liberaron del campamento tuve la oportunidad de volver. Incluso tenía un billete de avión en la mano. Fui a Kloten, al aeropuerto, con la idea de volver a ver la ciudad. Mi familia no quiso ir, pero yo sí. Pero entonces, ya en Kloten, tuve una especie de… crisis existencial, supongo. ¿Quién era esta persona que volvía? ¿Y por qué lo hacía? Intenté juntar todas las piezas de mi vida, pero me fue imposible. Llegué a la conclusión de que la persona que pensaba en volver no era yo, yo ya no era esa persona. Los años en el campamento, un día tras otro, todos iguales, me habían transformado en otra persona. Así que en el último momento me dije que no, y bajé a la estación de tren que está justo debajo del aeropuerto y volví al campamento. Mi familia me recibió con curiosidad. Ellos no se dieron cuenta del cambio, de que era otra persona la que había vuelto con ellos. Me preguntaron si me encontraba bien y les dije que sí, que lo único que pasaba

era que ya no quería volver. Ni siquiera yo lo entendía, así que, ¿cómo iba a explicarlo? ¿Quién conoce el enigma de su verdadero ser?

Así pues, vale, era una persona nueva. Vieja pero nueva. Pienso en lo que tengo ahora, como esta nueva persona cuya vida estoy viviendo y que no es la mía, al parecer, y trato de poner un poco de orden en mi cabeza. Trabajamos todo el día para preparar la comida. Es un menú fijo para los que quieren una cena completa, y aceptamos reservas, que unas veces hay y otras no, pero a las ocho o a las nueve el restaurante está casi lleno. Es fácil con seis mesas. Casi es como celebrar una cena en casa, con la única diferencia de que en vez de amigos vienen extraños. O llamémosles mejor conocidos. Muchos vienen por primera vez, pero algunos repiten. A los que vuelven siempre les recibimos con una sonrisa y a menudo charlamos. El alemán suizo es una lengua muy divertida, así que a veces cuesta no sonreír. Quizá sea el sonido de su vida medieval, los golpes del hacha al cortar la leña, el sonido metálico de los cencerros, el estruendo nasal de su trompa alpina, y quizá el estrépito de las rocas cuando se precipitan por las laderas de sus impresionantes montañas. Esto comparado con la melodía fluida del árabe. Sería divertido mezclarlos en un espacio, pero nosotros no solemos hablar en árabe delante de los clientes, hablamos el alemán estándar, el *Hochdeutsch*, y ellos nos hablan despacio y pronunciando con claridad con lo que me han dicho que es un marcado acento suizo. Pero yo no me entero, porque es el único alemán que sé. Eso me lo contó un turista de Berlín que me dijo que en Berlín me tomarían por suiza. «Su alemán es muy bueno, pero tiene acento suizo —me dijo—. Si no fuera por el color de su piel, claro. Ya me entiende.» Le respondí que lo entendía y sonreí.

Por lo tanto, diría que lo que tenemos ahora no es dinero (muy poco) ni libertad (todavía estamos registrados como *Ausländer*), sino dignidad. Y creo que eso es lo que necesita todo el mundo. Después de otras necesidades básicas como la comida y la vivienda, que necesitamos por el mero hecho de ser animales, lo primero de la lista es la dignidad. Todo el mundo la necesita y la merece, solo por ser persona. Y sin embargo vivimos en un mundo indigno. Así que luchamos. Ya ven. Y sí, la dignidad es algo que te dan las demás personas; está en sus ojos, es una mirada. Si no la recibes te hierve la sangre. Eso lo sé yo muy bien. Esa ira puede matarte. Esos jóvenes que van por ahí poniendo bombas están furiosos porque no tienen dignidad. Y la dignidad es algo que te dan los demás, así que es complicado. Es decir, tienes que merecerla, pero en última instancia te la dan los otros. Por lo tanto, los jóvenes que ponen bombas lo hacen porque no les han dado dignidad, y en gran medida están haciendo volar por los aires las oportunidades de su propia gente en este mundo.

Tomemos como ejemplo a los chinos. Los turistas chinos que entran en el restaurante me dicen, en inglés, claro, que durante un siglo vivieron oprimidos por los países europeos, que los humillaron. No había un solo lugar en el mundo donde tuvieran dignidad, ni siquiera en su propio país. Ahora cuesta imaginarlo, ¿verdad? Ahora China tiene mucho poder, nadie puede criticarla. Y ellos hicieron que fuera así porque se defendieron. No lo hicieron matando desconocidos arbitrariamente. Eso me parece tan mal que ni siquiera soy capaz de expresarlo. No, hay que hacerlo como lo hicieron los chinos. Es posible que Arabia cambie con este nuevo régimen, y que las guerras acaben y el resto de nuestros países que siguen sufriendo cambien de manera que obliguen al resto del mundo a darnos el respeto

que merecemos. Serán necesarios muchos cambios, y tendrán que ser los jóvenes quienes los lleven a cabo.

Mientras tanto, nosotros llenamos nuestro restaurante todas las noches. Somos residentes permanentes legales en Suiza. Estos años pasarán más rápido que en el campamento, eso seguro. El aburrimiento del campamento hacía que el tiempo pasara muy lento, así que debo haber vivido una vida muy larga debido a esa prolongación. Es una ironía que no me hace ni pizca de gracia. Prefiero que todo pase deprisa. De eso estoy segura.

Para salir adelante en este país he tenido que convertirme en otra persona, y no solo una vez. Pero esta nueva persona que soy ahora no está mal. Y los suizos tienen algunas cosas que merecen admiración. Son tremendamente *punktlich*, puntuales. Al principio hace gracia, pero ¿qué es la puntualidad sino consideración hacia la otra persona? Estás diciéndole al otro que su tiempo es tan valioso como el tuyo, así que no vas a hacérselo perder llegando tarde. Pongámonos de acuerdo en que todos somos igual de importantes y que todo el mundo tiene que ser puntual, como muestra de respeto al otro. Una vez un grupo pidió que le reserváramos todo el restaurante. Decidimos que sería un lunes, nuestro día libre, para no causar molestias a los clientes habituales. Así que estábamos cocinando, no es difícil, pero hay que hacerlo bien, y mi hija se asomó a la puerta y se puso a reír. Pues bien, la reserva era para las ocho, pero algunos habían llegado un cuarto de hora antes y estaban esperando delante del restaurante a que fueran las ocho. Eh, miren el reloj y verán que tengo razón. Y a las ocho en punto llamaron a la puerta. Los recibimos con una sonrisa de oreja a oreja. Estoy segura de que pensaron que estábamos un poco piripis. Otro ejemplo son las estaciones de tren. Me gusta observar cuando estoy en una. Los relojes que hay

encima de los andenes muestran la hora, y sea la hora que sea a la que parte tu tren, si te asomas por la ventana un instante antes verás que el conductor del tren ha sacado la cabeza por la ventana y está mirando el reloj; y cuando el reloj marca el minuto y el segundo exactos del momento programado de la salida, el tren se pone en marcha y empieza a avanzar. Así son los suizos.

Nos aceptarán si no somos muchos. Si somos muchos se pondrán nerviosos, eso está bastante claro. Creo que pasa lo mismo en Hungría y en todos los países pequeños de Europa. Son prósperos, sí, pero en cada país solo hay unos pocos millones de habitantes. En Suiza viven siete millones de suizos, creo, y tres millones de *Ausländer*. Son muchos. Y no solo es un tema del sentimiento nacional, sino de la lengua. Creo que eso es lo crucial. Digamos que en todo el mundo solo cinco millones de personas hablan tu lengua. Esa ya es menos gente que la que hay en muchas ciudades. Y entonces cinco millones de personas vienen a tu país a vivir contigo y todo el mundo se pone a hablar en inglés para entenderse. Tus hijos enseguida hablarán en inglés y tu lengua desaparecerá. Sería una gran pérdida, una pérdida catastrófica. Así que la gente se protege contra eso. Por lo tanto, lo más importante es aprender la lengua. No solo el inglés, también la lengua local, la lengua materna. En este caso, la cultura no es tan importante, solo la lengua. Creo que ese es el gran conector. Si hablas su lengua, incluso cuando estés metiendo la pata como una condenada, ponen esa cara, y en ese momento quieren ayudarte. Se dan cuenta de que eres una persona, también de que su lengua es difícil, extraña. Pero que tú has hecho el esfuerzo por aprenderla. Los suizos son muy buenos en eso. Ofrecen clases de lengua gratuitas. Además tienen cuatro lenguas, y cambian de una a otra para hablar entre ellos todos los días. ¡Si vas a la ciudad que hay al otro lado del túnel que

atraviesa estas montañas no hablan la misma lengua que aquí! Pasas de un alemán raro a un francés raro, y, sinceramente, nosotros hablamos mejor el alemán que muchos suizos que viven a solo veinte kilómetros de aquí. Es un asunto sobre el que los propios suizos hacen bromas.

Cuando todo el mundo bromee como lo hacen los suizos sobre ellos mismos, cuando todo el mundo tenga su dignidad, estaremos bien. Mientras tanto, aquí me tienen, una anciana que ha vivido la mayor parte de su vida en campamentos para refugiados, delante de su restaurante en el momento en el que el sol se pone de manera prematura, como siempre, porque a las tres de la tarde ya oscurece. Es una ciudad oscura en el fondo de su hoyo, un pueblo tranquilo y somnoliento. No importa lo que sucedió en el pasado, ni lo que suceda a partir de ahora. Hoy es hoy. Dentro de un rato volveré dentro.

106

La víspera de la Fasnacht, Mary recibió un mensaje de Arthur Nolan. Volvería a tiempo a Zúrich para la fiesta, ¿todavía quería que se vieran? Mary le respondió que sí, y durante el resto del día estuvo pensando en él y preguntándose por el significado de su regreso. Le gustaba la idea de verlo. ¿Había acortado el viaje a propósito?

Fue a esperar la llegada de *El clíper de las nubes* al nuevo aeropuerto para dirigibles de Dübendorf. Cuando Art apareció por la pasarela de desembarque vio a Mary y sonrió. Era un hombre de constitución menuda.

Mary lo acompañó a su residencia cooperativa y la observó con curiosidad mientras él dejaba su pequeña bolsa de viaje. Era el último sitio donde había vivido Frank. ¿Quién se acordaba aún de él? Daba la impresión de que ella era la única que mantenía vivo su recuerdo. A lo mejor sus padres todavía vivían. Si era así deberían estar muy tristes. Era horrible la capacidad que tenía una enfermedad mental para extender los tentáculos de su dolor y aislar a la gente. Su Frank… Ella había hecho todo lo pudo; en cualquier caso había sido un amigo y lo había querido a su manera. Ya no podía hacerse nada.

Tomaron un tranvía para ir al apartamento de Mary y Art se rio al ver el sitio.

—Has alquilado un apartamento hecho a mi medida —bromeó Art mientras lo recorría más pegado a la pared izquierda de lo que ella habría sido capaz por su altura.

Cenaron en una *trattoria* cercana. Art le contó a dónde lo había llevado su último viaje. Había estado en Asia, sobre todo había sobrevolado en círculo las faldas de varias cordilleras, donde la fauna gozaba de muy buena salud. El Cáucaso, el Pamir, el Karakórum, Altái, el Hindú Kush, el Himalaya. En el Pamir había una montaña llamada Lenin, y casi todo Tayikistán se había convertido en una reserva natural, imperfecta pero real. Habían visto un leopardo de las nieves, langures y muchas otras criaturas. El ser humano había habitado esas cordilleras durante milenios, pero las características del paisaje eran muy parecidas a las de Suiza, solo que más pronunciadas, y algunas zonas eran demasiado agrestes para las personas. Sus amigos Tobias y Jesse estaban ayudando a crear lo que se denominaba tierras vírgenes del Antropoceno, una amalgama que era como el ala radical del movimiento La Mitad de la Tierra, y muchos gobiernos de la zona estaban cooperando en la creación de un vasto parque integrado y un sistema de corredores que incluyera y sostuviera a las poblaciones indígenas locales, ya fuera como cuidadores del parque o simples residentes locales en él como parte del ecosistema.

—Suena muy bien —dijo Mary—. Me gustaría ir a verlo.

—¿En serio? Porque voy a volver.

—Si voy, me gustaría pasar más tiempo en tierra —apuntó Mary—. Quedarme una temporada en un sitio para observar.

—Podríamos dejarte y recogerte después.

—Me parece bien.

Después de cenar Art la abrazó y fueron a tomar un tranvía.

Al día siguiente se celebraba el Fasnacht en Zúrich. Martes de Carnaval, que ese año caía el 14 de febrero. Art fue a buscarla a su apartamento. Cuando Mary abrió la

puerta se lo encontró vestido con un mono de lamé plateado y un sombrero rojo de plástico.

—Vas a helarte —le advirtió Mary. Ella se había puesto una larga capa negra y llevaba un antifaz que podría ponerse cuando quisiera, una bonita careta de gato que le entorpecía la visión demasiado como para llevarla puesta siempre, pero que le quedaba bien. Se la puso para enseñársela a Art.

—Oh, me encantan los gatos —dijo él.

—Lo sé. ¿Quieres que te preste un abrigo?

—No importa.

Salieron a la oscuridad de la primera hora de la noche. Como era habitual, el día del Fasnacht sería frío. Esa noche era especialmente gélida y la temperatura ya estaba bajo cero. Esto tenía un efecto peculiar en la fiesta, porque muchos zuriqueses eran como Art y se ponían unos disfraces inadecuados para tanto frío. Pero los suizos aguantaban bien el frío, y al parecer, también Art. Mientras bajaban por la Rämistrasse con los brazos entrelazados vieron gente vestida con faldas y camisas de manga corta hawaianas, biquinis y cosas similares, también con abrigos de pieles, uniformes de banda de música, trajes regionales de numerosos países y toda clase de trajes típicos *kitsch* de los cantones suizos. Y casi toda la gente que paseaba por la calle llevaba en la mano algún instrumento musical, porque el Fasnacht en Zúrich era una noche musical. En cada esquina había uno o varios grupos de música tocando para pequeños grupos de espectadores que los rodeaban. Mary y Art se pararon un momento para escuchar una banda de percusión del Caribe que tocaba una animada canción de Trinidad. Justo detrás de los músicos había una fuente que arrojaba un chorro de agua, y el tintineo del agua al caer seguía el ritmo de la música. Un grueso cordón de hielo blanco recorría el borde de la taza de la fuente.

Continuaron bajando por la Rämistrasse y aminoraron el paso cuando pasaron por delante de las tiendas de lujo para mirar los escaparates. Se entretuvieron delante de una tienda que vendía objetos alpinos curiosos: brillantes piedras facetadas, geodas, lupias y cubos de madera… Todo ello animado por una pequeña colección de animales alpinos disecados. También pieles de animales que colgaban como tapices de las paredes a la izquierda y a la derecha. Art pegó la nariz al cristal para ver mejor.

—¿Qué son? —preguntó Mary.

—No estoy seguro. Bueno, los disecados son fáciles. Eso es un zorro, y eso de ahí una comadreja. Pero no tengo muy claro de qué animales son las pieles.

—Es un poco triste, ¿no?

—Bueno, creo que una vez muertos los animales está bien disecar unos cuantos. Y conservar sus pieles. Una vez encontré un búho muerto que estaba intacto, una criatura enorme, y lo llevé a un taxidermista para que me lo disecara. Era muy bonito. Lo tuve un montón de tiempo.

—¿Qué le pasó?

—No lo sé. Yo tenía como diez años.

Al llegar al siguiente cruce, en la esquina había un grupo de músicos andinos vestidos con sarapes y tocando flautas de pan y guitarras. Por lo menos ellos iban vestidos adecuadamente para el frío. Cantaban en armonía cerrada en una lengua que no era el español; quizá fuera quechua. Eran músicos profesionales, o al menos músicos callejeros profesionales, y Mary y Art se quedaron escuchándolos un buen rato, tanto que a Mary se le metió el frío en el cuerpo y empujó a Art para que entraran en el Niederdorf.

Allí descubrieron que Zúrich había sacado los leones para una noche tan especial, lo que arrancó varias exclamaciones de júbilo de Art según pasaban junto a la orgullosa manada. Mary le contó lo que sabía sobre ellos,

que era lo que había leído en el periódico la semana anterior. Eran unos leones de tamaño natural de fibra de vidrio moldeados en diez o doce posiciones diferentes que varios grupos habían pintado de distintos colores. El ayuntamiento los había colocado por toda la ciudad en 1987 para celebrar sus dos mil años.

—Turicum —la interrumpió art, una ciudad romana.

Mary asintió y continuó su explicación. Después de la celebración que duró todo el año, la mayoría de los leones se subastaron, pero la ciudad se quedó unos doscientos que guardó en una cochera de autobuses para futuras celebraciones. Y este año, por alguna razón, se había declarado especial la fiesta del Fasnacht. Así que ahora paseaban entre leones que se habían pintado como si fueran una pradera alpina, llamas, con los colores azul y blanco de la bandera de Zúrich, un billete de tranvía, una cebra, una serpiente marina, los colores de la bandera británica (a esta la abuchearon), una lámpara art déco, un bloque de granito, un ladrillo… Y en cuanto a las posturas, Art le explicó a Mary la mayoría de ellas mientras recorrían las figuras: acostado, rampante, sediente, afrontado, acolado.

—De niño te gustaba la heráldica —acertó Mary.

—¡Sí! Me parecía que era una cosa de animales.

—¿Has leído a Gerald Durrell?

—Me encanta Gerald Durrell. Esa postura se llama pasante, esa otra es aculado, y esa saliente.

Mary lo llevó hacia el Casa Bar. Cuando ya se acercaban, Art rompió a reír a carcajadas al ver junto a la puerta un grupo de leones a los que habían pintado unos uniformes psicodélicos que parecían de la banda de Sergeant Pepper.

—¿Conoces a Fourier, Charles Fourier, el utopista francés?

—No —dijo Mary—. Háblame de él.

—Fue un socialista utópico que tuvo seguidores en Francia y en Estados Unidos, donde crearon comunas inspiradas en sus ideas. En sus libros trataba minuciosamente todos los asuntos. A Verne le encantaban sus obras. Fue algo así como una influencia secreta. Y para él los animales eran muy importantes. Decía que iban unirse a nosotros y que se convertirían en una parte esencial de la civilización. Una de las cosas que decía era que llegaría un momento en el que los leones serían los carteros.

—¿Los leones? —exclamó Mary.

—Sí. ¡Los leones, los carteros!

Mary rio con él. Recorrieron el callejón tambaleándose y riendo sin poder parar.

—Eso me gustaría verlo —dijo Mary—. Me encantaría ver un león cartero.

Entraron en el Casa Bar riendo todavía.

—Y los canguros serán camareros —predijo Mary.

La banda del local estaba tocando jazz tradicional. La estrella del conjunto era el clarinetista, que tocaba con una fluidez y tenía un fraseo fuera de lo común. Tomaron un café irlandés mientras escuchaban la música y, por insistencia de Mary, Art le contó más cosas sobre su juventud animalista. Resultó ser que habían crecido separados apenas por cincuenta kilómetros, aunque Art había sido un chico de campo en verano, un chaval del condado de Down, y las zonas rurales irlandesas todavía albergaban una población considerable de pequeñas criaturas salvajes, todas ellas acosadas sin descanso por el joven Art, al parecer.

Se terminaron el café irlandés y volvieron a salir a la noche. Mientras se abrían paso por las callejuelas oscuras y atiborradas de gente les pareció oír el órgano de la Grossmünster y siguieron la música, pero descubrieron que lo que oían era un acordeón que tocaba un hombre sentado

en un león dorado, dentro de una especie de palco de hormigón y cristal en el paseo occidental del río. *Tocata y fuga en re menor* de Bach. Toda la música salía del gran acordeón negro que el hombre plegaba y extendía mientras movía los dedos a toda velocidad, con un ritmo, una claridad y un volumen perfectos. Mary nunca había oído una orquesta concluir la obra de una manera tan magistral. Art se acercó junto a otros espectadores para conocer al virtuoso mientras Mary esperaba fuera del palco y oía el murmullo de voces que llegaba del interior. Cuando Art regresó le dijo que era un músico ruso que iba a tocar la noche siguiente en la Tonhalle. Esa noche solo estaba divirtiéndose, ni siquiera era un ensayo, solo quería sumarse a la fiesta. Cuando era joven había tocado en el metro de Moscú y todavía le gustaba hacerlo. Eso le había contado.

—¡Es increíble que pueda salir una cosa tan hermosa de un simple acordeón! —exclamó maravillada Mary.

—Todo es posible en el Fasnacht —dijo Art—. Vamos a la Guggenmusikplatz.

—¿Guggenmusik?

—Sí, las bandas de metal. Casi todas son bandas de ex compañeros de colegio que se reúnen y tocan muy fuerte y desafinando.

—¿A propósito?

—Sí. Cosas de suizos, creo. Se supone que en una noche de fiesta hay que hacer locuras, y para ellos eso significa tocar la trompa desafinando.

Volvieron a reír. Cruzaron el Limmat por el Münsterbrücke y entraron en las callejuelas históricas que había entre el río y la Bahnhofstrasse. La confitería estaba abierta por el Fasnacht, y Mary invitó a Art a una rodaja de naranja confitada bañada hasta la mitad en chocolate negro. En todas las esquinas había bandas tocando: un quinteto de

saxos, un grupo de pop de África Occidental, un conjunto de tango interpretando con pasión la música de Piazzolla. Por fin llegaron a la Guggenmusikplatz, que realmente consistía en un montón de bandas que tocaban estridentemente y desafinando distintas piezas a la vez. El estruendo era ensordecedor en aquella caótica mezcla de zuriqueses disfrazados y con los rostros colorados por el aire glacial. ¡Qué frío! Un conjunto de trompas alpinas tocaba sus instrumentos, todos de distintas longitudes, lo que les daba una mayor versatilidad para variar de tono, de manera que la *Fanfarria para el hombre corriente* de Copland sonó bastante bien; sin embargo, el resultado de la adaptación para trompa alpina del último movimiento de la sonata *Appassionata* de Beethoven dejó mucho que desear; era auténtica guggenmusik, hasta el punto de que la interpretación terminó con un estrepitoso mugido de todas las trompas a la vez. La multitud aplaudió y se dispersó. También Mary y Art. Pararon un par de veces para escuchar otras bandas y luego se refugiaron en el Zeughauskeller y pidieron crème brûlée y kafifertig.

—Me gusta la mezcla de café y alcohol —confesó Mary.

Art asintió.

—A mí me gusta el calor.

Un grupo de hombres disfrazados de animadoras irrumpieron en el gran salón y se subieron a las mesas. Los acompañaba una banda tradicional suiza, pero se puso a tocar marchas típicas de Estados Unidos (composiciones de John Philip Sousa, sin duda), que no sonaban muy bien con los instrumentos suizos. Las animadoras tampoco conseguían coordinar con precisión su cancán, pero eso no evitó que se llevaran la ovación general. También era guggenmusik, acompañada por una *guggendanza* bailada por banqueros con bigote y vestidos con faldas plisadas y jerséis de cachemir, con los brazos entrelazados y

levantando torpemente las piernas por encima de la cabeza. Era demasiado ridículo para no jalearlos. Art le gritó en el oído a Mary que aquello era la manifestación de un síndrome: cuando una cultura tan rígida como la suiza se soltaba, era inevitablemente más alocada que otras culturas más relajadas.

—Es una vía de escape —gritó para que Mary lo oyera—. Mucha presión liberándose por un agujerito muy pequeño.

—Como la boquilla de una trompa —bromeó Mary.

—¡Sí, exacto!

—Yo también soy así —gritó Mary sin pensarlo.

Art sonrió.

—¡Yo también!

—¡Salgamos de aquí antes de que alguien se haga daño! —dijo Mary.

—¡Me parece bien!

Pasearon por las calles concurridas. A través de las puertas abiertas de la Tonhalle oyeron el final de la Segunda Sinfonía de Brahms interpretada por la orquesta de la ciudad, con los trombones llevando la voz cantante. Era la guggenmusik de Brahms, la mejor de todas. La orquesta luego iba a interpretar el final de la Quinta de Beethoven. No era una noche para la sutileza.

A medianoche se lanzarían fuegos artificiales encima del lago.

—¿Cómo volverá a casa la gente después de los fuegos artificiales? —se preguntó en voz alta Mary—. Los tranvías dejan de circular a la medianoche todos los días del año.

—Podemos ir caminando a tu casa, si te parece bien.

—Sí, claro. Me gusta la idea. Así haremos un poco de ejercicio.

—Y entraremos en calor.

Recorrieron sin prisa las calles y los callejones en dirección al lago. Un cuarteto de cuerda estaba

interpretando estridentemente algo de Ligeti, o quizá fuera de Stockhausen, y el público que los rodeaba lo escuchaba paralizado, salvo por la gente que coreaba la pieza o gritaba insultos. Se cruzaron con un payaso que les regaló unas flautas de émbolo; a Mary, una pequeña y que tenía un sonido agudo, a Art, una grande y con un sonido grave. Art paró a Mary delante de una pareja de leones de color verde y naranja en postura rampante afrontado, explicó Art, y con los colores de la bandera de Irlanda, así que le sugirió que formaran su propia banda. Art empezó a tocar *Raglan Road*, pero antes le contó a Mary que el nombre en gaélico de la canción significaba «el amanecer de un nuevo día».

—Muy apropiado —dijo Mary intentando concentrarse en la música.

Las flautas de émbolo eran unos instrumentos sencillos pero difíciles de tocar, como recordaba ahora de su infancia, ya que un milímetro más arriba o más abajo hacía que el pistón cambiara el tono considerablemente y era imposible tocar las notas correctas. Los sostenidos y los bemoles se conseguían con ajustes mínimos, así que volvían a la guggenmusik. Seguramente a los trombones les pasaba lo mismo, por eso les gustaba tanto tocar desafinadamente esa noche; después de mucho tiempo sin practicar, hacían de la necesidad virtud. Pero Art era capaz de tocar una melodía con su enorme flauta de émbolo, y ella hacía lo que podía, y algunas personas se detuvieron para escucharlos. Mary se dio cuenta de repente de que se habían parado porque era una noche en la que no estaba permitido que hubiera alguien tocando sin público. Mary se conmovió tanto que le dieron ganas de llorar, y sopló con fuerza su flauta para tocar un contrapunto que casi sonó bien, auténtica guggenmusik. Una ñoña canción irlandesa, el himno del Día de San Patricio: «En Raglan Road un día de

otoño, yo la vi primero y supe». Cuando terminaron la canción agarró a Art por el brazo y se lo llevó de allí.

—Vámonos. Les reventaremos los tímpanos con estas cosas.

Art solo rio.

Muchas de las bandas que tocaban en las esquinas también eran reuniones del colegio. La gente sacaba instrumentos y chaquetas de los armarios entusiasmada con la idea de reunirse con sus antiguos compañeros de clase y tocar sus viejas canciones.

—Los suizos nunca dejan la música —le explicó a gritos Art a Mary—. En el colegio todos aprenden a tocar algún instrumento y, aunque luego lo dejen, esta noche es la noche.

Mary asintió mientras miraba a su alrededor. Todo el mundo tenía la cara roja y una expresión de éxtasis mientras tocaba con sus amigos. La música era el juguete de los adultos.

En esa parte de la ciudad se solapaba la música que tocaban las distintas bandas. Pero, mientras eso no confundiera a los que tocaban, o incluso aunque lo hiciera, el público se lo tomaba como una parte más de la experiencia.

A medida que se acercaban al lago crecía la muchedumbre. Era el lugar en el que había que estar, y allí siempre se oía a la vez la música de por lo menos tres bandas.

—Cacofonía —le gritó Mary a Art.

—¡Polifonía! —replicó sonriendo Art.

Mary asintió y también sonrió.

Se acercaba la medianoche y pronto sería Miércoles de Ceniza, con su ayuno y su abstinencia. Martes de Carnaval. Era el momento de dejarse llevar, incluso más que en Nochevieja; ya se atisbaba el final del invierno y, aunque

todavía no era primavera, sí era la promesa de su llegada. La primavera estaba cerca. Esa era la verdadera celebración.

Llegaron al lago. El lago de Zúrich, su piscina de verano. Mary recordó la importante cumbre celebrada en el Kongresshaus que se encontraba en la orilla, el coágulo de tendencias, el nudo gordiano del mundo… Pero entonces pensó: «No, esta noche no». Se había pasado toda la vida tirando de los hilos de ese nudo gordiano y como mucho había deshecho un nudo. El gran nudo principal continuaba intacto a pesar de toda una vida de incesante trabajo. Se estremeció en la noche fría al pensarlo y se aferró al brazo de Art para llevarlo hasta el pequeño parque donde estaba la estatua de Ganímedes y el águila.

—¿La habías visto? —preguntó Mary.

—¿La estatua? Sí, claro. Pero la verdad es que nunca he sabido quién fue Ganímedes. ¿Y qué es esa ave?

—En realidad es un misterio —dijo Mary—. Se dice que son Ganímedes y Zeus, transfigurado en un águila. Pero, míralo. ¿Qué crees que le está diciendo al águila? ¿Qué crees que significa? Es decir… ¿Qué significa?

Art observó la estatua. Un hombre de bronce con los brazos extendidos en perfecto equilibrio, uno hacia arriba y atrás y el otro hacia delante y abajo, como si le ofreciera algo al ave; parecía una escena de cetrería. Pero el águila casi le llegaba hasta la cintura.

—El águila es muy grande —dijo Art—. Y sus alas son raras.

—¿Y si fuera un fénix? —exclamó Mary. Era una idea que se le acababa de ocurrir—. A lo mejor es un fénix.

—El hombre le está ofreciendo su vida —sugirió Art.

Mary miró detenidamente la estatua.

—No sé —repuso—. No lo veo.

—Es una especie de ofrenda —insistió Art—. Es un gesto de ofrenda. Él somos nosotros, ¿verdad? Entonces somos nosotros ofreciendo a los animales devolverles el mundo.

—Es posible.

Lo que decía Art no era una tontería. Que podíamos convertirnos en algo espléndido, o por lo menos interesante. Que comenzamos como lo que somos aún, niños prodigio. Que no tenemos un hogar que no sea este. Que nos las arreglaremos por muy mal que se pongan las cosas. Que todas las parejas son raras. Que la única catástrofe que no tiene vuelta atrás es la extinción. Que podemos crear un buen lugar. Que las personas pueden tener las riendas de su destino. Que el destino no existe.

La negrura de su lago se extendía hasta las colinas bajas que se veían a lo lejos, los Alpes anteriores. Arriba, el cielo negro tachonado de estrellas. Orión, el dios del invierno, semejaba una versión hecha con estrellas del Ganímedes que tenían delante.

—Tiene que significar algo —dijo Mary.

—¿Tú crees?

—Sí.

—Eso de allí es Júpiter, al oeste —dijo Art señalando la estrella más brillante—. Por lo tanto, si tu enorme águila es Zeus, es de allí de donde viene, ¿no?

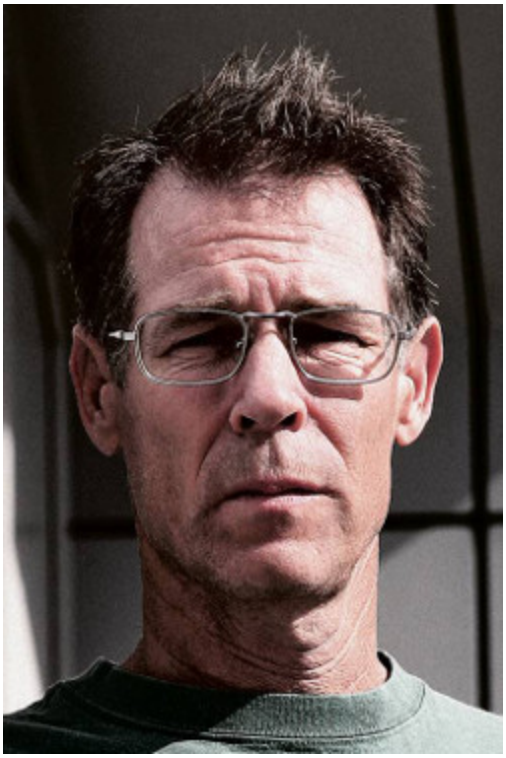
—Es posible —repuso Mary.

Intentó fundir eso con el rugido alborotado de la multitud, las melodías que se solapaban, el lago y el cielo. Era excesivo. Pero lo intentó de todos modos y sintió cómo se hinchaba el mundo dentro de ella, océanos de nubes en el pecho, esta ciudad, estos desconocidos, este amigo, los Alpes, el futuro… Todo eso era excesivo. Se agarró con fuerza al brazo de Art. «Nunca pararemos —le dijo dentro de su cabeza a Art, a todas las personas que conocía o que había conocido, a todos esos seres humanos que formaban

una maraña dentro de ella, vivos o muertos—. Nunca pararemos — les aseguró—. Nunca pararemos porque el destino no existe. Porque nunca llegamos al final.»

Agradecimientos

Quiero expresar mi agradecimiento por su generosísima ayuda a: Tom Athanasiou, Jürgen Atzgendorfer, Eric Berlow, Terry Bisson, Michael Blumlein (*in memoriam*), Dick Bryan, Federica Carugati, Amy Chan, Delton Chen, Joshua Clover, Oisín Fagan, Banning Garrett, Laurie Glover, Dan Gluesenkamp, Hilary Gordon, Casey Handmer, Fritz Heidorn, Jürg Hoigné (*in memoriam*), Tim Holman, Joe Holtz, Arlene Hopkins, Drew Keeling, Kimon Keramidas, Jonathan Lethem, Margaret Levi, Robert Markley, Tobias Menely, Ashwin Jacob Mathew, Chris McKay, Colin Milburn, Miguel Nogués, Lisa Nowell, Oskar Pfenninger (*in memoriam*), Kavita Philip, Armando Quintero, Carter Scholz, Mark Schwartz, Anasuya Sengupta, Slawek Tulaczyk, José Luis de Vicente y K. Y. Wong.



KIM STANLEY ROBINSON (Waukegan, Illinois, 1952). Es uno de los más prolíficos y celebrados autores de ciencia ficción norteamericanos.

Se licenció en Literatura en la Universidad de San Diego, con un máster en Literatura Inglesa en la Universidad de Boston y doctorado otra vez en la de San Diego. Ha vivido en diversos lugares de Estados Unidos y unos años en Suiza.

Especialmente conocido por la «Trilogía Marciana», galardonada con los premios Nebula y Hugo, ha escrito obras como *Antártida*, *Tiempos de arroz y sal*, *El sueño de Galileo* y *2312* que le han valido otras distinciones, entre ellas, los premios Asimov, John W. Campbwell, Locus y World Fantasy Award.

Notas

[1] La peregrinación a La Meca. (Nota del editor digital). **<<**